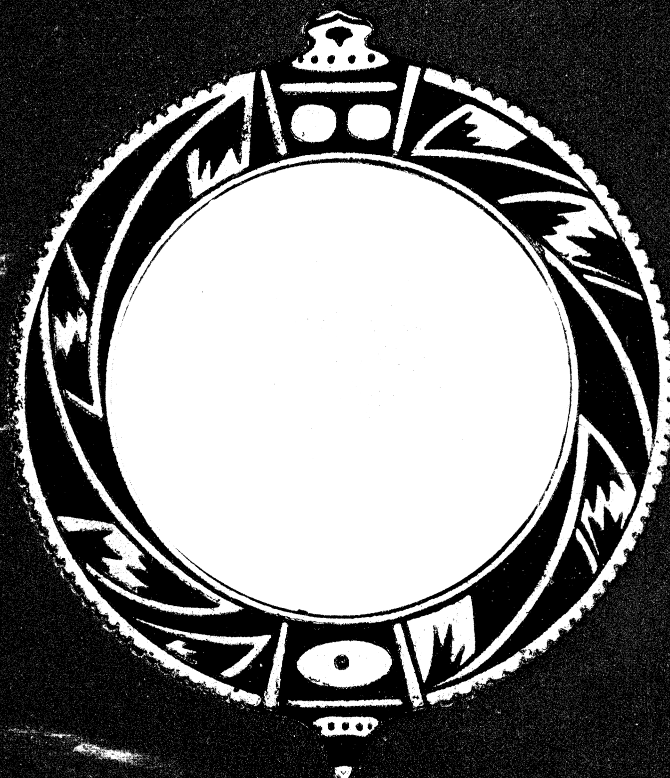
EL MÉXICO DESCONOCIDO

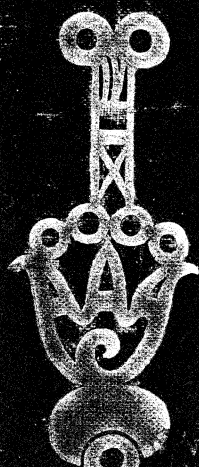


CARL LUMHOLTZ

EL MÉXICO DESCONOCIDO

LUMHOLTZ

I



EL MÉXICO DESCONOCIDO



Carl Lumholtz

EL MÉXICO DESCONOCIDO

CINCO AÑOS DE EXPLORACIÓN ENTRE LAS TRIBUS DE LA SIERRA MADRE OCCIDENTAL; EN LA TIERRA CALIENTE DE TEPIC Y JALISCO, Y ENTRE LOS TARASCOS DE MICHOACÁN

OBRA ESCRITA EN INGLÉS POR

CARL LUMHOLTZ, M.A.

MIEMBRO DE LA SOCIEDAD DE CIENCIAS DE NORUEGA; SOCIO EXTRANJERO DE LA SOCIEDAD DE ANTROPOLOGÍA DE PARÍS; AUTOR DE "ENTRE CANÍBALES," ETC.

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO POR

BALBINO DÁVALOS

MIEMBRO HONORARIO DE LA SOCIEDAD MEXICANA DE GEOGRAFÍA Y ESTADÍSTICA, CORRESPONDIENTE DE LA ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA, SOCIO ACTIVO DEL LICEO ALTAMIRANO, ETC.

EDICIÓN ILUSTRADA

TOMO I



NUEVA YORK
CHARLES SCRIBNER'S SONS
1904

PREFACE TO THE SPANISH EDITION

IT is a great honour, gratefully appreciated, that the Mexican Government should have caused a complete edition of my work "UNKNOWN MEXICO" to appear in the Spanish language. During my long sojourn in Mexico I learned to love not only the country and its people, but their language, and I rejoice that the book is to be read in the tongue which has played such a prominent part in the civilisation of the world and the classic beauty of which is admired by every cultivated person.

This action on the part of the Mexican Government is but the gracious conclusion of the helpful assistance and moral support that was tendered me from the very start of my researches among the native peoples of that country. Needless to say that but for the assistance from the Government, the officials, the body scientific and the people in general, I should not have been able to succeed so well in my undertaking.

My thanks are first of all due to General Porfirio Diaz, President of the Mexican Republic, who with orders and with letters of recommendation smoothed my way and enabled me to overcome obstacles and prejudices which otherwise might have proved insurmountable. I am indebted to the President also for having my book appear in such a beautiful edition.

It gives me further much pleasure to acknowledge my

obligations to His Excellency Ignacio Mariscal, Minister of Foreign Affairs, who also did all in his power to promote the object I had in view during my travels, and who entrusted the translation of my English original to a person so singularly competent as Mr. Balbino Davalos. I want to express my gratification to this gentleman, whose special literary and philological attainments and painstaking labour have produced a thorough and correct rendition of my text.

The Governors of the various States I visited, the Prefects of the Districts I traversed, the ecclesiastical authorities, as the minor officials in the places at which I stayed, all deserve my most heartfelt thanks for the assistance they have most obligingly rendered me in regard to the disposition of my journey, my personal safety and the recommendation of the proper parties who could serve my purpose best. Wherever I went, the rancheros put themselves invariably at my service, procuring guides and animals and extending to me the hospitality of their houses. All of them I beg to thank most sincerely.

Leif Erikson, the Northman, was the first European who set foot on American soil, in the eleventh century. It was therefore perhaps not unfitting that the Viking instinct in one of his descendants should impel him towards peaceful conquest on the field of science in the Sierra Madre of Mexico. My heart is and always will be in Mexico. I described what I saw impartially and truthfully, to the best of my ability, and I trust that my book may convey to the reader the deep affection I feel for the magnificent country that has been the cradle of the civilisation of the Western Hemisphere.

Much noble work has already been done by Mexican

Scientists towards acquainting the world at large with their wonderful native land, which is of such profound interest to all students of the human race. I keenly appreciate the distinction of having my book appear in the same language and alongside of the works of such illustrious scholars and authors as José Fernando Ramirez, Manuel Orozco y Berra, Francisco Pimentel, Joaquin Garcia Icazbalceta, Alfredo Chavero, Francisco del Paso y Troncoso, José Maria Vigil, Antonio Peñafiel, Antonio Garcia Cubas, Nicolas Leon—to mention only a few names of the present age.

CARL LUMHOLTZ.

NEW YORK, December, 1903.

PREFACIO DE LA EDICIÓN ESPAÑOLA

ES grande honor que debidamente aprecio, el que el Gobierno Mexicano haya hecho aparecer en castellano una edición completa de mi obra "EL MÉXICO DESCONOCIDO." Durante mi larga estancia en México aprendí á amar no sólo á ese país y á su pueblo, sino también su lengua, por lo que siento regocijo de que se lea mi libro en un idioma que tan prominente papel ha tenido en la civilización del mundo, y cuya clásica belleza es la admiración de todos los hombres cultos.

Esta acción del Gobierno Mexicano no es otra cosa que la cortés corroboración de la eficaz ayuda y valimiento moral que me fueron impartidos desde el principio mismo de mis exploraciones entre las nativas razas de ese país. Es inútil decir que sin la coadyuvación del Gobierno, de los empleados públicos, de los hombres de ciencia y de todos en general, no me hubiera sido posible salir bien de mi empresa.

Debo, en primer lugar, expresar mi agradecimiento al Sr. General Don Porfirio Díaz, Presidente de la República Mexicana, quien por medio de órdenes y cartas de recomendación me facilitó el camino para vencer obstáculos y preocupaciones que, de otro modo, hubieran sido insuperables. Debo, asímismo, al señor Presidente, el haber hecho aparecer mi libro en edición tan hermosa.

Tengo en seguida la satisfacción de manifestar mi gratitud á Su Excelencia el señor Don Ignacio Mariscal, Ministro

de Relaciones Exteriores, quien hizo también cuanto estuvo de su mano para impulsar el propósito que he perseguido en mis viajes, y encomendó la traducción de mi texto original inglés á persona de tan notoria competencia como el señor Don Balbino Dávalos. Hago también presente mi agradecimiento á este señor cuyas especiales aptitudes literarias y filológicas y laborioso empeño han producido una versión tan completa y correcta de mi texto.

Los Gobernadores de los diversos Estados que visité, los prefectos políticos de los distritos, las autoridades eclesiásticas, así como los empleados inferiores de los lugares en que estuve, merecen, todos, mis más cordiales sentimientos por la generosa ayuda que me prestaron en la prosecución de mi viaje, en bien de mi seguridad personal y recomendándome los lugares que mejor podían servir á mi propósito. En dondequiera que estuve, los rancheros se ponían invariablemente á mi disposicion, procurándome guías y animales, y ofreciéndome hospitalidad en sus casas. Á todos ellos doy sinceramente las gracias.

Leif Erikson, el Hombre del Norte, fue en el siglo undécimo, el primer europeo que pisó el suelo americano. Acaso no parezca impropio, por lo mismo, que el instinto aventurero de los *vikingos* haya impulsado á un descendiente de aquel primer descubridor hacia una pacífica conquista por los campos de la ciencia en la Sierra Madre de México. He descrito lo que vi, imparcial y fielmente, lo mejor que he podido, y espero que mi libro infunda en cuantos lo lean el profundo afecto que siento por el magnífico país que sirvió de cuna á la civilización en el hemisferio occidental.

Grande y noble ha sido el trabajo realizado ya por los hombres de ciencia mexicanos para propagar por el mundo el conocimiento de su maravilloso país, que tan profundo

interés despierta en todos los observadores de la raza humana. Agradezco vivamente la honra de ver aparecer mi libro en la misma lengua y al lado de las obras de tan ilustres sabios y autores como José Fernando Ramírez, Manuel Orozco y Berra, Francisco Pimentel, Joaquín García Icazbalceta, Alfredo Chavero, Francisco del Paso y Troncoso, José María Vigil, Antonio Peñafiel, Antonio García Cubas, Nicolás León—sólo por mencionar algunos nombres de la época presente.

CARL LUMHOLTZ.

PREFACIO

EN el curso de mis viajes por Australia, y especialmente después de mi llegada á la parte septentrional del río Herbert, al norte de Queensland, pronto advertí que me sería imposible ir en busca de ejemplares zoológicos sin contar antes con la ayuda de los nativos del país. Por más de un año, pues, pasé la mayor parte del tiempo en compañía de los negros caníbales de aquella región, acampando y cazando con ellos; y durante ese período aventurero, me llegaron á interesar tanto los pueblos primitivos, que desde entonces se ha convertido en objeto de mi vida el estudio de las razas bárbaras y salvajes.

La primera vez que concebí la idea de hacer una expedición á México, fue durante una estancia en Londres en 1887. Yo naturalmente, como todos, había oído hablar de las admirables cavernas habitadas, situadas al S.O. de los Estados Unidos; de pueblos enteros constituídos en cavernas en las cuestas de empinadas montañas, á donde en muchos casos es sólo posible llegar por medio de escaleras. Dentro del territorio de los Estados Unidos no quedaban, de seguro, supervivientes de la raza que alguna vez habitó aquellas moradas; pero se dice que cuando los españoles descubrieron y conquistaron aquel territorio, encontraron cavernas ocupadas aún. ¿No podría suceder que algunos descendientes de ese pueblo existiesen todavía en la parte N.O. de México, tan poco explorada hasta el presente?

Resolvíme entonces á buscar la respuesta á esta pregunta y á emprender una expedición en aquella parte del continente americano. Pero mi propósito no se realizó hasta 1890, que visité los Estados Unidos durante una excursión para dar lecturas públicas. Al exponer el asunto á algunas prominentes personas de ambos sexos, me encontré con la mejor disposición de su parte; y una vez despierto el interés para tal empresa, pronto quedaron vencidos obstáculos y dificultades.

La mayor parte del dinero necesario se obtuvo por suscrición privada. Con todo, la parte principal de los fondos, la proporcionó un amigo mío que ha muerto ya, un caballero americano cuyo nombre me veo obligado á omitir, por disposición suya. El Museo Americano de Historia Natural y la Sociedad Geográfica Americana de Nueva York contribuyeron cada cual con mil pesos, y quedó decidido que viajaría yo bajo los auspicios de esas dos sabias instituciones. Muchas sociedades científicas me acogieron también del modo más cordial.

El Gobierno de Washington me proveyó pronto de los documentos oficiales que necesitaba. El difunto Mr. James G. Blaine, entonces Secretario de Estado, hizo cuanto estuvo de su parte para allanarme el viaje á México, manifestando vivísimo interés en mis proyectos.

En el verano de 1890, por vía de preparación, visité á los indios zuñis, navajos y moquis, y proseguí luego hacia la ciudad de México para obtener las autorizaciones necesarias de aquel gobierno. Fui recibido con la mayor cortesía por el Presidente de aquella República, General Porfirio Díaz, quien me concedió una hora de audiencia en el Palacio Nacional, y también por varios miembros de su Gabinete, cuyas apreciaciones sobre la importancia y valor científico

de mi proyecto fueron verdaderamente gratulatorias. Obtenido todo lo que necesitaba para el éxito de mi expedición (libre introducción de mi equipage por la Aduana, el privilegio de una escolta, siempre que la considerase necesaria, y numerosas cartas de presentación para personas distinguidas del norte de México, en posición de ayudar á mis planes), volví á toda prisa á los Estados Unidos para organizar mi empresa. Era mi próposito entrar por algún punto conveniente del Estado de Sonora, en la grande y misteriosa cadena de montañas llamada la Sierra Madre, cruzarla en las famosas ruinas de Casas Grandes, del Estado de Chihuahua, y explorar en seguida la cordillera hacia el sur, en toda la extensión que me lo permitieran mis recursos.

La Sierra Madre occidental puede considerarse como continuación de las Montañas Rocallosas, y avanza, por gran parte de México, hacia la América del Centro y la del Sur, como un eslabón de cordilleras, que forman una cadena prácticamente sin interrupción, desde el estrecho de Bering hasta el cabo de Hornos. La sección que ocupa en el N.O. de México se llama Sierra Madre del Norte, y presenta amplio campo para la exploración científica, que hasta el día casi no se ha llevado á efecto.

La porción más septentrional de la Sierra Madre del Norte ha permanecido desde tiempo inmemorial bajo el dominio de las tribus salvajes de apaches, que han estado siempre contra todos, y todos contra ellos. Hasta que el General Crook, en 1883, no redujo á esos peligrosos nómades á la sumisión, no fué posible hacer allí investigaciones científicas; y quedan, de hecho, todavía pequeñas bandas de "hombres de los bosques"; por lo que mi comitiva tenía que ser suficientemente fuerte para afrontar cualquiera dificultad con ellos.

Como mi expedición, por ser la primera, gozaría de las ventajas de la comparativa seguridad que prevalece en aquel territorio, consideré contribuír mejor á las tendencias de la ciencia, asociándome un grupo de hombres de ciencia y estudiantes. El Profesor W. Libbey, de Princeton, N. J., tomó parte como geógrafo físico, trayendo consigo á su ayudante de laboratorio; Mr. A. M. Stephen era el arqueólogo, ayudado por Mr. R. Abbott; los Sres. C. V. Hartman y C. E. Lloyd eran los botánicos; Mr. F. Robinette, el coleccionador zoológico, y Mr. H. White, el mineralogista de la expedición.

Todas estas personas se habían provisto de cabalgaduras, mientras que los muleteros mexicanos iban generalmente en sus propias monturas. Nuestro equipo era tan completo como podía desearse, y comprendía todos los útiles é instrumentos necesarios, además de las tiendas de campaña y un adecuado surtido de provisiones, etc. Todo el equipaje tenía que transportarse á lomo de mula. Eramos, por todos, treinta personas, contando el grupo científico, los guías, los cocineros y los muleteros, y llevábamos aproximadamente un centenar de animales entre mulas, asnos y caballos, al cruzar la sierra.

Fue la nuestra una campaña de invierno, y desde Nacori, en Sonora, hasta Casas Grandes, en Chihuahua, fuimos siguiendo nuestra pista, la que hicimos con éxito. Las antigüedades eran casi tan raras como en el resto de la Sierra Madre del Norte. Encontramos, con todo, rastros de habitaciones antiguas en forma de terraplenes de piedra, que evidentemente habían servido para fines agrícolas, y en algunos lugares se veían rudas fortificaciones. En la región oriental, encontramos considerable número de cavernas, que contenían grupos de habitaciones cuyos constructores generalmente yacían en cavernas separadas. En la misma

localidad, así como en las llanuras de San Diego, Chihuahua, descubrimos numerosos cerros artificiales que cubrían grupos de casas de construcción semejante á las de las cavernas. Del fondo de ellas desenterramos como quinientas piezas de alfarería, de hermosa ornamentación.

Entre los otros resultados de la expedición, pueden mencionarse grandes colecciones de plantas, en las cuales hay 27 especies nuevas para la ciencia; 55 mamíferos, entre los que se cuenta el *sciurus Apache*, igualmente nuevo para la ciencia, y como un millar de aves. Hízose un completo registro de observaciones meteorológicas.

Hasta entonces, aunque lo relativo á los habitantes de las cavernas que sobrevivieran, no había tenido sino una respuesta negativa, el campo situado al sur de la sierra prometía tanto, que me sentía ávido de ampliar mis exploraciones en esa dirección. Sin embargo, los fondos de la expedición comenzaban á disminuír, y en abril de 1891, tuve que regresar á los Estados Unidos para reunir más dinero con que continuar un trabajo que bajo tan buenos auspicios comenzaba. Dejé mi campamento de San Diego á cargo de uno de mis ayudantes, dándole instrucciones de que prosiguiera las excavaciones durante mi ausencia. El trabajo no llegó á interrumpirse, no obstante que el número de expedicionarios se había reducido considerablemente. La ley que prohibe las excavaciones sin permiso especial del Gobierno de México, aun no se promulgaba por entonces.

Tenía yo tan absoluta confianza por los últimos resultados de mis esfuerzos, á pesar de los motivos de desaliento, que dos veces crucé todo el Continente de Norte América, volviendo á la ciudad de México y de nuevo hacia el norte, viaje que puede calcularse en más de veinte mil millas, para ver á personas prominentes y dar lecturas con que despertar

el interés público. Finalmente, el Museo Americano de Historia Natural de Nueva York resolvió que se continuasen las exploraciones, y los fondos fueron en esta vez proporcionados principalmente por la munificencia de Mr. Henry Villard, ya muerto; hacia fines de ese año pude tornar á mi campamento, y en enero de 1892, llevé mi expedición más al sur. Mis ayudantes científicos eran entonces Mr. C. V. Hartman, botánico; Mr. C. H. Taylor, ingeniero civil y fotógrafo, y Mr. A. E. Meade, mineralogista y coleccionador zoológico.

En esta vez llegamos á los habitantes de las cavernas. Los indios tarahumares de la Sierra Madre, una de las tribus mexicanas menos conocidas, vivían en cavernas en una extensión tal que propiamente puede llamárseles los trogloditas americanos de hoy. Me resolví á estudiar este interesante pueblo, especialmente á los *gentiles*,* y como no era práctico hacerlo, ni con la reducida gente que llevaba entonces, poco á poco fui desbandándola hasta quedar sin nadie, vendiendo la mayor parte de los animales y del equipo; y gracias á los infatigables esfuerzos de dos damas americanas, cuya amistad estimo en alto grado, pude continuar mis pesquisas, yo solo, hasta agosto de 1893, en que llevé mis colecciones tarahumares y tepehuanes á Chicago para exhibirlas en la Exposición Universal. Entre los resultados de dicha expedición se cuentan extensos vocabularios de las lenguas tarahumar y tepehuana, así como un vocabulario de la lengua tubar, hoy casi extinguida, aparte de varias medidas antropológicas, y ejemplares de restos de cabellos y huesos.

Las grandes ventajas que ofrece México á la etnología dieron irresistible incentivo á nuevas investigaciones, y viendo

* He usado algunas veces la denominación de *gentiles* refiriéndome á estos tarahumares.

los resultados de mis expediciones anteriores, el Museo Americano de Historia Natural de Nueva York me envió de nuevo á la que iba á ser la tercera y más extensa expedición mexicana, la cual duró de marzo de 1894 á marzo de 1897. Durante estos tres años, viajé de nuevo solo, esto es, sin ningunos ayudantes científicos, yendo al principio con dos ó tres criados mexicanos. Pronto, sin embargo, reconocí que mis mejores compañeros eran los llamados indios civilizados, y aun los indios en su estado aborígena, quienes no sólo me ayudaban con su presencia á ganarme la confianza de los hombres de su tribu, sino que también me servían para hacer en ellos mis observaciones. Como antes, me detuve durante meses con una tribu, deshaciéndome de todos mis acompañantes extranjeros y pasándomela bien que mal con los indios. De este modo empleé todo un año y medio entre los tarahumares, y diez meses entre los coras y huicholes. Al principio, los nativos me hacían persistente oposición; son muy desconfiados de los blancos, lo que no es extraño, pues poco les han dejado que perder; mas yo buscaba los medios más apropiados para presentarme y ganar poco á poco su confianza y amistad, gracias principalmente á mi habilidad en cantar sus canciones nativas, y tratándolos siempre bien.

Logré así adquirir de esos pueblos un conocimiento que no hubiera obtenido de otro modo. Cuando pasados cinco ó seis meses de tales estaciones y correrías, se me hubieron acabado mis provisiones de comestibles "civilizados," subsistí con lo que podía procurarme de los indios. La caza es difícil en México, y no puede uno atenerse á sus armas. Como en Australia, mi bebida favorita era agua caliente con miel, bebida que, á más de ser refrescante, daba cierta variedad á mi dieta monótona.

En todo el camino recogí materiales muy valiosos de los tarahumares, tepehuanes del norte y del sur, coras, huicholes y tepecanos, tribus que, con excepción de la última, habitan en la Sierra Madre del Norte.

También los obtuve de los nahuas de las faldas occidentales de la Sierra, así como de los que habitan en los Estados de Jalisco y de México; y finalmente, de los tarascos, en el Estado de Michoacán. De la mayor parte de estas tribus, poco más se sabía que sus nombres, y yo volví con grandes colecciones que dan mucha luz acerca de su estado étnico y antropológico, juntamente con extensos informes sobre sus costumbres, religión, tradiciones y mitos. Completé asímismo mi colección de vocabularios y melodías aborígenas. En mi viaje por la tierra caliente del Territorio de Tepic y los Estados de Jalisco y Michoacán, adquirí también buen número de objetos arqueológicos de gran valor é importancia histórica.

En 1898 hice mi última expedición á México, bajo los mismos auspicios, permaneciendo allí por cuatro meses. Me acompañó en este viaje el Dr. Alex. Hrdlicka. Volví á visitar á los tarahumares y huicholes para completar el material de que disponía y esclarecer algunos puntos dudosos que se me habían presentado al poner en orden mis notas. Recogí en el grafófono sesenta melodías de estas tribus.

Así pues, de 1890 á 1898, pasé, por todo, cinco años en mis investigaciones, entre los naturales del N.O. de México. Recogí mis materiales con la mira de esclarecer las relaciones que pudiera haber habido entre la antigua cultura del Valle de México y los "Pueblo Indians" del S.O. de los Estados Unidos, y dar una idea del estado étnico de los indios mexicanos en el día y en tiempo de la conquista, dando luz á ciertas fases del desarrollo de la especie humana.

Los resultados de mis expediciones en México han sido dados á conocer en las publicaciones siguientes:

CARL LUMHOLTZ: "Explorations in Mexico," Boletín de la Sociedad Geográfica Americana, 1891.

CARL LUMHOLTZ: Cartas á la Sociedad Geográfica Americana de Nueva York, "Mr. Carl Lumholtz in Mexico," Boletín de la Sociedad Geográfica Americana, Vol. III., 1893.

J. A. ALLEN: "List of Mammals and Birds Collected in Northeastern Sonora and Northwestern Chihuahua, Mexico, on the Lumholtz Archæological Expedition, 1890–1892," Boletín del Museo Americano de Historia Natural, Vol. V., Art. III., 1893.

B. L. ROBINSON Y M. L. FERNALD: "New Plants Collected by Mr. C. V. Hartman and M. C. E. Lloyd, upon the Archæological Expedition to Northwestern Mexico under the Direction of Dr. Carl Lumholtz," Actas de la Academia Americana de Artes y Ciencias, Vol. XXX., 1894.

CARL LUMHOLTZ: "American Cave-Dwellers; the Tarahumares of the Sierra Madre," Boletín de la Sociedad Geográfica Americana, Vol. III., 1894.

CARL LUMHOLTZ: "The Cave-Dwellers of the Sierra Madre," Actas del Congreso Internacional de Antropología, Chicago, 1894.

CARL LUMHOLTZ: Cuatro artículos en el SCRIBNER'S MAGAZINE: "Explorations in the Sierra Madre," Noviembre, 1891; "Among the Tarahumares, the American Cave-Dwellers," Julio, 1894; "Tarahumare Life and Customs," Septiembre, 1894; "Tarahumare Dances and Plant Worship," Octubre, 1894.

C. V. HARTMAN: "The Indians of Northwestern Mexico," Congreso Internacional de Americanistas, Décima Sesion, Estocolmo, 1894.

CARL LUMHOLTZ: "Blandt Sierra Madres huleboere," Norge, Norsk Kalender, Christiania, 1895.

CARL LUMHOLTZ Y ALES HRDLICKA: "Trephining in Mexico," El Antropologista Americano, Diciembre, 1897.

CARL LUMHOLTZ: "The Huichol Indians in Mexico," Boletín del Museo Americano de Historia Natural, Vol. X., 1898.

TARLETON H. BEAN: "Notes on Mexican Fishes Obtained by Carl Lumholtz," Boletín del Museo Americano de Historia Natural, Vol. X., 1898.

CARL LUMHOLTZ Y ALES HRDLICKA: "Marked Man Bones from Prehistoric Tarasco Indian Burial-place in the State of Michoacan, Mexico," Boletín del Museo Americano de Historia Natural, Vol. X., 1898.

ALES HRDLICKA: "Description of an Ancient Anomalous Skeleton from the Valley of Mexico, with Special Reference to Supernumerary Bicipital Ribs in Man," Boletín del Museo Americano de Historia Natural, Vol. XII., 1899.

CARL LUMHOLTZ: "Symbolism of the Huichol Indians," Memoria del Museo Americano de Historia Natural, Vol. III., Mayo, 1900; 228 páginas en cuarto real y tres planchas de colores.

EN PREPARACION:

CARL LUMHOLTZ: "Conventionalism in Designs of the Huichol Indians," Memoria del Museo Americano de Historia Natural.

El presente volumen da una suscinta relación de mis viajes y trabajos entre los remotos pueblos de la Sierra Madre del Norte y las regiones adyacentes, al sur y al oriente, hasta la ciudad de México. La mayor parte de lo que aquí narro, se refiere á una porción de la República que nunca han visitado los turistas y que es desconocida aun para la mayoría de los mexicanos. Los pueblos primitivos son cada día más raros en el globo. En el continente americano aun quedan algunos en su estado original. Si se les estudia antes de que ellos también hayan perdido su individualidad ó hayan sido arrollados por el paso de la civilización, se podrá esparcir mucha luz no sólo sobre la antiguos pobladores de dicho país, sino aun sobre los primeros capítulos de la historia de la humanidad.

En el rápido progreso actual de México, no se podrá impedir que esos pueblos primitivos pronto desaparezcan fundiéndose en la gran nación á que pertenecen. Las vastas y esplendorosas selvas vírgenes y la riqueza mineral de las

montañas no continuarán largo tiempo siendo exclusiva propiedad de mis morenos amigos; mas espero que les habré hecho el servicio de erigirles este modesto monumento, y que los hombres civilizados serán los primeros en reconocerlo.

El haber podido realizar lo que hice, débolo, en primer lugar, á la generosidad del pueblo de los Estados Unidos, á su imparcialidad é independencia de juicio, que permite á los extranjeros marchar con la primera fila de su guardia avanzada. Deseo hacer extensivo mi agradecimiento de un modo especial á la Sociedad Geográfica Americana de Nueva York, y más especialmente al Museo de Historia Natural de Nueva York, con el que había tenido la honra de estar en relaciones, más ó menos estrechas, durante diez años. Á su patriótico y animoso Presidente Mr. Morris K. Jesup, le estoy profundamente obligado. También me complazco en reconocer mi gratitud á Mr. Andrew Carnegie, quien inició mis proyectos con una suscrición de $1.000; así como al Hon. Cecil Baring y á los Sres. Frederick A. Constable, William E. Dodge, James Douglass, Joseph W. Drexel, George J. Gould, Miss Helen Miller Gould, Archer M. Huntington, Frederick E. Hyde, D. Willis James, Coronel James K. Jones, el Duque de Loubat, Peter Marié, Henry G. Marquand, F. O. Mathiessen, Victor Morawetz, J. Pierpont Morgan, Mrs. Edwin Parsons, Mr. Archibald Rogers, F. Augustus Schermerhorn, Charles Stewart Smith, James Spayer, George W. Vanderbilt, William C. Whitney, de Nueva York; á Mr. Frederick L. Ames, Mrs. John L. Gardner, Mrs. E. Mason, Mr. Nathaniel Thayer, Mr. Samuel D. Warren, Dr. Charles G. Weld, de Boston; á Mr. Allison D. Armour y Mr. Franklin Mac Veagh, de Chicago; á Mrs. Phoebe Hearst, Mr. Frank G. Newlands, Mrs. Abby M. Parrot, Mr. F. W. Sharon, de San Francisco; á

Mr. Adolphus Busch, de St. Louis; á Mr. Theo. W. Davis, de Newport, y al finado Mr. E. L. Godkin.

Muy valiosa ayuda he recibido también de Mrs. Morris K. Jesup; Mrs. Elizabeth Hobson, de Washington, D. C.; Miss Joanna Rotch, de Milton, Mass.; Mrs. Henry Draper, de Nueva York; Mrs. Robert W. Chapin, de Lenox; el finado Mr. E. L. Godkin; el Profesor Alexander Agassiz; el profesor F. W. Putnam, conservador del Museo Americano de Historia Natural de Nueva York; el Dr. S. Weir Mitchell, de Filadelfia; el profesor Franz Boas, conservador del Museo Americano de Historia Natural de Nueva York; el Dr. B. L. Robinson y el Dr. M. L. Fernald, de la Universidad de Harvard; el profesor J. A. Allen y Mr. L. P. Gratacap, conservadores del Museo Americano de Historia Natural.

Estoy igualmente obligado á Mr. Marshall H. Saville, conservador del Museo Americano de Historia Natural, especialmente por haber puesto los nombres de las ruinas del sur de México en uno de los mapas; á Miss Alice Fletcher, de Washington, D. C., á Mr. Edwin S. Tracy, por haber transcrito del grafófono tres de las canciones incluídas en este libro, y á Mrs. George S. Bixby que me ayudó á transcribir la música nativa. Finalmente deseo expresar mi estimación por los infatigables servicios de mi secretario particular, la Sra. H. E. Hepner.

La primera ilustración de la página (65) es reproducción de una fotografía que me fue bondadosamente proporcionada por Mr. Frank H. Chapman, y la que aparece á páginas 145–146 del tomo primero, se tomó de una fotografía adquirida por mediación del finado Dr. P. Lamborn. Debo la ilustración que aparece á páginas 452–453 del tomo segundo á la cortesía del Sr. D. Gabriel Castaños, de Guadalajara.

Las ilustraciones de color representan los objetos tales como se ven cuando se hacen aparecer los colores por medio de la aplicación del agua.

Los mapas no aspiran á una exactitud que, dadas las circunstancias, era imposible obtener; pero confío que en algo aventajarán á los existentes.

El Dr. Ales Hrdlicka, que acaba de volver de su expedición de Hyde, me informa que, visitando la parte occidental de Sonora, encontró que se habla el ópata puro al oeste del río de Sonora y al norte de Ures, por ejemplo, en Tuape.

Donde se trate de pesos y centavos, me refiero á la moneda mexicana.

En las canciones Huicholas, II, 10 á 18, he procurado traducir las palabras nativas de modo que las versiones puedan cantarse conservando fidelidad con el original.

En las palabras nativas, la *x* debe pronunciarse como la letra griega χ.

ÍNDICE

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO XII

CAPÍTULO XIII

CAPÍTULO XIV

CAPÍTULO XV

CAPÍTULO XVI

CAPÍTULO XVII

CAPÍTULO XVIII

CAPÍTULO XIX

CAPÍTULO XX

CAPÍTULO XXI

CAPÍTULO XXII

CAPÍTULO XXIII

CAPÍTULO XXIV

CAPÍTULO XXV

CAPÍTULO XXVI

CAPÍTULO XXVII

CAPÍTULO XXVIII

CAPÍTULO XXIX

LISTA DE LOS GRABADOS

GRABADOS EN COLOR

EL MÉXICO DESCONOCIDO

CAPÍTULO I

PREPARATIVOS DE MARCHA—EL GANADO SE AFICIONA Á NUESTRA ROPA—MI COMPADRAZGO—BELLEZA DEL NORTE DE SONORA—FLETEROS MEXICANOS—HISTORIAS DE APACHES—VESTIGIOS DE ANTIGUOS HABITANTES—LLEGADA Á LA PARTE SUPERIOR DEL RÍO YAQUI—INDIOS ÓPATAS MEXICANIZADOS—EL EJERCICIO MÉDICO FLORECIENTE—MODELOS MEXICANOS—ROCAS ESCULPIDAS—COMO SE PROPAGAN CIERTOS CACTOS.

FUERTES inundaciones ocurridas en el sur de Arizona y Nuevo México, y los consiguientes deslaves producidos en las vías férreas, interrumpieron mis proyectos y retardaron algún tanto mi llegada á Bisbee, Arizona, pequeño pero importante lugar minero, de donde había resuelto emprender mi expedición. Sólo hay de allí unas veinte millas á la frontera mexicana, y la Compañía de Cobre de la Reina hace que se mantengan en aquel lugar tiendas bien surtidas, donde pude encontrar provisiones y demás cosas necesarias. En preparativos para la marcha, se pasaron más de dos semanas, pues era preciso comprar animales, escoger y alquilar gente, reunir y embarcar pro-



Un dasilirio (especie de yuca).

visiones. Entre tanto, me alcanzaron los varios ayudantes científicos citados allí para tomar parte en la expedición.

Los caballos y mulas fueron comprados en las cercanías. Al efectuar esta compra, es preciso tener gran precaución en aquellos lugares, pues aun personas que se jactan de honradas, tratan de sacar ventaja de la situación. Uno de tales individuos, no sólo puso precios altos, sino que dio animales matreros. Fue motivo de mucha pérdida de tiempo é innumerables molestias, al principio en el campo, y después en el camino, el llevar aquellas mulas que arrojaban con persistencia sus cargas al suelo, haciéndose necesario sujetarlas y cargarlas de nuevo.

Poco á poco pude encontrar la gente que necesitaba, lo cual era otra tarea muy dura de llevar á cabo. Siempre hay individuos en abundancia dispuestos á correr aventuras, prestos á ganar dinero y ávidos de ir á tales expediciones; pero escoger los más adecuados entre los vaqueros y mineros de las tierras fronterizas, es de lo más difícil.

Además, por lo que es al parecer justa compensación de la naturaleza, los tesoros de la tierra se hallan siempre ocultos en los sitios más desagradables, horrendos y tristes. Así están situados, por lo menos, todos los minerales que he visitado siempre, y Bisbee no es una excepción de la regla. Para verme fuera de aquel pueblo corcovado y de su desabrido *restaurant*, establecí mi primer campamento cuatro millas al sur, en un lugar cómodo y agradable, donde podíamos preparar nuestra comida. Pero nos encontramos con otra incomodidad, curiosa por cierto. El ganado de aquella región manifestó peculiar predilección por nuestros objetos de vestir. De noche especialmente, llegaban las vacas á merodear entre nuestras tiendas de campaña, en busca de lo que pudiesen devorar, y apoderándose de algunos sabrosos bocados, tales como algún calcetín, camisa ó frazada, mascaban "poco á poco," si hemos de citar á Mark Twain, "engullendo sin cesar, abriendo y cerrando los ojos con-

tinuamente, en una especie de éxtasis religioso, como si nunca hubiesen probado en su vida nada mejor que un sobretodo." Sobre gustos no hay nada escrito, ni aun tratándose de las vacas. Á pesar de este menoscabo que sufrimos, nos era grato estar en el campo, que se iba poniendo deliciosamente verde después de las lluvias y nos hacía saborear de antemano lo que nos esperaba.

Lo último que faltaba hacer, terminados todos los demás preparativos, era obtener tres saquitos en que cupiesen $750 mexicanos, pues entre la gente del campo el papel moneda es de aceptación muy difícil. Hablábase mucho de un asalto dado por algunos bandoleros en las cercanías, pero nosotros emprendimos nuestro camino, sin que se nos molestase, el 9 de septiembre de 1890.

Gracias á las cartas que llevaba del Gobierno Mexicano, no se me incomodó para nada en la Aduana de San Pedro. Detúveme, sin embargo, algunos días para comprar unas sillas de carga llamadas aparejos, que estrictamente hablando no son sino sacos de cuero rellenos de paja, que se aseguran al lomo de las mulas. Debido á la cortesía de los oficiales aduaneros de México, pude obtener también dos excelentes arrieros de confianza, que reemplazaron á algunos americanos que no habían hecho más que vivirse disputando en el campamento y no me convenían para mi propósito.

Como muestra de consideración, uno de los empleados de la Aduana me invitó para padrino de su hijo. Tuve que sostener la cabeza del niño durante la ceremonia, mientras una mujer de edad le sostenía el cuerpecito. Conforme á lo acostumbrado, di veinticinco centavos á cada una de las personas que nos acompañaban, y un obsequio más adecuado para el niño. Desde entonces fui llamado "compadre" por la mayor parte de la gente del pueblo, y se estableció entre la familia del niño y yo mismo ese sagrado parentesco de tan grande importancia en la vida de los

mexicanos. Durante diez años de viajes y de actividad etnológica, nunca he vuelto á encontrar á mi ahijado, pero espero que se ha de hallar sin novedad.

¡Qué hermosa frescura la del campo cuando íbamos atravesándolo con dirección al sur en el norte de Sonora! Las monótonas llanuras de Arizona iban siendo reemplazadas por un paisaje más variado, lleno de pintorescas colinas coronadas de encinos y cedros. Grupos de álamos llamaban especialmente la atención, á la orilla de los ríos. Había también vides silvestres en abundancia. Donde quiera, cerca de las sombrosas corrientes, miraba las onagras amarillear brillantemente, al par que las flores vivamente carmíneas de la lobelia asomaban por entre la maleza. Pero de todas las flores que esmaltaban las márgenes de los ríos, la más notable era la *Datura meteloides*, flor exquisitamente bella, con su pomposa corona blanca de seis pulgadas de largo y cuatro de ancho. Vimos un matorral de dicha trepadora, que tenía en su conjunto cincuenta pies de circunferencia. Es muy sabido entre los indios navajos que la raíz de esta planta, cuando se come, obra como poderoso estimulante; pero la clase mejor de la tribu es enemiga de tal uso que amenudo conduce á la locura y á la muerte. El efecto de ese veneno es acumulativo, y bajo su influencia los indios, como los malayos, se ponen á correr frenéticos y tratan de matar á cuántos encuentran.



Grupo de álamos.

Se da también allí una especie de cacto cuya raíz es semejante á una enorme zanahoria. Una planta de las pequeñas tenía una raíz de cuatro pies de larga. Se usa como jabón.

De las aves, las más abundantes eran las palomas y papamoscas, y una especie de los últimos frecuentemente nos encantaba la vista con su brillante plumaje bermejo.

Los hombres que habíamos contratado antes de cruzar la frontera no se avenían con los mexicanos, considerándose generalmente muy superiores á los últimos, á quienes no conceptuaban "hombres blancos." Por mi parte prefería á los mexicanos, que eran obedientes, atentos y menos indisciplinados que los ásperos mestizos ciudadanos del S.O. de los Estados Unidos. Como muestra del estado moral de la población fronteriza, referiré un hecho:—Á unas sesenta millas al sur de la frontera, un oficial aduanero, estacionado en las cercanías, se empeñaba en examinar mi equipaje, lo que por supuesto me hubiera ocasionado una multitud de molestias. No era aquél ni mejor ni peor que cualquiera otro empleado de aduana, quienes parecen existir solamente para incomodar á cuantos pueden, y armándome de un poco de paciencia, logré arreglar el asunto satisfactoriamente. Pero uno de mis hombres, que había notado mi disgusto, se me acercó preguntándome si quería verme libre de aquel individuo, diciéndome que si yo lo deseaba, él sabría el modo de servirme de manera que no se volviese á oír hablar del mexicano.



Cereus Greggii. Pequeño cacto de enorme raíz.

Poco á poco me fuí descargando de tan desalmado elemento, y reemplazando la mayor parte de los americanos con fleteros de México, que son muy superiores en este particular. Al contratarlos, era necesario tener siempre la pre-

caución de no aceptar ninguno sin buena recomendación de las autoridades de su tierra ó de alguna persona prominente de los alrededores.

El primer pueblo de alguna importancia por que pasamos fue Fronteras. Ocupa la cumbre y faldas de una elevada altiplanicie, y parece á distancia extremadamente pintoresco. Visto de cerca, sin embargo, se convierte en una lastimosa aglomeración de casas de adobe. No sólo el pueblo mismo, sino también todos los ranchos próximos se hallan situados sobre puntos elevados, antigua precaución que se tenía contra los sanguinarios apaches.

Á no mucha distancia de Fronteras, había un lugar importante que contaba, según dicen, unos dos mil habitantes; pero los apaches en sus incesantes ataques hicieron tan miserable la vida de los que lo habitaban, que llegó á despoblarse hasta quedar completamente abandonado. Los que han sobrevivido de tales luchas cuentan numerosas historias de las constantes peleas con aquellos salvajes. Nunca había seguridad entonces para aventurarse fuera de los límites de la población. Con todo, los conflictos no siempre terminaban del mismo modo, pues á veces los mexicanos llevaban la mejor parte, aunque es de dudarse que las medidas empleadas para estos resultados pudieran caber en los procedimientos de las reglas modernas de la guerra.

Cierta hermosa noche de luna, un viejo que había tomado parte en muchas de tales refriegas, me condujo á un hondo desfiladero en donde siete apaches habían encontrado su último fin, y me refirió lo siguiente:

Una numerosa partida de guerreros llegó amenazadora al pueblo. Habían matado dos halcones y, adornados con sus plumas, caminaban en són de guerra. Al ver su número comprendieron los mexicanos que sería inútil oponerles resistencia, y les pidieron paz, que los salvajes concedieron. Siguióse un festín de conciliación durante el cual corrió en abundancia el mezcal, aguardiente mexicano, dis-

tribuído sin tasa á los guerreros por sus sitiados huéspedes, que aguardaban el momento oportuno. Cuando los apaches estuvieron ebrios, sus anfitriones cayeron sobre ellos capturando á siete hombres, pero la mayor parte de los de la partida lograron escapar. Al día siguiente, fueron con-



Fronteras.

ducidos los prisioneros á la barranca y muertos á lanzazos por considerarlos indignos de malgastar la pólvora en ellos. Sólo el capitán suplicó, señalándose la cabeza, que le fusilasen como un especial favor, lo cual se hizo. Sus cuerpos fueron enterrados en el lugar donde cayeron, y como había transcurrido ya demasiado tiempo desde aquel suceso, me sentí deseoso de asegurar para mis colecciones aquellos ejemplares tras de los cuales había estado á la mira;

pero dijéronme los habitantes que como todos los alrededores estaban llenos de restos de apaches, ninguna dificultad tendría yo en recogerlos de algunos sitios próximos. Informáronme que cierto número de dichos bárbaros, hombres y mujeres, habían sido enterrados en un solo hoyo. Después de una excavación en el lugar que me señalaron, nuestros esfuerzos se vieron recompensados con la exhumación de ocho cráneos en perfecto estado, aparte de muchos huesos característicos. El último asalto de los apaches en Fronteras tuvo lugar en 1875.

Pasando de Cochuta, á eso de 100 millas al sur de Bisbee, llegamos á un depósito de fósiles. Tenía aproximadamente más de una milla de extensión, pero nos dijeron que muchos huesos habían sido extraídos como curiosidades. Ya había notado huesos de fósiles aislados, á lo largo de los arroyos, en diversas ocasiones durante nuestros viajes; pero no pudimos encontrar allí nada de importancia.



Curioso hormiguero.

Donde quiera pueden verse en la región que atravesamos caminando hacia el sur, signos de que el país estuvo ocupado en lejanos tiempos por otra raza distinta de sus actuales habitantes.

Tales huellas aparecen con frecuencia en forma de notables grupos de piedras, firmemente clavadas en el suelo. Son como de un pie de altura en su totalidad, y sólo se ve

sobre la superficie la extremidad superior, á la manera que aparecen las que se usan para adorno de parques y jardines. Se hallan dispuestas en círculos ó rectángulos. Había dos círculos juntos de seis pies de diámetro cada uno. Un rectángulo que medía cincuenta pies de longitud, por la mitad de dicha extensión en su anchura, estaba dividido por paredes fijas en tres distintas secciones. En ninguna parte encontré muro debajo de estas piedras salientes ni había tampoco rastros de cosas quemadas. En las ruinas que se hallan en la parte superior de las lomas, reunimos gran cantidad de vasijas rotas y algunas puntas de sílice. En varios lugares del distrito encontramos oro y carbón, pero en cantidades insignificantes

Á unas cuarenta millas al sur de Cochuta torcimos con dirección al sur, ascendiendo una altiplanicie montañosa á 3200 pies sobre el nivel del mar. Allí vimos las primeras orquídeas de color amarillo y deliciosamente olorosas, y en el cañón de abajo, las primeras palmas. Las rocas continuaban con apariencias de conformación volcánica y metamórfica.

Como á 130 millas al sur de Bisbee alcanzamos á ver por primera vez la Sierra Madre, levantándose sobre los cerros de abajo, á unas cuarenta millas al oriente.

Sus elevados picos bañados de sol en la azulada y clara atmósfera parecían saludarnos con entusiasmo, alentando nuestras esperanzas de buen éxito. Aquella, pues, era la región que íbamos á explorar. Apenas podía suponer entonces que aquella sierra me daría abrigo por varios años. Parecía muy cercana, y se hallaba, sin embargo, muy lejos; y al encaminarnos hacia el sur la perdimos á poco nuevamente de vista.

Bajamos gradualmente al río de Babispe, nombre que tiene allí el río Yaqui, de acuerdo con la costumbre, común á los mexicanos y otros pueblos de diversas partes de la tierra, de dar diversos nombres al mismo río en su curso por

diferentes territorios. Era un encanto la primera vista que ofrecía la magnífica extensión de agua que forma el río cerca de la ciudad de Opoto, al torcer lentamente su corriente por entre verdes arbustos. Es el más grande de la costa occidental de México, y corre allí como á 1400 pies sobre el nivel del mar.

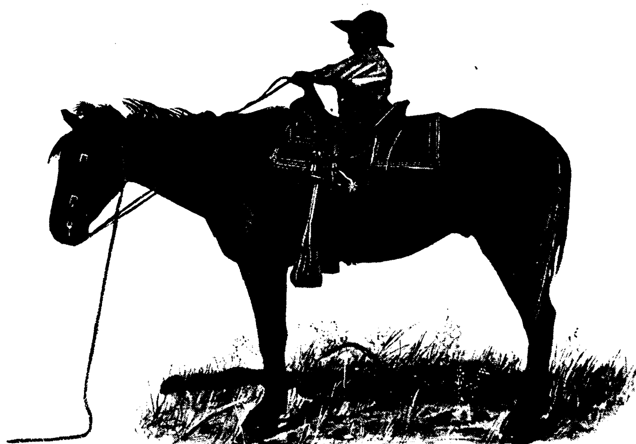
Siguiendo el río con dirección al sur, pronto pasamos por los pueblos de Guasabas y Granados. La vegetación



Unas campanas en Opoto.

de las márgenes ofrece vivo contraste con la del terreno en general. Hay sembrados de caña de azúcar, y en las huertas, los naranjos, las higueras y las limas crecen en abundancia. La región, aunque fértil, es seca y el calor muy grande. Aun á fines de octubre, el termómetro registraba algunas veces 100° F, á la sombra. La yerba se había secado y era escasa, lo que dificultaba conservar los animales en estado satisfactorio.

Este territorio estuvo alguna vez en poder de la gran tribu de indios ópatas, que se han civilizado. Han perdido su lengua, religión y tradiciones; se visten como los mexicanos, y no se distinguen en su apariencia de la clase trabajora de México, con la que se han mezclado por completo, debido á matrimonios frecuentes entre unos y otros. Conforme pasábamos por los caseríos, nuestra numerosa comitiva y avíos producían gran sensación y sacaban á la gente de la quieta rutina de su existencia diaria. Acostumbraban rodear mi



Un buen ginete.

tienda, especialmente por las mañanas y las noches, dando con ello la apariencia de una subasta que se verificase dentro de ella. Algunos querían venderme cosas fáciles de adquirir, como gallinas y panocha. Una mujer me ofreció tres pollos por un peso. Le dije que pedía un precio demasiado alto, puesto que los pollos no valían más de veinticinco centavos cada uno; pero ella insistió en que necesitaba un peso, porque se lo había prometido al padre para que dijese una misa por un hombre que había muerto en tiempo de Hidalgo, á principios del siglo.

Pero la mayor parte de aquella gente acudía á mi tienda

para consultarme sobre sus dolencias. Era en vano decirles que yo no era médico y que no tenía medicinas de sobra, pues no llevaba sino las que consideraba necesarias para los que me acompañaban. De haberles dado todo lo que necesitaban, nuestro escaso surtido habría quedado exhausto desde el primer día; y ellos, para ablandarme el corazón, me enviaban melaza, cañas de azúcar y cosas por el estilo. Una pobre mujer que padecía de cáncer llegó hasta ofrecerme su burro si la curaba, oferta equivalente en su grado á todos los millones de un magnate de Wall Street, pues que el burro era cuanto ella poseía sobre la tierra.



Mexicano de Opoto.

Todos estaban ansiosos de que les tomara el pulso, ya fuera que estuviesen enfermos ó no. Creían á ciegas que con este misterioso contacto podría decirles si estaban afectados de alguna enfermedad y cuanto tiempo habrían de vivir. Una mujer en cinta me pedía que le tomara el pulso y le dijera cuando nacería su criatura. Abrigo la esperanza de que mis consejos prácticos y las pocas medicinas que pude darles hayan aliviado algunos de sus dolores de espalda y de costado, sus uñeros,

toses, fiebres y escalofríos, y sobre todo su indigestión, que es el mal reinante en aquella parte del país. Pero confieso que llegué á verme cansado de tales consultas. Á causa de frecuentes matrimonios entre personas allegadas hay allí muchos sordomudos, y la epilepsía y la demencia no son nada raras tampoco.

En cambio, se me aseguró que los ladrones eran desconocidos. Sea lo que fuere, lo cierto es que los mexicanos del oriente de Sonora son excelentes personas. Fueron para mí muy agradables en su trato, muy activos y obedientes; no desearía, por cierto, hombres mejores que los que tenía á mi servicio, y casi todos eran de aquellos lugares. El pueblo es pobre, pero genuinamente hospitalario. Eran, por supuesto, ignorantes, y no podían, por ejemplo, reconocer de un billete otra cosa sino que era verde. En cada población, sin embargo, encontré uno ó dos hombres comparativamente ricos, que sabían del mundo algo más que los otros, y que me ayudaban en mis dificultades, yendo de casa en casa á fin de reunir todo el dinero en efectivo que podía haberse, y el café y azúcar que hallaban para completar el resto del cambio. Es un hecho que nunca hubiera logrado avanzar tan bien si no hubiera contado en todas partes con la actitud amistosa y solícita de los mexicanos. Como ejemplo diré que cuando la gran escasez de yerba se comenzó á hacer sentir seriamente en los animales, fui ayudado eficazmente por la cortesía de algunos individuos de influencia. Sin ningunas cartas personales de presentación, recibía muchos servicios siempre que mostraba mis cartas de recomendación del Gobernador del Estado, y se me hacía un cordial recibimiento.

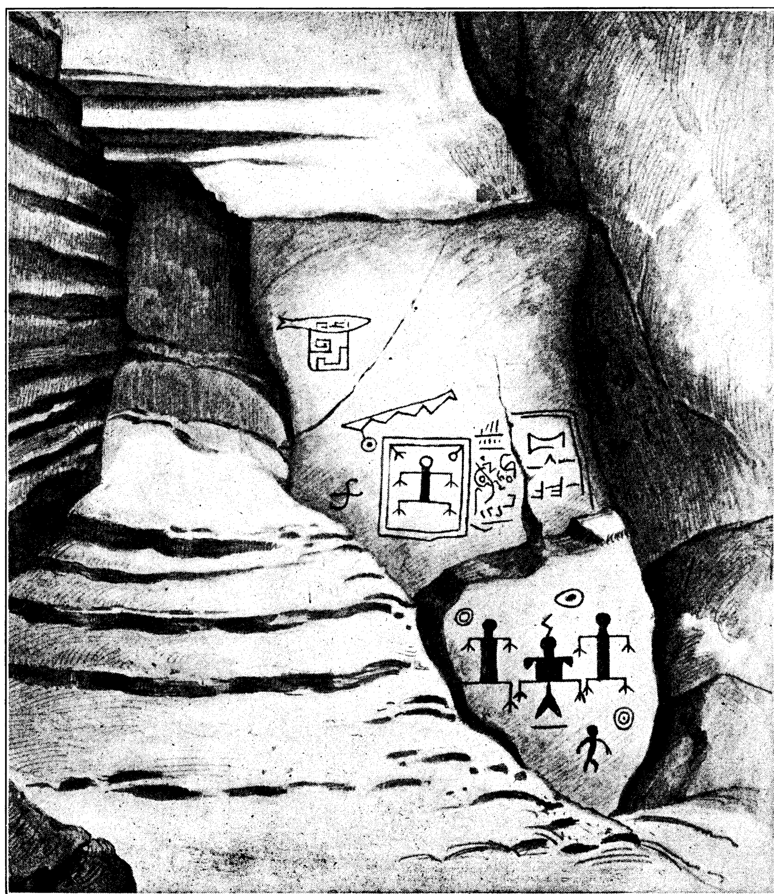
Quedé tan vivamente impresionado por la prontitud de la gente en atenderme y servirme, que consigné en mi libro de notas la observación siguiente:—"Encuentro á los mexicanos más corteses que ninguna otra nación de aquellas con que he estado en contacto." He tenido la fortuna de viajar

durante años en México, y mi experiencia de su pueblo no ha hecho mas que arraigar la grata impresión que recibí al principio. Todo el que viaje en dicho país bien recomendado, y se porte como un caballero, puede estar seguro de quedar agradablemente sorprendido de la hospitalidad y solicitud de todos, altos y bajos, y de que no es una vana frase de cortesía la empleada por el mexicano que "pone su casa á la disposición de Ud."

Es de le mayor importancia el llevar de arriero principal á un hombre conocedor del cuidado que debe prestarse á los animales. No es uso en México, como en toda la Australia, lavar el lomo de los animales tan luego como se les quitan los aparejos ó las sillas, precaución muy benéfica que fortifica la piel é impide la inflamación y las mataduras. Acá no lavan á las bestias de carga hasta que el daño está hecho, teniendo entonces que cuidar la hinchazón y curar las heridas. Si no se les atiende cuidadosamente desde el principio, pronto se enferman los animales, inutilizándose algunos para el servicio, y perdiéndose mucho tiempo en las mañanas y en las noches en curarlos. Por el descuido de algunos arrieros perdí varias mulas de valor, á consecuencia de las mataduras. En verano, las moscas verdes agravan el daño depositando en las grietas de la piel sus larvas que se desarrollan en muy corto tiempo. Hay, por supuesto, muchos medios de librar al animal de esta peste, pero allí, como en todas partes, la proverbial onza de precaución vale más que una libra de cuidado.

Llegó á mis noticias el caso curioso de un hombre cuya vida estaba amenazada por las cresas de una mosca verde. Era un soldado que había perdido en un combate la nariz, quedándole cortada de manera que las fosas nasales se hallaban enteramente expuestas al aire. Una noche que, ebrio, se encontraba dormido, una mosca le depositó sus larvas en la nariz y cuando le germinaron, parecía que aquel hombre iba á ser devorado vivo por ellas. Le di algún alivio laván-

dole con una jeringa las partes enfermas, con una solución de sublimado corrosivo. Después un mexicano intelligente que tenía gran conocimiento de numerosas plantas medicinales del país (muchas de las cuales, sin duda, son utilísi-



Rocas esculpidas cerca de Granados.

mas), atendió al paciente, y en dos días pareció quedar el desgraciado en buen camino de sanar.

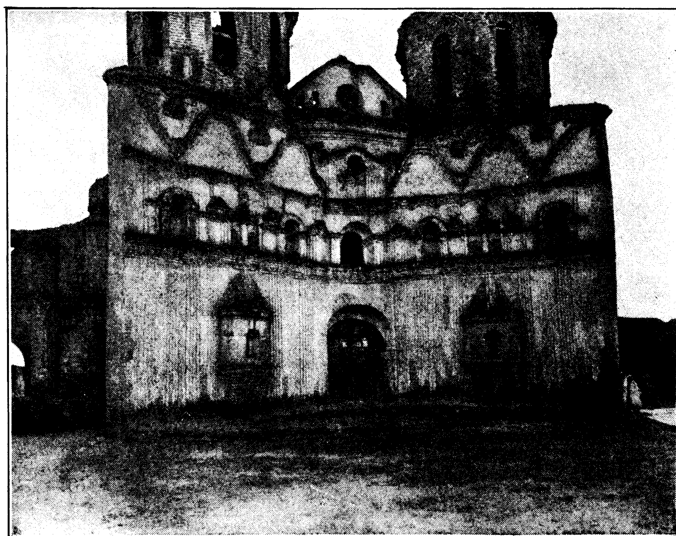
Cerca de Granados me hablaron de unos petroglifos ó figuras esculpidas en las rocas, y envié á Mr. Stephen á exa-

minarlas. Los mexicanos llamaban á los diseños "cara pintada"; hallábanse á sólo dos millas y media al N.O. de la ciudad, y eran interesantes. Los dibujos estaban rudamente grabados á pico en las rocas de felsita, bastante suaves, sobre un tajo perpendicular de la parte baja de la sierra, como á cuarenta pies sobre el lecho del arroyo ó quiebra. Todas las figuras humanas estaban diseñadas en el estilo característico que encontramos más al norte, figuradas las manos y los pies con tres líneas radiantes, á semejanza de pisadas de pájaro. El tamaño de la figura, esculpida dentro de una especie de marco, es de veinte pulgadas de ancho por veinticuatro de largo, y cada una de las tres figuras del grupo próximo de abajo, tenía como 18 pulgadas de altura. Algunos de los dibujos representan evidentemente á la libélula deificada que se ha encontrado casi donde quiera entre las ruinas de Arizona y el norte de México. Hay también círculos concéntricos, la espiral de forma convencional y el dibujo del laberinto, tan común entre los indios americanos del norte y todavía usado entre los moquis Nuestro botánico, Mr. Hartman, me llamó la atención hacia un interesante cacto que presenta hermosamente la forma de un candelabro, y que alcanza una altura de tres á cinco pies. Al envejecer, los nudos extremos de las ramas se ponen macizos y pesados, y son fácilmente arrancados por el viento. Los nudos, como todas las demás partes de la planta, están enteramente cubiertos de numerosas espinas de una pulgada, y muchos de ellos, al asegurarse en la tierra floja y húmeda, crían raíces en donde caen. De este modo se forman muchas nuevas plantas que crecen alrededor de la planta madre. En las pedientes, las plantas pequeñas forman hileras como de cuarenta pies de extensión. Producen también fruto, pero muy escaso en comparación con el de otras especies de cactos que crecen en las cercanías.

CAPÍTULO II

NOTABLE PIEZA ANTIGUA—UNA NUEVA ESPECIE DE PLANTA DE CIEN AÑOS—LLEGADA Á NACORI, AL PIE DE LA SIERRA MADRE—TRINCHERAS—UN COLMILLO DE MAMUT—TREPANDO LA SIERRA MADRE—DESCUBRIMIENTO DE UNA NUEVA ARDILLA—SOLEDAD EN LA SIERRA—MONUMENTOS APACHES—LLEGADA Á LO ALTO DEL RÍO BABISPE.

De Granados marchamos hacia el oriente, pudiendo al fin cruzar el río Babispe que, á causa de las fuertes lluvias en la sierra, había estado por algún tiempo desbordado. Partiendo de este punto, de donde el terreno va

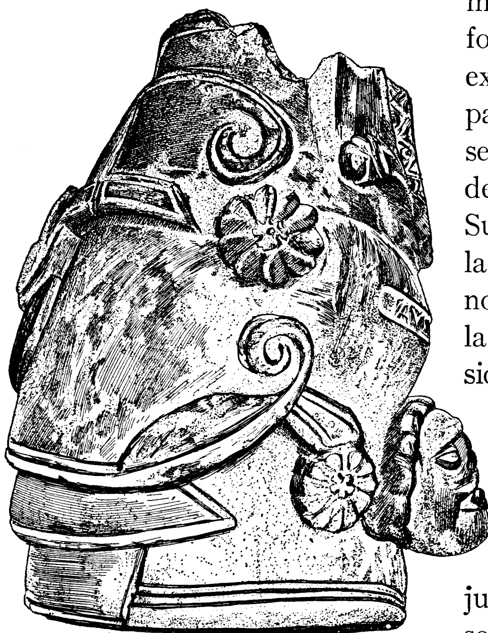


La iglesia de Bacadehuachi.

ascendiendo gradualmente, llegamos á Bacadehuachi, pequeño pueblecillo notable por su iglesia, maciza construcción de adobe, cuyo aspecto parecía un tanto fuera de proporción

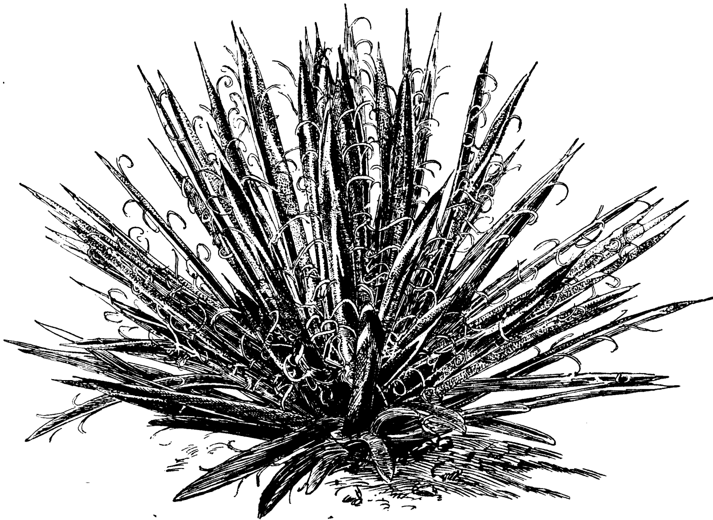
en aquellas montañas. Fue construída por los franciscanos hace más de cien años, en el mismo sitio que ocupaba una iglesia jesuita más antigua, de que aun quedan restos, la que á su vez había sido erigida sobre las ruinas de un antiguo templo.

Examinando la iglesia, encontró el Profesor Libbey que una de las fuentes ó pilas de agua bendita era una pieza muy antigua, y nos informaron que había sido extraída de los restos del pagano templo cuando se hicieron los cimientos de la construcción actual. Su mérito estético llamó la atención aun á los ignorantes constructores de la iglesia, quienes consideraron que debía ocupar un lugar en la nueva catedral, donde servía para el uso expresado. Desgraciadamente se juzgó necesario grabar sobre el antiguo modelado algunas letras romanas en indicación del nuevo objeto á que se consagraba el vaso. Aunque con ello salió perdiendo en su carácter general, dicha vasija es una reliquia valiosísima del México prehistórico, no sólo considerada como obra maestra del arte antiguo, sino aun más como poste ó mojón para señalar el límite de las emigraciones aztecas. No fue posible obtenerla desde luego, pero pocos días después mandé suplicar á un caballero de Granados, cuya esposa había sanado de una enfermedad con



Vaso azteca encontrado en la iglesia de Bacadehuachi. Altura, 37 cm.

un remedio que le di, que interpusiera su influencia con el sacerdote, y debido á ello tuve la satisfacción de adquirir tan valiosa reliquia histórica. El vaso es de una piedra blanda y untuosa, parecida á la esteatita (piedra de jabón), verdadera agalmatolita, mineral vulgarmente llamado piedra de pagoda. Por la boca de la cabeza humana esculpida al frente, pasa un tubo de cobre que taladraba la gruesa pared del vaso penetrando á su interior. Dicho tubo había sido tapado para apropiar la pieza á su nuevo objeto.



Agave Hartmani, nueva especie de planta centenaria.

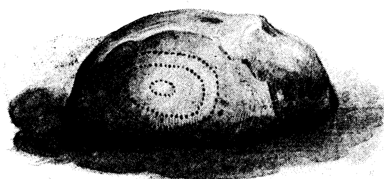
Caminando durante varios días á través de encinos y mezquites, sobre lomas y cuestas, llegamos á Nacori, pobre pueblo situado en las colinas del pie de la Sierra Madre. Está apenas á cuarenta millas de Granados, á una elevación de 3700 pies. Nuestro campamento, á unas dos millas fuera del pueblo, estaba impregnado de un delicioso aroma de acacia, y el agua de las montañas vecinas, aunque fuertemente saturada de hierro, era potable.

En esta región encontró Mr. Hartman una nueva forma de agave, con delicadas rayas blancas en las lanceoladas

hojas que forman roseta en la base de la planta. El pedúnculo es sólo de 12 á 13 pulgadas de alto, y no me sorprendería que esta hermosa y diminuta planta llegase alguna vez á estar de moda en los invernaderos. Crece abundantemente en las grietas de las rocas, y amenudo los cortes perpendiculares de los cañones se veían tachonados de sus brillantes rosetitas, cuando la sequía había acabado con toda vejetación herbácea.

Hice desde ese lugar una excursión al sitio que había ocupado un antiguo pueblo. Vi, como de ordinario, restos de pequeñas habitaciones, barracas de tosca piedra y fragmentos de vasijas. Encontramos tres morteros ó molcajetes y una mano de los mismos, notable número de metates (piedras en que se muele el maíz), con sus correspondientes moledores, todo lo cual hacía presumir que había existido una población considerable acumulada en pequeño espacio.

Pero el rasgo de antigüedad mas notable advertido á medida que avanzábamos en nuestro viaje, eran curiosos terraplenes de piedras, construídos á través de las estrechas barrancas. Llámanles allí trincheras. No parecen algunas ser muy antiguas y muchas ofrecen el aspecto de paredes hundidas; pero las piedras empleadas en su construcción se utilizaron en su estado natural, aun las demasiado grandes é irregulares. El material de construcción era siempre el que cada localidad podía proporcionar: donde abundaba el terreno conglomerado, con grandes cantidades de guijarros desgastados por el agua, usábanse éstos; donde prevalecía el pórfido, se empleban grandes losas de este material. No hay huellas de que se labraran y cortaran dichas piedras, pero es evidente que el trabajo de albañilería era



Antiguo dibujo picado en un trozo de traquita de un pie cuadrado.

bastante hábil. Las paredes no son verticales, sino un tanto inclinadas hacia la base en que se erigen. La terraza así formada se ve frecuentemente llena de tierra hasta la altura de la pared, en un espacio de quince á veinte pies. La tierra que hay allí no parece tener color ninguno. Algunas de las trincheras miden 30 pies de longitud por cuatro de altura, mientras que las más pequeñas que vi tienen sólo cinco pies de largas por tres de altas. Naturalmente las más grandes se encuentran en la parte más baja de las barrancas, y podían encontrarse otras tan grandes como á veinticinco pies atrás y en sitio más alto. Conforme asciende y se estrecha el arroyo, las trincheras de la loma, colocadas cada una un poco más arriba que la precedente, son necesariamente más pequeñas.

En las montañas de cerca de Nacori, especialmente al este y al oriente, encontramos trincheras casi en cada declive hasta una altura de seis mil pies, aun cuando las crestas empinadas y las cumbres de la montaña no tienen rastro de ellas. En un arroyo que tenía cerca de mil pies de anchura y de un declive relativamente suave, contamos veintinueve trincheras, desde el lecho de la corriente principal hasta la altura de la montaña. Algunas estaban enteramente próximas, habiendo tres que guardaban entre sí una distancias de dieciocho pies.

Tienen estas trincheras cierta semejanza con los jardines aterrazados de los indios moquis, y es evidente que han servido para fines agrícolas, tales como se usan hoy por los tarahumares (página 151). Verdad es que son muy numerosas, y que se encuentran á veces en lugares inadecados para sembrar; pero por otra parte, son pocas las que se hallan lejos de los restos de habitaciones, lo que hace razonablemente inferir que las casas en ruinas, lo mismo que las trincheras, se debieron á la misma raza. Algunas de las terrazas sirvieron sin duda para proteger los sembrados contra los enemigos y animales salvajes; pero no es posible suponer

que hayan estado dedicadas para presas de irrigación, no obstante que á través de algunas de ellas vimos correr el agua que provenía de un pantano, y es menos probable que hayan servido para fines mineros.

No bien dejamos atrás los llanos del monte de Sonora y el campo comenzó á ser montañoso y accidentado, se hicieron más notables dichas características construcciones, mostrando primeramente mayor semejanza de paredes construídas sólo á lo largo de las faldas de los cerros y sin cruzar las quiebras. Parecían más numerosas en la parte occidental y central de la sierra, ó sea en sus espolones y cerros inferiores, que en el lado oriental de la gran cordillera. En cuanto á la parte que se extiende al sur, no se encuentran más allá de la mitad del Estado de Chihuahua. El Capitán Bourke, en su libro "Una Campaña Apache" dice que "en todo lugar cubierto se descubrían ruinas, construcciones, muros y presas edificados por una raza, hoy extinguida, que poseía tales regiones." Mr. A. F. Bandelier, en su viaje que emprendió á la parte superior del Yaqui en 1885, llegando hasta Nacori, hace también referencia á la mismas, y el profesor W. J. McGee, en su expedición verificada en 1885, encontró en el norte de Sonora ruinas conocidas en la localidad con el nombre de *Las Trincheras*, las que consideró como la obra prehistórica más perfecta cuya existencia se conocía en aquella región de México, y dice que están formadas de terrazas, paredes de piedras y fortificaciones cerradas, hechas de piedras sueltas, que rodean casi dos cerros aislados.

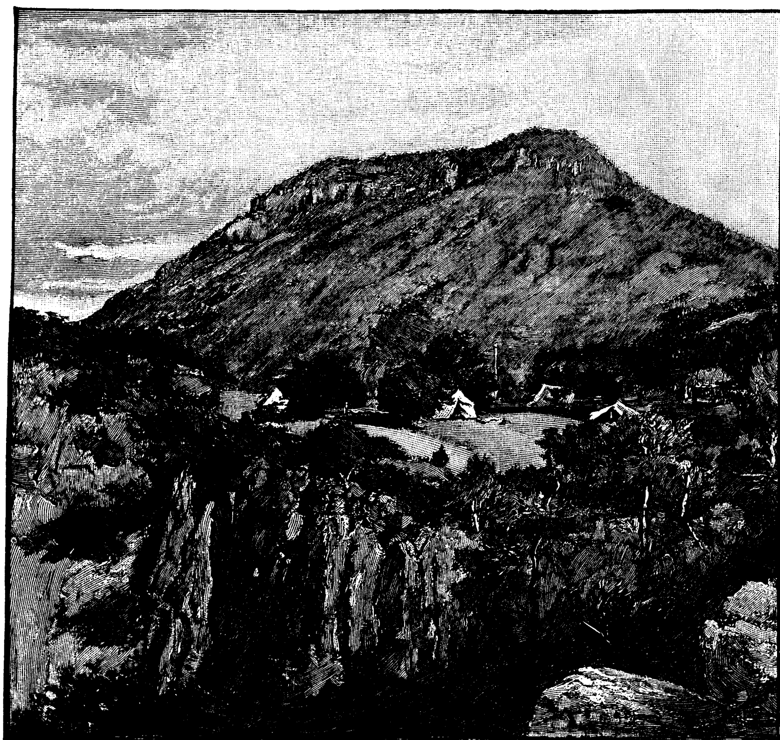
No dejaré de mencionar que en una exploración de dos semanas por las montañas próximas á Nacori, Mr. Stephen y personas que lo acompañaban no encontraron fragmentos de vasijas, hojas de obsidiana, ni metates. Dijéronnos que no había en aquella región otras huellas de algún antiguo pueblo que los centenares de trincheras que cruzaban las bajas cuencas de los arroyos.

Era digno de notar, sin embargo, el frecuente encuentro de antiguas veredas en los cerros, algunas de las cuales se advertían con toda claridad en una extensión de tres á cuatro cientas yardas. Viejas encinas extendían sus ramas por sobre muchas de ellas, casi hasta tocar el suelo.

Estando en Nacori me dijeron los habitantes que á no mucha distancia de allí había varios depósitos de huesos gigantescos, nombre que se da á los fósiles en aquellos lugares, donde la gente supone que los grandes huesos pertenecieron á gigantes. No disponía yo entonces ni de tiempo ni de hombres para hacer excavaciones de alguna importancia; pero Mr. White, el mineralogista de la expedición, á quien envié á observar lo que había, y que dedicó una semana al examen de aquellos depósitos, me informó que uno de ellos, situado en un valle á 16 millas al sur de Nacori, era un yacimiento arcilloso como de 30 pies de anchura y cerca de milla y media de largo. En los linderos de este campo, descubrió un colmillo de 6 pies 8 pulgadas de longitud y 26 pulgadas en su mayor circunferencia, que formaba casi la curva de un círculo. No estaba petrificado y carecía de núcleo, pero tenía la cavidad llena de arcilla y presentaba un hermoso color de caoba. Era indudablemente un colmillo de mamut.

Desde el principio me había llamado la atención la grande ignorancia de la gente de Sonora respecto á la Sierra Madre. La persona más prominente de Opoto, población escasamente á 40 millas de la sierra, me dijo que no sabía á qué distancia quedaría, ni pudo decirme exactamente donde estaba. Ni en Nacori, tan próximo á la majestuosa cordillera, se sabía mucho más, pudiendo decirse que el conocimiento de los mexicanos á ese respecto se reduce verdaderamente á esto: que es un inmenso desierto poblado de montañas á donde es muy difícil llegar; que se necesitarían unos ocho días para ascender á alguna de las altas cumbres; que contienen inmensos pinares habitados por

ciervos, osos y carpinteros extraordinariamente grandes, capaces de derribar árboles enteros, y que en medio de aquellas montañas quedan aún restos de un pueblo extinguido hace largo tiempo, que cultivaba el suelo, vivía en sociedad y construía monumentos y hasta puentes sobre algunos cañones de la sierra.



Cerros del noroeste de Sonora.

Tan general ignorancia se debe principalmente al hecho de que hasta hace muy poco tiempo toda esa parte de la sierra, desde el límite de los Estados Unidos hasta unas 250 millas al sur, se encontraba bajo el completo poder de los salvajes apaches. Del centro que ocupaban en sus montañas estos merodeadores hacían incursiones devastadoras en los

Estados próximos, al este y al oeste, cayendo sobre las haciendas, entrando á pillaje en los pueblos, llevándose los caballos y ganados, matando á los hombres y sometiendo á la esclavitud á mujeres y niños; debido á ello se hacía impracticable el laboreo de las minas; las haciendas quedaban desiertas, y las iglesias construídas por los españoles se reducían á ruinas. Aquellos indios se habían hecho dueños absolutos de todo y eran tan temerarios que hubo tiempo en que dedicasen cierto mes del año para sus pillajes, al cual daban el nombre de "la luna de los mexicanos," sin que ello fuera obstáculo para robar en las otras estaciones. Á menudo los perseguían las tropas hasta las montañas; pero los "valientes" eran tan diestros en el tiro, y se escondían tan bien en las fortalezas naturales de su nativo dominio, que la persecución no daba nunca resultado y los mexicanos estaban del todo paralizados por el terror. Era tan grande el miedo á aquellos saqueadores, que hasta en la época en que fui por primera vez á ese territorio, los mexicanos no consideraban delito el matar á quema ropa á un apache.

Dicha tribu se había convertido en tan grande calamidad, que el Gobernador de Chihuahua obtuvo de la Legislatura un decreto por el cual se ponía á precio la cabeza de los apaches; pero pronto tuvo que revocarse esta disposición, en vista de que los mexicanos, ávidos de obtener la recompensa, se dieron á matar pacíficos Tarahumares, á quienes les arrancaban la cabellera juntamente con la piel de la cabeza, todo lo cual, por supuesto, era muy difícil probar que no pertenecía á los apaches.

Aun entonces no era del todo seguro el tránsito por la Sierra Madre, debido á que había apaches descontentos, que á menudo abandonaban las reservaciones de San Carlos en Arizona, y no había medio de inducir á los mexicanos á que se aventurasen solos por aquella vastas regiones desconocidas de rocas y bosques, en donde abundaban tan dolorosos

recuerdos de terror y carnicería.* Al principio de nuestro viaje me fue á ver un oficial mexicano para ofrecerme á nombre del Gobernador del Estado de Sonora una escolta á su mando, como protección contra los apaches; pero no acepté aquella cortés oferta, prefiriendo atenerme á mi propia gente. Tengo la fortuna de decir que no tuve ningún encuentro personal con los terribles indios "chis," ó sea hombres de los bosques, como ellos se llaman, no obstante que cierta vez advertimos huellas recientes cerca de nuestro campamento, así como algunas ramas de yuca atadas en una forma peculiarmente conocida á los mexicanos como señales que sólo los apaches entienden.

La única precaución que tomé contra posibles ataques, fue aumentar mi cuerpo de arrieros mexicanos de confianza. Entre los recién ajustados estaba un indio ópata que parecía honrado, el cual se nos reunió una tarde, vestido con el traje nacional de tela de algodón, llevando en la mano un pequeño bulto que contenía las enaguas de su mujer (probablemente para que le sirvieran de manta) y un par de tijeras. Tales eran todos sus pertrechos para pasar el invierno en la Sierra Madre. ¡Qué intrepidez la de los indios! El hombre me contó que tenía treinta años; que su "señora" era de veinticinco y sólo llegaba á los quince cuando con él se casó, y que ya tenían once hijos.

Finalmente logré hacerme con dos guías. Uno de ellos era un hombre muy inteligente que había estado varias veces en la sierra; el otro no había llegado sino hasta Chuhuichupa, y aunque no se acordaba muy bien del camino, creía que con la ayuda del otro podría señalarnos la ruta. Á falta de uno mejor, tuvimos que recibirlo como el único guía utilizable.

Recibidas algunas provisiones de reserva de Granados, emprendí por fin el ascenso el 2 de diciembre de 1890. Era

* Algunos años después de mi expedición por aquellas regiones, atacaron los apaches más de una vez los ranchos de los mormones, matando á varios personas.

un hermoso día; el aire aparecía claro y tibio, y el sol brillaba luminoso como sucede siempre por esa época del año en aquella región privilegiada. Parecía que reinaba el genio de la primavera, y juzgábamos remotas contingencias la nieve, la escarcha y la escasez de yerba, pues todo anunciaba una tierra de promisión.

Al salir de la ciudad tras de la recua, hechos los postreros arreglos con los naturales, pasé frente á una pequeña cabaña, última habitación en aquel lado de la sierra. Hallábase junto á ella una joven, en pie y con una mano cerca de la



Adiós, Señor!

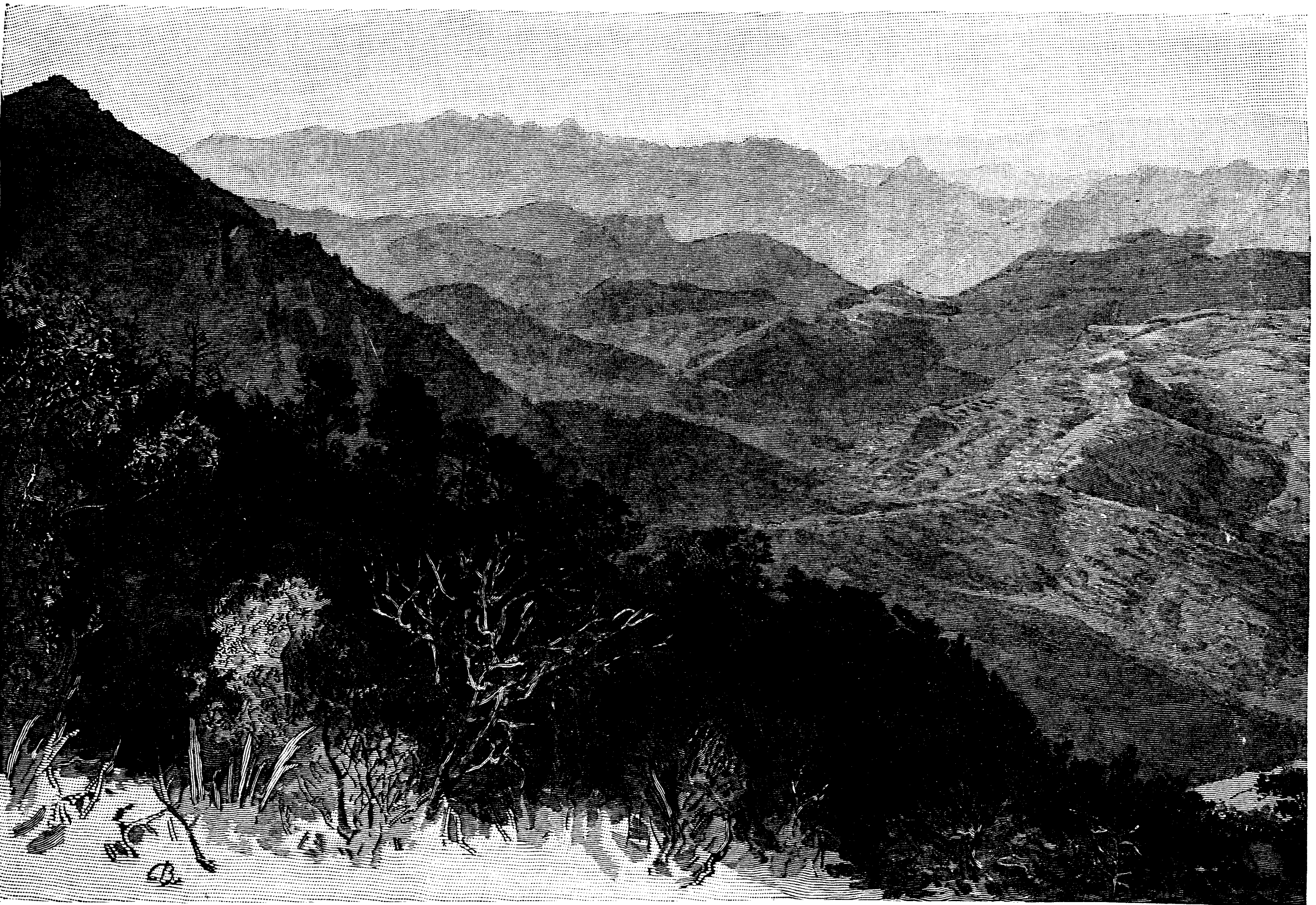
frente para resguardarse de los vivos rayos del sol. Había estado viendo pasar la comitiva, muy sorprendida, al parecer, por la extraña presencia de tantos hombres, el inusitado arreo de los animales y la gran cantidad de cargamento antes nunca vista en aquella parte del mundo. Con sus hermosos ojos negros, el suelto y ondulante cabello y su gracioso semblante, ofrecía un aspecto extraordinariamente bello, y como gritara con dulce y majestuosa voz: "Adiós, Señor," consideré aquel cariñoso saludo de la agraciada muchacha como de buen agüero para mi viaje. Obedeciendo á mi primer impulso, desmonté al punto para perpetuar la escena

por medio de un Kodac que llevaba pendiente de la cabeza de la silla. Á ser posible, con gusto enviaría á la joven su fotografía como muestra de mi gratitud por su jovial saludo, y seguramente que le agradaría mucho, pues todos los indígenas se deleitan viendo sus fotografías. Volví en seguida rumbo al oriente, y pronto alcancé á mi comitiva.

Para llegar á la Sierra Madre, yendo del río Babispe por Nacori, hay que cruzar dos sierras—ó tres, en opinión de los mexicanos—todas las cuales, generalmente hablando, siguen una dirección de noroeste á sudeste. El ascenso es fácil en las dos primeras. La tercera es la Sierra Madre, propiamente dicha, llamada allí por los mexicanos Sierra de Nacori, pues el río Babispe hace desde su nacimiento un gran rodeo en torno de ella hacia el norte, separándola en parte de la cordillera principal. Todavía esta sierra no ofrece en realidad dificultades insuperables si el tiempo es bueno; pero con mal tiempo el camino que seguíamos habría sido en algunas lugares del todo intransitable.

Al llegar á la segunda fila de montañas llamada Sierra de Huehuerachi, cerca de su remate septentrional vimos tras de nosotros la Sierra de Bacadehuachi, tendida lejanamente al oeste. En el costado oriental, la conglomeración de rocas tajadas á manera de campanarios asentados en zancos, y las imponentes y erizadas crestas al norte y este de Nacori, son sólo continuación de aquella serranía. Pero al este de donde estábamos, alcanzamos á ver por primera vez el completo y grandioso paisaje de la cadena principal de la Sierra Madre (la Sierra de Nacori) que se yergue altiva y majestuosa sobre el lado opuesto del valle, en cuyo fondo corre el pequeño río de Huehuerachi.

Acampamos en este valle durante dos días, con motivo de las lluvias. No obstante que estábamos á principios de diciembre, encontramos *Helianthus* de 10 á 12 pies de altura floreciendo por donde quiera en los cañones. Una *Salvia* de corola azul, pringada de rojos capullos, llamaba



Vista de la Sierra de Huehuerachi.

mucho la atención y resultó una nueva variedad de dicha planta. Vimos también saúcos cubiertos de hojas y flores al mismo tiempo, y la *Bambusa* formaba una espesura verdiclara que contrastaba bellamente con las sombras más oscuras de las encinas, saúcos y palmas de abanico. Éstas fueron las últimas de su clase que vimos en ese lado de la sierra. Avanzamos seis millas al nordeste. La senda seguía primero la misma dirección del riachuelo, cuyas claras y rápidas aguas tienen por término medio como un pie de profundidad y seis de anchura. Frecuentemente era necesario limpiar el lecho del río de las palmas que había, para dar paso á las mulas de carga, y asimismo dificultaban el tránsito las grandes y numerosas piedras y la espesa maleza. Subiendo por un cordón que conducía directamente á la cordillera principal, recorrimos durante un rato una senda perdida por donde acostumbraban los apaches llevar el ganado que robaban á un lugar tan inaccesible, según me dijeron, que bastarían dos indios para hacer frente á un ejército. Todos los sitios que habíamos atravesado estaban cubiertos de gruesos guijarros y fragmentos de rocas.

Tan cerrada se veía ya la Sierra Madre, que las empinadas masas de sus picos parecían suspendidas amenazadoramente sobre nuestras tiendas de campaña cuando nos deteníamos. Era el paisaje casi tan espléndido como desde le cima del Huehuerachi; y entre nosotros y las montañas situadas al pie de la Sierra de Bacadehuachi, se extendía una masa inmensa de calvas rocas y cerros, llamada por los mexicanos *Agua blanca*, nombre que aplican también á un riachuelo que corre por allí de norte á sur, pero que desde nuestro punto de vista se perdía del todo en aquella caótica confusión. Como á distancia de quince ó veinte millas al norte se divisaba una alta cadena de escarpados picos.

Debo mencionar que el agua de muchos arroyos y ríos de las montañas occidentales de México, es ligeramente

blanquizca y de aspecto opaco y opalino, como si contuviese una fuerte solución de quinina. Los mexicanos la llaman *agua blanca* ó *agua zarca* y la consideran como la mejor que tienen. Muchos lugares, especialmente ranchos, reciben también ese nombre. En la localidad en que entonces nos encontrábamos, tenía el agua un ligero sabor amargo debido á fuertes residuos de hierro y otros minerales, pero por lo común era de muy buen gusto.

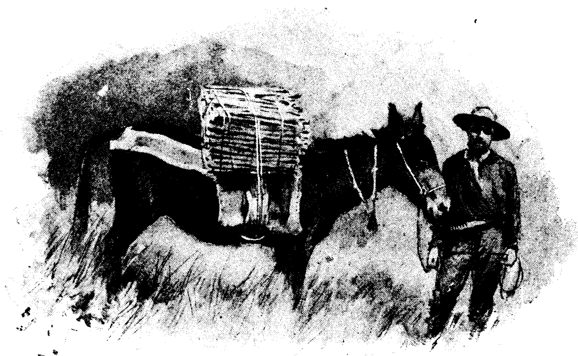
Allí, á sólo á 23 millas de Nacori y á una elevación de 4000 pies, nos vimos obligados á acampar por tres días. Espesas nieblas y fuertes y repentinos aguaceros hacían imposible el camino. Además Agustín Ríos, nuestro principal guía, hombre de sesenta y cinco años, cayó gravemente enfermo, y resolví enviarlo á su casa. Cuando lo contraté, hícelo sin saber que padecía una incurable enfermedad, y que por tal motivo no quería su mujer dejarlo partir. Tuve, pues, que hacerlo llevar en una especie de palanquín dispuesto para el caso, y con pena refiero que murió antes de llegar á Nacori. Me había sido muy útil y deploré mucho su pérdida.



Partida de nuestro primer guía.

Antes de irse me hizo algunas indicaciones para encontrar un antiguo pueblo bastante grande, por donde una vez había él atravesado la sierra, y del que frecuentemente nos hablaba. Sin embargo, no conseguimos encontrarlo y me inclino á creer que no diferiría mucho de los que más tarde hallamos junto al río Babispe. Desde entonces adopté como regla enviar tres ó cuatro hombres á jornadas de dos días adelante del cuerpo de la expedición, á fin de que nos

abriesen camino. En ocasiones seguían las huellas dejadas por los apaches, pero las más veces nos abríamos paso á través de la selva. En vez de adoptar la costumbre mexicana de escalar la montaña del modo más directo posible, avanzábamos en zigzag, á lo que atribuyo el haber salido avante de todo, evitando á las bestias un esfuerzo excesivo. El mayor declive que ascendimos fue de 40°, pero por lo general no trepábamos sino en ángulos de 30°. En varios pasos, para ayudar á alguno de los animales á subir, tenía un hombre que remolcarlo con una cuerda, mientras que otros lo empujaban por detrás. En muchas partes tenían que



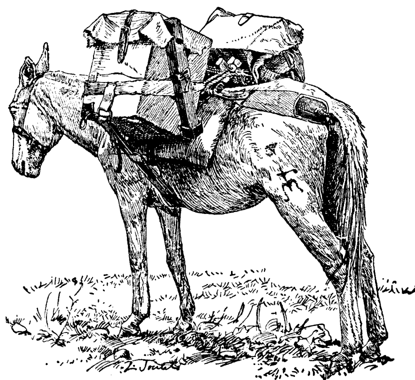
Mula con huacales.

ser llevadas las caballerías una tras otra por los estrechos bordes de los precipicios.

Es encantadora la sensación que se experimenta mirando esas montañas, pero el viajar por ellas agota los músculos y la paciencia. Además, la posibilidad de perder á cada momento tal vez lo más valioso que se lleva produce en el espíritu constante y penosa intranquilidad. Nadie que no haya viajado por las montañas de México puede comprender ni apreciar las dificultades y angustias anexas á la travesía. No sólo las bestias mismas, sino todo cuanto llevan es de vital importancia para el éxito de la expedición, y no cesa de

existir el peligro, por ejemplo, de que la cámara y útiles fotográficos ó la preciosa colección de negativas que se hayan tomado, vayan á precipitarse al abismo.

Las mulas, con su abultada carga, se ven en cierto modo desvalidas en los angostos pasos de la altura. Los animales avezados conducen á menudo sus cargas con habilidad casi humana; pero siempre que por algún accidente tropieza una mula contra algún pico ó resbala, el pobre animal pierde invariablemente el equilibrio y rueda precipitado por la pendiente con rapidez cada vez mayor.



Mi carga fotográfica.

Cierta vez oí un ruido que llegaba de arriba, sin darme cuenta de pronto de lo que ocurría. Bajaban rodando algunas piedras, y tras ellas vi un asno cargado que caía dando tumbos con extraordinaria velocidad. Recorrió así la superficie de una roca perpendicular de 20 pies de altura, deteniéndose en la base de ella, donde dio aún dos vueltas. Entonces, con gran sorpresa mía, se puso en pie en medio de su carga cuyos bultos quedaron esparcidos. ¿Y sabéis lo que llevaba?—Un bote de dinamita y la caja de herramientas! ¡Con la rapidez con que pudieron llevarlos sus piernas, dos arrieros acudieron á aquel punto, volvieron con presteza á cargar al asno y lo llevaron nuevamente al camino, tan tranquilos como si nada hubiese sucedido. Una magnífica mula comprada en las llanuras de Arizona, que era naturalmente atolondrada, sufrió esa desgracia tres veces en sólo un día, rodando de 150 á 200 pies, sin que con ello quedara seriamente lastimada. Al principio me contrariaba muchísimo ver rodar á los animales cargados, sin detenerse

jamás sino hasta tropezar con algún grueso árbol ó una roca, á veces hasta 200 pies abajo; pero los mexicanos evidentemente estaban habituados á ello como cosa natural en tales travesías.

No podía menos que sentirme admirado ante la agilidad y el valor de mis fleteros y arrieros mexicanos en ocasiones semejantes. Movíanse con pie tan seguro y tanta rapidez como los marineros en los barcos, y se mantenían todos á la expectativa. Siempre que los pobres animales perdían el apoyo, al punto mis hombres corrían tras ellos, y no bien los veían detenerse en su caída, gracias á cualquiera obstáculo, alcanzábanlos para aligerarlos de su carga. Á veces, por supuesto, quedaba el animal fuertemente magullado de la cabeza, é inhábil durante algunos días para llevar su carga; pero, *mirabile dictu!* en la mayoría de los casos se volvía á poner en pie. Después de dejarlo respirar por un rato, echábanle de nuevo la carga, á menos que no juzgasen conveniente llevar sobre sí parte de la misma, á fin de que la bestia pudiese ascender el declive con mayor seguridad. Aquellos hombres parecían verdaderamente incansables. Uno de ellos llevó cierta vez sobre la cabeza un gran cajón de miel, subiendo á la carrera hasta la cumbre. Por más que parezca extraño, en mi primer viaje á través de la Sierra Madre, no perdí ningún animal por tales accidentes.

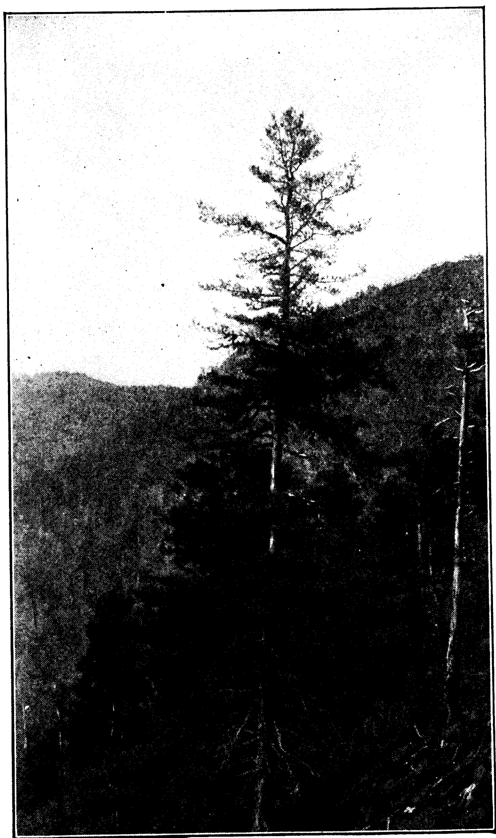
Trepando y trepando cada vez más por los macizos bancales, caminamos por entre espesos encinares, y luego sobre cimas chatas y agrietadas en incontables filones profundos y escarpados que surcaban el bosque en todas direcciones. Numerosas fuentes se filtraban y escurrían de la conglomeración estratificada. En algunas de aquellas truncadas cumbres se veían empapadas en agua las depresiones formadas en la cima y cubiertas con una delicada yerba plumosa. Crecían á trechos desmedradas encinas y algunos pinillos, esparcidos á distancia unos de otros. Encontrábamos en grande abundancia *Opuntia Missourien-*

sis, llamada nopal por los mexicanos, y abunda también el mezquite, en tanto que la planta de la Resurrección cubre grandes áreas, á semejanza de los brezales de Escocia. Hállanse también agaves y muchas especies de pequeños helechos, tales como el gracioso culantrillo. Junto á las gruesas corrientes, había álamos y arces de hermosas copas que traían á los americanos el grato recuerdo de su patria.

Después de avanzar como seis millas, acampamos á una elevación de 6,300 pies, en unas antiguas trincheras, teniendo á nuestra vista los hermosos campos que habíamos dejado abajo. Grandes bandadas de palomas grises de notable tamaño se acurrucaban en los pinares próximos, así como dos de los gigantescos carpinteros que por primera vez habíamos encontrado. Mr. Robinett mató una ardilla de nueva especie, *Sciurus Apache*. Era grande, de un color pálido entre amarillo y gris con algo de negro, y con una cola larga y espesamente peluda. Estábamos en la región de los pinos. Nuestros exploradores nos dijeron que lo que seguía era mucho más escabroso; pero habiendo abierto el profesor Libbey una nueva senda en toda la pendiente cubierta de pinos, llegamos seguros á la cresta de la Sierra que tiene allí una elevación de 8,200 pies. Los precipitados declives de los valles y quiebras se veían recubiertos de tiernos tallos de pinos, apenas arraigados, de un tamaño de una á doce pulgadas, en tanto que los viejos pinos se erguían hasta una altura mayor de cien pies. El bosque jamás tocado por el hacha del hombre, ofrecía á la vista admirable juventud y frescura. De vez en cuando, sin embargo, en sitios descubiertos, encontrábamos árboles con el tronco roto y doblado sobre sí como palillos de fósforo, testimonios de las terribles tempestades que se desatan á veces en las solitarias regiones que tan serenamente nos recibían. Hasta que hubimos llegado á la cumbre, no sentimos el viento que soplaba bastante fuerte del este, alentando nuestras espe-

ranzas de que continuaría el buen tiempo, no obstante que la luna estaba nublada.

Terminado el ascenso, plantamos pintorescamente nuestras tiendas de campaña en la cima, en medio de un bosque tan espeso que desaparecía el paisaje. Estando allí descubrió Mr. Stephen en la cumbre de un pino, como á 420 pies sobre la ceja del bosque, una pequeña construcción circular de un diámetro de cuatro pies. Cuatro ó cinco grandes fragmentos de roca volcánica, como de 15 pulgadas de altura cada uno, se veían colocados circularmente en torno de ella, y lleno el espacio dejado por éstos con otros fragmentos pequeños. La obra no mostraba ningún esmero, pero no podía ser casual la disposición de las piedras: asímismo la construcción era antigua, pues en varios lugares estaban adheridos los fragmentos con una gruesa capa de liquen. En cuanto al objeto del círculo, no es de conjeturarse fácilmente.



Sobre la cresta.

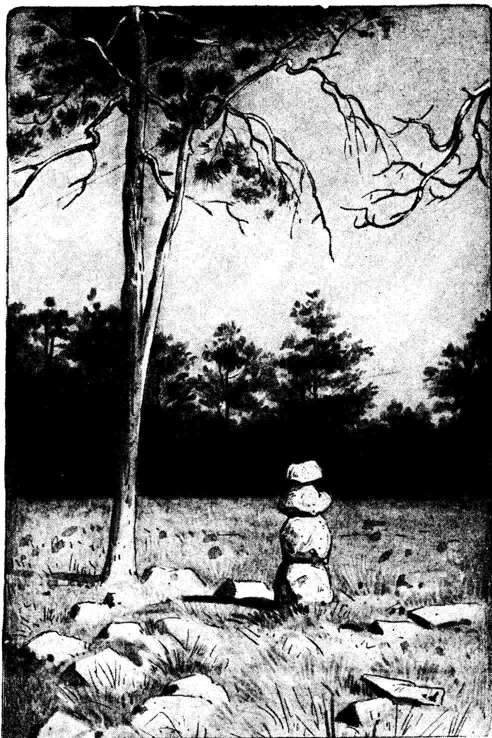
No conociendo ya el guía ninguno de aquellos parajes, nos vimos obligados á enviar exploradores delante de noso-

tros, antes de hacer avanzar el cuerpo de la expedición. Varios, por lo mismo, nos aventuramos en diferentes direcciones, y yo tuve la suerte de descubrir el mejor derrotero que inesperadamente sigue allí, primeramente hacia el norte. Acompañado de mi perro Apache, me encaminé una fresca mañana bajo la sombría espesura de pinos, cuyas puntas blanqueaban á la radiosa luz del sol, y siguiendo el alto filón que se elevaba á una altura de 8,900 pies (el punto más alto que alcancé en mi primera expedición sobre la Sierra Madre), llegué á un sitio donde el paso se cortaba de pronto, pero luego advertí que partía hacia el oriente un espolón de la sierra que podía conducirnos en la dirección conveniente.

Sentéme á contemplar el magnífico panorama de la parte central de la Sierra Madre que se dilataba frente á mí. Al norte y noreste había mesetas y cerros cubiertos de pinos, en series al parecer sin fin; sobre el horizonte oriental encontraba mi vista las negruzcas y macizas alturas del Chuhuichupa, seguidas rumbo al sur por cumbres y cumbres de verdaderas sierras con agudísimas y dentadas crestas, corriendo principalmente de noroeste á sudeste, y entre ellas y yo, había una extensión de negras serranías de pinares, sucediéndose en apretados cordones, y corriendo generalmente en igual dirección que la sierra. Reinaba en aquel solitario paisaje una immensa tranquilidad primaveral. Me gusta la sociedad de los hombres; pero ¡cuánta serenidad y reposo nos infunde á veces la íntima comunión con la naturaleza!

Al siguiente día, caminaban nuestras mulas por la senda que yo había descubierto. Quedamos agradablemente sorprendidos de encontrar en aquella estación, á mediados de diciembre y á semejante altura, una especie de violeta en pleno florecimiento, cuando los *Lupinus* y *Vicia* estaban ya en semilla. Descansamos en un paraje á 7,400 pies sobre el nivel del mar, donde reconocimos trincheras muy próximas, á través de las cuales corría el agua de un pantano.

Vimos también algunas pilas de toscas piedras superpuestas hasta una altura de tres pies. Los mexicanos las llamaban "monumentos de apaches," y advertí en aquel sitio unas ocho ó diez, de las cuales tres se hallaban sólo veinte yardas separadas entre sí, y tendidas en línea de oriente á poniente. El próximo día encontramos una ruta de apaches con monumentos parecidos. Algunas de dichas pilas, no parecían hallarse en paraje de difícil acceso, por lo que no era posible suponer que sirviesen como postes de guía, aunque á otras podía atribuírseles ese objeto; ni era probable que hubiesen estado destinadas para mojones, á no ser que las hayan erigido algunas castas afines que hubiesen habitado en compañía de los apaches, para señalar los cazaderos de varias familias. Me parece más probable que tengan cierta relación con algún rito religioso.



Monumento apache.

Tuvimos alguna dificultad para efectuar nuestro descenso al río Babispe, pero descubrimos al fin una antigua senda, todavía andadera, que llegaba como á mil pies cuesta abajo. Un poco más al norte, descendimos otros

mil pies, y así gradualmente llegamos al Babispe, que forma en aquel punto una corriente rápida y estrepitosa, cuya profundidad llega hasta la cincha de las caballerías y es en muchos puntos más honda. Corre con dirección al norte, describiendo el curso oriental de la curva que forma al rededor de la Sierra de Nacori. Escogí para acampar una pequeña meseta sobre la margen derecha del río, entre pinos, encinas y crecida yerba, como á cuarenta pies sobre la superficie del agua. Se extendía una pradera á manera de parque, plantada de pinos, desde allí hasta unos tres cuartos de milla, á lo largo del río, y como de media milla de anchura. Cerca de nuestro campamento encontramos varias latas viejas cubiertas de orín, como las usadas para conservas. Una tenía la marca "Fort Bowie." No cabía duda que en aquel sitio se habían detenido antes que nosotros, probablemente algunas de las avanzadas del General Crook.

CAPÍTULO III

Á ORILLAS DEL BABISPE—FORTALEZAS Y RUINAS DE ANTIGUAS HABITACIONES—LOS ANIMALES COMIENZAN Á EXTENUARSE CON EL PASTO INVERNAL DE LA SIERRA—UN CAMPO DE APACHES ABANDONADO—AL FIN ENCONTRAMOS COMODIDAD—EL CARPINTERO GIGANTESCO—LLEGAMOS Á LAS COLONIAS MORMONAS DE PACHECO Y VALLE DE LAS CUEVAS (CAVE VALLEY).

TUVIMOS que permanecer junto al río Babispe por un poco de tiempo á fin de que descansaran los animales y estuviesen en las mejores condiciones posibles para las duras jornadas que seguirían. Tuve asímismo que enviar á Nacori por provisiones frescas. No era mucho, por supuesto, lo que allí se podía obtener, pero nos proveímos de cuanto pudimos encontrar en materia de comestibles; panocha y maíz. Ordenaba á mis criados que me llevasen el último en forma de pinole; esto es, molido á mano después de tostado, hasta que se convierte en menuda harina. Este es el alimento más común y fácil de conseguir en México. Un saquito de pinole constituye toda la provisión que un indio lleva consigo para un viaje de varios días ó semanas. Mezclándolo simplemente con agua, forma un sabroso atole algo indigesto para personas no acostumbradas á él. Preparado como sopa, resulta muy nutritivo y es alimento apropiado para las personas que andan en el campo. Además teníamos aún bastante harina para poderla distribuír entre todos á quince libras diarias, y nuestro repuesto de chícharos en latas y de conservas, aunque reducido, aun no se había agotado. Los tasajos se nos acabaron antes de llegar á la sierra, y nos era preciso atenernos á nuestros rifles para obtener carne. Felizmente el bosque estaba poblado

de venados y había también pavos silvestres. Por lo tanto, no existía dificultad en cuanto á provisiones, bien que los americanos suspiraban por su amado tocino y calientes panecillos.

Los peces parecían escasear en aquella parte del río Babispe, ó al menos ningunos logramos sacar con dinamita, pues sólo obtuvimos cinco chicos: un barbo y cuatros rémoras, sin que el mayor pasara de una longitud de seis pulgadas.

El día de Navidad marcaba el termómetro, al sol, 150° F., pero aquella misma noche bajó la temperatura á 22.9°, ó sea una diferencia de 130° aproximadamente. El calor en el día era tal que hasta una víbora de cascabel, engañada por la temperatura, se atrevió á salir.

Nos esforzamos en celebrar la Navidad de una manera digna del sitio en que nos encontrábamos. No pudimos conseguir pescado para nuestro banquete, pero uno de los mexicanos tuvo la buena suerte de cazar cuatro pavos; y Ki, nuestro cocinero chino, nos dio la sorpresa de un *plum pudding*, cuyo mérito desconcertaría á quien quisiera describirlo. Estaba preparado principalmente con sebo de venado y residuos de duraznos, uvas y cáscaras de naranja, y nos lo sirvió con salsa de azúcar y mezcal. Este delicado manjar no tuvo precio para nuestros arrieros, quienes desde entonces deseaban pudín todos los dias.

Ya en el alto Babispe encontramos de nuevo numerosas huellas de una raza desaparecida que debe de haber ocupado dichas regiones mucho tiempo antes de que los apaches hubiesen efectuado su importuna aparición. En realidad, durante todo nuestro viaje á través de la sierra, nos llamaba la atención el constante encuentro de toscos monumentos de un pueblo que hoy ya no existe. Hacíanse menos numerosos en la región oriental donde al fin iban siendo reemplazados por las habitaciones de grutas de que hablaré después.

Desde que entramos en la sierra de Nacori, notamos más que nunca por donde quiera bajas paredes de piedra, parecidas á las que habíamos visto en los cerros inferiores, restos evidentes de pequeños aposentos. Mientras más penetrábamos en las montañas, mayor número de muros había que se alzaban á una altura como de tres pies, y que probablemente sirvieron alguna vez para sostener vigas ó techos de paja. Todas las casas eran pequeñas, por lo común de sólo 10 ó 12 pies en cuadro, y encontrábanse sobre la cima de los cerros ó en su falda. En una cumbre vimos sólo dos trazos de habitaciónes, muy próximos uno de otro.

Las piedras que formaban tales paredes estaban superpuestas con cierta destreza. Eran angulares, pero no mostraban señal alguna de corte, y sólo algunas parecían haberlo recibido por fractura. Los intersticios entre las piedras principales se habían rellenado de ripio para contribuír á la solidez del muro. Ni en aquellas ni en ningunas otras paredes de piedra había indicios de barro ni argamasa que hubiera servido para cubrir las piedras.

En lo alto de una cima de las montañas situadas al sur de Nacori, á elevación de 4,800 pies, encontramos restos bien conservados de esta clase de habitaciones. La casa, consistente en un solo cuarto de diez pies cuadrados, era de grandes bloques de lava. Los mayores medían dieciocho pulgadas de longitud por media pulgada de grueso, y eran de anchura proporcional.

Medían las paredes como tres pies de altura y pie y medio de espesor, y por la cantidad de residuos de piedra que había junto era de admitirse que habrían tenido una altura de cuatro ó cinco pies. No había vestigios de entrada en la esquina que daba al noroeste. Abundantes fragmentos de cacharros se veían esparcidos en torno, algunos de color gris y rojos otros, pero sin ningún adorno, á no ser una delgada lista que se distinguía en los pedazos rojos.

En la sierra de Nacori, sobre la cumbre de una colina y

á altura como de 6,500 pies, hallamos dos chozas de paredes análogas. Los bloques de áspera felsita de que estaban compuestas, eran extraordinariamente grandes en relación al reducido tamaño de los cuartos. Midiendo el bloque más grande hallamos que tenía dos piés de largo, tres pulgadas de ancho y ocho de espesor, y había muchos otros casi de igual tamaño. Pero sólo una hilera de dichas piedras quedaba completa. Aunque había trincheras bien construídas en todos los arroyos de los alrededores, no aparecían huellas de utensilios ni vasijas de barro en aquella colina.

En la pendiente occidental de la sierra de Nacori, y encima de otro cerro, á una altura de 6,400 pies, encontramos numerosas plantas de toscas construcciones, donde algunas de las paredes de cascote tenían un grueso de quince pulgadas. Formaban grupos de cuatro ó cinco viviendas, cada una de diez pies por doce; pero al norte de aquel punto había una planta mayor, aproximadamente de dieciocho pies cuadrados, más no era suficientemente distinta la disposición completa de ella para permitirnos trazar sus contornos exactos.

No escaseaban los fragmentos de cacharros, pero ni por su número ni por su importancia podían compararse con los encontrados cerca de las ruinas del suroeste de los Estados Unidos, junto al río Gila, por ejemplo. Algunos de los tiestos tenían un grueso de tres cuartos de pulgada, y tamaño bastante para indicar que habían formado parte de un gran jarro. Eran de barro ordinario, de color gris ó pardo. Algunos mostraban tal cual pulimento y descubrían claramente en su exterior la marca dejada en la superficie por las fibras de una tela tosca; otros estaban adornados con incisiones. Recogimos un tiesto delgado de color rojo, realmente curioso; pero en el que no había ninguna ornamentación. Encontramos además algunos moldes de felsita, algunas lascas informes y varios pedazos de grandes metates.

En el valle formado entre las montañas del alto Babispe,

encontramos muchas casas análogas. Los grupos de ellas que hallamos, parecían compuestos por gran número de habitaciones. Los parapetos, construídos también de piedras sin labrar, al rededor de los desiertos pueblecillos, iban siendo el rasgo característico de las ruinas. Aun á la vista de nuestro campamento había un parapeto semejante de seis pies de alto, y ruinas de casas junto á él. Descubrimos también un antiguo pueblo formado de treinta casas, de las pequeñas dimensiones susodichas, pero no todas iguales en cuanto á la forma, pues unas eran redondas, otras triangulares, pero rectangulares las más, midiendo ocho pies de longitud por diez de anchura. Á ambos lados del pueblo corría una doble muralla, en tanto que á los otros dos lados limitábalos un simple muro construído según el mismo sistema. Evidentemente aquellas paredes tenían por objeto proteger al pueblo en tiempo de guerra.

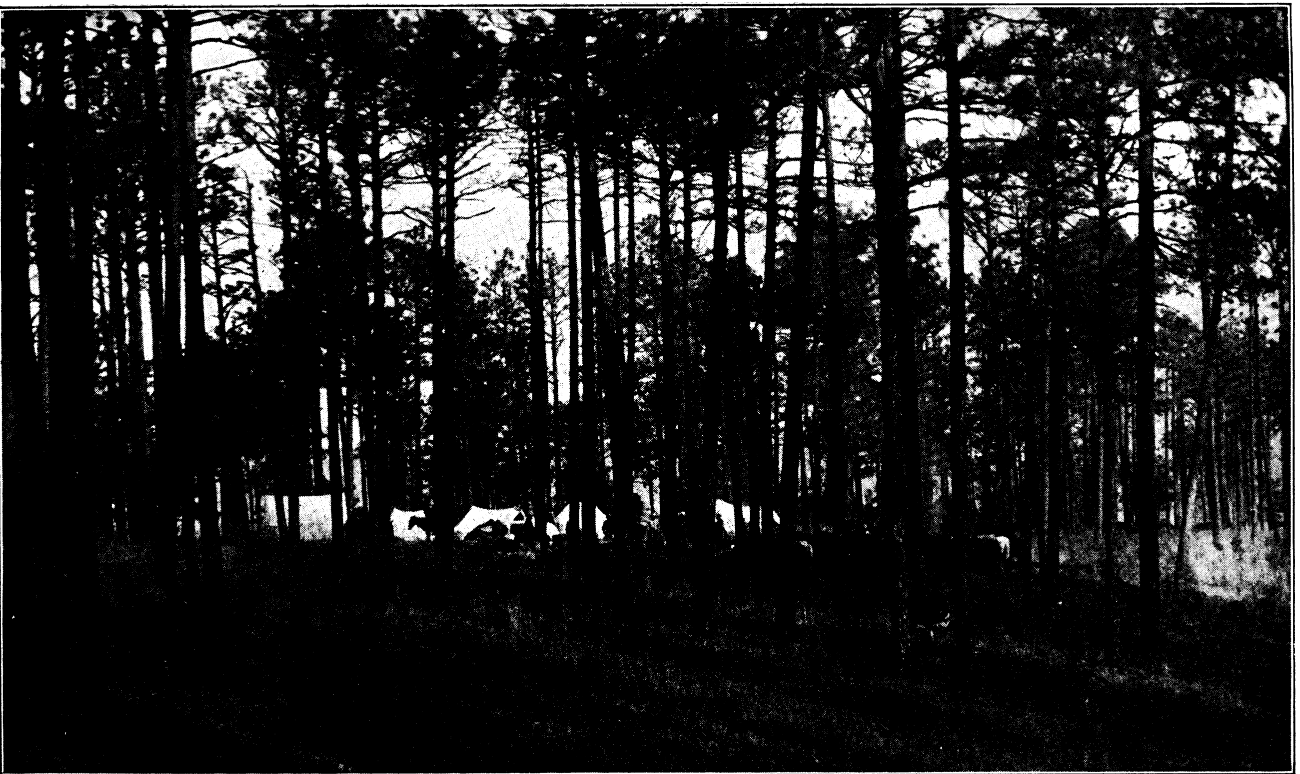
Como á cinco millas al sur del lugar en donde acampamos, tuerce el río hacia el oriente, y dos millas abajo recibe del occidente un tributario. Siguiendo un día el quebrado cordón sobre la margen oriental, volví luego hacia el norte y ascendí á una montaña aislada que se alza como á 1,500 pies sobre el río. Hay una pequeña explanada en la cima, donde alguna vez estuvo construída una fortaleza con muros de toscas piedras, de una altura de dos á seis pies y de un espesor de tres pies. Tenía como cincuenta pasos en una dirección, y como la mitad de dicha longitud en la otra. Podían determinarse lugares que habían sido ocupados por casas, y dentro del parapeto se podía distinguir la planta de tres pequeños cuartos.

Junto al mismo Babispe fotografié una trinchera como de ocho pies de alta por treinta de larga, y uno de mis exploradores vio otra que tenía por lo menos quince pies de altura.

Resolví cambiar mi campamento á milla y media abajo del río y en la margen derecha, sobre un cordon donde uno

de mis exploradores mexicanos, Masón, había descubierto algunas ruinas. Aquel lugar era muy agradable después de salir del fondo del valle, bastante frío, donde habíamos estado, y que por la mañana se hallaba generalmente cubierto por densa neblina. En este desfiladero había muchas huellas de que estuvo ocupado antiguamente, como parapetos y casas divididas en pequeños departamentos. Los parapetos se tendían al norte y sur de las fachadas, justamente sobre el borde del angosto desfiladero. Este era barrancoso por el sur, pero por el norte recorría una suave hondonada hacia el próximo cerro más elevado. El material de construcción era una especie de felsita de grano compacto, gruesos fragmentos de la cual se habían utilizado en la construcción de los parapetos. Dichas piedras tenían por término medio, treinta y cinco pulgadas de largo, veinticinco de grueso y quince de ancho; mientras que las piedras usadas en las paredes de las casas medían por termino medio, catorce, nueve y siete.

En el extremo occidental del desfiladero, hay un pequeño grupo de casas, que designaré por comodidad con el nombre de "ruinas del Masón." Su construcción era evidentemente superior y los muros estaban mejor conservados que todos los que habíamos encontrado. Podía fijarse con toda prontitud la planta de ellas, excepto en un corto espacio del ángulo suroeste. Las paredes se levantaban de tres á cinco pies, y tampoco se advertía en las piedras más corte que el causado por medio de fractura. Se levantaban sobre arcilla gipsífera, de la que había una capa junto á la esquina suroeste. Esta arcilla es muy semejante al material usado por los moquis para blanquear sus casas. Las piedras mismas eran de felsita, muy abundante en la localidad. Los bloques tienen un tamaño medio de doce pulgadas en cuadro por seis de espesor. Era de notarse que no se había puesto ningún cuidado para unir las esquinas y las paredes divisorias; pero sí se había tenido mucho en construír las



Nuestro campamento en la Sierra.

paredes verticales, y los ángulos eran realmente buenos. Los muros tenían casi doce pulgadas de gruesos, y evidentemente no habían sido nunca revocados por dentro.

Como esas ruinas están revestidas de cierta mezcla, blanquean á distancia, por lo que los mexicanos las llaman *Casas blancas.* Oí hablar de un extenso grupo de construcciones análogas cerca de Sahuaripa, y hay también algunas ruinas de la misma categoría junto á Granados y en los cerros situados al oriente de Opoto, que pertenecen sin duda á un período más reciente que las rudas estructuras de piedra antes descritas. La mayor parte de las antiguas ruinas de la sierra corresponden á tribus procedentes de tierra baja, y que sólo en épocas comparativamente recientes han desaparecido. Noté también que fueron construídas por una tribu de indios distinta de las que levantaron las habitaciones en las grutas del oriente y del norte de la Sierra Madre y en el campo oriental de la misma, y pueden con seguridad atribuírse á los ópatas.

Á pesar de todo, los animales no iban aventajando mucho sobre la grama y la yerba de aquellos lugares, y me tenía perplejo ver como se iban debilitando. La yerba de la sierra, que se veía entonces gris, no parecía muy substanciosa; era, pues, evidente que mientras más avanzáramos en nuestro viaje, sería mejor. Para cuidarlos en lo posible, reducíamos la carga de las mulas y de los burros á la mitad del peso acostumbrado, volviéndolos al siguiente día por el resto de la carga. Por este medio y reforzando á las pobres bestias con una prudente ración de maíz, logré vencer la más seria de las dificultades que amenazaba paralizar toda la expedición.

El 31 de diciembre entramos en una empinada senda en zigzag que nos habíamos abierto, y seguimos al norte y al oriente entre tortuosas quiebras. Llegamos á una serie de mesas encadenadas, pero cuyos desfiladeros no dificulta-

ban en lo absoluto el paso. Sobre las pendientes de las montañas crecían encinas y, á mayor altura, pinos.

El terreno era salvaje y escabroso. Donde quiera encontrábamos rocas caídas, y había grande escasez de agua, constituyendo una especie de alivio el ver de cuando en cuando algunas trincheras en aquellas desoladas regiones. Á las cuatro nos detuvimos en sitio escarpado, donde la yerba era muy pobre y sólo corría un hilo de agua en el lecho de un angosto arroyuelo.

Allí al menos los hombres que había enviado á Nacori en busca de provisiones, nos alcanzaron llevando diez y ocho pesos de panocha y dos fanegas y cuarta de pinole. El medir por fanegas se usaba entonces en México, equivaliendo la fanega como á sesenta y cuatro kilogramos.

Nos dijeron los mensajeros que aquello era todo lo que habían querido molernos veinte mujeres que habían sido puestas á la obra para servir nuestro pedido, quienes después de trabajar hasta cansarse, declararon que ya no molerían más, y que si los *caballeros* que andaban en el monte necesitaban mayor cantidad, la molieran ellos mismos. Por consiguiente, su disgusto había crecido en proporción á los montones de pinole que hacían, y de seguro no bendecían el momento en que acertamos á llegar á su pacífico valle, por el mucho trabajo que les dábamos.

Aunque aprovisionados por algún tiempo, aguardaba con ansia el día en que nos fuera dable llegar al lado oriental de la sierra. Los animales habían enflaquecido rápidamente, y en opinión de los arrieros no vivirían más de una semana; pero el escaso grano que podíamos separar para ellos diariamente, hizo milagros, y logramos de este modo llevarlos adelante.

La planta que más llamaba la atención en los valles era el madroño (*Arbutus Texana*), que crecía con mucha abundancia. El tallo y las ramas forman un conjunto de color gris ceniciento y rojo vivo, y aparecen curiosamente retor-

cidos y entrelazados desde la raíz hasta la copa. De cuando en cuando encontrábamos entre aquellos pinares manchones de grama, y algunos piñones, árboles que constituyen una variedad del pino, pero que producen una semilla que se come.

Abundaban por esa parte de la sierra los monumentos apaches, y á los cuatro días de camino, el 5 de enero de 1891, llegamos á un antiguo paradero, llamado por los mexicanos



Cargando un venado.

Ranchería de los Apaches. Resolvimos detenernos á descansar á cubierto, considerando que no podíamos estar muy lejos de las colonias mormonas situadas en la parte oriental de la sierra. La víspera habíamos escuchado la detonación de un disparo, que no se debía á ninguno de los nuestros, y encontramos además algún ganado que debía pertenecer á los colonos.

Detuvímonos sobre la desnuda roca en una eminencia próxima á un riachuelo que denominamos "Bonito," el

que se une poco más abajo al Gavilán, afluente del Babispe, cuya fuente está probablemente cerca de Chuhuichupa. El sitio tenía una elevación de 6,620 pies, apareciendo del lado del oriente la cumbre de la sierra á 2,000 de altura, y á eso de unos mil la primera que, casi perpendicularmente, se erguía sobre nosotros, acampados á su pie. Sale la expresada corriente de un profundo cañón á donde convergen cuatro grandes sierras que descienden de la cresta oriental á nosotros, ensanchándose á manera de un abanico gigantesco que habíamos divisado el día anterior desde bastante lejos. Partía de nuestro campamento rumbo al occidente, sobre uno de aquellos cordones de tierra, un camino que siguieron nuestros exploradores, encontrando á distancia de diez ó doce millas una colonia de mormones.

Á otro día de llegar allí, salí á echar un vistazo al sitio, y á poco andar con dirección al sur vi pedazos de tierra labrantía, sembrados en parte de trigo, nada florecientes al parecer, y de patatas, que se producían bien. Divisé un caballo y una tienda pequeña, y acercándome más, hallé un arado cerca de la tienda. En aquellas solitarias montañas, la vista de estas cosas me produjo grandísima impresión. Juzgando por el cultivo próximo, comprendí que no estaba fuera de lugar aquel útil de labranza. Vi en la tienda un montón de sábanas colocadas encima de unos baldes, y algunas ollas con patatas y grano. Aunque el propietario de aquello estaba ausente, desde luego me figuré que sería un americano y que con seguridad me encontraba en un puesto avanzado de los mormones.

No obstante que en ocasiones soplaba del sur un viento frío, los días continuaron buenos por todo enero; pero de noche descendía mucho la temperatura, al punto de helarse el agua en los cubos. Entonces tuvimos oportunidad de sentir las ventajas de un buen fuego, y antes de la puesta del sol, teníamos reunida buena cantidad de troncos y ramas caídas, que nos servían para encender fogatas á la puerta de

cada tienda. Aunque el humo nos ennegrecía la cara, las lumbradas nos eran en extremo útiles por la luz y el calor de que, gracias á ellas, disfrutábamos. En cuanto á nuestras camas, las formábamos con ramas de fragante pino.

Hubo también varias nevadas, llegando la nieve algunas veces á formar una capa de pulgada y media, y la noche del 10 de enero, que fue la más fría, bajó el termómetro á 6° F. En el curso del día, podían los animales aprovechar la escasa yerba cuando los rayos del sol fundían la nieve. El 15 de enero se heló dentro de mi tienda un vaso de agua, pero durante el día la temperatura fue de 57°.

Pronto descubrimos en el río Gavilán, cuatro millas al sur de nuestro campamento, inmensa cantidad de pescado que estaba desovando. Como no había quien lo tocara, su número era sencillamente extraordinario. No era insignificante problema la alimentación de treinta hombres en aquellas selváticas regiones, por lo que tomé naturalmente la resolución de procurarme todo el pescado posible, á cuyo fin recurrí al procedimiento cruel, pero efectivo, de matarlos con dinamita. Espero que me servirá de excusa ante los *sportsmen* la consideración de que si tales medios adopté, fue debido á la escasez de provisiones. La barrilla de dinamita de seis pulgadas que para dicho objeto me sirvió, levantó una columna de agua de veinte pies de altura, resonando la detonación como un saludo repetido de pico en pico en una extensión de varias millas. Tres de nosotros, en sólo dos horas, pudimos recoger 195 pescados, rémoras casi todos; pero había entre ellos también treinta y cinco grandes truchas semejantes á las del río Gila. Aquellos peces, todos gordos y delicados, nos duraron por mucho tiempo.

En ninguna parte había visto tal abundancia de venados, pues casi en cada recodo divisábamos uno, que á veces se mantenía inmóvil, observando como nos acercábamos.

Envié cinco individuos á cazarlos, quienes volvieron

dos días después con unas diez piezas, habiendo vez en que llegásemos á tener quince en la cocina.

Un mexicano llamado Figueroa, que era el mejor de nuestros tiradores, apareció una mañana llevándonos tres soberbios carpinteros, magníficos ejemplares del *campephilus imperialis*, extraordinariamente grandes. Mide dos pies esta espléndida ave; su plumaje es blanco y negro, y el macho ostenta en la cabeza un penacho rojo, especialmente brillante cuando se destaca su color sobre la nieve. Dichas aves andan siempre por pares, no son por lo común asustadizas, pero sí difíciles de matar, siendo necesario emplear el rifle para cazarlas. Tienen de característico el permanecer alimentándose, hasta por quince días seguidos, en un mismo árbol que acaban por derribar. Son en los museos en extremo raros, pues sólo se encuentran en esta sierra. Hasta su punto más meridional, ó sea donde la Sierra Madre del norte toca al Estado de Jalisco, cerca del río Santiago, pude comprobar la existencia de tales aves, que frecuentemente he observado también en la parte oriental de la cordillera.



El carpintero más grande del mundo.

Existen allí también numerosos paros y hermosas

especies de ánades salvajes de que recogimos varias muestras.

El profesor Libbey, pocos días después de que llegamos á la ranchería de los Apaches, regresó á los Estados Unidos por el camino de Casas Grandes. Después de despedirme de él, anduve en exploración durante una semana por la parte norte de nuestro campamento, buscando antigüedades y especialmente una *casa blanca* de que mucho me habían hablado en Nacori.

Encontré los bosques poblados de pájaros, no obstante que estábamos en pleno invierno. Los gayos azules, los paros moñudos, y los picogordos, abundaban por donde quiera. Llamáronme también la atención unas ardillas amarillosas, de la misma especie de la que poco antes habíamos encontrado. La región era montañosa, llena de pequeños cañones y numerosos manantiales. Se destacaban á distancia, como blancas manchas sobre el paisaje, cerrillos de cenizas volcánicas solidificadas. Aunque recorrí como veinticinco millas al norte de nuestro campamento principal, y también al oriente y poniente, buscando con toda diligencia, no encontré ningunas huellas, á excepción de las trincheras y ruinas mencionadas, que revelasen la existencia de antiguas habitaciones. Con todo, junto á uno de los grupos de casas, vi tres metates perfectamente conservados.

Durante esta exploración, tuve la sorpresa de que se me presentase un mormón en mi campamento, hombre inteligente, franco y muy comunicativo, cuya presencia me causó verdadero gusto produciéndome la impresión de un sér que arribara de otro mundo. Díjome que nunca había llegado más al norte de donde estábamos, ni había pasado por el poniente más lejos del riachuelo que corría á dos millas, denominado por él "Barranca de Oro." Este riachuelo nacía probablemente en las montañas próximas, y había otro, también al occidente, que se unía al de "Barranca de Oro," cerca de la tienda del mormón, quien lo llamaba "Arroyo

del Norte." Llevaba tres años de vivir en el rancho de que hemos hablado, y consideraba que la agricultura era allí productiva, especialmente en papas, pudiendo también prosperar el maíz. Me habló de algunas interesantes cavernas que había en la sierra, junto á la colonia de mormones, las que resolví visitar.

Cuando fueron los mormones á colonizar algunos puntos del norte de México, un americano que había vivido varios años con los apaches, á quien llamaban "Apache Bill," los informó de un grande y fértil valle que al parecer había sido cultivado antiguamente. Probablemente se refería á un lugar que había habitado un grupo de ópatas, convertidos después al cristianismo, que habían recibido de los misioneros algunos árboles frutales. Se contaba que éstos existían todavía y aun daban fruto, en tanto que el pueblo había desaparecido á manos, quizás, de los apaches.

Regresé al campamento principal, dejando sin embargo dos hombres para que siguiesen buscando la *casa blanca;* pero á los pocos días volvieron diciéndome que nada habían encontrado y que la sierra era inaccesible. Á mi regreso, encontré de vuelta á los que habían ido á Casas Grandes, quienes nos trajeron algunas provisiones y el correo de tres meses.

Á dos millas al oriente, encontramos obsidiana en estado nativo depositada en el conglomerado, no en capas, sino en forma de redondas guijas, muchas de las cuales habían rodado en los deslaves, á la falda del cerro, donde era fácil reunir en pocas horas hasta una fanega. La acumulación, sin embargo, no ocupa una área mayor de doscientas yardas.

El 22 de enero marché rumbo al oriente al establecimiento mormón, teniendo que atravesar una vertiente de 8,025 pies, y después de andar quince millas, llegamos á la colonia de Pacheco, situada sobre el río Piedras Verdes, y formada de pequeñas casas de madera pacíficamente instaladas sobre la pendiente en medio de pinares, á una altura de 7,000 pies.

La vista de un molino de aserrar da pruebas de la industria de los colonos que habitan allí en número de dieciséis familias, y pudimos contar cuando llegábamos, hasta unos ochenta niños que salían de la escuela, junto á la cual advertimos un anciano de bondadoso aspecto, que era probablemente el maestro. Los chicos, ordenados conforme á su edad, desde siete á dieciocho años, estudiaban en una sola clase. Era notable la diversidad de sus fisonomías, y todos parecían sanos, robustos, serios y bien educados.

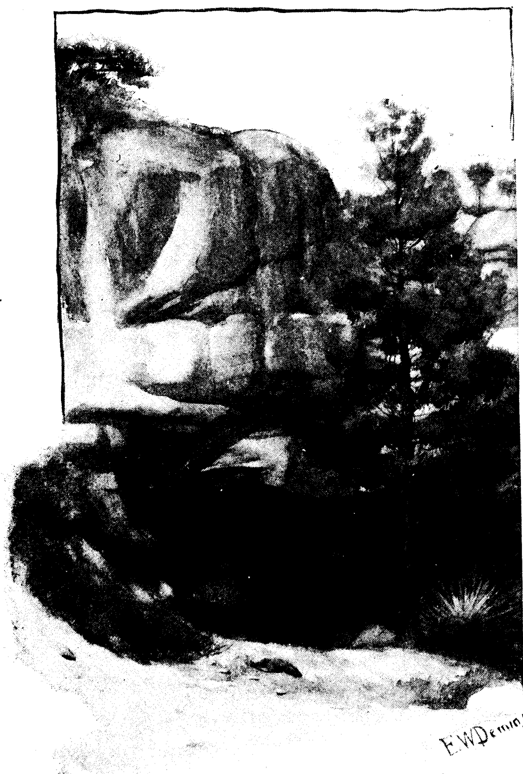
Acampamos á milla y media del pueblo, y en la noche fueron á visitarnos mi reciente amigo de la sierra y otro mormón, ofreciéndonos ambos con toda solicitud los servicios que pudieran prestarnos. Les compramos algunas patatas y medio cochino.

Los mormones, como es habitual entre ellos, tienen varias colonias que han procedido de una central, entre las que se cuenta Valle de las Cuevas, á cinco millas de Pacheco, sobre el río ya mencionado. Nos encaminamos allí al día siguiente, con el cuerpo científico, para examinar las cavernas de que nos habían hablado los mormones. La colonia, situada á una elevación de 6,850 pies, constaba de ocho casas, á una de las cuales me introduje, después de llamar á la puerta, y expuse á su propietario el objeto de mi visita. "¿Cómo está V.?" exclamo éste; "me llamo Nelson"— como si estuviese acostumbrado á ver personas extrañas todos los días.

Mr. Nelson era un viejecito encantador de más de setenta años, pero fuerte. Me acompañó en mangas de camisa, sin cuidarse del frío, á escoger á la luz de la luna un sitio donde acampar, aconsejándome que dejara sueltos á los animales y diciéndome que él los cuidaría por la mañana para lo cual no tendría dificultad alguna. Elegimos un lugar agradable sobre una colina, desde donde se dominaba el valle de las grutas.

Nos habló Mr. Nelson de dos muy interesantes situadas

á la orilla del río, y de que había en ellas numerosas "inscripciones" (petroglifos), agregando que el campo estaba lleno de montículos artificiales y que se habían encontrado esqueletos y momias, que habían vuelto á enterrar. Éstos informes nos hicieron comprender que estábamos en sitio fecundo para nuestras exploraciones, y los resultados sobrepujaron efectivamente á nuestras esperanzas.



Vista lejana de un granero en forma de cúpula dentro de una cueva.

Al otro día, nos acompañó el anciano para guiarnos, y por el camino nos mostró una especie de molino primitivo, movido por agua, y nos llamó la atención, con cierto orgullo, á una "industria naciente" que había producido hasta entonces una docena de sillas de madera cuyos asientos se formaban con correas entretejidas, á guisa de junco.

Encontramos varias cavernas, con restos de habitaciones, llamándonos especialmente la atención en una de ellas cierta extraña construcción á manera de cúpula, que á considerable distancia resaltaba á la vista, destacándose de la entrada. Las grutas que hallamos están en su mayor parte en la margen izquierda del río, pero vimos también algunas sobre la

otra orilla, varias de las cuales habían sido destinadas para sepulcros. Nos enseñaron en una de las últimas una momia muy bien conservada que habían sacado ya dos ó tres veces para verla, no sin que nuestro guía nos indicara que los mormones principales de Uta no querían que nadie tocara los esqueletos que hay en las cuevas. Dejé, pues, por el momento, el que habíamos encontrado en el lugar en que estaba, reservándome el volver por él y los otros que allí pudiera haber.

Fui presentado á otro mormón de las cercanías, quien me invitó á que hiciera excavaciones en un gran montículo próximo á su casa. Ofreció ayudarme á la obra, dejándome en libertad de tomar cuanto encontráramos, y me aseguró también que no se me impediría sacar las momias de sus sepulcros.

CAPÍTULO IV

ESPLÉNDIDO CAMPO DE EXPLORACIÓN QUE NOS LEGARON LOS ANTIGUOS AGRICULTORES DE CAVE VALLEY—GRUPOS DE CASAS EN CAVERNAS Á LO LARGO DEL RÍO—HALLAZGO DE MOMIAS BIEN CONSERVADAS—MÁS TRINCHERAS—NUESTRAS EXCAVACIONES EN LAS CUEVAS Y EN LOS MONTÍCULOS CONFIRMAN Á LOS MORMONES SUS LEYENDAS SAGRADAS—PASAMOS Á LOS LLANOS DE SAN DIEGO—VISITA Á CASAS GRANDES Y Á LA TORRE—PRÓSPERAS EXCAVACIONES EN LOS MONTÍCULOS DE CERCA DE SAN DIEGO.

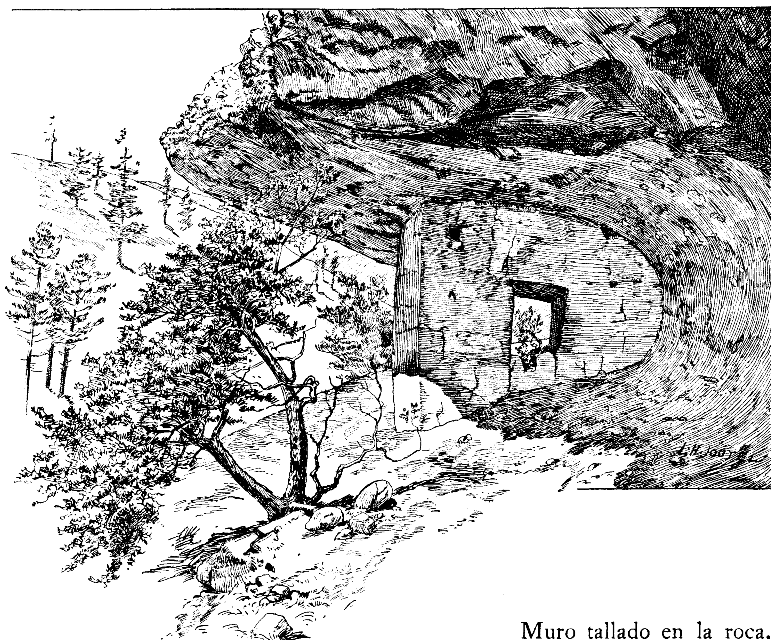
ENCONTRANDO aquella localidad tan á propósito para mis investigaciones, resolví permanecer allí volviendo á Pacheco sólo para enviar el resto de mis acompañantes á practicar excavaciones en el rancho de San Diego, á unas treinta millas al oriente, hacia abajo de las llanuras de Chihuahua. El rancho estaba temporalmente arrendado por un americano llamado Mr. Galvin, quien recibió hospitalariamente á mi expedición, invitando á los que la formaban á permanecer el tiempo que gustasen y á hacer excavaciones donde mejor les pareciese.

Valle de las Cuevas no es sino el ensanche de un largo y profundo cañón por donde corre el río Piedras Verdes. Como su nombre lo expresa, contiene muchas cuevas en la capa feldespática que cubre aquella región. Tiene una anchura de menos de media milla, y su suelo es bueno, fértil y margoso. El ancho de la corriente varía de diez á veinte pies, y de uno á tres el fondo. Hermosas espesuras de pinos, encinas, cedros y arces lo rodean, convirtiéndolo en mansión ideal para gente pacífica y sencilla.

La pequeña loma en que habíamos acampado, se alza

al norte de un arroyo que desagua en el río. Estábamos á la vez cerca de las habitaciones de los vivos y de las moradas de los muertos.

En lo alto del río, sobre el costado occidental del cañón y como á una milla de nuestro campo, se encuentra una gran cueva que contiene la curiosa estructura á manera de cúpula de que se ha hecho mención. Es fácil subir á la caverna por una pendiente que asciende de la parte sur, y al llegar á ella



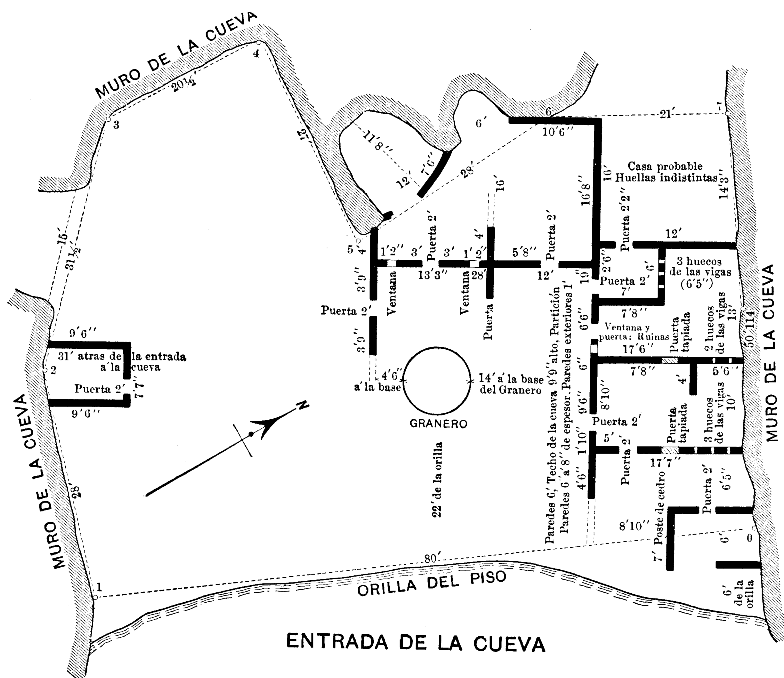
Muro tallado en la roca.

la encontramos bastante cómoda y abrigada. La boca es como de ochenta pies de ancha por unos cien de alta, pero la bóveda va inclinándose rápidamente hacia atrás hasta la mitad de esa altura.

Detrás y á los lados se extiende un pueblecito ó agrupación de habitaciones, y aunque la luz alcanza á alumbrar el exterior de todas ellas, la mayor parte de los cuartos deben haber estado siempre en la oscuridad más completa. Toda-

vía se sostienen algunas paredes como de seis pies. Las piezas, no obstante ser pequeñas, no son del todo estrechas, y algunas casas tienen sótanos poco profundos.

Toda la superficie del techo de la caverna se ve fuertemente ahumada. Por las huellas que quedan aún en las piedras, puede inferirse que se había construído un segundo piso hacia el centro de la gruta, el que sólo puede tener cinco



Gruta con granero. Plano del grupo de habitaciones.

pies de alto. Prueban además dichas huellas el hecho importante de que el segundo piso estaba construído á manera de terraza, como á cuatro pies dentro del frente del piso de sustentación. Evidentemente que la cueva estuvo habitada por muy largo tiempo, pues las casas muestran muchas reformas y adiciones, y llegué á contar sobre las paredes hasta doce capas de revoques y blanqueos. Se advierten con toda clari-

dad sobre los muros de los pasillos los dibujos convencionales de mazorcas, y casi todo el frente de las paredes aparece garabateado de carbón, con tales y cuales rayas de almagre, distinguiéndose asímismo otras figurillas que representan relámpagos, vacas y caballos; sólo que estos últimos fueron dibujados, sin duda, ya demolidas las paredes, pues por su aspecto general denotan que son de época reciente.

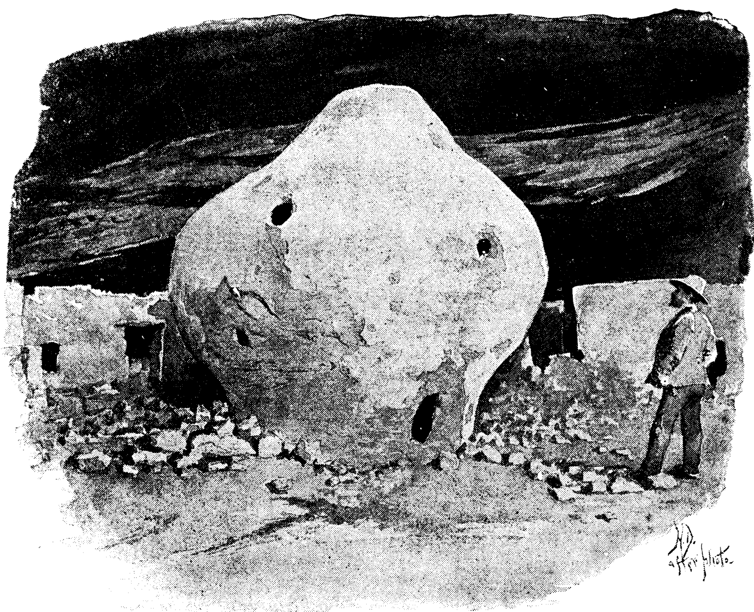
Varios de los ciclópeos bloques avanzan desde la cóncava roca hasta la corriente.

Lo mismo que otras habitaciones que examinamos en diversas grutas, las que hay allí se construyeron en su totalidad de una sustancia polvorosa, desagregada de la materia misma de la cueva, de la que se encuentran grandes cantidades en cavernas que nunca han sido habitadas. Dicha tierra no es de naturaleza arenisca, su color es pardo claro, á veces casi gris y hasta blanco. Los primitivos constructores tenían que mezclarla con agua para fabricar sus adobes que aunque muy uniformes en el grueso, son muy irregulares de tamaño. Parece que toda la obra se hacía á mano, y que se emparejaba valiéndose de algún lienzo mojado, pues no hay señales que revelen el uso de herramienta. En una cueva del mismo valle, se advierten huellas de los dedos sobre la mezcla, y encontrábamos á veces pequeños guijarros encajados en las paredes.

Sin embargo, lo característico en la caverna que nos ocupa, es la construcción con figura de cúpula que se levanta en un claro frente al grupo de casas y cerca de la boca, aunque todavía bajo del techo. Mide por dentro doce pies de altura, siendo su diámetro, en la parte más ancha, de once pies. Las paredes tienen ocho pulgadas de espesor. Aparece arriba de la bóveda una abertura de tres pies, otra de igual dimensión junto á la base, y varias más ó menos al frente unas de otras. En las dos más altas, se ven claras señales dejadas por las vigas en la mezcla.

Para llevar á cabo la construcción, se empleó un com-

pacto cable hecho de yerba retorcida, el que se iba enrollando en vueltas sucesivas y ascendentes que se aseguraban con espesas capas de mezcla por uno y otro lado de la pared, contorno que iba formándose conforme iba creciendo la espiral. Dicha argamasa, del mismo material que la empleada en las casas, formó un solo cuerpo con la paja, según avanzaba la edificación, á la que se dió término sin dejarle más abertura que la del copete, abriéndose ésta después,

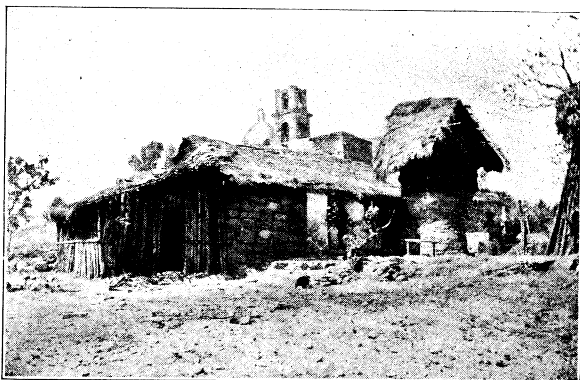


Granero dentro de una cueva.

sin duda ninguna, con los otros agujeros. No se ve la menor señal de mimbres ni otros materiales propios para sujetar la cuerda de paja en su sitio: únicamente la argamasa, casi tan dura como las rocas de los alrededores, la retuvo en la posición requerida.

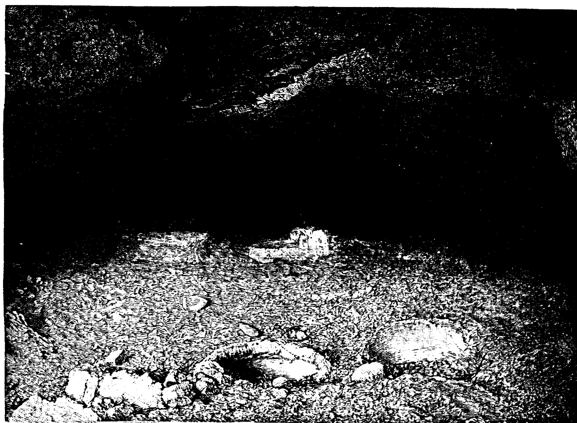
Los sonorenses que me acompañaban daban el nombre de olla á aquella extraña construcción, y aseguraban que no era sino una vasija para guardar agua; pero esto es del todo

improbable por varias razones, siendo la principal la proximidad del río y la facilidad para bajar á él. Sin duda ninguna era un granero, pues se encuentran obras semejantes



Troje vista en Tlaxcala.

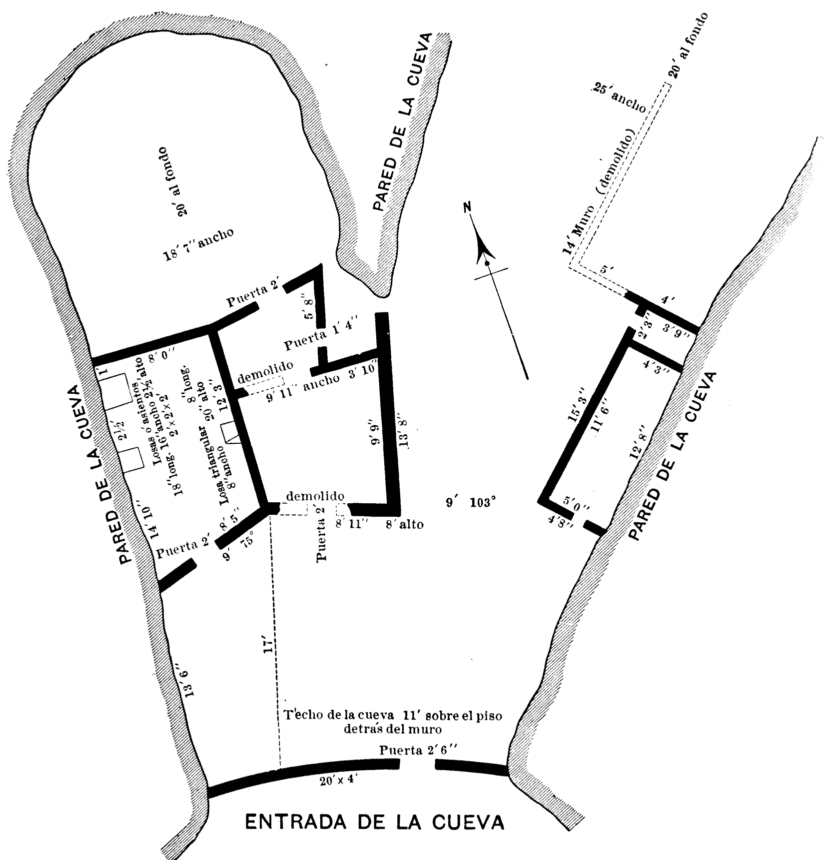
para tal uso en los Estados de Veracruz y Tlaxcala. En una cueva próxima, en cuyo fondo había también un grupo de casas, encontramos entre la boca de aquella y los muros



Huellas de graneros en el interior de una gruta.

de las habitaciones restos de cinco graneros semejantes, hechos de paja y mezcla, á la manera del descrito, pero cuyas paredes sólo tenían dos pulgadas de espesor. Se ad-

vertía que no se les había dado un arreglo especial, ni todos los cinco eran iguales. Dos estaban muy hundidos en el piso, y dentro encontramos, entre los escombros, varios granos de maíz y algunos frijoles.

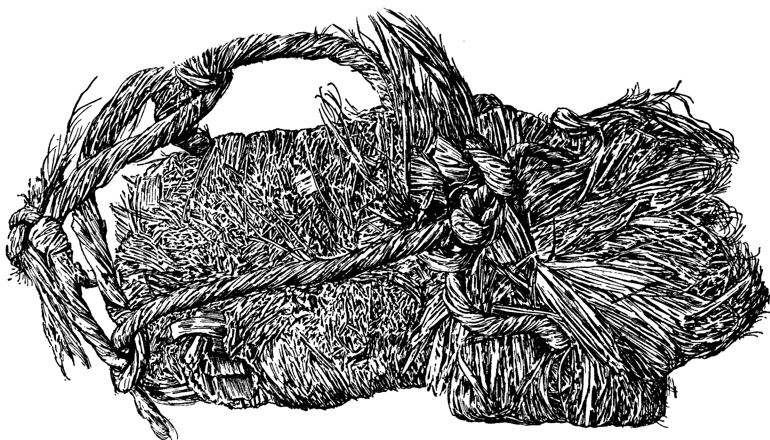


Plano de un grupo de casas en el interior de una cueva situada en la orilla oriental del río.

Las demás cuevas que examinamos eran más ó menos del mismo carácter, bien que en ellas no encontramos graneros. En el grabado de esta página aparece la planta fundamental de la cueva situada á la margen izquierda del río, y

llamamos la atención sobre los extraños asientos ó bloques puestos contra la pared de la casa en el costado derecho de la cueva, cuyo piso tiene la particularidad de haberse hecho de mezcla muy resistente extendida hacia adentro y perfectamente emparejada.

En muchas cuevas se advertía con toda claridad que habían existido grupos de casas de dos pisos, pero las investigaciones tropezaban desgraciadamente con la destrucción causada por algún mormón aficionado á reliquias históricas, que había cargado con cuanto le fue posible remover,



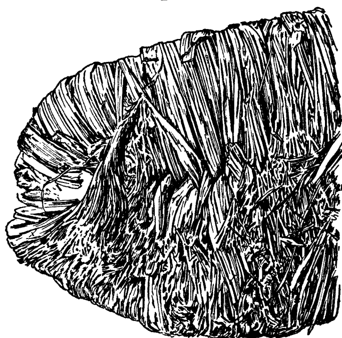
Sandalia con planta de yuca. El talón se ve á la izquierda. Tamaño, 21 cm.

llegando á llevarse aun muchos de los dinteles y cuanta madera de construcción pudo encontrar.

Era tanta la oscuridad en el fondo de algunas cavernas, que teníamos que encender vela para encaminarnos por ellas, arrastrándonos de aposento en aposento. En uno encontramos una escalera de piedra de tres gradas.

Á pesar del insoportable polvo que se levantaba al excavar el suelo, haciendo muy arduo el trabajo, buscamos con mucha diligencia, consiguiendo desenterrar objetos cuyo número ilustra admirablemente acerca de la cultura del antiguo pueblo á que pertenecieron. Encontramos

agujas y punzones de hueso; una pieza completa de madera con taladro para sacar fuego, tejidos de mimbre recubiertos de médula de piñón, petates y ceñidores, hilos de fibra ó cabello y cacles trenzados de hojas de yuca. Había en muchos lugares copos de algodón y pedazos de vasijas de barro, y encontramos también un interesante "boomerang" (especie de jabalina), semejante al que usan todavía hoy los indios moquis para matar conejos, cuyo mango se reconoce bien, pero roto de la punta. Dicha arma, de madera rojiza y muy fuerte, presenta una ligera curva. Descubrimos muchas piezas lisas de hierro mineral, que probablemente usaban para ceremonias religiosas, y un arco escondido en una hendidura.



Talón de sandalia, mostrando la textura.

Dadas las numerosas mazorcas y granos de maíz y frijol que encontramos, es evidente que los antiguos pobladores de aquellas grutas eran agricultores. Pudimos identificar asimismo muchos huesecillos de dátiles silvestres, frutilla verde y dulce que comen todavía los mexicanos.

Una vez comenzados de manera efectiva los trabajos de investigación, fui en busca del resto de mis compañeros, enviados á San Diego. Recorrí las treinta y cinco millas, con cuatro mulas de carga, en un día. La vista de los llanos de San Diego, que tienen bien diez millas de extensión, es encantadora desde la cresta de la sierra; mas cuando bajé á ellos, me encontré con que el tiempo no es allí tan agradable como en el Valle de las Cuevas, pues soplaba un viento fuerte y frío.

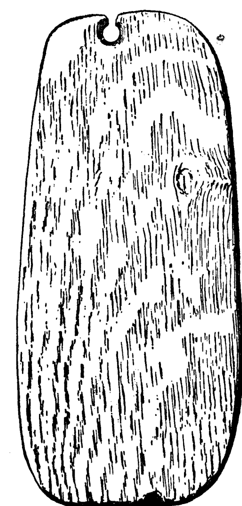


Madero con taladro. Longitud, 22.5 cm.

Me dirigí hacia Casas Grandes, pueblo de 1,200 almas, á seis millas al norte de San Diego, y logré obtener en efectivo el importe de una libranza. Como me dijeran que Mr. Moses Thatcher, prominente apóstol mormón de Uta, andaba inspeccionando las colonias, proseguí mi marcha hacia la colonia Juárez, próspero establecimiento mormón junto al río Piedras Negras, á diez millas de Casas Grandes y seis de San Diego, que aunque fundado hacía cuatro años, tenía ya algunas calles anchas y bien alineadas, plantadas de álamos, y todas las casas rodeadas de jardines. Manifesté á Mr. Thatcher mi deseo de hacer excavaciones en Valle de las Cuevas, á lo que cortésmente accedió, agregando que podría llevarme cuanto fuese de interés para la ciencia.



Arma arrojadiza. Longitud, 67 cm.

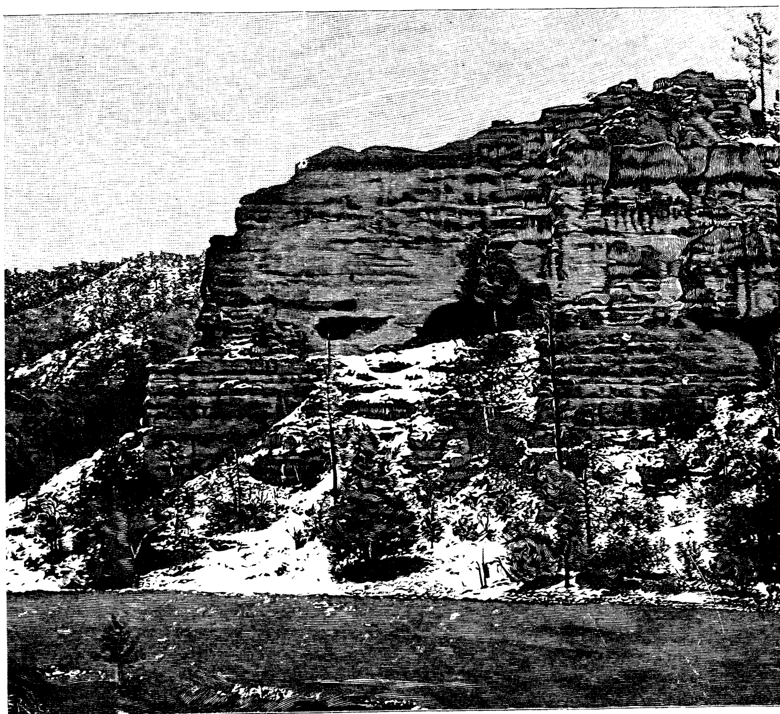


Colgante de madera. Longitud, 14 cm.

Para reducir los gastos, me deshice de muchos de mis mozos mexicanos, quienes regresaron á Sonora por el mismo camino que habíamos seguido Pocos meses después volvieron varios de los mismos trayendo otros consigo que solicitaban trabajo, y permanecieron en San Diego por cerca de nueve meses, tiempo que nos bastó para ver desarrollarse cierto tráfico de naranjas, azúcar, tabaco y otros efectos entre Sonora y Chihuahua, por el camino que habíamos abierto y que llamaban, refiriéndose á mí, *el camino del doctor*.

Continuadas las excavaciones en Valle de Cuevas, los resultados obtenidos de las grutas sepulcrales fueron todavía

mejores que los de las cavernas que habían servido como habitaciones. Están aquéllas en el costado oriental del cañón, donde rara vez llegan los rayos del sol. Por lo general, tanto el techo como los costados de ellas aperecían



Cuevas sepulcrales en Cave Valley.

ennegrecidos de humo, y como no había la menor huella de muros ni ningún otro signo que indicase que el sitio hubiera alguna vez sido habitado, el fuego no pudo haber tenido origen sino de alguna práctica religiosa, pues todavía ahora acostumbran los tarahumares encenderlo en las cavernas en que entierran á sus muertos. Á primera vista nada se notaba en la cueva que acusara vestigios humanos, pero removiendo la tierra, encontramos una gruesa capa de mezcla, y habiendo ahondado como unos tres pies, tropezamos con un cráneo y luego con el cuerpo entero de un hombre. Des-

enterramos después el de una mujer con un niño en los brazos, y otros dos cadáveres, todos ellos recostados sobre el costado izquierdo, con las rodillas medio dobladas, y vuelta la cara hacia el sol poniente. Era admirable el estado de conservación en que se hallaban, debido al salitre que les da apariencia de momias, pues nada hace suponer el empleo de embalsamamiento ú otro medio artificial para conservarlos. El cuerpo entero aparecía sencillamente desecado en su totalidad, y encogido, sin que la piel, en la mayor parte de los cuerpos, mostrara la menor fractura. Las facciones y aun



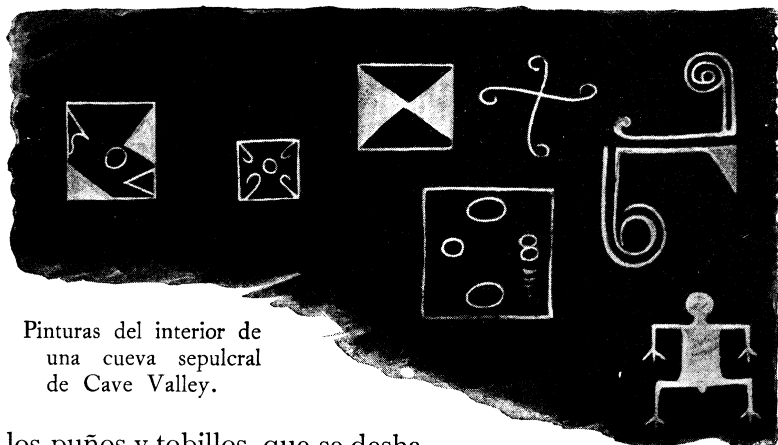
Una momia.

la expresión eran en muchos casos muy notables, y varios conservaban las cejas, parte del cabello y hasta de los intestinos.

El cabello de dichos indios era ligeramente ondulado y más suave que el de los actuales, y parecía casi de seda. La estatura era bastante baja y la apariencia general ofrece curioso parecido con la de los indios moquis, entre quienes persiste la tradición de que sus antepasados llegaron del medio día, y que aun hoy hacen referencia á sus "hermanos surianos;" pero deducír de aquí que los actuales habitadores de cavernas del noroeste de Chihuahua son idénticos á los antepasados de los moquis sería consequencia muy aventurada.

Extraje después otros varios cuerpos que habían sido enterrados en condiciones semejantes. El fondo de las cavernas sepulcrales parece que se cubría siempre con una capa de dura argamasa ásperamente aplanada, y no había huellas de fosas ni forma determinada de sepulcros.

Entre los restos no se encuentran adornos de metal, pero sí varios de concha, aros ó anillos de paja, bien tejidos, para

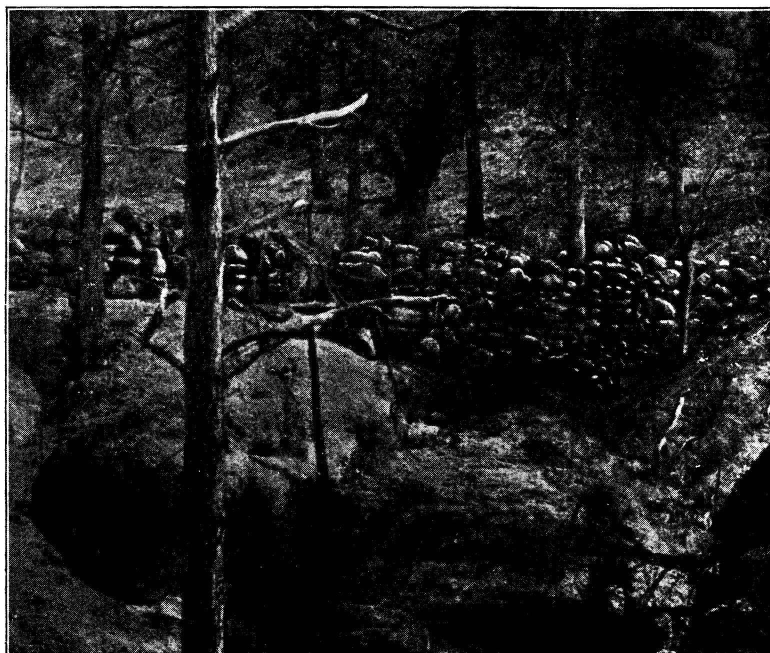


Pinturas del interior de una cueva sepulcral de Cave Valley.

los puños y tobillos, que se deshacían al tocarlos. El vestido consistía en tres envolturas liadas al rededor de las hijadas, siendo la que pegaba al cuerpo de tela burda de algodón; un pedazo de estera la siguiente, y otra tela de algodón la de encima. Entre las piernas había mucho pelote de algodón mezclado de plumas de pavo, de carpintero y de gayo, estando en ocasiones el algodón teñido de rojo ó de añil. Junto á la cabeza de cada momia había una pequeña tinaja con un dibujo sencillo, y también encontramos á veces guajes para agua, igualmente junto á la cabeza, con excepción de uno que había sido puesto sobre el pecho del muerto. Hallamos también enterrado un manojo de "uñas de gato" (*Martynia*), que usan hoy los indios para reparar vasijas de barro, para lo cual taladran los fragmentos que quieren unir y los aseguran á manera de remache con dichas *uñas*,

que son elásticas y fuertes y sirven muy bien para tal uso. Los mexicanos que me acompañaban comprendieron al punto el objeto que habían tenido las plantas que encontramos en los sepulcros.

Como queda dicho, también hallamos trincheras, y muy numerosas, en Valle de las Cuevas. En cada barranca y



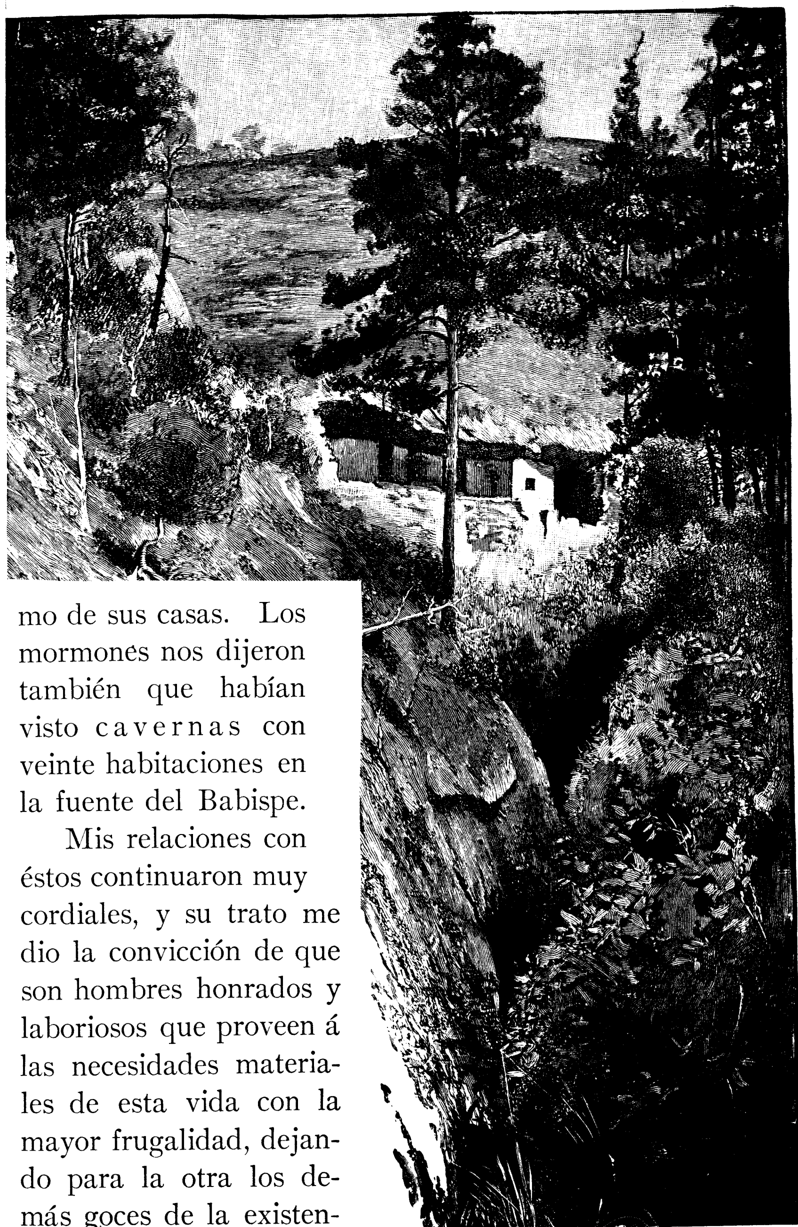
Una Trinchera en Cave Valley.

quiebra del terreno, había por lo menos una, siendo de notar que algunas estaban construídas sobre zanjas de poco fondo en lo alto de una colina, cuya cima estaba formada por una desnuda roca de conglomeración, á 150 pies sobre el valle. En sólo un lugar, contamos ocho trincheras, á distancias de 150 pies, todas hechas de grandes piedras de lava y duro feldespato, de tamaño variable entre uno y medio y tres pies, que me producían el efecto de un trabajo de cíclopes. Dichas trincheras, por lo común, tenían una extensión

lateral de treinta pies, y en su parte central alcanzaban quince pies de altura. Á pesar del inmenso trabajo empleado en su construcción, sus edificadores las habían utilizado únicamente para resguardar espacios de treinta pies de largo y quince de ancho, ó lo que es lo mismo, los ocho pedazos de tierra encerrados por ellas sumaban en su conjunto 3,000 pies cuadrados, terreno apenas suficiente para sembrar 500 ó 600 puñados de maíz. Quienes no conozcan á los indios no considerarían fundada la opinión de que aquellas divisiones fuesen en realidad terrazgos, pero tales hombres siembran y cultivan á proporción de sus necesidades, siempre en pequeña escala, sin pensar nunca en cosechar más de lo que han menester, y muchas tribus, como por ejemplo los tarahumares, rara vez levantan lo necesario para sustentar á su familia por todo el año.

Encontramos más grupos de cavernas-habitaciones á unas diez millas más arriba del río, en un sitio llamado "Llano de los Madroños," debido seguramente á la abundancia de éstos, entre los que vimos ejemplares muy bellos. La caverna más grande que hay contenía catorce casas, á cuyo frente pasaba una galería, á diferencia de las habitaciones de Valle de las Cuevas. Como el maderamen era menos viejo que el empleado en las últimas, y las paredes tenían sólo tres capas de enlucido y blanqueo, y las esquinas no indicaban mucho uso, dichas construcciones eran sin duda de origen más reciente, pero su carácter general no difería de las que habíamos examinado. No encontramos utensilios en ellas. En la misma localidad había bastante número de cuevas más pequeñas con casas en demolición, una de cuyas paredes era de piedra y lodo, y vimos allí por primera vez, dentro de una cueva, una construcción circular.

Escarbando bajo el piso de mezcla de uno de los cuartos, nos encontramos los esqueletos de cinco adultos, hecho singular que revelaba la costumbre de enterrar á los muertos, cuando las circunstancias lo permitían, bajo el piso mis-

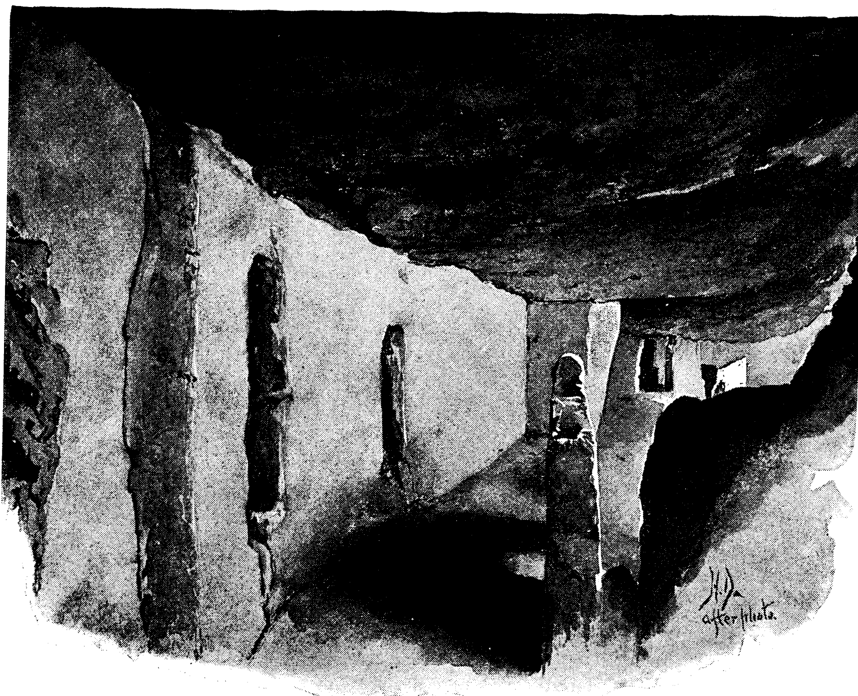


mo de sus casas. Los mormones nos dijeron también que habían visto cavernas con veinte habitaciones en la fuente del Babispe.

Mis relaciones con éstos continuaron muy cordiales, y su trato me dio la convicción de que son hombres honrados y laboriosos que proveen á las necesidades materiales de esta vida con la mayor frugalidad, dejando para la otra los demás goces de la existencia. Viven en medio de trabajos, pero de acuer-

Antiguas grutas-habitaciones de Strawberry Valley.

do con sus convicciones, que datan, no obstante, en ciertos puntos, de una etapa lejana del progreso humano. Interesábanse mucho en mis trabajos, seguros de que tendrían que ser necesariamente ventajosos para dar luz á los misterios ocultos en sus cavernas, y opinaban que nuestras



Interior de las antiguas habitaciones mostradas en la pág. 75.

investigaciones confirmarían lo que contiene el "Libro del Mormón" sobre las razas prehistóricas de América. Dijéronme que en dicho libro se habla de tres razas llegadas allí. La primera se detuvo en Guaymas, Sonora, huyendo de la cólera divina que destruyó la torre de Babel. Esta raza fue totalmente aniquilida. La segunda, procedente de Jerusalén, desembarcó en Nueva Inglaterra, y la tercera, también de Jerusalén, fue á desembarcar en Chile. Pasamos seis semanas en Valle de las Cuevas. El tiempo, hasta



Exterior de las antiguas habitaciones de Strawberry Valley.

donde pudimos observar, era bastante agradable, aunque en febrero sopló durante varios días un viento fuerte y frío que no nos dejaba trabajar bien de día, ni dormir cómodamente por la noche, á lo que se agregaba mi temor de ver en cualquier momento desplomarse mi tienda sobre las vasijas y esqueletos obtenidos en mis excavaciones, que por precaución guardaba allí. Esta posibilidad se hacía más inminente cuando algún indiscreto burro, al andar vagando por el campamento, se enredaba las patas entre las cuerdas de la tienda.

El 30 de enero cayó una nevada de un espesor de siete pulgadas. Un día vimos á corta distancia una bandada como de veinticinco pavos, pero nuestros esfuerzos para ponernos á tiro fueron inútiles, pues las astutas aves, que al parecer se mueven tan descuidadamente, siempre desaparecían como por encanto, á pesar de la precaución con que procurábamos seguirlas.

Teníamos otra vez malos rumores de los apaches, y un día llegó á nuestro campamento un oficial mexicano en persecución de unos á quienes hacía poco les había quitado doce caballos, escapándosele desgraciadamente los salvajes. El presidente municipal de Casas Grandes había recibido aviso de que los apaches habían matado á dos americanos cerca de San Bernardino, en virtud de lo cual envió una patrulla á la sierra para perseguir á los malhechores.

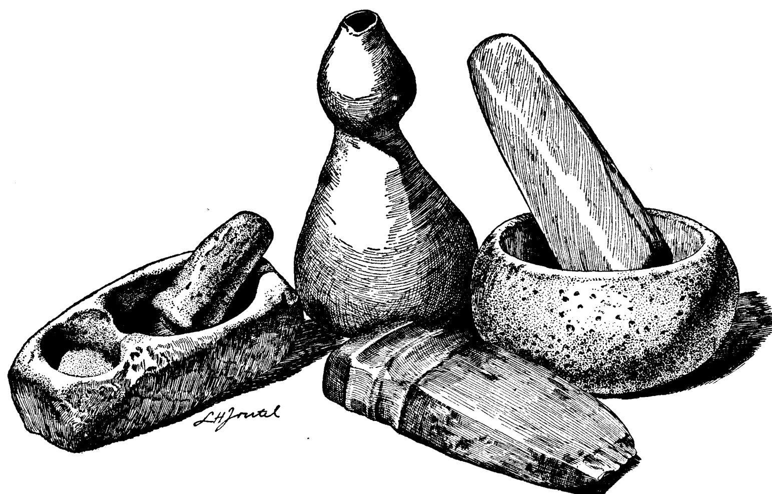
Después de registrar cuidadosamente las cuevas, volvimos nuestra atención á los sepulcros ó *coesillos*, que son allí muy numerosos, y están siempre cubiertos de yerba, no siendo raro que crezcan árboles encima. Encontramos en las excavaciones restos de casas de tipo semejante á los de las cavernas, y como la altura de algunos montículos era bastante considerable, se justificaba la suposición de que las casas habían tenido dos pisos, de seis ó siete pies cada uno, con buen número de cuartos, y en vista de la localidad en que se hallaban los coesillos, se hace evidente que las

casas no fueron destruídas por inundaciones ni cubiertas por depósitos de aluvión. Compuestos aquellos de una masa de cascajo y desmenuzados morones que llenan completamente los aposentos que han resistido á la destrucción, es fácil imaginar cómo se formaron los montículos á medida que iban demoliéndose los revoques, muros y techos, formando poco á poco montones de tierra, que hoy parecen hechos á propósito.

Las casas servían de habitación común, y consistía cada una de sólo un cuarto, generalmente no mayor de diez pies cuadrados. Las paredes, de ocho á nueve pulgadas de espesor, construídas de una especie de arcilla mezclada con arena, se conservaban muy bien en algunos lugares. En una de las casas en que encontramos construcciones más sólidas que de ordinario, tenían las paredes un grueso de veinte pulgadas que llegaba hasta ser de treinta y tres en algunos lugares. Las excavaciones hechas en los coesillos cercanos á nuestro campamento pusieron á descubierto una construcción muy interesante. Parte de las paredes consistía en grandes postes clavados en el suelo formando una empalizada revestida de mezcla, con la que hacía ángulo recto una pared de piedra. Entre las ruinas encontramos pedazos de adobe, y en uno de los cuartos, á menos de cinco pies de profundidad un piso de argamasa bajo el cual había una acumulación de seis ó siete esqueletos incompletos.

Era raro encontrar allí utensilios de ningún género á no ser tal cual hacha, algunos metates y morteros y una olla de piedra, pero cavando un poco más, hallamos esqueletos, enterrados al parecer sin ningún cuidado, que tenían invariablemente algunos utensilios domésticos, tales como jarros y tarteras con hermosos dibujos, ó hachas y mazos cuidadosamente esculpidos y pulimentados. Obtuvimos, sin embargo, una hacha muy curiosa de doble muesca. Los esqueletos estaban muy mal conservados, pero recogimos con todo, varios cráneos y algunos de los huesos mayores.

Era tan duro el piso que sólo podíamos romperlo con barras pesadas. Debido á la imposibilidad en que estábamos para proceder á excavaciones completas, no fue posible saber el número de aposentos contenido en cada coesillo. Había en las inmediaciones de Valle de las Cuevas por lo

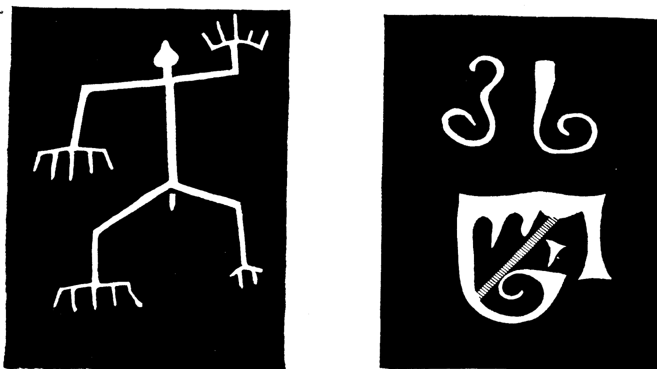


Objetos hallados en los montículos del río Piedras Verdes. Enmedio se ve una vasija de barro en forma de guaje. Longitud del hacha de doble muesca, 16 cm.

menos diez ó doce grupos separados que tenían de cuatro á ocho habitaciones sobre el piso de sustentación, y todo el distrito, en general, es muy abundante en montículos. En una excursión que hice hasta tres ó cuatro millas abajo del río de Piedras Verdes, vi varios grupos de coesillos que sin duda contenían muchas antigüedades. Uno de los grupos más grandes se encuentra sobre una colina no muy alta, y á milla y media al norte del anterior hay otro de ciento sesenta pasos de largo con dos montículos oblongos. Algunos de los coesillos eran de diez ó doce pies de altos.

Según me dijo un mormón bien informado, no existían ruinas en las cuevas, ni en ninguna otra parte en toda la extensión recorrida por el río desde allí hasta la colonia Juárez,

ni tampoco en otras cien millas al sur de Pacheco, no obstante los montículos que se levantan en varios lugares. Aprovechándome de su consejo, cuando al fin salí de Valle de las Cuevas, no seguí el curso del río hacia San Diego, sino que tomé, para que la carga fuese con más seguridad, el camino ordinario, no obstante que es más largo. Posteriormente exploraron las orillas del río algunos miembros de mi expedición y recorrieron varias pequeñas cuevas abiertas en los costados del cañón, algunas de las cuales habían sido habitadas, á juzgar por los pedazos de vasijas, y lo ahumado



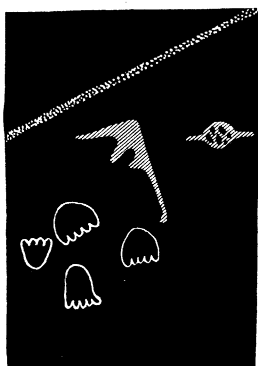
Pinturas de una roca en el río Piedras Verdes. El color es blanco, excepto una línea roja. Altura de la figura menor, como 60 cm.

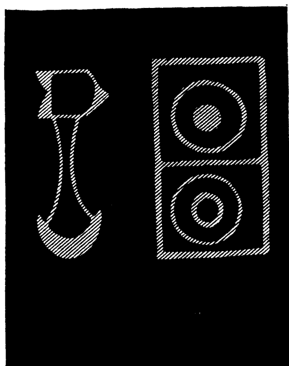
de los techos; pero no se encontraron restos de habitaciones, sino hasta la parte más alta del río donde algunas había en las rocas areniscas.

Levanté mi campamento de Valle de las Cuevas el 11 de marzo y llegué el mismo día al antiguo Juárez, á pocas millas de mi otro campamento fijado en San Diego. Empezaba á hacer calor, brotaba la yerba, y vi una bandada de patos que volaba hacia el norte.

Los llanos de San Diego abundaban en antílopes, y durante mi visita, pude verlos en manadas por diversas partes. Un viejo cazador de cerca de Casas Grandes se valía de un ingenioso ardid para engañarlos, disfrazándose de antílope

por medio de un capuchón de manta pintada de color semejante al del animal, con que se cubría el cuerpo, los brazos y las piernas. Asegurábase en la cabeza unas astas





Figuras en las paredes de una cueva, en el río Piedras Verdes, pintadas en rojo, menos las indicadas con líneas blancas, que son esculpidas. La figura de la derecha tiene como 60 cm. de altura.

de venado, y andando en cuatro pies se acercaba á los animales hasta tenerlos á tiro. Según me dijeron los mexicanos, los apaches eran muy hábiles en ese procedimiento.

En una excavación que hicimos cerca del antiguo Juárez, sacamos de un montículo una pequeña tartera negra de barro. Había otros doce ó quince coesillos que contenían grupos de casas, siendo el mayor de cien pies de largo, cincuenta de ancho y diez de alto, pero otros, no obstante cubrir el mismo espacio, sólo se levantaban á tres, cuatro ó seis pies. Todos estaban irregularmente rodeados con numerosos montones de piedras, los unos pequeños y otros grandes y rectangulares, encerrando un espacio de treinta pies de largo y diez de ancho.

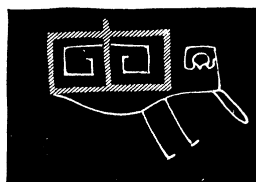


Figura en una roca del río Piedras Verdes. Las líneas blancas indican lo esculpido.

Por ser aquel distrito extremadamente rico desde el

punto de vista arqueológico, resolví explorarlo hasta donde me lo permitieran las circunstancias. Es fácil contar en las cercanías de San Diego sobre cincuenta montículos, y hay también en varios lugares rocas esculpidas y pintadas. Á unas veinte millas más al sur se encuentran cavernas-habitaciones, semejantes á las del Valle de las Cuevas, que fueron examinadas por algunos miembros de la expedición en



Cazador disfrazado de antílope.

el río de San Miguel, ocho millas arriba del punto en que entra éste en los llanos. Junto á una gran cueva se encontraron numerosas casas, que aunque destruídas en su totalidad, se podía reconocer que algunas debieron de tener una altura de tres pies.

Pero el lugar más interesante es Casas Grandes, ruinas situadas como á una milla al sur de la ciudad de este nombre, las cuales pronto pudimos visitar. Como han sido ya



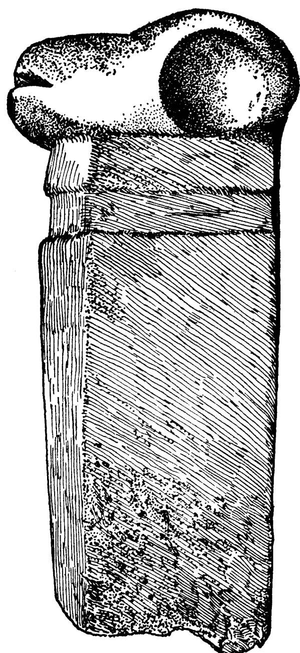
Casas Grandes.

perfectamente descritas por John Russell Bartlett, en 1854, y más recientemente por A. F. Bandelier, no hay para que entrar en detalles. Baste, pues, decir que Casas Grandes son un montón de ruinas, acumuladas á la margen izquierda del río. La mayor parte de ellas se han derrumbado, formando seis ú ocho grandes montículos, el mayor de los cuales se levanta á veinte pies de altura. Á lo largo de los coesillos han arraigado numerosos mezquites, que forman matorral entre las ruinas. Las paredes que quedan se hallan bastante bien conservadas para darnos idea del sistema de construcción de los antiguos. En las orillas del ruinoso pueblecillo, las casas son más bajas y tienen un solo piso, pero las del centro deben de haber tenido por lo menos una altura de cuatro pisos. No eran palacios, sino simples habitaciones, y toda la aldea, que probablemente contendría de 3,000 á 4,000 habitantes, tiene el aspecto característico de los pueblos del suroeste y de las casas que habíamos encontrado en nuestras excavaciones, no difiriendo sino en el extraordinario espesor de las paredes, que alcanza hasta cinco pies, y en la gran altura de los edificios. Los materiales son también diferentes, pues consisten en enormes ladrillos de barro y grueso cascajo, formados en canastas ó cajones de mimbre.

Desde luego llama la atención el hecho de que las casas no parecen obedecer á ningún plan ó disposición previa, pero no obstante ello, ofrecían un aspecto por extremo pintoresco, vistas desde el este al ponerse el sol. Acampamos por algunos días en la cima del montículo más alto, en medio de las ruinosas paredes.

No fue posible encontrar ningún edificio circular ni vestigio de adoratorio. Los mexicanos que algunas ocasiones se han guarecido en la parte oriental de las ruinas, han encontrado de cuando en cuando, hermosas vasijas y escudillas que han vendido á los anticuarios ó dejado para su propio uso. Dichos objetos de alfarería son de calidad y ornamentación muy superiores á todos los que ahora se fabrican en

México. Los antiguos metates de Casas Grandes, muy apreciados por los actuales habitantes del Valle, y sin disputa los más hermosos que he visto en mi vida, son cuadrados y muy bien hechos, y se apoyan en cuatro pies. Las hachas y puntas de flecha que allí se han hallado, son muy parecidas á las del suroeste de los Estados Unidos.



Hacha ritual con cabeza de oveja. De Casas Grandes. Rota. Longitud, 12.16 cm.

Hace algunos años se desenterró un gran meteorito en una pequeña habitación situada en el primer piso de uno de los más altos edificios en donde estaba cuidadosamente colocado y cubierto con envolturas, lo que hace suponer que se le tendría con objeto religioso. Engañados por el brillo de la piedra, que consideraban de plata, todos querían dividírsela, pero fue llevada á Chihuahua, y de allí á Alemania. La persona que la remitió me dijo que pesaba 2,000 libras.

Acercándose á las ruinas por el noroeste, pueden advertirse todavía huellas de canales de riego bien construídos, y hay también varios amontonamientos artificiales de piedras cuya altura varía de tres á quince pies, y de diversas formas. Uno de ellos figura una cruz romana que mide diecinueve pies en su mayor extensión; otros son rectangulares y también los hay circulares. Á eso de tres millas al este, encontramos dibujos esculpidos en grandes piedras, uno de los cuales representaba un pájaro, y otro al sol.

Constituye un monumento interesante de los antiguos

pobladores del valle de Casas Grandes, una pirámide ó atalaya perfectamente visible sobre una montaña situada al suroeste, como á cinco millas, en línea recta de las ruinas. Se distinguen con toda claridad los senderos que de todas direcciones, especialmente del este y del oeste, conducían á aquel sitio. Sobre la ladera occidental había tres de dichas veredas, y varias se unían al pie de la cresta, la cual se extiende rumbo al sur, llegando á su mayor elevación en el



Vasija de barro en forma de mujer. De Casas Grandes. Altura, 15.8 cm.

promontorio donde se levanta la pirámide á 1,500 pies sobre la llanura.

La vertiente occidental del monte forma precipicios en algunas partes, pero tiene también un magnífico sendero que la recorre en toda su extensión hasta la cumbre, el cual se halla resguardado á trechos con piedras y aun con muros levantados en algunos parajes del lado de la caída, lo que permite efectuar el ascenso á caballo hasta la cima, á pesar de ser en ciertos puntos bastante empinada la pendiente.

En un terraplén natural que forma el camino se ve un grupo ruinoso de casas de piedra sin labrar, y construídas sobre la desnuda roca, alcanzando algunas de las paredes

veinticuatro pulgadas de espesor, y un poco al sur se levanta un considerable montículo en donde ha excavado un mormón dos habitaciones. Una pared de piedra bien construída recorre por más de cien pasos, de norte á sur, el lado occidental del pueblo, que es el más accesible.

Saliendo de este antiguo villorrio, hicimos un agradable ascenso á la cima donde por todas partes se extendía á nuestra vista el magnífico panorama de los fértiles valles que se dilatan por varias millas en todas direcciones. Al oeste está el río Piedras Verdes; al este el de Casas Grandes, y en las llanuras del sur serpentea el San Miguel, plateado por la luz del sol. Al norte la vista es inmensa, y una serie de hermosas montañas forman al rededor del horizonte el marco más adecuado para aquel paisaje.

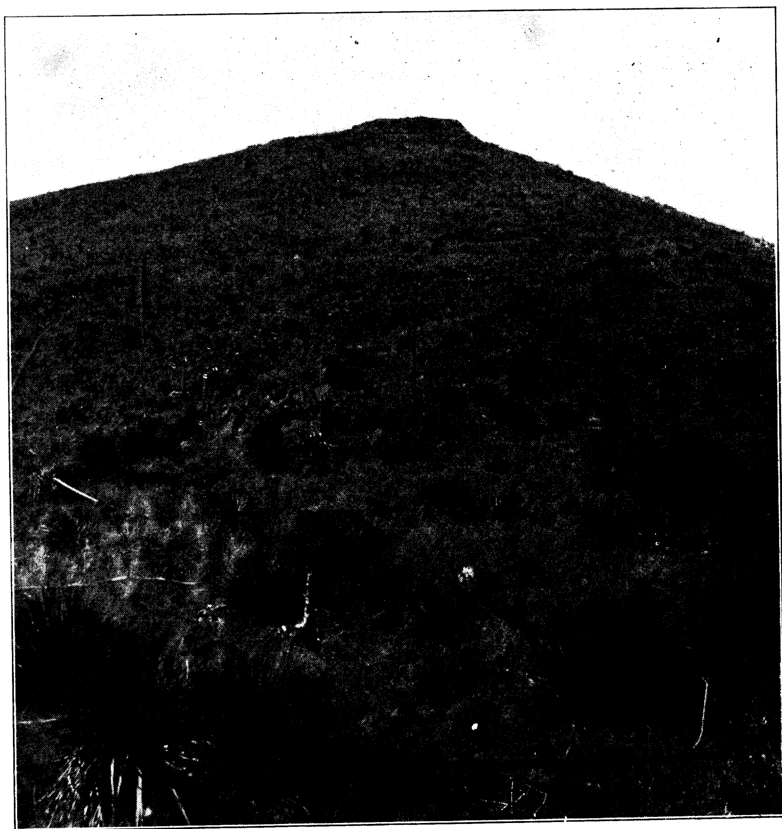
¡Qué admirable posición para vigilar los alrededores! Al contemplar las grandes extensiones de tierra que desde ese punto se dominan, meditaba en los numerosos centinelas que en siglos lejanos habrían escudriñado el horizonte con sus ojos de águila para advertir á su pueblo que se acercaba el enemigo á turbar sus pacíficas ocupaciones.

El fuerte es circular y como de cuarenta pies de diámetro. El muro que lo rodea tiene por un lado cerca de once pies de elevación y bastante anchura, en tanto que por otros es muy bajo y estrecho. Hay cuatro piezas claramente delineadas en el centro, pero las excavaciones no dieron más resultado que averiguar que el piso tenía una pulgada de grueso.

Hacía allí bastante calor; se veían algunos pájaros y escasas flores; dentro de la fortaleza crecían arbustos de blanca grosella silvestre que despedían deliciosa fragancia; pero fuera de la cumbre, la montaña estaba enteramente desprovista de vegetación.

Pocos días después hice una excursión hasta la colonia mormona de Dublán, por arriba del valle, el cual tiene una longitud de cerca de quince millas por igual anchura, es muy fértil donde se le riega bien y encanta la vista con sus campos

de maíz y cebada. Aquel sitio, naturalmente, está bien poblado, y los montículos que donde quiera se encuentran



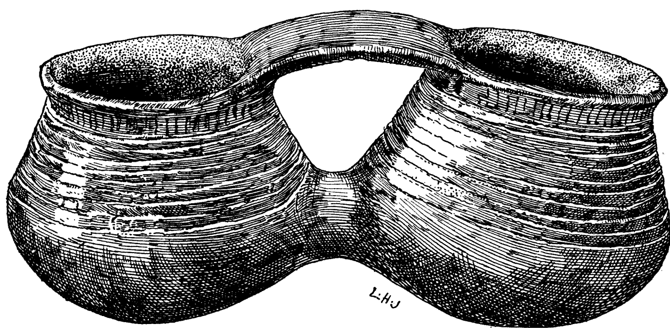
Cerro de Montezuma y torre, vistos del sur.

prueban que lo mismo pasaba antiguamente. En realidad, los montículos, ya sea en grupos ó aislados, son numerosos hasta la Ascensión.

De qué modo tan abundante aquel suelo aparentemente pobre recompensa el trabajo del hombre, se puede juzgar por la floreciente colonia que tienen establecida los mormones, quienes á tal punto poseen el don de transformar los desiertos en centros de prosperidad, que los mexicanos

atribuyen el éxito de los infatigables colonos á una mina de oro, en la que suponen que trabajan secretamente de noche.

Considerando forzoso volver á los Estados Unidos para bien de la expedición, juzgué conveniente reducir mi cuerpo científico á tres personas. Dejé mi campamento de San Diego á cargo de Mr. H. White, después sustituído por Mr. C. V. Hartman, quienes durante mi ausencia continuaron haciendo excavaciones en los montículos situados al sur del Piedras Negras, junto á su confluencia con el San Miguel, así como en las cercanías más convenientes. Ni los montículos mismos ni sus habitaciones difieren mucho de las de arriba del río, ya descritas, si no es en que algunos coesillos eran un poco más grandes. Á juzgar por los restos de vigas, contenían probablemente algunas casas de tres pisos, pero la mayor parte eran sólo de uno, y donde había indicios de un segundo ó tercer piso, nunca los encontramos intactos. Tampoco se descubrieron casas circulares. En cuanto á



Tinaja doble, de San Diego, con conducto interior hueco. Longitud, 24.8 cm.

los montículos estaban situados sobre un rico suelo arcilloso de aluvión. Allí como en la parte superior del río, los tesoros que extrajimos se hallaban bajo el piso de las habitaciones, enterrados con los muertos, y consistían en ollas y escudillas de barro, algunas de las cuales tenían extrañas figuras de animales y de hombres; en utensilios de piedra,

cuentas de concha, pedazos de pirita y turquesa, todo en general intacto.

Hallábanse dichas cosas colocadas á lo largo de los esqueletos que, en grupos de dos á cinco, yacían en confusa mezcla en los rincones. Los jarros, ollas, etc., generalmente se depositaban junto al cuerpo, casi siempre cerca de la cabeza. Los cráneos, en su mayor parte aplastados, se deshacían en polvo al contacto del aire. Los huesos no presentaban huellas de haber sido quemados, bien que en algunos casos había carbón junto á los esqueletos.

Es fuerza armarse de gran suma de paciencia para llevar á término el lento y fastidioso trabajo de las excavaciones, pues suele suceder que nada se encuentre en semanas enteras. Los montículos pequeños dan á veces tan buenos resultados como los grandes, si no mejores. La forma de los *mounds* es más ó menos cónica y achatada en la punta; algunos son oblongos y los hay también rectangulares. Los más altos llegaban de veinte á veinticinco pies, pero en su mayoría variaban de cinco á doce, y las paredes de sus domicilios interiores tenían un grueso de ocho á dieciséis pulgadas.

Por las láminas que se agregan al fin puede juzgarse de las piezas que allí encontramos, superiores en clase y ornamentación á las obtenidas en Los Pueblos del suroeste de los Estados Unidos. La fina arcilla de que están hechas tiene á menudo un delicado lustre debido á pulimento mecánico. Bien que los dibujos recuerden, en general, uno de los más usados en Los Pueblos que acabo de mencionar, como, por ejemplo, terraplenes con nubes, volutas, etc., la mayor parte de dichos adornos revelan más esmero, gusto y sentimiento estético, y son de colorido más rico.

Esta clase de alfarería sólo se ha obtenido de las excavaciones practicadas en los valles de San Diego y del río Piedras Verdes, así como del valle de Casas Grandes, y constituye el paso de transición entre la cultura de los Pueblos de Arizona y Nuevo México y la del valle de México, mil

millas más al sur. Los varios centenares de objetos que forman la colección, pueden dividirse, aproximadamente, en cuatro grupos:

(1) Arcilla muy fina, blanca, con un ligero tinte amarillo verdoso. Adornos negros y rojos, ó sólo negros. Es el tipo predominante, y puede verse en las láminas I y II; también en la III, *a*.

(2) De carácter muy semejante, pero de fabricación más tosca y mayor peso. Véase la lámina III, *b* á *g*, y la lámina IV, *f*. Ambos grupos contienen variaciones en los dibujos decorativos, como puede verse en el resto de la plancha IV.

(3) Piezas pardas con ornamentación negra. Véase la lámina V, *a*, *b*, *c* y *e*.

(4) Piezas negras.

Doy en seguida una descripción suscinta de las piezas más importantes representadas en las planchas:

Plancha I

Alturas: *a*, 18.5 cm.; *b*, 15.2 cm.; *c*, 16.2 cm.; *d*, 18.8 cm.; *e*, 11.3 cm.; *f*, 8.5 cm.

a, especialmente graciosa en su contorno y ornamentación, constituye un tipo que se encuentra á menudo.

c, de la colonia Dublán, tiene figura de camaleón, con la cabeza y la cola bien representados. Las prominencias del cuerpo están simbolizadas por los dientes del borde.

d, el principal adorno de esta pieza es una serpiente con plumas y cabeza de pájaro.

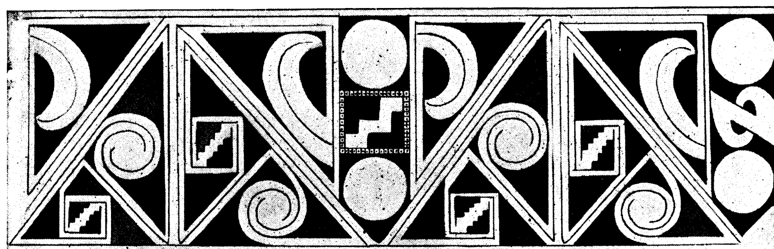
e, vasija en forma de pato.

f, fuente decorada sólo en la orilla y en el interior.

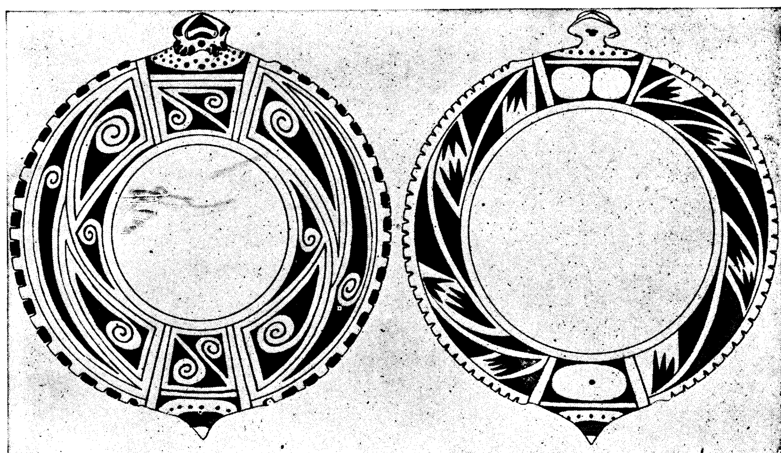
Plancha II

Altura, 16.5 cm.

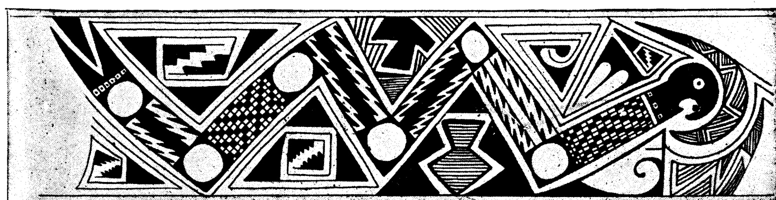
Los mejores modelos de la colección, tanto en cuanto á la manufactura como al decorado. Sus principales adornos son serpientes con plumas y dos pájaros, lo que puede verse con claridad, arriba y abajo de la vasija, en la ampliación



Extensión de los dibujos de la Plancha I, *a*.



Jarro del camaleón, visto de arriba y de abajo. Plancha I, *c*.



Extensión de los dibujos de la Plancha I, *d*.



Extensión de dibujos de la Plancha III, *e*.

del dibujo. La sección del calce es continuación de la de arriba.

Los pájaros están representados volando. Mr. M. H. Saville está probablemente en lo justo al considerarlos quetzales, bien que la región de ese famoso trogón es la América Central y la parte más meridional de México. El ave y la serpiente constituyen asímismo el adorno de otros jarros de esta colección y podrían indicar que los fabricantes de tales piezas estarían afiliados á los aztecas en su adoración al gran dios Quetzalcóatl.

Plancha III

Alturas: *a*, 18.5 cm.; *b*, 18 cm.; *c*, 17 cm.; *d*, 11 cm.; *e*, 14.5 cm.; *f*, 15.3 cm.; *g*, 24.2 cm.

c, jarro en forma de buho convencional.

d, jarro en forma de pescado.

f, representación muy admitida de cuatro camaleones. Hay arriba y alrededor dos serpientes en alto relieve, que al parecer son coralillos.

Plancha IV

Alturas: *a*, 14 cm.; *b*, 16.8 cm.; *c*, 18.6 cm.; *d*, 12.2 cm.; *e*, 22 cm.; *f*, 18.5 cm.

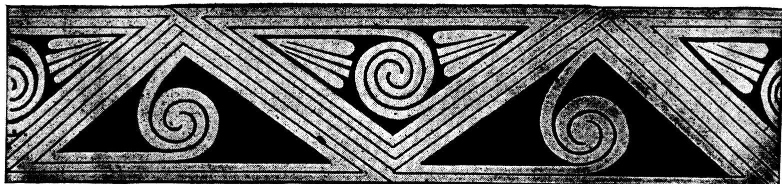
a, muy realista representación de una larva.

c, tiene figuras con bruñido negro.

d, fuerte y perfectamente pulida, y difiere también en colorido de las demás.

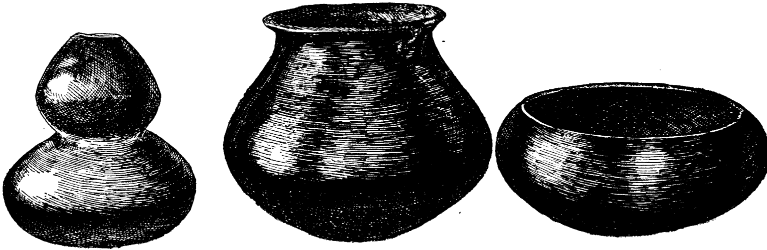
Plancha V

Alturas: *a*, 3.7 cm.; *b*, 9.8 cm.; *c*, 25.6 cm.; *d*, 17 cm.; *e*, 20.7 cm.; *f*, 19.3 cm.; *g*, 19.3 cm.



Extensión de los dibujos de la Plancha V, *e*.

Estas piezas son muy hermosas, y su ornamentación de notable y artística sencillez. Véase, por ejemplo, Plancha

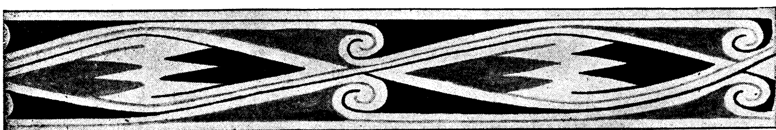


Vasijas negras, muy pulimentadas. Alturas, 12.5 cm.; 14 cm.; 7.8 cm.

V, *e*. *D*, *f* y *g* representan piezas de alfarería de Casas Grandes, que se distinguen por cierta solidez y superior pulimento.



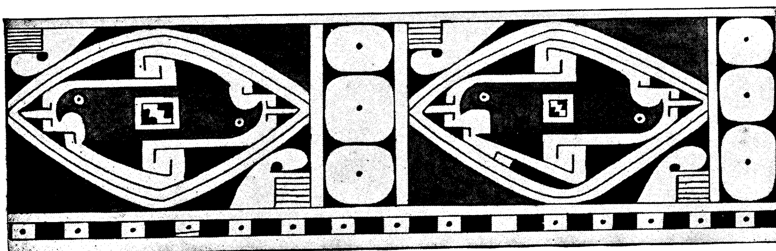
Extensión del dibujo de la Plancha IV, *a*.



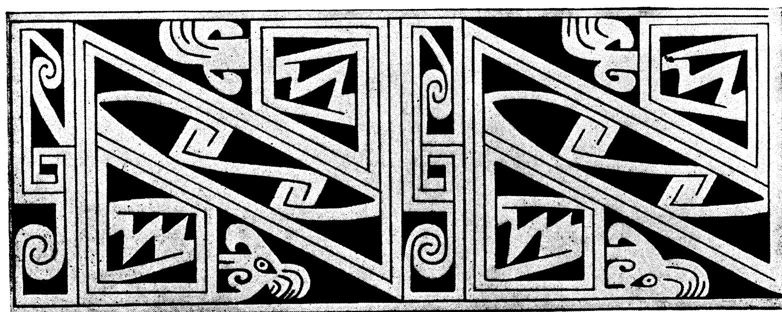
Extensión del dibujo de la Plancha IV, *b*.



Extensión del dibujo de la Plancha IV, *c*.



Extensión del dibujo de la Plancha IV, *f*.



Extensión del dibujo de la Plancha V, *c*.

CAPÍTULO V

SEGUNDA EXPEDICIÓN—REGRESO Á LA SIERRA—LOROS EN LA NIEVE —LAS CAVERNAS DE GARABATO, LAS MÁS HERMOSAS DEL NORTE DE MÉXICO—VISTA SOBERBIA DE LA SIERRA MADRE—EL ESPINAZO DEL DIABLO—GUAYNOPA, FAMOSA MINA ANTIGUA DE PLATA —EL RÍO AROS—POR ANTIGUAS VEREDAS—AVENTURAS DE "EL CHINO"—CURACIÓN DE LOS EFECTOS DEL ZUMAQUE.

A MEDIADOS de enero de 1892, en que volví á mis exploraciones, las personas que formaban mi expedición llegaban sólo á una tercera parte de las que me habían acompañado el año anterior. Prosiguiendo mi plan, entré nuevamente en la Sierra Madre, volviendo á ella hasta las cercanías de Pacheco por donde habíamos bajado á San Diego. Caminábamos sobre una capa bastante gruesa de nieve recién caída, cuando encontramos una partida de ocho revolucionarios de la Ascención, entre quienes vi las caras de peor aspecto que he contemplado en mi vida. Á cuanto les preguntamos nos contestaron con evasivas, y no dejaba yo de experimentar cierto desasosiego por tres de nuestros hombres, que acompañados de un guía mexicano, habían estado explorando por algunas semanas los alrededores de Chuhuichupa, abandonado apacentadero que se encuentra cuarenta millas al sur de Pacheco. Envié al día siguiente quien les diera parte de los fugitivos políticos que habíamos visto. Los mormones me dijeron que hacía más de quince días habían sido advertidos de la presencia de aquella gente sospechosa.

Proseguían las nevadas, que pronto dieron á la sierra un aspecto septentrional, y lo único que nos recordaba la latitud de la región donde estábamos, eran las bandadas de verdes

loros de rojas y amarillas cabezas, charla que charla en las ramas de los árboles, y pica que pica en los frutos de los pinos. Como todas las veredas estaban literalmente cubiertas de nieve, busqué la ayuda de un mormón para que nos guiara hacia el sur.

Á unas diez millas de Pacheco, pasamos por el valle de "los Montezumas," llamado así por el extraordinario número de montículos, coesillos ó *montezumas* que hay en la localidad, en número que probablemente no dista mucho de un millar. Vistos de lejos, parece que su disposición ha obedecido á un plan fijo, pues corren en hileras de norte á sur. Son pequeños y casi todos se hallan en la falda meridional de un llano inclinado que se ensancha como 500 acres en medio de altiplanicies espesamente cubiertas de pinos.

Deteniéndonos para descansar á algunas millas al sur de la mesa, advertimos que nos faltaba una mula. No me consoló que me dijeran que el animal llevaba únicamente mi tienda de campaña y ropas de cama, pues ello significaba cuando menos que tendría que pasarme una noche nada cómoda sobre la nieve. El americano encargado de ir contando nuestros animales en el camino, volvióse inmediatamente á buscar al perdido, en compañía de un mexicano, y hasta el día siguiente volvieron con la carga de que la mula se había aligerado; pero en cuanto al animal y su aparejo, nunca volvimos á verlos.

En Chuhuichupa me sentí satisfecho de cuanto encontré. Vense allí extensos campos donde, algunos años después de nuestra visita, establecieron los mormones una colonia. El nombre de Chuhuichupa fue el primero que hallamos de indudable origen tarahumar; significa "lugar de los muertos," aludiendo probablemente á las cavernas sepulcrales, pues *chuhui* es corrupción española de *chu-i*, que significa *muerto*.

Mr. Taylor había descubierto una gruta muy interesante, á quince millas en línea recta de este á sudeste del campa-



Antigua cueva con habitaciones en Garábato.

mento, pero á distancia de veinticinco millas, según el trayecto que siguió. Los mexicanos la llaman la cueva del Garabato, con motivo de los antiguos dibujos que se advierten en las paredes de la casa, y está situada en una garganta formada sobre el costado septentrional del arroyo del Garabato, que desagua en el río Chico. Es de formación conglomerada, mira al oriente y está como á 215 pies sobre el fondo de la barranca. La subida es empinada y bastante



Cueva del Garabato. Parte de las antiguas habitaciones.

difícil. Las altas y regulares paredes de las casas, con sus numerosas puertas y ventanas, ofrecían de cerca el más vivo contraste con las rocas del alrededor cubiertas á trechos de nieve, en medio de aquel desierto de pinos. Algunos de los muros habían sucumbido al peso de los siglos, pero en su conjunto se conservan las ruinas en muy buen estado, y aunque encontré otras grutas-habitaciones rumbo al sur hasta Zapuri (Chihuahua), ninguna se conservaba tan bien ni en tan considerable escala. No habiendo tenido tiempo

de visitar personalmente la cueva, me valgo de las notas de Mr. Taylor, así como de sus fotografías y explicaciones verbales para hacer la descripción siguiente:

El espacio cubierto por las casas y paredes derruídas era de 125 pies de un lado á otro, y en la parte central tenían los domicilios treinta y cinco pies de profundidad. El techo del sótano ó, más bien, la roca superior alcanzaba en su punto más alto ochenta pies sobre el nivel del piso. Las casas estaban dispuestas en un arco de círculo tan largo que apenas se desviaban de la línea recta, y, al parecer, las de la fila delantera eran de un solo piso, en tanto que las pegadas á la roca tenían dos; pero sin que el techo de ninguna alcanzase en ningún punto al de la cueva. Las piezas eran como de doce pies cuadrados, y los muros, sin apariencias de bloques de piedra ni ladrillos, variaban en su espesor de la base al borde de la más alta, desde quince hasta siete pulgadas. En algunas partes había grandes piedras dentro de los muros, y en otra pared se encontraron postes de madera y viguetas ó latas horizontales. Aparecía lisa y plana la superficie de los muros, protegidos como estaban de la intemperie, y tenían por dentro hasta siete ú ocho revoques. En cuanto á los pisos, donde era posible examinarlos, estaban cubiertos de un cemento liso tan resistente, que no cedía al azadón. Las viguetas de pino que formaban el techo eran también lisas, pero no cuadradas, de cuatro pulgadas de diámetro, y de veinticuatro pies de longitud algunas de ellas. Según todas las apariencias, habían sido desbastadas con instrumento poco cortante, pues más bien presentaban señales de tajos que de cortes, aunque muchas estaban muy bien redondeadas de las puntas, cerca de las cuales tenían un rebajo circular.

En el centro de las piezas posteriores del piso bajo, había generalmente, á manera de tosco pilar, un poste de pino como de diez pulgadas de diámetro. Contra éste descansaba, partiendo de los muros laterales, ligeramente encor-

vado, otro palo semejante, redondo también, tendido paralelamente al frente de las casas, y cruzado desde el frente hacia el fondo por latas de unas cuatro pulgadas de diámetro, apoyadas directamente en los muros que sostenían un techo de tierra, liso únicamente por arriba, de unas tres pulgadas de grueso. De igual modo estaba cubierto el segundo piso, donde no se habían hecho excavaciones; y



Dibujo en rojo sobre la pared del segundo piso.

como ninguna de las piezas del piso bajo se comunica con las habitaciones superiores, es evidente que para subir á las casas del segundo piso, tendrían que hacerlo por los techos de las casas bajas, valiéndose de escaleras.

La mayor parte de las piezas estaban provistas de sus respectivas entradas, de amplitud suficiente para servir de puertas, y algunos cuartos tenían hasta tres de ellas. Había también varios pequeños boquetes circulares, que al hombre

civilizado pudieran parecer troneras para el humo; mas para los indios, la casa, como cualquiera otra cosa, es un sér vivo y debe tener respiraderos para que no se asfixie. Dichas aberturas eran de tres ó cuatro pulgadas de diámetro. Muchas habían sido tapadas y enjarradas, lo mismo que gran número de las que parecían haber servido de entradas, resolución debida sin duda á ulteriores razones religiosas.

Llamaba la atención un salón de no menos de cuarenta pies de largo y siete de alto, del piso á las latas, para cuyo techo se habían empleado seis vigas tendidas entre la pared del norte y la del sur. Las latas, dispuestas entre sí en ángulos de 10°, eran de dos diferentes tamaños. La pared occidental contenía doce huecos, donde sin duda encajaban las latas, que eran, por término medio, de tres pulgadas de diámetro y penetraban en declive dentro del muro como seis pulgadas. La pared oriental contenía palos perpendiculares y duelas horizontales, formando armazón para sostener el material de construcción. En el interior, había únicamente un banco, construído del mismo material que las paredes, contra el muro del sur, y que formaba un asiento bastante cómodo.

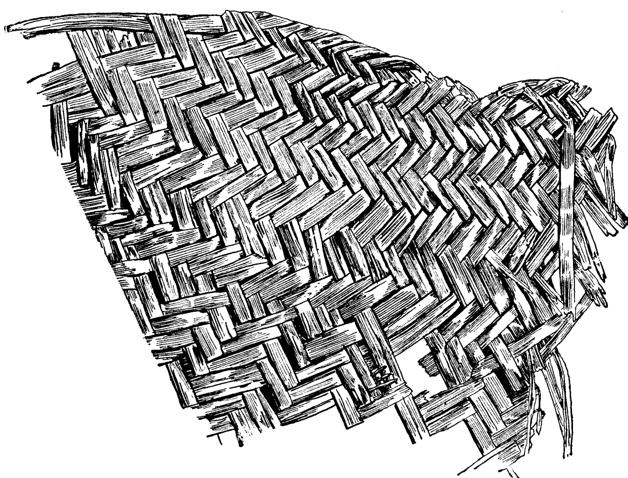
En el extremo de esta sala, pero sobre el piso de arriba, se encontró una casa que difería de las otras por una decoración especial de color rojo, en tanto que el marco de la entrada estaba pintado con suave tono lila.

Parece que había otra sala aproximadamente de las dimensiones de la anterior, pero que debe haber sido por lo menos pie y medio más alta. Hoy se halla enteramente destruída.

Con excepción de un fragmento de hacha de piedra y de un pedazo de petate, ninguna otra cosa se encontró allí de que poder inferir la cultura de los constructores.

Al otro día de llegar á Chuhuichupa, proseguí mi viaje acompañado en esa vez por Mr. Taylor y Mr. Meeds, y sirviéndonos de guía un viejo soldado mexicano que nos re-

comendaron como el hombre más conocedor de la Sierra Madre. Había llevado, con seguridad, una vida salvaje, y tomado parte en muchas refriegas con los apaches, pues en diversas partes de su cuerpo le quedaban señales de las balas, y varias veces había recorrido buena parte de las montañas con la esperanza de encontrar oro ó plata. Pero el conocimiento topográfico no constituye indispensablemente



Pedazo de petate de la cueva del Garabato.

la condición principal que debe tener un guía; así pues, aunque Don Teodoro siempre sabía por instinto en donde estaba, no tardó mucho en darnos á conocer que carecía de la aptitud necesaria para dirigirnos, y su apática fatuidad nos causó gran número de molestias y aun de pérdidas.

Pasados los agostaderos de Chuhuichupa, atravesamos un extenso pinar lleno de quiebras y prominencias, cuyo profundo sosiego, no turbado por el más leve rumor ni apariencias de vida, me sorprendía. Como diez millas al sur, alcanzamos á ver la Sierra de la Candelaria que surgió repentinamente del sureste, mientras el Arroyo de Guaynopa abría á nuestra izquierda su bostezante boca. Subimos lentamente por una hermosa cresta que ascendía hacia

el suroeste, asegurándonos nuestro guía que seguíamos *el camino de los antiguos*, cuando sólo era probablemente alguna vereda de los apaches. Desde aquel paso, bastante estrecho, divisábamos de cuando en cuando, ora de un lado, ora del otro, amplios cuadros lejanos del estupendo paisaje, mientras nuestras bestias efectuaban con tarda marcha el ascenso para llegar á la cumbre. Allí nos esperaba una vista extraordinariamente hermosa, que podía disfrutarse saliéndose un poco del camino para ganar un promontorio llamado "Punto Magnífico," según nos dijo nuestro guía. Aquella elevación de 8,200 pies nos proporcionó ciertamente el espectáculo de más grandiosa magnificencia de que he gozado jamás en la Sierra Madre.

Delante y abajo se ensanchaba un océano de montañas en cuyo centro, situado exactamente frente á nosotros, había imponentes mesas revestidas de pinos y dos airosos pináculos de rojizo conglomerado, y en seguida dilatábanse hacia la lejanía cordilleras y cordilleras, picos y picos, pareciendo llegar por el sur á una distancia no menor de ochenta millas. Nos señalaron la dirección de los ríos que corrían á inmensas profundidades entre las montañas, siendo el principal el Aros, que abraza la mayor parte de las mesas desde el occidente y se vuelve en seguida hacia el sur, recibiendo como tributarios al Tutuhuaca y al Mulatos, que precisamente estaba tras uno de los pináculos. Al oeste del río Aros se ensancha la dilatada Mesa de los Apaches, principal acantonamiento de éstos en otro tiempo, que llega hasta el río Bonito. La planicie se llama también "la Mesa del Espinazo del Diablo," á causa de una alta y muy estrecha cresta que se levanta de modo muy visible de la orilla occidental de la mesa, ensanchándose tanto al norte como al sur á manera de una gigantesca sierra. Con gran sorpresa nuestra, nos señaló el guía por dónde pasaba el camino real de Nacori sobre una garganta del Espinazo del Diablo, siguiendo por sobre varias escarpadas colinas que descienden

hacia la mesa. Entre el río Bonito y el Satachi, se tiende otra meseta. Al oeste y á mayor distancia, se levantaban las corpulentas sierras de Nacori que á la luz del sol, ya próximo á ocultarse, figuraban un haz de relámpagos. Bajo la transparencia del aire todo el panorama aparecía como bañado por un vapor azul.

Inmediatemente abajo de nosotros, á nuestra izquierda, estaba Guaynopa. Tan perpendicular se veía la ladera de la montaña que juzgábamos imposible el descenso, pero como llegaban hasta nosotros las voces de nuestros arrieros que cantando conducían á los animales, mil pies abajo del lugar en que nos hallábamos, recordamos que lo mejor que podíamos hacer era llegar al campo antes de que la oscuridad nos rodeara. Descendimos 2,500 pies, y una vez fuera de la región de los pinos, nos encontramos bajo un clima más cálido. Díjonos el guía que allí nunca nieva, pero pronto supimos en qué otra forma se precipita el agua en aquellos lugares, por la sencilla razón de haber sido detenidos por la lluvia durante dos días.

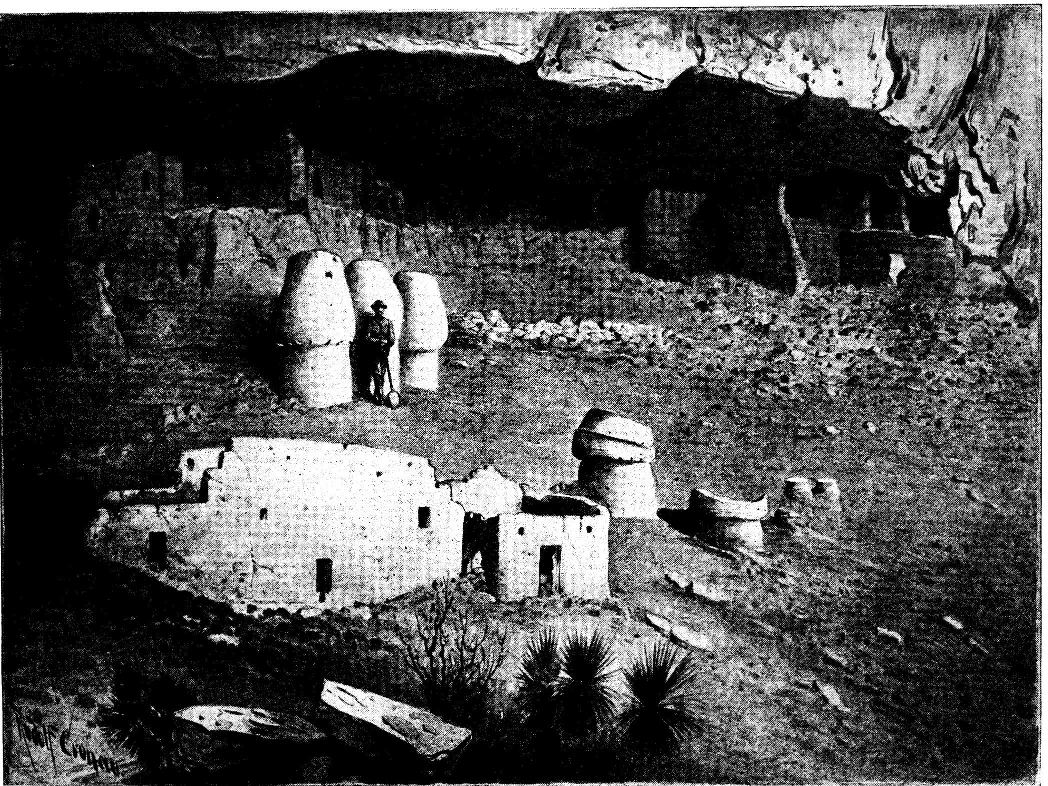
Ya no nos separaban más que dieciocho millas de las desiertas minas de Guaynopa. El camino era penoso por ser casi todo de subida por sobre colinas, pero llegamos, al fin, á una rápida pendiente cubierta de encinas, que nos proporcionó un descenso continuo hacia Guaynopa, y fuimos recorriendo en zigzag. Á nuestro paso, pudimos divisar al otro lado del arroyo una gran caverna con casas y algunas construcciones blancas de forma cónica que parecían estar á media altura del opuesto costado, el cual tenía por lo menos dos mil pies de profundidad. Con mi anteojo de campo pude distinguir muy claramente un grupo de casas del tipo más general, y reconocer como graneros semejantes á los del Valle de las Cuevas, las grandes construcciones blancas. Mi intención era volver á examinar más de cerca dicha caverna, tan luego como hubiese encontrado sitio á propósito para acampar; pero las circunstancias me lo im-

pidieron. Con todo, Mr. G. P. Ramsey visitó varios años después la cueva, y me ha proporcionado la breve descripción siguiente.

Se halla ésta situada como á veinticinco millas en línea recta al sur de la colonia mormona de Chuhuichupa. Hay en la cueva indicios de un manantial, y uno en la barranca misma. Las casas se hallan en muy mal estado por la acción de los elementos y de los animales; pero pudieron contarse cincuenta y tres cuartos sobre una terraza de la roca, extendidos del extremo derecho al fondo de la caverna. Dicho extremo derecho avanzaba un poco sobre la roca saliente y sostenía grupos de casas de dos pisos. En el centro de la gruta, había varias construcciones pequeñas, hechas del mismo material, y semejantes á las que he descrito como graneros, todavía en excelente condición. Como se puede advertir desde luego por la lámina, son casi idénticas á los graneros actualmente en uso en algunos estados del sur de México.

Proseguimos nuestro descenso, y después de bajar como 2,000 pies, nos encontramos junto á unas solitarias casas de adobe, de aspecto nada atractivo, construídas por los españoles y reputadas como la fundición de las abandonadas minas de Guaynopa. Sólo quedan las paredes desnudas, levantadas sobre una pendiente tan empinada que no dejaba espacio suficiente para acampar, por lo cual, avanzamos hasta llegar á la cima de una colina próxima, donde hallamos un sitio aceptable.

Aquella localidad era, pues, la famosa Gaynopa, donde se cree que hay ocultas fabulosas riquezas. De esta y otra mina próxima, también célebre, llamada Tayopa, dícese que fueron trabajadas por los jesuítas, quienes antes de ser expulsados de México estaban en posesión de casi todas las minas del país. Según la tradición, los apaches mataron á cuantos encontraron allí, y las minas han permanecido olvidadas hasta tiempos recientes en que volvió á saberse de



Casas y graneros antiguos junto al río Aros.

ellas, gracias á unos archivos eclesiásticos y á otros documentos españoles. Hanse enviado, á fin de localizarlas, varias comisiones, una de las cuales, me parece, fue nombrada por el Gobierno; pero situadas en lo más áspero é inaccesible de la Sierra Madre, estándo quien las descubra, lo que aun no ha sucedido que yo sepa. Es indudable que la región encierra plata mineral muy rica de que nosotros mismos encontramos muestras; pero el terreno es tan infranqueable que se requeriría un enorme capital para laborear las minas.

Seguía un camino plano por la pendiente de la colina, que llevaba hacia el río Aros, á distancia apenas de dos millas; pero el terreno era tan agreste y accidentado que había que observar el mayor cuidado con los animales para que no se causaran daño. Corre luego el sendero por sobre una empinada ladera que, desde una perpendicular roca suelta, baja como cuatrocientos pies dentro de la barranca. Siendo el declive de cerca de 45° y no llegando en algunos puntos el paso sino á un pie de anchura, no hay salvación para el animal que tropieza ó se le resbala la carga. Todo, sin embargo, marchaba bien, hasta que llegamos á un lugar donde el camino comenzaba á descender, cuando nuestro pícaro guía trató de hacer volver á algunos burros, en vez de conducirlos cuidadosamente uno por uno, obteniendo por resultado que uno de los pobres animales rodase dando enormes rebotes y cayendo sin detenerse á cien pies de profundidad, donde, por supuesto, quedó muerto.

Vadeamos sin dificultad la corriente del Guaynopa, cerca de donde se junta al río Aros, y escogimos para acampar una terraza á doscientos pies sobre aquélla, que es la misma que pasa al pie de la caverna arrastrando considerable volumen de límpida agua que ha dejado visibles y abundantes señales de la altura que alcanza en ocasiones. Aquel vado, á una elevación de 3,400 pies, poco más ó menos la misma que la del río Aros, fue el punto más bajo á que

llegamos en nuestro paso por la Sierra Madre entre Chuhuichupa y Temosáchic. Empleamos casi todo el día para lograr que nuestros animales recorrieran la milla y media que había hasta dicho campamento. En el camino habíamos encontrado algunos buenos cristales de cuarzo en la capa de barita, como de cuatro pulgadas de espesor y ocho de anchura.

El terreno de enfrente parecía más inaccesible y hostil á permitirnos penetrar un paso más en su misterioso recinto, pero el guía se mostraba tan sereno como si estuviera en su propia casa.

Fue nuestra marcha hacia el río Chico un incesante subir y bajar en un trayecto de treinta millas, ascendiendo á 7,600 pies y descendiendo hasta 3,000. Al principio era casi imposible caminar, pues donde el suelo no estaba cubierto de peladas rocas, hallábase poco menos que obstruído por yerba muy crecida. Efectuamos el primer ascenso, de más de una milla, en línea recta, y poco después hubimos de emprender el escalamiento más arduo que hasta entonces había jamás intentado en mi vida. La senda subía más y más en largos zigzags por la montaña, sin que hubiera esperanza de que los animales pudieran descansar en tres cuartos de milla, por lo menos, y era necesario irlos empujando, pues de otro modo hubieran rodado inevitablemente. La gran mula blanca "El Chino," cuando hubo trepado casi hasta la cima, se volvió atolondradamente en la "cumbre coronada de gloria," y doblándosele las patas posteriores, dio un vuelco atrás, cual si fuese una rueda, con las dos grandes cajas que cargaba. Por fortuna fue á chocar contra el grueso tronco de una vieja encina que sobresalía en ángulo obtuso de la pendiente, como noventa pies abajo, y dando otra vuelta sobre el tronco, quedó curiosamente detenida entre las horcadas ramas que reprimieron el ímpetu de la caída, haciendo que se soltara la carga y cayese el animal de lomo sobre la espesa yerba. Una de las cajas

quedó cerca, y lo otra, en que iban nuestros libros, se precipitó doscientos pies más lejos, rompiéndose y regando á los vientos la sabiduría de los siglos, en tanto que la mula quedó ilesa en absoluto.

Tres horas más tarde, llegaron los burros que los arrieros habían conseguido subir á fuerza de empellones para impedir, según nos dijeron, "que se quedaran dormidos."

Al proseguir nuestro camino hacia el río Chico, veíamos cambiar continuamente el panorama de la sierra: ya era un paisaje lateral de la Gran Mesa de los Apaches; ya enormes pináculos disgregados de conglomeración desgastada, que se erguían á manera de campanarios sobre las desiertas rocas, variando de color desde el rojo hasta el plomo; ya un estrecho del río Aros, á una profundidad de 3,000 pies en el angosto y desolado valle. La formación geológica de la región es, en su mayor parte, volcánica, en seguida conglomerada, y porfírica en los altos puntos.

Acampamos sobre la cresta del cañón oriental del río Chico, en un sitio ideal y bien aireado. El hermoso prado de la pendiente, donde veíamos pacer y descansar pacíficamente á nuestros animales, semejaba un cuadro digno de la Arcadia; pero hacia el oeste se alborozaba la vista con el gran panorama de la sierra. La cuenca del valle de río Chico se elevaba desde el fondo de la garganta en figura de V, llena de precipicios en los bordes, y de numerosas grietas que ascendían más abruptas desde el lecho del río.

Mi arriero principal se enfermó entonces por los efectos del zumaque, pues era uno de los infortunados que más especialmente los resienten. Bastábale, según él, pasar junto á la planta para sentirse mal. En el caso á que me refiero, ni siquiera sospechaba donde había contraído la dolencia, hasta que el cocinero le señaló algunas de dichas plantas que crecían junto á una encina próxima á la tienda donde había instalado su cocina. El pobre hombre tenía los labios muy inflamados, sentía agudos dolores en los ojos

y no se podía mover. Según nos dijo, la enfermedad le duraba á veces hasta diez días y la piel se le ponía tan tierna que no podía sufrir ni el roce de la ropa; pero aplicándole en las partes enfermas una solución de sosa, no sólo pude aliviarle sus dolencias, sino dejarlo capaz para continuar á los dos días caminando con nosotros.

Entre tanto, habíamos examinado algunas cuevas abiertas en el conglomerado de la barranca, como á doscientos cincuenta pies arriba del fondo y de acceso bastante difícil. La agrupación de casas ocupaba todo el ancho de la caverna, que era de ochenta pies, y había una pared maestra de piedra y madera al frente de la construcción. Los muros eran de piedras unidas con una argamasa preparada con arena disgregada de las rocas de la misma caverna, y estaban cubiertos con el mismo cemento por dentro y por fuera. Las ventanas tenían dinteles de madera y se encontraron hileras de estacas en posición perpendicular en el cuerpo de dos de las paredes. Á dos pies de un costado de la gruta, había una pequeña torre, derruída también, que medía por dentro cuatro pies de diámetro, y cuyas paredes eran como de seis pulgadas de grueso.

Los pináculos de conglomerado constituyen uno de los rasgos característicos del paisaje que se extiende al oeste del río, y más lejos aparecen otras formaciones volcánicas. Veinte millas más delante, nos encontramos de nuevo entre pinares á una altura de 7,400 pies, y nos acometió, á mediados de febrero, una lluvia y granizada bastante fuertes, no obstante que nos refugiamos en un estrecho valle bajo los grandes pinos. Pronto cesó la tempestad y siguió una nevada en extremo fría. Matamos allí un paro y un carpintero, y los azulejados cantaban sobre la nieve.

Recorridas otras once millas, llegamos á los llanos de Naverachic, donde nos detuvimos. Era una felicidad vernos de nuevo en terreno comparativamente plano, pero por extraño que parezca, sentía tanto el frío, que tuve que andar

bastante á pie para conservar mi calor. La palabra Naverachic es de origen tarahumar: *navé* significa *mover*, y *ráchi* designa la formación traquítica desintegrada que hay en las cavernas.

Salimos, por fin, de una región sólo atravesada entonces por pocos aventureros analfabetas, no obstante haber sido ocupada alguna vez por un pueblo floreciente, de cultura igual á la de los actuales indios de Los Pueblos, y desaparecido no sabemos cuántos siglos hace. En todo él, reinaban la grandeza de la antigüedad y la solemnidad de la tumba.

CAPÍTULO VI

FÓSILES Y MANERA DE UTILIZARLOS—TEMOSACHIC—LOS PRIMEROS TARAHUMARES—ARADOS CON REJAS MODERNAS—UNA VISITA Á LOS PIMAS DEL SUR—FABRICACIÓN DE SOMBREROS PRIMITIVOS—PINOS ALTOS—LA CASCADA DE JESÚS MARÍA—UNA AVENTURA CON LADRONES.

COMO á treinta millas de Temosachic (en lengua tarahumar, *Remosáchic* significa *montón de piedras*) entramos en el llano de Yepomera, donde nos encontramos con terreno de formación geológica enteramente diversa, pues había caliza en capa casi horizontal como de cincuenta pies. Frecuentemente hallan fósiles los mexicanos en esa capa, de los que tuve oportunidad de ver cuatro grandes huesos sirviendo de postes en las esquinas de un corral. Nos dijeron que se encontraban accidentalmente, á profundidad de veinte á treinta pies, dientes y huesos cristalizados interiormente. Esta formación que se extiende al oriente de Temosachic, pero que más bien está al norte, abarca una zona como de quince millas de norte á sur y de tres á cuatro en la otra dirección.

Unos fósiles recogidos por Mr. Meeds en el tajo de un arroyo próximo á Yepomera, consistían en algunos fragmentos de dientes y pedazos de hueso de algún pequeño animal, depositados en la arcilla que había bajo de la capa caliza. Se asegura que también se han encontrado grandes fósiles cerca de la ciudad de Guerrero (Chihuahua), muy recientemente. Parece que entre el vulgo hay la costumbre de emplear "huesos de gigantes" para hacer un cocimiento que conceptúan muy reconstituyente, pues oí hablar de una

mujer que habiendo quedado muy débil después de dar á luz, tomaba tal bebida para fortificarse.

En Temosachic se nos reunió Mr. Hartman, que había conducido en carro, desde San Diego, nuestro equipaje, á fin de que camináramos con el menor peso posible.

Desde allí hasta el límite meridional del Estado de Chihuahua, se extiende la gran tribu de los tarahumares, confinados ahora en la Sierra Madre, pero que antiguamente ocupaban asímismo todo el valle de Chihuahua, hasta donde se halla la capital del Estado, así como una larga y angosta faja extendida cien millas al norte de Temosachic. Era la principal tribu que dominaba lo que es ahora el referido Estado. Aunque todavía quedan de ella como unas veinticinco mil almas, la mayoría ha adoptado la lengua, costumbres, religión y vestidos de los mexicanos. El Padre Ribas hizo mención de ellos en el siglo XVII, como gente dócil y fácil de convertir al cristianismo.



Un tarahumar.

No es difícil seguir caminando sobre la altiplanicie de la Sierra Madre en una extensión de doscientas millas, yendo lo más entre pinos y encinas; pero hay también extensos lugares propios para el cultivo, algunos en labor, y los pueblos y ranchos diseminados por ahí se comunican por caminos bastante buenos. La región de los aborígenas ha sido invadida, quedando reducidos la gran mayoría de los descendientes de los antiguos soberanos á conservar su precaria existencia trabajando en sus ranchos ó en las minas. La lengua nativa, los hábitos religiosos y el traje han sufrido modificaciones de conformidad con lo establecido, y sólo en

los parajes más selváticos han podido los tarahumares mantener sus propias costumbres á salvo de sus conquistadores.

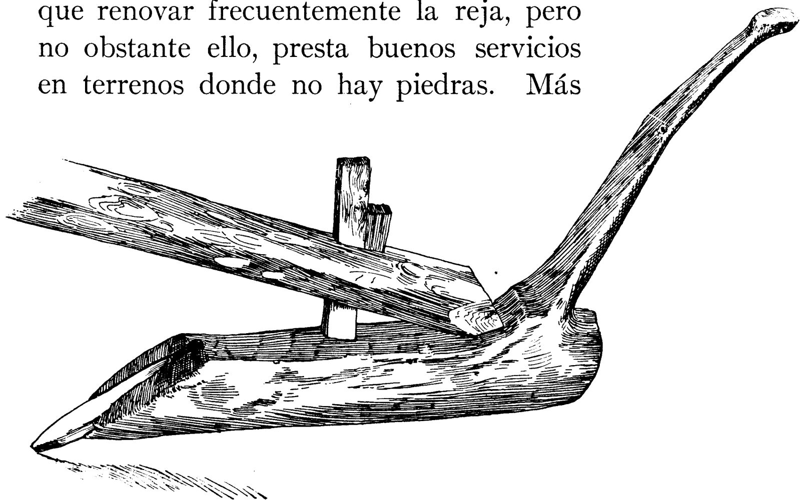
Los indios semicivilizados no ofrecen grande interés á la ciencia; pero los primeros tarahumares de sangre pura que encontré en su pequeño rancho situado á unas diez millas de Temosachic, eran verdaderos indios y diferían mucho del común de las familias mexicanas. Advertí en su apariencia cierta actitud de nobleza y reserva que no había desaparecido al contacto de los blancos y mestizos. El padre de la familia, de quien diré de paso que era muy sordo, era hombre de alguna importancia entre los rancheros de la localidad. Al acercarme á la casa, estaban peinándose la madre y la hija, las que no se cuidaron un ápice de mi llegada. La joven usaba el cabello sujeto á la mexicana en largas y lustrosas trenzas; á la vista revelaba su excelente salud y mostraba sus brazos bien contorneados y una cara atractiva de nariz aguileña. Era bella, pero no pude menos que pensar cuánto mejor se vería con su traje indígena.

Con frecuencia habíamos encontrado en el camino atajos de burros cargados de maíz para las minas de Pinos Altos. En el pequeño río Verde hallamos tres clases de pescado: rémoras, bagres y truchas, de tamaño de uno á tres pies, que según creencia de los tarahumares, se convierten en nutrias cuando envejecen.

El nombre del pueblo de Tosanachic, es corruptela española de la palabra tarahumar *Rosanachic* que significa "donde hay blanco," aludiendo á ciertas rocas de ceniza solidificada, como de cincuenta pies de altura, que dan con su color cierto extraño aspecto á la vega. En dichas rocas encontramos cuevas y tres pobres familias de indios pimas viviendo en ellas.

En el pueblo vimos el primer arado tarahumar, cuya reja estaba hecha de encino. Era, en suma, una imitación del arado ordinario mexicano, ó sea un simple trozo de madera con una rama que le sirve de mango. Sin embargo,

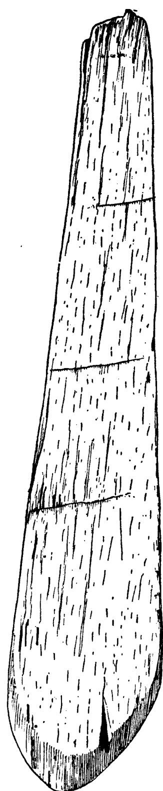
el instrumento empleado por los labradores un tanto civilizados tiene reja de hierro, pero los tarahumares la sustituyen como hemos dicho. El trozo de madera cortada en punta se inserta en una muesca hecha en la extremidad del arado y se afirma por medio de cuñas. Como es natural, hay que renovar frecuentemente la reja, pero no obstante ello, presta buenos servicios en terrenos donde no hay piedras. Más



Arado tarahumar con reja de madera. Longitud, 1 metro.

tarde, encontramos también en Cusarare, Nararachic y otros puntos, rejas de piedra, aseguradas al instrumento como las de madera.

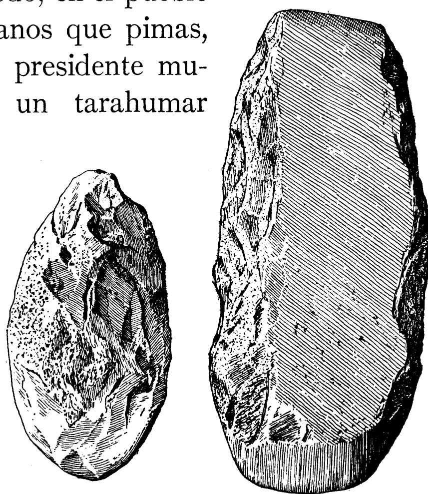
Á fines de febrero, y á una altura de 7,600 pies, vi las primeras flores del año, algunos *Ranúnculos* de un amarillo muy fresco. Cruzando la cumbre para Piedras Azules, á sesenta y tantas millas al sur de Temosachic, se advirtió notable cambio en el clima y la vegetación. Encontré otra clase de ranúnculos y varias otras flores, y al ir atravesando un áspero y pequeño cañón, recibiendo los rayos del sol entre las frescas hojas de los árboles, nos producía toda la naturaleza la impresión de la primavera. Todo era verde con excepción del piso, que era gris. El camino era pedregoso y malo para los animales, y todo aparecía bajo nuevo


Una reja de encino. Longitud, 20.5 cm.

aspecto con sus pequeñas eminencias volcánicas, las más en forma de cono.

Había algunas chozas rodeadas de duraznos un flor. Los indios pimas que allí viven, se parecen en sus rasgos generales á los tarahumares, pero son menos tímidos y suspicaces, más enérgicos y quizás más inteligentes que los últimos. De consiguiente, no tuvimos dificultad para tomar algunas fotografías. Entre los que consintieron se contó un viejo muy atento que creía tener cien años, pero que probablemente llegaba sólo á los ochenta. Me mostró en su cuerpo las cicatrices que le habían quedado de una lucha que tuvo que emprender con un oso.

Para ver otros más de los pimas del sur, me dirigí al cercano pueblo de Yepáchic, nombre que supongo también de origen tarahumar, pues que *yepá* significa *nieve*. Hay, con todo, en el pueblo más mexicanos que pimas, y el mismo presidente municipal es un tarahumar mestizo que había hecho dinero comerciando con los nativos, á quienes les compraba vacas, á razón de seis botellas de mezcal por cabeza de ganado.


Rejas de piedra. Longitud, 9 y 10.5 cm.

Aunque los pimas que visité en las cercanías eran muy reservados y más indios al parecer que los tarahumares

que había visto hasta entonces, mostraban por su traje civilización más avanzada. La proximidad de los mexicanos se hace sentir por todo aquello, en el uso de ropa barata, vistosa joyería falsa y algunos utensilios de hierro para cocinar.



Un pima joven.

Los pimas, como los tarahumares, usan para peinarse los frutos de los pinos, varios de los cuales pudimos recoger cerca de sus casas.

Avancé quince millas más rumbo al norte, pero me encontré con que la mayor parte de los indios se habían ido á buscar trabajo á las minas de Pinos Altos. Allí vi realizado que "marzo se acerca como un león," pues no ha-

biendo llevado mi tienda de campaña, me sorprendió una nevada. Como nos acostamos á campo raso, despertamos cubiertos de nieve, y la lluvia que siguió luego nos empapó completamente, dejándonos tiritando de frío.



Un pima de buena edad.

Vi algunas cuevas pequeñas y bajas que ocupan los pimas, según se me dijo, durante la estación de aguas, y también pasé junto á una cavidad que les servía de habitación permanente. La mujer de la casa estaba ocupada en hacer sombreros, y aunque se mostró muy huraña porque no estaba su marido, logré que me informara que ganaba dos

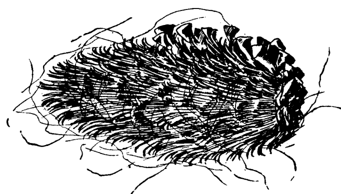


Pimas del sur en un cercado.

reales por cada sombrero. Esa ocupación, así como la fabricación de petates, constituyen casi una industria para los pimas. Tienen las casas una especie de celda formada fuera de la habitación y cubierta con un techo cónico de zacate, donde acostumbran ponerse á trabajar y guardar sus útiles.

Vi también una ó dos familias de pimas que vivían en parajes abiertos, en una especie de corral formado con ramas secas. Noté dos pequeñas cuevas, transformadas en graneros por medio de palos clavados en la orilla y cubiertos de lodo para formar un muro sólido.

En Yepáchic calculé que habría como veinte familias pimas, las que se resistían bastante á ponerse frente á la



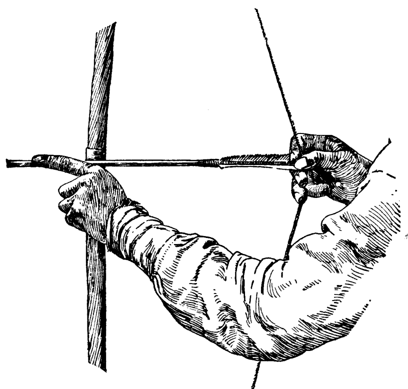
Una escobeta.

cámara, pues el mismo presidente municipal se asustaba del instrumento creyendo que sería el diablo.

Probablemente no hay menos de sesenta familias pimas dentro del Estado de Chihuahua, si no es que hay más de las que creo cerca de Dolores. Más de veinte de ellas viven en cavernas durante las aguas, y algunas constantemente, y entiendo que los pimas de Sonora utilizan las grutas del mismo modo.

Hice una excursión de la mina de Pinos Altos (á 7,100 pies de altura) al río Moris, á cosa de diez millas al oeste, donde hay muchas cavernas sepulcrales; pero ya habían sido muy registradas y no pude recoger más que un par de cráneos. Tiene de interesante el paisaje del río una serie de grandes pináculos rojizos que ascienden perpendicular-

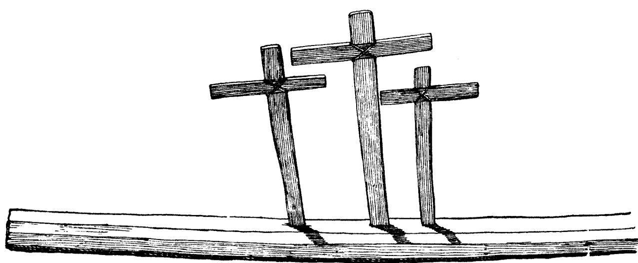
mente del lecho del río por todo el costado de la colina, ofreciendo en realidad un espectáculo imponente. Á una ima-



Como disparan los pimas.

ginación un poco viva, le parecerían otros tantos gigantes repentinamente petrificados al ir escalando la montaña. Entre Pinos Altos y Jesús María, la roca es de pórfido azul, á trechos muy escabrosa y salpicada de manchitas blancas. En esa roca es donde se encuentran cuarzos que contienen oro y plata.

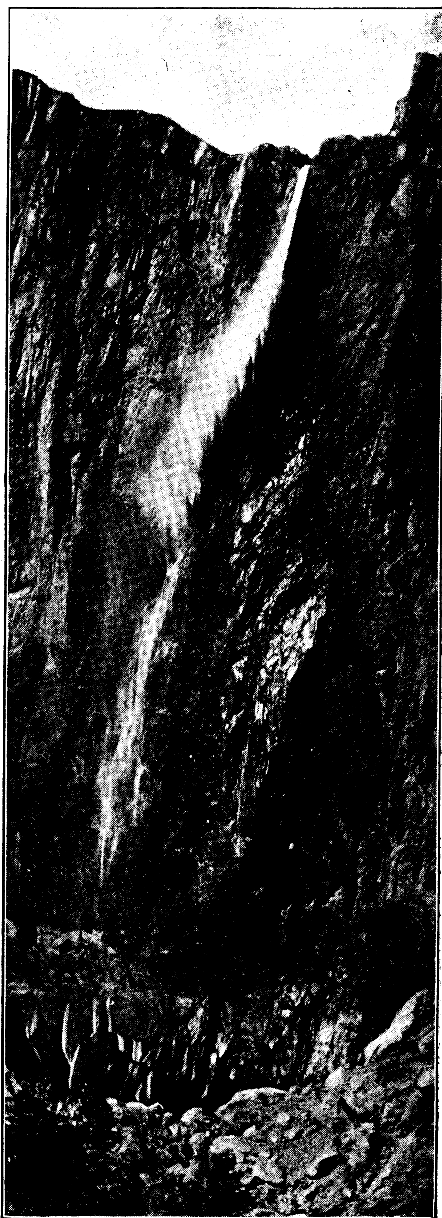
Gracias á la cortesía de los conductores de minerales, pude remitir por Chihuahua algunas de mis colecciones al



Cruces fijadas en un palo frente á la casa de un pima.

Museo de Nueva York, enviando, entre otras cosas, ocho hermosos ejemplares del carpintero gigantesco. Despaché

por delante mi carga, y acompañado de un guía, emprendí una corta excursión para visitar la hermosa cascada formada, cerca de Jesús María, por el río Basasiáchic que, excepto en las aguas, es pequeño é insignificante. Antes de la caída, sigue la corriente por más de cien varas un canal angosto, pero profundo, que ha ido formando en el transcurso de los siglos sobre el duro conglomerado, el cual está lleno de erosiones y cavidades formadas por el constante roce y desgastadora fuerza del curso rápido del agua y las muchas piedras que arrastra. En el borde mismo de la roca, se ha rebajado un arco sobre el cual salta el agua casi perpendicularmente al profundo cañón cortado á pico. Un experto minero de Pinos



La cascada de Basasiáchic.

Altos que ha medido la altura de la cascada, halló que tenía 980 pies. La cascada es en verdad digna de visitarse, por lo pintoresco y hermoso de los alrededores.

Llegué á su despeñadero cuando los últimos rayos del sol poniente doraban á nuestro rededor las cumbres de las montañas. El cuadro era de una belleza indescriptible. Arriba y en torno había viejos pinos solemnes y silenciosos; el fondo de la profunda grieta mirábase bañado de un tinte purpurino. Como á la mitad de la caída se pulveriza el agua y llega calladamente al fondo como vespertino rocío; pero una vez reunidas sus menudas partículas, se arremolina y forma raudal al precipitarse por la angosta garganta con incesante estrépito. La vista de la cascada debe ser espléndida en la estación de aguas.

Quise ver la caída desde abajo. El guía, que era viejo, me advirtío que el sol estaba para ocultarse, que la distancia era mayor de lo que parecía y que podríamos tropezar y caer en la oscuridad; pero como yo insistiese, me puso en la senda, por la que marché en rápido descenso, saltado de piedra en piedra y buscando el zigzag de la pendiente. El cuadro general, las abruptas y escarpadas rocas, el sendero pedregoso y torcido, el estrépito de la corriente alborotada, todo me recordaba las montañas de Noruega, donde solo y corriendo como entonces, había recorrido muchos declives semejantes á la luz del crespúsculo.

Tuve la buena suerte de encontrar un indito que volvía de pescar truchas, y preguntándole si quería acompañarme, consintió al momento. Como á media bajada llegamos á un pequeño promontorio desde donde se divisaba muy bien la cascada. La roca parecía del mismo género que en la cumbre, y no mostraba señal alguna de estratificación. Á pocas varas de dicho punto había una fuente junto á la cual encendimos una fogata, y pusímonos á esperar á que saliera la luna. Para hacer charlar al muchacho, que no hablaba más que español, le di un cigarrillo, y no

tardó en contarme que no tenía padre ni madre, que á la muerte de un tío suyo, había quedado solo en el mundo, pero una familia mexicana lo había recogido y tratado bien, y por entonces estaba pagando por su asistencia dos pesos mensuales de lo que ganaba vendiendo *hoja* en Pinos Altos. Á las nueve emprendimos el ascenso á la luz de la luna hasta cien varas arriba de la caída de agua donde se había quedado el guía con mi mula, y á las dos de la mañana llegué á mi campamento.

Bastante monótona era la región por donde continuaba el camino, variando la altitud de 6,300 á 7,700 pies. Iba escaseando la yerba, lo que naturalmente resentían nuestros animales. Acostumbran los arrieros mexicanos escoger entre ellos algunos cuya principal ocupación durante el viaje, consiste en cuidar á las bestias, y que al punto que han acabado de cenar, conducen á los animales á donde hay pasto, sin alejarse mucho del campamento, volviendo á traerlos al amanecer. Forman lo que se llama la *sabana*. Por grande que sea la recua, son pocos relativamente los hombres que se necesitan para este oficio, debido á que llevan por lo común una yegua, de preferencia blanca, que les sirve para guiar á las mulas y que únicamente con ese objeto se tiene, pues á menudo es demasiado vieja para cualquier otro trabajo. No es raro que las mulas muestren una especie de fanático apego por su yegua, siguiendo invariablemente el sonido de la campanilla que le cuelga del cuello. Así es como ésta conduce á las mulas, las que, cuando ella para, se detienen á aguardarla á que las descarguen. También los caballos pueden servir para esto, pero las yeguas se atraen mejor la adhesión de todas las mulas de un atajo, lo cual importa saber á los viajeros que tengan la intención de usar mulas. Durante el día, todas siguen voluntariamente á su guía, y por la noche se echan cerca de ella, con lo que se evita que se dispersen ó se pierdan.

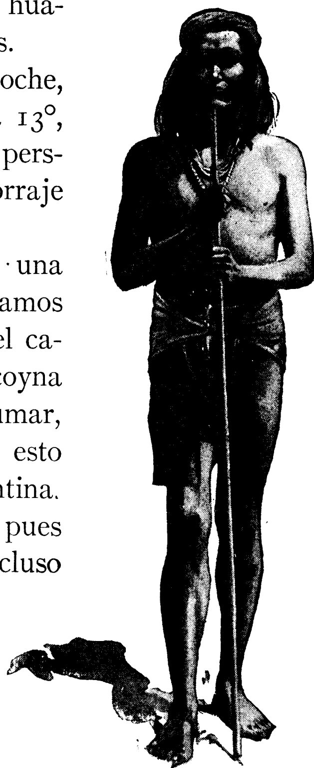
Puede suceder, á pesar de la vigilancia de la sabana y de las ventajas de una buena yegua, que los ladrones se roben algunos animales cuando hallan oportunidad favorable, ya sea por un mal temporal ó por las condiciones topográficas. Una vez que dimos á nuestras bestias todo un día de descanso, que mucho necesitaban, en un buen pasturaje, nos encontramos al amanecer con que habían desaparecido cinco de ellas. Como tres eran de los arrieros, echáronse á buscarlas con el mayor empeño. El camino trepaba por una empinada cresta, en lugares sumamente escabrosos, lo que no impidió á los mexicanos emprenderlo hasta llegar contra la muralla infranqueable de la montaña: allí encontraron las mulas en una especie de corral formado por la naturaleza.

Hasta entonces me informó el guía que en Calavera, á sólo tres millas de donde estábamos, vivía una banda de siete ladrones, capitaneados por Pedro Chaparro, muy conocido entonces por aquellos sitios. Nada sabía yo aún acerca de dicho individuo, pero mucho me han contado después. Pertenecía á una calaña de hombres que van rápidamente desapareciendo en México, y no limitaba sus fechorías á los mexicanos, sino que las practicaba con los indios mismos siempre que había oportunidad para hacerlo.

Se contaban del bandolero muchas anécdotas. Una vez se había disfrazado de sacerdote, poniéndose una capa negra, y así vestido fuese entre los sencillos tarahumares de los valles más remotos, é hízoles enviar mensajeros para avisar al pueblo que había ido con el fin de bautizarlos, y que se reunieran en determinado lugar para darles su bendición. Por cada bautizo les pedía una cabra, y cuando juzgó prudente retirarse, tenía ya un respetable rebaño. No bien comprendieron los indios el engaño, se apoderaron de él, y lo pusieron en la cárcel con la intención de matarlo; pero desgraciadamente, sabida su aprehensión por algunos de sus compañeros, acudieron á sal-

varlo. Con todo, las autoridades lograron capturar años después al famoso bandido, que tenía varios asesinatos que compurgar, y lo fusilaron.

Por el camino encontramos á muchos tarahumares cargando en la espalda huacales con manzanas que llevaban á vender. Pedían dos pesos por huacal, y las manzanas eran deliciosas.


Labriego tarahumar.

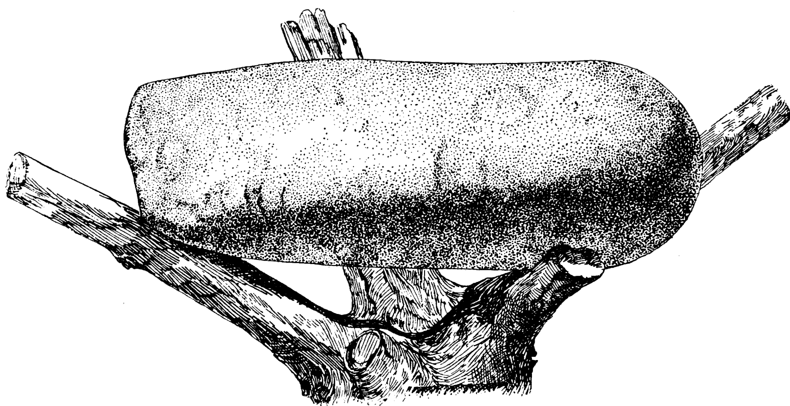
El frío era muy intenso por la noche, pues el termómetro bajaba hasta 13°, y supe con pena que no había perspectiva de hallar muy buen forraje más al sur.

En el pueblo de Bocoyna (á una altura de 7,100 pies,) nos encontramos á 400 millas de San Diego por el camino que habíamos hecho. Bocoyna es una corrupción del tarahumar, Ocoyna (ōcó = *pino;* ina = *gotea*) esto es, pino que gotea ó trementina. Tuve que detenerme dos días, pues seis de nosotros por lo menos, incluso yo, estábamos atacados de gripa que el viento penetrante, seco y frío no era de lo más á propósito para aliviar. Sin embargo, como los peores casos no duraron más de cinco días, pronto nos sentimos bien, aunque los mexicanos quedaron muy debilitados por los efectos de la enfermedad.

El presidente de la localidad era un mestizo; parecía hombre de campanillas y era muy original. Cuando le hube leído por dos veces la carta del Gobernador del Estado, en que se recomendaba, entre otras cosas, que se favoreciera el éxito de la expedición en todos sentidos, especialmente vendiéndonos las provisiones que necesitásemos, sin en-

carecerlas, él, en obediencia á las órdenes de su superior, ordenó al punto que no se nos cargasen más de seis pesos por fanega de maíz, y por su parte hizo matar cuatro hermosas y gordas gallinas que tenía, vendiéndonoslas al precio del mercado.

Salidos de Bocoyna, el terreno que atravesamos durante diez millas, era plano y fértil y tuve el gusto de observar que



Antiguo mazo de piedra. Longitud, 44.5 cm.

aun les quedan por ahí á los indios algunos ranchos con tierras de considerable extensión. Pasamos junto á algunas de dichas posesiones, donde vimos arando hasta cuatro yuntas de bueyes, al cuidado de indios tarahumares cuyo vestido consistía sólo en calzones de manta. Todavía son muy numerosos los indios que allí quedan, y aun se esfuerzan en defender sus propiedades contra los blancos, aunque los resultados son siempre los mismos.

CAPÍTULO VII

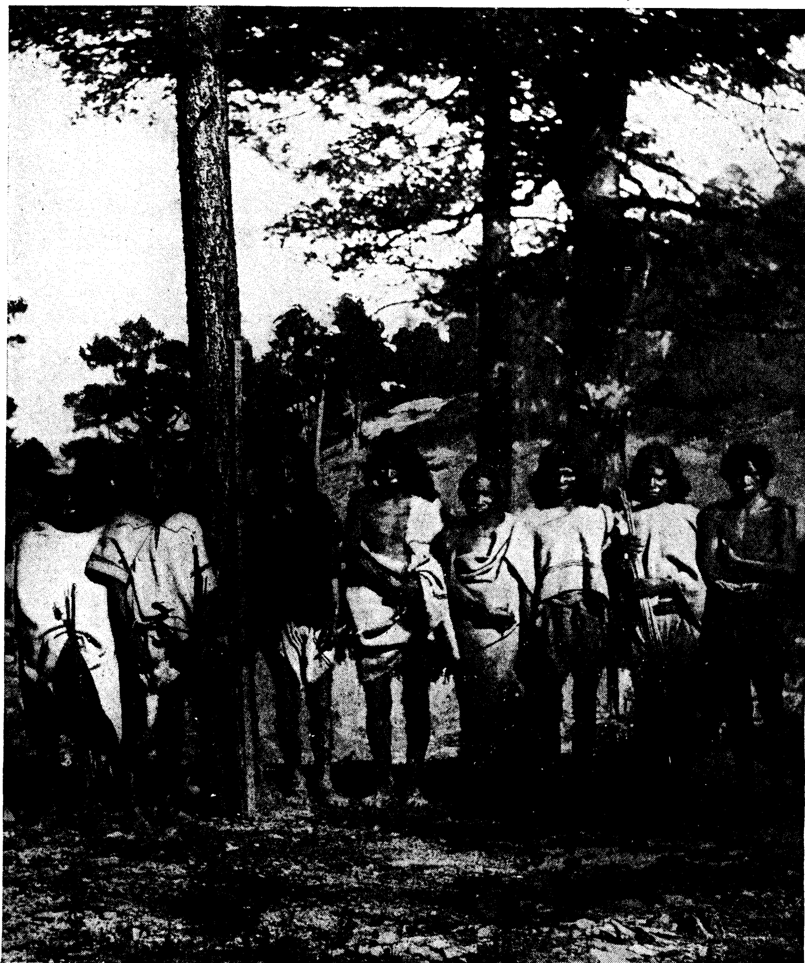
LOS VERDADEROS TARAHUMARES—TRIBUNAL TARAHUMAR EN SESIÓN —BASTONES DE MANDO—CURSO DE LA JUSTICIA—LAS BARRANCAS—EXCURSIÓN ENTRE LOS GENTILES—SENCILLEZ Y BARATURA DE LOS VESTIDOS TARAHUMARES—TRINCHERAS.

TUVIMOS la fortuna de hallar un guía que hablaba tarahumar muy bien é hicimos nuestra próxima parada en el pueblo de Cusarare (corrupción española de *Usarare*, usaca = *águila*), pueblecillo indio situado en una región bastante accidentada y llena de rocas porfíricas disgregadas. Acampamos á pocas millas fuera del pueblo, y enviamos al guía á advertir á los habitantes de nuestra llegada. Bastante se había hablado recientemente entre los mexicanos del salvaje pueblo que vivía en aquellas profundas barrancas, y era, en verdad, precipitación de mi parte el acercarme á tales sitios. No había mexicanos establecidos en Cusarare ni más adelante, de manera que, excepto en el reducido campo minero de Barranca del Cobre, ningunos había en una extensión de cincuenta millas al sur y más ó menos la misma distancia de este á oeste.

Los pueblos de los indios, en toda la República, permanecen casi abandonados la mayor parte del año. Me refiero, por supuesto, á los que no han tomado carácter mexicano. Lo primero que tuvieron que hacer los misioneros fue obligar á los indígenas á formar pueblos abandonando sus dispersos ranchos, y para ello empleaban á los indios en construír un templo en el sitio donde pretendían formar el pueblo, haciéndolos trabajar, si era preciso, bajo la vigilancia de los sol-

dados que á menudo los acompañaban ayudándolos á propagar el evangelio.

Para el propósito de los misioneros era esto muy prác-



Tarahumares de Pino Gordo.

tico, pero el objeto de hacer que los indios permanezcan en aldeas, no se ha conseguido hasta hoy, y sólo las autoridades que los naturales eligen, obligadas á residencia determinada por el término de su cargo, constituyen una especie de pobla-

cion permanente en los pueblos. En cuanto á los naturales, sólo se reunen para celebrar sus fiestas, y los domingos para ocuparse del culto, según ellos lo entienden. Alguien que sabe la oración dominical, generalmente el *gobernador*, la barbulle mientras los fieles congregados se santiguan de cuando en cuando; pero si ninguno de los presentes sabe la oración, los indios se mantienen en pie silenciosamente por un rato, se persignan y se van. Cuando se retiran de la iglesia, júntanse fuera para el otro propósito que los ha reunido, á saber: el arreglo de los asuntos judiciales pendientes, generalmente algún hurto, un matrimonio, etc.

Llegué al pueblo un domingo en que había gran número de indios. Acercábase la Pascua y, de acuerdo con las costumbres de los antiguos misioneros, aparecían los llamados fariseos todos los domingos de cuaresma. Son ellos unos hombres que desempeñan importante papel varios días en las fiestas de la semana santa, para lo cual se pintan horriblemente la cara, se adornan con plumas los sombreros y llevan espadas de madera pintadas con figuras coloradas. Tales ceremonias se debieron á un hábil ardid de los jesuitas y franciscanos, para apartar á los indios de sus fiestas paganas, ofreciéndoles un atractivo parecido dentro de la nueva religión que les enseñaban, y aunque las doctrinas se hayan olvidado, las fiestas continúan observándose.

Encontré al pueblo reunido frente á una vieja iglesia de adobe, donde acababan de practicar el servicio religioso. Quien primero me llamó la atención fue el gobernador, que estaba en pie, envuelto en un ancho zarape blanco que le cubría, según usanza india, hasta la barba; era un individuo de aspecto casi noble y rostro aguileño de benigna expresión.

Nunca consienten los indios que se interrumpa por ningún motivo la solemnidad que tienen entre manos, ya sea pública ó privada; de suerte que, no obstante mi presencia, levantáronse todos los que estaban, y los ocho hom-

bres que constituían las autoridades del lugar marcharon al tribunal en dos filas, seguidos por el resto del pueblo. Hay siempre junto á la iglesia un edificio llamado la Comunidad, que ha tenido por objeto el servir de ayuntamiento, de juzgado y de hotel. El que allí había estaba tan deteriorado que los jueces y oficiales de la corte que se iba á reunir se sentaron afuera, junto á una de las paredes, y se dispusieron á administrar justicia á una pareja de delincuentes. Como ésta fue la única ocasión que tuve oportunidad de ver sus procedimientos judiciales, con detalles que hacen recordar la antigua época de los misioneros, con gusto referiré las cosas completas.

El gobernador y cuatro de los jueces se sentaron á la manera de los blancos, sobre un banco dispuesto al efecto, donde parecían estar más formales que cómodos. Dos de ellos empuñaban en la mano derecha bastones de palo del Brasil, en símbolo de su dignidad, pues se halla muy extendida entre los indios la idea del bastón de mando, lo que facilitó á los españoles que conquistaron las diversas tribus, introducir el uso de la *vara* como emblema de autoridad, conservado todavía por los gobernadores indígenas y otros funcionarios. Dichos bastones se hacen como las antiguas varas y del mismo material, ó sea de brasil, y tienen un agujero taladrado en el puño, por donde se pasa una correa á fin de colgarlos de la pared cuando no se usan. Los de las autoridades más altas tienen regatones de plata, y los oficiales inferiores usan palos más pequeños, en proporción á los grados de su dignidad, de suerte que los de último grado tienen sólo un delgado bastoncillo como de pie y medio de largo, con una cinta colorada en lugar de correa. No acostumbran cargar las varas en la mano, sino sujetas del ceñidor por el costado izquierdo. No hay indio que intimado á comparecer ante los jueces por un emisario armado de su vara, se atreva á desobedecer la orden, y los más desesperados criminales acuden mansamente, siguiendo á

menudo á un simple muchacho que lleva en el cinto un bastoncillo de juguete, cuyas cintas rojas le van colgando. Es, pues, la vara lo que respetan los indios, no al individuo que la lleva.

Ningún tribunal de los lugares civilizados impone tanto respeto y obediencia como el constituído por aquellos hombres que con sencilla gravedad se sentaban al pie de la pared que amenazaba ruina, provistos de sus varas y con una



Tribunal de Cusarare en sesión.

solemnidad que habría parecido ridícula si no rayara en lo sublime.

Cuatro soldados formaban valla á los lados, sin otra cosa que los distinguiera de los civiles que sus lanzas de otate armadas de puntas de bayoneta, las que clavaron en el suelo, sentándose en seguida. Presentados los culpables, que eran un hombre y una mujer, fueron á sentarse frente á los jueces, mientras los testigos se sentaban detrás. Nada había en la plácida cara de los acusados que hiciera comprender que eran ellos los principales actores del drama

que iba á desarrollarse, y la única manifestación de sentimiento fue que la madre de la mujer se sentara á su lado. En seguida los jueces comenzaron á hablar dirigiendo preguntas á los defensores, que contestaban brevemente, mientras el resto de la samblea guardaba decoroso silencio. No había ni escribientes ni abogados.

No me fue posible, por supuesto, seguir las declaraciones, pero todo fue muy corto, y según me explicaron, la mujer se había escapado con un hombre casado, después de proveerse de buena cantidad de maíz del marido, y de haberse robado algún frijol, y vivieron muy felices en una caverna durante un año. El hombre no había podido ser capturado, aunque diversas ocasiones visitó á su familia, hasta que al fin, en una de las frecuentes veces que se embriagaban con la cerveza primitiva que hacían, fueron cogidos ambos y llevados ante aquel tribunal.

Mientras se dictaba la sentencia, uno de los "soldados" fue á abrir un hoyo como á veinte varas de distancia, donde clavó un grueso palo, y no bien hubo acabado de hacerlo, cuando el acusado se puso en pie, mostrando en la cara una sonrisa entre descontenta y sarcástica; arrojó al suelo su frazada, se encaminó deliberadamente hacia el poste, entre dos soldados que, tomándole las manos y cruzándoselas sobre el palo, lo hicieron que se asiera de éste. En seguida otro hombre, muy envuelto en su zarape, se adelantó con agilidad, sacó á toda prisa de debajo de su abrigo un chicote de cuero y descargó cuatro azotes sobre la espalda del prisionero, quien vuelto á poner en libertad, se volvió impasiblemente á su asiento, como si nada hubiese sucedido.

Tocóle á la mujer su turno para ser castigada por la participación que había tenido en los hurtos, y le quitaron, al efecto, su frazada, quedando con una especie de camisa blanca; la llevaron al poste, sujetáronla de la misma manera que al hombre, y otro individuo puso en ejecución el castigo. Ella también recibió cuatro azotes que la hicieron llorar

un poco; pero ni ella ni su raptor hicieron, ni mostraron la menor oposición á la sentencia pronunciada. Mientras se aplicaba el castigo, la audiencia se levantó y permaneció en pie solemnemente. Cuando la mujer volvió á su asiento, se arrodilló y los dos delincuentes estrecharon la mano del juez principal.

Quedaba la segunda parte de la acusación, ó sea la relativa á las complicaciones matrimoniales. El hombre pidió permiso de dejar á su primera mujer porque quería casarse con la que se había llevado, pero no se le concedió el divorcio. Ordenósele que volviera al lado de su legítima esposa, que estaba presente con su hijo en los brazos, y visiblemente descontento se encaminó lentamente á donde ella estaba esperándolo con una sonrisa jovial.

Faltaba luego proporcionar otro marido á la mujer con quien él había estado viviendo. ¿Quién la aceptaría? El juez dirigió la pregunta á un joven, casi un muchacho, que cerca estaba parado, el cual respondió que si ella lo quería estaba dispuesto á casarse, y como ella contestara que sí, se sentó el joven á su lado. Les juntaron las manos, y les dijo el gobernador algunas palabras, hecho lo cual se levantaron ambos debidamente casados. ¿Puede pedirse mayor rapidez en un matrimonio?

El día siguiente nos condujo el guía por cuestas más elevadas, y después de diez ó doce millas de lenta subida, llegamos á la cumbre de la barranca del Cobre, donde acampamos cómodamente como milla y media atrás del punto en que desciende el camino al cañón. La vista era magnífica: las profundas quiebras y barrancas, resultado de prolongados deslaves y erosiones, surcaban el suelo formando grandes elevaciones, especialmente al sur y al poniente. En otras palabras, allí fue donde por primera vez observamos barrancas que desde ese punto constituyen un rasgo enteramente característico de la topografía de la Sierra Madre. Los profundos abismos que atraviesan la inmensa mole de

la sierra, á manera de grietas enormes, corren principalmente de este á oeste, al menos en cuanto concierne á la Sierra Madre del Norte. En el país de los tarahumares, esto es, en el Estado de Chihuahua, hay tres barrancas muy grandes, llamadas Barranca del Cobre, Barranca de Batopilas y Barranca de San Carlos. La Sierra Madre del Norte se dilata elevándose á una altura de 7,000 á 8,000 pies, y llega en ciertos puntos hasta 9,000. Se alza tan gradualmente en el este, por ejemplo, cuando se entra á ella partiendo de la ciudad de Chihuahua, que se sorprende uno de verse repentinamente casi sobre la cumbre. El lado occidental, sin embargo, desciende más ó menos abrupto y presenta el aspecto de una muralla escabrosa y escalonada; y de acuerdo con esta disposición general del sistema orográfico, las barrancas comienzan por lo común en el este muy insensiblemente, pero pronto se hacen más profundas, y antes de desaparecer en los bajíos de Sinaloa, alcanzan á veces de cuatro á cinco mil pies de profundidad, sin guardar, por supuesto, igual anchura en toda su extensión, sino que poco á poco van abriéndose y perdiendo su escabrosidad al ensancharse.

Además de esas grandes barrancas que obstruyen el paso del viajero por las altiplanicies, y lo obligan á desviarse al este, hay otras más pequeñas numerosísimas, especialmente del lado occidental de la cordillera donde grandes porciones del terreno se hallan cubiertas de montañas de estupendo volumen y amuralladas de rocas al par que de insondables abismos. Corren, generalmente, por el angosto fondo de las barrancas, ríos que desaparecen á veces precipitando sus aguas entre las laderas de abruptas montañas.

En cuanto á la primera de las grandes barrancas, junto á cuyo remate nos hállabamos, podíamos seguir con la vista hasta cierta distancia su sinuosa dirección al poniente, y reconocer sus quiebras tributarias, por los contornos que formaban en los paisajes las crestas de las montañas. La

barranca del Cobre es conocida en su curso con diferentes nombres. Cerca de la mina de Urique (nombre tarahumar para decir barranca), se llama Barranca de Urique, y en ese punto, su abierta sima tiene sobre 4,000 pies de profundidad. Aun los mismos misioneros jesuitas, con toda su intrepidez, desecharon la idea de bajar á ella, y los indios les dijeron que sólo los pájaros conocían la profundidad de aquel abismo. Cuando uno se detiene á la orilla de tales boquerones, se pregunta sorprendido si sería posible atravesarlos. Esto se puede hacer en algunos puntos, aun llevando animales, con tal de que no vayan muy cargados; pero es empresa demasiado ardua para fuerzas humanas.

En aquellas barrancas era donde iba yo á encontrar los indios paganos que tan ansioso estaba de conocer. La región, desde donde la abarcaba con la vista, parecía olvidada, solitaria, intacta de huella humana. En los bordes rocallosos de las barrancas, se adherían los arbustos y los árboles, y donde quiera que había bastante tierra, ya fuese en la montaña ó en los costados de las profundas grietas, se desarrollaba la vegetación; pero en lo general, todo aparecía desnudo y sin vida.

Con todo, no tardamos en encontrar huellas de seres humanos. Nuestras tiendas de campaña se levantaban sobre una antigua trinchera; no lejos de allí vimos grabada la tosca figura de una serpiente, de dieciséis pies de larga, sobre una áspera roca, dibujo que debe de haber dejado una raza anterior á los tarahumares, y poco más lejos dimos con las ruinas de una moderna casa tarahumar. Tal parecía como si los indios hubiesen tenido que extraer la vida de las rocas y de las piedras mismas; pero bajando un poco á la barranca mayor y á las pequeñas, encontramos porciones de tierra propias para el cultivo y aun algunos espacios cubiertos de pasto, aunque de una escabrosidad extremada. Lo primero que hice fue enviar al guía á los valles y gargantas de abajo, que no alcanzaban

á verse desde nuestro campamento y sólo por conjetura suponíamos, á fin de que persuadiera á algunos tarahumares á servime de mozos en una excursión que intentaba hacer por aquellos lugares. En dos días pudo formarse un grupo compuesto, además de mí mismo, de Mr. Taylor, el guía, dos mexicanos y cinco tarahumares con su *gobernador*. Echamos á la espalda de los indios y de los mexicanos bultos que pesaban de 40 á 75 libras, y el guía mismo tomó uno pequeño. No habría correspondido á la dignidad del *gobernador* llevar carga, pero su compañía nos era valiosa en atención á su grande influencia para con su pueblo.

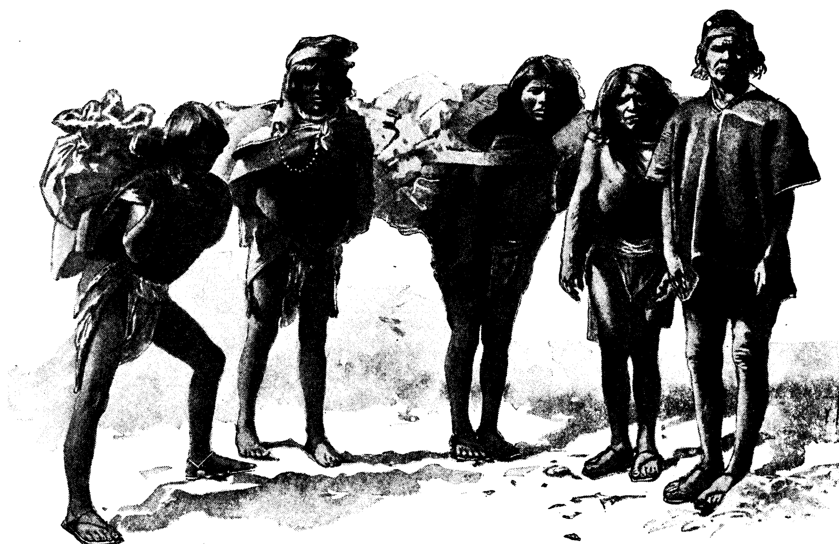
Fue aquella una excursión en extremos interesante y duró varios días. Gracias á la presencia del *gobernador*, los indios nos recibieron bien, y ninguno huía, no obstante ser todos ellos grandemente tímidos y vergonzosos. Las mujeres se volvían de espalda á nosotros, pero pasado un rato nos ofrecieron frijoles de una olla que tenían al fuego, sirviéndolos en platos de barro con un par de tortillas encima. En otra vasija que nos fueron pasando, nos ofrecieron su sabrosa sal ordinaria y algunos chilitos que ellos mismos cultivaban, y son muy de su gusto. Pero el plato más interesante, fue el *izquiate*, que por primera vez probaba yo. Hácenlo de maíz tostado, al que van echando agua al molerlo en el metate, hasta que toma la consistencia de una sopa espesa. Debido á ciertas yerbas frescas que á menudo le agregan, llega á tomar un color verdoso, y siempre es fresco y agradable.

Después de atravesar por algunos días muchas millas entre grandes fragosidades, llegué al fin una tarde á una cueva donde se hallaba una mujer haciendo precisamente esta bebida. Estaba muy cansado y no sabía como trepar á la montaña para acampar á unos 2,000 pies arriba; pero cuando hube satisfecho el hambre y la sed con un poco de izquiate que me dieron los hospitalarios indios,



Barranca de Urique.

sentí que me renacían las fuerzas, y con gran sorpresa mía trepé sin mucho esfuerzo á tan considerable altura. En lo sucesivo, siempre hallé en el izquiate un amigo en mis necesidades, tan fortalecedor y refrescante, que casi lo proclamo un verdadero descubrimiento, muy útil para



Nuestros cargadores y el gobernador.

todos los que emprendan ascensos en las montañas y para quienes se expongan á grandes esfuerzos físicos. Dicha preparación, sin embargo, no conviene en la vida sedentaria, pues es algo indigesta.

El vestido de los tarahumares, aun de aquellos que han estado en contacto con los blancos, es siempre muy escaso. Tanto en las minas como en las mismas calles de la ciudad de Chihuahua se ven indios casi desnudos y cubiertos únicamente de unos calzones de tosca tela de lana, tejida por ellos mismos, sujetos á la cintura con un ceñidor de vistosos dibujos. Algunos completan su traje nacional con un jolote ó poncho corto, y agregaré, sólo por ser exacto, que la mayor parte tienen unas frazadas ó cobijas

que sus mujeres les tejen muy bien, y en que se envuelven para ir á las fiestas y danzas. Cuando no llevan el cabello suelto, se lo sujetan con cintas de su propia fabricación, bandas de tela de algodón ó tiras de hojas de palma. Á menudo hombres y mujeres se recogen el pelo detrás de la cabeza, y también los hombres suelen trenzárselo.

El traje de las mujeres es igualmente sencillo. Se compone de una estrecha camisa de lana fajada á la cintura con



Tarahumares.

un ceñidor, y una túnica corta, echada sobre los hombros, que generalmente no se ponen cuando están en sus habitaciones de la barranca. Usan también cobijas, aunque no

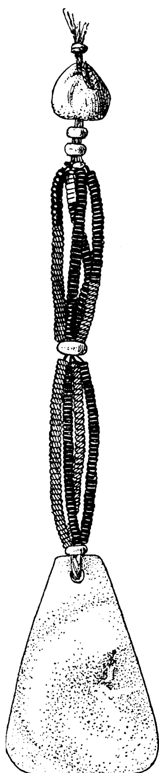
tanto como los hombres, las que especialmente sirven á las madres para llevar á la espalda á sus pequeñuelos bien derechos. Aunque ahora, por lo común, traen sandalias de baqueta como los hombres, hay muchos motivos para creer que no pasaba lo mismo antiguamente.



Una tarahumare.

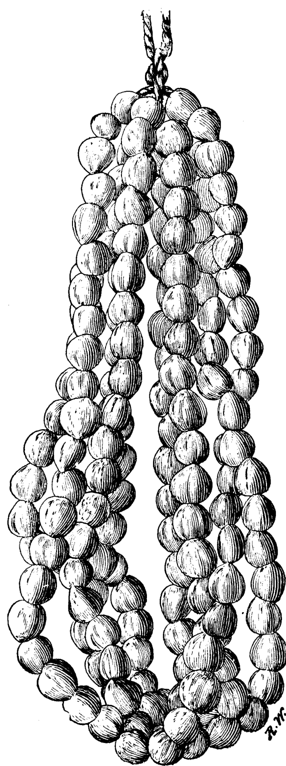
Los indios no tienen especial inclinación á los adornos, y los espejos, por ejemplo, no les llaman grandemente la atención, pues no son afectos á mirarse en ellos. Las mujeres, á menudo, usan pendientes hechos de piezas triangulares de concha sujetas en hilos de cuentas, y se ponen también sartas de abalorios, prefiriendo los rojos y azules. Se hacen igualmente collares con la semilla del *Coix Lachryma-Jobi* que son usados por hombres y mujeres, principalmente con objeto medicinal. Los hombres se ponen una sola sarta de dichas semillas, pero los collares de las mujeres les dan varias vueltas alrededor del cuello. El astrólogo ó adivino, que es á la vez médico y sacerdote, nunca deja de llevar uno de esos rosarios para oficiar en una fiesta, pues se cree que las semillas poseen muchas cualidades medicinales, por lo que frecuentemente se las cuelgan á los niños.

También las campesinas de Italia y España usan tales semillas como preservativo contra las enfermedades, y no faltan mujeres en los Estados Unidos que las empleen para sus hijos, creyendo que con ponérselas al cuello les facilitan la dentición.

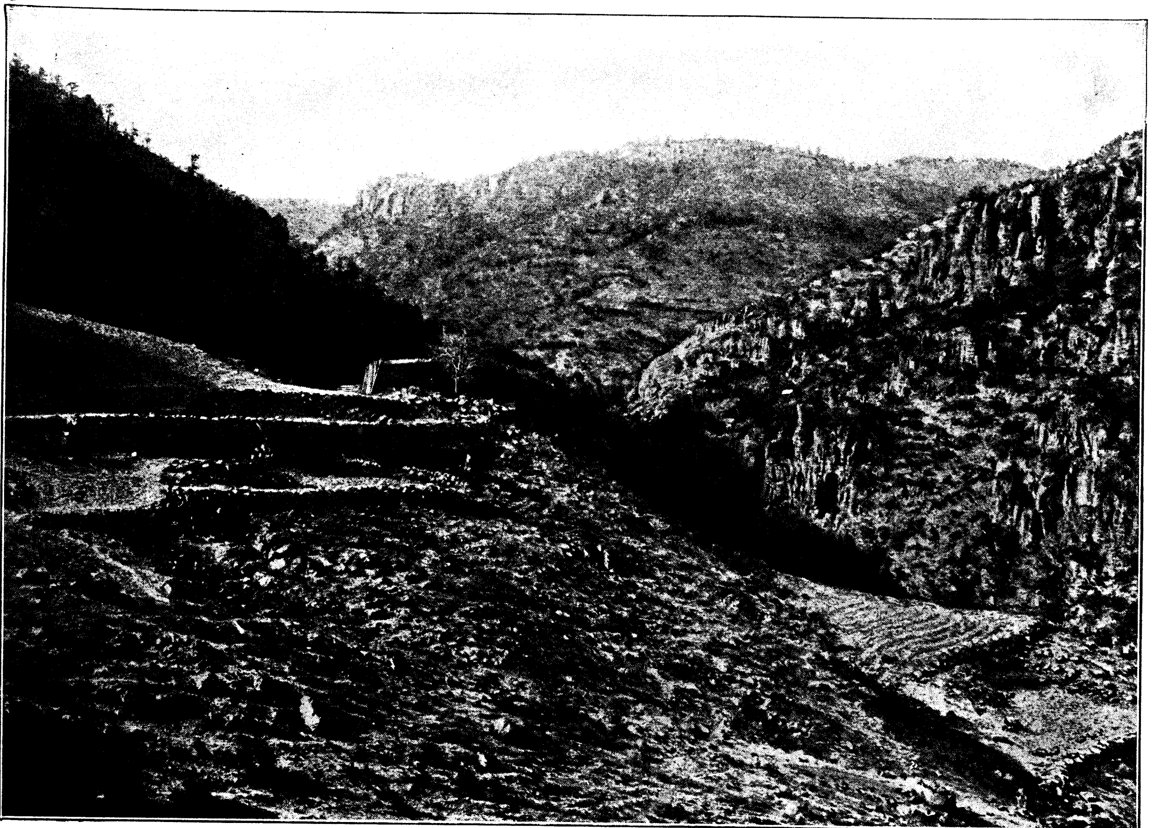


Zarcillo tarahumar. Tamaño natural.

En las barrancas de esa parte del país, observé el hecho importante de que los indios forman una especie de trincheras para sus pequeñas siembras, construyéndolas con todas las piedras que quitan de los sitios que les parecen convenientes, á fin de disponer de tierras de labor en las faldas de las montañas. Así levantan sus cercas por bajo del campo que han preparado, con lo que evitan que la poca tierra que hay, sea arrastrada por las fuertes lluvias que mojan el terreno, y logran detener la que llega de arriba, asegurando de esta manera la necesaria para su pequeña cosecha. Hasta es posible arar los campos así preparados. Llegué á contar seis terraplenes semejantes en las pendientes de un arroyo, y en la región montañosa del río Fuerte, hacia el Estado de Sinaloa, se cultiva chile, frijoles, calabazas,



Gargantilla de *Coix Lachryma-Jobi*, (Lágrimas de San Pedro).



Rancho tarahumar junto á la barranca del Cobre, con terrazas sembradas.

Coix Lachryma-Jobi y plátanos, en trincheras levantadas al pie de las colinas. Allí tienen la forma de pequeños terraplenes, y se parecen á las antiguas ruinas que hay más al norte en tan gran cantidad que bien su puede suponer que



Rancho tarahumar junto á la barranca del Cobre, con tierra de labor resguardada con cercas.

los tarahumares han puesto á su servicio las reliquias de la antigüedad. Mr. Hartman observó por ahí cuatro, á alguna distancia unas de otras, y de altura de cuatro á diez pies, extendiéndose en anchura tanto como el arroyo mismo en que estaban, ó sea de ocho á dieciséis pies.

CAPÍTULO VIII

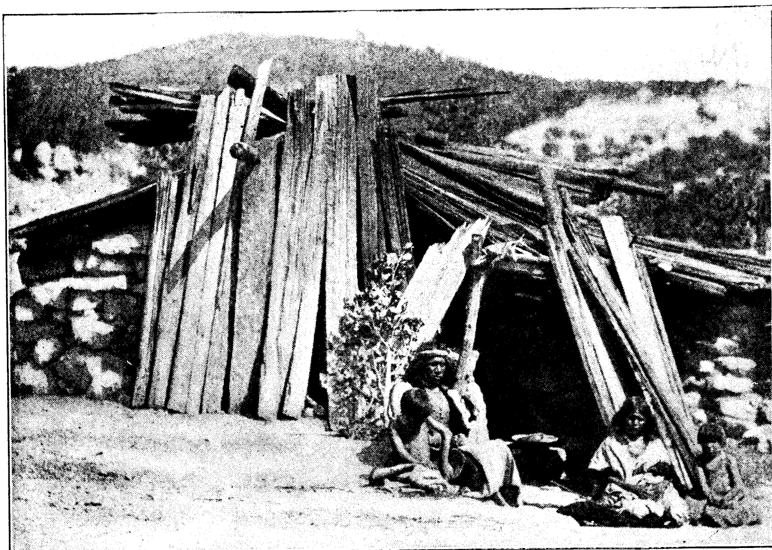
LAS CASAS DE LOS TARAHUMARES—CAVERNAS HABITADAS DE HOY—LOS TARAHUMARES CAMBIAN FRECUENTEMENTE DE HABITACIÓN—EL PATIO DONDE SE BAILA—LA CRUZ PRIMITIVA DE AMÉRICA—BODEGAS TARAHUMARES.

LAS casas que vimos durante aquella exploración eran de una uniformidad notable, y como los naturales han tenido muy escaso ó ningún contacto con los blancos, hay razón para inferir que sus habitaciones son de carácter tan primitivo como ellos mismos. En una mesa formada por la falda de la montaña, vivían seis familias en habitaciones semejantes y á poca distancia unas de otras.

Constan las casas de cuatro horquetas clavadas firmemente en el suelo, para formar un cuadrado ó un rectángulo, y sobre las cuales se apoyan dos latas paralelas, bajo una de las cuales, al frente de la casa, está la puerta. Sostienen dichos palos el techo formado por tablas de pino sueltas y superpuestas, en ocasiones, de dos en dos. El soporte posterior es generalmente como un pie más bajo que la lata delantera, lo que hace que el techo se incline hacia atrás. Las tablas, por lo común, no son sino leños partidos en dos y descortezados, que sirven también para formar las paredes, apoyándolos contra el techo, de igual modo que para la puerta, la cual consiste de algunos de dichos maderos, que se ponen y quitan según se quiera. En muchos casos se protege la entrada contra el viento y el agua con un colgadizo. Puede entrarse á la habitación por los lados, especialmente cuando hay un pequeño vestíbulo construído con palos fijos que soportan las tablas del cobertizo.

Aunque puede decirse que éste es el estilo peculiar de

arquitectura entre los tarahumares, hay muchas variaciones. Ensayan á veces paredes de construcción más sólida, poniendo longitudinalmente tablas ó palos superpuestos y retenidos por las extremidades entre dobles barrotes clavados en las esquinas, ó bien apoyados sobre los costados de la casa, y también levantan muros de piedra, rellenando á veces de lodo los intersticios. Suele suceder que en una misma casa haya todas estas clases de paredes, y por la ilustración que damos puede verse un tipo característico de habi-



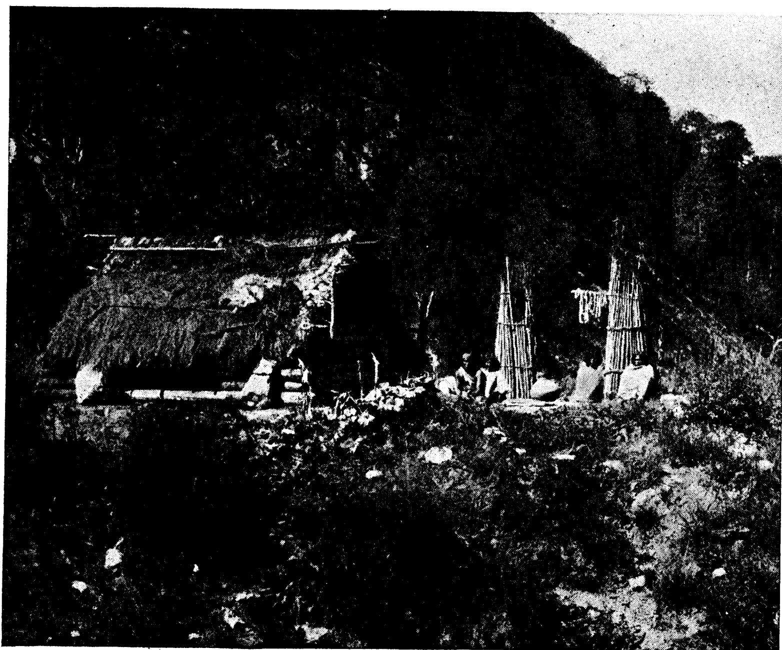
Casa tarahumar junto á barranca del Cobre.

taciones de los tarahumares en general, así como de los indios paganos que habitan en la barranca del Cobre.

Es también muy común encontrar armazones formadas por sólo dos postes perpendiculares que sostienen una viga horizontal, contra la que descansan las tablas en declive, por uno y otro lado, dando á la casa el aspecto de un techo de caballete apoyado en el suelo; pero no es que falten uno ó más palos tendidos horizontalmente, sino que, por los lados, los cubren las alas del techo, y por el frente y la

parte posterior, ya tablas ó leños, puestos en descuidada posición horizontal ó de pie. En la tierra caliente hay varias casas de esta naturaleza, con techos de paja ó de hojas de palma.

También hay habitaciones que consisten únicamente de un techo sostenido sobre cuatro palos, llamadas jacales, que pueden ser simples cobertizos. Entre los tarahumares del



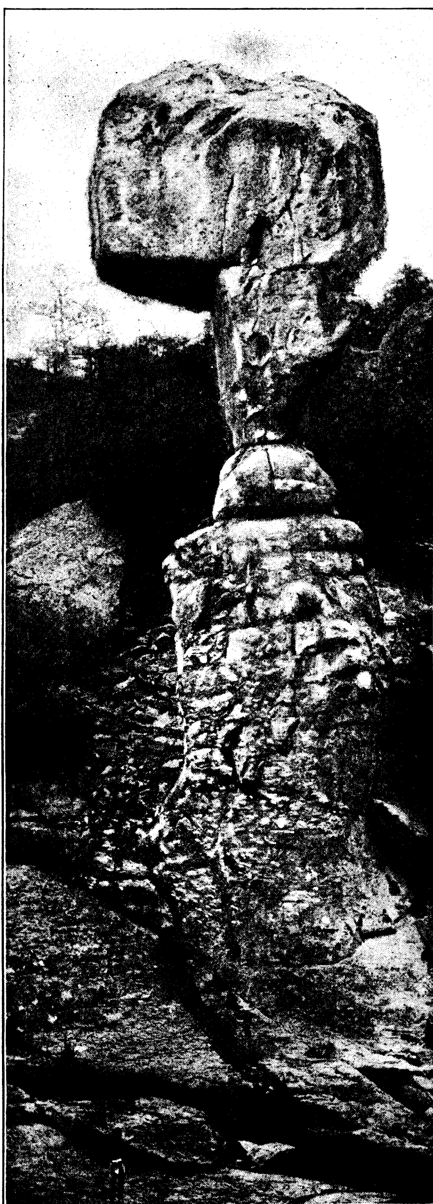
Casa tarahumar en la tierra caliente.

sur especialmente, se ven asimismo cabañas regulares hechas de troncos asegurados por las extremidades, y por último, los tarahumares civilizados se construyen sus chozas de piedra y lodo y las techan con tablas, paja ó tierra.

Es difícil encontrar entre dichos indios dos casas exactamente iguales, aunque en lo general siempre se parezcan, y no obstante lo expuestas que se hayan á la intemperie, protegen bastante á aquella gente, que es poco sensible á las

mudanzas y rigores del tiempo. Los tarahumares no pretenden que sus casas no se mojen en tiempo de aguas, pero les basta tener un lugar seco dentro de ellas, y si el frío los molesta demasiado, van á refugiarse en las cuevas. Muchos de ellos ni siquiera se fabrican cabañas, sino que habitan permanente ó transitoriamente en las grutas, hecho que comprobé plenamente en subsecuentes exploraciones proseguidas por más de año y medio en toda la región ocupada por la tribu.

Hay en aquellas tierras cubiertas de pórfido desgastado por el agua y de arenisca interestratificada, abundantes cavernas naturales donde encuentran los indios abrigo conveniente y seguro, y aunque pueda decirse que las cabañas son sus principales habitaciones, son tantos los que



Pilar de arenisca, mostrando el efecto de la erosión.

viven en cuevas que bien puede llamárseles los trogloditas americanos de nuestro tiempo.

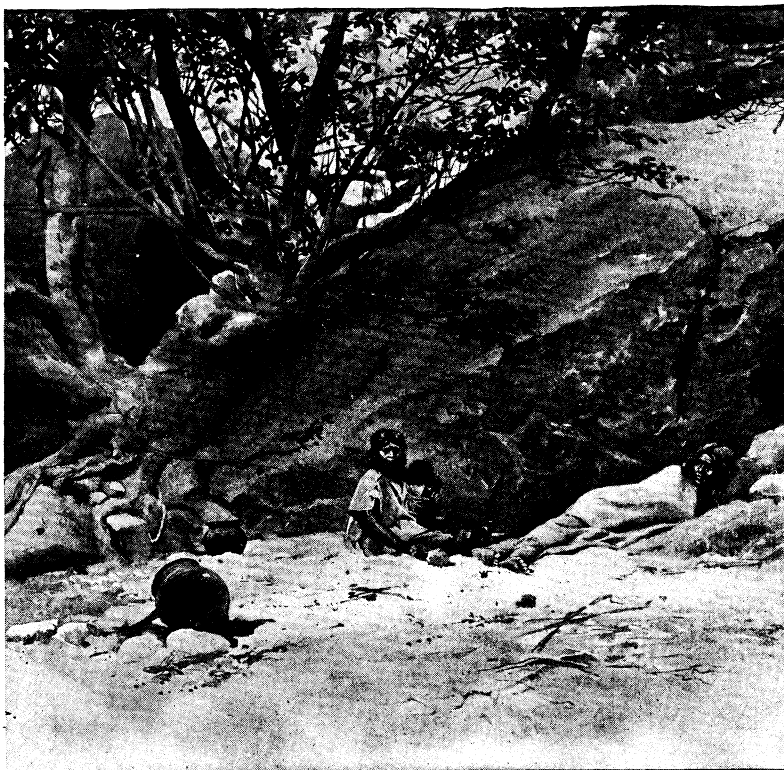
Las cavernas fueron la primera habitación del hombre y las hay en ciertas formaciones geológicas de todas las partes del globo. La humana imaginación pobló esos profundos y oscuros antros de terribles monstruos guardadores de grandes tesoros, y todavía hoy corren acerca de muchas grutas leyendas y cuentos de hadas; pero las cuevas poco profundas han prestado abrigo, desde los tiempos primitivos, al hombre y aun á los animales, contra las inclemencias del tiempo. El hombre prehistórico de Europa era habitante de las cavernas, y las investigaciones modernas nos dan vívida y clara idea de como vivía la antigua raza que existía en Francia en épocas en que el rengífero y el mamut vagaban por las llanuras occidentales de Europa.

Conforme fue avanzando la civilización, bajo variables condiciones climatéricas, y perfeccionó el hombre sus útiles é instrumentos de labranza, fue abandonando las cavernas y construyéndose casas; pero aun siguieron sirviéndole las primeras por mucho tiempo, ya que no para habitar en ellas, sí para enterrar á sus muertos. Recuérdese, por ejemplo, lo que refiere el Génesis de como Abraham compró á Ephrón por cuatrocientos siclos de plata una cueva para enterrar á Sara y poseer una sepultura de familia.

Los habitantes de las cavernas que había en Francia desaparecieron hace muchos millares de años; pero aun quedan en varias partes del globo, como por ejemplo en Tunes y en el centro de África, razas que continúan viviendo en grutas, bien que en condiciones de vida distintas de aquellas en que estaban los trogloditas antediluvianos.

Los que hay en México pasan por un estado de transición, habiendo adoptado la mayor parte chozas y cobertizos; pero muchos aún no comprenden por qué han de dejar sus cómodos y seguros abrigos naturales por mezquinas habitaciones construídas con sus manos. El padre Juan Fonte, explo-

rador misionero que visitó á los tarahumares penetrando dieciocho leguas dentro de la región habitada por ellos, yendo de San Pablo Guachochic, habla de las numerosas cuevas que vio, y refiere que hay muchas divididas en pequeñas habitaciones. Hay también otras noticias relativas á la existencia de habitantes de las cavernas en esa

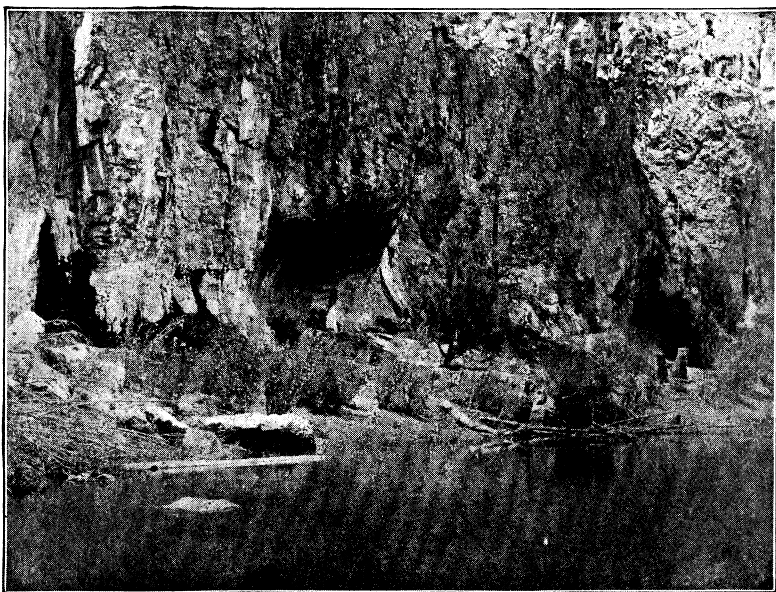


Familia tarahumar descansando bajo un árbol.

parte de la Sierra Madre; pero el hecho era conocido, hasta hace muy poco, únicamente por los mexicanos que habitan en las cercanías, quienes no le prestan la menor importancia.

Aunque la mayor parte de los tarahumares residen permanentemente en las montañas, gran número de ellos bajan á pasar el invierno en la barranca, donde la tempera-

tura es más cálida. Si no tienen casa, se refugian como pueden, prefiriendo hacerlo en las cuevas; y á falta de asilo mejor, se conforman con cualquiera cavidad de las rocas y hasta con el abrigo de algún árbol. Así vivirían de preferencia, si no fuera porque no ha habido en las barrancas bastantes lluvias, á lo menos en los últimos años, que les permitan levantar las cosechas que han menester. Debido á esto, vuelven en marzo á las tierras altas, donde hay más



La gruta de una bella tarahumar.

seguridad de que llueva. Lo más general entre los indios que viven cerca de alguna barranca, es hacer dos siembras de maíz; la una en la montaña, á principios de marzo, y otra en junio, cuando comienzan las aguas, en el fondo de la barranca; y una vez que han cosechado en ambos lugares, se retiran á sus cuarteles de invierno. Á menudo la cueva ocupada por una familia no está á más de media milla de su cabaña, y pasan alternativamente de una á otra habitación,

porque conservan todavía sus instintos nómadas. Aun los que permanentemente habitan en las alturas cambian con mucha frecuencia de domicilio. Una razón de esto es que siguen á su ganado; otra, que mejoran la tierra donde viven

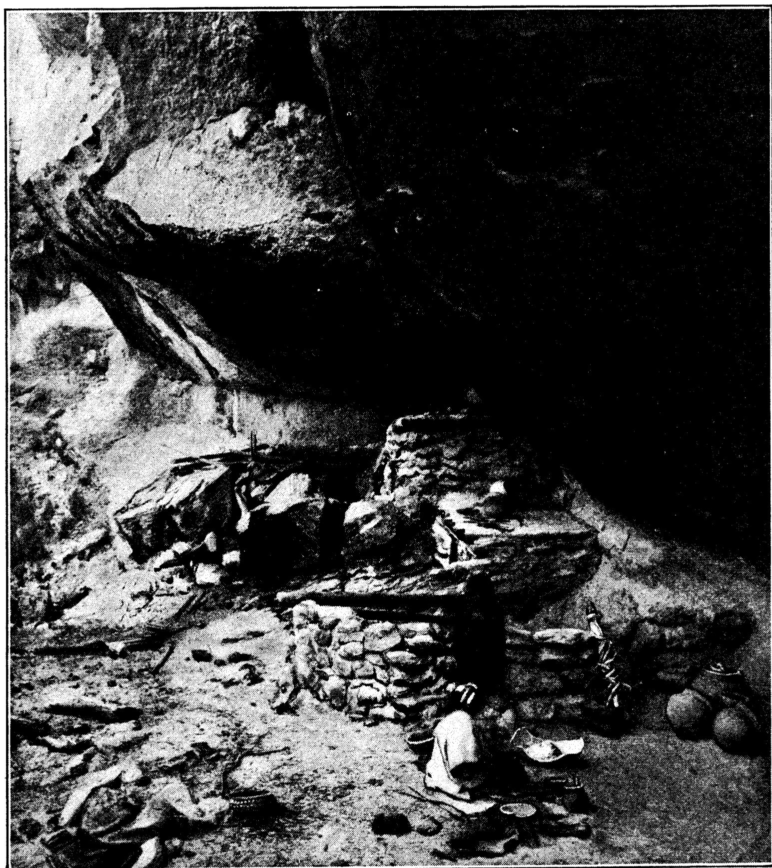


La bella de la gruta.

por algún tiempo; pero deben tener algunas más, que sólo ellos conocen. En verano abandonan muchos sus cuevas á causa de los alacranes, tarántulas y otras sabandijas que las infestan.

Frente á la entrada de la cueva levantan generalmente

una pared de piedra ó de piedra y lodo, tan alta como el pecho de un hombre, para librarse del viento, del agua, de las bestias feroces, etc. Tienen allí los mismos utensilios que en sus chozas, ó sea el metate, las ollas y cazuelas de



Vista lateral de la gruta (pág. 163). Aparecen las trojes y cercados.

barro, canastas, guajes, etc. El fuego se halla siempre en el centro, sin ninguna chimenea ó fogón, y las ollas en que se cuecen los alimentos son colocadas sobre tres piedras. Emparejan y ablandan una parte del piso para que duerma la familia, tendiendo en tal cual ocasión pieles sobre el suelo.



Caverna habitada, con graneros, cercados y ampliación del piso

Á veces se ensancha el piso con un terraplén artificial hecho frente de la cueva, y en algunos casos lo cubren de adobe. Llegué á ver una cueva en la que aun los lados estaban arreglados de este modo. Hay en ellas, por lo común, uno ó dos graneros que constituyen su principal adelanto; pero por supuesto no existen en muchas cuevas. Diversas ocasiones encontré paredes de piedra y lodo dentro de la gruta, levantadas á altura del pecho, que formaban uno ó dos cuartos para el uso de la familia y para guardar cabras y ovejas. También se hacen á veces rediles de estacas, que ocupan la mayor parte de la gruta, para animales domésticos.

La mayor gruta habitada que vi tenía cerca de cien pies de anchura por una profundidad de veinte á cuarenta pies de dentro á fuera. Aunque las cuevas sean muy profundas, los indios viven cerca de la entrada; nunca las excavan ni hacen agujeros para vivir. Me hablaron de un arroyo donde hay seis grutas habitadas, distantes unas de otras sólo treinta ó cincuenta varas; pero esto es raro, porque generalmente están separadas hasta por más de una milla, lo que conviene á los tarahumares, afectas como son sus familias á vivir por sí mismas..

Vi una cueva, ó más bien un refugio, bajo una enorme roca, donde se había construído un parapeto de cascajo, á manera de terraplén, para ensanchar el área del piso.

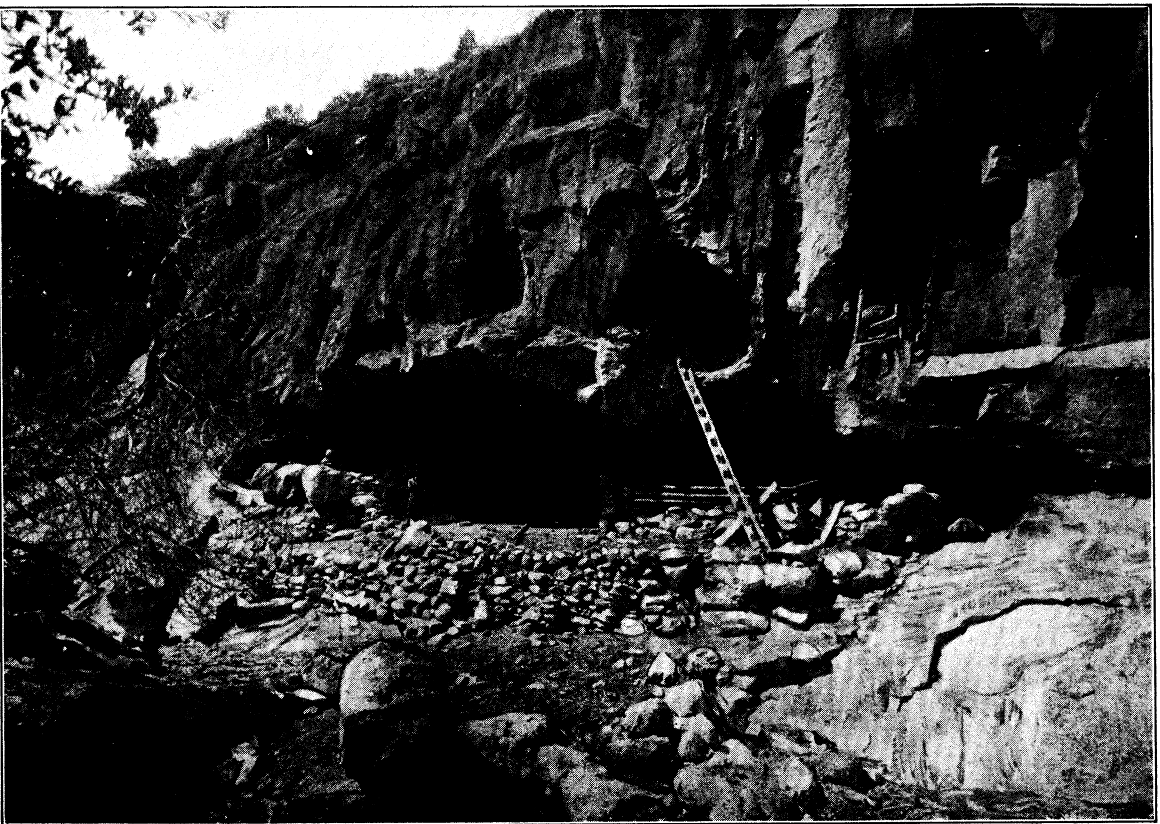
Nunca se encuentran cuevas habitadas en sitios inaccesibles, como es el caso en el suroeste de los Estados Unidos. Donde las cuevas son de difícil acceso, los indios colocan una escalera de madera ó más bien un tronco de árbol con escalones. En una encontré escalones cortados en la suave "roca" (ceniza volcánica solidificada), que conducían á una habitación. Había también una especie de banco cortado contra el muro de la caverna.

Muchas son notablemente simétricas en su forma y naturalmente cómodas. Las hay en los arroyos de las mon-

tañas y en las barrancas, y si hubiera de señalar la región donde son más abundantes, mencionaría la que se extiende de Carichic hacia Urique y también al norte y oeste de Norogachic. Muchas cuevas, hasta donde recuerdan los habitantes de las cercanías, han estado permanentemente abandonadas, debido á la ocupación de las tierras por los mexicanos, pues los indios no gustan vivir cerca de los blancos.

No son los tarahumares la única tribu que todavía ocupa las cavernas, pues según hemos visto, también los pimas son, aunque en limitado número, habitantes de grutas, y lo mismo sucede con los tepehuanes del norte así como con los huarogios en su pequeña área.

¿Tienen alguna relación estos habitantes de cavernas con los antiguos habitadores de las rocas del suroeste de los Estados Unidos y norte de México? Resueltamente no, pues su gran aversión á vivir más de una familia en una cueva y su falta de sociabilidad hacen notable contraste con los antiguos habitantes de las rocas que tendían por naturaleza á congregarse. Por interesante que sea el hecho mismo de vivir en grutas, no basta para probar su filiación con los antiguos *cliff-dwellers*. Aunque los tarahumares son muy inteligentes, es grande su atraso en las industrias y en las artes. Verdad es que las mujeres tejen fajas y cobertores de admirables labrados, pero hasta aquí parece llegar el límite de su capacidad. Á veces, dibujan toscamente con ocre en las cuevas figuras de animales y mujeres, y pueden verse en algunas rocas contornos de pies esculpidos con piedra "para dejar su huella en este mundo cuando mueran." La alfarería tarahumar es extraordinariamente tosca en comparación con las piezas que se han hallado en las antiguas habitaciones de las rocas (*cliff-dwellings*), y su ornamentación es también comparativamente infantil, pues los *cliff-dwellers* hicieron avanzar el arte de la decoración á un grado relativamente alto, según aparece por los objetos



Cueva con escalera para subir al granero.

hallados en sus habitaciones. Los habitantes de las cavernas que hoy existen, carecen de tal habilidad y están igualmente privados del don arquitectónico que se hace notar en las notables construcciones que practicaban en las rocas los *cliff-dwellers* primitivos. En lo concerniente á todo esto, no pueden, pues, clasificarse en un nivel superior á los trogloditas.

Nunca pasan toda su vida en una sola casa ó caverna, ni tampoco las abandonan definitivamente, siendo raro que se alejen de alguna más de dos ó tres años. Suele ocurrir que una familia cambie repentinamente de choza, aunque la haya construído de piedra, después de habitarla por algún tiempo, sin que sea siempre fácil explicar tal resolución. Un indio dejó su casa porque no le daba bien el sol. Cuando alguien fallece, aun cuando sea un pariente lejano que accidentalmente se encuentra con la familia, los tarahumares destruyen la casa ó abandonan la cueva, y otras muchas supersticiones de este ú otro género influyen en ellos. Cambian muy á menudo de residencia con el propósito de cultivar la tierra, y después de derribar la habitación, siembran maíz en el lugar que ocupaba. De este modo cambian de sitio las familias varias veces el año, ó cuando menos cada dos años. El tarahumar más rico que había en la región, el cual ha muerto ya, tenía cinco cuevas y se mudaba como diez veces por año.

Es característico en las habitaciones de estos indios, ya sean casas ó cuevas, que el piso delantero sea parejo y bien aplanado para que les sirva de patio donde ejecutan sus danzas y prácticas religiosas, no siendo raro que tengan más de un patio. Para tal objeto, los obliga á veces la conformación del terreno á construír terraplenes.

En dicho patio, que mide generalmente diez varas cuadradas, clavan una, dos ó tres cruces que les sirven de centro para todas las ceremonias (excepto las que requiere el culto del sagrado jículi). La cruz es por lo general de

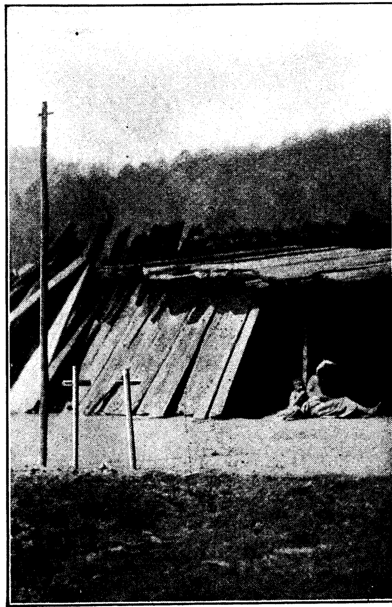
un pie de altura, bien que á veces se levante á dos pies sobre el suelo. Fórmase con dos palos de desigual extensión, preferentemente de ocote, unidos en forma de cruz romana. Vi dos clavadas fuera de una casa, y formadas por tallos naturales de pino, las cuales tenían una altura de cuatro pies. Los hechiceros usan para sus curaciones unas cruces pequeñas de tres á cuatro pulgadas.


Cruces de ramas naturales de pino frente á una casa tarahumar.

Es un hecho bien conocido que cuando los españoles llegaron á América encontraron, con gran sorpresa suya, que los indios estaban en posesión de la cruz. Exceptuando la del Palenque, símbolo del árbol de la vida, puede decirse que la cruz primitiva de la mayor parte de las tribus de México es la griega, pero también se usaba la latina. La primera constituye para ellos un signo religioso de fundamental importancia, pues que designa los cuatro extremos del mundo pero en ninguna de sus lenguas, que yo sepa, existe palabra con que denominar á la cruz. Sin embargo, la cruz griega, que representa para los indios una idea cósmica, se ve grabada en las rocas ó dibujada en la arena, ó se hace sobre el cuerpo de los enfermos para curarlos.

Es asimismo, para los tarahumares, el pivote en cuyo torno se celebran todas las festividades y ceremonias religiosas. Bailan siempre alrededor de ella, y en ciertas ocasiones le cuelgan cuentas, mazorcas y otras ofrendas. Úsanla igualmente los tarahumares cristianos y los paganos, y toda la cuestión se reduce á saber si la tribu ha cambiado la

forma de su cruz desde que estuvo en contacto con los blancos, ó si la primitivamente usada era semejante á la que hoy tienen. Me inclino á creer, por muchas indicaciones de los tarahumares, que su cruz representa una figura humana con los brazos extendidos, y que es un emblema del Padre Sol, el Hombre Perfecto. Cuando hay dos cruces en el patio, la menor representa á la luna. Esta concepción explica también la costumbre de colocar tres cruces para la danza principal, llamada *rutuburi*, sirviendo probablemente la tercer cruz para representar á la estrella de la mañana. Entre los naturales convertidos al cristianismo, es probable que hayan llegado las tres cruces á ser la representación de la Trinidad.



Cruces frente á una casa tarahumar.

Llegué á ver una cruz, lo menos de diez pies de alta con un travesaño de solo un pie de largo, plantada en el patio de un indio de proporciones, la que fácilmente se comprendía que designaba al Padre Sol. Dicen los tepehuanes del norte que la cruz es Tata Dios, nombre con que generalmente denominan al Sér Supremo los indígenas convertidos al cristianismo.

La conjetura de que la cruz representa una figura humana adquiere mayor consistencia por el hecho de que la colocan en el patio especial de los muertos, y de que en el curso de las ceremonias, la trasladan, como pude observar, al lugar donde se ejecuta principalmente la danza, "para que vea bailar y beber tes-

güino," según me explicaron los indios. En esos casos, representa seguramente á los muertos.

En esta página pueden verse el frente y el reverso de una cruz muy interesante, á pesar de que su forma es evidente-

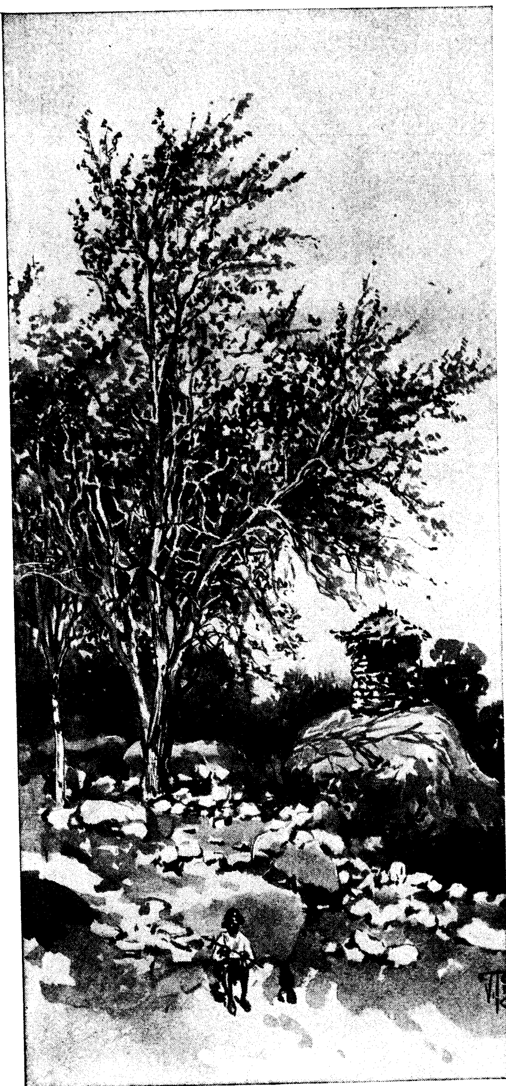


Anverso. Reverso.

Cruz. Alt. 65 cm.; anch. 27.5 cm.

mente una imitación exagerada de una cruz católica ó crucifijo. La obtuve en la región montañosa al este de Morelos, como regalo que me hicieron los tarahumares cerca del rancho de Colorados. No era, según todas sus apariencias, de factura muy antigua, y estaba pintada con ocre

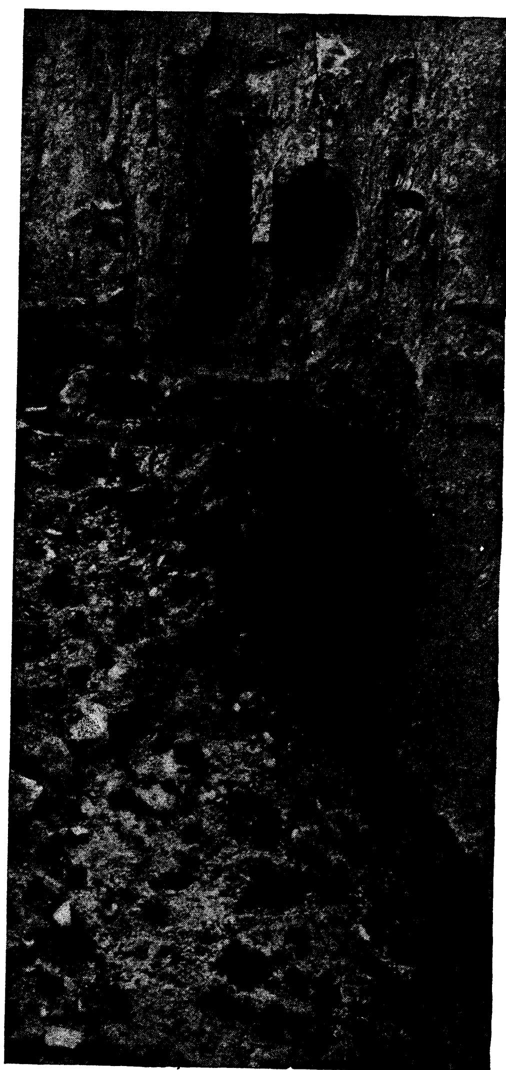
rojo. Sus dos ramas estaban sujetas á la manera usual con un cordelillo de fibra, cuyo amarre especial aparece más claramente en el dorso de la cruz.



Troje tarahumar de piedra y lodo.

Vista de frente, los dibujos de la parte superior representan á la estrella de la mañana, y los puntos á las otras estrellas que la acompañan; pero no deja de ser significativo el que llamen igualmente á esa constelación los "ojos" de la cruz. Los puntos que tiene del otro lado representan también estrellas, á fin de que, según me explicaron los indios, pueda Tata Dios ver las estrellas cuando ellos se ponen á bailar; porque él vive en las estrellas —creencia evidentemente sugerida por influencia católica. Las figuras humanas pintadas en la cruz tienen por objeto acentuar el significado de la misma, y las más importantes son las que se hallan abajo de la

juntura de los brazos y la rama vertical. Son seguramente repeticiones de la cruz principal, pues aparecen representados los brazos, toscamente esculpidos. En cuanto al significado de los pares de líneas laterales, nada absolutamente puedo decir.



Cuevas utilizadas para trojes.

Dan los tarahumares mayor importancia que á su habitación, á la troje, que construyen siempre frente á su domicilio, pues de hecho es para ellos cosa secundaria su comodidad personal que posponen aun á la de sus animales domésticos. Como ejemplo que ha persistido de la época en que aun no tenían casas, puede señalarse el hecho siguiente: cuando un indio y su mujer regresan de algún viaje de varios días ó de más tiempo, no duermen la primera noche dentro de la casa ni en la cueva, sino que eligen un lugar conveniente cerca de la troje.

Siempre construyen sus trojes ó graneros bien agrupados. En muchos apenas cabría un perro de mediano tamaño, pues los tarahumares prefieren el número á la extensión, y les sirven para guardar todo lo poco que poseen y no tienen en uso, principalmente maíz y frijoles, alguna ropa y telas de reserva, jículi, yerbas, etc. Para la puerta emplean una ó más tabletas de pino que sujetan con una cerradura de



Trojes tarahumares de madera.

madera ingeniosamente construída, ó simplemente con lodo que pegan á las orillas. Rara vez cierran la casa cuando se alejan, pero en cambio tienen mucho cuidado en asegurar la puerta de sus trojes, siendo el crimen más odioso para la tribu que les rompan un granero cerrado del modo que acabo de describir. Los mexicanos que han cometido semejante delito, lo han pagado en ocasiones con su vida.

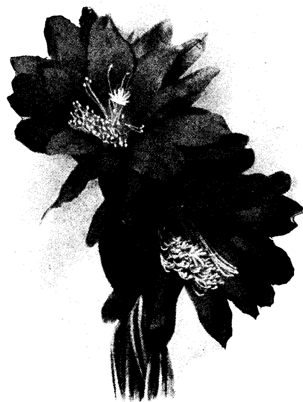
Las trojes del género más común son redondas, de cuatro á seis pies de altas, construídas de piedra y lodo, y con techo de tablas de ocote aseguradas con piedras y tierra. Hay otras del mismo tamaño, que son cuadradas, hechas de tablas aseguradas de las esquinas, y techadas asimismo de tablas. Se encuentran estas diminutas construcciones dentro de las cuevas, ó se levantan en lugares de difícil acceso, tal como en lo alto de las rocas. Hállanse á veces en lugares solitarios, pero más á menudo junto á las habitaciones. Es curioso el efecto que producen á la vista las construídas sobre las rocas cerca de alguna cabaña, pues parecen minúsculas chimeneas de una fábrica. Ellas, más que ninguna otra cosa, proclaman con toda evidencia el cuidado que van teniendo de su escasa propiedad los pueblos que llegan á un grado de desarrollo que los induce á cultivar el suelo, estableciendo la primera diferencia entre las tribus salvajes y las nómadas que son siempre pródigas é imprevisoras. Llegué á ver diez de dichas trojes, y aun catorce, en cierta ocasión, junto de un domicilio, pero por lo común sólo se encuentran una ó dos.

Usan también para trojes las cuevas pequeñas, especialmente cuando es difícil llegar á ellas y están ocultas á la vista, y á veces las hacen con armazones regulares de troncos.

CAPÍTULO IX

LLEGADA Á BATOPILAS—ASCENSO DE BATOPILAS Á LA SIERRA—UN TARAHUMAR QUE ESTUVO EN CHICAGO—UN TRUHÁN RETIRADO—FUGA DE NUESTRO GUÍA Y SUS DESASTROSAS CONSECUENCIAS—LOS INDIOS QUEMAN LA YERBA DE TODA LA REGIÓN—CRECEN LAS DIFICULTADES PARA QUE CAMINEN LAS BESTIAS—MR. TAYLOR Y YO NOS DIRIGIMOS Á ZAPURI—SUS ALREDEDORES—LA PITAHAYA EN SAZÓN.

PROSEGUIMOS al sur, cruzando la barranca del Cobre en un punto donde alcanza una profundidad de 3,300 pies. El camino que seguíamos era bastante bueno, pero pasaba junto á peligrosos precipicios donde quedaron muertos dos burros. Parecía haber allí una vertiente divisoria, pues el clima era fresco y húmedo, y las cumbres más lejanas se veían al sur y al oeste envueltas entre brumas y nubes. Aunque la barranca de Batopilas no es tan estrecha y tan imponente como la que acabábamos de pasar, con todo, mirando desde lo alto el fondo sombrío de su majestuosa abertura, se sentía uno amedrentado.



Flores de Cactos.

Siguiendo las vueltas del camino descendente, que está muy bien dispuesto, bajamos al cañón y acampamos á pocas millas de la ciudad de Batopilas. Las minas de plata que hay allí, antiguas y famosas, fueron descubiertas en el siglo

XVII. El inteligente y bien conocido minero Mr. A. R. Shepherd me recibió muy cordialmente, cautivando con su bondadosa cortesía á todos los miembros de la expedición.

Habíame convencido por mi reciente experiencia de que el único medio de estudiar bien á los naturales es vivir entre ellos por algún tiempo, y como esto era imposible con toda la gente que llevaba, resolví deshacerme cuanto antes de todos y quedarme solo.

El sol era abrasador, y conforme iban aproximándose las aguas, crecía el calor y los animales iban debilitándose más y más. Dispuse como de la mitad de ellos, y reduje también, en proporción, el número de ayudantes y el equipaje. Continuando el viaje con las flacas y hambrientas mulas, nos era bastante penoso ascender el costado sur de la barranca de Batopilas; pero gozamos en la cresta de la fresca brisa que nos fue gratísima después del enervante calor que sentimos en el fondo.

Llegamos así al pueblo de Yoquibo (yōquí=*azulejado;* īvo=*mesa:* abejaruco de la mesa), donde tuve que detenerme algunos días para reconocer el camino. Supe que los indios habían quemado la yerba casi hasta los ranchos de Guachóchic, nuestro punto objetivo, pues por ese tiempo (en mayo) proceden siempre de ese modo y se ve toda la región envuelta en humo. Considéranlo necesario para producir la lluvia, ya que en su opinión el humo y las nubes vienen al cabo á dar el mismo resultado. Pero la cosa es extremadamente molesta para los viajeros y las bestias, pues sólo por accidente quedan aquí y acullá algunas manchas de pasto, siendo casi imposible avanzar.

No bien hube llegado, fui á ver al gobernador, á quien encontré, con gran sorpresa mía, ocupado en enseñar á su mujer á tejer. Hacía tres meses se le había muerto de viruelas su primera esposa. Los viejos solterones y los viudos tienen mucho trabajo en encontrar mujer, porque las bellas tarahumares sienten especial preferencia por los

jóvenes; pero un indio solo se siente muy infeliz, pues que se ve obligado á desempeñar todas las faenas de la mujer, que son muy laboriosas y, por lo mismo, nada de su gusto. Para fascinar á la joven, tenía, pues, el gobernador que ingeniarse hasta el punto de enseñarle á hacer ceñidores y vestidos.

Al día siguiente se me presentó á pagarme la visita, llevando consigo su arco y sus flechas. Ya me habían dicho en Batopilas que el grupo de indios que haría dos años habían sido exhibidos en la exposición, por un viajero que murió ya, como habitantes de las cavernas, habían sido reunidos principalmente en las cercanías de Yoquibo. Mi visitante era uno de dichos indios, y ya se comprenderá mi curiosidad de conocer la impresión que había producido el mundo civilizado en aquel hijo de la naturaleza que no había visto nunca más que bosques y montañas; de suerte que la primera pregunta que le hice fue: "¿Qué te pareció Chicago?" "Se parece mucho á aquí,"—fue la inesperada respuesta. Lo que más le había impresionado, á lo que parece, no era ni el tamaño de la ciudad ni la altura de sus edificios, no obstante que los recordaba bien, sino la mucha agua junto á donde vive la gente. Le había gustado viajar en ferrocarril, pero se quejaba de que no había bastante que comer en el camino.

Su viaje le había familiarizado con los blancos y sus raros é incomprensibles hábitos, haciendo de él una especie de filósofo. Le pedí que me acompañara á visitar las pocas casas que allí había, por ser aquellos indios muy tímidos y vergonzosos, y aunque estaba muy ocupado, á lo que pude ver, atendiendo como lo hacía tanto á sus animales como á su mujer, fue de buena gana conmigo á dos de los domicilios. Vi una mujer que tenía hijos gemelos, el uno de miserable aspecto, seguramente por falta de alimento.

Había también algunas grutas cerca de Yoquibo, una ó dos de las cuales estaban ocupadas. Habiendo salido por la tarde yo solo, desaparecía la gente al punto como me veía,

excepto un grupo de mendigos forasteros que no pararon mientes en mi persona, ocupados como estaban en disponer para la olla cierta clase de gusanos que extraían de los capullos blancos y sedosos que se forman en los madroños.

Díjome el guía que los indios, que como aquéllos, mendigan para comer, siempre devuelven á quien les da limosna lo que



Recogiendo larvas.

han recibido, tan luego como sus circunstancias se lo permiten.

Encontré también en Yoquibo á uno de los mexicanos aventureros que van con cualquier pretexto á los pueblos de los indios y se quedan allí. Algunos se ocupan en su oficio, generalmente el de herrero, otros la hacen de "secretarios" y escriben á los indios las comunicaciones que

tienen que enviar á las autoridades; otros más se dedican al comercio de mercería, comprando ovejas y ganado á cambio de baratijas, tales como telas baratas de algodón, abalorios, etc.; pero los más venden á los indios mezcal. El que estaba en Yoquibo habíase establecido en el único cuarto de la derruída vicaría, que había quedado intacto, y se procuraba la vida proveyendo á los indios de ese aguardiente.

Todo su aspecto, y con especialidad, sus ojos inconstantes y pérfidos, traicionaban al bandido, y seguramente que había ido á parar allí para ocultarse de la justicia, como casi todos los de su ralea. Era algo hipocondríaco; quejábase, entre otros achaques, de tener en el estómago un animal que le había entrado por una herida que le habían inferido hacía algún tiempo. Cuando me fue á ver para que le diera algún remedio, llevaba consigo un buen rifle, y á pesar de su dolencia, real ó imaginaria, sobrepúsose en él su natural pendenciero cuando le hice un elogio de su arma, pues, medio entornando los ojos, murmuró entre taimado y doloso: "Después de Dios, mi rifle!"

Tras mucho buscar, pude encontrar al fin un indio que quisiera servirme de guía para la nueva etapa de nuestro viaje. Era un hombre de edad ya madura, y al oscurecer, sentóse tranquilamente á cenar junto al fuego de nuestro campamento, cuando apareció en la escena la corpulenta figura de Mr. Hartman, envuelto en su capote militar, quien probablemente pareció al indio, al verlo á la luz del crepúsculo, muy marcial y amenazador. Sea lo que fuere, esa aparición produjo en nuestro guía el efecto más inesperado. Oí de pronto cierto ruido, y volviendo la cara, vi que el hombre corría con toda la velocidad de sus piernas, y que sin cuidarse de la cena y de su frazada, que dejó abandonadas, huía hacia la barranca desapareciendo pronto en la sombra para nunca volvérsenos á presentar. Se le figuró que el soldado llegaba para apoderarse de él y matarlo; que la olla que estaba en el fuego la teníamos dispuesta para cocerlo, y que unas cala-

veras, amontonadas junto á una de nuestras tiendas, eran las de los infelices que habíamos devorado. Aludía seguramente á cuatro cráneos que había extraído yo de una antigua gruta sepulcral. Agregaré que el indio en cuestión había sido arrestado hacía algún tiempo por que sé yo que delito, y se había escapado de la cárcel. Como los soldados, es decir la policía, andaban tras él, tomó á Mr. Hartman por uno de sus perseguidores, y puso pies en polvorosa.

Aquel incidente nos fue bastante perjudicial, pues á causa de las terribles cosas que contó de nosotros, los indios, que son naturalmente suspicaces, hicieron por toda la sierra anunciar á la tribu la aproximación de unos hombres que comían gente. Inquietos como estaban con lo que les habían dicho de nuestros extraños procedimientos en Cusarare, ó sea de nuestro empeño en fotografiarlos, y la estupenda aventura del fugitivo guía no pudieron menos que confirmarlos en sus salvajes temores, cundiendo la alarma á manera de incendio y creciendo el terror como una avalancha. Encontrábamos los ranchos desiertos, y las mujeres y niños se ocultaban de nosotros lanzando gritos al punto como nos divisaban. Á cada paso tropezábamos con obstáculos. En donde quiera que llegaba, se me aborrecía en la convicción de que me alimentaba de niños y maíz verde, y durante los cuatro ó cinco meses siguientes, fue en extremo desalentador mi proyecto de ganarme la confianza de los indios.

Aunque era imposible conseguir otro guía, emprendí una salida al día siguiente por un buen camino que va por el sur á Guachochic. Nuevos obstáculos se me presentaron. Los animales se desmejoraban visiblemente, pues además de ser la estación en que cambian de pelo, lo que los pone en muy mal estado aun en las mejores circunstancias, los míos se hallaban exhaustos por falta de alimento. No querían comer la yerba seca, y el pasto verde era todavía demasiado escaso para bastar á su sustento. Lo que me habían dicho de que los naturales habían quemado todo el zacate, aparecía

de todo punto exacto, no quedándome más recurso que acampar en Tasajisa, apenas á un día de viaje, donde había algún pasto en las cumbres libres aun del fuego. Dejando la mayor parte de lo que llevaba y como la mitad de las mulas, al cuidado del arriero principal, proseguimos el camino Mr. Taylor y yo, con los animales mejores y más fuertes, haciendo un rodeo rumbo al pequeño mineral de Zapuri, en cuyas cercanías se hallaban algunas cuevas que quería explorar.

Después de un día de marcha volvímonos hacia el oeste y pasamos de la región de los pinos. Abundaban cerca de nuestro campamento los pavos, y vi también un carpintero gigante, pero cuando lo tuve á tiro, voló haciendo fuerte ruido con las alas. Pronto comenzamos á bajar, y después de un largo y fatigoso día de caminar sobre cuestas y sierras, y atravesar una ancha barranca rodeada de magníficas y elevadas montañas, llegamos al caer la tarde á Zapuri. El superintendente de la mina, para quien llevé una carta de presentación del propietario de la misma, nos ofreció cordial hospitalidad. Espléndido era aquel clima; las noches agradablemente frías y las mañanas deliciosamente serenas: todo lo cual era más digno de apreciarse después de los vientos de la sierra que acabábamos de sufrir.

Desde que llegué tuve la buena suerte, gracias á la bondad del superintendente, de conseguir un arriero mexicano y algunas mulas vigorosas, que llevaron á Mr. Taylor al Parral, en su regreso para los Estados Unidos. Mr. Hartman permaneció dos meses más con la expedición, y el año siguiente volvió á reunírseme por algunos meses. Conseguí también para mí un guía que me acompañó en la excursión que hice á las cuevas de las barrancas próximas. Recorridas unas diez millas por muy malos caminos, llegamos á la morada de una anciana tarahumar, á quien se reputaba muy rica. Conociendo la exageración de los mexicanos á este respecto, calculé que los doce costales de pesos que tenía

ella escondidos, según se decía, no debían de pasar de cincuenta á cien pesos mexicanos. Sea lo que fuere, en lo único en que manifestaba su riqueza, era en los muchos hilos de cuentas de vidro que rodeaban su enjuto cuello, y que no debían de pesar menos de seis ú ocho libras. En cuanto á su residencia, la componían principalmente cuatro ó cinco casas circulares de piedra.

El ganado constituye la principal propiedad del indio tarahumar que se considera satisfecho cuando tiene tres ó cuatro cabezas, entre bueyes y vacas, y una docena de ovejas y cabras. Supe de uno que poseía hasta cuarenta cabezas de ganado, pero la excepción es rara. Pocos tienen caballos y ninguno cerdos, para que no les destruyan los sembrados y también porque los creen *gachupines*. Aunque comen á veces carne de puerco, nunca sacrifican á dicho animal. Tampoco tienen guajolotes en sus corrales, pero sí algunas gallinas, y no faltan familias, aunque raras, que tengan alguna paloma ó alguna codorniz. El indio que tiene un buey pueda arar un buen espacio de terreno y recoger bastante maíz, pero rara vez lo vende.

Cargamos lo más necesario en nuestra mejor mula, y con el guía y dos indios, que llevaban bultos, descendímos al río. El camino era bastante bueno, pero al acercarnos al río había algunos lugares malos, en uno de los cuales golpeó contra una roca el aparejo de la mula, lo que la hizo rodar por la pendiente como unas siete varas, cayendo montada sobre el tronco de un árbol. El muchacho que la conducía, afanoso de hacer algo, soltó el cabestro, de suerte que no había por donde coger al animal si no era por las orejas. Asílo, pues, por una de ellas, asegurándome de una rama, mientras el inteligente animal se mantenía perfectamente quieto sobre el tronco, y logrando sacar mi cuchillo de monte y cortar las cuerdas de la carga, que rodó hasta abajo de la colina, pudo la mula, aliviada de su estorboso peso, ponerse en pie y subir nuevamente, gracias á que había nacido y se había criado

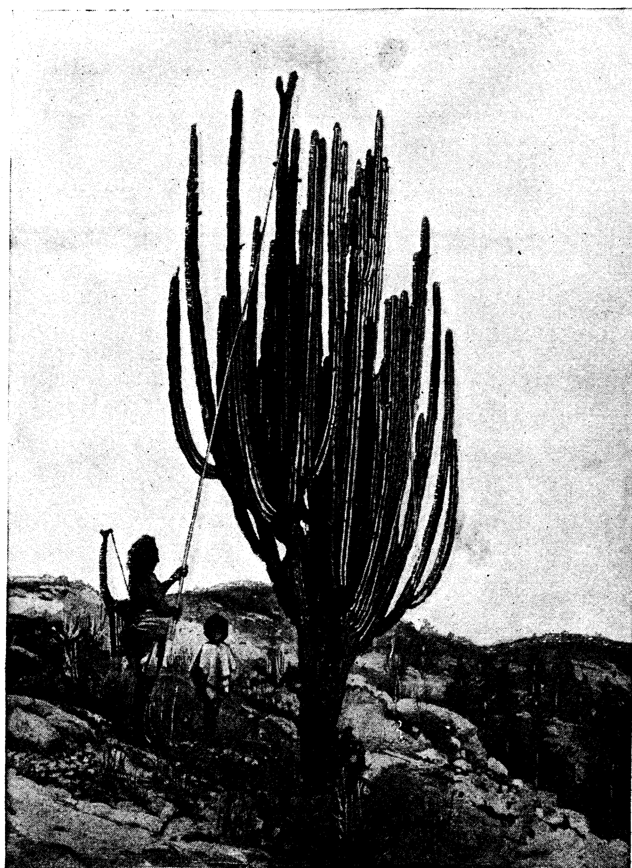
en la barranca, pues de otra manera nunca hubiera llevado á cabo tal hazaña.

Al oscurecer llegamos á la parte de una barranca llamada Ohuivo (Ōví = *volver*, ó sea "lugar á donde volvieron") sobre el río Fuerte. Los indios de allí, á pesar de la influencia que ha ejercido en muchos la proximidad de las minas, son reticentes y desconfiados, y ninguna ascendencia tenía evidentemente sobre ellos nuestro guía. Fue imposible hacerlos consentir en fotografiarse y ni el gobernador quiso someterse á tan terrible prueba.

Durante los días que permanecí en ese valle, no varió el calor de 100°, de día ni de noche, lo que era bastante molesto y hacía excesivo todo esfuerzo. El campo parecía tostado y no se veían más que algunos cactos, entre los que sobresalía el órgano de la pitahaya, cuyos brazos de color verde oscuro permanecen inmóviles al embate del viento y de la tempestad. Producen el mejor fruto silvestre que se da en el noroeste de México, y como era precisamente la estación en que madura, acudían á recogerlo todos los indios de los alrededores. Crece del tamaño de un huevo, y su carne es suave, dulce y alimenticia. Como la planta alcanza un tamaño de veinte á treinta y cinco pies, se valen los indios, para cortar la fruta, de una caña larga que tiene en un extremo cuatro ganchos, y la van depositando en unos cuévanos de mimbre que llevan á la espalda sostenidos por medio de correas. Es curioso ver á los hombres, mujeres y niños partir alegremente al amanecer, armados de sus delgadas varas, trepando con gracia y agilidad las ásperas cumbres para ir en busca de las pitahayas, que son más sabrosas cortadas bajo el fresco de la mañana, que cuando se recogen durante las horas cálidas del día. Aquella fruta, cuya producción dura cerca de un mes, se presenta cuando es más necesaria, en lo más fuerte del caluroso junio, para mayor regalo del pueblo. Los mexicanos gustan también mucho de la pitahaya, y con frecuencia se alejan los criados de la casa donde sirven

para ir á cortarla en sazón. Las blancas y hermosas flores de la planta no brotan nunca sobre el lado de los tallos que da al norte.

Esta fruta, por supuesto, entra en la religión de los indios, quienes asocian á ella, en sus creencias, á la hermosa guaca-



Cortando pitahaya.

maya que vuelve de sus emigraciones por las latitudes meridionales, cuando el pitahayo está en flor, lo que hace suponer á los indios que acude el ave para ver si se dará mucha fruta, y se vuelva á la costa, para regresar en junio, cuando aquella

ha madurado. He aquí, por ejemplo, el sentido de una de las canciones de la guacamaya: "La pitahaya está madura, vamos á recogerla. Córtense los otates!* La guacamaya viene de la tierra caliente para comer las primeras frutas. Desde muy lejos, desde la tierra caliente, vengo cuando están cortando los otates, y me como los primeros frutos. ¿Por qué quieren quitarme ustedes los primeros frutos? Son míos. Me como la fruta, y arrojo la cáscara. Cuando me he satisfecho de comer, me retiro cantando. Quédate aquí, arbolito, sacudiéndote mientras yo me alejo! Voy á volar en el aire y algún día volveré para comer tus pitahayas, arbolito!"

* Los que sirven para arrancar las pitahayas.

CAPÍTULO X

AGRADABLE ASPECTO DE LOS NATURALES—ALBINOS—ANTIGÜEDADES DE OHUIVO—TRADICIONES LOCALES, LOS COCOYOMES, ETC.—GAUCHÓCHIC—DON MIGUEL Y EL DIRECTOR DE CORREOS—CURIOSAS CURACIONES—ME ACUARTELO EN GUACHÓCHIC—DIFICULTAD DE CONSEGUIR UN INTÉRPRETE HONRADO—FALSAS TRUFAS—GRANDE Y PROLONGADA SEQUÍA—SALGO RUMBO AL NOROESTE—LLEGADA AL PUEBLO DE NOROGÁCHIC.

SEGUÍ mi camino río arriba durante todo un día, notando de cuando en cuando á los lados pequeñas plantaciones de tabaco, y encontrando algunos individuos de buen aspecto, procedentes de Tierras Verdes, la localidad más cercana del sur. Eran sus movimientos activos y enérgicos, el tinte de su piel ligeramente amarilloso, y presentaban los hombres cierta apariencia oriental, muy curiosa, por llevar recogido el cabello en una trenza. Las mujeres se veían muy bien con su negra saya de lana y jubón blanco. La gente de aquellos lugares es conocida por las bonitas frazadas blancas que teje, y es evidente que aun queda algo á aquellos indios que les arrebaten los blancos.

Los naturales de aquel valle tenían la extraña costumbre, cuando necesitaban zabullirse para pescar, de tenderse después en fila sobre la arena enardecida por el sol, para calentarse por uno ó dos minutos el estómago.

Cerca de Ohuivo, en las montañas que están hacia Morelos, había vivido una familia de diez albinos, de los que sólo dos sobrevivían cuando estuve allí, pues la viruela había acabado con los otros. Tenían tan delicada la piel, que aun al contacto de la ropa se les irritaba. Mr. Hartman visitó á una vieja de dicha familia que vivía en una cueva

con su marido, hombrecillo de piel muy morena, de suerte que de ambos podía decirse que estaban "casados, pero no apareados." Por sus facciones era enteramente india, pero su cutis era único en México, aun entre los blancos, y hacía recordar el color de los más rubios campesinos escandinavos ó irlandeses. Sus cabellos eran blanquiamarillentos, y las pestañas y cejas parecían de nieve. La cara y el cuerpo, igualmente blancos, tenían, sin embargo, grandes manchas rojas y menudas pecas. Mantenía algo más que entrecerrados los ojos, y como era muy vergonzosa, no había medio de reconocer el color del iris, pero el marido le aseguró á Mr. Hartman que era azulado.

La mayor parte de los indios de Ohuivo viven en casas. y las pocas cuevas que habitan no acusan mejora ninguna. Había dentro de una, habitaciones antiguas donde, según la tradición, habían morado los tubares. Dicha gruta no era más que una grieta formada casi horizontalmente en la roca, situada en la orilla sur del río, á unos trescientos pies sobre el fondo del valle. Corre de sureste á noroeste en extensión de cosa de doscientos pies, y la corta perpendicularmente otra grieta. Entrando á la cueva por el extremo que se halla más al sur, encontré doce piezas de paredes bajas, muy juntas entre sí. Eran cuadradas y de esquinas redondas. Los muros, de un pie de espesor, eran de piedra y lodo, y los pisos fuertes y lisos. Había una troje, en bastante buen estado, muy parecida en todos sus detalles á las de los tarahumares de hoy, cuadrada y construída de piedra y lodo. En ninguno de dichos cuartos me era posible estar en pie. Aparte de ese grupo, estaban otras dos pequeñas casas, algunas varas más arriba de la cueva, cuyo piso iba en ascenso continuo. Seguí arrastrándome de estómago por espacio de unas diez varas, y me encontré repentinamente al borde del precipicio; pero había alrededor un camino que conducía al otro lado, donde hallé la porción principal de las casas, dieciocho por todas. Tenía el costado de la

mayor una longitud de trece pies, bien que las otras eran considerablemente más pequeñas. Hallábanse exactamente en la misma disposición que las de la primara sección, formando fila, y eran del mismo material, excepto unas cuantas que había construídas de adobe, de paredes de sólo ocho pulgadas de gruesas. Todavía estaba completo uno de los cuartos, que tenía aberturas cuadradas y pudo haber sido troje ; los otros parecen haber tenido las aberturas convencionales que usaban los indios. En dos advertí espacios circulares, hundidos como seis pulgadas en el suelo, de un diámetro como de unas catorce pulgadas. La de diecinueve pies de diámetro que tomé por estufa, se hallaba en la sección inferior. Detrás había sólo un pequeño grupo de cinco casas más arriba de la cueva.

Aunque no visité ninguna otra gruta-habitación en Ohuivo, estaba seguro de que había varias más en las cercanías. El quebrado terreno que rodea á Zapuri es interesante por las diversas tradiciones, aun vivas en labios de los nativos, acerca de un pueblo misterioso, llamado los cocoyomes, mirado por algunos tarahumares como sus antiguos enemigos, y por otros como sus antecesores, y que, según todos ellos, fue el primer pueblo que vivió en el mundo. Eran de pequeña estatura y no comían el maíz, alimentándose principalmente de yerbas, sobre todo de un pequeño agave llamado *chauí* (tschāwí). Eran asímismo caníbales, y lo mismo se comían á los tarahumares, que se devoraban entre sí. Habitaban las cuevas de las elevadas rocas de la sierra, y bajaban por la tarde, como venados, á beber en los ríos. Como no tenían hachas de hierro, no podían cortar ningún árbol grande, ni tampoco estaba en su posibilidad desmontar mucho terreno para sembrar grano. Sólo sabían quemar la yerba en los arroyos para alistar los campos. Hace mucho tiempo, cuando los cocoyomes se hicieron insufribles, bajó el sol á la tierra y los quemó á casi todos, logrando escapar unos cuantos en las grandes cavernas.

En Zapuri tenían los cocoyomes cuatro grandes cuevas, dentro de las cuales habían construído casas cuadradas de adobe muy duro. En una, había una fuente. Los tarahumares, que á menudo peleaban con ellos, los sitiaron durante ocho días una vez que todos se habían reunido en la cueva más grande, donde no había agua, hasta que los hicieron perecer de hambre y sed. De tal suceso pudo haberse derivado el nombre de Zapuri, pues varios mexicanos entendidos á quienes consulté, convienen en que significa *lucha ó desafío*.

Desde un punto llamado Tuaripa, como á treinta millas más al sur, cerca de la línea tepehuana y en la misme región montañosa, recogí la siguiente leyenda relativa á los cocoyomes y las serpientes:

Dos grandes culebras acostumbraban subir del río hasta una pequeña meseta situada entre Huerachic y Tuaripa, y después de matar y devorar cocoyames, se volvían nuevamente al río, haciéndolo siempre que tenían hambre. Un viejo, al cabo, reunió á todo el pueblo en el lugar á donde acostumbraban subir las culebras; abrieron allí un gran hoyo, llenáronlo de grandes piedras y de leña, prendieron fuego á ésta y calentaron las piedras hasta el rojo vivo. Cuando vieron á las serpientes que ascendían á la montaña, los hombres fueron cogiendo con estacas las piedras y arrojándoselas á sus desmesuradas y abiertas fauces, hasta que los monstruos, una vez llenos, quedaron abrasados y cayeron muertos al río. Hasta el presente pueden verse en la roca las señales del paso de las serpientes por donde subían á la montaña.

Volviendo á ascender á las mesetas encontré terreno bastante plano hasta Guachochic, á cuarenta y cinco millas por el camino que seguí. El nombre del lugar significa "garzas azules," y la hermosa corriente formada por los muchos manantiales que hay, estaba antes poblada de numerosas aves acuáticas. La localidad así designada es ahora una

agrupación de ranchos mexicanos, pertenecientes los más á una sola familia. Existe una vieja iglesia, pero ningunos indios independientes habitan en Guachóchic, pues los aborígenes están al servicio de los mexicanos.

Guachóchic se encuentra á una altura de 7.775 pies en el extremo sur de la mesa más grande de la Sierra Madre



En las mesetas de la Sierra.

del Norte, que tiene doce millas de larga y tres de ancha. En dicha planicie, bordada por todas partes, con excepción del lado sur, de majestuosos pinares, viven numerosos indios, así como en los abundantes valles cercanos, pero todos son civilizados, esto es, contaminados de muchas nociones cristianas, y ya sin la sencillez primitiva.

Llevaba yo una carta de presentación para Don Miguel, la persona principal de Guachóchic, que goza de la rara reputación de ser justo y benéfico para con los indios, y como posee extensas tierras, es hombre de considerable influencia aun entre sus paisanos. Presta dinero á los necesitados, en condiciones liberales, de las pilas de pesos que tiene enterrados bajo el piso de su casa. Los ladrones saben por triste experiencia que con él no se juega, pues una vez que una partida de bandoleros se había apoderado de la vetusta iglesia de adobe, tratando de adueñarse de la enterrada caja de los habitantes de los ranchos, reunió á los aterrados pobladores, libró batalla á los bandidos y los derrotó completamente. Ejerce autoridad contra los delincuentes, y hace que la justicia siga su curso, excepto cuando se trata de alguno de sus parientes, lo que no dejé de sentir; pero los muchos beneficios que presta á los necesitados y á los oprimidos, lo mismo sean mexicanos que indios, nos inclinan á encontrar disculpable aquella debilidad. Á él apelan, por propia iniciativa, los indios Tres rufianes fueron una ocasión á casa de un indio acomodado que acababa de morir, para decir á sus afligidos deudos que iban á efectuar la división de los bienes entre los herederos, y que era necesario les diesen bien de comer y beber mientras duraba la partición, exhortando á los parientes á fabricar mucha cerveza y á matar un buey. Sus órdenes fueron prontamente obedecidas; pero cobraron además á los herederos, como honorarios, tres bueyes, una fanega de maíz y algún dinero en efectivo. Pareció esto excesivo á los sencillos y pacientes indios, porque después ¿qué les quedaría que dividirse? y sometieron el litigio al fallo de don Miguel. No tengo noticias de ningún blanco de aquellos lugares que se hubiera tomado el trabajo, como él lo hizo, de proteger los derechos de los pobres indios contra los pícaros timadores.

No estaba en casa el viejo señor cuando llegué á su rancho, pero encontré á uno de sus hijos que vive en Guachóchic.

"Soy el administrador de correos," me dijo con petulancia, adelantándose al mismo tiempo, para mostrarme sus credenciales de que evidentemente nunca se separaba. La correspondencia que llega de tierra abajo para las ciudades mineras pasa por ese lugar, y en aquella casa duerme el correo. En el trascurso del año, suelen también llegar algunas cartas para los habitantes de tales regiones. Pronto entramos en conversación sobre asuntos postales, que naturalmente me interesaban vivamente, ansioso como estaba de comunicarme lo más á menudo posible con el resto del mundo. Á pesar del orgullo que aquel hombre sentía por su oficio, eran bastante vagas las nociones que de sus deberes tenía, pues con el deseo de saber cómo iban las cosas de sus vecinos, no hallaba escrúpulo en abrir las escasas cartas que les llegaban; pero no las destruía, sino que tranquilamente las entregaba abiertas. Aunque tal proceder no era del gusto de los demás y lo consideraban una osadía ¿qué diantres podían hacer?

Díjome que le habían contado que yo curaba á la gente. Cuando un hombre se llama doctor, los campesinos de México lo reputan en posesión de todos los conocimientos útiles del mundo. Miróme por un momento aquel hombre robusto de encarnados carrillos, y sin decirme una palabra, me cogió repentinamente una mano que se apretó contra la frente por breve rato, y luego, siempre callado, se la pasó hacia atrás, hasta que mis dedos hubieron tocado una pequeña protuberancia que tenía en la espalda. ¡Aquella era la oportunidad de adivinar su mal!

La próxima vez que fui á su oficina, me recibió con una expresión de extraña vacilación en la cara, y me preguntó á quema ropa: "¿Sabe usté cortar pantalones?" Hacía tiempo que guardaba en su casa una pieza de paño, y me ofrecía pagarme bien si le ayudaba á hacerse unos pantalones, pues practicar curaciones, componer relojes, arreglar máquinas de coser, fabricar aguardiente, servir de sastre, pronosticar el tiempo, todo, todo se espera de un hombre

que llega de tan lejos. Y aquella buena gente se queda atónita cuando uno confiesa su ignorancia en tales materias, lo que toma más bien como falta de buena voluntad para ellos. Es la antigua fe en el médico que sobrevive todavía en el entendimiento de los hombres del pueblo, y los hace ver á los doctores con mayor respeto que á cualquiera otra persona.

Los seres que viven fuera de la civilización se ven reducidos á sus propios esfuerzos en caso de enfermedad. La hija de mi guía mexicano acababa de dar á luz y la placenta se retardaba. Doy en seguida, como cosa curiosa, la lista de varios remedios que se aplicaron para ese caso:

1. Carapacho de armadillo, molido y tomado en un poco de agua. Éste es un remedio tarahumar que se dice es muy eficaz para la perturbación mencionada.
2. La yerba del zorrillo.
3. Que la paciente tenga en la boca media hora su propio cabello.
4. Un pedazo de *Palo hediondo*, hervido.
5. *Urina viri*, media taza. Este remedio es también de uso externo para cortadas y contusiones.
6. Estiércol fresco de caballo prieto. Se le echa un poco de agua, luego se exprime en un lienzo y se bebe en seguida.
7. Sudor de caballo prieto. Se coloca un sudadero que haya acabado de usar el caballo, sobre el abdomen de la mujer.
8. Un cocimiento de cáscara de olmo.
9. Manteca de puerco.

Pasados algunos días, la paciente se recobró, y si fue *propter hoc ó post hoc*, es de conjeturarse.

Guachóchic era admirablemente á propósito para punto central de donde emprender exploraciones en diversos sentidos, por hallarse en la mitad misma de la región de los tarahumares, bien que los mexicanos se han apropiado las mejores tierras del alrededor en donde tienen hoy extensos y fértiles ranchos. Hacia el oriente, rumbo á los

pueblos de Tonachic y Lagunitas, la ancha faja de tierra de labor y de pasto hasta el Parral es exclusivamente propiedad de los mexicanos.

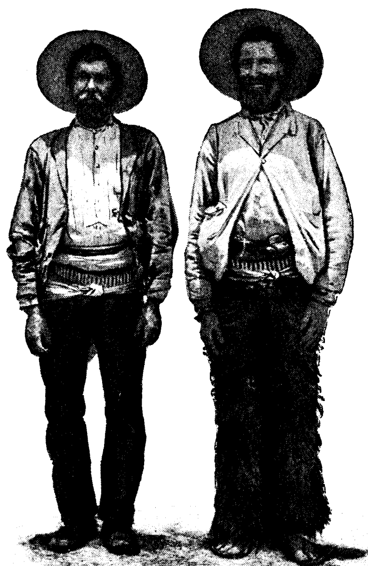
Pero en las inmediaciones de Guachóchic, al oeste y sur, están las cumbres y barrancas que corren hacia Sinaloa, las cuales se hallan habitadas por tarahumares paganos. Los indios ejercen al norte indisputable dominio sobre la dilatada región de montañas, de mesas cubiertas de pinos y copiosos arroyos que corren alrededor de los pueblos de Norogáchic, Pamáchic y Nararachic, donde residen los tarahumares más independientes que quedan, desafiando todavía á los blancos á que les quiten sus tierras. Son más valientes que los demás, y no se intimidan fácilmente.

Lo primero que tuve que hacer, después de establecer mi campamento cerca de Guachóchic, fue conseguirme mulas fuertes y la gente necesaria para que me llevasen los avíos que habían quedado en Tasajisa. Tras una semana de ausencia, todo, animales y objetos, me llegó sano y salvo.

Guachóchic nada tiene de interesante, y en aquella estación sobre todo se veía tristísimo debido á la falta de cosechas de que había estado sufriendo la sierra por los dos últimos años. Nunca es fácil conseguir muchas cosas, pero entonces ni maíz ni frijol había quien vendiera. Por lo mismo, era una fortuna comer con don Miguel, cuya mujer cocinaba muy bien, y quien, atendidas las circunstancias, tenía muy buena mesa. Pudo darme también algunos informes generales sobre los indios; pero no sólo allí, sino en muchas otras partes de México, á menudo me dejaba estupefacto la ignorancia de los agricultores mexicanos acerca de los indios que vivían á sus puertas. Salvo ciertos especialistas distinguidos, aun los mexicanos inteligentes saben muy poco de las costumbres, y mucho menos de las creencias de los aborígenes. En lo que mira á los paganos de las barrancas, no pude adquirir más noticia que la certidumbre del general desprecio que se les tiene por salvajes, *bravos* y *broncos*.

Un mexicano á quien interrogué relativamente á ciertas cuevas, figurándose que lo único que andaba yo buscando era el dinero que en ellas pudiera haber oculto, me dijo que en una había enterrados 12.000.000 de pesos, cerca del mineral de Guadalupe y Calvo, aguardando á que los desenterrasen. Era, pues, al principio, extremadamente difícil determinar con claridad cuál sería el mejor camino para emprender mis investigaciones, y lo único que me quedaba que hacer era buscar por mí mismo el campo más adecuado para efectuar largas excursiones á los dominios de los tarahumares en compañía de un intérprete inteligente. ¡Y ahí estaba el clavo! Hay por aquella parte de la sierra cierto número de hombres que se ganan la vida traficando con los indígenas, y que habiendo nacido y criádose allí, hablan la difícil lengua de los tarahumares tan bien como los mismos indios. Como cada quien opera en determinado distrito, dentro de cuyos confines ejerce el monopolio del comercio con los naturales, sucumbe casi siempre á la tentación de engañar á los cándidos indios quitándoles sus pequeñas propiedades; mas al punto como se lo descubren, pierde la influencia que tenía. Acompañarme de un hombre de esa calaña, hubiera sido desastroso para mi objeto. El deber del *lenguaraz*, que es como llaman al intérprete, es allanarle al viajero el camino entre los desconfiados indios, por medio de hábiles palabras; conseguir provisiones, cerrar tratos y explicarles el objeto de la visita. Es obligación suya, no menor, obtener de ellos todos los informes posibles, lo que puede bien equivaler á un día de pesado trabajo y grande esfuerzo de paciencia para hacer todas las preguntas aparentemente fútiles que son necesarias á fin de saber lo que realmente piensan los indios. Ya se comprenderá, pues, hasta qué grado está uno á la merced de su lenguaraz, y cuán importante es para el éxito de una expedición encontrar uno honrado, lo que no se consigue sino á fuerza de ir probando uno tras otro.

Todos los indios de cerca de Guachóchic parecían deprimidos, pobres y hambrientos. La mayor parte de sus animales se les habían muerto por falta de alimento, y tenían que vender á cambio de maíz los pocos que les quedaban. Dos tarahumares que se dirigían al Parral para comprar trigo, murieron de hambre en el camino. Los indios atribuyen los malos tiempos á la presencia de los blancos que los han privado de sus tierras y de su libertad, y creen que los dioses, irritados contra los blancos, se niegan á enviar la lluvia.



Intérpretes tarahumares.

En verano, especialmente en julio, se produce una especie de falsa trufa, en las altiplanicies de Guachóchic, que sirve de alimento á los indios. Crece abundantemente á dos pulgadas bajo tierra, sobresaliendo un poco, y se encuentra también bajo los troncos de los árboles caídos. Los perros ayudan á encontrar dicho hongo, y tanto les gusta, que van por sí mismos á buscarlo. Los cerdos engordan con el mismo alimento, que asimismo comen los coyotes, osos y zorras. El profesor W. G. Farlow lo considera una variedad del *Melanogaster variegatus*, que llama *Mexicanus*. Sabe á pera demasiado madura, con ligero olor de cebolla, la primera vez que se muerde. El *Melanogaster variegatus* ordinario se come en Europa y es muy estimado por su agradable sabor.

Era molesto viajar durante la estación seca, á causa de la

dificultad de encontrar provisiones y pastura; pero me resolví á emprender de cualquiera manera una excursión al noreste, sabiendo que habría yerba fresca al punto como cayeran algunas tempestades que no son raras en dicha estación. Á fines de junio escogí algunos de los animales más vigorosos, y dejando los demás al cuidado de uno de mis mexicanos, emprendí la marcha con otros dos. Como si la fortuna lo hubiera dispuesto, nos cayó en nuestra primera parada un fuerte chaparrón, y continuó después persiguiéndome la lluvia, con gran complacencia de los indios que visitaba, quienes durante largo tiempo habían estado haciendo rogativas y danzas porque lloviera. Cierto día presencié el imponente espectáculo de tres tormentas que venían de diferentes direcciones. La del sur despedía de su negra masa de nubes haces de relámpagos sobre el límpido cielo; pero á la postre, no llovió gran cosa.



Sendero de los indios cortado sobre la cumbre.

No tuvimos trabajo en encontrar camino de Guachóchic

á Norogáchic, pues advertí en cierto lugar un sendero de los indios que ascendía por una loma, al parecer de toba volcánica, en el que, para facilitar la subida, se habían formado, en una extensión de doscientos pies, unos escalones, ahora ya gastados y viejos. Seguí mi camino entre los ranchos indios hacia Norogáchic, residencia del único sacerdote que vive ahora en la región de los tarahumares. El nombre del lugar contiene una alusión á cierta roca de las cercanías. Hay otro sacerdote que presta alguna atención á los tarahumares, pero vive en Nonoava, y sólo les hace visitas anuales para bautizar á los niños ó casar á los adultos que desean las bendiciones de la iglesia.

CAPÍTULO XI

UN SACERDOTE Y SU FAMILIA NOS HACEN AGRADABLE EL DESIERTO—RELIQUIAS ANTIGUAS SEMEJANTES Á LAS VISTAS EN SONORA—EL CLIMA DE LA SIERRA—FLORA Y FAUNA—AGRICULTURA TARAHUMAR—CEREMONIAS PARA LAS SIEMBRAS DEL MAÍZ—DESMEJORAMIENTO DE LOS ANIMALES DOMÉSTICOS—PERROS INDÍGENAS DE MÉXICO.

FUI á visitar al padre, y lo encontré persona muy sociable, de buena presencia y enérgica complexión, con algo de sangre india en las venas.

Quejóse conmigo de la desidia de los naturales para asistir á misa; de que ninguno pagaba diezmos, ni había medio de obligarlos á ello. Á casi todos los consideraba gentiles, y apenas acudía á las fiestas un millar de nativos. Llegan al pueblo la víspera por la tarde, y después de asistir á maitines, se entregan á beber, lo que hace que el verdadero día de la fiesta no se hallen en condiciones de ir al templo.



Roca esculpida cerca de Norogáchic.

Cree que hay entre los tarahumares algunos de gran talento, pero que, como no cultivan sus facultades mentales,

puede decirse que son diamantes en bruto. En opinión del padre, no solamente los indios, sino aun los mexicanos que viven con éstos, pronto volverán á caer en la idolatría.

En las condiciones que guarda, es una fortuna para aquel sacerdote el que su físico se preste para contrarrestar cualquiera emergencia. Amonestaba una vez á los habitantes del pueblo vecino de Tonachic ("donde hay pilares"), en un vigoroso sermón, á corregir sus costumbres. Al ir saliendo de la iglesia, un bergante que se dio por aludido, lo embistió con un palo, pero el padre logró desarmarlo y propinó á su asaltante, con su propia arma, tal zarabanda de golpes que lo hizo guardar cama por quince días.

Me enseñó su imponente iglesia de adobe, construída en la época de los misioneros. El techo de ella estaba infestado de millares de murciélagos, cuyo olor era tan insoportable, que me alegré de que saliéramos. Con él vivían en aquel apartadísimo rincón de la cristiandad, su anciana madre y seis hermanas que nos trataron con toda la hospitalidad que les permitían sus escasos medios, y fueron especialmente de nuestro gusto los macarrones con que nos regalaban.

Hallábase con la familia del buen sacerdote una indita huérfana, de cinco años de edad, niña en extremo dulce y simpática á quien enseñaba aquél á leer y á escribir, y que había aprendido las letras en dos meses.

El padre, con su natural oficiosidad, me ayudó á conseguir indios que se dejasen fotografiar, y aun insistía en colocármelos frente á la cámara. Sus esfuerzos, sin embargo, tendían más bien á lograr el triunfo artístico que la verdad científica, queriendo, por ejemplo, adornar á los indios con plumas de pavo real. Con todo, cedió á mi sugestión de que serían más á propósito las plumas de guajolote, y al punto mandó coger uno de los que tenía en casa para arrancarle algunas de la cola. La única muestra de aprecio con que me era posible corresponder la desinteresada

bondad de aquella familia, fue fotografiarlos también, lo cual constituía una nueva sensación para ellos. Al hacerles mi oferta me pidieron las señoras que lo dejásemos para el día siguiente, á fin de arreglarse el pelo y vestirse convenientemente.



Niña tarahumar de cerca de Norogáchic.

Tocó en seguida su turno de ponerse guapo al presidente municipal del pueblo, pero en esa vez ocurrió un accidente con la cámara: rompióse el anillo que sujeta la lente, y se cayó. Este percance, ocurrido á tantas millas lejos de la civilización, era bastante serio; pero las hermanas se mostraron á la altura de la situación. Gracias á que su padre había sido hojalatero, entendían el oficio y tenían los útiles necesarios; de suerte que pronto quedó soldado el anillo, y tan bien, que duró pegado hasta el año siguiente que regresé á los Estados Unidos.

Norogáchic está situado en la parte más populosa de la región de los tarahumares, y su presidente ejerce su autoridad sobre todo el extenso distrito del alrededor. Díjome que su municipalidad contaba con 4.168 almas, entre las cuales había 300 mexicanos. Con ayuda de un mexicano muy inteligente, hice un cálculo aproximado del número de indios pertenecientes á Tonachic y Guachóchic, vecinos de Norogáchic, estimando que habría en los primeros 350 familias, y 250 en el último. Considerando cada familia compuesta de ocho miembros, se tendría una población de 4.800 almas. De suerte que la parte más populosa de la región

tarahumar, inclusas las tres municipalidades de Norogáchic, Tonachic y Guachóchic, contendría una población aproximada de 8.500 indios.

Como el presidente municipal de Norogáchic es hombre honrado y habla la lengua nativa, ejerce gran influencia sobre ellos, y cierta vez que se habían reunido en gran número y amenazaban vengarse de un abuso, pudo impedir el desastre; pero lo que más le favorecía probablemente en opinión de los indios eran los ojos inyectados de sangre con que la naturaleza lo había dotado, por ser rasgo generalmente considerado como propio de los poderosos hechiceros.

Llevónos un día á la cumbre de una colina donde había, dispuestas en círculos, algunas piedras que sobresalían del suelo como pie y medio, que nos recordaron otras que habíamos visto en Sonora colocadas en disposición semejante, pero ninguna tan grande ni de carácter tan primitivo. Había por todo nueve círculos cuyo diámetro variaba desde nueve á trece pies. Uno de ellos, sin embargo, medía únicamente cinco pies de ancho, y las piedras que lo formaban sobresalían dos pies. Junto á él había otro círculo igualmente reducido, y otro más á corta distancia. En una pequeña meseta encontré una punta de flecha de obsidiana, y había también algunos tiestos de ollas, pero de la misma clase de las que actualmente usa aquel pueblo.

Los naturales cuentan, con toda exactitud, sólo tres estaciones: la seca, la lluviosa y el invierno. La primera dura de marzo á junio, y es muy cálida y ventosa. Entre julio y agosto se tienen por lo general como seguros los aguaceros y tormentas, pero las mañanas son brillantes. Rara vez se extienden las lluvias sobre amplio territorio, sino que son aguaceros locales, lo que de continuo causa desazones á los agricultores al mirar deshacerse en ráfagas de viento los negros nubarrones que parecían acercarse saturados de agua. La cresta de una montaña puede hacer que las nubes cambien de curso, y mientras en un valle está diluviando, á

no lejana distancia se halla toda la vegetación tostada por el calor. En setiembre y octubre son más constantes las lluvias y duran más ó menos una semana.

Á principios de las aguas (en julio y agosto) llegan las lluvias del suroeste, pero después son acarreadas también por los vientos del noreste. En invierno soplan constantemente los aires de sureste á norte y son bastante molestos mientras uno no se ha hecho á ellos. Tampoco es rara la nieve, y ha habido indios que queden muertos en ella cuando los sorprende borrachos alguna helada.

El clima de la sierra, aunque no tan agradable, debido



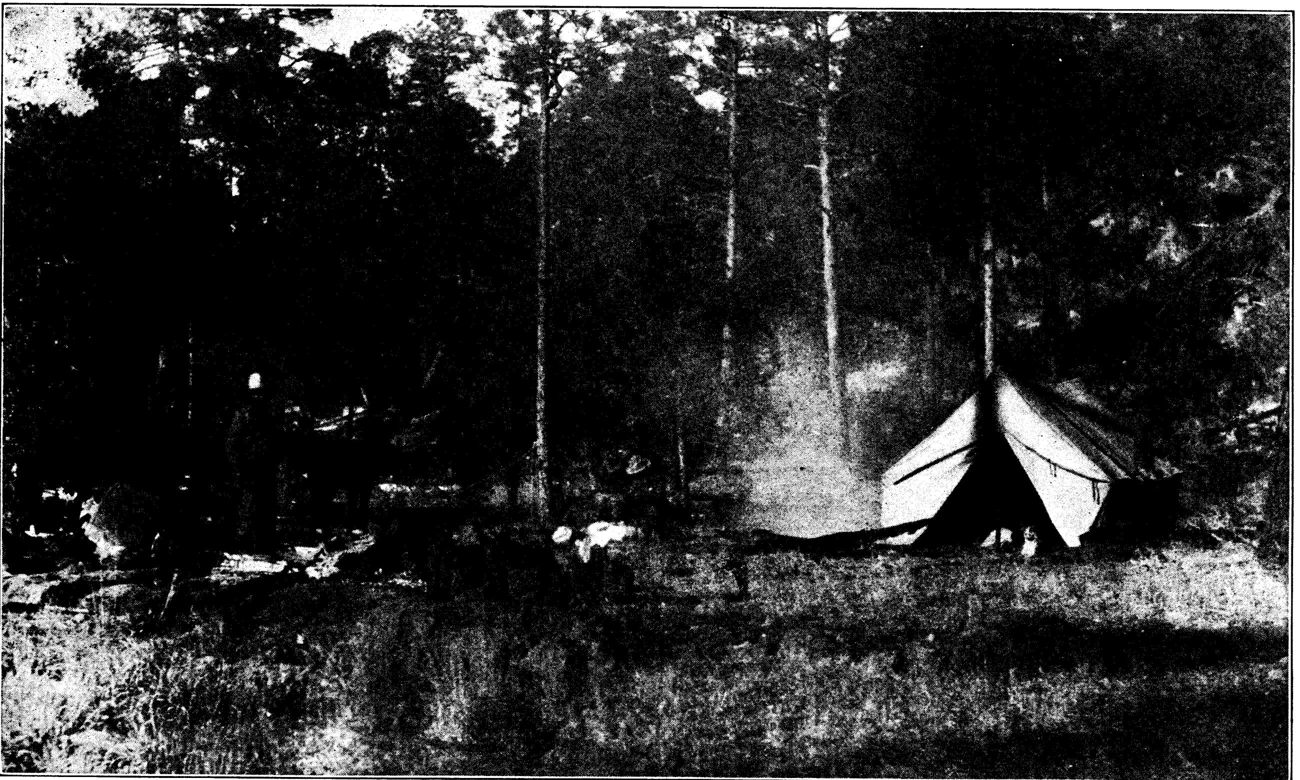
Roca esculpida cerca de Norogáchic.

á los continuos vientos, es en extremo salubre, no excediendo nunca el calor de 97° F., al par que las noches son deliciosamente frescas. No se conocen allí las enfermedades pulmonares. Habiéndole preguntado á un doctor americano, largo tiempo establecido en Guadalupe y Calvo, su opinión respecto á la salud de la gente, me contestó: "Aquí en la sierra todos son desgraciadamente sanos, pues no se produce ninguna enfermedad, no obstante no tenerse precauciones sanitarias de ningún género con los cementerios, ni con los albañales, ni con una curtiduría que está á la orilla del río. Cuando hace años llegó el cólera á las montañas, no mató á

nadie, y los enfermos se curaban tomando sencillamente un baño del modo que acostumbran." Sin embargo, en la parte baja de las barrancas, donde á menudo es excesivo el calor, el clima está lejos de ser sano, y he visto, aun á indios, enfermos de fiebre y de intermitentes, que generalmente contraen durante las aguas.

Entre ambos extremos, en las faldas de la sierra, hacia la tierra caliente, á una elevación de 5.000 pies, encontré el clima más delicioso que he conocido: una primavera al parecer eterna, el aire puro, y la temperatura notablemente igual. Cuéntase que una mexicana, hallándose en aquella parte del país, rompió su termómetro creyéndolo descompuesto porque el mercurio nunca se movía. La placidez del tiempo me llamó especialmente la atención cierta vez, después de una prolongada estancia en el reconfortante, pero airoso clima de la sierra. Me había resfriado la noche anterior y no me sentía muy bien á medida que, montado en mi mula, bajaba la pendiente de la montaña; pero el sueño y aquel aire deliciosamente embalsamado pronto me pusieron bien. Jugueteaba en ocasiones á nuestro derredor un grato cefirillo que cesaba invariablemente á la hora de ponerse el sol. La noche era encantadoramente serena, el tiempo enfriaba ligeramente por la mañana, y nada me perturbaba mientras dormía bajo una corpulenta higuera, á no ser los mordiscos de higos que las multitudes de murciélagos alojados en sus ramas arrojaban á veces, pues se entregaban por la noche á comer la fruta con el mismo apetito con que nosotros lo hacíamos por la tarde.

Al atravesar los pinares de las altiplanicies, nada encuentra el viajero que le advierta que está en latitudes meridionales, á no ser tal cual agave nacido entre las rocas y los caprichosos cactos que, no obstante ser tan característicos de la vegetación mexicana, son relativamente escasos en lo alto de la sierra. El cacto que aparece de cuando en cuando, y que se encuentra á menudo plantado junto á las habita-



Mañana de invierno en la Sierra.

ciones de los naturales, es el nopal, cuyo jugoso fruto, llamado tuna, y sus pencas proporcionan importante alimentación á los indios. Hay también algunas especies de *Echinocactus* y *Mammilaria*, más no se crea que los cactos constituyen un rasgo característico en las alturas de la sierra.

Á lo largo de los riachuelos que corren en los numerosos vallecitos, encontrábamos esbeltos fresnos, á más de abedules, arbustos, *Euonymus* de brillantes cápsulas rojas, sauces, etc., haciéndose notar asimismo el madroño con sus bonitas y sabrosas bayas semejantes á las fresas.

Las flores, en general, no son abundantes en la sierra. La primera que aparece á la orilla de las corrientes, y la última que se va, es el modesto *Mimulus* amarillo. Pueden mencionarse también varias formas de colombina (*Aquilegia*) y de ruda pratense (*Thalitrum*). En agosto y setiembre he visto las colinas que hay en la falda de la sierra al noroeste del pueblo de Panaláchic (Banaláchic; banalá = *cara*, es decir *la faz de una gran roca cercana*), vestidas de grandes flores escarlatas y de otras amarillas, llamadas *baguis*, que dan á aquellos sitios apariencia de jardines. Noté en la misma localidad dos clases de hermosos lirios, el uno amarillo y el otro con una sola flor grande y roja. Los tarahumares tienen nombres para todas esas plantas.

Merece, sin embargo, principal mención la *Amaryllis*. Como el azafrán y las campanillas blancas de los climas septentrionales, aparece antes de que reverdezca la yerba. Es un verdadero placer para los ojos encontrar sobre aquel seco y arenoso terreno, y á una altura tan fría, aquella flor exquisitamente bella que únicamente aprecian allí los colibríes. Son numerosas en cierta época del año las plantas comestibles, tales, por ejemplo, como *Mentha*, *Chenopodium*, *Cirsium* y el berro común; pero las frutas y las bayas son escasas, siendo las más comunes las zarzamoras.

Aunque no es particularmente abundante la vida animal

en la sierra, hay con todo bastantes venados, osos, leones, y muchas clases de ardillas y ratas. De cuando en cuando se encuentra el jaguar (*felis onza*) en lo alto de las barrancas. Las aves más notables por allí son las águilas, los halcones, pavos, tordos y cuervos. El pavo es llamado por los tarahumares, *tshīví;* por los mexicanos de la Sierra de Chihuahua, *guajolote*, en tanto que más al sur se le designa con el nombre de *cócono*. De cuando en cuando se mira el verde trogonido de brillante plumaje.

Hay muchas especies de carpinteros muy conocidas de los tarahumares, que las designan con nombres especiales. El carpintero gigante se encuentra en los lugares más remotos, pero se halla á punto de quedar exterminado, porque sus polluelos son para los naturales manjar tan delicado que no vacilan en derribar los árboles más grandes para apoderarse de sus nidos, y los mexicanos les dan caza por creer que sus plumas son benéficas para la salud. Á este efecto se las colocan sobre las orejas y en la cabeza para recibir el magnetismo que les suponen, y librarse de los maléficos efectos del viento. En el período del celo, dichas aves producen cierta charla que no era desagradable para mis oídos, pero que irritaba muchísimo á uno de los mexicanos que me servían, induciéndolo á matar á los fastidiosos pájaros.

El maíz es el producto agrícola más importante de los tarahumares, pudiendo estimarse, por término medio, la cosecha de cada familia, de seis á doce fanegas. Un indio excepcionalmente rico que ya murió, llegó á levantar hasta cuatrocientas fanegas anuales, pero este hecho es único en la historia de la tribu. Asimismo cosechan frijol, calabazas, chile y tabaco, todo en bajísima escala. En las altiplanicies suele todavía usarse el primitivo arado ya descrito (página 121), aunque va siendo rápidamente sustituído por los de modelo mexicano. En los arroyos y barrancas, donde es imposible arar por las condiciones del terreno, recurren los indios al antiguo sistema de agricultura, todavía en boga

entre los naturales más remotos de México, llamado *coamillar*. Cortan árboles, desmontan un espacio de tierra y lo dejan así descubierto hasta que están á punto de comenzar las aguas, procediendo después á quemar la maleza, que ha quedado por entonces completamente seca, y á plantar el grano en las cenizas. Para esto, hacen simples agujeros en el suelo con una estaca, echan en ellos algunas semillas y las cubren con el pie. No tengo noticia del número de granos que siembran en cada hoyo; pero los tepehuanes ponen cuatro. Compran generalmente sus azadas á los mexicanos ó las fabrican de ramas nudosas. Las mujeres nunca ayudan á arar, pero no es raro que se ocupen en sembrar y cavar, y aun en recoger la cosecha.

El suelo de la sierra puede producir buenas mieses, sin necesidad de abono, por tres años seguidos, pero en los anchos valles de la montaña y en las mesas puede una familia cultivar el mismo campo, año tras año, por veinte ó treinta estaciones. En las barrancas, en cambio, no se hace el cultivo por más de dos años, porque es tanto el desarrollo que en ese tiempo alcanza la mala yerba que casi sofoca á las milpas. Se atiende á la plantación desde á mediados de abril hasta la primera semana de julio, y la cosecha comienza hacia la primera semana de octubre prolongándose hasta principios de diciembre.

Todos los requerimientos del cultivo se practican en común, y así es como se desmontan los campos, como se aran (pues cada surco es abierto por distinto individuo), como se siembran, escarban, rozan y siegan, y así también se recoge la leña para las fiestas, y se pesca y se caza.

El que quiere sembrar su campo, la primera providencia que debe tomar es hacerse de buen acopio del estimulante nacional que es una especie de cerveza llamada *tesgüino* ó *tejuino*, pues mientras en mayor cantidad la tenga, más grande será el terreno que cultive, porque dicha bebida es el único pago que esperan y reciben los que le ayudan.

El propietario y sus hijos hacen siempre solos el trabajo del primer día, antes de que sus amigos y vecinos acudan. Comienzan, con todo empeño, á limpiar de piedras el campo, retirándolas á brazos ó en frazadas, y cortan la maleza. Sacan asimismo *tesgüino* é *izquiate*, y todos los hombres, en mucha parte bajo la influencia del licor, trabajan con la animación de activas é incansables hormigas.

Una vez que se ha concluído de romper y desherbar la tierra, apodéranse los labradores del dueño del campo, y atándole los brazos por detrás, cargan sobre su espalda todos los útiles, es decir las azadas, bien aseguradas con cuerdas. En seguida se forman en dos hileras, dejando en medio de ambas al dueño, y dando todos frente á la casa, hacia la cual marchan luego. Los dos hombres que encabezan las filas, échanse simultáneamente á correr con rapidez como unas treinta varas adelante; se cruzan y regresan corriendo á lo largo de las dos columnas; vuelven á cruzarse por la retaguardia, y tornan uno y otro á alinearse al fondo de su fila. Al cruzar por el frente y por detrás de las hileras, se golpean la boca con el hueco de la mano y lanzan alaridos. Tan presto como han vuelto á enfilarse, parten los dos que han quedado en el frente corriendo de la misma manera, y siguen, sucesivamente, pares por pares, efectuando la misma evolución, en tanto que la comitiva continúa avanzando hacia la casa.

Á corta distancia de ésta, hacen una parada y salen á encontrarlos dos muchachos con pañuelos colorados sujetos á unos palos, á modo de banderas. El padre de la familia, todavía amarrado y con las azadas á cuestas, se adelanta solo y se arrodilla frente á la puerta de su casa. Los jóvenes tremolan sobre él sus banderas, y las mujeres de la familia salen y se hincan con la rodilla izquierda, primero hacia el oriente, y después de breve rato, hacia cada uno de los otros puntos cardinales, oeste, sur y norte.

Para concluír, hacen ondular las banderas en frente de

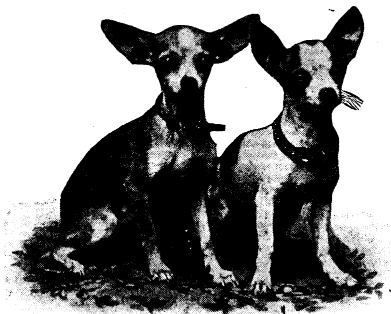
la casa. El padre se pone en pie para que lo desaten, hecho lo cual, saluda al punto á las mujeres con la salutación usual "¡Kwira!" ó "¡Kwirevá!" y entran todos en la casa donde el jefe de ella les dirige un breve discurso dándo á todos las gracias por la ayuda que le prestaron, pues ¿qué hubiera hecho él para poder trabajar sin ellos? Le han proporcionado un año de vida (es decir, el sustento para pasarlo), y él, por su parte, les dará tesgüino. Y en efecto, entrega á cada uno de los presentes un guaje lleno de dicho licor y designa á un individuo para que distribuya más.

Idéntica ceremonia tiene lugar después de abrir los surcos y después de la siega, haciendo en la primera vez que el hombre atado lleve el yugo del buey, pero en la segunda no se le carga con nada.

Los tarahumares surianos así como los tepehuanes del norte, en tiempo de cosecha, juntan los elotes, amarrándolos de dos en dos con las mismas hojas que los cubren. Los escogen de milpas que tengan por lo menos tres ó cuatro mazorcas y hacen tejuino con ellos. En la fiesta de la siega, riegan cañas de milpa y tallos de calabaza, y se ponen á bailar *cuvala* sobre ellos.

El tarahumar cuida bien sus animales domésticos y nunca los mata si no es para ofrecer un sacrificio. Guarda por la noche á las ovejas y cabras dentro de cercados ó en cuevas. El pastor sigue á su rebaño hasta el lugar que los animales eligen para comer, y nadie pastorea mejor que los tarahumares que confían sabiamente en el instinto natural de sus greyes. No se precian de castas. Es sorprendente el número de moruecos con dos pares de cuernos que hay en la tribu. En cada rebaño se ven dos ó tres de ellos, un par caminando en el frente y el otro por un lado. He visto algunos con tres pares de cuernos. Cerca de Nonoava, donde los indios están muy mexicanizados, hacen mantequilla y queso, empleando cuajos de vaca, oveja y venado, pero no beben leche, porque dicen que los entontece, ni la dejan

beber á sus hijos. No gustan mucho de los perros si no es para sus cacerías, y los muchos que andan alrededor de las casas tienen que buscarse la vida como mejor pueden. Son todos perros cruzados de la clase que se encuentra entre los indios de hoy día; son generalmente de color parduzco y no grandes, pero los hay también amarillos y de orejas paradas.



Perros de Chihuahua.

Los llamados perros de Chihuahua, muy apreciados entre los aficionados, sólo se encuentran en la capital del Estado. Son pequeños y muy tímidos, con grandes orejas y ojos saltones. Entiendo que los de color pardo amarillento son considerados como la mejor casta, pero se encuentran de muy diversos colores, desde el blanco de nieve y blanco y negro hasta el moreno oscuro. Dícese que tienen una pequeña cavidad arriba de la cabeza, aunque según algunas autoridades tal señal no es infalible en la raza, que parece indígena. Los mexicanos iletrados, en su tendencia á referir todo lo bueno á Moctezuma, creen que los perros puros de Chihuahua descienden de los que dejó aquel cerca de Casas Grandes en la época en que marchó al sur, los cuales cayeron después en estado salvaje y degeneraron en las marmotas que hoy existen.

Otro perro indígena de México es el que carece de pelo, el cual es asimismo objeto de mimo, y se encuentra en toda la República. Se le atribuyen virtudes curativas, por cuya razón los conservan algunos en sus camas durante la noche.

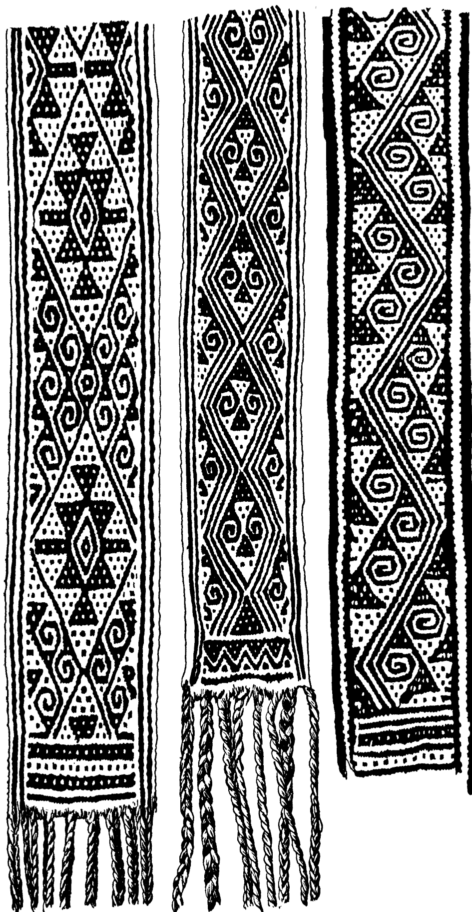
CAPÍTULO XII

LOS TARAHUMARES ME SIGUEN TENIENDO MIEDO—DON ANDRÉS MADRID SE PONE DE MI PARTE—LADRONES MEXICANOS APREHENDIDOS POR LOS TARAHUMARES—MANERA DE ENTERRAR EN LAS ANTIGUAS CUEVAS—VISITA Á NONOAVA—LOS INDIOS CAMBIAN DE PARECER ACERCA DE MÍ Y ME TIENEN POR EL DIOS DE LA LLUVIA—LO QUE COMEN LOS TARAHUMARES—BONITA IGLESIA EN EL DESIERTO—HALLO AL FIN UN INTERPRETE DE CONFIANZA Y COMIENZO Á VIVIR COMO LOS INDIOS.

AL ir avanzando, encontraba á los naturales hoscos y temerosos de mí. Uno que se había ocultado, pero que al rato tuvo que salir de su escondite, me preguntó bruscamente: "¿No es V. el hombre que mata á las muchachas y niños gordos?" En otra ocasión me tomaron por el famoso bandido Pedro Chaparro, que había engañado notoriamente á los indios. El guía no se interesaba sino á medias por mí, temiendo que el verle conmigo lo perjudicara en su comercio con los indios, para quienes era especialmente sospechoso lo que yo escribía en mi libro de notas, considerándolo como una prueba de que pretendía quitarles sus tierras. Recogí, con todo, muchas é interesantes observaciones, á pesar de las dificultades, casi desesperantes, con que tenía que luchar.

Sentí positivo descanso cuando á principios de agosto, seis semanas después de salir de Guachóchic, llegué á Guajóchic (guajo = *zancudo*, mosquito), una de las estaciones de los atajos que acarrean mineral entre Batopilas y Carichic. El hombre encargado de aquel solitario puesto de vigilancia, Andrés Madrid, llegó á serme muy interesante. Nacido

de padres tarahumares, en la ciudad de Carichic, había recibido muy liberal educación mexicana y mexicano era de hecho, aunque de corazón simpatizara con la tribu. Había sido su abuelo un conocido brujo ó curandero, á quien de muchacho había acompañado don Andrés en sus excursiones. Era inteligente, advertido y vivaracho, de fuerte vena humorística y muy conversador. Generoso para informar acerca de los indios y conocedor de la lengua nativa, hubiera sido un intérprete ideal, á no ser porque se fatigaba con suma facilidad. Sólo por fracciones y disponiendo de abundancia de tiempo es como conseguiría un etnologista sacar utilidad de las cualidades de aquel hombre. Como era bueno y ayudaba á los indios, así como por ser el representante de las autoridades mexicanas, profesábanle un respeto rayano en adoración.



Fajas tarahumares.

Como sabía cuanto pasaba en la sierra, ya le habían hablado de mí provocando su risa con las propensiones de canibalismo que me atribuían. Envió inmediatamente un

mensajero á Nararachic para dar aviso de mi llegada al capitán, pidiéndole que encargara á los indios presentarse para ser retratados por un hombre que llegaba de parte de Porfirio Díaz (nombre que equivale á un conjuro) para recibir todo género de informes acerca de los tarahumares. Nararachic es un pueblo insignificante á que pertenecen los indios de esa localidad, y cuyo nombre significa "donde uno estaba llorando."

La protección de don Andrés me fue benéfica en muchos sentidos. Cuando vieron los indios, desde los cerros del alrededor, plantada mi tienda á un lado de su casilla, comprendieron que no debía yo de ser tan malo, puesto que el bueno de don Andrés me trataba.

Los naturales de las cercanías acababan de tener la sensación de pelear con cuatro ladrones de verdad que varias veces les habían abierto sus trojes ó bodegas mientras estaban ocupados en alguna fiesta, y de quienes al fin habían logrado apoderarse. Los ladrones viajaban á pie, pero tenían un caballo de carga en que llevaban todas las frazadas y pañuelos robados, cuyo valor total ascendía á $112. Reuniéronse en el espacio de cuatro á cinco horas hasta sesenta y cinco tarahumares que obligaron á los ladrones á refugiarse en una cueva, en donde estuvieron defendiéndose con sus rifles durante varias horas. Los tarahumares comenzaron por lanzarles piedras, pues no querían desperdiciar sus flechas, hasta que llegó don Andrés, á quien habían enviado aviso, é indujo á los ladrones á rendirse, pero á duras penas pudo impedir á los tarahumares que los atacaran. "¿Qué importa, decían, que maten á uno ó dos de nosotros?" Tan cobardes como aparecen los tarahumares cuando están en poco número, son temerarios si se ven reunidos muchos. Son inofensivos cuando no se les molesta, pero ni olvidan ni perdonan una injuria. Varias ocasiones han matado á los blancos que han abusado de la hospitalidad que les dieron, y aun hubo vez que, exasperados por las vejaciones,

amenazaron con exterminar á todos los blancos en algunas porciones de su territorio.

Los ladrones fueron conducidos por una escolta de indios á la pequeña ciudad de Carichic, y de ahí, enviados á Cusihuiriáchic ("donde está el poste") para que los juzgaran. Este lugar se halla como á cien millas de Nararachic, y como durante las siguientes semanas se estuvo citando á los indios para que se presentasen á declarar como testigos, lo que les originó muchas molestias, estaban arrepentidos de no haber matado á los malhechores, y aun hubiera sido mejor, decían, dejarlos que siguieran robando.

Durante la lucha, el gobernador había recibido una bala en el pecho. Quince días después vile fumando un cigarrillo, ya de alivio, y á los pocos más fue también á Cusihuiriáchic. Pasados algunos meses, lograron los ladrones evadirse de la prisión.

En una excursión de unas diez millas por el pintoresco Arroyo de las Iglesias, pasé frente á diecisiete cuevas, de las que sólo una estaba habitada. Todas, sin embargo, habían servido de habitación antes de que hubiera alejado á los indios la construcción del camino á Batopilas.

Vi también algunas grutas-habitaciones antiguas. Eran de considerable interés algunas cuevas sepulcrales cerca de Nararachic, especialmente una llamada Narajérachic ("donde bailan los muertos"). Un mexicano había estado sacando salitre de allí durante seis años para fabricar pólvora, y la cueva se hallaba muy registrada cuando la visité; pero siempre logré sacar unos treinta cráneos bien conservados y algunos esqueletos completos, momificados en el salitre. Encontramos también algunos lienzos con plumas entretejidas, unos pedazos de obsidiana y de hilo azul, pero ningunas armas ni utensilios. Según me dijo el minero, que parecía verídico, había desenterrado más de cien cuerpos. Generalmente se encontraban á dos pies y medio de la superficie, y á veces había otros abajo. Con muchos de ellos en-

contró adornos para las orejas, hechos de concha, semejantes á los que usan hoy los tarahumares, además de algunos tejidos de fibras y un jarro de frijoles.

Algunos meses más tarde, en Aboreáchic (tarahumar: Aoreachic = donde hay cedros), examiné una cueva sepulcral donde se enterraron los cadáveres de modo diverso de como se ha descrito hasta ahora. Es algo difícil llegar á la cueva, á la que hay que subir á una altura de 300 pies, por un trayecto tan empinado en algunas partes que se han abierto agujeros para que sirvan de escalones á los que trepan. Al llegar al extremo, encontré una espaciosa caverna que se había utilizado como cementerio, pero cuya peculiaridad había atraído desgraciadamente á los buscatesoros que en toda ella habían dejado señales de su mano destructora. Pude ver todavía que cada cuerpo había sido colocado en su fosa, las cuales eran oblongas ó circulares, revestidas de una capa de zacate y lodo, y como de tres pies de profundidad. Aparentemente no se había puesto tierra sobre el cadáver mismo, sino que sólo se le había rodeado de tablas longitudinales á manera de caja. Los cuerpos están inclinados y tendidos de costado. Sobre las tablas superiores se había extendido una capa de corteza de pino como de una pulgada de espesor, cubierta á su vez por otra capa de tierra y escombros de tres pulgadas de gruesa, y ésta se había revestido con la mezcla de zacate y lodo en forma de un sólido disco de cuatro ó cinco pulgadas de grueso, cuyo borde, por sobresalir ligeramente de la fosa, se alzaba á nivel un poco más alto que el del suelo. Saqué de allí cuatro cráneos, un pedazo de tela excelentemente tejida de fibra vegetal, otro pedazo tejido con plumas de pavo común y un fragmento de aguja de madera.

Me dijo don Andrés que en las cercanías de Nararáchic había observado sistemas semejantes de enterrar á los muertos, y debo mencionar que el individuo que había hecho excavaciones en la cueva sepulcral próxima á Nararáchic de

que hice mención, me contó que había encontrado fosas algo semejantes en su gruta, hechas del mismo material, pero de diferentes tamaños, no mayores de dos pies, y que las había visto vacías.

Los antiguos modos de colocar los cadáveres que reconocí en la región de los tarahumares, son semejantes á los de Nararáchic ó de Aboreáchic, y difícilmente pudiera dudar que los cuerpos enterrados allí sean de tarahumares. Los indios de hoy tienen á dichos muertos por sus hermanos y los llaman Anayauli, es decir los antiguos.

Pasé de Guajóchic á Nonoava (en tarahumar: Nonoa, nōnó = *padre*), bien que esta ciudad se halla fuera de la región tarahumar propiamente dicha. Sus habitantes como es de suponer, están muy mexicanizados y van perdiendo su lengua, religión y costumbres. Conservan muchos recuerdos de las irrupciones de los apaches, así como en Carichic, Cusarare y Bocoyna.

Encontré á un mexicano casado con una tarahumar, quien mostraba su predilección por la tribu de su mujer hasta en su modo de vestir, exactamente igual al usado por los nativos. Aunque era moreno, no tenía aspecto de indio, pues su gran estómago y lo corto de sus brazos y piernas revelaban su verdadera raza y contrastaban notablemente con la esbeltez de miembros y gracia de movimientos que caracterizan á los tarahumares.

Cerca de Nonoava tomé la fotografía de una magnífica higuera, de la clase llamada *bellota*, cuyo fruto aprecian los mismos mexicanos. Sus hojas, muy pequeñas, como en otros árboles de esa especie, formaban un follaje de una anchura de 116 pies. Hay árboles de este género de mayor tamaño, pero son raros. En las aguas, cuando los higos están maduros, acostumbran los tarahumares estar cantando bajo los árboles mientras recogen la fruta.

Advertí algunos hermosos mezquites en el lecho de una quiebra cuyo fondo era arcilloso, y no obstante lo avan-

zado de la estación para tal objeto, los indios estaban recogiendo el fruto. El tiempo á propósito para ello es antes que comiencen las aguas. Los naturales cuecen dicho fruto, después de quitarle las semillas, lo muelen entre dos piedras, y poniéndolo en agua, preparan una bebida usada también por los mexicanos en Sonora y Chihuahua.

Á mi regreso, pasé algún tiempo más en Guajóchic. Diariamente me visitaban los indios, y teniendo por regla dar alguna cosa que comer á todo el que me visitaba, alcancé satisfactorios progresos en el cultivo de su amistad. Algunos de ellos, después de haber comido en mis platos y tazas, iban al río á lavarse la boca y las manos esmeradamente para librarse de cualquier mal que pudiera causarles la loza del hombre blanco. La generosidad es la primera condición para granjearse la confianza de los indios y de los mexicanos, para quienes el obsequio de una comida es más elocuente que un largo discurso. Los indios, sin embargo, cuando no conocen á uno, nunca comen si no lo ven comer antes.

Visité á muchos de los médicos-astrólogos y comencé á adquirir algunos conocimientos de sus canciones, lo que mucho me ayudó para entrar más en su confianza. Poco después de mi primer arribo á aquel lugar, comenzó á llover, continuando los aguaceros muy frecuentemente durante mi estancia, y los indios, á quienes interesa tan vivamente la lluvia que, para obtenerla, hacen tantos esfuerzos y sacrificios, comenzaron á relacionar mi presencia con ella. Antes de que me fuera, dijéronle á don Andrés: "No es bueno dejar que ese hombre se vaya, porque puede llevarse las aguas." Ya entonces consentían con todo gusto en ponerse frente á mi cámara fotográfica, suponiendo que aquel misterioso aparato ten a extraordinario poder para hacer que lloviera; de suerte que habían cesado los pretextos para no dejarse fotografiar; no insistían en que aquello les causaría la muerte y disgustaría á su Dios, ni se repetió el caso de que otro me dijera lo que cierto indio para mostrarme su oposición, que

"puesto que nada me debía, no necesitaba que lo retratara." Así, pues, casi sin darme cuenta de nada, entré en amistosas relaciones con el pueblo.

No se suponga, sin embargo, que acabaron con eso todas mis dificultades, pues no obstante haber recobrado en gran parte mi perdido prestigio y los favorables rumores que se habían esparcido sin duda acerca de mí, como los indios son muy apegados á sus agrupaciones, me era preciso ganarme por donde quiera que iba la buena voluntad de los de cada distrito. Muchos meses después, encontrándome entre los paganos de más al sur, se me interpelaba con insistencia acerca de la extracción de cráneos en Yoquibo. Empeñábanse en saber lo que pretendía hacer con ellos, y el mexicano que me servía de intérprete, á quien tomaron á su cargo para tal averiguación, les daba una respuesta estrictamente de acuerdo con sus propias creencias y conocimientos, declarando que mi objeto había sido examinar si aquellos muertos recibieron debidamente el bautismo, razón que, á lo que parece, dejó perfectamente satisfechos á los indios.

Seguí en dirección al sureste, al efectuar mi regreso á Guachóchic, sobre las altiplanicies de Humarisa (Humashi, *correr*). Esta localidad es de considerable elevación. De cuando en cuando, se ven ranchos de indios sobre las fajas de tierra plana que corren entre las rocallosas colinas á manera de *fjords*. Los indios tienen muchas dificultades para librar su campo de los osos, que son allí muy comunes y tienen poco miedo á las piedras. Dichos animales van por la noche á los sembrados para comer maíz, y no se retiran hasta que están satisfechos.

Había pasado la época del año más penosa para la subsistencia de los indios, y las copiosas lluvias de los últimos meses habían desarrollado las mazorcas. Rara vez ó nunca siembran los naturales grano suficiente para que les produzca lo necesario para todo el año, debido á lo cual tienen que alimentarse durante el verano de yerbas, raíces, frutas,

etc., y comen cocidas las hojas y las flores del fresno, así como las flores del pino. Cuando viven cerca de algún río donde haya pesca, nunca sienten hambre, pero en las montañas ha habido quienes mueran de inanición. Prefieren el maíz á cualquier otro alimento, y cuando les trabajan á los blancos, si no les dieran grano ó harina, se irían sin decir una palabra. Les gusta asimismo la carne todos los días, aunque no siempre la tienen. Rara vez, si acaso, matan para comer alguno de sus animales domésticos, pues según sus ideas, el hombre no hace sino cuidar á esos seres que pertenecen en realidad á los dioses; de manera que las vacas, ovejas y demás animales solo pueden matarse para los sacrificios y comerse en las fiestas. Pero los animales del bosque y del campo, del aire y del agua, no están en el mismo caso. Una vez que pregunté á un indio vigoroso y rollizo cómo hacía para conservarse en tan buen estado, siendo la alimentación tan escasa, me dijo que comía carne: "¿Qué clase de carne?" le interrogué, y él repuso: "ratones, topos y pajaritos." Su comida favorita, sin embargo, es el venado, los ratones y los zorrillos.

Ponen á asar sobre las brasas los tasajos de carne, clavados en una estaca, á la que dan vueltas apoyándola por los extremos sobre unas piedras, procedimiento de preparar la carne que puede decirse que es universal en México. Aquellos indios comen, á menudo, casi cruda la carne y no tienen repugnancia á comer la sangre después de hervirla. Asan también los pescados y las ranas colocándolos entre dos varillas delgadas, amarradas por los extremos, que les sirven de parrillas.

Secan al sol las flores de maíz, las muelen y ponen en agua: si no las necesitan para el consumo inmediato, las guardan en jarros para el invierno. Hay muchas yerbas que son muy sabrosas, como por ejemplo, la *makvásari* (de la familia de las *Cruciferæ*), que también guardan para el invierno después de secarla. En otoño, comen á cvees

patatas que plantan, cuando las llegan á cultivar, entre las milpas, y que crecen apenas como huevos de paloma. Toman tres clases de hongos, distinguiendo muy bien los venenosos. En cuanto á la sal y el chile, son para ellos cosas de regalo.

Otro de los manjares de su predilección es el *arí*, secreción de un insecto cóccido, *carteria mexicana*. Se recoge, en los meses de julio y agosto, de las ramas de ciertos árboles de las barrancas, se enrolla con la mano en gruesos bastones, y se conserva de ese modo para el invierno. Hirviendo un pedacito en agua, se obtiene una especie de salsa para tomarla con una sopa ó gachas de maíz. Tiene un sabor agridulce que aunque no particularmente grato para el paladar, es muy refrescante y muy eficaz, según dicen, para aliviar la fiebre. Los indios lo elogian muchísimo y los mismos mexicanos lo compran.

Á pocas millas antes de llegar á Guachochic, se pasa por el pueblo de Tonáchic, desde donde han sido los indios más ó menos ahuyentados por los blancos. Parece que tuvo el pueblo alguna importancia en tiempo de las misiones, á juzgar por la iglesia, que es bastante bonita, atendiendo á que se halla en la mitad de la sierra. Vi en la sacristía como tres cajas vacías, pero los crucifijos y cálices de plata que en ellas estuvieron alguna vez, habían sido robados por ladrones mexicanos. El encargado del edificio me enseñó tres inmensos cajones llenos de ornamentos de seda de exquisita finura y variedad de bordados de plata y oro, en número, por lo menos, de varias docenas.

El altar estaba arreglado y pintado de rojo y oro, con mucho gusto. Colgaban de los muros varias antiguas pinturas de aceite, pero tan ennegrecidas por el tiempo, que era imposible reconocer si tenían algún mérito. ¡Admirables hombres aquellos misioneros que tales cosas llevaban al seno del desierto, á través de centenares y millares de millas, sobre mulas ó indios! Era casi una anomalía ver fuera de allí, pobres y desnudos, á los indios para cuyo bien se había



Aspecto de la región tarahumar en Humarisa.

emprendido todo aquello. Una mujer estaba barriendo las heces de las multitudes de murciélagos que anidan en el techo.

El hombre más rico y prominente del pueblo gozaba de la reputación de ser un gran ladrón. Cuando fui á visitarlo, encontréle en cama atacado de un dolor de muelas, con la cabeza envuelta y sumamente debilitado. Habían acudido muchas personas á manifestarle sus sentimientos por el mal que le aquejaba. Habiéndole yo dicho que me simpatizaban los tarahumares, me contestó: "Pues lléveselos á todos, uno por uno." Lo único que le interesaba de los indios eran sus tierras, de las cuales se había apropiado ya una buena porción. Su mujer era la única persona del pueblo que sabía rezar las oraciones de la iglesia, lo que lo enorgullecía mucho, considerando la piedad de su esposa muy suficiente para toda la familia.

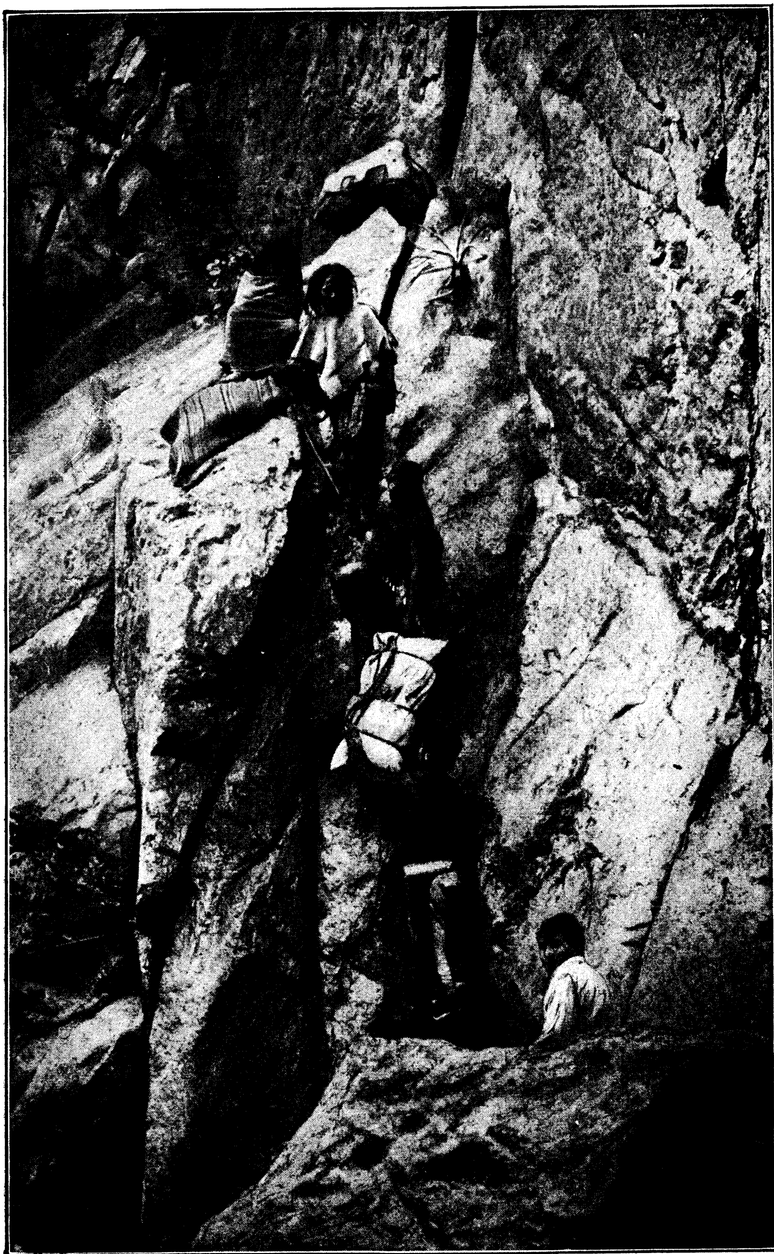
Al regresar á Guachóchic, me deshice de los mexicanos que habían estado á mi servicio desde mis excursiones por Sonora, en vista de que me serían de muy poca utilidad en un terreno desconocido para ellos, y dispuse asimismo de la mayor parte de mis mulas, conservando sólo como media docena.

Con el bondadoso permiso de don Miguel, instalé la mayor parte de mi equipaje en una de sus casas, y consideré su rancho como un cuartel general desde donde emprendí largas excursiones por diferentes rumbos. Gracias á mis mulas de montar y de carga, podía salir llevando baratijas, grano, cuentas de vidrio, tabaco y género de algodón, y regresar cargando lo que recogía en el camino. Me acompañaba de un par de mexicanos de aquellos lugares y de varios indios que ayudaban á llevar la carga. Siempre, por supuesto, que bajaba á las barrancas, tenía que dejar mulas y carga en algún lugar seguro de la planicie, y seguir á pie con lo más necesario, dependiendo por completo, en tales viajes, de los nativos, que llevaban las provisiones y escogían la

cueva ó el refugio para dormir bajo de las rocas ó los árboles.

Nuestra comida se componía principalmente de maíz y frijoles, con algo de carnero ó de chivo á las veces, y algunas yerbas y raíces de postres. Preparábase el grano á la usanza de los indios, ora en tortillas, ó más frecuentemente tostándolo al fuego en un comalito, preparación bastante fácil y que no sabe del todo mal. Con todo, es laboriosa tarea para los dientes masticar semejantes pedrezuelas, y muchos meses de tal dieta ascenderían la cuenta del dentista en igual proporción que el desgaste sufrido por las muelas. Se me preguntará por qué no llevaba provisiones conmigo: sencillamente porque los alimentos conservados son, por regla general, pesados de llevarse, además de la imposibilidad de sustituirlos con otros cuando se acaban, y algún chocolate y leche condensada que había encargado á Chihuahua, no me llegaron sino hasta siete meses después de pedidos. Los indios, por otra parte, no se muestran muy complacientes en llevar cargas, á lo menos por aquellas terribles asperazas.

Así estuve viajando por un año entre los tarahumares, visitándolos en sus ranchos y cuevas, en las mesas y en las barrancas. Hay algunos valles á donde no fui, en la parte central de la región, es decir, entre la barranca de Batopilas y Carichic por el norte, y la región minera de Guadalupe y Calvo por el sur. Tuve la fortuna de encontrar un buen lenguaraz llamado don Nabor, hombre alto, enjuto, de aspecto sano, como de cincuenta años, muy pobre y cargado de numerosa familia de hijos é hijas, algunos ya muy grandes. Había pasado toda su vida en la intimidad de los indios, cuya lengua hablaba tan bien como el español, y era en realidad más afecto á los tarahumares que á sus hermanos los mexicanos. Vivía á un día de distancia de Guachóchic, y como, aunque empedernido en la caza, ésta no le rendía mucho por ser mal tirador, se ganaba principalmente la vida traficando con los indios. Era el tipo del hombre de



Bajando mi maleta en la barranca de San Carlos.

buen carácter, presto á reír con la alegría de los indios, y á llorar con sus penas. Teníanle, pues, por muy inteligente y honrado, y le profesaban especial afecto. Nada tomaba nunca sin permiso, pero no era corto en pedir. De sus dientes, apenas quedábanle dos incisivos superiores, lo que no era poca desgracia para hombre de tan voraz apetito, pero los ejercitaba con tal ardillezca habilidad que casi comía por parejo con los demás.

CAPÍTULO XIII

FÍSICO DE LOS TARAHUMARES—NO SON TAN SENSIBLES AL DOLOR COMO LOS BLANCOS—SU FENOMENAL RESISTENCIA—SU BUENA SALUD, HONRADEZ, DESTREZA É INGENUIDAD—SUS OBSERVACIONES DE LOS ASTROS Y SUS PREDICCIONES DEL TIEMPO—CAZADORES Y TIRADORES—INDUSTRIAS DOMÉSTICAS—EL TESGÜINO—OTRAS BEBIDAS ALCOHÓLICAS.

EL indio tarahumar de hoy es de mediana estatura y más musculoso que su primo de Norteamérica, pero de pómulos también prominentes. Tiene un color de chocolate claro. Me sorprendía bastante observar á menudo que los que viven en las calurosas barrancas tienen la cara menos oscura que el resto de su cuerpo, y por extraño que parezca, los más atezados que vi son los de las mesetas de cerca de Guachóchic, donde la gente crece también más y es más musculosa que en las tierras bajas de la región.

Tanto los hombres como las mujeres tienen el cabello largo y negro, y les cae en masa, en raros casos ligeramente ondulado. Me han dicho que cuando se casan las mujeres, se cortan una vez el pelo. Cuando lo hacen porque les ha crecido demasiado y les molesta, lo colocan debajo de una piedra ó lo cuelgan de un árbol. Hubo un sacerdote que se lo dejó una vez muy corto á fin de que le vinieran nuevas ideas con el nuevo cabello, y mientras le crecía, estuvo con la cabeza bien envuelta con un lienzo para que no se le escapasen los pensamientos. Á los indios muy viejos se les encanece el cabello, pero nunca encalvecen. Es raro que les salga barba, y si alguna les aparece, se la arrancan. Siempre representan al diablo con barba, y llaman irrisoriamente

á los mexicanos *shabótshi*, "los barbones." Á pesar de que les gusta mucho el tabaco, no quiso aceptar un indio el que yo le daba, temiendo que al recibirlo de un blanco, le fuera á salir barba.

En la tribu, hay más mujeres que hombres. Son más pequeñas, pero generalmente tan vigorosas como el sexo

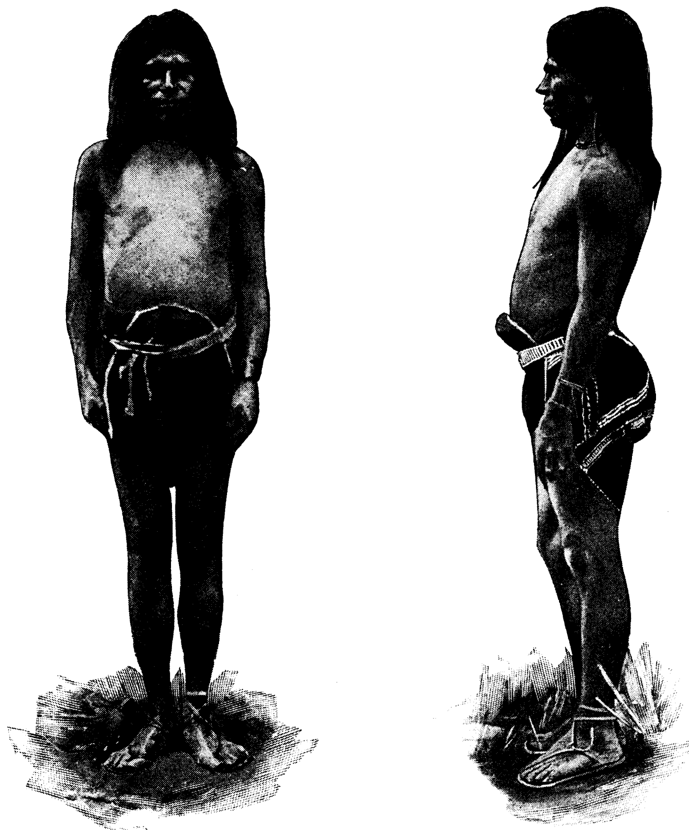


Una tarahumar.

fuerte, y no es raro, cuando las agita alguna pasión, como la de los celos, que les peguen á sus maridos. Son de manos y pies pequeños. Muchas tienen los huesos extraordinariamente pequeños y bien formados, en tanto que los hombres son de estructura mas recia. Los incisivos laterales difieren de los frontales en que son más gruesos, y á pesar de que tienen dientes excepcionalmente buenos, no son

desconocidos en la tribu los dolores de muelas. Nunca crecen mucho los hombres, por bien alimentados que estén; pero las mujeres tienden más á la corpulencia.

Tuve noticias de ocho individuos con bigote, de siete gibosos, de seis hombres y cuatro mujeres con seis dedos en



Frente. Perfil.

Indio tarahumar.

los pies, y de uno ó dos casos de bizcos. Vi un muchacho que tenía un pie con los dedos hacia adentro, y un hombre con sólo unos muñones por brazos, en cada uno de los cuales se advertían las señales de dos ó tres dedos. Observé asimismo entre estos indios, un caso de demencia.

Los *pediculi* (piojos) de la cabeza y de la ropa de los tarahumares son blanquizcos, pero sin que difieran, en materia de garra, de los parásitos de los blancos.

Para estar cómodos, los tarahumares se paran sin rigidez sobre ambas piernas. Orinan de pie, en tanto que los tepehuanes se sientan para hacerlo. Balancean bien el cuerpo y andan con enérgico continente, moviendo los brazos, sentando con firmeza los pies con los dedos generalmente juntos. Así se deslizan suavemente con rápido paso, llevando el cuerpo ligeramente inclinado hacia adelante, sin ladearse en ningún sentido y vueltas hacia atrás las palmas de las manos.



Manera usual de sentarse de los tarahumares.

Trepan á los árboles abrazándose, como nosotros, del tronco; pero efectúan el ascenso á saltos, para lo cual, naturalmente, no sujetan el árbol con las piernas tanto como nosotros. Para nadar, echan adelante los brazos de un lado y otro. Apuntan con la mano abierta ó empinando los labios y alzando la cabeza á la vez hacia la dirección que señalan. Cuentan con las manos, como los mexicanos, haciendo movimientos con los dedos.

Al observador casual pueden parecerle los nativos tontos y lerdos, con tanto mayor razón cuanto que al principio parece imposible obtener de ellos ningún informe claro;

pero conociéndolos mejor, se advertirá que hay en su semblante, como en el de los indios mexicanos en general, más variedad de facciones y de expresión que en la cara de los blancos. Les sucede al mismo tiempo, que no manifiestan de un modo muy perceptible la emoción en su cara. Es preciso verles los ojos para hallar la expresión de lo que les pasa interiormente, pues su rostro carece de movimientos y no



Frente. Perfil.
Un indio tarahumar.

revelan sus sensaciones con impulsos involuntarios. Si se avergüenzan, como á veces les sucede, se les enciende el color debajo del cuello de manera muy visible á pesar de lo moreno de la piel. Su risa nunca es tan inmoderada que les haga llorar los ojos. Únicamente los tarahumares civilizados mueven verticalmente la cabeza para afirmar, y lateralmente para negar.

Despiden estos indios un olorcillo indefinible que ellos no perciben; pero sí dicen de los mexicanos que huelen á cerdo y que los americanos huele á café, olores ambos desagradables para los tarahumares. Les gusta mucho el calor, siendo frecuente verlos tendidos de espalda ó estómago á los rayos del sol, y nunca parece que les moleste la elevación de

la temperatura. Los niños duermen perfectamente sobre la espalda de sus madres, sin ningún abrigo que les proteja la cabeza del ardiente sol del verano. Análoga resistencia muestran á los rigores del frío, de tal suerte que puede uno encontrar en las heladas mañanas del invierno, cuando la nieve tiene un espesor de seis pulgadas, á muchos hombres que, sin más abrigo que una frazada, se ocupan en perseguir conejos.

Aunque sus sentidos son vivos, no los considero superiores en esto á cualquier blanco bien equilibrado. Nos aconseja Sir Francis Galton, para medir la vista, recortar un cuadrado de papel blanco, de pulgada y media por lado, y determinar la distancia á que puede distinguir una persona si dicho cuadrado se tiene derecho ó diagonalmente. Ahora bien, ninguno de los indios podía distinguir las diferentes posiciones del papel sino dentro de una distancia de setecientos diez pies. Una ocasión, sin embargo, de seis individuos en quienes hice la prueba, cuatro hombres pudieron decirme cual era la posición del cuadrado á una distancia de novecientos cinco pies. Uno de ellos padecía sífilis.



Tarahumares asoleándose. La red que se ve sirve para llevar lo que cargan á la espalda.

En realidad, no sienten el dolor en el mismo grado que nosotros. En este punto, cualquier coleccionador de cabello encontraría razones satisfactorias del fenómeno. Hay quienes consideren que el pelo es, tanto respecto á color cuanto á contextura, una de las características de raza, y no falta quienes clasifiquen á los seres humanos conforme el carácter de sus cabellos. Visto con el microscopio un fragmento de cabello de un chino ó de un indio americano, aparece redondo, mien-

tras que el del europeo es de forma ovalada. Puede decirse, como regla general, que mientras menos redondo es el cabello con más facilidad se ensortija, y que el perfectamente cilíndrico cae rígido y lacio. La sección de un cabello de japonés, por ejemplo, forma un círculo perfecto. En atención á la importancia que se presta á la estructura del pelo, coleccioné el de diferentes individuos, que no opusieron resistencia á proporcionarme las muestras que necesitaba, pero la indiferencia con que se arrancaban los cabellos, tal como yo hubiera hecho con las cerdas de un caballo, me convenció de que las razas inferiores son más insensibles al dolor que el hombre civilizado. Arranqué una vez de un solo tirón seis cabellos de la cabeza de un niño que estaba durmiendo, sin que lo sintiera; pedí algunos más, y cuando de un solo halón se le hubieron extraído veintitrés, el chico se rascó la cabeza y se volvió á dormir.

No son tan fuertes para levantar pesos, como para cargarlos. De doce naturales, diez de los cuales eran de dieciocho y veinte años, y los otros dos de cincuenta, cinco levantaron un peso de $226\frac{2}{5}$ libras (102 kilogramos), que yo mismo pude levantar. Los mismos cinco alzaron $288\frac{3}{5}$ libras (130 kilogramos), como lo hicieron también dos fuertes mexicanos que estaban presentes, quienes eran respectivamente de dieciocho y treinta años. Para comprobar su capacidad para llevar carga, los hice recorrer una distancia de 500 pies sobre terreno plano. Un tarahumar muy enteco y desmedrado llevó á la espalda $226\frac{2}{5}$ libras (102 kilogramos), aunque trotando con alguna dificultad; otros dos llevaron el mismo peso con facilidad, y hubieran podido conducirlo más lejos. Los tres eran jóvenes.

Su resistencia es verdaderamente fenomenal. Un fornido joven llevó una carga como de cien libras de Carichic á Batopilas, á distancia como de 110 millas, en setenta horas. Mientras van caminando con sus cargas, no comen sino pinole, tomándolo en pequeñas cantidades á intervalos frecuentes.

El rasgo más notable de esos indios ès la maravillosa salud que tienen y que se les advierte desde luego. Difícilmente podría ser de otro modo bajo aquel delicioso aire de la montaña, cargado con el vivificante olor de los pinos en combinación con la electricidad emanada del corazón mismo de la naturaleza. En las mesetas, donde alcanza la gente mayor longevidad que en las barrancas, no es raro encontrar individuos de cien años de edad por lo menos. Su anhelo se reduce á vivir muchos años.

Padecen á veces de reumatismo, pero la enfermedad más común, y generalmente de fatales consecuencias, es la pleu-



Medio perfil. Frente. Perfil.

Joven tarahumar peinada á la mexicana.

resía (*dolor de costado*). En algunas partes de la región ataca la sífilis. Cuando estuve en Pino Gordo, casi ninguno de los naturales había dejado alguna vez de tener tal enfermedad, de la que, por lo demás, se libran en poco tiempo sin curación especial, sanando en ocasiones en menos de un año. Los hijos de padres sifilíticos muestran los síntomas del mal á poco de nacer. La viruela causa también estragos en la población. Vi varios individuos con cataratas en los ojos, y algunos de los que toman parte en las carreras se quejaban de que se les debilitaba la vista durante tal ejercicio ó después. No se conocen las tenias en los tarahumares, bien

que sus ovejas las tienen; probablemente han de ejercer alguna influencia en esto las grandes cantidades de tesgüino que beben durante el invierno.

Las drogas medicinales obran con notable eficacia en los indios. Uno que estuvo dos semanas con fiebre y escalofríos, falto de apetito y que llegó á estragarse muchísimo, habiendo tomado una píldora de dos granos de quinina, se mejoró rápidamente, pudiendo á los pocos días llevarme un mensaje á cuarenta millas de distancia y volver en el mismo día.

Los naturales no se bañan sino en tiempo de aguas. Para asistir á las fiestas, se lavan las manos y la cara, y las mujeres se peinan. Á veces se lavan también los pies, pero más frecuentemente atienden al aseo de la cabeza, siendo el lavársela el modo regular que tienen de bañarse. Emplean para este objeto un agave llamado *soque* y, á veces, una tierra blanca de Cusarare llamada *jaboncillo*, que es muy blanda y que se usa también como color blanco para pintar las piezas de alfarería. Cuando los hombres van á bañarse en algún sitio donde el agua es profunda, se engrasan todo el cuerpo para librarse de los animales que pudiera haber, pero las mujeres generalmente no toman esa precaución.

El tarahumar no comete un homicidio, sino en estado de embriaguez, y tales delitos son excepcionales. Según me dijo un jefe político, no había sabido en cuarenta años sino de dos asesinatos, y en ambos casos se trataba de un marido ebrio que había matado á su mujer en una fiesta, sin darse cuenta del crimen sino hasta que la borrachera le había pasado. Contáronme que, en raras ocasiones, las indias tarahumares aplastan á sus hijos al punto como nacen para evitarse las molestias de la crianza. Se cuenta lo mismo de las tepehuanas, pero en una y otra tribu son extraordinariamente raros los crímenes de esa especie. Ninguno se suicida sino estando ebrio y resentido por los celos ó algún desprecio con que se le haya lastimado. Hubo un tiempo

verdadera epidemia de suicidios entre los indios que habitan cerca de Guachóchic, que se colgaban con sus ceñidores, llegando á haber quien se suspendiera de los pies; pero es dudoso que algún tarahumar pagano se haya matado nunca. El tarahumar, por regla general, no es ladrón. Sólo cuando considera que nadie lo ve, se apodera de alguna baratija que particularmente le cautive la atención; mas parece que ha aprendido el arte de los mestizos. Al pasar una vez cerca de un hombre que estaba ocupado en sembrar su campo, tratamos de que nos diera algunos informes, pero viéndolo en extremo atareado y sin hablar, seguimos nuestra marcha. Pronto advirtió que habíamos tirado accidentalmente una de nuestras hachas, é interrumpiendo al punto su activo trabajo, corrió tras de nosotros á llevárnosla. Quise gratificarlo por el trabajo que se había tomado, pero no aceptó el dinero que le ofrecía, diciendo que no había tenido que andar mucho y que tampoco había llevado el hacha para que le pagaran.

Mientras se conserva en su estado nativo, nunca engaña el tarahumar en sus tratos. No le gusta vender cosa alguna á sabiendas de que es defectuosa; llama siempre la atención acerca de las rajaduras y hay que emplear con él mucha persuación para conseguir que se desprenda de algún jarro imperfecto. Muestra asimismo su honradez en otras formas. Con frecuencia daba yo uno ó dos pesos á los indios cuando les encargaba maíz, y con toda exactitud me lo llevaban pasados uno ó dos días. Por lo demás, no les gusta vender nada á los extraños. Cuando un mexicano trata de comprarles maíz, alguna oveja ó un ceñidor, comienzan por negar que lo tienen, pues lo poco que poseen lo conservan para sí, considerando como un favor el dehacerse por dinero de cualquier cosa. Basta una transacción, sin embargo, para establecer una especie de hermandad entre dos negociantes, quienes en lo sucesivo se llaman mutuamente *naragua*, quedando entre ambos una asociación casi del mismo carác-

ter que la que existe entre los mexicanos que llegan á ser compadres.

Aceptan de los extraños las monedas de plata, pero no los billetes, porque ya los han engañado dándoles envolturas de cajas de cigarros, así como por carecer de medios para guardar con seguridad el papel moneda libre de los ratones, la humedad y otros daños. Existe entre ellos algún comercio que lleva á los indios de las montañas á obtener de los de las barrancas del oeste, chile, arí, zarcillos de madera y cabras á cambio de maíz y frijol. Los indios de Nararáchic van al río Concho para comprar las conchas con que hacen sus pendientes, y usan el polvillo de las mismas, mezclado con sal, como remedio para las enfermedades de los ojos.

Tiene la tribu innegablemente cierto don para la mecánica, pues todos disponen de gran destreza de dedos que les permite hacer bien las cosas. Prueba de ello son las cerraduras de madera que ingeniosamente construyen y la habilidad con que rellenan los animales. Son también muy hábiles para seguir la pista y aun reconocer las huellas de determinados caballos entre otras que haya en la misma senda. Le dicen á uno que el venado cansado anda con los dedos más apretados que cuando acaba de salir de su cubil, y nunca se pierden en el bosque, aun cuando hayan bebido demasiado. Les agrada mucho sentarse entre las milpas donde acostumbran esconderse cuando se acerca gente extraña.

Los tarahumares son curiosos y se están largo tiempo mirándolo á uno de lejos cuando algo particular les llama la atención. Son muy dados á la crítica y hay mucha picotería entre ellos. Se burlan también de los mexicanos, de quienes dicen que tienen en la cara pelos de oso. Los ojos vizcos les causan igualmente mucha diversión. Son vivos, atentos y pacientes. No encuentran reparo en decir una mentira, pero pude comprobar que aprecian y agradecen los beneficios que reciben. Un indio á quien tuve ocasión de darle una buena comida, al verme meses después en una fiesta, se me

acercó diciéndome: "Ud. fue bueno conmigo cuando yo tenía hambre;" y me manifestó su agradecimiento ayudándome de varias maneras á establecer amigables relaciones con la gente de su raza, lo que sin él me hubiera sido difícil.

Los niños son avispados; aprenden con prontitud el español cuando van á la escuela, y llegan sin trabajo á leer y escribir. Son diligentes, ávidos de aprender, muy religiosos, dóciles y fáciles de convertir al cristianismo.

Cuéntase que habiéndole preguntado un padre á un niño tarahumar: "¿Qué hace Dios en el cielo?" el muchacho contestó: "Lo mismo que la guacamaya en el árbol." "Y ¿qué hace la guacamaya en el árbol?"—agregó el padre. Y el chico respondió: "Se come la fruta buena y tira la mala." Una vez que me preguntó un mexicano si volvería Dios á la tierra, mi mozo tarahumar exclamó al punto: "No; ahora tiene miedo porque hay mucha gente con rifles."

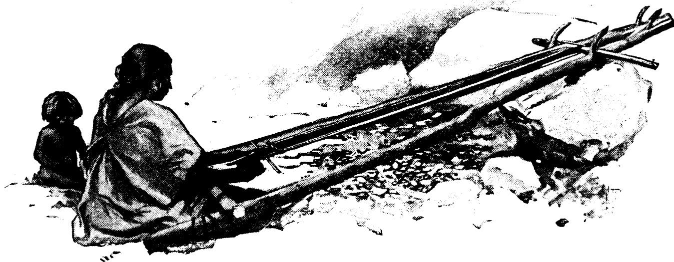
Cuando han aprendido algo, se les desarrolla grandemente la ambición, y todos los muchachos á quienes se pregunta qué desean llegar á ser, contestan que generales y presidentes de la República.

Son los tarahumares cuidadosos observadores de los cuerpos celestes, y conocen las Pléyades, el Cinto de Orión y la Estrella de la Mañana y de la Tarde. La Osa Mayor no les despierta especial interés. Cerca de Guachóchic siembran su maíz atendiendo á la posición de las estrellas con referencia al sol, diciendo que si el sol y las estrellas no duran lo mismo, el año será malo; pero que cuando las estrellas duran mucho, habrá buen año. En 1891, el sol "caminó despacio," y las estrellas "caminaron de prisa," y en junio ya habían "desaparecido." Por lo mismo, predijeron los tarahumares que sus cosechas serían escasas, lo que efectivamente sucedió. El tres de junio le pregunté á un indio cuanto más viajaría mucho el sol, y me dijo que no debía ser más de quince días. Los mexicanos reputan á los tarahumares muy buenos anunciadores del tiempo, y

frecuentemente les consultan sobre las probabilidades de lluvia. Juzgan los indios por el color del sol cuando sale, si ese día habrá de llover. Si la creciente de la luna aparece horizontalmente, es que lleva mucha agua; pero no tiene ninguna cuando está vertical. Los mexicanos participan de esta creencia. Cuando la luna llena tiene "un anillo alrededor," está bailando en su patio. En el período en que no tiene luz, está muerta, pero volverá después de tres días. Explican los eclipses diciendo que el sol y la luna se chocan en el camino cuando pelean.

Los hombres fabrican arcos y flechas, y los de la parte central de la región son grandes cazadores y tiradores muy diestros. Hacen las hastas de sus flechas de palo hediondo, madera usada también para fabricar agujas. Pero los que viven junto al pueblo de Panaláchic y Barranca del Cobre son malos tiradores y su arma favorita es el hacha. Los muchachos juegan todavía con hondas, las que aun no hace tanto se usaban para matar ardillas. Se dice que antiguamente eran muy comunes las macanas. Los abuelos de la presente generación de Nararáchic tenían flechas con puntas de obsidiana. Los indios saben también preparar excelentes pieles de ante, para lo cual estacan el cuero sobre el suelo dejándolo así durante tres días, y cuando está suficientemente seco le raspan el pelo con un cuchillo. Úntanlo en seguida con sesos de animal y lo cuelgan al sol por cuatro días, pasados los cuales lo lavan bien en una artesa con agua caliente, y cuando lo han amasado bastante, lo sacan del agua entre dos hombres para restirarlo. Pónenlo de nuevo á secar, y lo curten después con corteza de encina. Escogen la cavidad natural de una roca para que les sirva de cuba ó pila, y dejan la piel otros dos días. Luego la enjugan y exprimen cuidadosamente hasta que no le queda agua, operación para la que se requieren dos hombres, que se ejecuta siempre en un lugar donde dé fuerte el sol, pero resguardado del viento por la rocas que lo rodeen.

Cogen á los venados por medio de trampas que aseguran á un árbol doblado, de manera que una vez retenida la pata del animal, se suelta el árbol levantando la presa. Los persiguen también con perros para impulsarlos á dirigirse hacia algún paso angosto en donde han colocado agudas estacas de pino, de dos pies de largas, contra las que se hiere el animal en su carrera. Á los tordos los engañan poniéndoles granos de maíz ensartados en una trampa de pita disimulada debajo del suelo, de suerte que el pájaro queda cogido al tragar el grano. Matan asimismo con flechas ó á pedradas á las aves pequeñas. Son ingeniosos los tarahumares para disponer muchas clases de trampas para los

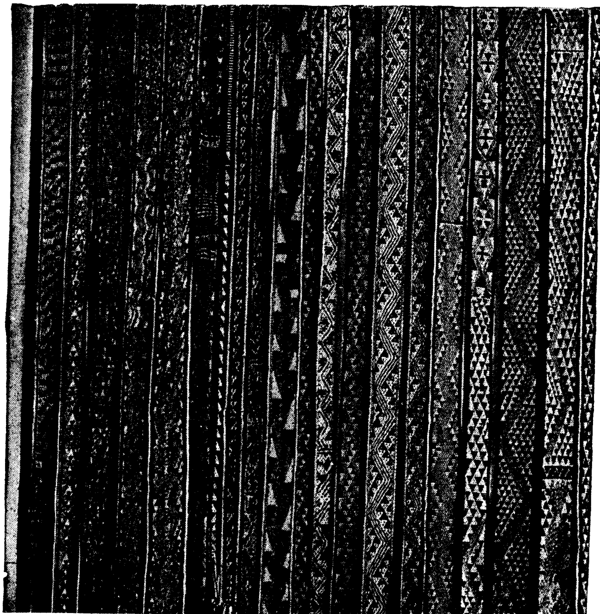


Tejiendo un ceñidor.

animales y las aves. En las madrigueras de los tlacuaches paran una armazón de corteza, en cuyo interior hay una ranura para el movimiento de la trampa que se corre por medio de una cuerda atada de alguna rama. Otra cuerda con granos de maíz retiene abierta la trampa y obstruye el paso del animal á través del marco. Cuando el tlacuache trata de comerse los granos rompe el hilo, se suelta la trampa, y queda cogido en su propia guarida.

Las ardillas son cazadas del modo más primitivo: derribando el árbol en que se descubre al animal. Como éste logra á veces escapar cuando cae el árbol y refugiarse en otro, echan éste abajo, y así sucesivamente hasta apoderarse de la pieza, que no recompensa mucho el trabajo de todo un día.

Las mujeres hacen ceñidores y frazadas en un telar primitivo, é insertan característicos dibujos en el tejido. Necesitan cuatro días de constante trabajo para hacer un ceñidor, y no menos de un año para una frazada, constituyendo casi un acontecimiento el terminarla. El telar consiste simplemente de cuatro palos puestos sobre le suelo y amarrados en forma de triángulo ó rectángulo, y se emplean como lanza-



Muestras de cinturones.

deras unos carrizos en que se enrolla el hilo de cada color. Los tejidos de Pamáchic son especialmente apreciables. En toda la región Tarahumar se venden las frazadas de esa localidad, que son las más finas que produce la tribu.

Los tarahumares no están muy avanzados en el arte de la alfarería. Su trabajo es rudo y de escasa importancia. Sólo las mujeres practican esa industria, á menudo hereditaria, y el grado de habilidad varía en ellas considerable-

mente. En Panalachic encontré las mejores piezas, adornadas con ciertos dibujos rojos y blancos. Una mujer de la barranca occidental se dedicaba especialmente á hacer grandes ollas para tesgüino. La tinaja más grande que se ve en el grabado tenía cerca de ocho pies de circunferencia.

Las mujeres prueban el barro antes de comenzar su trabajo para saber si es de buena calidad, pues el que tiene sabor ácido no es bueno, siendo el mejor el que sabe un poco



Una alfarera con sus vasijas.

dulce y es de color amarillo pálido. Muelen el barro después de secarlo y lo mezclan con pedazos de ollas viejas molidas, que les sirven de arena. Para hacer una pieza de alfarería, se ahueca una masa de barro en forma de copa y se le van poniendo sucesivamente nuevas capas, suavizándolas y adelgazándolas cuidadosamente con las manos mojadas, teniendo la vasija que se construye sobre una bandeja llena de ceniza y cubriéndola con una tela de algodón.

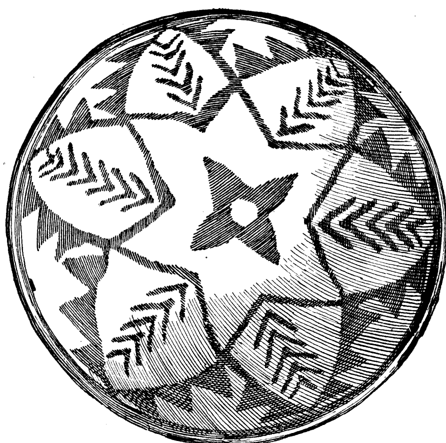
Vi á una alfarera muy hábil hacer un jarro de mediano tamaño en veintisiete minutos. Estaba sentada al sol y

concluyó en una tarde cuatro vasijas. Ayudada luego por su marido comenzó á alisarlos por fuera con una pequeña cáscara de guaje suave y oblonga. En seguida metieron las piezas dentro de la casa para que no se secaran demasiado pronto, y pasados quince minutos, durante los cuales se dedicó á dar el pecho á su hijo, que la había estado incomodando bastante, prosiguió su trabajo. Primero, con el filo de una estaca de madera, quitó á las vasijas todas las irregularidades de la superficie y del borde, y luego las pulió con una piedra. Parece que esta operación es la que requiere más tiempo, pues cada fabricante empleaba más de una hora para una vasija, sin acabar del todo. Pulieron el exterior y aun algo abajo del interior del borde, y pintaron finalmente los adornos con ocre, puliendo nuevamente por largo tiempo el exterior tan sólo. Acto continuo, llevaron de nuevo á la casa las ollas para que se secasen un poco más, antes de terminar el pulimento.

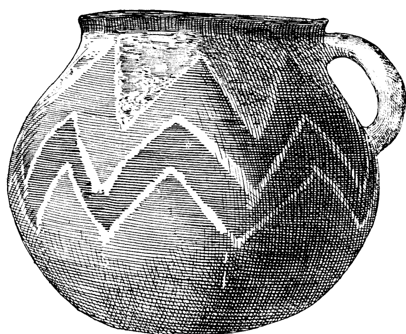
Para quemar los jarros, deben estar enteramente secos, pues de otra manera se romperían. Cuando hace buen tiempo, se enciende el fuego fuera de la casa, pero lo general es que lo pongan dentro, en el lugar ordinario del fogón. Colocan boca abajo cada vasija sobre el carbón y le forman alrededor y por encima una especie de casita hecha de rajas de ocote, á todo lo cual se le prende fuego, teniéndose cuidado de que ninguna de las rajas toque la olla. Cuando no hay ocote, se emplea la leña. El calor comienza por ennegrecer el barro, pero después toma éste un bonito color amarillo.

Una industria de peculiar importancia en la vida de los tarahumares es la fabricación de la cerveza nativa.

Nada hay que más de cerca interese al corazón de los tarahumares como el licor llamado *tesgüino*. Tiene aspecto de agua lechosa y sabor un poco agradable que recuerda el del *kumys* ó caracosmos. Para hacerlo, se pone á humedecer el maíz hasta que nace; en seguida, se cuece y se muele,



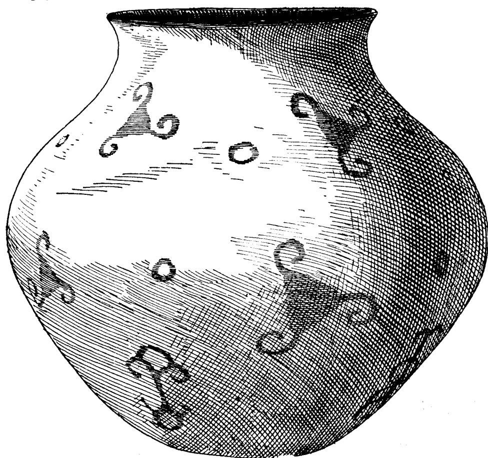
Interior de la vasija. Diámetro, 17 cm.



Altura, 13.5 cm.



Altura, 16.5 cm.



Altura, 19 cm.

Vasijas tarahumares de Panalachic, decoradas con ocre rojo y jaboncillo blanco.

agregándole para que fermente la semilla de una yerba parecida al trigo. Se deposita el líquido en grandes ollas de barro hechas para el objeto, en donde se deja lo menos veinticuatro horas; pero como las vasijas no son suficientemente resistentes para tenerlo por mucho tiempo, quedan garantes de ellas los que las proporcionan. Es frecuente en aquella región ver hileras de dichas ollas puestas de boca al frente de las casas.

El tesgüino constituye una parte integrante de la religión de los tarahumares, quienes lo usan en todas sus festividades, danzas y ceremonias. Se le da al niño con la leche de su madre, para librarlo de enfermedades; con él rocía el curandero al recién nacido para fortificarlo; se aplica por dentro y por fuera como remedio de todos los males á que el tarahumar se considera sujeto. Nadie puede ver atendido su campo sin antes proveerse de bastante tesgüino, que es la única remuneración que reciben los que le ayudan. Beberlo en las fiestas es el norte de la vida de un indio. Lo toman los muchachos que comienzan á sentirse hombres, y cuando una joven asiste á las fiestas es señal de que busca marido. No hay matrimonio legítimo sin abundante consumo de esa bebida por todos los concurrentes á la boda. Las partidas de caza y de pesca necesitan tesgüino para ser prósperas, y cuantas veces cambia el tarahumar de morada en el curso de su vida, tantas festeja su nueva choza ó su nueva cueva con libaciones de tesgüino. Aun los muertos no se estarían en paz, sino que volverían á perjudicar á los vivos, en caso de que no les separaran una buena cantidad para ellos. No hay, en suma, acto ninguno de importancia, de cualquier género que sea, que carezca de relación con dicha bebida. Nunca se comienza á consumir un jarro, sin sacrificar un poco del líquido delante de la cruz, pues se cree que á los dioses les gusta tanto como á los simples mortales. Sin tesgüino, es imposible que llueva, pues no se puede hacer sin maíz, y éste no se produce sin agua. Él

es, pues, en resumidas cuentas, el punto capital en la vida de un tarahumar.

Son muchas las ocasiones durante el año, especialmente en invierno, en que tienen lugar festejos regulares, que por lo común se celebran dentro de las casas; pero nunca se toma tesgüino sin que se pretenda algún fin, como buena suerte en cualquiera empresa, prósperas cosechas, la salud de la familia ó tal cual otro beneficio. En todas estas celebraciones, se puede bailar yúmari por un rato.



Canasta para colar tesgüino. Altura, sin el asa, 14 cm.

Es costumbre designar á un individuo para que distribuya el licor entre los asistentes. Á tal efecto, ofrece el anfitrión á la persona elegida tres jícaras llenas de tesgüino, que el último deja vacías, y entra en funciones dando á cada hombre de los presentes otras tres jícaras sucesivamente, y cuatro á cada mujer. Los dueños, aunque por cortesía aceptan algunos tragos, se regocijan con dar cumplimiento á la invariable regla, lo que habla muy elocuentemente en honor suyo.

El asiento próximo al distribuidor es el más codiciado, y aun yo mismo tuve gusto en ocuparlo, porque me favorecía para observar mejor la conducta de los indios en las fiestas.

Instálase el rapartidor junto á la enorma olla, y como es inmensamente popular para con todos, nunca le dejan solo. El buen humor de los tarahumares, su cortesía y mutuas atenciones al comenzar la fiesta son, por lo menos, iguales á las de muchos hombres civilizados. Cuando á alguien le ofrecen la jícara, protesta con viveza é insiste en que el repartidor beba primero; á menudo se acepta la atención, pero nunca se vacia el tecomate, sino que algo se deja en él para el anfitrión, que debe tomarlo y á quien inmediatamente se le brinda otro trago. Aunque lo ruhusa de nuevo, generalmente se deja convencer, y este ir y venir de negativas é instancias se prolonga mientras no se les ha trastornado la cabeza.

Esta bebida no se conoce, que yo sepa, fuera de la tribu tarahumar y de sus vecinos los tepehuanes del norte, los tubares y algunos mexicanos de Chihuahua que la han adoptado también. No hay que confundirla con el pulque, al que aventaja en buen olor. Es muy alimenticia, y tanto los indios como los mexicanos se abstienen de comer antes de tomarla, porque dicen que no les caería bien. Pero alimente ó no, apuran en todas las fiestas y bailes tan increíbles cantidades de tesgüino, que invariablemente sucumben á su fuerza, bien que tomado con moderación sea sólo un suave estimulante.

Otra bebida nacional es el vino de maguey, que se hace de un alimento favorito de muchas tribus indias, que el estómago de un blanco difícilmente digeriría: la penca cocida del maguey ó de otros agaves. Para preparar el licor, se le quitan las hojas al corazón ó bulbo, que semeja una blanca y hermosa col. Estos bulbos, que contienen gran cantidad de sacarina, se ponen á cocer entre piedras calientes bajo montones de tierra, protegiéndolos de contacto con la tierra por medio de capas de zacate.

Cuando los tarahumares quieren hacer vino de maguey, dejan las pencas cocidas puestas en agua en cavidades natu-

rales de las rocas, que no tapan; agregan, como fermento, raíz de cierta planta llamada frijolillo, y pasados dos días, exprimen el jugo con un lienzo.

Se prepara también una bebida embriagante con otro agave llamado *chahuí* (tshāwí), que aunque común en las altas laderas de las barrancas, hasta hace poco ha llegado á conocimiento de la ciencia. Según la tradición, es la primera planta creada por Dios, y los tarahumares paganos consideran el licor que de ella se extrae como indispensable para ciertas ceremonias. También los tepehuanes prestan grande importancia al brebaje, y dicen que la planta es tan sensitiva, que si se pasa junto á un jarro donde se esté cociendo, ya no fermenta el líquido.

Mencionaré, por último, otro licor embriagante, en extremo desagradable, que se hace de la caña de maíz, machacándola hasta convertirla en pulpa, dejándola en agua por tres días hasta que fermenta, y preparando luego el líquido del mismo modo que el vino de maguey.

CAPÍTULO XIV

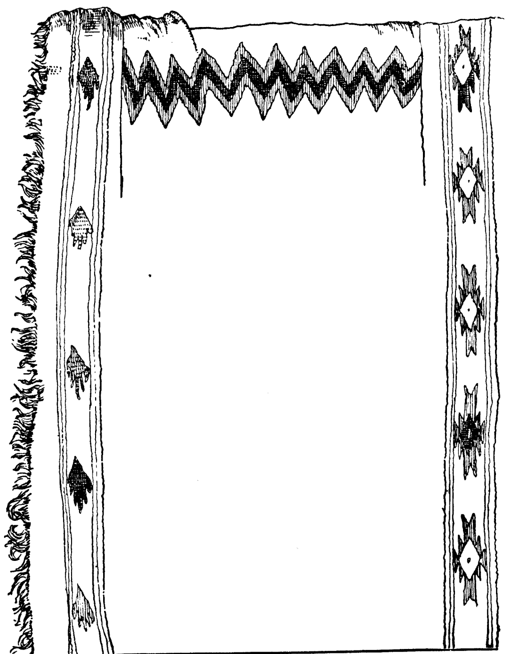
CORTESÍA Y ETIQUETA—VIDA DIARIA DE LOS TARAHUMARES—ALTA POSICIÓN DE LA MUJER—MODELO DE BELLEZA—INICIATIVA DE LAS MUJERES EN ASUNTOS DE AMOR—ENSUEÑO AMOROSO—CEREMONIAS MATRIMONIALES—NACIMIENTO—INFANCIA.

PARA ser bárbaro, el tarahumar es persona muy política. Aun tiene en su lenguaje la palabra "reco" equivalente á nuestras expresiones "Sírvase V.; Tenga V. la bondad; Hágame V. favor," etc., la cual es de uso constante. Cuando pasa junto á un extraño ó se separa de alguien, advierte lo que hace empleando alguna palabra que lo indique; pero conforme se civiliza, pierde sus buenas maneras.

Á pesar de esto, no es hospitalario, pues aunque comparte su alimento, no admite en su casa á ningún extraño. Los que van á hacer una visita, nunca entran sin dar bastante tiempo á la familia para que se disponga á recibirlos. Cuando se acerca un tarahumar á la morada de un amigo, le obligan las buenas costumbres á detenerse á veces hasta á veinte ó treinta varas de distancia. Si lleva bastante intimidad con la familia, puede aproximarse más y toser para anunciar su presencia, sentándose en seguida generalmente en algún punto alto desde donde se le pueda ver fácilmente. Para no molestar á sus amigos, ni siquiera ve hacia la casa, sino que permanece de espalda ó de lado á aquella, mirando á lo alto. En caso de hallarse ausente el amigo á quien busca, puede sucederle que se esté sentado de ese modo hasta dos horas, tras de las cuales se levanta y se aleja lentamente. Por ningún motivo entra en la casa sin que lo inviten formalmente, pues, según dice, "sólo los perros entran en las

casas sin que los llamen." Jamás cometerá una señora de la familia la grosera falta de etiqueta de salir á decir que su marido se halla ausente, para evitar al que lo busca la molestia de estarlo aguardando, ni tampoco, si ella se encuentra sola, hace la menor indicación.

El tarahumar no emprende nunca nada sin deliberación previa. Así pues, antes de recibir á alguna visita, discute con su mujer, por un cuarto de hora, el objeto posible de aquélla; espían por entre las aberturas de la pared al que llega, y si por acaso están comiendo ú ocupados en cualquiera otra cosa, hácenle esperar por media hora. Finalmente, el dueño de la casa sacude la frazada en que ha estado sentado, se cubre con ella, y dirigiendo una rápida mirada á derecha é izquierda al pasar por la puerta, va á sentarse á pocas varas del que lo espera. Después de un rato de meditación de una y otra parte, se rompe la conversación, como en las sociedades más civilizadas, con observaciones acerca del tiempo y las probabilidades de lluvia, agotado el asunto, cuando el visitante ha satisfecho la curiosidad del dueño de la casa diciéndole de dónde viene, qué anda haciendo y á dónde va, entra el último en su morada, á tomar



Frazada ó cobija tarahumar.

un poco de pinole y de carne para su visita, cuyo objeto frecuentemente es invitarlo á tomar parte en alguna carrera ó cacería, sobre lo que generalmente llegan á algún acuerdo. Un amigo de la familia, por supuesto, es invitado al fin á



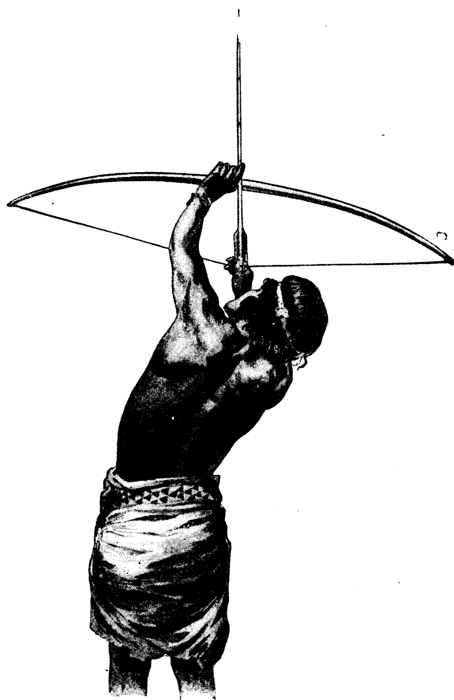
Un tarahumar en visita.

entrar en la casa, siendo el saludo habitual "*Asagá!*" (siéntate). Hay que advertir que los tarahumares miran hacia un lado de la persona con quien están conversando ó le vuelven enteramente la espalda.

Cuando acaba de comer, devuelve el huésped cuidadosamente cada uno de los platos que le han ofrecido, y levantándose entrega también el cuero que le han dado para sentarse. Si la ocasión lo requiere, dirá el que recibe: "Se está haciendo tarde, y no puedes volver á tu casa. ¿En dónde vas á dormir? Hay una buena cueva allá arriba." Con esto indica á quien lo visita en donde puede pasar la noche. También le dirá donde puede hallar leña y le llevará de cenar; pero sólo que el tiempo esté muy tempestuoso invita al forastero á dormir en su casa.

El tarahumar es de hábitos muy regulares para levantarse y acostarse respectivamente á las horas que sale y se pone el sol. Después de dormir sobre un cuero tendido en el suelo, envuelto en su frazada, sin nada en que apoyar la cabeza, á no ser, en ocasiones, una piedra ó un leño, se sienta un rato junto al fuego, que la mayor parte del año se conserva de noche dentro de la casa ó de la caverna. Su mujer le da pinole para que almuerce. Mientras peina sus largos cabellos negros con una penca, suele preguntar á sus muchachos si han ido á ver las trampas que les dijo que pusieran la noche anterior. Echan estos á correr volviendo á poco con algunos ratones. "Aquí están, gritan, pero son muy chiquitos!" El padre, sin embargo, los puede considerar gordos y grandes, y la madre dice afablemente: "Sí están gordos, porque han comido mucho maíz." Pónense los chicos á asarlos, mientras el marido contempla la operación. Por lo regular, los tarahumares disponen muchas trampas para coger ratones, "alimento" á que son tan aficionados, que cuando se civilizan, piden permiso á veces á los mexicanos á quienes sirven, para ir á sus casas á comerlo. Asan los ratones clavándolos en una estaca

delgada. Después de saborear el exquisito bocado que le ofrecen, comunica el marido á su mujer lo que va á hacer en el día. Si sale á perseguir venados ó cazar ardillas, se lleva sus jaras y su arco para los primeros, ó su hacha para las

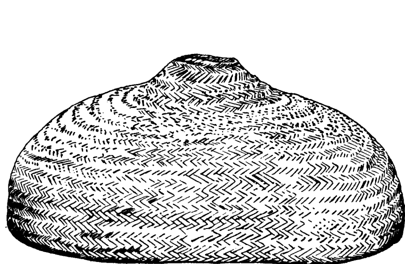


Tarahumar disparando.

segundas. En primavera, suele ir al campo. También la mujer expone sus planes del día. El trabajo que ocupa la mayor parte del tiempo de las mujeres, es la molienda, y si algún tiempo les queda, dedícanlo á cocer frijoles, á buscar yerbas ó á tejer; pero nunca están ociosas. Atienden concienzudamente á sus obligaciones como cualquiera mujer blanca; siempre tienen algo que hacer y mucho de que cuidar en su limitada esfera.

El marido regresa al oscurecer, con alguna ardilla ó un conejo, ocultos bajo de su cobija para que ningún vecino

lo advierta y quiera que lo convide á comer. Ni cuando sale ni cuando llega saluda á su mujer ni á sus hijos, sino que entra en silencio á sentarse junto al fogón. Le arroja á la mujer, arrodillada junto al metate, el animal que ha cogido, de manera que le caiga en las piernas, á lo que ella prorrumpe "*¡Sssssssssss!*" en señal de aprobación y sorpresa, levanta el animal y lo pondera en los términos más extravagantes: "¡Qué boca tan grande! ¡qué uñas tan largas!" etc. Refiere entonces el marido todo el trabajo que le ha costado coger á la ardilla, cómo se le subió al árbol, cómo tuvo él que derribarlo hasta que el perro se apoderó de la presa, y agrega: "El perro comienza á ser muy bueno para cazar." Concluye diciendo: "y ahora estoy muy cansado!" Pónele ella delante una generosa cena de frijoles, yerbas y sopa de masa que tiene lista, y mientras él come, dedícase ella activamente á limpiar el animal, dejándole la piel, no sólo porque conserva bien la carne mientras se cuece, sino principalmente por considerar que tiene mucha substancia que sería una vergüenza desperdiciar.



Altura, 16 cm.



Altura, 18.5 cm.

Cestos tarahumares.

Cuando el indio está en su casa, y no se halla durmiendo ni comiendo, se sienta á hacer un arco ó algunas flechas; ó tendido de espalda, se entrega á su distracción favorita, que es tocar el violín que él mismo se fabrica. Como todos los indios de México, los tarahumares son muy aficionados á la

música y tienen buen oído. Los primeros españoles que arribaron al país, no encontraron entre los tarahumares otros instrumentos de música que la flauta de caña, tan común en muchas tribus, la sonaja del sacerdote y la rascadera; pero pronto introdujeron el violín y aun la guitarra, instrumentos que saben ahora fabricar todos los indios de México, con madera de ocote y otros ingeniosos materiales que aprovechan á veces con rara habilidad, usando para pegadura el jugo extraído de la raíz de cierto lirio. Como no tienen idea del valor del dinero, frecuentemente venden un instrumento bastante bueno por cincuenta centavos, y hasta por veinticinco.

Al oscurecer, el padre de familia tarahumar se pone más comunicativo, entra en conversación con su mujer, y luego

> "Muere el día, las sombras de la noche
> sus alas caer dejan
> como la oscura pluma desprendida
> del águila que vuela."

Y cuando empiezan á espesarse las sombras, se envuelve más en su frazada é insensiblemente se apodera de él un sueño infantil. Á menudo siente hambre á media noche, se levanta para comer y toma su violín que se pone á tocar por una media hora, hasta que se duerme de nuevo.

Hay en la tribu más mujeres que hombres, las que, por lo tanto, son vistas como de menor importancia, siendo común el decir que un hombre vale por cinco mujeres. Las oraciones de éstas son de menos alcance que las de los últimos, porque ellas sólo le piden á la Luna, deidad que no es tan grande como la de los hombres, que es el Sol. Por esta razón, en todas las danzas, su lugar está detrás del hombre. Ocupa con todo una posición relativamente alta en la familia, y ningún convenio se concluye jamás sin que el marido consulte antes á la mujer sobre el particular. Diré, sin embargo, que en tales ocasiones se pide opinión á todos los

miembros de la familia, aun á los niños más pequeños, y si alguno se opone, no se cierra la operación. En tales casos no queda más recurso al interesado que tratar de influír en el pequeño opositor, no directamente sino por medio de sus padres. Esto da motivo á que se pierda mucho tiempo en los tratos con estos indios. La compra de una oveja bien puede necesitar dos días, y no es raro que requieran toda una semana las negociaciones para adquirir un buey.



Joven tarahumar acarreando agua.

El hecho de haber sido gobernadora ó jefe una mujer "porque sabía más que los hombres," prueba el aprecio que se tiene, aun entre los bárbaros, á las mujeres de inteligencia y de carácter. Dicha india no asumió el título, pero dícese que gobernó con más sabiduría y justicia que muchos de sus predecesores y sucesores. Los casados nunca se muestran su afecto en público, á no ser que estén bebidos. Los padres besan á sus hijos en la boca y en el estómago, y los pequeños se manifiestan su afecto de la misma manera. Algunas veces he visto parejas de enamorados sentarse muy juntos, cogida la mujer del dedo índice del hombre. Ellas son de disposición celosa.

El modelo de belleza tarahumar no se aviene á nuestro ideal clásico ni tampoco se conforma al gusto moderno. Constituyen el primer requisito los muslos gordos, y tanto es así que á las personas bien parecidas se les llama "una buena pierna." Otro elemento esencial de la belleza es el porte erguido. En la cara, los ojos son lo que más atrae la atención, y los más admirados son "los de ratón," la mayor alabanza que puede hacerse del aspecto personal de

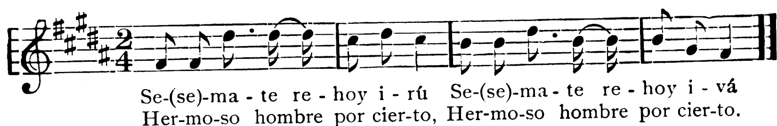
cualquiera. Gustan asímismo de las cabelleras lacias, y consideran muy feo el pelo que se riza en la punta. Pregunté una vez á un buen mozo tarahumar, como debería ser el hombre que más agradara á las mujeres; si debía tener grandes ó pequeñas la boca y la nariz, etc., y me contestó: "Debe ser como yo." Además de los buenos mozos, les gustan á las mujeres de preferencia los que saben trabajar bien, á la manera de las civilizadas que buscan un buen partido.

Pero la riqueza de un hombre no constituye mayor atractivo para las jóvenes. En Nararachic había un viejo, dueño de cuarenta cabezas de ganado y dieciocho caballos, que cuando enviudó, tuvo que vivir con una vieja de mala reputación, porque no hubo otra mujer que quisiera casarse con él.

Las jóvenes gozan de absoluta libertad, menos para con los mexicanos, contra quienes siempre se las precave diciéndoles que las puede enfermar el contacto con tales hombres. Nunca se las obliga á contraer matrimonio sin amor. Una hermosa india fue muy solicitada por un mexicano que hablaba muy bien la lengua tarahumar, quien le ofrecía darle una buena casa, bonitos vestidos y un puñado de pesos. El hermano de ella, que era medio civilizado y, por ende, más corrompido que los demás indios, trataba también de persuadirla á aceptar al rico galán; pero ella exclamó moviendo la cabeza: "*chine olama gacha negalé*" lo que, libremente traducido, significa: "no me gusta ese hombre; el amor se va á donde quiere."

Requieren las costumbres del país el que la muchacha sea quien haga la corte. Es ella tan vergonzosa como el mancebo á quien desea fascinar, pero tiene que tomar la iniciativa en materia de amor. Los jóvenes sólo se encuentran en las fiestas, y cuando ella empieza á sentirse tierna bajo la influencia de la cerveza nativa que en abundancia se distribuye á todos, trata de llamar la atención del mozo bailando delante de él zafiamente y sin cambiar de lugar; pero es tan vergonzo-

sa que continuamente se mueve de espaldas hacia él. Puede también sentársele cerca, tirarle de la frazada y cantarle con dulce voz alguna sencilla canción amorosa:



Si el caso lo requiere, suelen los padres de la muchacha decir á los del joven: "nuestra hija quiere casarse con tu hijo" y la envían á la casa del mancebo para que se conozcan. Por dos ó tres días, más ó menos, no se hablan uno á otro, pero al fin comienza ella, en juego, á tirarle con guijarros. Si él no le devuelve las pedradas, quiere decir que no le hace caso; pero si se las corresponde, queda segura de que lo ha conquistado. Se quita entonces su cobija, la tira al suelo y echa á correr hacia el bosque, donde no tarda el joven en seguirla.

Cuando á éste le gusta mucho la muchacha, puede suceder que sea él quien tome la iniciativa, pero aun así tiene que esperar hasta que le tire las primeras piedras y arroje la cobija, pues entre los indios, la mujer debe buscar al hombre, la belleza merecer al valor.

Al otro día vuelven juntos á casa, y desde ese momento dejan de esquivarse. Se avisa á los padres de la joven que hagan tesgüino, pues la pareja ya no habrá de separarse, y se da parte á algunos amigos y parientes para que concurran á la boda.

Llegan por la tarde los invitados, quedándose los más fuera de la casa durante la ceremonia; pero el novio y sus padres entran á sentarse sobre cueros tendidos en el suelo. La madre de la joven coloca una gran piel junto á una enorme olla de tesgüino, para que se siente el padre del joven, y una vez que lo ha hecho, el que lo hospeda le ofrece tres jícaras del licor suplicándole que acepte el cargo honorífico de repar-

tidor de tesgüino para todos los presentes. Entra al punto en funciones dando primeramente cuatro jicaradas á la madre de la novia, como señora del tesgüino, tres á su marido, como amo del mismo, y en seguida, otras cuatro á



Frente. Perfil.

Modo de cobijarse de los tarahumares.

su propia mujer. Llaman á los novios y les dicen que se sienten juntos, tras de lo cual viene el resto de la gente á sentarse al rededor de la pareja. No hay lugar especial para nadie, pero el padre del muchacho se queda en pie y su madre se sienta, mientras que el de la muchacha se sienta,

permaneciendo en pie la madre. El padre del novio pronuncia entonces un discurso, diciendo á la paraja que deben permanecer unidos y nunca separarse ni tener pendencias; advierte especialmente al joven que necesita matar venados y tener cuidado de llevar siempre algún animal á casa de su mujer, aunque sea un chipmuc ó un ratón, y que tiene obligación de arar, sembrar y cosechar para que ni él ni ella llegen á tener hambre.

El padre de la joven toma en seguida la palabra, dirigiéndose principalmente á ella. Ahora que está unida al hombre que escogió, debe cumplir siempre con sus deberes de esposa, haciendo cobijas para su marido, siendo industriosa, preparando tesgüino é izquiate, moliendo pinole y tortillas, cortando hierbas, etc., para que su marido tenga que comer y no sienta hambre. Nombra las yerbas una por una. Debe ella ayudarle también, en lo posible, á arar y sembrar para que levanten suficiente maíz para el tesgüino, á fin de que otros le ayuden, y no debe ser nunca perezosa.

El padre de la muchacha da en seguida tesgüino á su futuro yerno, cuyo padre, á su vez, ofrece de beber á la novia. Cubren á la pareja con frazadas, y en algunos casos les amarran las manos derechas, sin que haya otra ceremonia matrimonial; pero todos los concurrentes participan con liberalidad del abundante licor, de suerte que acaban, por lo común, completamente beodos.

Como dos semanas después, los padres del novio hacen una fiesta exactamente del mismo carácter, pero entonces el padre de la joven ocupa el puesto de honor junto al tesgüino, lo distribuye, y es el primero que toma la palabra. El novio da á su cuñado un pedernal ó piedra de lumbre y seis flechas, presente que corresponde á los hermanos de la novia, cualquiera que sea su número, y que se da en cambio de la muchacha. Los sacerdotes hacen uso del *jus primæ noctis.*

Después del matrimonio, se separan los desposados, quedándose cada quien en su antigua casa por varias semanas, y trascurrido ese tiempo, se va el joven á vivir en la morada de su suegro por seis meses ó un año, mientras se construye su propia habitación. La pareja, entretanto, recibe la comida y nada más. El joven tiene sus propios animales que ha adquirido cuando pequeño, y su padre le da un pedazo de tierra.

Los tarahumares cristianos participan el matrimonio proyectado al fiscal, quien tiene á su cargo el cuidado de la iglesia y la enseñanza de los niños, siendo de su deber llevarle al padre las parejas para que las case; pero como éste se halla lejos y se presenta sólo una vez al año, si acaso, puede decirse que el fiscal es quien redondea los asuntos matrimoniales. Por su innato fervor en el cumplimento de todas las prácticas religiosas, gustan los tarahumares de someterse á la ceremonia, bien que para ellos no tiene otra significación sino que deben pagar un peso. Con tal motivo, no les importa aguardar la bendición del padre por un par de años, hasta que han ahorrado el peso, evitándose hacer otro viaje para el bautizo.

Como las visitas del sacerdote son tan raras y tardías considera el fiscal de su propia incumbencia concertar matrimonios, diciéndoles que cuando vaya el padre estarán ya listos para casarse; pero tan independientes son las muchachas tarahumares, que ha llegado á suceder que al oír la inesperada pregunta del eclesiástico, echen á correr gritando: "Kæke, kæke," *no, no!*

Cuando estuve, había un padre (ahora removido) que emulaba el ejemplo de los sacerdotes indígenas y era fuerte en aquello de empinar el codo. Una vez que estaba incapaz para ejecutar las ceremonias nupciales, tuvo el fiscal que lo acompañaba que tomar su lugar; pero como lo único que sabía acerca del rito se reducía á preguntar al hombre y á la mujer si se querían uno al otro, al oír el

PLANCHA VI. PLATE VI.

Sidney Starr.



"sí" agregó: "¿En dónde está el peso?" y embolsándoselo despidió á la pareja diciéndole: "Ya están ustedes casados."

Cuando se aguarda un aumento en la familia, el principal preparativo que hace la mujer es alistar buena cantidad de tesgüino y llamar á sus amigas para que la cuiden mientras su marido va á buscar al curandero. Al sentir que se aproxima su alumbramiento, se retira á un lugar apartado, pues le causa excesiva vergüenza dar á luz en presencia de otras personas. Se ata el ceñidor en la cintura y pare sentada, asiéndose de algo más alto, como, por ejemplo, de la rama de un árbol. Después que la criatura ha venido al mundo, puede el marido llevarle á su mujer un jarro de agua caliente para que beba. Abre asímismo un hoyo en el que, luego que él se va, entierra ella la placenta, poniendo encima algunas piedras para evitar que la saquen los perros. Corta el cordón umbilical con el filo de un carrizo ó de un pedazo de obsidiana, pero nunca con cuchillo, porque en tal caso el niño resultaría asesino y nunca sería curandero. Pregunté una vez á un tarahumar en donde había nacido, y esperando que me dijese el nombre de algún rancho, me señaló, con gran diversión mía, una gran piedra que se divisaba á poca distancia de donde estábamos, como lugar de su nacimiento.

Por lo general, la madre permanece acostada el día que ha dado á luz, pero desde la siguiente mañana trabaja como de costumbre cual si nada le hubiese sucedido. En cambio, su marido no hace la menor cosa durante tres días, porque piensa que se le rompería el hacha, se le caerían los cuernos á su buey ó se fracturaría una pierna. El tercer día toma éste un baño.

Cuando el niño tiene tres días de nacido, va el hechicero á curarlo. Encienden una gran fogata de olotes, ponen á la criatura en una frazada y entre su padre y aquél lo exponen, si es varón, por tres veces en medio del humo, hacia

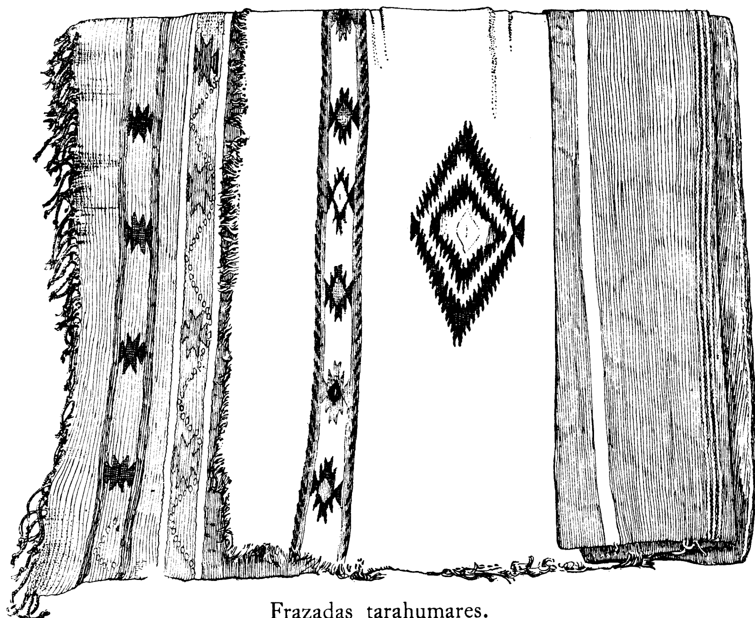
los cuatro puntos cardinales, efectuando el circuito ceremonial y levantándolo finalmente en alto. Esta práctica lleva por objeto hacer que el niño crezca bien y tenga suerte en la vida, es decir que no le falten cosechas. El curandero toma en seguida del fuego un olote ardiendo, y con el extremo carbonizado describe tres líneas paralelas sobre la cabeza del pequeñuelo en sentido longitudinal, y otras tres cruzando les primeras. Le rocía con tesgüino la cabeza y otras partes vitales del cuerpo para darle fuerza, y le cura el ombligo. Suele también untar al niño con grasa de víbora de cascabel mezclada con algunas yerbas, y dejarlo un rato al sol para que le entre luz en el corazón. Recibe el curandero por estos servicios un poco de maíz, frijoles, sal, etc.

El cuarto día va la madre á bañarse al río, dejando entretanto al chico desnudo y expuesto al sol por una hora lo menos, á pesar de todos sus chillidos, á fin de que vea y conozca el Padre Sol á su nuevo hijo. No se lava á la criatura sino hasta que cumple un año. Entonces lo cura nuevamente el médico quien repite su curación varias ocasiones en la vida del niño, para que se desarrolle bien y no le sobrevengan enfermedades ni desgracias. Para protegerlo más le cuelgan al cuello, envueltos en un lienzo, algunos pedazos de palo hediondo, cuyo fuerte olor libra de las enfermedades en opinión de los indios.

La madre amamanta á su hijo hasta que tiene tres años, pero desde la edad de seis meses empieza á darle un poco de pinole. El niño comienza á andar y á hablar á los dos años. Cuando la madre se encuentra moliendo al metate ú ocupada en cualquiera otra cosa, y no se para á darle de mamar, el pícaro chiquillo suele coger un palo y arremeter á golpes contra ella.

La mujer tarahumar es muy buena madre y cuida mucho á sus hijos. Tiene generalmente de seis á ocho, y á menudo más. Los niños pequeños juegan con muñecas

primitivas, vistiendo de guiñapos los olotes que clavan en la arena diciendo que son matachines y mujeres borrachas. Juegan también, como otros niños, con frijoles y bellotas ó con pollitos, á los que les amarran las patas, maltratán-



Frazadas tarahumares.

dolos á menudo. Juegan asímismo con cueros de ardilla rellenos, pero no hay especialmente juegos infantiles. Su padre les hace arcos y flechas, y los adiestra en la caza y trabajos agrícolas. Á las muchachas, conforme van creciendo, les enseña su madre á hilar y á tejer frazadas "porque de otro modo se volverían hombres." Les aconseja también que no tengan hijos con mucha frecuencia, porque les faltaría quien se los cargara. Las mujeres no pueden comer, sino hasta que tienen bastante edad, la carne de lomo, porque si lo hicieran no tendrían hijos. Por la misma razón no deben comer mollejas. Las que temen un parto difícil toman caldo de zorra mochilera. Las muchachas

no deben tocar los cuernos de venado, porque se les caerían los pechos.

Hay la costumbre característica de que los hijos, cualquiera que sea su edad, y aun después de casados y de tener familia propia, nunca se sirven ellos mismos de nada, en la casa de sus padres, pues la madre es la que les ofrece el alimento y se lo da siempre que lo tiene.

Nunca aplican los padres castigos corporales á sus hijos, limitándose á reprender al que se porta mal, lo que hacen también los amigos del padre cuando lo encuentran en alguna fiesta. Por lo demás los hijos viven en completa independencia, y no es raro que cuando se encolerizan le peguen á su padre. Las hijas no llegan á tanto, pero cuando las regañan, lloran y hacen muecas, quejándose de que las tratan injustamente. ¡De qué modo tan diferente se portan con sus padres los hijos de los chinos! En este punto, no tendría mucho apoyo la teoría de que los indios americanos son originarios del Asia.

CAPÍTULO XV

NUMEROSOS JUEGOS DE LOS TARAHUMARES—APUESTAS Y JUEGOS DE AZAR—CARRERAS—LOS TARAHUMARES SON LOS MEJORES CORREDORES DEL MUNDO—ADIVINACIONES PARA LAS CARRERAS—MONTAÑAS DE PRENDAS—LAS CARRERAS DE MUJERES.

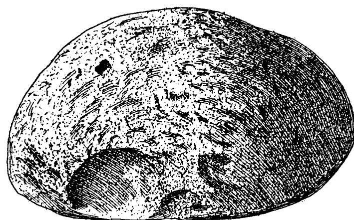
NO tengo noticia de tribu alguna más aficionada á los juegos que los tarahumares, pues pocos días del año habrá que no se dediquen á alguno. Aun los que se han civilizado y pervertido, no dejan de sentir su pasión favorita en su degeneración y miseria. Aunque es verdad que hay siempre algo de valor, realmente insignificante, que interviene con carácter de apuesta, no juegan por vicio. Varias de sus prácticas habituales para jugar son verdaderamente curiosas, pues cuando apuestan carreras ó intentan jugar al cuatro ó al quince, por ejemplo, no comen chile. Cuando es necesario hacer agujeros en el suelo, como para los dos últimos juegos mencionados, los abren en la parte plana de una roca.

Es muy común que dos jóvenes se diviertan jugando al tiro, disparándole flechas á otra que han arrojado para que se clave á una distancia de cincuenta metros y les sirva de blanco, la cual, así como el juego mismo, se llama en el castellano de México *lechuguilla*. En tarahumar se le llama al juego *choguírali*, y *choguira* á la flecha ó jara dispuesta para blanco. La flecha que se acerca más á ésta vale un punto; y si cae dentro de un espacio de cuatro dedos junto al blanco, cuenta por cuatro. El partido es de doce puntos. Un individuo se encarga de medir para todos la distancia, considerándola, no desde las puntas de las flechas,

sino desde las partes emplumadas. Si una de las saetas disparadas forma cruz con la *choguira*, cuenta cuatro puntos; dos, si sólo toca en el suelo la punta de la última, y si dos flechas se llegan á cruzar, no cuentan nada.

En vez de flechas se pueden usar tres palos, uno de los cuales se arroja á distancia para que sirva de *choguira*, y los otros dos se utilizan á manera de flechas, contándose de la misma manera. Á menudo hacen uso los tarahumares, cuando van de viaje, de este juego en cualquiera de sus formas, ya sea en parte del camino ó acaso en todo él. Pueden jugar juntas dos ó tres parejas.

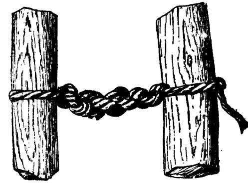
Es también digno de citarse otro juego muy parecido, para el que se emplean discos de piedra achatados por un lado y convexos por el otro. Llámasele *rixihuátali* (rixíhuala, *disco*) y lo juegan dos contra dos. Se comienza por arrojar al aire una piedra mojada de saliva en un lado para determinar quienes han de ser "cabezas ó colas," y el jugador que gana es el que comienza. Tiene cada uno tres piedras para lanzarlas hacia un agujero distante como unos veinte metros, á donde se dirige el que acaba de tirar para estar viendo los tiros de los demás. La piedra que cae más cerca del agujero vale por un punto; si cae dentro, por cuatro, y si la del segundo jugador cae sobre la piedra anterior dentro del hoyo, la "mata." Termina el juego en doce puntos. Para medir las distancias, rompen varillas pequeñas. Los que presencian el partido apuestan á cual de los contrincantes ganará.



Disco de piedra. Diámetro, 9.5 cm.

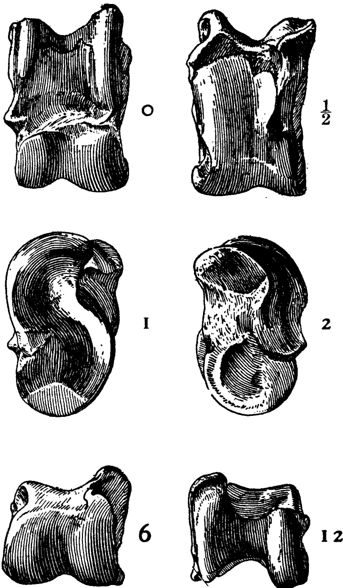
Hay otro juego llamado *tácuari*, "golpear la bola," y en español, *palillo*, usado sólo por las mujeres y jugado por dos á la vez. Una arroja con el pie una bola hacia á un agujero, mientras que su contraria trata de arrojarla hacia

otro. También lo juegan las tepehuanas del norte, quienes se valen á veces, en lugar de pelota, de dos trocitos de madera atados por enmedio con un cordel, que arrojan hacia adelante de sus lugares con un palo más largo, haciendo un rápido movimiento de palanca.



Palillos de las tepehuanas. Longitud de cada uno, como 6 cm.

Los tarahumares civilizados, lo mismo que los mexicanos, juegan con huesecillos que les sirven de dados, á un juego llamado *la taba*. Los huesos son de venado, de carnero ó de cabra, y sirve uno solo para los dos jugadores. El partido es á doce puntos y cada quien tiene doce granos de maíz para contarlos, los que coloca dentro de un círculo, que traza en la arena, y va pasando á otro círculo, conforme los puntos que gana.



Valor de los diversos lados de un huesecillo.

El juego más importante en que se entretienen, hasta cuando están achispados, es *el quince*, llamado en tarahumar *romavoa*, que se juega con cuatro palos de igual tamaño que nombran *romálaca*, en los que se hacen ciertas señales para indicar su valor. En realidad, tienen el mismo objeto que los dados, pero se tiran de distinto modo. Empuña el jugador todos ellos con la mano izquierda, los empareja cuidadosamente para que ninguno sobresalga por los extremos, levanta el haz y los lanza de punta contra una pequeña piedra plana ó cuadrada situada frente á él, de la

que rebotan hacia su contrario, contándose según la manera como caen. La mira del juego es recorrer una figura que se dibuja en el suelo con agujeritos entre ambos jugadores. Los movimientos, por supuesto, dependen de los puntos ganados al lanzar los palos, y se sigue la cuenta por medio de un guijarro que se va colocando en el lugar que corresponde después de cada tiro. Muchos accidentes suelen impedir el avance. Puede suceder, por ejemplo, que toque ocupar el agujero en que está el contrario que viene contando en dirección opuesta, con lo cual se le *mata* haciéndolo que comience desde el punto de partida. Se va adelantando conforme á muchas ingeniosas reglas que hacen el juego grandemente intelectual y entretenido. Si un tarahumar dispone de lo necesario para pagar lo que pierde, sigue jugando por quince días ó un mes hasta que nada le queda en el mundo, fuera de su mujer y sus hijos, y en ese punto cesa de jugar. Además, paga escrupulosamente las deudas que contrae.

También los tepehuanes del norte conocen el quince y lo juegan con palos de dieciocho ó veinte pulgadas, sentándose bastante separados, porque siendo más largos los palos, rebotan á mayor distancia.

Se entretienen asímismo con la lucha, pero el *sport* que puede llamarse nacional á que tienen extraordinaria inclinación los tarahumares, son las carreras á pie, que ejecutan en todas las épocas del año, hasta cuando se encuentran debilitados por la escasez del alimento. El interés estriba casi principalmente en la apuesta que media; pues, de hecho, es un juego. Llámasele *rālá hípa* (aventar con el pie) aludiendo á una bola ó pelota que se usa en la carrera.

No cabe duda que los tarahumares son los mejores corredores del mundo, no en cuanto á velocidad, sino en cuanto á resistencia, pues fácilmente puede correr un indio sin parar 170 millas. Cuando se emplea á alguno para mensajero, emprende su camino á lento trote, corriendo



Tarahumares jugando al quince.

con firmeza é incesantemente. Sábese de uno que en cinco días fue y volvió para llevar una carta de Guazápares á Chihuahua, recorriendo una distancia de cerca de 600 millas. Aun considerando el camino que haya ahorrado cortando de través por sitios que le fueran conocidos, no dejó de ser extraordinaria su hazaña, pues debe de haberse alimentado ese tiempo, según acostumbran hacerlo, con sólo agua y pinole.

Los indios que entran al servicio de los mexicanos son á menudo utilizados en correr tras de los caballos montaraces, para llevarlos á un corral, lo cual suele exirgirles dos ó tres días, pero lo logran al fin, llegando los caballos completamente fatigados, mientras que los hombres, que naturalmente economizan sus fuerzas y duermen y comen pinole, tornan relativamente frescos. De la misma manera pueden perseguir á un venado, sin perder su pista durante varios días, á pesar de la lluvia y de la nieve, hasta que acorralan al animal y lo matan con facilidad á flechazos, ó lo alcanzan enteramente fatigado y arrancándosele las pesuñas.

Tan grande es su propensión á correr, que el mismo nombre de la tribu alude á ella, pues *tarahumar* es corrupción española de *ralámari*, cuya significación, aunque algo oscura, puede indudablemente traducirse por "corredores á pie," porque *rālá* significa "pie."

Se efectúa siempre la carrera entre los individuos de dos localidades representadas en número de cuatro á veinte corredores. Ambos partidos llevan algún distintivo, como por ejemplo, los de un grupo, bandas rojas en la cabeza, y los otros, blancas.

Es particularidad del juego el ir empujando al correr cada uno de los partidos una pequeña pelota, como de pulgada y media de diámetro, hecha de raíz de encino. El que corre más delante la golpea con los dedos del pie derecho, haciéndola rodar como cien metros. El que la

arroja y todos los demás de su grupo la van siguiendo, sin dejar de correr; y el primero que la alcanza, la echa á rodar de nuevo, sin que se la toque nunca con la mano, á no ser cuando cae entre las piedras, en algún charco ó en otro lugar embarazoso, de donde hay que sacarla para lanzarla de nuevo de un puntapié.

No hay pista especialmente dedicada para las carreras, pero se determina por lo general el trayecto que debe seguirse por medio de cruces grabadas en la corteza de los árboles, habiendo ciertos lugares favoritos para efectuar dichas carreras. Siempre que es posible, se prefiere las cimas planas de los cerros poco altos que se extienden formando círculo; pero cuando no disponen de un lugar semejante, van y vuelven sobre una cima, partiendo siempre de alguna pequeña explanada ó de otro punto conveniente, próximo al centro, donde se reune la gente para el objeto.



Cruz para señalar la pista en las carreras.

Los jefes de uno y otro partido, arreglan entrambos el tiempo y el lugar, así como el número y extensión de las vueltas. Puede medir un circuito desde tres hasta doce millas, conviniéndose en recorrer hasta veinte circuitos cuando son cortos. Cerca de Carichic hay un circuito como de catorce millas, al que se le dan doce vueltas sin parar. Se casan de una y otra parte corredores de igual habilidad, cuidando cada grupo, por supuesto, de elegir los mejores, y hasta que la carrera comienza, quedan los eligidos bajo la vigilancia de sus jefes, que los hacen abstenerse de tesgüino por un término de dos á cinco días antes de la acción. Los corredores se ejercitan en vísperas de una gran carrera, no porque necesiten adietrarse, sino sólo para practicar el puntillazo y probar el terreno.

De mayor importancia son las artes mágicas de que se



Tarahumares corriendo con antorchas.

valen para asegurar el triunfo sobre sus contrarios, pues si el jefe es atrevido va á una cueva sepulcral, llevando consigo dos bolillas, exhuma un hueso, que de preferencia debe ser la tibia de una pierna derecha, y lo tiende sobre el suelo de la gruta donde lo ha hallado. Coloca delante del hueso un jarro con tesgüino y algunos trastos con comida, poniendo á los lados las pelotillas y clavando una cruz en frente de todo ello. La comida y la bebida constituyen un tributo que se ofrece al muerto para que ayude á ganar la carrera, debilitando á los adversarios.

Por suponerse que los huesos humanos provocan fatiga, ocultan secretamente algunos en tales y cuales puntos por donde deben pasar los competidores, y se informa á sus compañeros del peligro para que lo eviten. Cuando se recurre á esta estratagema, se tiene cuidado de no tocar los huesos con los dedos, porque se les secarían éstos, y los cargan con palillos.

Numerosos remedios se llevan también al lugar de la liza, los unos para infundir fuerza á las amigos, los otros para debilitar á los contrarios. Ciertas hierbas son arrojadas al aire ó sacudidas al paso de los que corren, para enervarlos; no faltan mexicanos especuladores que se hagan pagar á muy buen precio polvillos blancos ú otros ingredientes, declarándolos de suma eficacia; pero sean los que fueren los ensalmos que se empleen, hay siempre otros que contrarrestan su efecto. Especialmente poderosa es la sangre de tortuga mezclada con la de murciélago, puesta á secar y revuelta con un poco de tabaco para hacer un cigarro y fumárselo, y sirven también de protección el peyote, ó la cabeza seca de un águila ó de un cuervo, que se ocultan debajo del ceñidor.

Los que toman parte en una carrera necesitan indispensablemente de los servicios del sacerdote. Este ayuda al jefe, que á menudo es médico, á frotar á sus hombres con yerbas y lisas piedras á fin de fortificarlos. Háceles

también pases para librarlos contra la hechicería. El día anterior á las carreras los *cura*. Se pone al pie de la cruz, en una frazada, comida, remedios y muchos objetos mágicos. Las yerbas son de mucho poder, y necesitan estar en sacos de cuero ó de lienzo para que no se les vaya la fuerza. Asímismo se coloca debajo de la cruz el agua que han de beber los campeones, y se encienden velas á ambos lados del rimero. Los corredores, provistos de sus bolas, se alinean en torno de la cruz, y el sacerdote, situándose frente á la misma, la inciensa con copal y entona la canción de la cola de la zorra gris y otros cantos. Todos los alimentos y bebidas deben ser proporcionados por los parientes para asegurarse contra cualquier hechicería y peligro de enfermedad. Beben tres veces del agua y remedios fortificantes, y en seguida el campeón principal dirige á los otros para que den una vuelta ceremonial al rededor de la cruz, siendo tantas vueltas cuantos circuitos se han de recorrer. Duermen todos junto á la misma cruz para cuidar los remedios que hay en la frazada, teniendo en su compañía á algún anciano, porque los viejos pueden ver hasta cuando están dormidos y librar de hechizos.

Terminada la ceremonia, lleva el sacerdote aparte á cada uno de los que tomarán parte en la carrera y los sujeta á un rígido interrogatorio respecto de lo que hayan comido recientemente y de sus relaciones con mujeres. La grasa, las papas, los huevos y toda cosa dulce están prohibidos porque hacen pesados á los hombres; pero tales alimentos como conejo, venado, ratas, guajolotes y codornices ayudan á ganar.

También se hace un augurio para saber que partido triunfará, echando agua en una grande artesa de madera y lanzando simultáneamente sobre el agua las dos pelotillas, siendo seguro que ganará el partido cuya bola llegue primero al otro extremo. Se ejecuta esta prueba tantas veces cuantas vueltas haya que dar en la carrera.

Nunca se gana por medios naturales, y los que pierden aseguran constantemente que los embrujaron los otros. Una vez que me ocupaba en tomar la temperatura de algunos indios antes que empezaran á correr, sus adversarios perdieron el ánimo, suponiendo que estaba yo fortificando á sus contrincantes para que los vencieran.



Indios apostando en una carrera.

Á menudo alguno de los principales contendientes, sintiéndose desanimado, pretexta que está enfermo, declarando que sus rivales lo han enhechizado, en cuyo caso todo viene por tierra y se desorganiza la carrera. Mucho se cuenta de yerbas dañinas dadas en pinole ó en agua para enfermar á los campeones, y aun puede suceder

que algún pillastre ofrezca al mejor corredor de un partido que le dará una vaca si deja ganar al otro grupo; pero, por regla general, todo se lleva á efecto del modo más legal. Á nadie debe sorprender, sin embargo, que haya seis vigilantes de cada grupo para resguardar de cualquier percance posible á los que corren, y ver que todo se ejecute de buena manera. No son admitidos los individuos que están chispos, y á las mujeres en cinta se las aleja cuidadosamente, pues con sólo tocarles la ropa perderían su ligereza los campeones.

El día en que debe efectuarse la carrera, se pasa la tarde en hacer apuestas que recogen los jefes. Aquellos indios, pobres como son, comprometen sus arcos, flechas, ceñidores, ropas, frazadas, chaquira, arí, bolas de hilo, maíz y aun sus ovejas, cabras, bueyes y vacas, apostando por ejemplo un sarape contra muchas bolas de hilaza, una barra de arí contra muchas flechas, etc. En las carreras de importancia pueden ascender las apuestas á considerables montones de dichos artículos, exigiendo por consiguiente que el jefe sea un hombre de decisión y memoria, como que tiene que conservar en la cabeza, y no por escrito, todas las apuestas, cuyo valor total llega en ocasiones á un millar de pesos. Lo que para los indios constituye una fortuna puede cambiarse en lo contrario, con el resultado de la carrera. Una vez, le tocaron á un individuo cincuenta pesos de la utilidad general.

La escena presenta un aspecto de grande animación. Reúnense como doscientas personas, entre mujeres y niños. En el punto de reunión, llamado en tarahumar "lugar donde se apuesta," hácense todas éstas, y allí es donde se comienza y se concluye la carrera. Allí también colocan los jefes en hilera tantas piedras cuantos circuitos habrán de recorrerse, las que se van quitando conforme se completa cada circuito, siguiéndose la cuenta por este medio. Los que tienen que correr andan envueltos, como

el resto de la gente, en sus frazadas sin haber tomado en todo el día más que pinole y agua tibia. Por la mañana sus jefes les estregan bien las piernas con agua caliente.

Una vez concertadas las apuestas, se adelanta el gobernador para decir una alocución que tiende principalmente á exhortarlos á que no impulsen la bola con las manos, pues si lo hacen, con seguridad se irán al infierno! Asímismo los amonesta á no hacer trampas de ninguna especie.

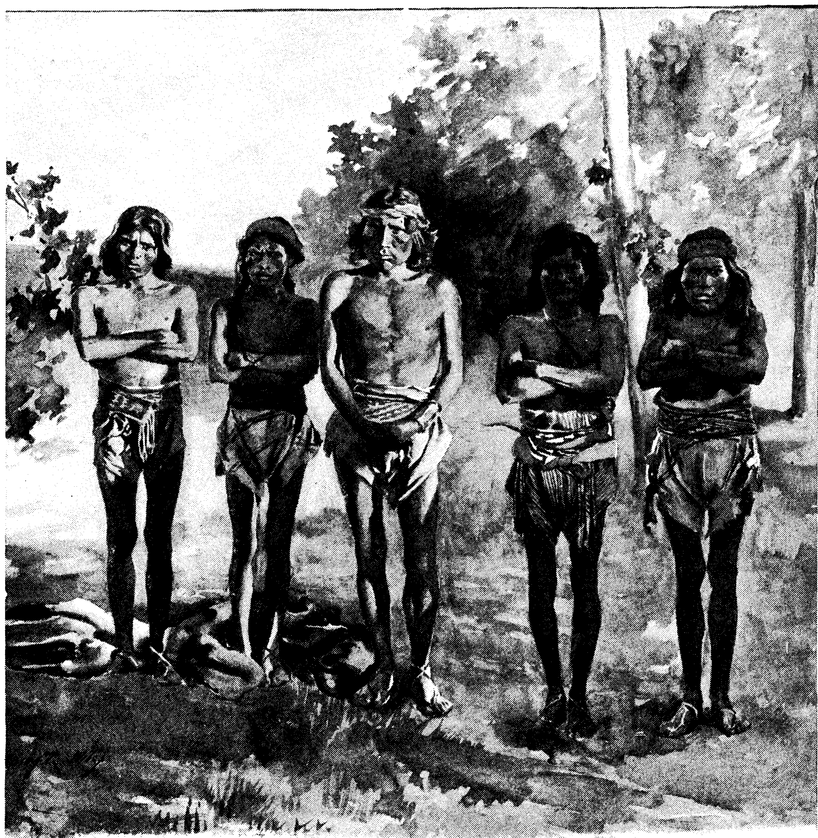
Á una señal dada, los corredores, con la rapidez de un relámpago, tiran al suelo sus frazadas; un individuo de cada partido, designado previamente, lanza la pelotilla lo más lejos que puede, y héchanse á correr tras ella todos sus compañeros. Se lleva siempre una bola de reserva, por si la primera se pierde.



Parte de un cinturón con sonajas.

Llevan los corredores, colgados á la espalda ó sujetos por detrás del ceñidor, una especie de cascabeles ó sonajas formados con pezuñas de venado y pedacitos de carrizo que juntan con una correa, los cuales sirven, según ellos dicen, para no dejarlos que se duerman mientras corren. Sirven además las pezuñas para comunicarles la ligereza del ciervo. Algunos se adornan con plumas de diversas aves, especialmente de guacamaya y de pavo amarradas en unas varitas. Los pocos tarahumares que alguna vez han visto un pavo, considéranlo ave misteriosa y de ligeros pies. Algunos de los corredores, por ejemplo los de cerca de Batopilas, se pintan la cara y las piernas con yeso.

No corren con extraordinaria velocidad, pero sí con mucha firmeza, hora tras hora y milla tras milla, recorriendo, los buenos en el oficio, cuarenta millas en un espacio de seis á ocho horas. Una vez que recorrieron, según su



Corredores tarahumares, fotografiados después de la carrera.

cálculo veintiuna millas en dos horas, medí el tiempo del luchador principal encontrando que hizo 290 pies en diecinueve segundos á la primera vuelta, y en veinticuatro á la segunda. En una prueba los vi recorrer cuatro millas en media hora.

El público presencia la carrera con gran entusiasmo desde el principio hasta el fin, creciendo el interés á cada vuelta. Muchos se ponen á seguir á los que corren, animándolos con repetidos gritos, y les ayudan indicándoles el sitio donde se detiene la bola, para que la arrojen de nuevo



India tarahumar cruzando un río durante una carrera.

sin detenerse á buscarla. Las mujeres de los contendientes calientan agua y preparan pinole que ponen en jícaras para dárselas al pasar. Detiénense ellos algunos segundos para tomar lo que les ofrecen, pero si la cosa se dificulta, les arrojan el agua tibia á la espalda á fin de refrescarlos. Cuando oscurece, encienden antorchas de resinoso ocote

que se llevan á lo largo de la pista para alumbrarles el camino á los que corren y evitarles que tropiecen, lo que da á la escena un aspecto extremadamente pintoresco, pues los que llevan las antorchas se precipitan como demonios por el bosque.

Horqueta y pelota de madera para carreras de mujeres. Longitud de la horqueta, 69 cm.; diámetro de la pelota, 6.5 cm.

Los contendientes se van cayendo uno tras otro; la excitación crece; únese más y más gente á los pocos que continúa en la carrera, con el principal móvil de gritarles palabras de ánimo que los exciten á seguir adelante y, por último, el mejor llega generalmente solo, ya por haber aventajado á los demás ó porque los otros han abandonado la liza.

Vara y aro para carreras de mujeres. Longitud de la varilla, 85 cm.; diámetro del aro, 11 cm.

Generalmente comienza la carrera á medio día; pero á menudo no acaban de concertarse las apuestas sino ya muy entrada la tarde, pues requieren hasta cuatro horas ó más. Un corredor famoso, que ha muerto ya, podía correr desde medio día hasta la puesta del sol. No hay premio para el que gana, si no es la grande opinión que se conquista entre las mujeres; pero su padre puede aceptar regalos de los puntos que han tenido mejores ganancias. Del que gana una vaca, se espera que dará dos pesos al corredor victorioso, y si gana una cabra, le dará medio real. Concluída la carrera, se pagan inmediatamente las apuestas, y los indios se dispersan presta-

mente para pronto concertar otra. Algunas veces se lleva á efecto una carrera de hombres de edad antes que las de los muchachos, siendo siempre la última el principal acontecimiento del día. También las mujeres emprenden carreras, siendo grandes las apuestas y entusiasmo que en ellas prevalece, pero en menor escala que en las de los hombres. En vez de lanzar la pelotilla con los dedos de los pies, usan ellas unas largas horquetas de madera con dos ó tres puntas. Á veces les sirve de objeto arrojadizo un anillo trenzado de hojas de yuca, pero más á menudo dos anillos enlazados que arrojan delante con una vara de punta encorvada. Debe de ser muy antiguo este juego llamado *rohuémala* (*rohué* significa *aro*), pues se han encontrado aros de esta especie en las antiguas habitaciones de las rocas. Es verdaderamente curioso ver á esas robustas amazonas correr pesadamente con pasmosa perseverancia, levántandose sencillamente las enaguas, al cruzar los arroyos y charcos que interceptan su paso, para abreviar el camino que recorren.

CAPÍTULO XVI

RELIGIÓN—LA LUNA Y LA VIRGEN MARÍA—MITOS—LA CREACIÓN---EL DILUVIO—FOLK-LORE—LA HISTORIA QUE EL CUERVO CONTÓ AL LORO—EL HERMANO COYOTE—CREENCIAS RELATIVAS Á LOS ANIMALES.

LOS paganos ó gentiles de las barrancas dicen que hay dos dioses, pero no diablo. Son aquéllos el Padre Sol (Nonorúgami) y la Madre Luna (Yerúgami). El sol cuida á los hombres durante el día, razón por la cual no emprenden transacciones los tarahumares sino hasta que aquél se oculta. Hace también dormir á los animales. La luna vigila por la noche, y es la deidad especial de las mujeres. Ayúdala en sus nocturnas vigilias su hijo el Lucero de la Mañana, quien manda á las demás estrellas, porque son sus hijos, porque son tarahumares. Las estrellas avisan á sus hermanos de la tierra cuando entran ladrones en sus casas. Si los tarahumares tratan de afirmar algo solemnemente, dicen: "¡por los de arriba!" es decir, por el Sol, la Luna y las Estrellas.

Pero la mayor parte de los tarahumares son nominalmente cristianos, bien que su conocimiento del cristianismo se reduzca á las palabras *Señor San José* y *María Santísima*. Han adoptado también la frase *Tata Dios* (*Tata*, padre) para designar á su Padre Sol; la Virgen María ha venido á ser para ellos la Madre Luna, y por consiguiente la mujer de Tata Dios. Celebran del modo que les es peculiar todas las fiestas católicas que conocen, con tanto gusto y atención como las propias suyas.

El sér que sigue en importancia á los anteriores, es el diablo, á quien temen más que á sus propios hechiceros, y siempre representan con larga barba semejante á la que usan los mexicanos. Es viejo y sólo tiene un ojo; los sacerdotes lo han visto con frecuencia; toca la guitarra, pero nunca el violín debido á que el arco forma cruz con las cuerdas; le gustaría mucho ir al cielo, y mucho tienen que trabajar los sacerdotes para impedirle que lo haga. Hay también una *diabla*, mujer del anterior, que ha tenido muchos hijos, todos gemelos, los cuales son los mexicanos primitivos.

Consiste el paraíso de los indios en un conjunto de grandes ranchos en donde encontrarán á todos los animales que en esta vida hayan sacrificado á Tata Dios, cuya ocupación en el cielo es jugar carreras con los ángeles. La del diablo consiste en unirse á los hechiceros, por ser el jefe de todos ellos, para hacerles molesta la vida á los tarahumares.

Estos son hijos de Dios, y los mexicanos, hijos del diablo, por cuya razón no consideran que haya delito en comerse las vacas de los últimos, pues creen que en realidad no les pertenecen á los *shabochi*, ni tampoco en que un tarahumar hurte algo á un mexicano, no obstante la escrupulosidad con que averiguan los robos que se cometen entre ellos.

Doy en seguida algunos de los mitos y tradiciones de la tribu, en los que fácilmente se reconocerán las ideas cristianas que se han introducido, sin necesidad de llamar especialmente la atención sobre ellas.

LA CREACIÓN

En el principio hubo muchos mundos anteriores á éste, que fueron acabando uno tras otro. Precisamente antes de que el mundo fuera destruído la última vez, corrían todos los ríos hacia el lugar donde nace el sol; pero

ahora las aguas se dirigen también hacia donde el sol se pone.*

Los osos emprendieron la obra de dar forma al mundo que antes no era más que un arenal.

En los tiempos antiguos había multitud de lagunas al rededor de Guachochic; pero se arregló la tierra cuando llegó el pueblo y se puso á bailar yumari.

Las rocas eran al principio blandas y pequeñas, pero crecieron hasta hacerse grandes y duras, y tienen vida dentro.

La gente brotaba del suelo cuando la tierra era tan plana como un campo que está listo para sembrarse, pero en aquellos días, los hombres sólo vivían un año y morían como las flores.

Según otra tradición, bajaron del cielo con maíz y patatas en las orejas y fueron llevados por Tata Dios á aquellas montañas, que están en medio del mundo, á donde llegaron primitivamente siguiendo una dirección de noreste á este.

EL SOL Y LA LUNA AL PRINCIPIO DEL MUNDO

En el principio, el sol y la luna vivían solos y eran dos niños vestidos de hojas de palma que habitaban en una cabaña techada de lo mismo. No tenían vacas ni ovejas; ambos eran oscuros y el lucero de la mañana era el único que esparcía alguna luz sobre la tierra. La luna comía piojos de la cabeza del sol, y la estrella de la mañana vigilaba durante la noche. Había entonces 600 tarahumares que no hallaban que hacer á causa de la oscuridad, pues no podían trabajar, tenían que cogerse unos con otros de las manos para andar y á cada paso tropezaban; pero curaron al sol y á la luna tocándoles el pecho con crucecitas mojadas en tesgüino, y uno y otra comenzaron á brillar y á dar luz.

* El Río Fuerte, el único de importancia en la región de los tarahumares, desemboca en el Océano Pacífico.

LA LEYENDA DE LA ESTRELLA

Un hombre vivía con tres mujeres, ocupado en hacer flechas mientras ellas iban á buscar zorras y marmotas, y una vez que no pudieron encontrar ninguna, mataron á su padre y dijeron: "De nada sirve ya estar aquí; vámonos á otra parte." Cuando el hombre las vió corriendo, les tiró con flechas. Las mujeres fueron ascendiendo al cielo, cogidas de la mano, y él las clavó en los lugares donde aún pueden verse, convertidas en las tres brillantes estrellas del cinto de Orión. Las tres mujeres permanecieron en el cielo, pero el hombre se quedó en el mundo vuelto coyote.

LEYENDAS DEL DILUVIO

Cuando el mundo se llenó de agua, una muchachita y un muchachito subieron á una montaña llamada *Lavachi* (guaje), situada al sur de Panalachic, de la que descendieron cuando el agua hubo bajado, llevando consigo tres granos de maíz y tres frijoles. Como las rocas estaban blandas después del diluvio, aun pueden verse las huellas de los niños. Plantaron el maíz, se acostaron y tuvieron un sueño aquella noche; después cosecharon, y de ellos descienden todos los tarahumares.

Empezaron éstos á pelear entre sí, y Tata Dios les envió mucha lluvia haciendo que todos perecieran. Después del diluvio, envió á tres hombres y tres mujeres á poblar la tierra, los cuales sembraron tres clases de maíz que habían traído: el blando, el duro y el amarillo,—variedades que todavía se encuentran por allí.

LOS GIGANTES

Antiguamente había gigantes en las cumbres de las montañas, tan grandes como pinos y con unas cabezas como rocas. Enseñaron á los tarahumares á sembrar el

maíz, derribando árboles y quemándolos, pero se comían á los niños.

Una mujer dio á luz un gigante en una cueva que estaba muy alta sobre la ladera de un valle.. La madre murió por el tamaño de su hijo, el cual quedó á cargo de su abuela, pero ésta, volteándose una noche dormida, lo aplastó.

De Guasivori (cerca de Cusarare) fueron unos gigantes á Nararachic á pedir limosna. Les gustaba mucho el tesgüino. Trabajaban muy de prisa y los tarahumares los pusieron á cavar la tierra y á sembrar, dándoles en cambio comida y tesgüino; pero los gigantes eran feroces, violaban á las mujeres cuando estaban bajo la influencia de la Luna, y por lo tanto se irritaron mucho los tarahumares, mezclaron un cocimiento de chilicote con el grano que daban á los gigantes, y éstos murieron.

TATA DIOS Y EL DIABLO—LAS OVEJAS Y LOS VENADOS—PORQUÉ CANTAN LOS GALLOS EN LA MAÑANA*

Tata Dios bajó al mundo. Tenía en su casa muchas grandes ollas llenas de fuerte tesgüino. Al otro lado del Río Huerachic, en las barrancas, vivía el diablo, que era muy pobre y sólo tenía un jarrito de tesgüino malo. El diablo y su hermano convidaron á Tata Dios á que fuera á beberlo con ellos, y habiendo aceptado le dieron el jarro y la jícara, y se sentó á beber; pero no pudo emborracharse porque no había suficiente licor. Cuando hubo vaciado el jarro, dijo Tata Dios: "Ahora vamos á beber tesgüino á mi casa; porque yo también tengo." Aceptaron la invitación, fuéronse todos juntos y Tata Dios les dio una grande olla llena de tesgüino y la jícara para beberlo, lo que no dejaron de hacer, entreteniéndose al mismo tiempo en cantar como los mexicanos, hasta que ambos rodaron por el suelo completamente ebrios. Ya muy entrada la

* Según una relación que hizo una vieja tarahumar "cristiana" en Huerachic, junto á la parte superior del Río Fuerte.

noche, se levantó el diablo y se acostó con la mujer de Tata Dios. Cuando ella despertó, enojóse muchísimo é hizo levantar á su marido, quien emprendió pleito con el diablo hasta que éste lo mató. Pero Tata Dios resuscitó al rato y dijo al diablo: "Ahora sal de aquí y vete lejos." "Voy á mi casa por mis armas," repuso el diablo; pero fuese primero á la habitación de Tata Dios y le robó su dinero y cuanto tenía, ocultándolo todo en su casa, á donde fue á buscarlo Tata Dios. Este, nuevamente irritado, púsose otra vez á pelear hasta que quedó muerto; pero tornó á levantarse y dijo al diablo: "Húndete," y desde entonces se hundió el diablo y ha permanecido debajo de la tierra, mientras que Tata Dios continúa en su casa.

Un día al amanecer viéronse todos los campos llenos de ovejas. Tata Dios pintó sobre una losa unas figuras semejantes á pisadas de venados, con lo cual dio origen á estos animales.

Cuando Tata Dios volvió al cielo, llevaba en la mano derecha un gallo que colocó en la copa de una palma. El ave cantó tres veces, mientras que Tata Dios ascendía al cielo. Desde entonces, siempre que sale el sol, los gallos que hay en la tierra responden cuando oyen cantar á los que están en el cielo.

Desde que Tata Dios se fue al cielo, no ha vuelto nunca, pues está disgustado con los tarahumares y pretende destruír el mundo, pero le dice la Virgen: "No te metas con ellos; me da compasión la familia que dejamos." Por esta razón, subsiste el mundo.

Cuando Tata Dios se fue, dijo: "Voy á dejar aquí dos cruces." Y colocó una cruz en el extremo del mundo donde nace el sol, y otra donde el sol se pone. Usa la del oriente cuando sube al cielo y cuando viene á visitar á los tarahumares; y deja la del oeste para los tarahumares que al morir van al cielo. Los tarahumares viven entre estas dos cruces, y aunque quisieran ir á venerarlas se lo impiden

grandes masas de agua. Por lo mismo clavan frente á sus casas pequeñas cruces, ante las cuales celebran danzas, y Dios baja á comer junto á las cruces. Sólo se come el alma ó sustancia de la comida, cuyos restos deja para los pobres.

LOS GIGANTES, EL CUERVO Y EL CHINATO

El cuervo, que es muy entendido, contó lo siguiente al loro, quien á su vez lo refirió á los gentiles. El chinato y el cuervo, hace mucho, mucho, vieron un pleito entre dos gigantes que habían apostado á quien de los dos tiraría más lejos una piedra. La apuesta consistía en cuatro venados. Un gigante llamado Gōlí arrojó, en lugar de la piedra, un pájaro que llevaba en la mano, de suerte que ganó. Volvió á donde estaban el chinato y el cuervo. El chinato dijo al cuervo: "Nada pueden hacernos sino hasta que levanten alguna piedra." Pero el cuervo respondió: "Puede ser que traigan la piedra en la mano." Y se echaron á volar, gritando el cuervo entretanto: "Voy á la montaña para buscar á mi mujer y á mi hijo que se fueron hace seis días y no han vuelto."

EL VENADO, EL SAPO Y EL CUERVO

Voló el cuervo hacia la montaña, donde el venado y el sapo estaban haciendo una apuesta. "Vamos á ver," decían, "quien mira primero al sol mañana." La apuesta consistió en veinticinco tábanos, y le rogaron al cuervo que sirviera de testigo. En la mañana todos estaban listos en espera del sol. El sapo miraba al poniente desde la montaña más alta, pero el venado estaba viendo hacia el oriente. Y dijo el sapo: "Mira acá, hermano cuervo, ya he visto salir el sol," y dijo el cuervo al venado: "Hermano venado, has perdido. Dale á este los veinticinco tábanos." El venado pidió un día de plazo para cogerlos, pero creyendo el sapo que no quería pagarle, dijo al venado: "Vamos

á jugar una carrera para quedar á mano." El venado aceptó al punto, y colocaron una piedra para que sirviera de meta. El sapo fue á buscar otros muchos sapos y los colocó de trecho en trecho en la pista. Cuando llegó el venado á la piedra, el sapo, que ya estaba sentado sobre ella, le dijo: "Hermano venado, perdiste." Y el venado se fue.

Entonces el sapo dijo á los tábanos: "Vayan á picarle mucho al venado para que corra más de prisa. Si le dan muchos piquetes, nunca me comeré á Uds." Los tábanos fueron de muy buena gana á perseguir al venado, porque los había ofrecido de apuesta, y desde entonces, han continuado picándole.

EL CUENTO DEL COYOTE

El coyote pidió permiso á Tata Dios para venir al mundo, y Tata Dios le preguntó qué venía á hacer. El coyote contestó que á robarles á los tarahumares su maíz y sus animales, y Tata Dios le dio permiso de hacerlo, porque el coyote no sabe trabajar.

EL LEÓN, EL COYOTE Y LA ZORRA

El coyote desafió al león á ver quién de ellos tenía mejor vista y era más inteligente. Dijo el león: "Vamos á ver quién mata primero un animal." Y propuso que fueran á un pozo de agua, y como consintiera el coyote, pusiéronse en marcha para su cacería. El león trepó á un árbol, y el coyote se quedó abajo sin poner cuidado á lo que el león decía. Pasó un venado, y el león le cayó encima y lo mató. Viendo esto el coyote desde el lugar en donde estaba, púsose á buscar y no tardó en divisar una yegua muerta. Cuando se reunieron dijo el león al coyote: "Bueno; ¿qué has hecho?" El coyote contestó: "Pues, hombre, he matado una yegua." Pero la yegua había estado muerta tanto tiempo que ya apestaba; por lo que dijo el león al coyote:

"No seas embustero," y corrió al coyote que se fue avergonzado.

Encontrando éste á poco á la zorra, le aconsejó que fuera á desafiar al león. Fue ésta en busca del último, y le dijo: "¿Cómo te va, hermano león? Supe que le ganaste al hermano coyote." El león repuso; "No, hermana zorra; el coyote se hizo tonto á sí mismo." Entonces dijo la zorra: "Vamos á ver si me ganas á mí, y quién de los dos



El Coyote, *Canis latrans.*

puede coger primero un conejo." Y se fueron á la montaña á buscar conejos. Al salir el sol, el león tomó posición mirando al norte; la zorra se colocó mirando al sur, y ambos quedáronse aguardando á los conejos. Pasado un rato, el león vio uno, pero en ese momento la zorra estaba dormida junto á él, de suerte que el león dijo al conejo: "Pasa entre nosotros sin detenerte, y haz como si te metieras en un hoyo, pero vete por un lado." Entonces el león dijo á la zorra despertándola: "Allí va un conejo; se metió dentro

de un agujero donde no puedo seguirlo; pero tú eres chica, y lo puedes coger." La zorra alcanzó á verle la cola al conejo que se escondió sin entrar en el pozo, como el león le había aconsejado. "Magnífico," dijo la zorra, "voy á cogerlo; pero como tú lo viste primero, has ganado la apuesta." Pero el león dijo: "Nó; entra en el agujero, saca al conejo, y cómetelo." Entonces la zorra entró en el agujero, el león encendió fuego junto á la orilla y cuando salió la zorra, se quemó la patas. Por esta razón anda siempre la zorra tan de prisa. Vituperó al león por lo que había hecho, diciéndole que era muy malo, le rogó que la dejara ir con vida, y fue á esconderse en una cueva llorando, porque iba temerosa del león; pero el chupamirtos que vivía en la cueva le picó la cara y los ojos, y la obligó á irse para no volver más.

LAS GALLINAS, LA ZORRA Y EL COYOTE

El pájaro carpintero hizo una guitarra y se la dió á la mariposa para que tocara, mientras el gallo bailaba, y el grillo danzaba con la langosta, y la gallina estaba cantando. Acertó á llegar el coyote por ver qué sacaba de la fiesta, y llegó también la zorra llevando algunas tunas muy hermosas y dulces. Dio una al coyote diciéndole: "Vamos, hermano coyote, toma este buen bocado." La tuna estaba pelada y le supo al coyote tan bien que pidió más. La zorra le dijo: "Te daré más tunas, pero has de comértelas con los ojos cerrados." Y le dió algunas que estaban sin pelar, de suerte que las espinas se le clavaron en la boca, lo que le hizo encolerizarse tanto que trataba de comerse á la zorra. Pero ésta le dijo: "No te enojes, hermano coyote: te voy á dar de beber; y no grites, porque hay perro cerca." Fue á ver al gallo y á la gallina, les pidió tesgüino, y se lo llevó al coyote diciéndole: "Toma, hermano coyote, bebe esto." El coyote bebió dos jicaradas, y luego una tercera, la que no bien hubo terminado, comenzó

á aullar porque se emborrachó mucho y le preguntó á la zorra: "¿Por qué están bailando?" La zorra contestó: "Están bailando porque don Grillo se casó con doña Chicharra; por eso la mariposa está tocando la guitarra, el gallo bailando y la gallina cantando." Pero el coyote dijo: "Que no cante la gallina; me la quiero comer." Entonces la zorra llevó al coyote á la barranca y le dijo que se estuviera allí mientras le llevaba la gallina, pero en lugar de ésta, cogió dos perros muy bravos, los metió en un costal y los llevo al lugar donde esperaba el coyote que muy borracho y muy enojado dijo á la zorra: "¿ Por qué me has tenido esperando tanto, maldita zorra?" La zorra replicó: "No te enojes, hermano coyote; aquí te traigo muy buenas gallinas. Me he tardado tanto, porque estuve juntando muchas. ¿ Quieres ahora que te las suelte una por una, ó todas juntas?" Contestó el coyote: "Suéltamelas todas para acordarme de mis tiempos." Entonces la zorra abrió el costal y soltó á los dos perros bravos que cayeron sobre el coyote y lo despedazaron. La zorra corrió á esconderse, pero volvió después, recogió las uñas del coyote y las arrojó á un pozo.

EL LEÓN Y EL OSO

El león del monte mató á un venado, y el oso se lo quería quitar. Se pelearon, ganó el león, y el oso le pidió perdón, porque el león es más poderoso que aquél.

LA RANA Y EL COYOTE

La rana y el coyote apostaron carreras á la cima de una montaña, teniendo que volver al punto de partida. El coyote perdió, porque la rana saltó desde arriba y fue á caer á dicho punto, lo que habiendo sucedido dos veces, el coyote quería matar á la rana, pero ésta se zambulló en un pozo de donde el coyote no la pudo sacar.

Los osos, cuya piel es del color de los tarahumares, reciben el nombre de "ūmúli," *abuelos*, en atención á los antepasados de los mismos. Antiguamente bailaban en la cima de las montañas, en donde aun tienen sus veredas.

Á menudo sucede que los hechiceros toman al morir la forma de tales animales, habiendo por consiguiente dos clases de osos, los unos verdaderos y los otros que no son otra cosa que difuntos tarahumares. El común de la gente no puede distinguir unos de otros; únicamente los sacerdotes gozan de tal aptitud. Es inútil querer matar á un hombre-oso, porque tiene tan gruesa la piel que no le entran las flechas y es el mismo diablo.

Hace algunos años ocurrió cerca de Nararachic el curioso incidente que sigue: Un oso había causado mucho daño en las siembras de un tarahumar, por lo que se reunieron para matarlo unos cuarenta indios con cincuenta perros. Para enfurecer á sus canes, los azuzaron unos contra otros por vía de preparación, y en seguida se dividieron los indios en varias partidas, una de las cuales encontró al oso. Preguntáronle al sacerdote que los acompañaba si aquel sér era oso ó algo más, y les contestó: "Que los perros vayan á ver." Como los perros no habían visto jamás un oso, no se atrevían á ladrar ni á atacar al animal; de manera que el adivino exclamó: "Todo está perdido; ése no es oso; los perros no lo conocen, ni él los mira con sus ojos. Es un diablo del infierno que viene en forma de oso, porque quiere comernos. Dejémoslo solo y vámonos todos." Y al punto se retiraron.

El león de la montaña es un buen animal que cuida á la gente avisándole con sus rugidos cuando se acercan, por ejemplo, el oso ó el coyote. Si la persona en peligro no presta atención al aviso, el león ataca al animal para salvarla. De aquí nace la costumbre de usar al rededor de los tobillos y del cuello tiras cortadas de la piel de ese noble protector.

Se considera á la zorra, animal muy astuto y temible. Si pasa junto á la habitación de algún enfermo y llama tres veces á la puerta, morirá el paciente. He aquí lo que me refirió uno de mis indios: Una noche estaban él y un amigo durmiendo en una casa, cuando oyeron aullar á la zorra gris. De pronto no sabía él lo que fuera y le preguntó á su compañero: "Oye, ¿qué es?" El otro le dijo: "Una cosa muy mala y muy fea." Él, que algo sabía, dijo: "Si la zorra vuelve otras dos noches á dar aullidos junto á esa casa, nuestro vecino enfermo se morirá." Mi informante no creía entonces en esto; pero la noche siguiente volvió á presentarse la zorra á aullar misteriosamente, y volvió á repetir su aullido la tercera noche. Á la mañana siguiente fue un hombre á suplicar al indio que le ayudase á enterrar al vecino, que había fallecido durante la noche. Fueron á la casa del muerto y: "Entonces," concluyó el narrador, "supe que la zorra decía la verdad, porque nunca dice una mentira."

La zorra gris y el conejo bailaban antiguamente *rutuburi*.

El camaleón detiene al mundo. Dice: "Nadie me pise! Soy del color de la tierra y detengo al mundo: anden, pues, con cuidado para que no me pisen."

El jefe de los venados vive en el interior de las montañas, por lo cual colocan los tarahumares pequeñas cantidades de maíz y frijol, ó bien ponen tres flechas dentro de una olla, sobre la cumbre más alta, para comprar venados al que vive en el seno de la tierra.

La ardilla oscura de tierra (*chipawiki* ó *chipahuiqui*) que vive entre las rocas y rara vez sube á los árboles, tiene la virtud, en opinión de los indios y aun de algunos mexicanos, de convertirse en serpiente. Me refirió un mexicano que una vez había aplastado la cabeza de uno de dichos animales contra el tronco de un árbol y cuando fue á recoger su presa encontró que el resto del animal tenía cuerpo de culebra. No puede usarse para los sacrificios.

Las ratas se vuelven murciélagos.

El buho es muy malo. Siempre que llega á alguna casa y canta, se enferma alguien. Si acude consecutivamente tres noches seguidas, muere el enfermo. Es también muy inteligente. Sabe cuando se le va á quemar la frazada á un tarahumar que se duerme cerca del fuego. El grito de los tecolotes dice: "Chu-i, chu-i, chu-i"—"muerto, muerto, muerto." Matan á los buhos, pero nadie los come.

La lechuza ó chotacabras atrae la lluvia con los rápidos movimientos de su vuelo. Los dos gordos polluelos que cría son para los tarahumares manjar delicadísimo.

El cuervo no goza de ningún favor debido á que se come el grano. Únicamente los cuervos pequeños sirven de alimento.

Se tiene á los vencejos (*olamaca*) en calidad de hechiceros que le arrancan el alma á las personas para comérsela. Son aves que obedecen como perros á los brujos. Estando una vez una mujer sentada junto al fuego vigilando su siembra y haciendo hilo, cayóle sobre la falda un vencejo. Díjole á una muchacha que le llevase un cesto para cubrir al pájaro que conservó por muchos años, pues aunque noche con noche se alejaba volvía por las mañanas. Hallándose ausente la mujer con motivo de una de las fiestas del tesgüino, mató la muchacha al pájaro y lo puso á asar. No pudo comerlo, sin embargo, porque despedía muy mal olor, y la mujer lo halló, á su regreso, muerto y asado como estaba, dentro del cesto. En cuanto á la muchacha se había ido ya y los mepaches habían destrozado la siembra.

El pitorreal ó carpintero gigante vuela hasta muy grandes alturas en tiempo de aguas, razón por la cual el sol le quema la cola.

Cuando los tarahumares cogen cualquier pescado, cuidan mucho de no tocarse los cabellos por temor de que se les encanezcan y de envejecer.

Las serpientes de cascabel son las compañeras de los hechiceros á quienes procuran encontrar para conversar con ellos. Habiendo matado una vez un mexicano una de dichas culebras, causó grandísimo disgusto á un indio que aseguraba que no tenía ya quien le cuidase su casa, porque la víbora era su protectora.

Hay la creencia de que habitan en los ríos grandes serpientes, visibles únicamente de los sacerdotes, y que tienen las tales cuernos y grandes ojos.

La libélula no produce ningún ruido al volar, por lo que se dice que no canta.

Tata Dios puso en el mundo las ovejas que son buenos animales porque dan lana para hacer frazadas, tienen muy buena carne y no lloran cuando las matan; pero las cabras fueron dadas al mundo por el diablo: su pelo no sirve para nada, su carne es mala y gritan mucho cuando las matan.

CAPÍTULO XVII

LOS SABIOS DE LA TRIBU—DOBLE PAPEL DE CURANDEROS Y SACERDOTES —DAÑOS CAUSADOS CON LA MIRADA Y CON EL PENSAMIENTO— HOMBRES Y COSAS DEBEN CURARSE—NADIE SE SIENTE BIEN SIN SU "DOCTOR"—HECHICERÍA—EL MAL ES TAN PODEROSO COMO EL BIEN—NOTABLE CURACIÓN DE LA MORDEDURA DE VÍBORA— TREPANACIÓN ENTRE LOS ANTIGUOS TARAHUMARES.

SIN su adivino, el tarahumar se consideraría perdido en esta vida y en la otra, pues que en aquél se reunen su sacerdote y su médico. Él practica todas las ceremonias y dirige cuantas danzas y fiestas son propicias para los dioses, y adecuadas para evitar el mal, encargándose personalmente de todos los cantos, oraciones y sacrificios. Por estos medios y enseñando al pueblo lo que debe hacer para lograr que llueva y obtener otros beneficios, conserva la benevolencia de los dioses aplacando el celo y mala voluntad que sienten por los hombres. Libra asímismo á éstos de brujerías, enfermedades y otros daños que les sobrevengan, y aun estando dormido, se mantiene vigilante y en actividad como si estuviese despierto. Aunque el tarahumar se enferma por excepción, considera que no está nunca de más el ser precavido, por lo que siempre tiene su médico encargado de curarle, no sólo para que le fortifique el cuerpo haciéndolo resistente á toda enfermedad, sino para resguardarlo especialmente de cualquier maleficio, que es lo que causa mayor preocupación á los indios. Grande es por lo mismo la demanda de sabios, pero éstos no escasean en modo alguno. En el pueblecillo de Nararachic y ranchos circunvecinos, por ejemplo, donde habrá unas ciento ochenta familias, viven veinti-

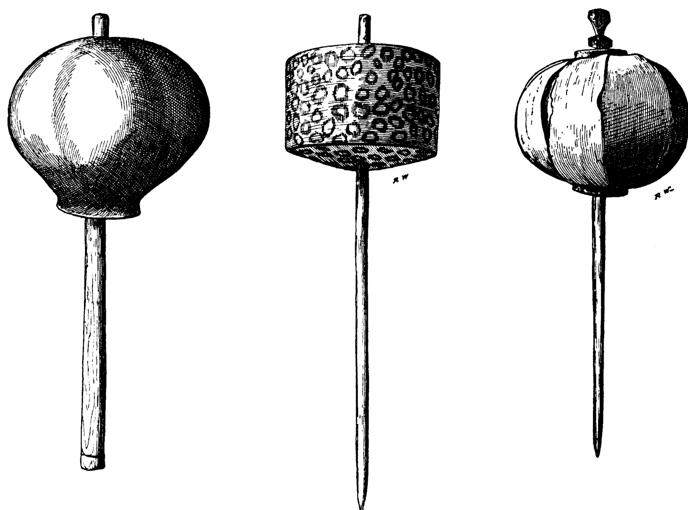
cinco de ellos teniendo cada uno á su cuidado como veinte almas, bien que los que gozan de mayor reputación en la comarca, no pasan de diez.

Para que un hombre pueda considerarse con tal virtud, debe ser examinado por un "cuerpo" de reputados profesionales que lo declaren competente para ingresar en sus filas.

Estos sacerdotes-doctores tienen sus especialidades. Algunos cantan sólo en las danzas de *rutuburi* ó *yumari;* otros únicamente en las fiestas del jículi. Los hay que no cantan y sólo se dedican á curar, pero la gran mayoría de ellos cantan en las fiestas. Á los que se dedican especialmente al culto del peyote, se les tiene por los mejores curanderos. Todos ayunan y oran concienzudamente, obedeciendo la voluntad de los dioses, que imponen restricciones y abstinencia, y por ello se les llama "hombres rectos" (*owirúami*). Son los sabios de la tribu, los que hacen llover, los que curan y conservan la herencia común de conocimientos y tradiciones que les presta poderosa influencia sobre los demás.

Como nunca dan gratuitamente sus servicios, utilizan lo que reciben por cantar en las fiestas y curar los enfermos, para vivir mejor que los otros. Cuando alguno tiene hambre, acude á cualquiera de sus clientes para curar á la familia, recibiendo en pago los alimentos que necesita, pues si muriera por falta de éstos, cargaría el diablo con los culpables. Por lo tanto, se le da lo mejor del animal sacrificado para la fiesta y todo el tesgüino que quiere. En invierno, época de numerosas fiestas, los sabios están casi continuamente bajo la influencia de los estimulantes nativos, lo que no parece causarles el menor daño ni disminuir la estimación en que se tiene la eficacia de sus cantos, pues su virtud curativa no se debilita, aunque apenas pueda el hombre tenerse en pie. Es asímismo condición de su carácter el ser pacíficos y no armar camorra en las fiestas.

Los cantantes tienen invariablemente un instrumento musical primitivo, la sonaja, con la que marcan el tiempo al cantar y bailar, y que ordinariamente consiste en un guajillo con pedrezuelas, montado en una varilla corta que le sirve de mango. Lo hacen también pegando toscas tirillas de madera, que decoran á menudo con manchitas rojas ú otras pinturas semejantes. Á veces también se adornan la cabeza, para bailar, con plumas, las cuales in-



Sonajas de los sacerdotes tarahumares. Longitud de la mayor, 31.5 cm.

dican la virtud que se atribuye á las aves de comunicar por medio de su plumaje todo cuanto saben, y se las considera además propias para impedir que el aire entre en el cuerpo del sacerdote causándole algún mal.

En ocasiones, hacen uso de medios racionales para curar. Hay, por ejemplo, en los alrededores de Norogachic la costumbre de emplear una especie de baño de vapor que se dispone practicando en el suelo un hoyo suficientemente grande para que dentro pueda sentarse un hombre, y poniendo allí varias piedras calientes que se riegan con

agua y se cubren con ramas de fragante cedro. Se atribuye virtud curativa al vapor que se desprende.

Conocen los indios varias excelentes yerbas medicinales. El *palo amarillo* es una especie de remedio casero muy usado por las familias, y hay asímismo muchas otras yerbas y árboles que gozan de grande estimación, algunos de los cuales despiden un olor en extremo refrescante y vigorizador. Se cura la jaqueca con una yerba verde llamada *pachoco* que debe olerse hasta que se comienza á estornudar. Para curar la constipación ponen á hervir *arí* con un grano de sal, ó calientan piedras y las riegan de agua para sentarse en ellas á recibir el vapor.

Tanto el sagrado cacto llamado jículi como el maguey tienen indudablemente propiedades medicinales, pero queda oscurecido su valor terapéutico por los numerosos ritos y ceremonias con que se relaciona la administración de ambos remedios, especialmente del primero. La fuerza curativa del tesgüino se considera mágica, por lo que es el remedio á que más comunmente se recurre. Para administrarlo, procede el médico á practicar sus pases de costumbre y á soplar sobre el paciente á fin de alejarle la enfermedad. Sumerge también en el licor una crucecita con cuyo extremo húmedo da golpecillos en la cabeza, cuello, hombros y espalda del enfermo, y le dibuja cruces sobre los brazos. Se dan, por último, al enfermo tres cucharadas de tesgüino, y al mismo tiempo, todos los miembros de la familia, en pie á su rededor, murmuran en señal de aprobación: "Gracias, gracias." Á veces se usa el tesgüino exclusivamente para curar con ayuda de dos pequeñas cruces, la una de madera de brasil, y la otra de pino blanco. El curandero, si lo prefiere, puede producir una enfermedad en vez de reprimirla, pero no curar á la persona á quien ha enfermado.

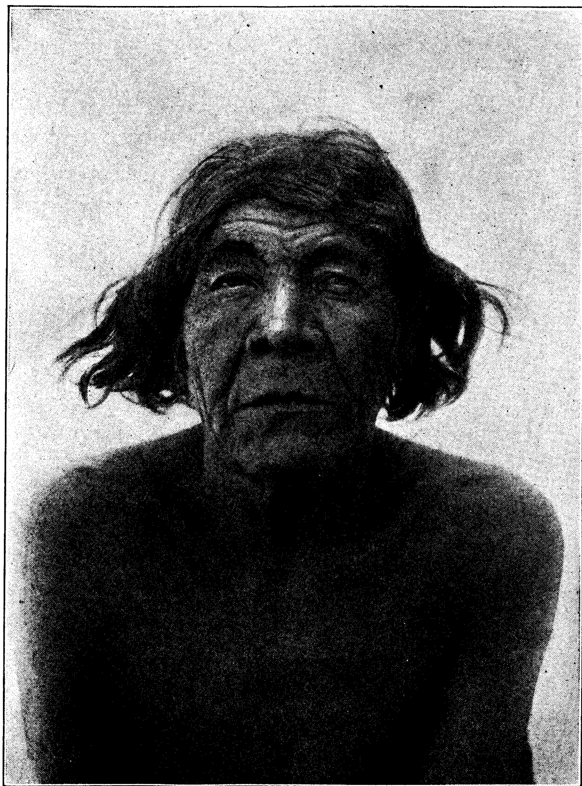
Cuando á un sabio se le pide que cure á alguien de cualquier dolencia, real ó imaginaria, lo primero que hace

es buscar la causa de la enfermedad, que según su opinión, ha de provenir siempre ó del aire ó de brujería. De la primera clase de enfermedad no muere nadie, aunque los miembros atacados sean el corazón, el hígado ó la cabeza; pero los otros males son muy serios. Los hechiceros pueden introducir culebras en las piernas de algún desgraciado ó meterle en el cuerpo cientopiés, sapos, gusanos, alacranes y aun osos pequeños, animales que es preciso echar fuera cuanto antes para que no le coman el corazón á la víctima. Así, pues, comienza el curandero por palpar todo el cuerpo del paciente para ver si se le mueve algún animal debajo de la piel. Los males pueden también tener por origen algunas piedrecitas ó una espina de nopal clavada en el cuerpo por brujería.

Cuando se juzga que una persona se halla embrujada, le dice el curandero que abra la boca en el sol para ver si el mal le ha entrado por esa abertura, pues el hechizo penetra de noche por cualquiera de las que tiene el cuerpo, lo que hace necesario examinar igualmente las narices, orejas, etc. Es asímismo de su incumbencia descubrir quién ha causado el daño, pues como puede ver mejor que el común de los hombres, cabe en su facultad el encontrar las huellas del culpable.

Hay quienes con sólo los ojos ó el pensamiento sean capaces de hacer mal á otro, y aun de causarle la muerte en venganza de cualquier desacuerdo ú ofensa. Lo primero que piensa un indio que cae enfermo, es preguntarse: "¿Á quién habré ofendido?; ¿qué cosa me habré tomado indebidamente ó qué habré conservado para mí en vez de darlo?" El curandero le dirá que se acuerde de la persona á quien haya negado de comer, y el enfermo y su mujer van de casa en casa preguntando: "¿Eres tú á quien no he dado de comer? Alguien me ha enfermado y quiero que me sane de nuevo." Si logra encontrar al ofendido, todo queda arreglado, y recobra la salud.

Puede hallar el doctor que el corazón del enfermo se le ha cambiado al lugar afectado, y prescribirle una liberal libación de tesgüino para que se le vuelva á su sitio ordinario; pero, por lo general, los casos exigen que ponga en ejercicio su habilidad, y tiene que recurrir á procedi-



El curandero Rubio.

mientos mágicos más directos y poderosos. Es enfermedad muy común una cuya causa se atribuye á gusanos que hay que extraer por medio de un tubo de succión, consistente en un canuto como de tres pulgadas, que el médico coloca sobre el punto adolorido, y después de chupar vigorosamente por espacio de un minuto ó más, se escupe en la mano

ó en una hoja de maíz los gusanos que asegura sacar. Nunca tuve oportunidad de examinar de cerca las cositas blancas que escupía, pero me parecían pedacitos de cuero que secretamente se pusiera en la boca y se hincharan con la saliva. Sea lo que fuere, para el curandero y para todo el pueblo que firmemente le cree, aquellos eran gusanos, esto es, el cuerpo mismo de la enfermedad. La hoja de maíz y su contenido se entierran, se hace en el suelo una cruz y se da al rededor una vuelta ceremonial. Cuando el curandero descansa en los intervalos de las operaciones que practica, coloca su carrizo de succión en una vasija de agua donde hay en maceración algunas yerbas.

Varía, sin embargo, el modo de curar. Cerca de Guachochic es muy común poner al paciente en cuatro pies, bañarlo bien, acostarlo luego en una frazada y pasarlo sobre una fogata en dirección á la cruz y á los cuatro extremos del mundo. Puesto nuevamente en el suelo, se acuesta ó se arrodilla sobre la frazada, y el curandero le empieza á chupar fuertemente con su tubo la parte enferma, mientras los demás individuos se mantienen al rededor armados de palos, prontos á matar á la enfermedad para impedirle que vuelva á perjudicar á otras personas. En el momento debido, el médico se saca de la boca un guijarro, asegurando que es la causa del mal, y mientras los circunstantes dan furiosos golpes al aire, procede aquél á enterrar la piedra ó la arroja al fondo del río. No es raro que extraiga de esa manera hasta ocho pedrezuelas, pero generalmente se conforma con cuatro, recibiendo por las curaciones de esa índole cuatro almudes de maíz.

Una vez que me resfrié un poco, pregunté á un curandero amigo mío si podría sanarme, y al punto me contestó: "Claro que sí." Tomó de una canastita en que tenía su jículi y probablemente varios remedios semejantes, tres piedras negras, diciéndome que le comprase una, la pusiese en agua caliente y con ello me curaría. La propuesta no fue

de mi gusto, pues lo que yo deseaba era que ejecutase conmigo el mágico procedimiento de sacar gusanos de la piel. Avínose á mi antojo, y me dijo que me fuese á mi campamento, á donde pronto me seguiría. Ofrecíle algo de comer cuando llegó, pues mi caso no era de urgencia, pero él, sin aceptar, procedió á curarme. Fue extendida una mantilla de montar para que me arrodillase sobre ella, y en seguida hizo que se retiraran todos mis sirvientes mexicanos é indios mientras me examinaba. Asegurándose de que tenía yo dolor de cabeza, me tomó ésta entre sus terrosas manos, y apretándomela, me aplicó los labios contra la oreja derecha, poniéndose á chupar enérgicamente. La operación era bastante penosa para mis nervios, aunque no insoportable. Escupió en seguida bastante sangre en una tasa que le tenía un muchachito indio, y repitió la operación en mi oreja izquierda con igual resultado. "¿Más dolor?" me preguntó. "Sí," le dije, "en la mano derecha." Inmediatamente me aplicó la boca en dicho miembro, mordiéndome sobre el pulso, casi hasta penetrarme la piel, y después de chupar un rato depositó en la tasa el contenido de su boca, encontrándose luego que la sangre estaba mezclada con una considerable cantidad de semillitas vegetales, que habían sido la causa de mi enfermedad. Realmente no sabía yo que fuera tan "semilludo."

Á menudo se efectúa la curación bailando durante la noche, pues la familia que da la fiesta espera recibir en cambio de sus gastos y molestias, el beneficio de la fuerza mágica, ya se encuentren enfermos ó no. Un hombre, su mujer y su hijo, que habían sido curados con tesgüino, estaban, sin embargo, una vez pidiendo ansiosamente al médico que los curase más, sintiendo sin duda que necesitaban mayor refuerzo contra el peligro. Decía la mujer: "Ayer me caí al agua, me mojé y me sentí mal, y en la noche soñé que estaba muerta y que tú me curabas." El doctor le contestó: "Sí, por eso he venido á curarte."

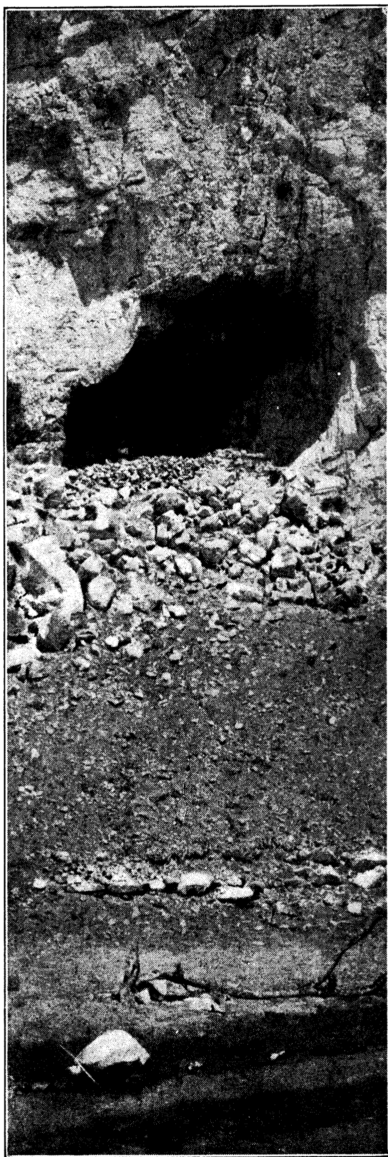
Y cediendo á suplicantes miradas, los apelmazó nuevamente, cogiéndolos en esa vez de las manos y teniendo en la mano izquierda una crucecita. Díjoles luego: "Ahora ya no tengan miedo; los he curado bien. Ya no anden como tontos ni se vuelvan á mojar." Y fuéronse los indios muy satisfechos.

Hay cerca de Baqueachic (baká, *bambú*) un médico que disfruta de gran reputación para curar el ganado, ó mejor



El doctor Rubio y su mujer en su gruta.

dicho para conservarlo sano. Cada año hace una excursión por todos los ranchos, y los indios le llevan sus animales para que se los atienda. Abren en el suelo un gran hoyo, en el que encienden fuego para quemar algunas ramas verdes de cedro y un poco de copal, á cuyo humo van exponiendo cada uno de los animales. Como el veterinario obtiene por cada ceremonia una cabeza de ganado, pronto se enriquecerá.


Exterior de la gruta del doctor Rubio.

Emprenden igualmente los astrólogos la curación del sol y de la luna que á menudo se enferman y es conveniente que sanen. No hay fiesta en que no se derramen, en beneficio de ambos, algunas cucharadas de los remedios que contienen los jarros; pero en ocasiones se procede á ceremonias especiales para curar á los cuerpos celestes, particularmente á la luna, porque de ella reciben luz todas las estrellas. En el período en que la luna carece de luz, se la considera enferma y amarrada por el diablo, y el mundo está triste. Entonces se reunen los curanderos para consultarse sobre la enfermedad que la aqueja y los medios de curarla. En tales casos, es necesario matar un buey y hacer tesgüino. En la matanza se tiene cuidado de no dañar el corazón, que se trata con gran ceremonia. La gente evita siempre tocarlo, y para los sacrificios lo cuelgan, con los bofes, de un palo levantado cerca de una cruz. Los curanderos se colocan junto, llevando en unos platitos

de barro incienso de copal; el más viejo hace con su cuchillo cuatro cruces en los cuatro puntos diametralmente opuestos del corazón, y saca de la parte superior una rebanadita de modo que se quede colgando. Toda la sangre contenida en la entraña se arroja á los cuatro puntos cardinales, en medio de muchos cantos. El médico pide en seguida una vasija nueva de barro en que coloca el corazón, lo quema poniéndole manteca ó alguna otra cosa, y, con los dedos, deshace las cenizas hasta convertirlas en fino polvo que mezcla con agua y algunas yerbas medicinales. Tanto el curandero, que permanece en medio, como los individuos que lo rodean, suplican unánimemente que les sea dado ver la luna. Cada doctor toma tres cucharradas de medicina, arrojando el resto sobre la cruz, y vela toda la noche.

Los tarahumares cristianos se consideran en el caso de curar á su iglesia cuando los muertos enterrados dentro de ella ó á su alrededor, han estado bailando ruidosamente y haciendo daño al edificio para obligar al pueblo á que les dé tesgüino. En esas circunstancias, el adivino principal encabeza la procesión provisto de un jarro de dicho licor, y su ayudante camina llevando en una mano una vasija con agua y hojas del maguey machucadas, y en la otra, algunas hojas frescas de la misma planta. Tanto el tesgüino como el agua verde se riegan liberalmente sobre les paredes y el piso de la iglesia para aplacar á los perturbados espíritus.

No cae bajo el poder de los referidos sabios la curación de la viruela, pero ensayan defensas contra el terrible enemigo poniendo espinosos cercados á través de los senderos que conducen á las casas, á cuyas puertas cuelgan también pieles de víbora, colas de zorra gris y otros poderosos amuletos á fin de que sirvan para espantar la enfermedad. Lógrase el mismo objeto con el penetrante olor que se produce quemando cuernos de vaca, de borrego y de chivo.

Los curanderos ejercen también la profesión de *sembrar* agua para producir manantiales. Practican al efecto un hoyo de una vara de profundidad; echan en él el agua que han llevado en un guaje, y medio almud de sal; cubren en seguida el agujero con tierra, y pasados tres años se forma el venero.

Á pesar de la grande estimación de que gozan, no están exentos de la instabilidad de las condiciones humanas, y mientras más se levantan más insegura es su posición. La facultad de verlo todo, de librar del mal y curar las enfermedades les nace de la luz de su corazón que han recibido de Tata Dios. Á esto se debe que puedan ver al mismo Tata Dios, hablar con él, viajar cuando lo quieran por el espacio, pues son tan brillantes como el sol; pero todo su pretendido poder de hacer el bien puede volverse en cualquier momento hacia fines aviesos. Hay ciertamente algunos cuyos modales bondadosos y moderados y afable carácter les permiten conservar hasta el fin su buena reputación; pero pocos llegan á viejos, libres de sospecha, motivo por el cual varios inocentes han sido víctimas de crueles persecuciones. Tal es la suerte á que están expuestos por la aptitud que se les reconoce tanto para curar como para producir enfermedades.

No hay duda que la gran cantidad de estimulantes que toman en el curso de su carrera, los sumerge en una especie de excitación que, combinada con el entusiasmo con que trabajan, da poco á poco apariencia sobrenatural á esos hombres que con frecuencia están dotados de poderosa fuerza magnética. El avance de los años contribuye á darles un aspecto singular y misterioso, no sólo por la blancura de sus cabellos, las arrugas del rostro y lo poblado de las cejas, sino principalmente por su aire reservado y lo característico de su personalidad. Las mujeres que ejercen la misma profesión, pueden también volverse malas y hacerse brujas.

Muy análogamente á los casos de heregía entre los ministros cristianos, los adivinos se congregan en consejo para deliberar acerca de algún colega sospechoso, de quien pueden declarar que ha perdido la luz de su corazón y que ya no es de los suyos. Desde ese momento, la gente buena lo evita; no le dan de comer ni toleran que entre en las casas; á todos causa espanto, y mientras mejor curandero haya sido antes, más terrible brujo se le considera después, achacándole todo accidente desgraciado que ocurra en la localidad.

Hay, por lo demás, muchos perversos que pretenden disponer de fuerzas sobrenaturales para la hechicería, y que se hacen pagar por sus servicios; en una palabra, brujos profesionales. Su poder para causar un mal es tan grande como la habilidad de un buen sacerdote para curarlo. El hechicero puede raspar su nudoso bastón y cantar destrucción y muerte para una persona, ó bien alcanzar su propósito valiéndose del jículi, de piedras lisas, del cuerpo ó de la pierna de algún animal muy venerado y poderoso para producir la lluvia, como el sapo, que no matan nunca sino los malos. Es cosa terrible, en manos de un hechicero, un colibrí despojado de sus plumas, seco y relleno de pochote. Para los tarahumares ese brillante pajarillo, á menudo mencionado en sus canciones, es un numen poderoso y bueno; pero el brujo lo utiliza para sus perversas intenciones. El hechicero es temido de todos; las mujeres embarazadas, especialmente, se apartan de su camino para que no les impida dar á luz. Cuando los tarahumares ven una estrella errática, suponen que es un hechicero muerto que baja para matar á algún hombre que le haya hecho cualquier daño en la vida, y se juntan unos con otros asustados y gritando. Cuando la estrella ha pasado, quedan seguros de que alguien ha recibido la muerte y el brujo le está sacando el corazón.

Si alguien ocasiona cualquier daño á un poderoso

hechicero, entra éste después de morir en el cuerpo de un león, jaguar ú oso para espiar á su ofensor hasta que lo sorprende y mata.

Se cree también que pueden los hechiceros impedir que llueva, y con mucho gusto me vieron fotografiar á uno



Rubio examinando á un indio acusado de hechicería.

de ellos, por considerar que mi cámara, á la que atribuían gran poder de hacer llover, purificaría á aquel mal hombre. No es raro que se castigue al sospechoso de brujería para infundirle temor de cometer otros daños. Supónese también que mejoran los enfermos cuando se castiga al brujo que les ha hecho mal; y si continúan los accidentes des-

graciados, el brujo se ve expuesto á la muerte. Se ha recurrido á tan extrañas medidas aun en años muy recientes, pero raras veces.

Los recursos mágicos de un hechicero son pasmosos. Cuando con él camina por el monte un tarahumar y encuentran un oso, puede decir el hechicero: "No lo mates, porque soy yo; no le hagas ningún daño!" y si grita el buho por la noche: "¿No me oyes? Soy yo que vengo."

La muerte del brujo es terrible. Muchos perros que parecen de fuego, pero que no lo son, van y vienen ladrando: son los malos pensamientos del moribundo. El río, por su parte, hace mayor estrépito que de costumbre, como si alguien le estuviera echando y echando agua. Ruidos misteriosos y sobrenaturales se escuchan en todos los rincones de la casa, espantando á cuantos allí se encuentran, de suerte que casi nadie va á ayudarle á morir ni á despedirse de él. Los tarahumares cristianos no lo sepultan en el camposanto de la iglesia, sino en alguna remota cueva, enterrando con él todo lo que le pertenece, como su machete, su hacha y aun objetos pesados que nadie, sin ser hechicero, podría llevarse al cielo.

Como hemos visto, la educación terapéutica del curandero es extremadamente reducida. Su *materia médica* racional se limita al jículi y á algunas raíces y plantas. No obstante ello, su modo de curar las mordeduras de víbora es realmente curioso. El herido mata al reptil, le corta el hígado y la hiel, y úntase la última en la parte dañada. Puede comerse también un pedazo del hígado, pero ha de ser precisamente de la que lo haya mordido, y quedará curado en el término de tres días. Si alguien muere de la mordedura, será porque el reptil se le haya escapado. La hiel de una víbora de cascabel despide un olor nauseabundo, y pude observar que aun á mis perros les repugnaba, una vez que maté un crótalo de cuatro pies. Tal método

curativo puede considerarse de conformidad con la teoría moderna de que la bílis de muchos animales contiene fuertes antitoxinas.

Sin embargo, nada hay nuevo bajo el sol. En el Talmud se recomienda para curar la hidrofobia el dar á comer el hígado del perro que ha mordido, y puede leerse en los libros apócrifos, que Tobías sanó de su ceguera con la hiel de un pescado.

Lo más sorprendente en esta tribu que de tan escaso conocimiento quirúrgico da muestras en la actualidad, es que antiguamente practicó la trepanación, cosa que resulta evidente por dos cráneos que encontré en las circunstancias que paso á referir.

En 1894 me detuve unos quince días en un remoto lugar de la Sierra Madre, llamado Pino Gordo por los magníficos ocotes que hay allí. La profunda barranca de San Carlos separa, por el norte, dicho distrito de la parte central de la región tarahumar, y ningunos mexicanos viven dentro de sus confines. El sitio donde hallé uno de los cráneos está veinte millas al norte del mineral de Guadalupe y Calvo, y se llega á él siguiendo una senda solitaria, cruzada, acaso, por sólo una vez en el transcurso de treinta días, cuando algún ranchero de las inmediaciones de Guachochic tiene que dirigirse al mineral.

El individuo principal de la localidad, que se me había mostrado muy amigable, me enseñó una caverna sepulcral. Habíale persuadido de que era mejor sacar los huesos que hubiera para guardarlos en una buena casa, que dejarlos en donde estaban "matando á las ovejas y enfermando á la gente." "¿Para qué los necesita U.?" me preguntaba, y como al fin quedase satisfecho á este respecto, condújome un día á un arroyo selvático y fragoso, hacia cuyo arranque me apuntó con la mano. Indicándome así la situación de la cueva, me dejó en seguida. Me encaramé, como pude, por la cuesta de la estrecha garganta,

acompañado de uno de mis hombres, y al llegar arriba hallé la entrada de la gruta completamente cubierta de piedras adheridas con lodo. Contra dicho muro había además un montón de piedras apiladas.

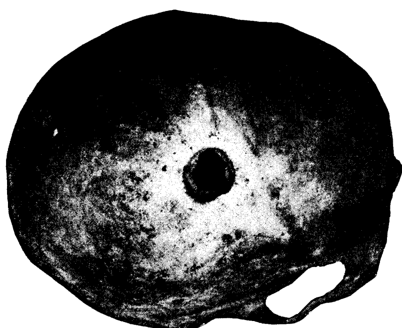
Encontré la cueva muy pequeña, y al revés de los exagerados informes de los indios, sólo contenía tres esqueletos sin enterrar, según la costumbre dominante en la mayor parte de la región de los tarahumares, tendidos simplemente de espalda, en dirección de este á oeste, como si mirasen hacia el sol poniente. Junto á ellos había algunas vasijas de barro toscamente fabricadas y del tipo común. Al recoger los tres cráneos, llamóme la atención desde luego un agujero circular que vi en el parietal derecho de ellos, y como indudablemente eran de tarahumares, ocurrióseme al punto esta pregunta: "¿Es posible que esta bárbara tribu, sin particular adelanto en las artes, fuese capaz de hacer la trepanación?" Lo remoto del lugar no permite en modo alguno pensar que tal operación haya sido ejecutada por un cirujano del mundo civilizado.

Dicho cráneo, que carece de la mandíbula inferior, es de una mujer tarahumar de más de cincuenta años de edad. No es posible fijar la época á que corresponde el ejemplar, debido á las circunstancias especiales en que se ha conservado. Sin embargo, las paredes craneanas contenían todavía alguna materia animal, pues eran un poco untuosas al tacto y despedían algún olor. Una rueca provista de un contrapeso de corteza de pino, que estaba entre los huesos, es indicio de que el cuerpo no había sido depositado recientemente, pues la variedad del contrapeso, hasta donde he podido observar, no se conoce entre los tarahumares de hoy. Es posible, pues, que el esqueleto sea precolombino.

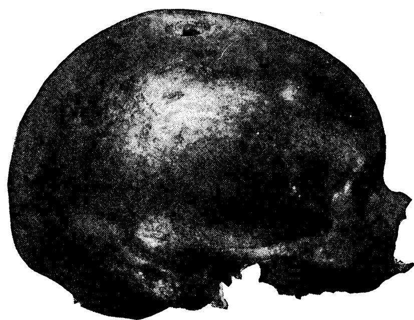
No presenta el cráneo deformidad ni fracturas, y la estrecha abertura que tiene es exactamente redonda y mide

dos centímetros de diámetro. Observándola cuidadosamente se ve que se hizo sin duda varios años antes de que sobreviniera la muerte, y la regularidad de su forma indica con toda certidumbre que es artificial.

Encontré también en una cueva de las inmediaciones de Nararachic otro cráneo, igualmente de mujer, abierto asímismo en el parietal, y casi en el mismo lugar en que tiene la trepanación el que acabo de describir. En este segundo ejemplar, la cavidad se halla casi llena de nuevo hueso, y como sus bordes son muy regulares y uniformes y se advierten distintamente emparejados, parece que la



Visto por arriba.



Visto de un lado.

Cráneo de mujer trepanado.

operación se efectuó raspando. No puede decirse lo mismo del primer ejemplar, pues la forma casi circular de la abertura y sus paredes perpendiculares prueban de un modo concluyente que quien la practicó no hizo uso del simple método de raspar el hueso. Nunca he encontrado entre los tarahumares instrumento alguno con que pudiese haberse practicado dicha operación; posible es que se haya empleado una especie de barrena de pedernal con tres dientes, análoga al instrumento usado hoy día en la trepanación por los berberíes de L'Aurés, que curan aun los dolores de cabeza con tal procedimiento. Es imposible,

por supuesto, saber si los antiguos procedían á la operación para librar al paciente de astillas de hueso, pus, sangre ó alguna otra cosa que lastimara el cerebro, ó si únicamente se hacia con la idea de extraer algún mal espíritu. Esta es la primera vez que se han descubierto en México casos de trepanación.

CAPÍTULO XVIII

RELACIÓN ENTRE EL HOMBRE Y LA NATURALEZA—CARÁCTER RELIGIOSO DE LAS DANZAS—SACRIFICIOS—EL RUTUBURI ENSEÑADO POR EL PAVO—EL YUMARI APRENDIDO DEL CIERVO—LAS CANCIONES DE LA LLUVIA—LA SALUTACIÓN AL SOL—ORATORIA TARAHUMAR—UN DEPÓSITO INAGOTABLE—IMPORTANCIA NACIONAL DEL TESGÜINO—DE REGRESO.

COMO el pueblo subsiste de los productos del suelo, es naturalmente objeto de sus preocupaciones el estado del tiempo de que dependen las cosechas, y por lo mismo es la lluvia el centro á que convergen todos los pensamientos. Aun el arado debe meterse en agua antes de usarlo, á fin de que atraiga la lluvia. Á veces tratan de forzar á la luna y el sol á que les dé lluvia, y en tiempos de sequía reprochan especialmente á la luna que obligue á la gente á vivir de hojas de fresno y lo que pueden encontrar, diciéndole que por su culpa enflaquecerán tanto que no se podrán reconocer unos á otros. La reprenden amenazándola con denunciarla al sol, á quien dirigen también sus reprensiones cuando no llueve. Otras ocasiones arrojan agua al cielo en medio de muchas ceremonias para que Tata Dios llene con ella su depósito. Sin embargo, sus relaciones con los dioses y con los hombres se basan generalmente sobre el principio del *do ut des*.

Para inducir al Padre Sol y á la Madre Luna á producir la lluvia, necesítanse sacrificios de carne de animales domésticos ó monteses y tesgüino. Debe ganarse el favor de los dioses por medio de lo que llamaremos danza, á falta de otra palabra mejor con que designar la serie de

monótonos movimientos, la especie de ejercicio rítmico á que se entregan á veces por dos noches seguidas. Á fuerza de tan dura tarea creen obtener de los dioses lo que les piden. El sacerdote acompaña la danza con una canción en que comunica al mundo invisible sus deseos, describiendo el magnífico efecto de la lluvia, la neblina y la llovizna sobre el mundo vegetal. Invoca la ayuda de todos los animales, mencionándolos por sus nombres, llamando especialmente al ciervo y al conejo, y pidiéndoles que se multipliquen para que no falte á la gente que comer.

Aseguran los tarahumares como cosa averiguada que los animales los enseñaron á bailàr. Como todos los pueblos primitivos, son atentos observadores de la naturaleza. Para ellos no son los animales, en modo alguno, seres inferiores; sino creen que entienden la magia, que son poseedores de amplio saber y que pueden ayudarles á conseguir que llueva. En la primavera, el gorjeo de las pájaros, el arrullo de las palomas, el canto de las ranas, el chirrido de los grillos y todos los mil ruidos que emiten los habitantes de la selva son para los indios otras tantas solicitudes á los dioses para que envíen el agua, pues ¿qué otra razón tendrían para cantar? La extraña conducta de muchos animales al comenzar la primavera, no tiene para el tarahumar más explicación sino que aquéllos están igualmente interesados en que llueva; y como los dioses atienden las peticiones de los ciervos expresadas con las cabriolas y movimientos que ejecutan, y las que el pavo manifiesta con su curioso modo de hacer la rueda, y premian á unos y á otros enviándoles la lluvia, fácilmente infieren que deben ellos bailar como los venados é imitar el juego del pavo para ganarse la gracia de los dioses.

En tal virtud, es la danza para este pueblo asunto muy serio y de gran ceremonia; más que diversión, una especie de culto y de encantamiento. Jamás bailan juntos hom-

bres y mujeres como en los valses y polcas de las razas civilizadas. La palabra con que expresan *bailar*, "noláoa" significa literalmente "trabajar." Los viejos machuchos echan en cara su inactividad á los lerdos y perezosos mancebos, diciéndoles "¿por qué no vas á trabajar?" con lo que les dan á entender que deben tomar parte en el baile en lugar de permanecer ociosos durante las fiestas. Si los tarahumares no cumplieran con los mandamientos del padre sol y dejasen de ejecutar las danzas, bajaría éste para quemar el mundo.

Nunca piden los indios á su dios que les perdone los pecados que hayan cometido: lo único que solicitan es lluvia, pues con ella están seguros de comer y librarse de todo mal. La sola falta de que se consideran culpables ante los dioses y por la que les piden perdón, es el considerar que no han bailado bastante; en cuanto á los malos pensamientos ó acciones de que les remuerda la conciencia, pueden ser objeto de arreglo entre los ofensores y los ofendidos. Una vez que pregunté á un prominente sacerdote pagano porqué no se bautizaba la gente, me contestó: "Porque Tata Dios nos ha hecho como somos. Siempre hemos sido como tú nos ves. No necesitamos bautizarnos, porque aquí no hay diablo. Tata Dios no está enojado con nosotros, y ¿por qué había de estarlo? Sólo se enoja cuando se hacen cosas malas. Nosotros hacemos mucho tesgüino y bailamos mucho para tenerlo contento; pero cuando la gente habla demasiado y se anda peleando, se enoja Tata Dios y no nos manda agua."

Le danza no sólo expresa solicitud de lluvia y de vida, sino también peticiones á los dioses para que libren de todo mal, de todo género de daños á los hombres, á los animales y á las cosechas. La tribu baila asímismo en caso de que llueva demasiado, como también para tener buena suerte en las labores del campo, en sus cacerías, para despedir á los muertos, etc.; y de la misma manera

dan gracias por la cosecha levantada. Danzando y bebiendo tesgüino expresan todos sus deseos á los dioses ó, según me dijo un tarahumar, "pedimos con la danza y con la jícara."

Se relaciona siempre con estos bailes el sacrificio de un animal, cuya carne en su mayor parte se distribuye entre los asistentes, quienes, por su parte, llevan además las mejores provisiones que pueden. Celebran usualmente dichas festividades, unas veces los individuos, otras las comunidades, y en cada ocasión se supone que ha bajado Tata Dios en persona para pedir á los tarahumares la danza y el sacrificio. El dios comunica sus deseos por medio de un sueño á algún individuo que no tiene que ser forzosamente sacerdote; y en la estación seca, cuando los indios comienzan á preparar sus campos y se reunen, como para alguna carrera por ejemplo, se dan á conocer estas noticias y se propagan entre todos. Durante dichos meses, apenas pasa día sin que llegue de cualquier parte de la región algún mensajero para avisar á tal ó cual de los sacerdotes principales que Dios ha bajado para pedir que le hagan una fiesta. Á veces pide Tata Dios que se mate un buey; otras sólo necesita un carnero. Frecuentemente indica que el animal debe ser blanco; en otras ocasiones no hace ninguna advert ncia en cuanto al color. Tales avisos van acompañados de la amenaza de que se quemará el grano y morirán todos de hambre si no se procede pronto al sacrificio y al baile. Cuando la lluvia ha sido muy abundante, la noticia será que si no sacrifican y danzan, todos se ahogarán, porque lloverá terriblemente. En ocasiones llega la indicación de que bailen sólo por un rato, y después de descansar, bailen de nuevo, ó bien que tienen que hacerlo por una noche y un día ó por dos noches seguidas. Cuando se han efectuado muchos sacrificios y comienzan á escasear los animales, puede contentarse Tata Dios con izquiate y tortillas. Les sucede á veces continuar sus fiestas y su danza sin más resultados que nuevos mensa-

jes que les ordenan nuevos sacrificios. En tal caso comienzan los indios á decirle á Tata Dios que no sea tan glotón; que ya se ha llenado con tantos bueyes, borregos y tesgüino, y que no pueden darle más. Cuando la rebelión parece inminente, interviene el sacerdote para que se cumplan los sacrificios; porque ¿qué dirían los tarahumares si Tata Dios mandara matar á uno de ellos?

Entre las razones que dan los tarahumares cristianos para explicar la prolongación de las secas, se cuentan las siguientes: "El diablo ha enfermado á Tata Dios y lo tiene amarrado; ó bien: la Luna (la Virgen María) está enferma; ó también: el pueblo no ha dado bastante de comer á Tata Dios que tiene mucha hambre; ó sinó: las locomotoras de los americanos están echando tanto humo que Tata Dios se ha enojado; ó finalmente: alguien ha quebrantado las leyes del docoro en alguna fiesta, dejándola sin valor."

En la actualidad se consideran de más mérito para los sacrificios los animales domésticos que los del campo y del bosque; pero todavía se usan para tal objeto, especialmente por los que no poseen animales domésticos, las ardillas (*chipahuiqui*), los pavos, los ciervos, los conejos y los pescados. Á cazar un venado, deben salir veinte hombres; de seis á diez si necesitan cuatro ó cinco ardillas para una fiesta de la comunidad, y todos contribuyen con el maíz suficiente para el tesgüino, ó sea medio almud, más ó menos, por persona, según los medios de cada familia. Nunca da un solo hombre todo el maíz requerido para la fiesta de una tribu, pero puede suministrar la carne, donando un buey, una vaca ó un carnero. Los chivos no se sacrifican sino en los entierros. Si la gente no cede en tales casos lo mejor que tiene, les sobrevendrán malas consecuencias.

Siempre ejecutan las danzas al aire libre para que el Padre Sol y la Madre Luna vean los esfuerzos que hacen sus hijos por agradarles. Bailan en una plazoleta pareja

al frente de la casa, y de preferencia cada quien en su propio patio. Algunos disponen hasta de tres sitios para bailar; pero los más tienen que conformarse con uno. Cada tarahumar, si de su voluntad dependiera, tendría



Comienzo del rutuburi y del yumari.

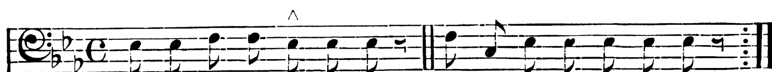
hasta diez patios para acomodar mayor número de individuos que bailasen junto á su casa.

Tengo conocimiento de seis diferentes clases de bailes, pero sólo describiré dos, el *rutuburi* y el *yumari*, por ser los más importantes y casi los únicos usados en la parte central de la región. Los otros cuatro, los he visto únicamente entre los tarahumares del sur.

El rutuburi fue enseñado á la tribu por el guajolote. Generalmente se clavan tres cruces y hay tres sacerdotes, poniéndose los principales en el centro; sus ayudantes no necesitan ser astrólogos, pero deben oficiar el dueño de la casa

y su hijo, ó algún amigo de confianza. Cuando va á comenzar la danza, se alinean todos delante de las cruces, mirando al este, y pónense á sacudir continuamente sus sonajas, por dos ó tres minutos, de un lado á otro y levantados al aires, á fin de llamar la atención de los dioses con el ruido de los instrumentos. En seguida, cantando y sacudiendo las sonajas — ahora de arriba abajo, — muévense hacia adelante, á la manera de los muchachos que van á saltar una cuerda, pasando de la línea de las cruces otro tanto de la distancia que hay entre éstas y el punto de partida, ó sea por todo unas dieciocho varas. Se voltean luego y vuelven al punto de partida. Prosiguen así bailando en una y otra dirección por tres veces, marchando siempre de este á oeste y viceversa; sacudiendo las sonajas de arriba abajo, mientras van de un punto á otro, y moviéndolas de un lado á otro cuando llegan á cada punto. El movimiento vertical de la sonaja produce en realidad un ritmo triple, pues el golpe que se da abajo va siempre seguido de otro rápido antes de que el brazo se levante de nuevo. Al mismo tiempo repiten continuamente la siguiente estancia:

Introducción al Rutuburi



Ru - tu - bú - ri vǽ - ye - na / Ru - tu - bú - ri vǽ - ye - na
Rutuburi de un lado á otro. / Rutuburi de un lado á otro, etc.
Ó - ma wæ - ka xá - ru - si. / Ó - ma wæ - ka xá - ru - si.
Todos! Muchos! Brazos cruzados! / Todos! Muchos! Brazos cruzados!

Esta es la introducción y p eludio de toda la danza. Después de la formal obertura, pónense todos en línea á la derecha de los sace dotes, y las mujeres permanecen á la izquierda. Así se mantienen mientras los adivinos cantan y agitan sus sonajas, conservando silenciosamente, los hombres, los brazos cruzados sobre el pecho, como la canción lo recomienda. Considero que este cruzamiento de

brazos significa un saludo á los dioses, pues los tarahumares de hoy no se saludan dándose la mano, ni hay indicios de que se hayan saludado nunca cruzando los brazos, forma que probablemente no han usado jamás sino en las ceremonias para con los dioses.

Todo el tiempo que duran bailando, permanecen los indios muy bien envueltos en sus frazadas. La danza en lo general se ejecuta del mismo modo que la ceremonia de la obertura. Los sacerdotes ó, á veces, el jefe únicamente, van saltando como queda dicho, en tanto que los demás solamente avazan de aquí para allá, dando zancadas para conservarse alineados con los directores del movimiento. Cuando los hombres han avanzado algunas varas, los siguen las mujeres saltando, ó á la manera de los sacerdotes, aunque con menos fuerza. Golpean el suelo con el pie derecho y echan á correr sin cuidarse del tiempo, produciendo con sus descalzos pies un ruido semejante al de las pisadas de un hato de mulas. Procuran alcanzar á los hombres de modo de dar vuelta simultáneamente con ellos y aguardan algunos segundos á que se les adelanten de nuevo. Así continúa la danza sin interrupción durante horas y horas; pero sin que el espectáculo sea monótono, como pudiera pensarse, pues antes bien causa cierta fascinación con su movimiento rítmico y regular de un lado á otro, á manera del doble péndulo de un gigantesco reloj invisible. Cautiva principalmente la atención del observador, el sacerdote, verdadera encarnación del entusiasmo, que sacude su sonaja con energía y convicción, como encaprichado en sacar á los dioses de su indiferencia, y golpea con el pie derecho contra el suelo, para dar mayor peso á las palabras que salen de su abierta boca con fuerte y resonadora voz. Aunque por regla general no tienen los tarahumares mucho vigor y resistencia para el canto, hay algunas notables excepciones. Los sones del rutuburi son muy agradables al oído y como todas las demás can-

ciones de sus danzas son antiquísimos y están impregnados de extraño encanto.

DANZA DEL RUTUBURI

Vá - sa - ma du - lú (- hu - ru) - si Sæ - va-gá wi - lí
Floreciendo (está el) jaltomate Floreciendo parado

Sæ - va - gá wi - lí wú - ka wú - ka.
Floreciendo parado madurándose madurándose.

DANZA DEL RUTUBURI

Rā - ya - bó va - mí va - mí - (ru) rā - ya - bó
(En la) cumbre allá allá (En la) cumbre

be - mó - ko rā - ya - bó be - mó - ko.
neblina (en la) cumbre neblina.

El agua está cerca ;
La neblina está sobre la montaña y sobre la mesa.
El azulejado canta y revolotea en los árboles, y
El carpintero macho va llegando al llano,
Donde la nube se va alzando.
El vencejo hace sus movimientos en el aire de la tarde;
El agua está al alcance de la mano.
Cuando el vencejo se lanza con rapidez en el aire silba y zumba.
La ardilla azul sube al árbol y chifla,
Las plantas crecen y madurará la fruta,
Y cuando está madura se cae al suelo.
Se cae de tan madura que está.
Las flores se levantan moviéndose en el viento.
El guajolote hace la rueda y el águila grita ;
De suerte que pronto comenzarán las aguas.
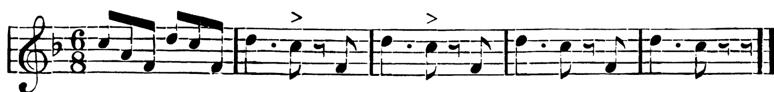
En la estación húmeda, cuando salen los conejos, los augures refieren su canción al conejo; en invierno, cantan

haciendo relación al carpintero gigante, y en tiempo de siega, cuando todos comienzan á ponerse alegres, se canta con referencia al tordo.
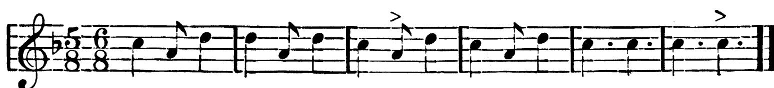
El yumari fue enseñado por los venados. Á la hora fijada, el adivino, dando frente á la cruz y hacia el este, principia también la ceremonia sacudiendo la sonaja á un lado y otro para notificar á los dioses que va á comenzar el baile. Pónese luego á dar vueltas al rededor de la cruz, canturreando y marchando á compás con el ruido de la sonaja que mueve entonces de abajo á arriba. Da la vuelta ceremonial, deteniéndose por algunos segundos en cada punto cardinal, tras de lo cual comienza su danza á la que poco á poco va uniéndose el resto de la asamblea. Consiste aquélla en pasos cortos que se dan hacia delante y hacia atrás, en marcha cerrada, alineados los indios á ambos lados del augur, tocándose con los hombros y fijos los ojos en el suelo. De este modo avanzan y retroceden, describiendo generalmente una curva al rededor de la cruz, ó formando, á veces, un círculo opuesto al aparente movimiento del sol. Las mujeres danzan de modo análogo por separado y detrás de los hombres, pero frecuentemente rompen la fila saltando adelante y atrás con movimientos completamente desprovistos de gracia. Cuando la danza va formando círculo, las mujeres se mueven con el sol.

Las notas marcadas > en los dos sones siguientes representan gruñidos.
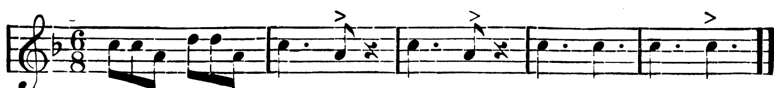
CANCIÓN YUMARI.



OTRA CANCIÓN YUMARI.



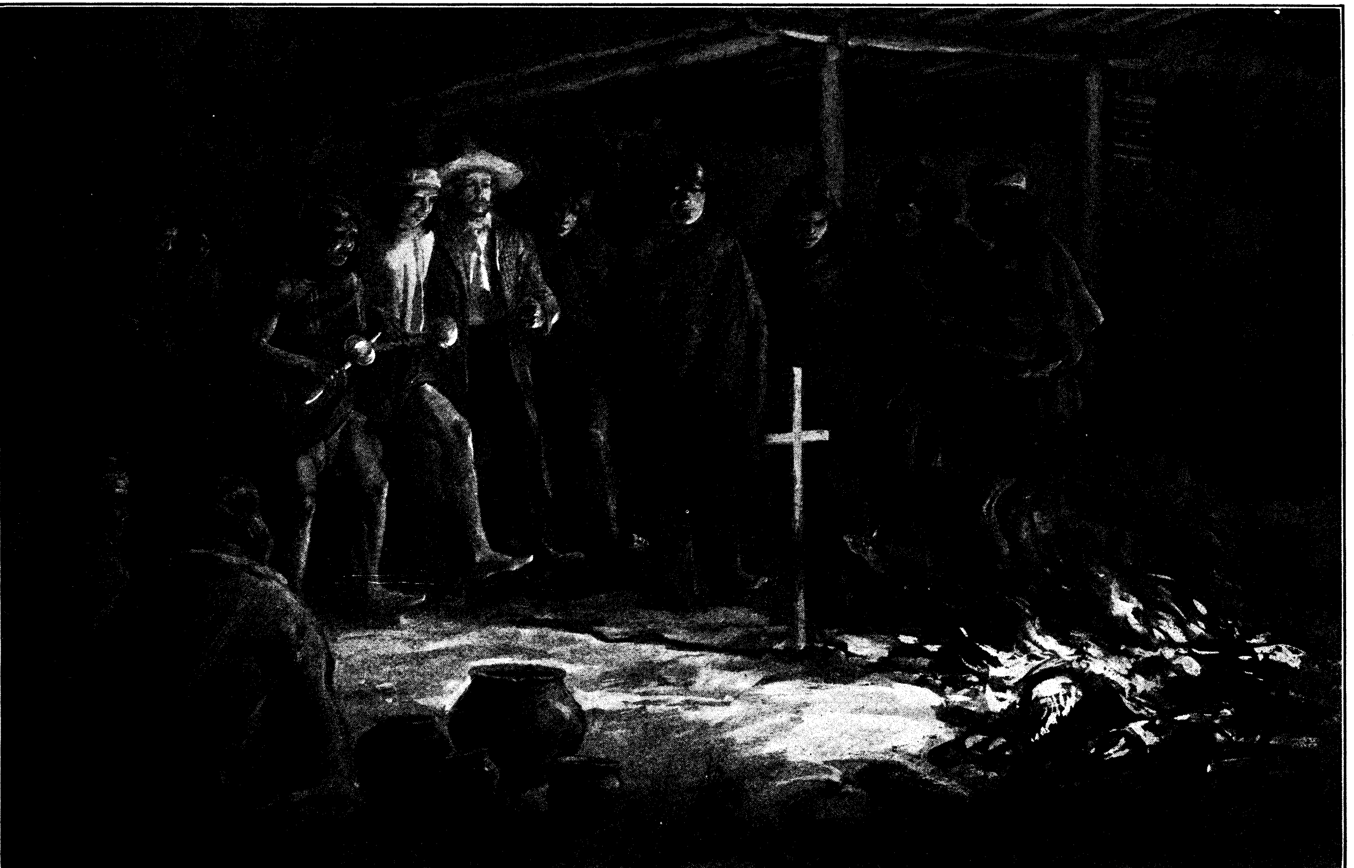
OTRA CANCIÓN YUMARI.



Los cantos del yumari dicen que el grillo quiere bailar; que la rana quiere bailar y brincar; que la garza azul quiere pescar; que la lechuza está bailando lo mismo que la tórtola, y la zorra gris aullando. Pero es característico de estas canciones el que no sean, por lo general, sino una especie de jerga ininteligible, ó una sucesión de vocablos que murmuran entre dientes los bailadores.

Al contrario del rutuburi, el yumari fastidia pronto, no obstante ser más animado. Tiene, con todo, el espectáculo algo de fantástico, especialmente cuando se ve á la insegura claridad del fuego que alumbra extrañamente aquellas grotescas figuras que parecen duendes moviéndose en el aire. Muchas madres llevan cargados á la espalda á sus hijos dormidos, y aflojándoseles á veces la frazada con que los sostienen, el movimiento se comunica á los chicos que cuelgan sacudiéndose con medio cuerpo fuera.

En la mayor parte de las fiestas, se ejecutan ambas danzas que en concepto de los indios tienden al mismo propósito general. No es fácil, pues, descubrir la relación que haya entre una y otra. El rutuburi es danza más seria y tiene mayor eficacia que el yumari, aunque éste, por supuesto, no carece de su valor especial, pues expresa, por ejemplo, una súplica para que el doctor disponga de fuerzas para curar. En el yumari, todos cantan y bailan muy frecuentemente borrachos, mientras que en la otra danza se observa absoluto decoro. Ambas se ejecutan para el sol y la luna: el rutuburi, para llamarlos; el yumari, para despedirlos. Cuando va á finalizar la función, una ó dos horas antes de la puesta del sol, se comienza á bailar el yumari, prosiguiéndolo hasta la segunda parte de la festividad, esto es, hasta que se empieza á comer y á beber, hecho lo cual puede proseguirse el yumari por todo el día, mientras los indios se embriagan. Bailan también el rutuburi para dar gracias por la cosecha, y en tales ocasiones el yumari tiene por objeto pedir que el año siguiente sea



Bailando Yumari.

bueno. Entonces suele bailarse el rutuburi durante el día y el yumari por la noche; pero generalmente no comienza el primero sino hasta poco después de ocultarse el sol. Una vez que estaba yo esperando que se diera comienzo al baile, me contestó un muchacho á quien dirigí mi pregunta, señalándome el cielo y diciéndome que no principiaría la danza hasta que las Cabrillas llegaran á cierto lugar, lo que calculé tendría que suceder como á las once de la noche. Esto prueba que las estrellas tienen alguna relación con el baile.

Al amanecer, ágiles manos andan arreglándolo todo á gran prisa para la gran ceremonia del sacrificio. Durante varios días, las mujeres de la casa y sus amigas se han dedicado á tortear y cocer frijoles y tamales. La víspera se había matado un animal, cuya carne estuvo cociéndose sin sal, en grandes ollas, todo el día y toda la noche. Como á Tata Dios no le gustan los huesos, se desosa la carne para cocinarla. Varias de las mujeres comparten su tiempo ora en danzar, ora en cuidar que nada le pase á la comida. Tiéndese en el suelo una frazada, precisamente al oeste de la cruz ó de las tres cruces, según sea el caso, y colocan sobre ella en fila los jarros de tesgüino, tras de los cuales se disponen tres pequeñas cazuelas llenas de la correosa carne, tres canastos de tortillas, y finalmente, tres jarritos con sus respectivas cucharas de madera, los cuales contienen las medicinas que han de tomarse, pues lo primero, en todo y por todo, es la salud del pueblo.

Entre tanto, prosíguese danzando con incesante fuerza. Casi noche con noche, en la estación seca, por nadie sabe cuantos siglos, ha estado el Lucero de la Mañana mirando bailar á sus hijos los tarahumares en el corazón de la sierra, hasta que envía sus postreros rayos sobre la fantástica escena, antes de ofuscarse á la aproximación del astro del día. No bien el primer rayo de la rosada aurora anuncia la llegada del Padre Sol, cesa la danza y se agregan las

sonajas á las ofrendas depositadas sobre la frazada; todos se aprestan á rendir homenaje á la deidad próxima á aparecer en el horizonte; el sacerdote la saluda con las palabras: "Miren, Nonorugami sale!" y avanza solemnemente hacia la cruz, en tanto que el pueblo se forma en línea guardando respetuoso silencio durante toda la ceremonia que va á seguir. Llena de tesgüino un jícara, y tomándola con la mano izquierda, arroja al aire con la derecha un poco del licor, lo que repite tres veces en cada punto cardinal al efectuar la vuelta de rigor. Se sacrifican luego la carne y las tortillas del modo siguiente: el augur toma del suelo la vasija que tiene delante; la alza tres veces al cielo; coge con los dedos un poco de carne que ofrece á la cruz con la palabra: "¡Coa!" (come), arrojándolo al aire, y rompe, en seguida, un pedazo de tortilla, repitiendo la misma ceremonia. De igual modo sacrifica para todos los puntos cardinales. En cuanto á los dos ayudantes, siguen á su principal en todos los actos que practica.

Contribuyen á la solemnidad de la escena los innumerables perros que se juntan á ver lo que pueden roer, y aunque la gente procura alejarlos apodéranse al cabo de la comida de Nonorugami quien, según se supone, toma únicamente la substancia alimenticia.

Lo que queda en los jarros y demás vasijas después del sacrificio, se vuelve á colocar en la frazada debajo de la cruz. Igualmente se sacrifican el caldo de la carne y la sangre del animal matado para la fiesta.

Al volverse el sacerdote á la gente cada vez que hace una ofrenda, dice: "Esto se he hecho para Nonorugami," y todos responden: "¡Matetravá! ¡Matetravá! ¡Calahupo!" (¡Gracias! ¡gracias! ¡perfectamente!)

Dada á los dioses su parte de tesgüino y comida, comienza la cura, siendo las medicinas infusiones frías de plantas medicinales. El oficiante, situándose delante de la cruz del centro, toma el jarro que contiene el palo



Sacrificio del tesgüino después del yumari. La cruz estaba cubierta con un pañuelo colorado.

hediondo, que es la medicina principal; su ayudante del norte toma la vasija en que hay una raíz llamada *ohnoa;* y el del sur, agua de maguey. Hecha la debida ofrenda á los dioses, el mismo gran sacerdote toma tres cucharadas de la medicina y da igual cantidad á su asistente del norte, quien se bebe su remedio, dando á su vez un poco á su superior. Lo mismo hace éste con su ayudante del sur, y luego ambos asistentes se cambian el remedio. Pasa el sacerdote las vasijas al propietario de la casa, quien á su vez las entrega al primer individuo de la fila, y así van pasando de mano en mano hasta el último hombre, tomando cada uno tres cucharadas de cada olla, y cuatro cada una de las mujeres. El que bebe al último devuelve los jarros al dueño de la casa, quien los pone en manos del sacerdote para que los coloque nuevamente en la frazada que está al pie de la cruz. Entre tanto, los incensarios han sido provistos de brasas en que el sacerdote arroja un poco de copal para sahumar á todos, y él mismo se entreabre la frazada, como todos los presentes, para que el humo le llegue al cuerpo. Con esto termina el acto de la curación, concluído el cual, se pronuncia un discurso. En las fiestas privadas el oficiante desempeña el papel del orador, pero en las comunales ó de tribu el gobernador es quien generalmente se encarga de ello. La retórica es una de las artes de los tarahumares, aunque no se la debe juzgar desde el punto de vista crítico de los blancos. He aquí un discurso hecho por un gobernador al final de una de las fiestas que presencié:

"¡Escuchadme! Poneos en fila y oíd lo que voy á deciros. Todos vosotros estáis alineados, hombres, mujeres y niños, porque voy á entregaros mis palabras, á presentaros las palabras que aquél que está arriba me ordena deciros. ¡Ya todo acabó! Hemos hecho algo bueno para Tata Dios, y él os ha dado vida para bailar; y ahora va á daros vida por otro año. Todos vosotros tendréis que hacer fiestas como ésta. No tenéis experiencia; por lo tanto escuchadme

y oíd lo que voy á deciros. Si no creéis lo que os estoy diciendo, os llevará el Diablo. Todos vosotros los que estáis aquí al rededor, no tenéis experiencia. Tened calma y hacedlo todo tranquilamente. Bebed con calma, hablad con calma, cantad con calma. Y no tengáis pleitos, porque si en la lucha matáis á alguno; ¿qué tendréis después? ¡Sólo pena y tristeza! El que está arriba de nosotros me manda deciros á todos, hombres, mujeres y niños, que esta agua, este tesgüino que estamos bebiendo es lo que nos hace perder la cabeza. Vosotros todos lo sabéis, y el que está arriba sabe que os estoy diciendo la verdad. No peléeis, no tiréis á nadie de los cabellos, no deis á ninguno mojicones que le saquen la sangre, pues la sangre y los cabellos pertenecen á Tata Dios, y son sus cabellos los que estiráis y su sangre la que derramáis. Bebed tesgüino para contento de vuestros corazones, embriagaos mucho, pero acostaos y dormid, y por la mañana volveos á vuestras casas sin andar á golpes con nadie."

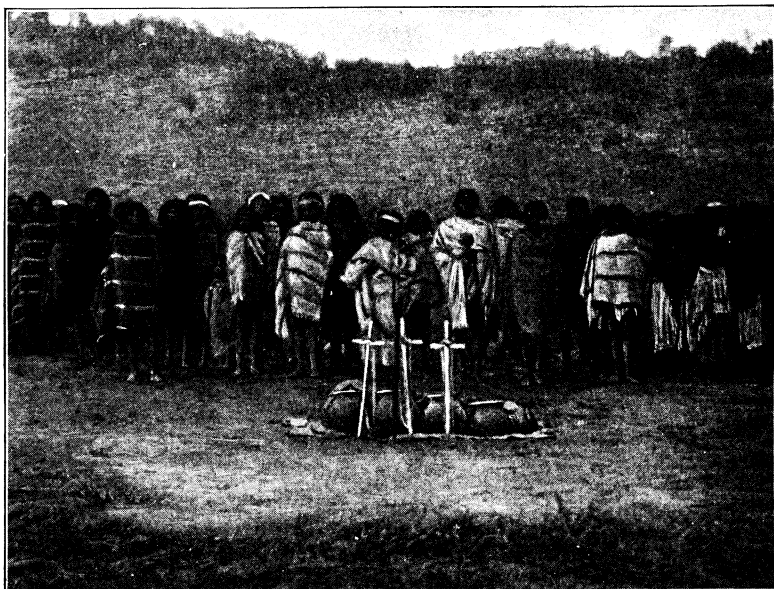
Los oyentes manifestaban entretanto su acuerdo con muestras de aprobación, y exclamaron todos al fin: "*¡Matetravá! ¡matetravá! ¡ca'ahupo!* (¡Gracias! ¡Gracias! ¡Perfectamente!)

Es asímismo frecuente que se diga un discurso al comenzar la fiesta, para expresar análogos sentimientos. El orador aconseja al pueblo que siga el buen ejemplo del huésped; que es necesario que sacrifiquen y dancen allí y en todas partes para que los dioses tengan bastante que comer y oigan las súplicas de los tarahumares. Los amonesta severamente á no acercarse á las mujeres, para que la fiesta no pierda su valor. El día pertenece á Tata Dios, por lo que no debe pensarse en otra cosa; y si alguien desobedece la orden, tendrá que dar un buey ó un carnero y el tesgüino necesario hasta que se acabe la fiesta.

Mientras se tiene que danzar y cantar, sacrificar y decir discursos, todos se portan con la mayor formalidad y decoro, sin que se interrumpa ninguna de las ceremonias por la mala conducta de nadie; antes bien guardan ex-

trema sobriedad y se reprimen de reír, hablar alto ó producir cualquiera otro ruido irrespetuoso; pero una vez que se ha dado á los dioses su parte, entrégase la gente á divertirse con no menor energía.

No es uno mismo el que distribuye la comida y el tesgüino, ni los hombres y las mujeres son servidos por el mismo funcionario, sino que hay para cada sexo una per-



Disponiéndose á comer y beber después de una noche de baile.

sona encargada de repartir el licor, y otras dos para servir la comida.

Comen muy poco de lo sólido, por ser costumbre que cada quien se lleve á su casa lo que le toca, á cuyo fin van provistas las mujeres de jarros y canastas; pero del tesgüino, nada se escatima, pues se lleva la deliberada intención de ponerse "una buena borrachera." Á todos les gusta embriagarse, pues según me explicaba un indio, cuando la gente se alegra, llora con delicia porque es per-

fectamente feliz; y como cada tarahumar tiene en su corazón una cruz con Tata Dios clavado en ella, siempre que bebe se acuerda mejor de Tata Dios. En las fiestas, se sientan los indios á beber con Tata Dios y las mujeres junto á la Luna á recordar antiguos tiempos.

Desgraciadamente este feliz período de su embriaguez no dura mucho y es seguido por la exaltación de la naturaleza animal. Bajo la influencia del licor, pierden rápidamente hombres y mujeres la timidez y modestia que les son característicos en su vida ordinaria; todo rencor oculto se manifiesta á poco dando lugar á pleitos en que uno y otro combatiente se arrancan sin consideración los cabellos y se abofetean la cara, pudiendo suceder en tal estado de ofuscación irracional que alguno coja una piedra y le parta la cabeza á su contrincante. Cuando el asesino vuelve en su juicio, deplora profundamente su acción si es que la recuerda.

Cuando las madres están trastornadas, dejan caer á sus hijos, sin advertirlo, de las cobijas en que los llevan colgando, sucediendo en ocasiones que las criaturas vayan á dar al fuego, y no es raro ver niños con cicatrices y otros recuerdos de alguna fiesta del tesgüino. Conocí á un hombre que le faltaba el cabello de un lado de la cabeza, á consecuencia de uno de tales accidentes que sufrió cuando chico, pero puede decirse que son raros los casos graves.

Considerada la multitud en su conjunto, ofrece un aspecto alegre, jovial y festivo, y revela que sabe aprovechar las oportunidades de divertirse. Todos se manifiestan buenos amigos y la familiaridad no tiene límites. Al oscurecer, se retiran á sus casas los que aun pueden tenerse en pie, siendo raro, sin embargo, que lleguen á ellas, á menos de estar muy cerca, sin que rueden al suelo, de lo que resulta que el camino queda sembrado de hombres y mujeres que, rendidos por los efectos de lo que han bebido, se quedan dormidos hasta que la embriaguez se les pasa. La

sociedad tarahumar aun no ha avanzado bastante para sentir desagrado por tales bacanales, que, vistas por su lado bueno, son *pro bono publico*, y nosotros mismos tendríamos que retroceder nada más que hasta la época de nuestros tatarabuelos para encontrar que la embriaguez no se oponía del todo á las buenas costumbres y elevada condición de las personas. Es de advertir también que, á pesar de que los tarahumares son aficionados á saturnales semejantes, al punto como recobran sus sentidos vuelven á ser tan serios y decorosos como siempre. Tampoco parece que su estimulante nativo les dañe las facultades físicas ó mentales, y contra todas las teorías científicas, sus hijos son fuertes, sanos y despejados.

Fuera de las consideraciones sociales y religiosas, el uso del tesgüino constituye un factor importante en la vida nacional de la tribu. Por increíble que parezca, después de prolongada y cuidadosa investigación de tan interesante problema fisiológico, no vacilo en afirmar que en el curso ordinario de su existencia, el tarahumar no civilizado es demasiado vergonzoso y modesto en la práctica de sus derechos y privilegios matrimoniales, resultando que se conserve y se propague la raza, gracias á los efectos del tesgüino. La promiscuidad sexual se efectúa especialmente en las fiestas relacionadas con los trabajos agrícolas.

No es necesario que la reunión sea numerosa para ponerse á danzar para los dioses. Hácelo á veces una familia sola, cuando el padre trata de enseñar á sus hijos. Mientras los indios se ocupan en sus labores del campo, suelen encargar á algún sujeto que baile yumari junto á la casa, no dejando de ser curioso ver á un solo hombre entregado al devoto ejercicio al son de su sonaja, frente á una habitación desierta. El siervo solitario contribuye de ese modo al trabajo general, por entenderse que se ocupa en llamar á la fructificadora lluvia y en alejar cualquier desastre, mientras sus amigos y el resto de la familia roturan,

siembran ó cosechan. Por la noche, cuando los demás vuelven del campo, lo acompañan un rato; pero á menudo sigue él bailando solitario toda la noche y cantando con voz enronquecida, pues su trabajo, según me decían los indios, es el más pesado de todos.

Se entregan también al culto individual los cazadores de venados ó ardillas para una fiesta comunal, dedicándose cada uno á bailar yumari frente de su casa durante dos horas, para asegurar el buen resultado de la empresa; y cuando se pone á germinar el maíz para hacer tesgüino, danza el dueño de la casa á fin de que el grano dé buenos brotes.

En algunos lugares, cerca de Aboreachic, por ejemplo, está en boga una danza llamada *valixíhuami*, en que la fila de mujeres se coloca frente á la de los hombres, y bailan hacia delante y atrás, siguiéndose una fila á otra durante todo el tiempo.

En una danza llamada *cuvali*, usada más al sur, los movimientos son análogos á los de la anterior, pero diferentes los pasos. Báilase por la misma razón que el rutuburi, y tiene la virtud de hacer que crezcan los hongos y la yerba, y que se multipliquen los venados y los conejos. Es la única danza conocida de los tepehuanes.

En invierno se baila, para la nieve, una danza llamada *yohé;* y hay finalmente otra denominada *ayena* que atrae las nubes de norte y sur para que al chocar produzcan la lluvia. Presencié fiestas en que se bailaban cuatro en este orden; rutuburi, yumari, valixíhuami y cuvali.

Conforme una variante de la tradición, tanto el yumari como el rutuburi fueron hombres que enseñaron á los tarahumares á bailar y cantar, y que viven ahora con el Padre Sol. Valixíhuami y Cuvali fueron hombres también, compañeros de los primeros, pero mucho más jóvenes.

En ciertas fiestas en honor de la luna, se ponen como

ofrenda bajo la cruz tres cigarrillos, uno de los cuales toma el astrólogo, y alzándolo hacia la luna, á la vez que suelta una bocanada de humo, dice: "Suá" (sube) "vamí" (lejos) "repá" (arriba), lo que repite tres veces. El dueño de la casa y su mujer hacen lo mismo. La ceremonia tiene la mira de ayudarle á la luna á formar nubes. En seguida, todos los presentes pueden saborear su cigarrillo. Nunca fuman los tarahumares en el día para no ofender al Padre Sol, y sólo en las fiestas, cuando están borrachos se aficionan á ello. Cuando un indio ofrece á otro tabaco y hoja de maíz para torcer su pitillo, da á entender que están ambos en buena amistad.

Todos los años, entre marzo y mayo, se celebra una ceremonia en los bosques, en un patio especial, á efecto de curar las enfermedades ó impedirlas, para lo cual es grande el consumo de tesgüino. Colócase junto á la cruz un muñeco de paja, como de dos pies, vestido con calzones de manta y un pañuelo amarrado en la cabeza. Representa al Padre Sol, y la cruz es su mujer la Luna. Á veces, se usa en lugar del muñeco ó además de él, un *recamuchi* relleno (cacomistle, *bassariscus*). Concluída la fiesta, se lleva el maniquí al lugar de donde se tomó la paja, para que crezca la yerba. Los tarahumares cristianos lo conservan en la sacristía de su iglesia.

Estos celebran también la Navidad, con cuyo motivo unos llamados *matachines* se pintan la cara y cargados de zurrones de animales, tales como zorras, ardillas ó zorrillos, bailan al són de un violín. Llaman, por broma, á dichas pieles sus muchachitos, y los cargan en brazos como las mujeres hacen con sus hijos. Hoy por hoy no tiene dicho juego más objeto que hacer reír; pero debe de ser resto de alguna antigua costumbre, cuyo significado se ha perdido á causa de las nuevas ideas que lograron imbuír los misioneros en los ritos y ceremonias de los indios.

Deben, de igual modo, de reconocer un origen induda-

blemente antiguo, las máscaras en figura de cabezas de venado y de antílope que se ponen los mismos hombres.

Durante la semana de pascua se adornan con víboras, amarrando juntas las cabezas de los reptiles para que no causen daño, sucediendo que un solo hombre lleve consigo hasta cuatro culebras.

CAPÍTULO XIX

EL CULTO DE LAS PLANTAS—EL JÍCULI—EFECTOS INTERNOS Y EXTERNOS —EL JÍCULI ES AL PAR HOMBRE Y DIOS — CÓMO OBTIENEN LA PLANTA Y CÓMO LA CONSERVAN—LA FIESTA TARAHUMAR DEL JÍCULI—INSTRUMENTOS MÚSICOS—AL JÍCULI LE GUSTA EL RUIDO—SU DANZA—SU PARTIDA POR LA MAÑANA—OTROS CACTOS QUE SE VENERAN—EL "DOCTOR" RUBIO—ANTIGÜEDAD DEL CULTO DEL JÍCULI.

PARA los indios, todo tiene vida en la naturaleza. Las plantas, así como los seres humanos, encierran un alma, pues de lo contrario no podrían vivir ni crecer. De muchas se supone que hablan, cantan y son sensibles á la alegría y al dolor. En invierno, por ejemplo, cuando los pinos están enrigecidos de frío, suplican llorando al sol que salga á calentarlos. Cuando se insulta ó se molesta á las plantas, éstas acostumbran vengarse. Son objeto de veneración las que se consideran con virtudes curativas, lo que, no obstante, no las libra de que las corten en mil pedazos para echarlas en agua que se bebe ó se emplea en lavatorios. Se cree que el simple aroma del lirio sana las enfermedades y quita el embrujamiento. Para invocar su ayuda, reza el curandero de esta manera:

"Sūmatí	okīliveá	sævá	rākó	chíneserová
"Hermoso	esta mañana	en flor	lirio	guárdame!

huaminámela	ke usuguitúami	chiotshéloaya
echa de aquí	(á los que) enhechizan !	hazme llegar á viejo !

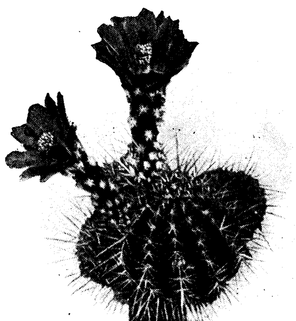
chilivéva	tesola	chapimélava	otshéloa
Dame un	bordón	(para) tomarlo	(en) la vejez

rimivélava
(que yo pueda) alcanzar !

Matetravá	Sevaxóa	huiliróva !"
Gracias	exhala fragancia	parado !"

("¡Hermoso lirio de la mañana, guárdame de las brujas y toda clase de hechicerías! ¡Cuídame hasta llegar á la vejez, á la edad en que necesite apoyarme en un bordón! ¡Gracias por el olor que despides en donde estás plantado!")

Á todas las especies de *Mammilaria* y *Echinocactus*, cactos pequeños, para las que existe un culto regular, se les atribuyen altas cualidades mentales. Los tarahumares dan á diversas variedades el nombre de jículi, aunque sólo le corresponda con propiedad á la clase que más comúnmente emplean. Dichas plantas siguen viviendo varios meses después de desarraigadas, y producen, cuando se comen, una especie de éxtasis, razón por que las consideran semidioses dignos de gran reverencia á quienes hay que ofrecer sacrificios.



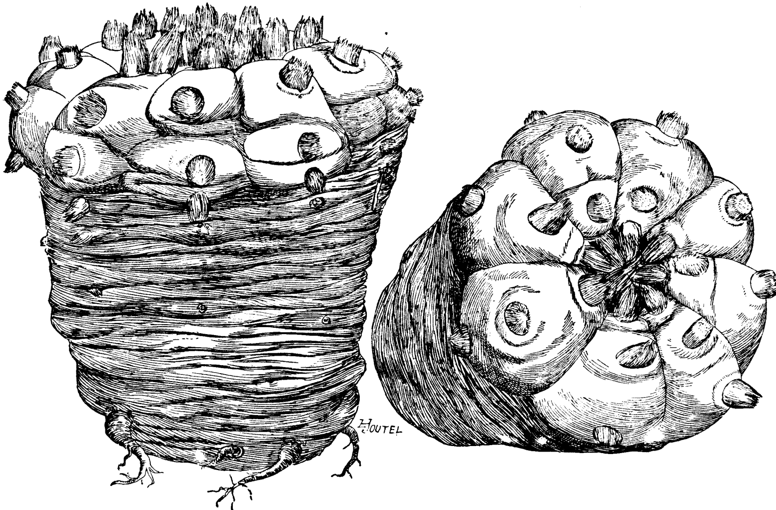
Echinocactus.

Las principales clases que se distinguen, son conocidas científicamente con los nombres de *Lophophora Williamsii* y *Lophophora Williamsi*, var. *Lewinii*. En los Estados Unidos se llaman *mescal buttons*, y en México *peyotes*. Los tarahumares les dicen jículi superior (*jículi huanamé*) ó simplemente jículi, siendo ellos mismos los jículis *por excelencia*.

También los indios huicholes, que viven á muchos centenares de millas de los tarahumares, rinden culto al jículi, y es un hecho interesante y curioso que le den el mismo nombre, á pesar de que no haya entre una y otra tribu relación ni afinidad. Los cultos muestran asímismo muchos puntos de semejanza, bien que para la tribu suriana desempeñe la planta papel de mayor importancia en la vida de los indios y se la venere con más minuciosidad. Los huicholes, además, emplean sólo la especie y variedad

que se ve en el grabado, mientras que los tarahumares tienen varias. El mayor J. B. Pond, de Nueva York, me ha informado que en Texas, durante la Guerra Civil, los llamados *Texas Rangers* (rurales texanos), cuando caían prisioneros y se veían privados de otras bebidas estimulantes, ponían "botones de mezcal" ó "*white mule*," como ellos las llamaban, en agua que les servía para embriagarse.

La planta produce en el sistema humano, cuando se toma, una grande alegría y aplaca toda sensación de hambre y de sed. Desarrolla también la visión colorida. Su sabor, cuando está fresca, es nauseabundo y ligeramente

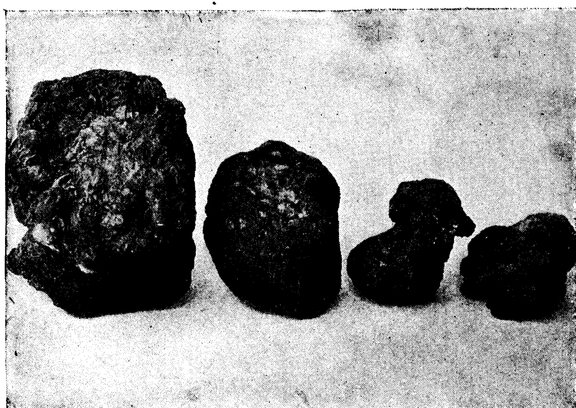


Lephophora Williamsii, var. *Lewinii.* *Lophophora Williamsii.*

Jículis ó peyotes, principales cactos sagrados. Casi de tamaño natural.

ácido, pero extraordinariamente refrescante para el que se ha expuesto á una fuerte fatiga. No sólo alivia de todo cansancio, sino que se siente renacer el esfuerzo, lo que yo mismo puedo testificar, por experiencia personal. En este respecto, se parece á la coca del Perú, con la diferencia de que deja después cierta depresión ó dolor de cabeza. Aunque los indios se sienten como si estuviesen ebrios

cuando comen un poco de jículi, y les parece que les bailan los árboles, se mantienen sin tambalearse y con el cuerpo más firme que en su estado normal, pudiendo caminar por la orilla de los precipicios sin que se les desvanezca la cabeza. En sus fiestas nocturnas, cuando han consumido mucho tesgüino y jículi, numerosos individuos se ponen á llorar y á reír alternativamente. Otro efecto notable de la planta consiste en quitar temporalmente cualquiera deseo sexual, hecho en que seguramente se funda el que los indios, por medio de curioso razonamiento aborígena,



Jículis secos.

imponen la abstinencia de las relaciones sexuales como condición necesaria del culto.

Tan grato es para los tarahumares el efecto de la planta, que atribuyen á ésta el poder de dar salud y larga vida, y de purificar el cuerpo y el alma. Muelen en metate dichos cactos, ya sea frescos ó secos, para ponerlos en agua, siendo este líquido la forma usual en que consumen el jículi.

Se aplica exteriormente contra las picaduras de víbora, quemaduras, heridas y reumatismo, para lo cual se masca ó simplemente se humedece en la boca antes de ponerlo

en la parte lesionada. No sólo cura la enfermedad y la aleja, sino que fortalece al cuerpo para que resista á cualquiera otra, por lo que se usa mucho como preservativo, y aunque no se les da á los muertos, porque ya no necesitan de remedios, siempre interviene en las fiestas que se les tributan.

El jículi es poderoso protector del pueblo en cualesquiera circunstancias y trae la buena suerte. El hombre que lo lleva bajo su ceñidor, puede estar seguro de que no lo morderán los osos y de que los venados, lejos de huírle, se le mostrarán tan mansos que podrá matarlos fácilmente; y si los apaches lo encontrasen, no podrían dispararle sus rifles. Hace afortunados á los que toman parte en las carreras y toda clase de juegos, á los que trepan á los árboles, etc. Es la gran salvaguardia contra la hechicería, pues el jículi ve todavía mejor que los astrólogos y cuida de que no echen los brujos nada malo en la comida. Los tarahumares cristianos creen que tomándolo se les sale el diablo del estómago. La planta, además, purifica á todo el que trata de sacrificar alguna oveja ó de fabricar tesgüino. Ningún remedio, sin embargo, hay para un asesinato: ni el jículi puede curarlo.

Los tarahumares cristianos, cuando llegan á presencia de la planta, hacen la señal de la cruz, y al ejecutar dicha práctica, me decían que me quitase el sombrero, pues siempre se le saluda como si fuese una persona y se supone que contesta de la manera usual á las salutaciones que se le dirigen. El jículi no es tan grande como el Padre Sol, pero se sienta á su lado. Es hermano de Tata Dios, su hermano gemelo, y por lo mismo se le llama tío.

En ocasiones, cubren dichas plantas los indios con pedazos de frazada y les ponen cigarros delante. Los muchachos no deben tocarlas ni tampoco las mujeres, sino es en los casos en que las muelen, con carácter de ayudantas del sacerdotes. Los curanderos son, de hecho, los únicos

que pueden propiamente manejar el peyote, mas para ello se lavan antes las manos; y á veces, ni aun ellos lo toman con los dedos, sino por medio de unos palillos. Algunos se lavaban las manos y se enjuagaban la boca inmediatamente que acababan de comer de mis platos, para que el jículi no se enojara con ellos porque aceptaban comidas extrañas, hechas por gente de fuera.

El jículi no se guarda en las casas, porque es extremadamente virtuoso, y se ofendería de ver cualquiera cosa indebida; sino que se le coloca en un jarro ó chiquihuite especial, y dentro de la troje, no sacándolo nunca sin ofrecerle previamente la ofrenda de carne y tesgüino. Si descuidaran hacerlo así, devoraría las almas de los indios. Cuando algo le sucede, como por ejemplo, que se lo coman los irreverentes ratones, se llena el dueño de miedo temiendo volverse loco por su negligencia. Si alguno se lo roba, puede estar seguro de que perderá la razón si no lo restituye á quien lo hurtó, y debe además matar un buey y hacer una gran fiesta para ponerse nuevamente bien con el poderoso dios y con el pueblo.

Á los cuatro años se hace viejo el jículi y se enmohece, perdiendo sus virtudes. Entonces lo entierran en un rincón de la cueva ó de la casa, ó lo llevan al lugar de donde procede, recogiendo plantas frescas. Según la tradición, cuando Tata Dios se fue al cielo, al principio del mundo, dejó el jículi como un gran remedio para el pueblo. El jículi tiene cuatro caras y todo lo ve. Su poder está demostrado en la siguiente fábula:

El Oso dijo en una cueva al Jículi: "Vamos á fumar y á pelear en seguida." Y fumaron y pelearon, y el Jículi fue más fuerte que el Oso. Cuando el Jículi derribó al Oso, se le salió á éste todo el aire del cuerpo; pero volvió á decir: "Vamos fumando y peleando algunas veces más." Y así lo hicieron, y el Jículi volvió á tirar al Oso, y el Oso se sentó á llorar sobre una piedra, se fue, y ya nunca volvió.

El jículi no es planta indígena de la región de los tarahumares de hoy, que necesitan emprender todos los años para obtenerlo, largos y, aun hace poco, peligrosos viajes, á las llanuras del este de Chihuahua, á la sierra del Almoloy, cerca de la estación de Jiménez, y á la sierra de Margoso, más allá de Santa Rosalía de Camarga, cruzando la vía del ferrocarril Central Mexicano. Parten en busca de las plantas, de dos ó tres hasta una docena de indios, que antes se purifican con incienso de copal. Necesitan ocho ó diez díaz para llegar á la sierra de Margoso, donde se encuentran principalmente dichas plantas, empleando como un mes en todo el viaje. Mientras llegan al sitio que buscan, pueden comer algo los peregrinos; pero una vez allí, deben abstenerse de toda cosa que no sea pinole. Al llegar al lugar, erigen una cruz junto á la que colocan las primeras plantas que encuentran, para que éstas digan donde se pueden hallar otras en abundancia. La segunda recolección de biznagas, se las comen crudas, lo que naturalmente los embriaga, y como está prohibido hablar, se acuestan en silencio á dormir. Al siguiente día, ya perfectamente bien, comienzan desde temprano á recoger las plantas, tomándolas con el mayor cuidado con palos, para no tocarlas ni maltratarlas, porque se enojaría el jículi y castigaría á quien le ofendiese. Dos días se emplean en esto, y al juntar las plantas, van colocando las de cada clase en costal separado, porque si las mezclasen, se pelearían. Cargan á la espalda los sacos, pues los tarahumares generalmente no tienen caballos.

El jículi dice, cantando hermosamente en el campo donde crece, que el tarahumar puede encontrarlo, y añade: "Quiero ir á tu país para que me cantes tus canciones." Canta asímismo dentro del costal en que lo llevan. Un hombre que se sirvió del peyote como almohada, no pudo dormir, según decía, porque las plantas hacían mucho ruido.

Cuando los peyoteros vuelven á sus casas, sale la gente á recibir con música á las plantas y celebran en su honor una fiesta, sacrificando un borrego ó un chivo. El sacerdote se pone para el caso, sartales de *Coix Lachryma-Jobi*, que se quita en el momento oportuno para ponerlas en una jícara de agua en que se ha puesto en remojo cogollo de maguey, y al rato cada uno de los presentes toma un trago de dicha agua. El sacerdote hace lo mismo y vuelve á ponerse el collar. Tanto las lágrimas de San Pedro como el maguey son objeto de grande estimación por sus propiedades curativas; y en sus canciones describe el adivino al jículi como parado sobre una gigantesca semilla de *Coix Lachryma-Jobi* del tamaño de una montaña.

Pásanse la noche bailando jículi y yumari. El montón de plantas frescas, en cantidad á veces de dos fanegas ó más, se coloca al pie de la cruz y se rocía de tesgüino, porque el jículi necesita beber, y si no le diesen, se volvería á su tierra. Ofrécese también de comer á las plantas, y aun llegan á ponerles delante algunos pesos de plata que su dueño recoge terminada la fiesta.

Durante el año suelen hacerse especialmente fiestas en honor del peyote, pero ejecutando su danza simultáneamente con el rutuburi y otras, aunque por separado, dedicándose algunos sacerdotes, de un modo exclusivo en tales ocasiones, al culto del jículi á fin de que los bailadores se conserven en buena salud y no les falten fuerzas para el trabajo.

Consiste principalmente la fiesta del jículi en bailar, y luego en comer y beber tan pronto como se ha hecho á los dioses la ofrenda de provisiones y tesgüino. La ceremonia no tiene lugar en el patio común, frente á la habitación, sino en uno especial que al efecto se escombra y barre cuidadosamente.

Entretanto, se va á buscar al monte el combustible necesario para la gran luminaria que ha de encenderse, pues el

fuego es una de las condiciones características de la fiesta, como el mismo nombre de ella lo indica: *napítshi nolíruga*, que literalmente significa "*moviéndose* (es decir *danzando*) *alrededor* (nolíruga) *del fuego* (napítshi)." Gozan de preferencia, á lo que parece, los árboles caídos, ya sean pinos ó encinas, pero debe de ser por la abundancia con que se encuentran, porque son secos y arden mejor, y finalmente, porque evitan el tener que cortarlos. Buen número de troncos se allegan y disponen en filas paralelas, en dirección de oriente á poniente, pero sin encender el fuego antes de que se ponga el sol.

El dueño de la casa donde tiene lugar la fiesta entrega á dos ó tres mujeres designadas para ayudar al sacerdote algunas plantas, siendo suficientes una docena ó dos para una reunión ordinaria. Dichas mujeres se llaman *rokoró*, lo que significa el estambre de la flor, en tanto que el sacerdote es el pistilo. Muelen en el metate las biznagas con agua, y luego toman parte en la danza. Deben lavarse cuidadosamente las manos antes de tocar las plantas, y mientras las muelen, está un individuo teniendo una jícara para recoger cualquiera gota que resbale del metate y evitar que se pierda la menor partícula del precioso líquido. Ni una gota se debe desperdiciar, y aun el agua con que al terminar se lava el metate, debe agregarse al líquido. La bebida que se produce es ligeramente espesa y de color pardo sucio.

El sacerdote (en ocasiones hay dos) se sienta en el suelo como á dos varas al oeste del fuego, frente á la cruz colocada al extremo opuesto. Sus ayudantes, que son dos por lo menos, se sientan á sus lados, y las ayudantas, al norte del fuego. Una vez observé que los hombres se agruparon á un lado del sacerdote, y las mujeres al otro. Junto al lugar del sacerdote hay un agujero para que escupan él y sus ayudantes después de beber ó comer jículi á fin de que nada se pierda, agujero que vuelve á taparse cuidadosamente con una hoja cada vez que se usa.

Luego que el sacerdote se sienta, toma una jícara redonda, la apoya de boca contra el suelo, y haciéndola girar, deja señalado un círculo, en cuyo interior describe dos diámetros cortados en ángulos rectos para producir un símbolo del mundo.

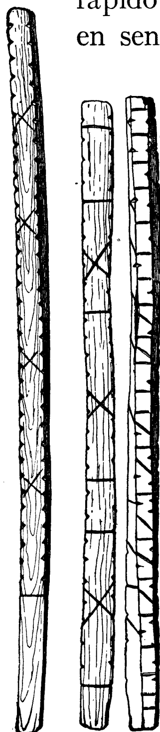
En el centro coloca un jículi, para el que á veces cava un hoyo de cinco ó seis pulgadas de profundidad, y lo cubre con la jícara boca abajo, como si dejara la planta dentro de una esfera hueca. En vez de jícara, puede emplearse cualquiera otro utensilio de madera análogo; pero en todos casos, se fija bien en el suelo para que sirva de resonador para el instrumento musical. Es éste un palo con muescas que el sacerdote apoya en la jícara y contra el cual raspa con otro palo para acompañamiento de sus canciones. Si la jícara quedase floja, produciría un sonido tan discordante que obligaría al semidiós á matar á algún miembro de la familia; pero el ruido bien dado, le causa placer, razón por la cual se le coloca debajo de la vasija. El jículi es poderoso, y manifiesta su fuerza con el ruido que se produce.

El palo labrado, lo mismo que el raspador son de brasil que llevan de las cercanías de San Ignacio, en la región del jículi. El sacerdote coge su instrumento con la mano izquierda, y lo apoya en la jícara por uno de sus puntos intermedios, de manera que la parte que queda entre su mano y el punto de contacto sea un poco mayor que lo que falta hasta la extremidad de la vara.

Los bastones que aparecen en la figura, sacados de un sepulcro tarahumar, son al parecer muy antiguos. Los indios á quienes los enseñé no los conocían, pero todos me aseguraron que eran raspadores. En ambos lados de uno de ellos, hay líneas sesgadas que simbolizan el camino de Tata Dios, y en los otros lados, líneas transversales representando la caída de la lluvia. Como dichos utensilios se encontraron cerca de Baborigami, posible es que hayan per-

tenecido á los tepehuanes, cuyos miembros existentes hacia el norte rinden también culto al peyote.

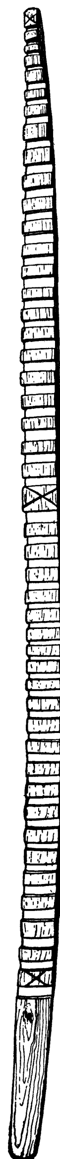
Cuando el sacerdote comienza á frotar, hácelo, no precisamente desde la punta, pero sí desde muy cerca del extremo, corriendo su raspador de un modo rápido é igual, como veintiséis veces, hacia él y en sentido contrario; da luego tres largos toques, extendiendo todo el brazo cada vez, con movimiento de arriba abajo, y levantando por un segundo el palo hacia el oriente. Esto, repetido tres veces, constituye el preludio de la ceremonia. Comienza luego á cantar acompañándose de toques regulares sobre la vara labrada, siendo cada arqueada de igual extensión, y efectuándola primero hacia él y después hacia abajo. Sus canciones, que son cortas, sólo duran unos cinco minutos.


Long. 46 cm. Long. 46 cm.

Antiguas varas labradas.

Entonces pónense en pie los hombres y mujeres que sirven de ayudantes, provistos de incensarios que despiden espeso humo de copal, y avanzan hacia la cruz para incensarla, arrodillados con la cara al oriente, y santiguándose. Este detalle, si no se debe por completo á la influencia católica, mucho se resiente de ella, por lo menos.

Después de sahumar la cruz, se vuelven á donde está el sacerdote, y mientras las mujeres tornan á sentarse en sus lugares, provee aquél á los hombres de sonajas hechas con canutillos de carrizo y pezuñas de venado, retenidos con una correa, sonajas que se llevan en la mano derecha ó colgadas del


Vara sacerdotal labrada. Longitud, 75 cm.

hombro. Cuando no las hay para todos los asistentes, se suplen con cascabeles.

Todo se halla listo al fin para dar principio á la danza. Los hombres llevan cobijas blancas en que permanecen tapados toda la noche hasta la barba, pero no se ponen huaraches. Bailan también los ayudantes, cuya danza consiste en una marcha peculiar que efectúan con rapidez y saltando á pasitos, moviéndose de puntillas y como si fuesen á encontrarse, y haciendo rápidos y bruscos meneos sin dar la vuelta. Á ninguno de los presentes se les permite andar en dirección opuesta á los bailadores. Después de seis ú ocho giros, ensanchan la rueda para que quede en medio el fuego, y cuando algún danzarín llega á encontrarse entre el sacerdote y el fuego, gira rápidamente al rededor, bailando como antes, hasta colocarse en el lugar conveniente. De cuando en cuando, emiten un sonido con que consideran imitar el habla del jículi y que á mí me recordaba el canto del gallo, golpeándose rápidamente la boca, por tres veces, con el hueco de la mano y chillando en voz de falsete: "*¡Jículi vava!*" que significa "¡Jículi allá lejos!"

Las mujeres bailan separadamente de los hombres, aunque á veces simultáneamente con ellos. Danzan en silencio, de un modo ligeramente distinto del de los hombres, todas con enaguas y túnicas muy limpias, lo que contribuye á lo pintoresco de aquella escena que se desarrolla al rededor del hogar.

Interrúmpese á veces la danza, pero no el canto y el raspar del sacerdote que duran toda la noche sin más que uno ó dos intervalos, por necesidades urgentes. Para cesar de cantar y tocar en tales ocasiones, es de rigor que el sacerdote se excuse cortésmente con el jículi, al irse y al volver, cambiando saludos formales con la planta escondida bajo la jícara, y se lo notifica golpeando repetidamente el bastón labrado con el raspador, y acabando con tres toques lentos.



Mujeres tarahumares bailando jículi en Guajochic.

Dicen los cantos que el Jículi llega con sus sonajas y su vara de mando para curar y proteger al pueblo, y para concederle una "bonita" borrachera. Á este efecto, se dispensa licor de un jarro depositado junto á la cruz, sirviéndolo por pequeñas cantidades un indio que da, con la jícara en que lo lleva, tres rápidas vueltas al rededor del fuego para el sacerdote y una para el resto de la asamblea. El espíritu general va levantándose á medida que se repiten las libaciones, y si á veces sólo el sacerdote y sus ayudantes las menudean, otras participa del licor toda la gente.

Canción al Jículi

Allegro.

Jí - cu - li o - cu - lí - va - va Ta - mi - sǽ - li - va re - ga
Jículi tío! Nuestra autoridad así!

A - go - ná hui - lí si - nǽ Na - na - yá re - gá hue - lá
Allá está parado, miren! Los antepasados así lo pusieron

El efecto secundario de la planta, de somnolencia y decaimiento, se manifiesta más claramente en los concurrentes que se sientan durante la danza, que en el infatigable oficiante que se mantiene despierto entregado á su ocupación. Cuando alguno de sus ayudantes se siente sucumbir al sueño, tiene que pedir permiso al jículi, por intermediación del sacerdote, para retirarse á descansar un rato, y notificarle con toda exactitud su alejamiento y su vuelta al desempeño de su deber. Al amanecer, todos les presentes están haciendo grandes esfuerzos para que no los venza el sopor, excepto el músico que sigue impertérrito cantando y raspando con la conciencia y entusiasmo de siempre.

Pero al fin todos se levantan para las importantes operaciones de curar á la gente por medio de la raspa y des-

pedir al dios. Al punto de amanecer, cuando el fuego se está extinguiendo, anuncia el sacerdote que termina la danza, sirviendo de señal para tan bienhadada nueva tres golpecitos finales contra el palo labrado. Reúnense todos en el lado oriental del patio, junto á la cruz; levántase el augur de su asiento, llevando consigo sus utensilios para raspar, y, seguido de un muchacho cargado de una jícara de agua, procede á dar la bendición á cada uno de los presentes. Para ello, detiénese frente á cada cual, sumerge solemnemente la punta del raspador en el agua, y tocando ligeramente el palo de molduras con lo mojado, primero en medio y luego en los extremos, raspa tres veces con él la cabeza del individuo. Apoya luego en la misma cabeza el palo labrado y le da tres largos pases de extremo á extremo, levantando la mano al aire después de cada pase. El polvo producido con tal raspa, por infinitesimal que sea, tiene la virtud de infundir salud y vida. Vuélvese luego al sol naciente, dirigiendo sus instrumentos hacia él, y raspando rápidamente varias veces por encima y por debajo del bastón labrado, da una larga frotación de punta á punta, pasando la mano fuera del bastón hacia el sol. Con este acto, repetido tres veces, hace señas á la morada del Jículi. En la madrugada, ha venido el dios de San Ignacio y de Satapolio, montado en hermosas palomas verdes, para acompañar á los tarahumares al final de la danza, cuando se hace la ofrenda de alimento, á comer y beber con ellos, lo cual efectúa con el sacerdote, que es el único capaz de ver al Jículi y á sus compañeros. Si no asistiera, se creerían los tarahumares amenazados de hechicería.

Después de prodigar sus bendiciones, vuela el Jículi, en forma de bola, á su país, en compañía del tecolote que huye asímismo á refugiarse á esa hora.

Se recoge cuidadosamente en un saco de cuero, como poderoso remedio para uso futuro, el polvo que produce el curandero al estar raspando durante la noche.

Concluída la fiesta, cada quien debe lavarse las manos y la cara, obligación que se considera de la mayor importancia.

Además del jículi huanamé ordinariamente usado, los tarahumares conocen y veneran las variedades siguientes:

1. Mulato (*Mammilaria micromeris*).—Se cree que sirve para agrandar los ojos y poder ver á los hechiceros; para prolongar la vida, y para dar velocidad á los que toman parte en las carreras.

2. Rosapara.—Constituye únicamente un grado vegetativo más avanzado de la especie precedente, aunque parece muy distinto, por ser blanco y espinoso. También debe tocársele con las manos muy limpias en el sentido moral, á lo que parece, tanto como en lo físico, pues sólo á la gente bien bautizada le es lícito tomarlo. La planta es buena cristiana, y como está muy pendiente de todos, siempre que advierte algo indebido, se enoja mucho, vuelve loco al culpable ó lo arroja en algún precipicio. Es, por lo mismo, muy benéfica contra la gente mala, especialmente contra los ladrones y los apaches.



Mammilaria fissurata.

3. Sunami (*Mammillaria fissurata*).—Es raro, pero se le supone más poderoso que el huanamé, y tiene las mismas aplicaciones que el último, siendo su bebida fuertemente embriagante. Los ladrones no pueden robar nada en donde el Sunami llama soldados en su ayuda.

4. Jículi huálula sælíami.—Es el mayor de todos, y su nombre significa "Jículi de gran autoridad." Ex-

tremadamente raro entre los tarahumares. No llegué á ver ninguna muestra, pero según me lo describieron, crece en tubérculos de ocho á doce pulgadas de diámetro, asemejándose al huanamé con muchos vastaguitos al rededor. Todos los demás jículis son sus servidores, y el motivo porque llevan los tarahumares tan pocas plantas de esa clase, consiste en que es un dios muy goloso que no se satisface con ovejas ni cabras, sino que exige reses; de manera que son pocos los indios que pueden mantenerlo. Si no se le mata un buey, se comerá á un hombre. Tiene siempre la cabeza hacia abajo, porque está escuchando todas las ceremonias que se hacen en la tierra de los tarahumares, y se vive pensando el modo de proteger á sus hijos. No muere nunca. Cuando alguien está muy enfermo, y no se encuentra dicho jículi en la región, el sacerdote vuela con el pensamiento á la tierra en que se produce la planta donde "la gran autoridad" está cuidando á sus hijos (el pueblo), y le ofrece el alma de una res que ha sido sacrificada. El jículi acepta la ofrenda y envía sus bendiciones con sus sirvientes que andan siempre bien vestidos y con sombreros de paja "como los americanos" según me dijo mi amigo el *Doctor* Rubio; pero solamente los astrólogos ó sacerdotes pueden verlos llegar, y la manera como curan los corazones y limpian las almas.

Todas estas diversas especies se consideran buenas por venir de Tata Dios, y bien dispuestas para la gente; pero se cree que algunas clases de jículi provienen del diablo. Una de ellas, provista de largas espinas blancas, llamada *ocoyome*, se usa rara vez y sólo con fines aviesos. Si alguien lo pisa por casualidad, se le caen las piernas. Una vez que aparté con una vara uno de esos cactos redondos y espinosos, me dijo azorado el indio que me acompañaba: "Déjelo U., porque puede hacerlo caer dentro de un precipicio."

En una de las fiestas que presencié, manifesté deseos

de probar el jículi, pues no lo conocía. Promovióse una viva discusión entre los sabios, quienes acabaron por decirme que podía sentarme con ellos, pues sabían que guardaba en mi poder algunas plantas sagradas; pero se me impuso la condición de quitarme el sombrero. Como esto pasaba una fría y ventosa noche de diciembre, obedecí la disposición, pero me cubrí la cabeza con el pañuelo, sin que se me hiciera la menor objeción. El jicarero comenzó por bailar delante del sacerdote, luego al rededor del fuego y finalmente me alargó su vasija. El líquido tenía cierto sabor amargo, pero no precisamente desagradable, y al ir á beberlo mirábame atónito aquel hombre como si esperase que el jículi se resistiera á entrar dentro de mí.

Sólo tomé un trago, pero á los pocos minutos comencé á sentir sus efectos. Primero obró sobre mis nervios como poderoso excitante, superior al café, sensación que me duró unos diez minutos, y me vinieron luego una depresión y escalofrío tan grandes como nunca había sentido. Para entrar en calor, casi me eché dentro del fuego, pero no pude vencer aquel estado friolento hasta por la mañana. Algunos tarahumares me dijeron que no lo tomaban, porque les producía la misma impresión, y cuando le comuniqué al sacerdote el efecto que me había producido la bebida, díjome que era porque no había raspado en la vara labrada, pues el jículi no causa frío á la gente que raspa, lo que, dicho en otras palabras, viene á significar que es posible contrarrestar tal efecto por medio del ejercicio físico.

Un curandero que consintió en venderme jículi, y que me hizo acompañarle á su casa, se dirigió á una troje de tablas, é introduciendo un largo palo, abrió la puerta por dentro, quitando antes algunas tablas del techo para conseguirlo. Después de buscar un rato, sacó una pequeña canasta cerrada, y con ella en la mano efectuó una vuelta ceremoniosa á mi rededor, diciendo en voz apenas perceptible: "Gracias por el tiempo que has estado

conmigo; ahora vete con él; te daré de comer antes de que te vayas." Sahumó con incienso de copal las plantas guardadas en la canasta, para que pudiesen comer, y necesité por mi parte aspirar el sahumerio para que el jículi tuviera gusto en irse conmigo. Abrió luego el herbolario su canasta diciéndome que escogiera las plantas que quisiese, y yo saqué una docena, pero como me pidiera diez pesos por ellas, me conformé con tres.

Al regresar al mundo de la civilización, pasé algunos días en Guajochic, á cuya inmediación vive el doctor Rubio, gran conocedor del jículi. Es un hombre realmente pia-



El doctor Rubio y sus ayudantes en una fiesta del jículi, después de una noche de canto y baile. Rubio está á la derecha.

doso, de tierno corazón y buenos sentimientos, que vive de acuerdo con sus principios, en los que se han armonizado el cristianismo y el paganismo. Estímanlo mucho sus paisanos como el más grande sacerdote del jículi en aquella parte de la región tarahumar. Su profesión le permite vivir con desahogo, pues sus servicios son objeto de constante demanda y recompensados con las mejores porciones de los animales que se sacrifican. Sus curaciones le producen también algún dinero y pasa sus días rezando y cantando, bebiendo tesgüino y jículi, ayunando y curando enfermos, en la feliz convicción de que protege al mundo. Obtuve de él muestras de las varias clases de cactos vene-

radas por los tarahumares. Esta condescendencia suya, que se consideró como una revelación de los secretos de la tribu, le acarreó de los otros curanderos la prohibición de volver á emprender jamás ningún viaje á la tierra del jículi. Aunque en el primer año obedeció la sentencia, no le pesó gran cosa, pues se sentía superior á sus jueces y estaba seguro de que acabarían por comprender que no podrían pasarse sin él, pues siendo el más virtuoso de todos, ninguno conocía mejor las órdenes de Tata Dios.

Débole mucho de lo que sé acerca del culto tributado á la planta, y varias de las canciones con que se la reverencia. Á menudo me visitaba, y me dijo una vez, en el seno de la confianza, que era necesario alimentar las biznagas que yo tenía antes de que emprendieran su largo viaje á los Estados Unidos, pues como hacía mucho tiempo que habían comido, comenzaban á enojarse. La próxima vez que fue á verme, llevó copal envuelto en un lienzo, y quemándolo en una cazuela de barro, sahumó las plantas que se había colocado delante. Díjome que con esto quedarían satisfechas y se irían contentas conmigo sin permitir que me causaran el menor daño los hechiceros, los ladrones ó los apaches. La promesa era consoladora, pues para llegar á Chihuahua, tenía que atravesar por algunos puntos inseguros y había rumores de rebelión.

Parece que actualmente sólo los distritos próximos á Nararachic y Baqueachic envían por jículi y son los que surten á todos los demás. Hasta hace poco, iba también la gente de Huachochic á buscar dichas plantas, y todavía hay indios que emprenden ese viaje. Un anciano me enseñó algunos cactos que había arrancado hacía treinta y cinco años. En Nararachic se consume el peyote durante todo el año, esto es, mientras hay maíz, porque "el jículi necesita tesgüino." La gente de la barranca, que es demasiado tímida para emprender la expedición, lo compra al precio de un carnero por planta. El comprador dispone

un convite, no sólo cuando lleva al semidiós á su casa, sino también un año después del suceso. En la parte oriental de la región y al pie de los cerros que rodean á Río Fuerte, no se usa para nada. Muy rara vez lo plantan los tarahumares, pues el único caso que vi, fue en Tierras Verdes.

Es indicio muy significativo de la antigüedad del culto y aun de la ascendencia lejana de la tribu misma, cierto cambio en la ceremonia, que observé en el suroeste de la región, en donde el sacerdote acostumbra dibujar sobre la arena, bajo la jícara que le sirve de cámara de resonancia, una mística figura humana en cuyo centro coloca la planta. Mi lamentado amigo Frank Hamilton Cushing me informó que en las rocas volcánicas de Arizona se encuentran figuras casi idénticas dibujadas sobre la lava. Decíame en carta fechada el 30 de octubre de 1903:

"La figura que me ha enviado V. dibujada, ofrece muy grande similitud, por ejemplo, con las muy antiguas petrografías rituales que hay en las lavas de Arizona, lo que desde luego verá V. por el diseño de una que reproduzco juxtapuesto al suyo:

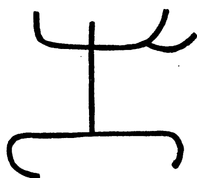
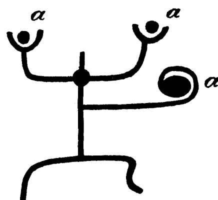


Figura médica tarahumar de México.



Antigua petrografía ritual de Arizona.

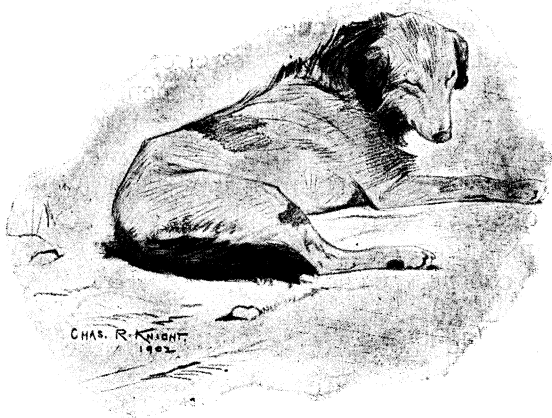
Otras que he recogido son mucho más semejantes. Siempre he supuesto que tales figuras tenían objeto "medicinal" en las ceremonias; pero creyéndolas más bien correspondientes á las medicinas de los elementos viento, agua, lluvia, etc., usadas en conexión con los sacrificios (con que concluían los ritos ceremoniales), que relacionadas

con las ceremonias curativas actuales. Me he visto inclinado á esta creencia por haber encontrado relacionadas con algunas de ellas pequeñas concavidades en forma de copa, labradas en los ángulos de las figuras (tales como *a*, *a*, *a*). Observará V. que, de la mitad de mi figura, parte una línea que se enrolla en torno de la concavidad, en el lado derecho, y que las terminaciones de las líneas cruzadas superiores se bifurcan abarcando concavidades semejantes, aunque menores. La figura entera representa un dios animal acuático, de un grupo de monstruos místicos semihumanos. Por razones de conveniencia, tiene el corazón de fuera, y dentro de éste la copa de la medicina "principal;" en tanto que con la mano izquierda sostiene la tasa de la medicina "Buena," y con la derecha la de la "Mala." Si á la luz de lo expuesto, vuelve Ud. á examinar su figura, verá conmigo que representa un hombre dios sentado, con las piernas dobladas y sus medicinas distribuídas á su rededor y sobre él mismo, respectivamente á sus miembros, y de acuerdo también, probablemente, con su importancia y el caso en cuestión. Debe siempre tener la principal medicina colocada sobre el corazón como órgano renovador de la vida. Luego, estrictamente con referencia á la dolencia que se trata de curar, y localizadas en el cuerpo ó miembros del paciente (diría yo), las demás medicinas. Sugiero esto como explicación posible, pero con mucha confianza de que ha de estar muy próxima á la verdad, en vista de lo que me indican mis estudios comparativos. Probablemente si V. consulta sus notas y trae á su recuerdo las variaciones del símbolo que ha visto, comprenderá si tengo razón ó nó. Recuerde V. que si los indios refieren dicha figura al tratamiento de las enfermedades, también la usarán para curar al tiempo, etc., cuando esté "enfermo," por decirlo así. Ha abierto V. camino para una nueva interpretación de muchos dibujos de los más antiguos que quedan en las lavas, y si mi colección de éstos ayuda por su parte á explicar el diseño de V., etc., ya puede imaginarse la satisfacción y placer que yo tendría."

CAPÍTULO XX

FIRME CREENCIA DE LOS TARAHUMARES EN LA VIDA FUTURA—CAUSAS DE LA MUERTE—LOS MUERTOS SON MALOS Y QUIEREN LLEVARSE Á SUS FAMILIAS—CURIOSOS MEDIOS DE ALEJARLOS—TRES FIESTAS Y UNA CACERÍA—LOS ENTIERROS—UN SERMÓN FÚNEBRE.

TAN arraigada está en los tarahumares la idea de la inmortalidad, que la muerte no es para ellos sino un cambio de forma. Creen con toda certeza en la vida futura, pero temen á los muertos, creyendo que se complacen en causar daños á los vivos. Proviene tal temor de suponer



De duelo.

que los muertos están solos y que anhelando la compañía de sus deudos, provócanles enfermedades para que mueran y se junten con ellos. Cuando fallece algún individuo á pesar de todos los esfuerzos del curandero por salvarle, dicen los indios que se va porque lo han llamado ó se lo llevan los que se han ido antes. Supónese también que los

difuntos conservan su afición á las buenas cosas que han dejado en el mundo, y que hacen cuanto pueden por tenerlas. Tan firme es la idea de que los desaparecidos siguen adueñados de cuanto poseían, que se les juzga celosos de sus herederos, á quienes no dejan dormir por las noches, obligándolos á sentarse á platicar junto al fuego. Para calmarles su descontento, se les ofrece tesgüino y toda clase de alimentos, porque necesitan lo mismo que necesitaban aquí. Se celebran en el trascurso del año varias ceremonias para alejarlos, y los supervivientes se mantienen tomando precauciones para impedirles volver á molestarlos.

Á veces son los hechiceros quienes envían á los muertos para que perjudiquen y enfermen á la gente, pero por lo general los muertos mismos vienen á hacerlo por su propia cuenta. Entran nocturnamente en su casa para beberse el tesgüino, tomarse la comida preparada para el convite y echar á perder todo lo que no pueden comerse. Para poner á salvo el licor, se colocan arcos y flechas junto á los jarros, y se cubren las vasijas con ramitas de olorosa artemisa. Los muertos gustan asímismo de matar el ganado y las ovejas, y escupir y soplarles en la cara á los vivos para enfermarlos y causarles, si es posible, la muerte. Á veces se aparecen los espíritus de los muertos, y los curanderos los ven volando por el aire como pájaros. Cuando el alma de alguno da en habitar en una casa, el dueño comenzará por sentir una impresión desagradable, é irá consumiéndose hasta morir, á menos que el doctor prodigue al difunto tesgüino en abundancia y lo aleje con encantamientos. Se supone que los muertos salen por la noche; de manera que los tarahumares no caminan después de oscurecer, por temor de encontrárselos y que les chiflen al pasar. Sólo los doctores pueden viajar de noche, y aun ellos tienen á veces que luchar con los muertos que salen de las cuevas corriendo á gatas. De día no les tienen los tarahumares ningún miedo, no obstante que ni entonces se

atreven á visitar los sepulcros antiguos ó modernos. Me fue muy difícil encontrar indios para que me llevaran los esqueletos que exhumé de las antiguas sepulturas, y aun los mexicanos mismos se resistían á que sus animales condujesen tal carga, para que las mulas no fuesen á cansarse, es decir á rodar y matarse.

Á la persona que muere, le cierran los ojos, le cruzan las manos sobre el pecho, y todos sus parientes le hablan sucesivamente para decirle adiós. La llorosa viuda ruega á su marido que ya que se va y no quiere estar más en su compañía, no vuelva á asustarla á ella ni á sus hijos ni á nadie, y lo implora para que no se los lleve ni les haga ningún daño, suplicándole que á todos los deje en paz.

La madre dice á su niño muerto: "¡Ahora vete. No vuelvas más, ahora que estás muerto. No vengas de noche á buscarme el pecho; vete y no vuelvas más!" Y el padre dice á su hijo: "No vuelvas para pedirme que te lleve de la mano ni que te haga nada. Ya no te conoceré. No vengas á andar por aquí; quédate por allá."

Envuelven el cadáver en una cobija, antes de que se enfríe, para enterrarlo más tarde; lo rodean desde luego de bastante comida, y riegan ceniza encima del cuerpo y á su rededor para poder descubrir, por las huellas que deje, en qué clase de animal se convierte. Como el olor de la comida atrae seguramente en la noche á alguna zorra ó coyote, rata ó gato, quédanse creyendo los parientes que el difunto ha tomado la forma del animal que devoró su comida. El curandero puede decir, sin necesidad de ver las pisadas, en qué clase de animal se ha trasformado el muerto.

Dentro las veinticuatro horas de ocurrida la defunción, se procede al entierro, conduciendo el cadáver entre dos hombres, después de amarrarlo de tres ó cuatro partes del cuerpo sobre uno ó dos palos. Las mujeres nunca asisten al sepelio. Al punto como salen los encargados de los

funerales, pónense ellas á lavarse muy bien, y cuando los primeros regresan, queman ramas de cedro dentro de la casa para curarla.

En una fosa abierta junto á una cueva ó en su interior, tienden al muerto con la cabeza al oriente y los pies al occidente, bien que en algunas grutas no se observe esta regla, pues he encontrado restos humanos depositados de acuerdo con la disposición del piso. Se cubre el cadáver con una pulgada de tierra, luego con una capa de ramas de pino ó de palma colocadas longitudinalmente, y extiéndese encima otra capa de tierra de cinco ó seis pulgadas, arrojando sobre todo ello bastantes piedras. Los cuerpos de los adultos se entierran derechos, pero por lo general, á los niños les doblan las piernas.

Tal es el modo común como sepultan á sus muertos los tarahumares paganos. Otro modo igualmente general, es acostarlos de espalda sobre el piso sin cubrirlos de tierra, y cerrando en seguida la boca de la cueva con piedras ó con piedras y lodo. Dentro de algunas cuevas se encuentran varios cuerpos así.

En mis exhumaciones he encontrado frecuentemente pedacitos de carbón cuya existencia se explica por el hecho de que, durante la primera noche, encienden fuego los dolientes cerca de la fosa, con el mismo objeto, actualmente, que las velas. Esto explica también lo ahumado del interior de las cavernas sepulcrales, inclusas las antiguas.

Se dejan al muerto su bolsa de cuero y tres pequeños bules con frijoles. Á la izquierda de la cabeza se le ponen tres mazorcas y un jarrito de tesgüino; junto á los pies, otro jarrito de tesgüino, su arco y sus flechas, la piedra que sirve para dar dirección á las flechas, otates y cuerdas, su eslabón, el palillo con que se pintan las flechas, sus carrizos de succión, si el muerto ha sido curandero, en una palabra todo lo que poseía de poco peso, juntamente con bolas de trementina, soguillas de *Coix Lachryma-Jobi* y

un peyote. En cuanto á las cosas pesadas, como su hacha, machete, chaquiras y dinero, los deja en el mundo porque con ellos no podría entrar al cielo, práctico procedimiento á que han recurrido los indios que están en contacto con los blancos, en vista de que los objetos de valor atraen frecuentemente á los ladrones. Las sandalias del muerto, su violín y las vasijas en que acostumbraba tomar su comida se guardan en lugar separado durante un año, esto es, hasta que se ha hecho la última función en honor del muerto; en seguida el curandero y otros hombres se llevan por la noche dichos objetos para enterrarlos en cualquiera parte, pero no con el difunto. Lo mismo se practica con las pieles en que haya fallecido, las que no vuelven á usarse por temor de que nazca de ellas un horroroso perro. Siempre se destruye la choza y se rompen los metates, jarros y chiquihuites.

Al tercer día del fallecimiento, comienzan los parientes á disponer para el muerto el primer convite, que se celebra dentro de los primeros quince días, para el que se matan dos ovejas ó cabras, cuyos pulmones, corazón y traquea, se cuelgan de un palo en el exterior de la cueva sepulcral.

Al punto como el tesgüino queda hecho, se procede á la fiesta, bien que en esta primera función se bebe relativamente poco. Los parientes, hombres y mujeres, visitan el sepulcro en el que dejan un jarro con pinole, una ollita con tesgüino, tres tortillas y tres cigarros si se trata de un difunto; pero tratándose de una muerta, se requieren cuatro tortillas, etc. El tamaño de éstas varía según la edad de la persona enterrada, empleándose las de tamaño ordinario para los adultos; á los menores de seis años en adelante, se les dan de tamaño mediano, y á los niños, como de pulgada y media de diámetro. He visto tortillas, de tamaño mediano, hechas en forma de cruz.

Todos los dolientes, comenzando por el curandero, dirigen la palabra al finado. El curandero le dice que debía

haberse llevado cuanto le dieron, sin venir á molestar á los que deja, á quienes es necesario que no inquiete, pues algún día tendrán que ir á donde él está. Aconséjale que no mate ninguno de los animales de su familia, pues ya le han sacrificado un borrego, dándole la mejor parte, los bofes, para que coma y no les quite lo que corresponde á sus deudos.

En la primera fiesta observé que, tanto los hombres como las mujeres, llevaban adornada la cabeza con una flor artificial. La hacen de un pedacito de caña abriéndole cuatro incisiones en un extremo y doblando las puntas hacia afuera para semejar la corola de una flor. Se la sujetan á un lado de la cabeza con la cinta de los cabellos. Los dolientes se pintan también, con carbón, cruces sobre la frente.

La segunda fiesta se da medio año después, matando asímismo animales y haciendo buena cantidad de tesgüino. Tres hombres y tres mujeres llevan comida y tesgüino á la sepultura, quedándose los parientes en su casa. Al regresar aquéllos se detienen á cierta distancia de la habitación y se arrojan unos á otros ceniza á la cabeza antes de entrar.

Para el tercer convite, que es al que se da mayor importancia, se escoge un animal de entre los últimos adquiridos por el muerto, y se prepara de comer y beber en gran cantidad. Esta fiesta es el último esfuerzo que se hace para despachar al difunto. Fabrícase especialmente una gran vasija de barro, como de dos pies de diámetro y seis pulgadas de fondo, que se llena de agua, y en cuyo interior se coloca una jícara boca abajo. El curandero golpea la jícara con una mazorca asegurada al extremo de una varilla y le acompañan sus ayudantes, el uno agitando una sonaja y cantando el otro. Pasado un rato, levanta el curandero el trasto y después de dar tres vueltas con él, lo arroja al aire para que caiga al suelo y se haga mil pe-

dazos. Los circunstantes se ponen á bailar sobre ellos y la jícara.

Los jóvenes concluyen la función jugando una carrera de algunos centenares de varas, y mientras arrojan la pelota, van regando ceniza hacia los cuatro puntos cardinales para cubrir las huellas del muerto. Todos regresan llenos de regocijo y manifiestan su satisfacción tirando al aire sus cobijas, cotones y sombreros, porque se ha corrido al difunto. Si la persona fallecida es una mujer, las mujeres son las que emprenden la carrera con aros y varas.

He aquí como me fue descrita una tercera y rumbosa función, dada por una viuda:

Había cinco patios. En uno, dedicado al muerto, se plantó una gran cruz y otras dos pequeñas, junto á las cuales se pusieron tres bules con tesgüino y un chiquihuite con carne cruda, y se encendió fuego, poniendo un hombre para que lo cuidara. En otro patio se levantó una cruz y se le colocó junto una rama de pino. Allí también se depositaron un jarro con tesgüino y una cesta con carne cruda, al cuidado de un hombre y dos mujeres, pero sin hacerse ninguna ceremonia. El tercer patio se dedicó al culto del jículi, donde el curandero se puso á raspar y cantar. En el cuarto patio se bailó yumari y se clavaron una cruz grande y dos pequeñas. Finalmente, en el quinto patio colocáronse, en los cuatro puntos cardinales, cuatro teas de resinoso pino, de una vara cada una, siendo allí lo característico un hombre que bailaba solo entre las cuatro antorchas, cortando tres veces con su cuchillo cada una de las llamas al ejecutar, de cuando en cuando, sus danzas.

Atendiendo á los nombres con que designan los tarahumares estas tres funciones para el muerto, la idea principal de la primera es dar de comer; la de la segunda, repetir la comida; y la de la tercera, dar de beber. Las tres

fiestas se celebran en escala cada vez mayor, siendo la primera relativamente insignificante. Dura cada una, por lo común, un día y una noche, y comienza á la hora en que espiró el finado. Siempre hay un patio especial preparado para el muerto, y otro para el culto del jículi, además del que ordinariamente se dedica al baile; y se canta y aúlla mucho, con especialidad en la última fiesta.

Durante las mismas, el curandero echa á remojar yerbas y riega á la gente con su medicina. La danza y el canto del jículi desempeña siempre prominente papel en dichas festividades, por considerarse á la planta muy poderosa para alejar al muerto hasta el fin del mundo en donde va á juntarse con los demás. El yumari se baila de cuando en cuando, y se consume mucho tesgüino, brindando en todas las fiestas con el muerto los que le sobreviven.

Se celebran tres fiestas para un hombre, y cuatro para una mujer, porque como ella no puede correr tan de prisa, cuesta más trabajo echarla fuera. Hasta que tiene lugar la última función, ne se pueden volver á casar el viudo ni la viuda, que son, de todos los parientes, los que más miedo le tienen el difunto.

Á la muerte de alguien, los que le han prestado algún servicio, como, por ejemplo, cuida su ganado por una semana, piden algo de lo aquél haya dejado; pero acaban por contentarse con un ceñidor ó cosa semejante.

Presencié una vez la fiesta funeral de un hombre que se había ahorcado quince días antes, ya fuese por influencia del licor, ó afligido por alguna pérdida. Se había convertido en un león. Dos hombres y dos mujeres le llevaron comida y tesgüino, sin que los acompañara la viuda, porque el difunto había muerto solo, y temía que se la llevara. El suegro dirigía la procesión llevando la piel con los cuatro pies intactos, de una cabra que había pertenecido al finado. La mataron á fin de dársela para que se quedase en la

nueva vida en que estaba. Habían enterrado al suicida en una cueva pequeña, con los pies para la entrada. Depositada la comida junto á la cabeza, sentáronse las mujeres sobre una piedra y los hombres se quedaron en pie junto á la boca de la cueva, todos con la cara vuelta hacia el sepulcro. El suegro se sentó en una piedra junto á los pies del muerto. Aquella escena que se desarrollaba en medio de la sierra, en una tarde fría del invierno, causaba una impresión singular. El viejo, vigorosamente constituído, era hombre de importancia y curandero de gran reputación, que en toda su severa actitud demostraba su determinación de tener á raya al difunto. Parecía ejercer influencia tranquilizadora sobre todos los presentes. Difícilmente olvidaré la solemnidad y convicción con que reconvino al muerto por la violencia de su último acto. Quitándose la flor de los cabellos y cogiéndola con la mano derecha, la movía de arriba á abajo, al impulso de sus propios pensamientos, para acentuar sus palabras durante el cuarto de hora que estuvo arengando al suicida. Era aquel hombre un gran orador, y tan conmovedora su elocuencia que á mi intérprete Nabor casi se le rodaban las lágrimas. Era el discurso una especie de diálogo en que el orador respondía por el muerto, de esta guisa:

"¿Porqué estás aquí? Porque estoy muerto.—¿Porqué estás muerto? Porque me morí.—¿Porqué te moriste? Porque quise. — Eso no está bueno. No tienes vergüenza.—¿Te dijo tu madre que te dió á luz, que hicieras eso? Eres un bribón.—¿Dime porqué te mataste? Porque se me antojó.—¿Y qué has ganado con estar allí tirado con piedras encima? ¿No acababas de estar en casa tocando el violín con nosotros? ¿Porqué te colgaste del árbol?

"Aquí te dejo este tesgüino y esta comida; te dejo carne y tortillas para que comas y ya no vuelvas. Nosotros no te necesitamos. Eres un tonto. Ahora voy á dejarte aquí. Ya no vuelvas á beber tesgüino en casa

con nosotros. Quédate aquí! No vuelvas á casa porque no te irá bien, porque te quemaremos. ¡Adiós, vete ya; no te necesitamos!"

Dijéronle adiós todos los presentes, y las mujeres agregaron: "Tonto!" Fuéronse todos á un aljibe donde se mojaron las ropas y todo, para que en su cuerpo nada les quedase del muerto, y al llegar á la casa se cambiaron lo mojado. En la noche se celebró una magnífica fiesta del jículi. Los indios se sentaron al rededor de un gran fuego que alumbraba con fantástica luz los grandes y viejos pinos del patio, mientras los bailadores se movían bajo aquella rojiza claridad. Semejante escena produce una impresión más profunda que cualquiera otra que se presencie en los teatros.

Los tarahumares cristianos creen que el curandero tiene que cuidar al muerto durante todo el año para que no se lo lleve el diablo y que si no se diesen fiestas, no dejaría el difunto de andar rondando en forma de animal. Esta es la triste suerte de la gente pobre que no tiene con qué pagar al curandero. Cuando el muerto no llegó á dar cumplimiento en su vida á las fiestas y sacrificios, tienen los curanderos mucho trabajo para conseguir que pueda subir al cielo, pues necesita de largas horas de hechizos y beber mucho tesgüino para poder levantar la cabeza, y otro tanto para redimir su cuerpo. Á veces se le cae hacia atrás la cabeza y necesita el curandero infundirle fuerza dándole más tesgüino.

No tienen grandes escrúpulos los tarahumares para remover los cuerpos de sus muertos, cuando llevan algunos años de haber fallecido y se supone que los han despachado convenientemente del mundo. Los huesos que no se llevan del lugar donde habían estado enterrados, los cubren de nuevo. Un tarahumar me vendió en un peso el esqueleto de su suegra.

CAPÍTULO XXI

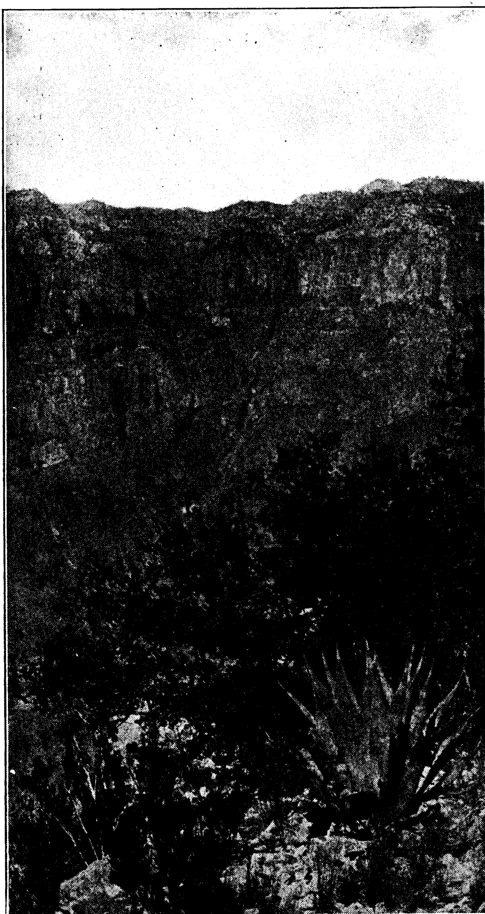
TRES SEMANAS Á PIE POR LA BARRANCA—RÍO FUERTE—SE ME MOJA MI CÁMARA—ANTIGUOS SEPULCROS ATRIBUIDOS Á LOS INDIOS TUBARES—RESULTADOS DE UN CUMPLIDO—VARIOS MODOS DE PESCAR—ENVENAMIENTO DEL AGUA—COBIJA PESCADORA.

UN frío día de fines de octubre salí de los límites de Guachochic hacia la parte alta de la gran barranca de San Carlos, hasta donde la región meridional está ocupada por tarahumares. Todo parecía triste y helado. Habíase cortado el maíz, la yerba se veía gris y el aire era glacial. Las hojas tostadas y mustias resonaban como si fuesen de papel, y al acampar cerca de una ranchería india vi una espiral de tierra y hojas secas levantadas por un remolino á dos ó trescientos pies, sobre un cielo plomizo y sombrío como el de las latitudes setentrionales en la misma época del año. Fuimos caminando al sur de Guachochic sobre cerros cubiertos de pinares, y encontrando aquí y allí algún rancho solitario.

Como siete millas antes de llegar á la barranca, alcancé en un punto una altura de 8,600 pies, desde donde pude ver la vasta serranía ascendiendo hasta la abrupta garganta y disminuyendo poco á poco en anchura por el noroeste. Dejé mis animales en San Carlos, rancho recientemente establecido en aquel desierto, y me dispuse desde luego á emprender una extensa excursión á pie rumbo á la barranca y sus cercanías.

Casi toda la región de los tarahumares está surcada por el Río Fuerte, que, con sus muchos tributarios, riega otras tantas barrancas. La principal, llamada barranca de San Carlos, tiene una profundidad de 4,000 á 4,500

pies y sigue un curso sinuoso. Si en su fondo hubiera un camino transitable, podría recorrerse fácilmente en dos días la distancia que hay desde el nacimiento del río hasta un punto situado un poco abajo del pueblo de Santa Ana, donde el Río Fuerte emerge de la sierra; pero tal como está, se requeriría una semana, por lo menos, por las muchas asperezas que encierra.



En la Barranca de San Carlos, cerca de Guachochic.

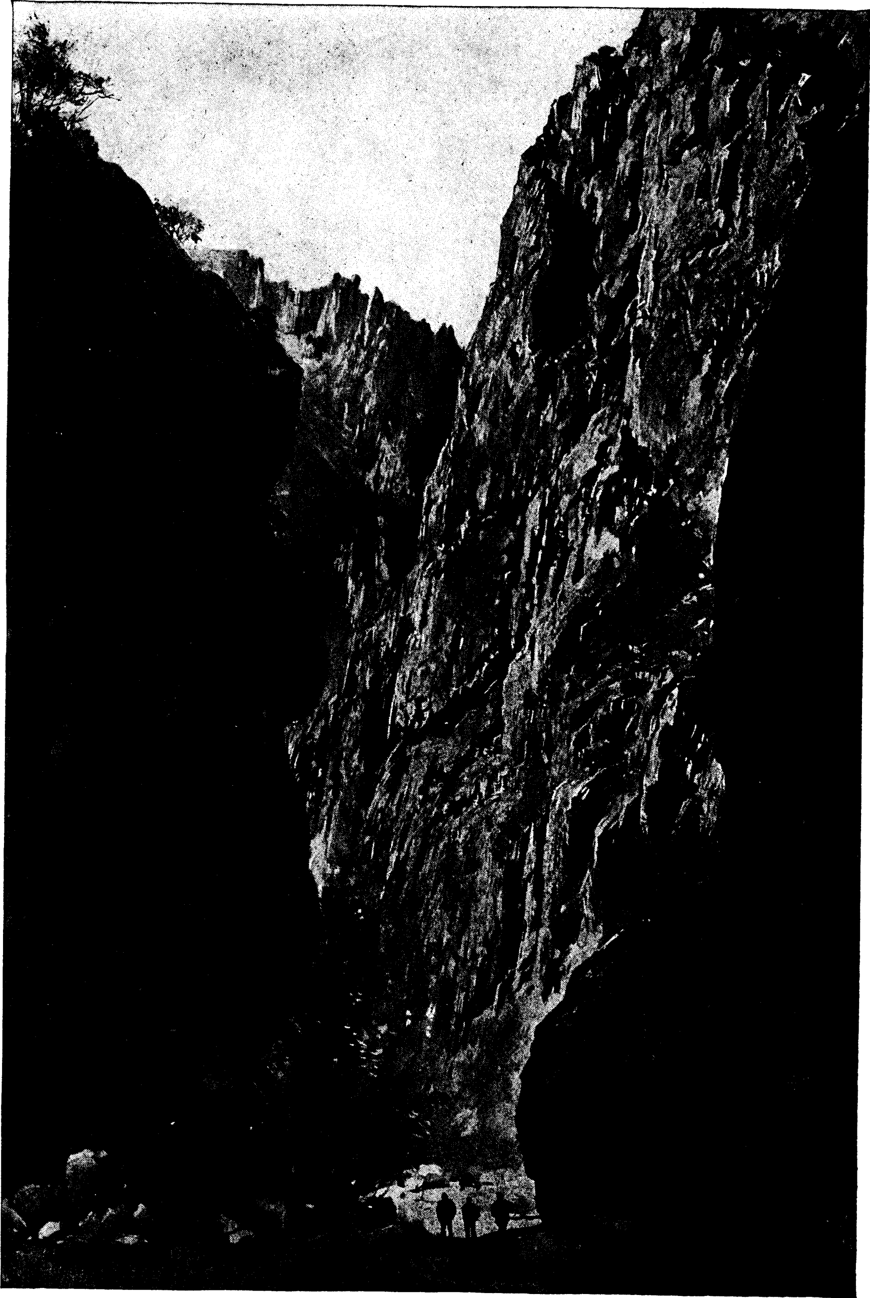
Cuando hube descendido á la barranca que, después de los helados vientos de la montaña, me pareció excesivamente cálida, lo primero que visité fueron las mesas del lado meridional, donde todavía se conservan los indios bastante exentos de la mala influencia de los blancos y tienen mucho apego á su tierra. Una noche que dormíamos en un profundo arroyo de laderas empinadísimas, nos despertó uno de los arrieros indios gritándonos: "¡Levántense! ¡Viene cayendo una piedra que nos puede pegar!" Oí un ruído, y al

instante mismo cayó una piedra como de la mitad de la cabeza de un niño, que hirió al informante mismo en el momento de levantarse medio dormido, dejándolo desmayado por un rato, pero sin que el accidente fuera de consecuencias.

Arreglé los arrieros necesarios y bajé nuevamente al río, cuyo curso seguí hacia el poniente del Nogal por unas veinticinco millas. La elevación en Nogal es de 4,450 pies, ó sea como 800 pies más alta que en el lugar en donde dejé otra vez el río. Á la salida, encontramos dos fuentes termales de agua muy caliente y de sedimento amarillo. Toda la garganta era estrecha. En algunas partes, sus dos costados se alzaban casi perpendicularmente dejando al río un paso muy angosto, y entonces teníamos que penetrar en el agua ó ascender algunos miles de pies para proseguir nuestro camino. Pero generalmente había banco de uno ú otro lado y se ensanchaba de trecho en trecho el fondo de la barranca, dejando suficiente espacio para los arbustos y aun para algún árbol, volviéndose á estrechar en seguida. En algunos de dichos lugares encontramos un arbusto llamado *baynoro*, de largas y flexibles ramas y hojas de color verde claro. Sus bayas, pequeñas y amarillas, eran dulces como la miel, pero no dejaron contentos á mis mexicanos que las comieron, porque les causaron dolor de estómago y les quitaron el apetito. Los indios se quejaron de lo mismo, pero á mí no me produjeron ningún mal efecto.

Advertimos á lo largo del río muchas huellas de tejones y nutrias, y había también patos y garzas azules.

El color del agua en los lugares hondos era verde gris, y como el río nace en lo alto de la sierra, el agua es demasiado fría para pasarla. Un día tuvimos que cruzarlo ocho veces. En ocasión semejante, un indio que con el agua hasta la cintura lo vadeaba, llevando á la espalda en un costalillo mis útiles fotográficos, olvidóse un mo-

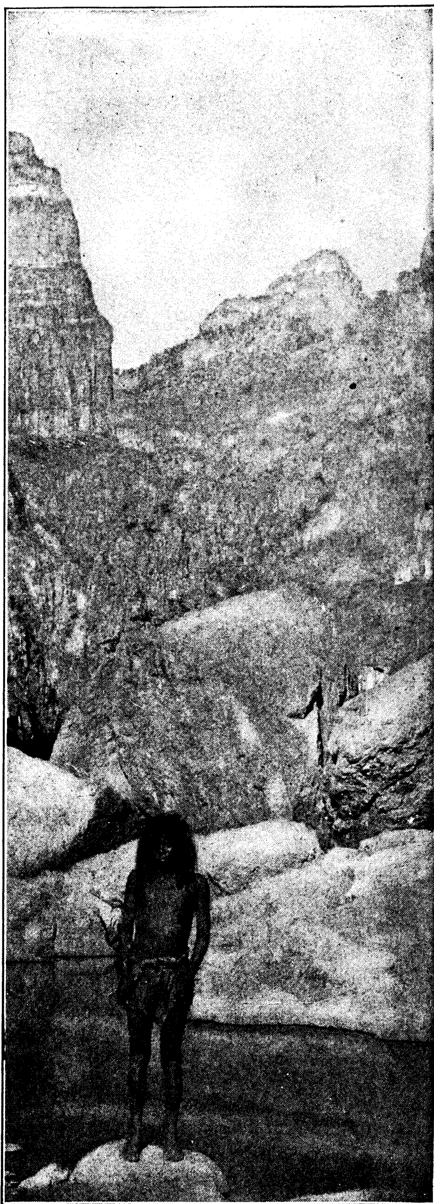


Barranca de San Carlos.

mento, á causa del extremado frío, hasta donde le colgaba la carga y la dejó sumergir en el agua. La idea de no poder, acaso por mucho tiempo, tomar vistas fotográficas, me contrarió muchísimo. Seis portaplacas estaban tan mojados que ni siquiera pude sacar los obturadores, pero afortunadamente llevaba otros aparte.

Encontramos varias cuevas habitaciones antiguas, todas más bien pequeñas, y atribuídas por los tarahumares á los indios tubares. Una de ellas estaba situada como á 250 pies arriba del fondo de la barranca. Ocupaba casi todo el ancho de la cueva una construcción de dos pisos irregularmente formada, que no llegaba al techo. El piso de la casa tenía escasamente dos yardas de ancho, pero la construcción se ampliaba mucho, siguiendo la forma de la cueva. Los materiales usados en la construcción eran piedras y lodo ó, más bien, asperón rojizo; y había pequeñas piedras colocadas con irregularidad entre las grandes. Las paredes eran sólo de cinco ó seis pulgadas de espesor y estaban cubiertas con lodo. Un poste perpendicular sostenía el techo, bastante bonito y formado de juncos ú otates apoyados sobre las asnas y cubiertos con lodo. El techo del segundo piso, hecho de la misma manera, se había caído. Un pedazo de tabla gruesa cubría en parte la entrada. Encontré en el primer piso una pieza adicional y en ella un esqueleto del que conservé el cráneo y algunos de los huesos importantes.

No lejos de ésta, y situada en parte muy escabrosa, había otra cueva que contenía diez habitaciones de un piso, del mismo material y construcción. Una puerta tenía pie y medio de ancha, y dos y medio de alta. Recorrí arrastrándome las piezas, que eran miserablemente pequeñas. El piso estaba revestido de argamasa, y en algunos cuartos advertí agujeros circulares abiertos en el suelo á la manera de los que había visto en Zapuri. Había también pequeñas aberturas cuadradas de seis pulgadas



Uno de mis compañeros en la Barranca de San Carlos.

por lado en la pared delantera.

Á veinte millas de allí y precisamente al norte del pueblo de Cavórachic, había una tercera cueva que contenía trece casas en ruinas. Era también el mismo su material, pero las casas estaban construídas hasta el techo de la cueva y redondeadas de las esquinas. Se veían igualmente troneras redondas, ocho de las cuales formaban una línea horizontal, habiendo otra más un poco más alta.

Podía caminarse en ciertos lugares á lo largo del río, pero todo estaba muy desierto, pues sólo encontramos, en el trascurso de varios días, seis familias indias, dos de las cuales vivían allí nada más temporalmente. Tropezamos también con cinco indios dispersos que habían bajado de

la montaña en busca de juncos para flechas, etc. Casi era una dicha cruzarse con algunos seres humanos, pero por desgracia ninguno llevaba cosa que vender, á no ser algunos pescadillos, é iban tan necesitados como nosotros. Aunque llevábamos nuestro metate, nos era extremadamente difícil en aquella excursión de cuatro semanas procurarnos de un día á otro suficiente maíz para nuestras necesidades. Uno de los componentes de nuestro *menu*, nuevo para mí, pero común en el norte de México, era en verdad excelente cuando lográbamos conseguir lo indispensable para prepararlo, esto es, semillas de calabaza, que se molían muy bien y se hervían en una cazuela. Este plato, que es de origen tarahumar, se llama pipián. Poniéndole un poco de chile toma muy buen sabor, y en ese período de gran privación, me gustaba muchísimo.

Pero no á diario estaban á nuestro alcance tales gollerías; antes bien, durante varios días sucesivos, tuvimos que conformarnos con tortillas y agua. Cuál sería, pues, nuestro gozo cuando al fin acertamos á ver, al otro lado del río, algunas ovejas. Pertenecían á una mujer que personalmente las guardaba, y que se hallaba pasando el invierno entre las rocas con su rebaño compuesto como de una docena de ovejas y cabras. Envié á mi intérprete para que tratase uno de dichos animales. Como no volviera, no obstante haber pasado el tiempo razonable, y el hambre nos aguijase, atravesé yo mismo el río para ver á la interesante viuda. Encontré á mi hombre tratando todavía, tendido de barriga en el suelo y con la cabeza apoyada en las manos. Ella molía maíz en su metate y parecía no cuidarse de ninguno de nosotros; pero su atractivo personal me llamó la atención desde luego. Estaba en sus mejores años y tenía ojos hermosos y brillantes. Le corría por las trenzas una cinta teñida de amarillo con el color producido por los líquenes nativos, que sentaba maravillosamente al tinte aceitunado de su cutis. No

pude dejar de decir "¡Qué bonita es!" á lo que el intérprete me contestó con desaliento: "Sí; pero no quiere vender nada por más que le he estado rogando." "¡Por supuesto que venderá, repuse yo, siendo tan hermosota!" á cuyas palabras advertí que se sonreía. Aunque juzgué, por su modo de llevar el pelo en dos trenzas, recogidas en columpio detrás del cuello, que había vivido entre mexicanos, no supuse que entendiera tan bien el español. Volvíme al punto á mi campamento para buscar algunas cuentas y un pañuelo colorado con que vencer la obstina-



La molendera viuda.

ción de la bella, pero al encaminarme á donde estaba, encontré á mi intérprete que me traía la buena nueva de que al fin consentía en vendernos un animal y que podíamos enviar por él cuando quisiéramos. El precio fue un peso de plata mexicano. Acompañé, pues, mis "extras" al dinero, y recibí en cambio una hermosa y lanuda oveja, cuando todos nos esperábamos un cabrón. No hay en mi espíritu la menor duda de que á mi galantería se debió tan próspero resultado.

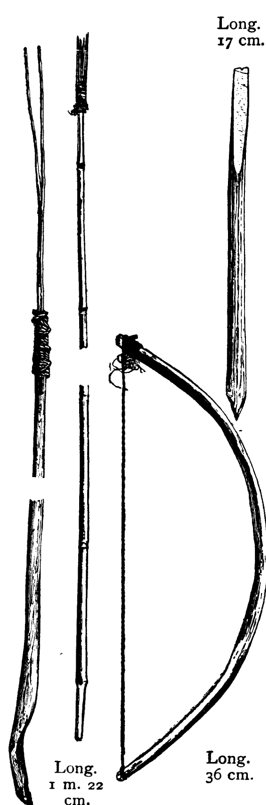
Durante nuestros viajes á lo largo del río, diariamente topábamos con trampas para coger pescado. Los tarahumares tienen varios procedimientos. Á veces agarran

con las manos los peces en los intersticios de las piedras, aun zambulléndose si es necesario. En las partes no hondas de los arroyos y ríos, forman con piedras unas paredes de uno ó dos pies de altura, siguiendo el curso de la corriente, de modo que converjan en el extremo inferior encanalando el agua, y colocan horizontalmente un tejido hecho con tallos de helecho hembra (*Pteris aquilina*), por donde el agua corre fácilmente y los pescados quedan detenidos. Los que se obtienen de este modo no son á menudo de más de una pulgada, pero no hay pescado chico para los tarahumares.

Se disponen de modo análogo corrales cuadrados ú oblongos donde entren sin trabajo los pescados y no den tan prestamente con la salida; y cuando ha oscurecido, van los dueños con antorchas encendidas y examinan cuidadosamente todos los atajadizos, levantando piedra por piedra y recogiendo en chiquihuites los peces encandilados por la luz, sin desechar ranas, renacuajos, larvas ni gusarapos.

En la parte central de la región, se usa un arpón hecho de una caña delgada con espinas de nopal en la punta, disparándola, á veces, á manera de flecha, con un arco pequeño; pero hay otro modo más original de arrojarla, y es impeliéndola con una rama fresca de sauce (*jarria*), como de seis pulgadas, dejada en su estado natural, excepto en uno de sus extremos que se achata recortándolo. Cógese el arpón con la mano izquierda, y con la derecha el macillo, cuya parte achatada se apoya contra el cabo del arpón, recortado también ligeramente por uno y otro lado, y haciendo presión, se dobla la punta adelgazada del palo propulsor y arroja la fisga con fuerza suficiente para atravesar los pescados pequeños. Muchos tarahumares encuentra uno á la orilla de los arroyos, acechando inmóviles y pacientes el primer pescado que se presenta para dispararle, no bien lo ven, su certero dardo.

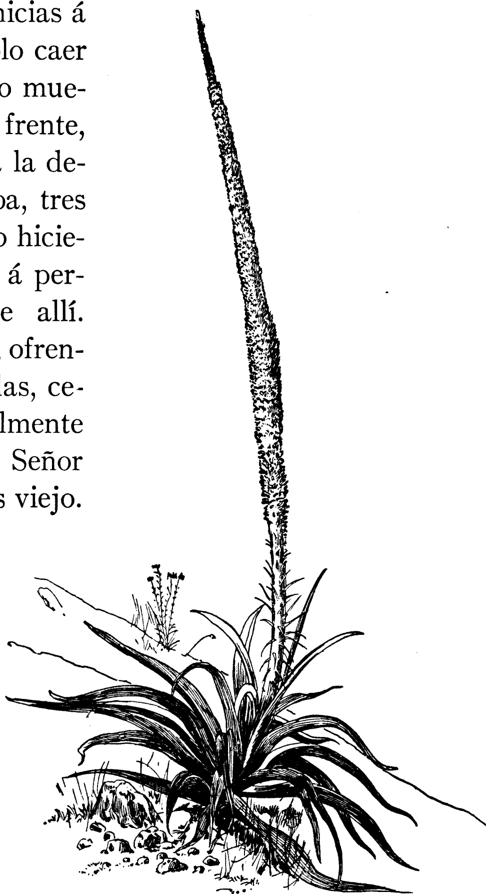
Pero hay un medio más productivo de pescar, que es envenenando el agua. En las tierras altas se emplea á este propósito una especie de *polygonum* que se machaca con piedras y se echa en los pequeños corrales. Cuando se trata de pescar en grande escala, se usan dos especies de agave, el *amole* y el *soque*, reuniéndose muchas familias á pescar en el lugar previamente elegido. Se nombran inspectores para cada lado del río, encargados de cuidar que todo se haga debidamente y de acuerdo con todos los requisitos ceremoniales. Las mujeres se quedan como á unas doscientas varas cociendo yerbas y haciendo pinole para que coman los hombres. No se permite á las embarazadas estar allí, porque no morirían los pescados.



Arco y fisga para pescar. Á la izquierda, propulsor moderno con puntas de acero.

Constrúyense corrales semicirculares, sin perjuicio de tales ó cuales trampas particulares para detener los pescados. Los que caen en las últimas pertenecen á quienes las hayan puesto, y los que cogen los hombres entre las rocas, al estar construyendo los corrales, los entregan á las mujeres para que los asen. Una vez asados, los amasan los hombres con pinole y forman una bola de dos ó tres pulgadas de diámetro qu uno d los directores va á depositar en algún charquito que se halle abajo de los corrales. Es esto un gran sacrificio á una disforme culebra, señora del río (Hualula), que hace fuerte ruido. Cada río, fuente y ojo de agua tiene su culebra á quien se debe que el líquido

mane de la tierra; y como dichas serpientes se ofenden fácilmente, los tarahumares levantan siempre sus chozas á cierta distancia de las corrientes y evitan acostarse junto á la orilla cuando van de viaje. Siempre que hacen pinole fuera de su casa, sacrifican sus primicias á las culebras del agua, dejándolo caer con el mismo palillo con que lo mueven, y lo arrojan primero al frente, luego á la izquierda, después á la derecha y en seguida hacia arriba, tres veces en cada dirección. Si no hicieran esto, las culebras saldrían á perseguirlos y los arrojarían de allí. Además de la bola de pescado, ofrendan hachas, sombreros, frazadas, ceñidores, bolsas, etc., y especialmente cuchillos é hilos de cuentas al Señor de los pescados, ó pescado más viejo. Hácenlo en pago de los que van á coger y cuelgan los donativos de una barra horizontal ó cruzada, que se erige especialmente en medio del río, dejándolos colgados hasta la madrugada, hora en que sus respectivos dueños se retiran.



El amole, especie de agave.

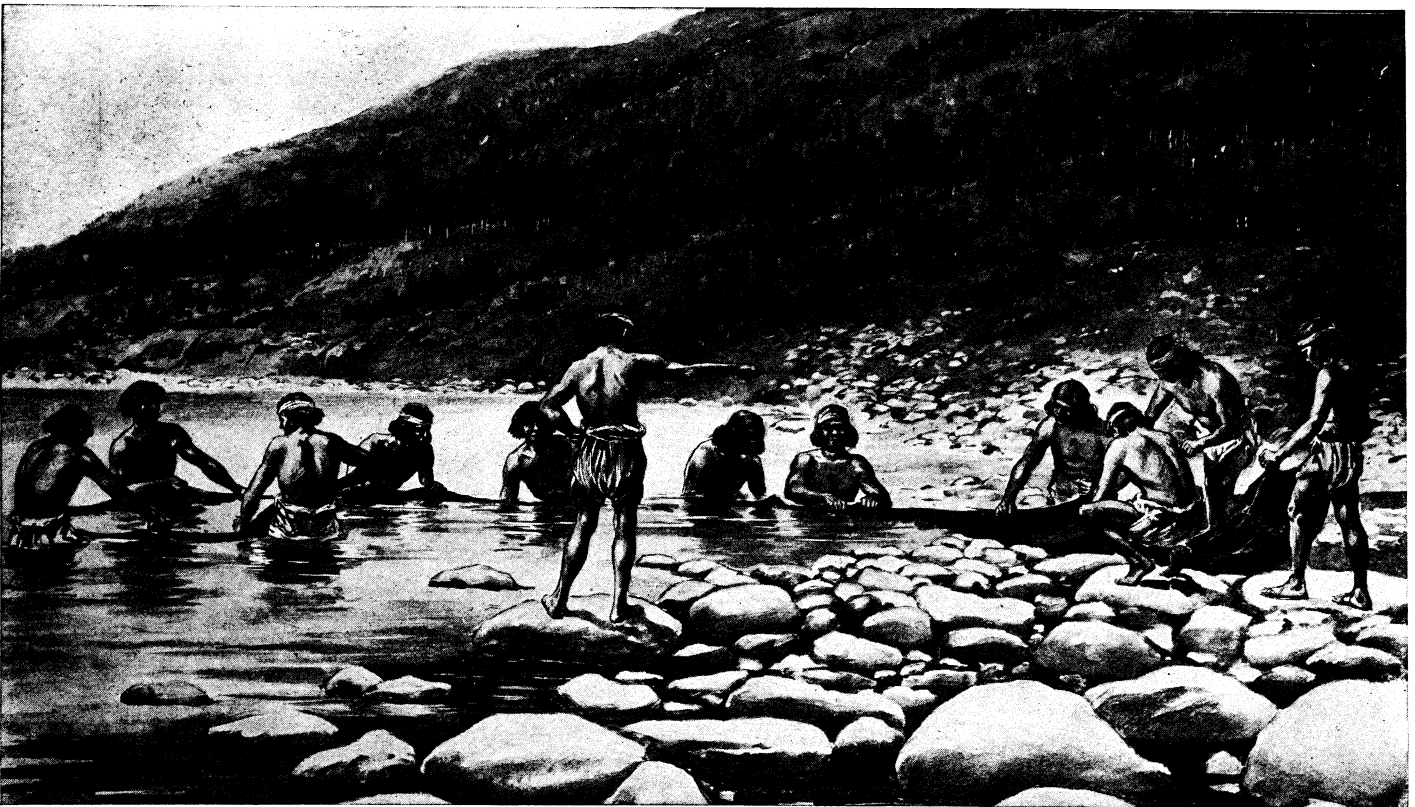
Entre tanto, ocho ó diez hombres se han encargado de juntar el amole y el *soque*, y los llevan envueltos en sus cobijas al sitio elegido para la pesca. Remuelen las hojas con piedras y las extienden un rato antes de que se ponga el sol. Luego que oscurece, las echan al agua y para que suelten su jugo, se ponen por turnos á pisarlas tres ó cuatro hombres, metidos

en la agua hasta la cintura y dando alaridos mientras las maceran con todas sus fuerzas. Considérase que el efecto del veneno durante la noche alcanza hasta 300 varas abajo, aturdiendo á los pescados, y aunque muchos reviven, algunos mueren y pueden comerse porque el veneno no daña su carne.

Los directores atienden á que todos cumplan su deber y ninguno se duerma durante la noche, en tanto que las mujeres vigilan los tejidos de helecho para que las nutrias no se coman á los pescados detenidos.

Á uno y á otro lado del río se aposta á un hombre con el curioso encargo de calentar piedras que cada media hora arroja al río, en número de tres ó cuatro por vez, probablemente para asustar á la culebra. Ningún pescado se saca durante la noche, pero al amanecer van los inspectores río abajo á investigar el efecto del veneno, y á su regreso, se recoge la pesca con gran seriedad y casi en silencio, tomando parte en el trabajo hombres y mujeres. Durante la noche no se come ningún pescado, por temor de no coger más, pero en el día los asan y comen en gran cantidad, sin chile ni sal y arrojando invariablemente las espinas al fuego. Abren la mayor parte de los que recogen y los ponen á secar en las rocas ó sobre los árboles para uso futuro. Las pescas duran á veces dos días con sus noches, y las terminan los indios bailando yumari y bebiendo mezcal. Una ocasión fue tan abundante la pesca, que tuvieron que cargarla diez hombres. Las expediciones de este género se repiten dos ó tres veces al año, pero no tienen lugar en todo él, si las cosechas son abundantes.

Usan también como sustancia venenosa el *palo de la flecha*, que parece ser más activo que las dos plantas mencionadas. La leche contenida bajo la corteza de este árbol, produce en la piel una especie de quemadura. Se envenena el agua cortando dentro de ella la corteza del tronco y de las ramas, teniendo cuidado de ponerse de



Tarahumares pescando en Río Fuerte con sus cobijas.

acuerdo con la dirección que siga el viento, pues á un individuo que descuidó esta precaución le cayó en los ojos un poco de jugo dejándolo ciego por tres días. Sanó al fin con lavados de agua salada.

Aunque un solo hombre puede envenenar pescado aun en invierno, rara vez lo hace en otra época que en verano, cuando la provisión escasea, pues no les gusta á los indios meterse en el agua fría, y dicen además que el frío contrarresta los efectos del veneno.

Improvisan también en verano una red con sus propias cobijas. En la parte baja del Río Fuerte, los vi una vez formar una red grande y muy adecuada, asegurando dieciséis cobijas con una doble hilera de espinas. En el borde superior de la red hicieron una jareta como de tres pulgadas en que pasaron sarmientos unidos con fibras de maguey, á manera de cuerdas; al par que en la orilla opuesta habían formado otra costura de cuatro pulgadas que llenaron de arena para que se hundiera en el agua. Dijeron á los muchachos y muchachas que se fueran delante, metiéndose en el agua todo lo que pudieran, para impedir que los pescados se salieran nadando de la red, y era curioso ver á unos y otras sumergirse de cabeza en el agua, á modo de pequeños cetáceos, sin haberse quitado la camisa. Los pescadores avanzaban lentamente por lo pesado de la red, y cuando estuvieron cerca de la orilla todas las mujeres, aun las que llevaban á la espalda sus niños cargados, los ayudaron á tirar. Cuando los dos extremos de la red tocaron la margen, sacaron los pescados grandes echándolos en la arena, y recogieron los demás con otra red hecha de tres cobijas. El resultado fue ochenta bagres de buen tamaño y una gran cantidad de otros pescaditos.

CAPÍTULO XXII

PROSIGO MI VIAJE HACIA EL SUR—EL *PINUS LUMHOLTZII*—COCINANDO CON NIEVE—TERROR DE LOS INDIOS—UN BANDIDO CABALLEROSO—EFECTO PERNICIOSO DE LA CIVILIZACIÓN EN LOS TARAHUMARES—UN HERMOSO EJEMPLAR DE LA TRIBU—EL ÚLTIMO DE LOS TARAHUMARES.

DESPUÉS de esta excursión, regresé á San Carlos caminando principalmente por sobre las altiplanicies del sur de la barranca, y á poco pude continuar mi viaje rumbo al suroeste. Los cordones de aquellas montañas siguen por lo general con dirección al sur, corriendo paralelamente entre sí.

En un sitio en que estuve á una elevación de 8,800 pies, abarqué la hermosa vista de toda la parte central de la región tarahumar, alcanzando á ver hasta Cerro Grande, en el extremo septentrional del llano de Guachochic, en cuya dirección, como siempre, parecía el terreno enteramente plano. Muy próximos á nosotros se veían escabrosos arroyos y cordones, cubiertos de encinas en las partes bajas, y en las más altas, de pinos. Nos hallábamos en medio de vastos pinares que formaban, aun en la porción situada al norte de nosotros, una selva sin interrupción al parecer.

Los tarahumares tienen nombres para seis clases de pinos, una de cuyas especies, la primera que encuentra uno cerca de Tutuhuaca, era nueva para la ciencia. Aunque no es árbol grande, es muy ornamental por sus flexibles ramas semejantes á látigos y sus colgantes agujas de ocho á diez pulgadas de longitud. Crece á trechos y en grupos

en las grandes alturas sobre tufo volcánico descompuesto. Tanto los indios como los mexicanos preparan un cocimiento con las púas, que consideran bueno para las en-



Pinus Lumholtzii.

fermedades del estómago. No es desagradable al paladar, pues tiene un sabor parecido al anís. Los tarahumares prefieren la madera de estos pinos para construír sus vio-

lines. Encontré árboles de esta especie rumbo al sur hasta la sierra situada arriba de Pueblo Nuevo, del Estado de Durango.

La vegetación de la Sierra Madre es incomparablemente superior y más exuberante que la de las frías tierras del norte. Los pinos de las altas latitudes, como los de Noruega, por ejemplo, son muy desmedrados y enclenques comparados con los gigantescos del sur. Frecuentemente los hay de 100 á 150 pies de altos y de 10 á 15 de circunferencia, y vimos algunas especies cuyas agujas tenían un pie de longitud.

La región que atravesábamos parecía deshabitada, y realmente muy pocos indios vivían allí. El cordón más próximo al en que estábamos, se hallaba cubierto de nieve, y con dificultad trepamos á un punto situado á 9,300 pies. No había agua, pero la nieve, que alcanzaba en algunos lugares hasta tres pulgadas de espesor, nos proporcionaba la que necesitábamos, bien que con cierto olorcillo de pino. Á los mexicanos les disgustaba el sabor y decían que no tomarían nada cocinado con nieve; pero cuando les hube mostrado que era buena el agua obtenida de esa manera, también la bebieron.

Cuando llegábamos á algunas rancherías de indios, huían éstos á esconderse de nosotros, gritando aterrorizados. Notamos en su espanto algo tan inusitado, que el intérprete y yo nos apartamos del camino para averiguar lo que pasaba. Divisé corriendo entre los matorrales, lo más que podía, á un chiquillo que conducía á escape á una niña de tres años, sin soltarla para nada. Alcanzamos á los niños y á una mujer joven en la punta de una roca, y cuando logramos tranquilizarlos, contestaron prestamente á nuestras preguntas. Parece que dos individuos del lugar habían sido recientemente colgados por otros varios de Ciénega Prieta, el rancho que buscábamos. Una de las víctimas había revivido, pero la otra murió. Mi mu-

chacho indio Patricio tenía asímismo noticia de lo ocurrido.

Mucho se me había recomendado cuidarme de los ladrones del sur de Guachochic, aconsejándoseme no dormir nunca en las casas, lo que rara vez hice por otras razones. Había un hombre, Teodoro Palma, que gozaba especialmente de la extraña reputación de "bandido decente." En la desolada región en que residía, su padre había mantenido una banda de valientes malhechores que hacían regulares rapiñas, llevándose el ganado, etc. Pasaba como cosa corriente que los viajeros á quienes invitaba á entrar en su casa, nunca salían de ella, y que los cuerpos de las víctimas eran enterrados de noche en el cementerio del pueblo indio de Chinatu, situado á pocas millas de distancia. De entonces acá habían cambiado los tiempos, pues el hijo era más circunspecto en sus operaciones, pero todavía suficientemente activo.

Para evitarme un largo rodeo al oriente, había resuelto seguir el camino que pasa por dicho lugar, no obstante que los viajeros generalmente lo evitan, deseoso, por lo demás, de coger al toro por los cuernos. Cuando llegué al fuerte del ladrón, no encontré á don Teodoro en casa, pero lo esperaban para el día siguiente. Entre tanto, el administrador me llevó alrededor de la finca y me vendió algunas provisiones.

La casa era de aspecto bastante repulsivo. Rodeábala una pared de adobe de dieciocho pies de alta y estaba provista de dos pequeños baluartes con troneras para rifles.

Había en la residencia una capillita en que don Teodoro y, antes que él, su padre, se arrodillaban á rezar. El altar estaba adornado con pinturas de muchos santos, y en el centro había una imagen del Niño Dios, un crucifijo y una manzana artificial.

Al día siguiente, cuando llegó el dueño de la finca, inmediatamente fui á verle. Al entrar yo, estaba reprendien-

do al administrador, pero al punto que me vio se adelantó á recibirme. Aquel moderno Fra Diávolo tenía como treinta años; era, más bien, bajo de estatura, pero extraordinariamente bien constituído; vestía una chaqueta oscura con alamares, chaleco azul y liada al cuello una bufanda de muchos colores; lucía una roseta roja á un lado del sombrero, bajo cuya ala le brillaban los ojos negros y penetrantes, y usaba el cabello corto. En su conjunto era un buen mozo, salvo la expresión cruel y sensual de su fisonomía. Lo enérgico de sus modales, su actitud erguida y sus movimientos vivos y resueltos me revelaban un hombre de carácter violento y de determinaciones decisivas.

Me condujo á una pieza donde le presenté mi carta de recomendación del Gobierno Mexicano, y le expliqué lo que buscaba por la Sierra. Cuando hubo leído la carta, me aseguró que era mi amigo. Díjele que me habían contado que los ladrones andaban en las cercanías, y que en caso de que me molestasen, le suplicaba me prestase su ayuda, ya que era persona de tanto valimiento. Todo lo hice, por supuesto, con la seguridad de que, mientras él no nos robara, estaríamos sin peligro de amagos. Tomé en seguida su fotografía y la de su casa, con lo que se mostró visiblemente halagado, al punto de que me acompañó en mi camino como una milla abajo, donde llevándome aparte, me devolvió la pequeña suma que había yo pagado por las provisiones, diciéndome que no aceptaba dinero de sus huéspedes. Tuve, apenado, que admitir la devolución, y en correspondencia, le envié después un ejemplar de su fotografía.

El guía que me proporcionó don Teodoro nos señaló un lugar donde su amo había matado y robado á un hombre el año anterior. "Es mal tirador, agregó, si no descarga á boca de jarro, y camina generalmente de noche." En 1895, don Teodoro Palma fue muerto á su vez por los indios. Si los rumores que corrían acerca de él eran fundados,

merecía ciertamente esa suerte. Nunca se atrevía á bajar á los valles, por "las muchas muertes que debía," según dicho popular. Pocos años antes de mi visita, había sido asesinado y robado en las inmediaciones un americano, cuyos compatriotas residentes en Chihuahua ofrecieron recompensar á quien aprehendiera al asesino, muerto ó vivo. Don Teodoro supo que el crimen había sido perpetrado por cierto amigo suyo, y á fin de ganarse la gratificación, lo invitó á su casa donde lo mató á sangre fría.

Llegué sano y salvo á Guadalupe y Calvo, lugar antes floreciente, pero ahora enteramente muerto desde que se dejaron de trabajar las minas. Hay grandes ranchos mexicanos al sur de la ciudad, y todos los tarahumares de por ahí están al servicio de los mexicanos. Hay frecuentes alianzas entre ellos y los tepehuanes.

Así atravesé de norte á sur la región en que antiguamente dominaron los tarahumares. Hoy encuentra uno á esta tribu, aproximadamente, entre Guadalupe y Calvo y Temosachic, ó sea en otros términos, entre los grados veintiséis y veintinueve de latitud norte.

La civilización, tal como les llega á los tarahumares, ningún beneficio les presta. Sacude rudamente las columnas del templo de su religión. El Ferrocarril Central Mexicano aplasta sus cactos sagrados, cuya ira redunda para los pobres tarahumares en años de escasez y desgracias. En tanto que ellos se privan del placer de fumar durante el día para no ofender al sol con el humo, arrójanlo en espesas nubes, día con día, los hornos y máquinas de los blancos, dejando á los indios fuera de la vista de Tata Dios que no puede cuidarlos. En la locomotora misma, ven la representación del Diablo con larga lengua y crecida barba.

Lo peor es que la civilización va destruyéndoles su

patria, pues cada vez ensanchan los blancos los límites de la suya. Los mexicanos de clase principal rara vez, si acaso, molestan á los indios, de cuyo modo de vivir y de pensar difieren tanto; pero la clase de mestizos con quienes se hallan en contacto los tarahumares, ni pueden ni quieren hacerlos progresar, por ser ellos mismos ignorantes y poco escrupulosos. De suerte que el indio civilizado por ellos resulta intratable, pues ha aprendido el arte del engaño y el hurto, y ya no sabe cumplir sus compromisos. Conociendo el valor del dinero, se le despierta la codicia y sólo atiende á su propia conveniencia.

Los primeros blancos con quienes el indio traba conocimiento porque hablan su lengua, son los mercaderes cuya única mira es compelerlos á tratos leoninos y enriquecerse á sus expensas. Si el indio no quiere vender, el lenguaraz pierde la paciencia, le arroja algunos pesos, le quita el buey y se lo lleva. Muchos llegan á peores extremos, prestándole al indio, casi á la fuerza, dinero, telas, mezcal ó bien el uso de algún caballo. Muchos naturales rechazan el aguardiente, por bastarles sus estimulantes nativos, pero acaban por ceder viendo que no hay otro medio de librarse del abusivo y molesto vendedor. Convienen en devolver el supuesto préstamo en el plazo de dos ó tres meses; pero como no tienen calendario, fácilmente se equivocan en sus cálculos y se les cumple el término, con lo que dicho se está que el traficante sale ganando. Ensilla su caballo, busca al indio, arma bronca por el trabajo en que le pone para cobrar lo que le debe y carga no sólo enormes intereses por el vencimiento, sino que agrega excesos exorbitantes por honorarios y gastos de viaje. Con amenazas é intimidación obtiene que en tal exceso le compensen los daños que dice haber sufrido y en cambio de la mezquina suma que ha prestado, suele llevarse dos ó tres reses.

Los indios, que son honrados en sus convenios, no

sospechan al principio la picardía de los blancos, y sobre el particular se refieren numerosas anécdotas que ilustran bastante sobre el modo como se les engaña.

Una vez compró un mexicano á un indio, á crédito, una oveja, y después de matarla, la pagó con la cabeza, las tripas y la piel. Otro la hizo mejor. Pagó su borrego en la misma moneda, y "habló tan bien" que el indio se contentó con quedar debiéndole todavía, como resultado final de la transacción. Otro mexicano indujo á un indio á que le vendiera once reses que era casi todo el ganado que poseía. Convínose que el mexicano pagaría dos vacas por cada buey, pero como no llevaba vacas, dejó en prenda su caballo ensillado, y el indio sigue aguardando las vacas. Cuando le expresé mi sorpresa por la facilidad con que había sido engañado, contestó que el mexicano "hablaba tan bien!" Les halaga tanto oír su lengua en boca de un blanco, que desatienden toda precaución y quedan completamente á merced de los bribones que se aprovechan de tanta debilidad.

Hay lenguaraces que no se avergüenzan de desvalijar á los indios de cuantro tienen, por medio de fullerías en el juego. Un desdichado perdió varios bueyes en un juego del quince. Otros marrulleros piden á los naturales dinero prestado que nunca les pagan, ó les imponen contribuciones so pretexto de ser autoridades. No faltan entremetidos que en las fiestas de los tarahumares introduzcan el desorden embriagándose y violando á las mujeres. Cuando los indios son todavía dueños de la situación, se apoderan del que así los ofende y lo llevan ante las autoridades mexicanas, requiriendo que se le obligue á pagarles todos los gastos para otra fiesta, pues que ha quitado su valor á la que celebraban. En la parte central de la región, cerca de Norogachic, han dado muerte á algunos transgresores.

El mezcal sirve de intermediario para conseguir que

los indios se avengan á trabajar como peones, pues una vez que se les desarrolla el gusto por tal aguardiente, son capaces de sacrificarlo todo, lo mismo sus tierras que sus animales, por adquirirlo, y cuando nada les queda que vender, los blancos siguen proveyéndolos de alcohol á cambio de trabajo. Y tal es el procedimiento. Es punto menos que imposible que los indios trabajen voluntariamente, porque no les pagan sus jornales en dinero, sino en provisiones que apenas les bastan para vivir ellos y sus familias. En ocasiones, los encierran de noche para obligarlos á que trabajen.

Los hijos de tales padres crecen en calidad de peones de los mexicanos y éstos retribuyen del modo más miserable á los descendientes de los antiguos dueños de una tierra que enriquece á los usurpadores. Antes de ser ocupada la región por los nuevos amos, ignoraban los tarahumares lo que fuese la pobreza; de suerte que no es extraño que los tarahumares cristianos crean que está el infierno tan abundantemente poblado de mexicanos que ya no queda lugar para los indios, y que los que no han cabido allí, se han salido á molestar á los tarahumares. Los de algunos distritos, á fuerza de ser engañados, no conceden ya el menor crédito á lo que les dicen los blancos y se niegan á dar el menor alimento á cualquier forastero, si es lo que ellos llaman "sordo," en otras palabras, incapaz de hablar y entender la lengua de ellos y de explicarles lo que anda haciendo.

Son excelentes criados cuando se les trata bien, aunque á menudo cambian de amo; pero vuelven siempre con el que les parece bueno. Tuve una vez de cocinera á una tarahumar que era muy trabajadora y superior á todas las criadas mexicanas que me habían servido. Cuando no estaba ocupada en sus quehaceres de cocina, se ponía á remendar su ropa ó la de sus dos hijos. Aunque muy desconfiada, era honrada y de buen carácter, hablada el

español muy bien y revelaba en los ojos inteligencia nada común. Había sido abandonada por un blanco que se casó con una mexicana, lo que le produjo mucha pena, pero acabó por conformarse con su suerte, declarando, sin embargo, que nunca se volvería á casar porque todos los hombres eran malos.



Niño tarahumar civilizado.

Los tarahumares han sido soldados sobresalientes en las filas del ejército. En una de las guerras civiles, un jefe llamado Jesús Larrea, tarahumar puro de Nonoava, se distinguió mucho no sólo por su bravura y resolución, sino también por sus aptitudes de mando. En su vida privada era afable y fue muy popular.

La mayoría de ellos hablan su propia lengua, y en la parte central y más montañosa, en el corazón de la región tarahumar, son de raza pura. Las mujeres de allí se resisten á unirse con hombres de otra raza, y hasta hace muy poco no se quería á los niños que resultaban de color más claro. Madres ha habido en este particular que unten de grasa á sus hijos y los pongan al sol para que se les oscurezca la piel. En opinión general de la tribu, los cruzamientos de castas producen gente mala que "algún día se peleará en las fiestas." Se refieren casos en que las mujeres hayan dejado en los bosques, para que perezcan, á sus hijos mestizos, y á menudo los dan en adopción á los mexicanos. En los distritos exteriores, sin embargo, se han mexicanizado mucho los indios, y tienen frecuentemente alianzas con los blancos.

Las autoridades mexicanas, dicho sea en honor suyo, hacen cuanto está en su poder para proteger á los indios; pero el Gobierno es prácticamente impotente para cuidar de la población esparcida en remotos distritos. Por otra parte, los índigenas más expuestos á caer en las garras de especuladores sin conciencia, no pueden darse á entender en la lengua oficial, y consideran inútil, por lo mismo, acudir á las autoridades. Conforme la liberal constitución de México, son ciudadanos todos los naturales, pero los indios no saben hacer valer sus derechos. Á veces, sin embargo, han ido en considerables cuadrillas á Chihuahua para presentar sus quejas, y siempre se les ha ayudado, si ha habido lugar. Los esfuerzos del Gobierno para ilustrar á los naturales estableciendo escuelas, se frustran por la falta de maestros inteligentes y de buena voluntad que conozcan las lenguas indígenas.

Donde los indios han tenido poco ó nada que ver con los blancos, son atentos, respetuosos y cumplidos. No los impulsa el propio interés en lo que venden, por creer que sus dioses se irritarían si cargasen un precio inmoderado. Por regla general, venden durante todo el año el maíz, ya sea que abunde ó escasee, sin variar el precio que los méxicanos cambian mucho. El omnipotente peso no tiene devotos entre tales indios, pues nada necesitan de lo que el dinero puede proporcionar, y más les cautiva la persuación, la benevolencia ó la justicia que el oro. Si poseen algunas monedas, las guardan en un jarro y las entierran en alguna remota cueva, sin ir sacando de la hucha más que lo poquísimo que han de menester para alguna urgencia.

Entre los paganos de Pino Gordo, encontré en un curandero llamado Juan Ignacio el más hermoso tipo de tarahumar que he visto en mi vida. Aunque nunca había ido más allá de Guadalupe y Calvo, y sólo dos veces en su vida había estado en Baborigame, habiendo pasado

toda su vida en las montañas y en el seno de su pueblo, mostraba un tacto y cortesía tales que hubieran agraciado á un caballero. Esmerábase en su cuidado, no sólo conmigo, sino también con mis criados y mis bestias, dándonos abundante comida, mandando quien nos cortase leña, etc. Poseía el más agradable carácter, era sincero,



Juan Ignacio y su hijo, tarahumares gentiles.

cualidad rara entre los tarahumares, y hombre lleno de lealtad. Su rectitud y urbanidad infundían respeto aun á los lenguaraces, que no lo robaban tanto como á los demás indios del distrito, y, por lo mismo, disfrutaba de comodidad.

Mientras viví entre los indígenas gentiles, de los que aun quedarán unos tres mil, no abrigaba temor de que me

despojasen de cosa alguna, porque los indios nada tocan y no había mestizos con ellos. Si algunos se hubiesen presentado, me lo habrían advertido los indios. Todo lo tuve, pues, en perfecta seguridad mientras dispuse de intérprete honrado. Los tarahumares son mucho mejores moral, intelectual y económicamente que sus hermanos civilizados; pero los blancos no les dejan reposo mientras tienen algo que quitarles. Únicamente los que se han vuelto cautos á costa de dura experiencia, viven independientes, pero estos casos van siendo cada día más raros.

Es esta la misma vieja historia que se repite en América, al igual que en África, en Asia y en dondequiera. El indígena sencillo se convierte en víctima del industrioso blanco, quien por la razón ó por la fuerza, acaba por privar de su país al primero. Es una fortuna que los tarahumares aun no hayan sido borrados de la existencia. Su sangre se va extendiendo en las clases trabajadoras de México; van tornándose mexicanos; pero bien puede transcurrir un siglo todavía antes de que todos lleguen á estar al servicio de los blancos, ó desaparezcan como los ópatas. Su asimilación puede ser útil á México, pero es lícito preguntar: ¿Es justa? ¿Deben siempre ser aplastados los débiles, antes de que se adapten á las nuevas condiciones de las cosas?

Las futuras generaciones no encontrarán otros recuerdos de los tarahumares que los que logren recoger los científicos de hoy, de labios mismos de ese pueblo y del estudio de sus utensilios y costumbres. Han llegado hasta nosotros como restos interesantes de remotas edades, como representantes de una de las etapas de mayor importancia en el desarrollo de la raza humana, como ejemplo de una de aquéllas.

CAPÍTULO XXIII

LA MONTAÑA MÁS ALTA DE CHIHUAHUA—LOS TEPEHUANES DEL NORTE—EMBROLLOS EN QUE ME PONE MI CÁMARA—SINIESTROS DESIGNIOS ATRIBUÍDOS AL AUTOR—EL MAIZILLO—CARRERAS DE LOS TEPEHUANES—INFLUENCIA DE LOS MEXICANOS EN LOS TEPEHUANES, Y VICEVERSA—TRÁFICO PRODUCTIVO DE LICOR—LOGIAS MÉDICAS—CUCUDURI, EL SEÑOR DE LOS BOSQUES—EL MITO DE LAS PLÉYADES.

A MI regreso de una excursión por el sur, de Guadalupe y Calvo hasta la Mesa de San Rafael, ascendí el 12 de enero de 1895 el cerro de Muinora, que es probablemente la altura mayor que se encuentra en el norte de México. Digo probablemente, porque no tuve oportunidad de medir el cerro de la Candelaria. Aproximándose por el norte, parecía una prolongada montaña, cubierta de pinos, que caía abruptamente hacia el oeste. Desempeña conspicuo papel en las canciones y creencias de los tepehuanes.

Pernoctamos como á 1,000 pies abajo de la cumbre, en medio de los pinos, rodeados por la nieve y visitados de noche por una bandada de pericos que revolaban gritando fuera de las tiendas. Me sorprendí de hallar una temperatura tan benigna, pues ni de noche se nos heló el agua. El aneroide marcó en la cima una altura de 10,266 pies (20.60 pulg. á temperatura de 40° F., á las 5.15 P. M.). Noté entre nuestro campamento y la cumbre, mayor número de pájaros de los que había visto hasta entonces en los pinares, y en la cima misma había chinatos ó trupiales, morenos trepadores (*certhia*) y picos cruzados.

De Guadalupe y Calvo proseguí mi viaje hacia el noroeste para visitar á los tepehuanes, de los que aun existen como

unos mil quinientos en la parte más septentrional del antiguo dominio de la tribu. Á sólo diecisiete millas al norte de Guadalupe y Calvo está el pueblo de Navogame (en tepehuán, *Navógeri*, "donde crecen los nopales [*nāvó*]").

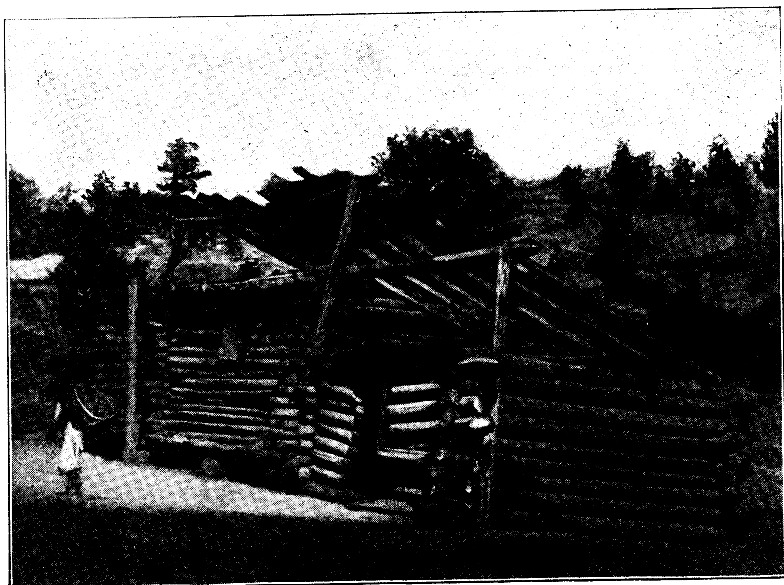
La región tepehuana encierra alguna buena tierra de labranza. Hay terrenos en que se ha sembrado durante



Familia tepehuana.

cuarenta y cincuenta años sucesivos como, por ejemplo, en la Mesa de Milpillas; pero también allí se han apoderado los blancos de considerable porción del suelo, aunque los tepehuanes se hallan en posesión de la mayor parte, porque son más valientes que los tarahumares y sólo llegan á verse privados de su propiedad con intervencion del mezcal, á que desgraciadamente tienen grande afición.

Los tepehuanes son menos flemáticos y más impresionables é impulsivos que los tarahumares. Una mujer se reía tanto que no me fue posible fotografiarla. Son ruidosos y activos, y trabajan en el campo charlando y riendo alegremente. Los mismos que sirven á los mexicanos en calidad de peones, no presentan aspecto tan abyecto como los tarahumares, sino que conservan sus maneras altivas é independientes. Su modo de conducirse es casi
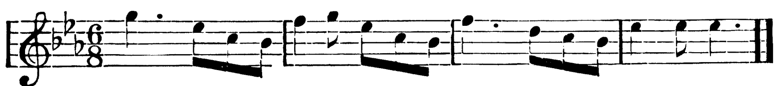


Chozas de madera cerca de Navogame.

análogo al de la gente civilizada, en comparación con los sencillos tarahumares. En los ojos de algunas tepehuanas advertí un fuego tan brillante como en los de las italianas.
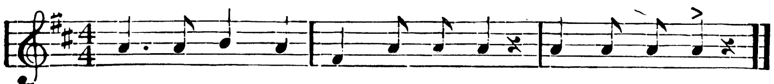
Viven estos indios en cómodas chozas de troncos de árboles entrecruzados en las esquinas. Los techos son de caballete, sostenidos á menudo con horcones y cubiertos de tejamanil con hileras de piedras que sirven para mantener las tiras de madera en su sitio. Las puertas están provistas de quicios.

Los tepehuanes se dan el nombre de Ódami, cuyo significado no pude encontrar. Los tarahumares los llaman Sæló ("bastones" insectos (*phasmydæ*) conocidos en México con el nombre de *campamochas*). Su lengua no es melodiosa por las muchas consonantes que tiene, sino fuerte como los indios mismos. Acostumbran á hablarla entre ellos, aunque son escasos los que no entienden el español. Los mexicanos tienen frecuentemente con estos indígenas alianzas matrimoniales.

CANCIONES DE LOS TEPEHUANES.



ÚLTIMA CANCIÓN QUE SE ENTONA EN LA FIESTA CUANDO APARECE LA ESTRELLA DE LA MAÑANA.



So - (só-) da - guì u - ki - (yí-) ru tu - vá - ni - mi.
(Hay) agua (*i.e.*, tesgüino) en la casa; Él baja (á nosotros).

En cuanto á su religión, son mucho más reticentes que los tarahumares, lo que dificulta mucho obtener informes á ese respecto, siendo uno de los motivos el temor á la burla de los mexicanos. Conservan todavía sus danzas y ritos secretos y sus ceremonias, costumbres y creencias. Aunque en muchos puntos se asemejan á los tarahumares, en otros tienen con éstos fundamentales diferencias, como en las complexas observancias de las reglas relativas á la pubertad, ninguna de las cuales se encuentran en los tarahumares.

Los mexicanos ignorantes que apenas saben quien sea el presidente de su país, me han imputado más de una vez que llevaba en mi expedición intenciones de adueñarme de algunas tierras, atribuyéndome designios de conquistar á México para los americanos, con mis tres ó cuatro mexi-



Tepehuanes de Nabogame.

canos é indios y una docena de mulas de carga. Hubo también en Navogame un mercader mexicano á quien inquietaron mis manejos y que predispuso á los indios en mi contra, diciéndoles que si permitían que "ese hombre los retratara, se los llevaría á todos el diablo, por lo que harían muy bien en matarlo." Tenía yo pensado ir al pueblo un domingo, y en la mañana recibí esta desalentadora carta escrita por un mexicano para el gobernador ó "general," quien, á fin de dar autenticidad al documento, había puesto, como rúbrica ó distintivo, una cruz debajo de su numbre:

PUEBLO DE NAVOGAME, Enero 29 de 1893.

ESTIMADO SR. RETRATISTA:

Hágame Ud. el favor de no venir al pueblo á retratar como sé que intenta hacerlo. Creo que lo mejor que puede Ud. hacer es ir primero á Baborigame, porque en lo que respecta á este pueblo, yo no lo permito. En consecuencia, sírvase no pasar el día en este pueblo tomando fotografías.

Su atto. servidor,

JOSÉ H. ARROYOS,
General.

AL SR. RETRATISTA.

Llevándome conmigo á un mexicano, me encaminé al lugar, donde había reunidos unos veinte indios y varios mexicanos. El fantástico instigador de todo iba provisto de su rifle para dar peso á sus palabras; pero el juez mexicano, que estaba de mi parte, cuando hubo leído mis cartas del Gobierno, convenció á los presentes con un discurso á que obedecieran á las autoridades. Pronto comprendieron los tepehuanes la fuerza de sus argumentos, y el agitador tuvo que irse derrotado, siendo el resultado de todo que los indios me expresaran la pena de no haberse reunido en mayor número para que los fotografiara y que si tal era mi deseo mandarían llamar á otros individuos de su tribu.

Cerca de Navogame se produce una planta llamada *maizillo* ó *maizmillo*, que es más delgada que la milpa

ordinaria y cuyas espigas son muy pequeñas. Crece entre las plantas de maíz y tiene que ser arrancada para que no las perjudique. Varios mexicanos, sin embargo, me aseguraron que cuando la cultivan se le desarrollan las mazorcas. Después de tres años alcanzan un tamaño considerable y se pueden comer. Un hombre de Cerro Prieto no cosecha otra cosa; otros mezclan el maizillo con el maíz ordinario. Dijéronme que la gente de tierra caliente revuelve un almud del mismo con el grano de siembra, y que la combinación da espléndidos resultados en un terreno fértil.

¿Será esa la primitiva planta silvestre de donde procede el maíz ordinario? Si el informe sobre el particular que recibí en Mezquitic, del estado de Jalisco, es exacto, debe responderse negativamente, porque, según mi informante la planta es trienal. En esa localidad se la llama *maíz de pájaro*, y se cultiva como sustituto del maíz común ó para hacer atole. También lo conocen y cultivan los huicholes, que lo llaman *tāts*.

Detúveme como un mes en Mesa de Milpillas, que es una altiplanicie fértil. La región se halla ahora casi desmontada, pero aun le quedan magníficos pinos, y por el sur la resguarda el cerro de Muinora, fortaleza de los tepehuanes del norte.

Bajé después occidentalment al pueblo de Cinco Llagas, donde encontré tepehuanes de raza pura, pero que hablan español. Ascendiendo de nuevo hacia la sierra sobre el campo minero de San José, llegué á Baborigame (en tepehuán, *Vāwlúlile* = "donde hay una grande higuera"). El pueblo está hermosamente situado en un llano de milla y media de diámetro, y rodeado de bonitos cerros. Me alojé en un choza próxima al pueblo, cuyo propietario me pidió la renta adelantada, y por cincuenta centavos adquirimos Mr. Hartman y yo el derecho de ocuparla por tiempo ilimitado. Permanecí allí desde el

31 de marzo al 30 de abril. Hay en Baborigame un par de tiendas mexicanas, y el pueblo es, de hecho, más mexicano que indio. Viven los tepehuanes en sus ranchos y sólo acuden con motivo de alguna fiesta para mezclarse con sus "vecinos," según denominan á los mexicanos todos los indios de México.

Hanme dicho que cada cinco años pasan por ahí, para vender sus mercancías, los indios traficantes del sur de México llamados aztecas y otomíes. Llevan artículos de seda y de lana, cucharas de palo, hilo y agujas, y hacen bonitos bordados y vestidos, dedicándose también á remendar éstos.

Los tepehuanes del norte tienen casi los mismos juegos que los tarahumares, y en tiempo de Pascua, arreglan carreras como parte de las festividades generales de la estación. Reuniéronse doscientos noventa individuos, entre los que se contaban algunos tarahumares, y hubo varias carreras, dividiéndose los que en ellas tomaron parte en diferentes grupos de hombres y mujeres (solteros y casados) y niños.

Como entre los tarahumares, se opusieron dos partidos en cada carrera, corriendo los hombres con pelotas y las mujeres con arillos. Las casadas, no obstante lo que pesaban por gordas, corrían mejor que las jóvenes.

Los que más se distinguieron fueron los casados; corrían según su edad de dieciocho á treinta años, y los mejores dieron trece vueltas en tres horas y minuto y medio. Medí la vuelta y encontré que su trayecto era de 9,223 pies; de suerte que la distancia total recorrida fue de veintitrés millas. Los dos hombres que llegaron primero, el uno tepehuán y tarahumar el otro, no daban señales de fatiga. Por vía de comparación añadiré que el mejor entre algunos jóvenes mexicanos que corrían á la vez, necesitó doce minutos para dar la vuelta, habiendo llegado todos jadeantes y al parecer sin fuerzas para continuar por

más tiempo. Dijéronme personas fidedignas, que ocho años antes un hombre, recientemente fallecido, recorrió veintisiete circuitos, ó sea más de cuarenta y siete millas. Dicho corredor era muy conocido en aquella parte de la sierra. Su antagonista dio veintiséis vueltas y cayó exhausto, mientras que el vencedor todavía emprendió una larga danza al día siguiente. La carrera duró desde el medio día hasta las ocho de la noche.

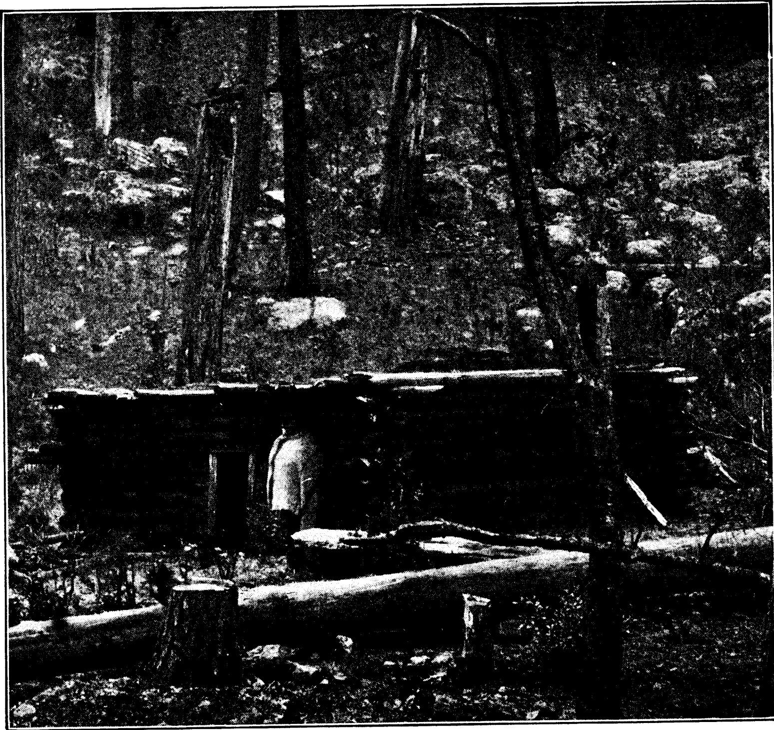
Los mexicanos han adoptado algunas costumbres tepehuanas. Por ejemplo, después de terminada la siega, amarran sobre un caballo al propietario ó á su hijo, quien debe llevar una cruz hecha de tres mazorcas, y lo conducen á la casa, donde se le recibe con disparos de rifle. Los hombres dicen á las mujeres de la casa que el individuo que va á caballo se ha robado el maíz y que no lo soltarán si no les dan un baile y tesgüino. La demanda, por supuesto, queda atendida y el tambor y el violín proporcionan la música.

Los tepehuanes de los alrededores de Baborigame arriendan ahora frecuentemente sus tierras á los mexicanos por varios años, pero rara vez las recobran, porque los "vecinos" cuentan con la poderosa colaboración del mezcal. Puede calcularse el enorme producto que proporciona el comercio de este aguardiente con los naturales por el hecho de que una damajuana de á cinco pesos contiene 24 botellas, por cada una de las cuales obtiene el comerciante un costal de maíz que vale un peso. En seguida realizan en dondequiera dicho maíz á cinco pesos. En otras palabras, con cincuenta pesos, por ejemplo, se ganan 1,200; de los que, deduciendo gastos de transporte, etc., queda todavía una utilidad líquida que no baja de $1,100.

Tienen los tepehuanes en remotos lugares logias médicas donde secretamente se reunen una vez por mes ó cada dos meses. El nombre de la choza en que tales juntas tienen lugar es Vākir Nūídadu (*Vākir*, el interior de la casa;

nũídadu, donde se está cantando; es decir: "la casa en donde se canta"). El canto tiene por objeto invitar á que baje á su dios Tuni, á quien llaman asímismo cuñado (*gunosi*); y el dios instruye al sacerdote sobre lo que debe hacer para que llueva y evitar todo mal, haciendo tesgüino y bailando.

Al oscurecer empiezan á reunirse los indios en dicho



Logia de curanderos tepehuanes junto á Mesa de Milpillas.

lugar, y asisten á la junta tres curanderos. Erígese una cruz que se adorna con toda clase de flores cortadas en las barrancas, así como con plumas de águila y sartas de cuentas. De cada brazo de la cruz se cuelga un "ojo del dios" (V. tomo II, Cap. XI), llamado en tepehuán *yâguete*, y delante se colocan tres jarros de tesgüino y otras tantas vasijas con comida.

Apagan el fuego, y los curanderos comienzan á cantar diversas canciones con diferentes melodías, lo que hacen hasta cerca de media noche en que se oye un ruido en el techo, como si alguien anduviese encima. Siguen cantando los indios, y el ruido de pasos se repite por tres veces. Al fin se abre el techo, y ¡oh sorpresa! óyese que alguien salta tres veces en el suelo. El canto cesa, pues Tuni (Tata Dios) se encuentra presente. Tiene el aspecto de un indio tepehuán, con calzoneras y cotón, pero sin cobija, y trae fajada la cabeza con un paliacate. Los bordados de las calzoneras y del cotón son de oro, así como las extremidades de sus cabellos. Saluda á los curanderos, que son los únicos que lo ven, con la salutación usual "¡Váigase!" y toda la asamblea responde de la misma manera. Juega con los indios, y les llama cuñados. Tuercen tres cigarrillos, y colocándolos junto al tesgüino, dicen todos al dios, riéndose y chacoteando con él: "¡Fuma, cuñado!" Tuni les dirige un discurso, diciéndoles que hagan mucho tesgüino en sus casas para que no se acabe el mundo. Invítanlo á beber y canta tres diferentes canciones en que toman parte todos los concurrentes. Bebe, en seguida, dando tales tragos que todos pueden oírlo. "Cuán fuerte está, dice; no podré volverme á mi casa." También los rocía con tesgüino. Todo el que quiere beber, alarga sencillamente el brazo, sin hablar, y al punto le ponen en la mano una jícara llena, la que se desaparece cuando queda vacía, y el que bebe queda borracho hasta que amanece, pues Tuni tiene la mano fuerte.

Permanece como una media hora, y cuando se va, dice que volverá si le hacen tesgüino, desvaneciéndose en seguida como el aire sin hacer el menor ruido.

Al punto como se ha ido, llega una diosa llamada Santa María Dyada (madre; es decir, la luna), con la que se cambian los mismos saludos, y á quien ruegan las mujeres que cante. También acepta tesgüino y dice un discurso

cuyo asunto se contrae á recomendar la fabricación del licor durante todo el año, pues de lo contrario se lès enojaría su padre y destruiría el mundo. En seguida, bajan de igual modo, á jugar con los indios, la Nieve y el Frío.

Cucuduri es el nombre del señor de los ciervos y de los pescados. Él también produce la lluvia y resuena en el trueno. Es un hombre pequeño, pero grueso, y cuando hay neblina corre sobre las montañas montado en un ciervo. Cuando es muy espesa la niebla y llueve mucho, puede un tepehuán ir á retar á Cucuduri en la selva. Á éste fin, arroja una flecha al suelo, el hombrecillo se aparece y conviene en apostar un venado contra la flecha. Pónense á luchar, y aunque Cucuduri es fuerte, á menudo lo derriba su contrario, quien encuentra luego muy cerca al venado y lo mata.



Un curandero tepehuán muy conocido.

El pescador oye, en el rumor del agua que corre, el llanto de Cucuduri y le echa tres pescaditos. De no hacerlo, nada recogería, porque el dios lanzaría piedras al agua para alejar los peces, y aun apedrearía al mismo pescador.

Los tepehuanes nunca beben directamente de un arroyo, sino que toman el agua en el hueco de la mano para que el dios de la fuente no se los lleve en la noche al interior de la montaña.

Tampoco se cortan nunca las uñas de las manos ni de los pies, por temor de volverse ciegos.

Dicen que el sitio ocupado por el alma está entre el estómago y el pecho, y nunca despiertan al que está dormido porque creen que su alma anda errando. Algunas veces la enfermedad de una persona se debe á que su alma está lejos. Los médicos no pueden hacerla volver, pero el enfermo sigue viviendo. El alma es la respiración, y cuando el hombre muere, se le sale por las fontanelas de la cabeza, ya sea por los ojos, las narices ó la boca.

Si un indio pisa á otro lo incapacita por sólo ese hecho de volver á matar ningún venado en su vida; pero no hay para las mujeres el menor peligro cuando las pisan.

Si el aire sopla con fuerza, es porque alguna mujer se retarda en curarse. La razón porque los tepehuanes celebran cuatro fiestas para despachar á una mujer de este mundo, y sólo tres para un hombre débese á que creen que la mujer tiene más costillas que el hombre.

Á las mujeres sin casar, no les es permitido comer carne del espinazo del venado, porque ese hueso se parece á las flechas. Si comen de tal carne, se les dobla la espalda y les sobrevienen dolores en la misma región.

Los tepehuanes no comen pinole con carne para que no se les caigan los dientes, y después de tomarlo se enjuagan la boca.

Supónese que ciertas ardillas se vuelven murciélagos, y otras loros. La ardilla de tierra se transforma en culebra. El matalote se vuelve nutria, y las larvas del madroño se convierten en palomas.

Cuando cacarea una gallina, algo va á suceder, si no se la mata inmediatamente.

La luna tiene á veces que pelear con el sol. Si sólo de la luna dependiera, estaría lloviendo siempre para bien de los tepehuanes.

Las Pléyades son mujeres, y las mujeres del mundo son sus hermanas. Vivían con un hombre que les llevaba de comer, quien no habiendo encontrado nada un día, se sacó sangre de la pantorrilla y se la llevó, en una hoja de higuera, diciéndoles que era de venado, con lo que las estuvo manteniendo. Al descubrir que la sangre era humana, indignáronse mucho y se fueron al cielo en donde todavía están.

Cuando el hombre volvió por la tarde las echó de menos y siguió sus huellas, pero no pudo encontrarlas. Se acostó á dormir solo, y tomando á los ratones por sus mujeres, les dijo: "¡Vengan, vengan á cocer la sangre de venado!" Prosiguió buscándolas hasta que llegó al lugar donde habían desaparecido, y como las mujeres lo viesen desde arriba en tales apuros, comenzaron á reír, con lo que las descubrió él y les gritó: "Amarren sus fajas para que pueda subir yo." Y subió en efecto; pero cuando estuvo á punto de alcanzarlas, la mayor aconsejó á las otras que lo soltaran porque las había engañado. El hombre se volvió coyote, y en esa forma sigue todavía. Si las hubiera alcanzado, hubiérase convertido en estrella, lo mismo que las mujeres.

Las tres estrellas del Cinto de Orión son venados.

CAPÍTULO XXIV

CAMINO Á MORELOS—ASPEREZA DEL SUELO—LA ENORME ESPIGA DEL AMOLE—VEGETACIÓN SUBTROPICAL DEL NOROESTE DE MÉXICO—HORMIGAS DESTRUCTORAS—EL ÚLTIMO DE LOS TUBARES—CABALGATA ESPECTRAL—REGRESO Á LOS ESTADOS UNIDOS—ESPANTOSA TORMENTA—ZAPE—ANTIGÜEDADES—ENTIERRO DE "UN ÁNGEL"—RECUERDOS DE TIEMPOS TERRIBLES—LA GRAN REVOLUCIÓN TEPEHUANA DE 1616—LAS FÉRTILES LLANURAS DE DURANGO.

HABIENDO, por fin, conseguido gente, proseguí mi viaje rumbo al noroeste, por terreno muy accidentado hacia la ciudad de Morelos, casi enteramente habitada por tarahumares paganos. No había, por supuesto, más caminos que los trayectos de indios, y aun éstos eran en ciertos lugares extremadamente peligrosos para viajar con bestias de carga. Durante el mes de mayo, las barrancas son intolerablemente cálidas y era un consuelo ascender de vez en cuando á las fajas de terreno alto que atraviesan la región formando campiñas. En las grandes alturas noté gran cantidad de helechos, entre cuyos claros siembran maíz los indios, poniendo simplemente los granos en la tierra rojiza, sin roturarla para nada.

Más abajo había grandes grupos de higueras cuyas hojas alcanzan á veces diez pulgadas de largas por una anchura casi igual, y sirven frecuentemente á los indios para improvisar vasos.

En las cumbres de las barrancas y sobre las laderas por donde bajábamos á los valles, se podía observar una multitud asombrosa de parásitas y epífetas, especialmente sobre los pinos y encinas. Los manchones amarillos que forman en las ramas de las encinas, casi dan á todo el

bosque el tono dominante de ese color. Al pie de las colinas, vi una especie de planta parásita cuyas rectas y flexibles ramas, de color verde oscuro, cuelgan en haces de más de veinte pies de longitud. Algunas epífetas que la mayor parte del año parecen al observador casual como otros tantos mechones de heno sobre las ramas, producen flores extremadamente bellas en ciertas estaciones.



Salvia elegans, var. *sonorensis*.

En las cañadas de los declives occidentales de la sierra no ofrece el paisaje ninguna exuberancia tropical ni particularidad romántica que impresione el ánimo por la acumulación de montañas ó la amplitud de las pendientes. La yerba es bastante abundante entre las piedras y las rocas, y los grupos de árboles verdes y frescos indican los lugares en donde hay terrenos húmedos y puede encontrarse agua. La región es seca y no llueve desde enero hasta junio. Hay con todo un aloe, que huele como á jamón, tan lleno de jugo que gotean sus hojas cuando uno las quiebra. Aquella es también la tierra de los agaves, y nada he conocido más sorprendente como la gigantesca espiga de flores que se yergue de la planta, relativamente pequeña, llamada amole. Un hermoso día de mayo medí una que, aunque no era por cierto la mayor que podía encontrarse, tenía, sin el bulbo, 15 pies y 8 pulgadas de altura, y 31 pulgadas de circunferencia en su parte más gruesa. Daba lástima cortar tan magnífica espiga, pero queriendo saber el nú-

mero de sus flores, pedíle que la cortara á uno de mis hombres quien de dos hachazos la hizo caer. Habiendo contado las flores que tenía en una sección, calculé que toda contendría, por lo menos, 20,000 lindas flores amarillas, cada una del tamaño de un tulipán. Fueron necesarios para cargar el cogollo dos hombres, que caminaban seguidos de una multitud de chuparrosas, pues las avecillas continuaban picoteando sin miedo las flores de lo que evidentemente consideraban jardín de su propiedad particular, y de hecho hubieran tenido que volar varias millas á la redonda



Una espiga de amole.

para encontrar otro igual. El pedúnculo del maguey se come antes de que florezca. Tiene la apariencia de un grueso bambú, y asado en rescoldo es muy tierno, dulce y sabroso.

Abajo del pueblo indio de Coloradas se encuentra un pico aislado, de una altura de cuatrocientos á quinientos pies, respecto del cual tienen los tarahumares la leyenda siguiente: Un tepehuán cortó una vez juncos y tabaco á la orilla del río, y habiéndolo perseguido los tubares, se convirtió en aquella roca, en la que aun puede distinguirse su ceñidor.

En el pueblo me pidió mi intérprete el forro de un ejemplar del *Truth* de Londres y la cubierta de mis placas fotográficas para adornar el altar de adobe de la iglesia.

La región que se extiende al norte y oriente de Morelos está muy escasamente poblada, y se dificulta visitar á los indios por ahí regados, debido á lo empinado de las pendientes. Cuando estuve allí, no tenían aquellos absolutamente nada que vendernos, sino tallos dulces de mezcal. Á fines de mayo llegué á Morelos, antiguo mineral situado como á 1,800 pies sobre el nivel del mar.



Cereus cæspitosus.

Los cerros y montañas del alrededor estaban cubiertos de la característica vegetación mexicana propia de las regiones cálidas. Los muchos cactos contrastan grandemente con las claras y pinatífidas hojas de las acacias, sofronias y otras abundantes leguminosas. Donde quiera se ve el *chilicote* ó árbol del coral (*erythræa*), de flores rojas, y también el palo blanco, con su tronco semejante al del manzano. El año de 1893 fue excesivamente seco en el norte de México. Mis mulas, obligadas á caminar bajo un sol abrasador, no tenían á veces que beber en veinticuatro horas. En aquellas ardorosas barrancas no vi, con todo, diferencia en la vegetación, pues árboles y plantas parecían poder existir con lluvia ó sin ella. La única excepción que noté fue que las pencas del nopal estaban algo arrugadas, pero en su interior parecían tan carnosas y llenas de jugo como siempre. Aun durante la estación más seca, florecen y dan fruto los árboles y arbustos que hay ahí, y tardes y mañanas se siente saturado el aire con el perfume de las acacias, cactos, y

otras plantas. No puede uno comprender como subsiste el ganado en aquellos matorrales, pero sin duda se han adaptado á las circunstancias, y se comen tan bien las hojas de los cactos y toda la planta, que los mexicanos no pueden utilizar los intestinos de los animales por las muchas espinas



Frente Perfil.

Indio tubar.

con que se los llenan. El frugal indio es el único que no los desecha, pero procura que se quemen las espinas más grandes cuando pone á tostar las tripas en el rescoldo.

Cerca de Morelos hay ruinas antiguas de algunas casas redondas y de otras cuadradas, así como huellas de fortifi-

caciones circulares construídas con piedras sueltas. Varias de las últimas tenían de diecisiete á veinte varas de diámetro, y estaban situadas en los filos de la montaña. Tales ruinas se atribuyen á los cocoyones.

Á menudo se observa la falta de fundamento que tiene la idea generalmente aceptada de que todo se puede cul-



India tubar.

tivar con facilidad en las latitudes meridionales. Á veces llueve demasiado, y otras, no lo bastante. Los peores enemigos del desarrollo de las plantas en la tierra caliente son las plagas de insectos. Una noche me enseñó la persona que me daba alojamiento, llamada don Manuel Pérez, los enemigos que tenía que poner á raya para conservar

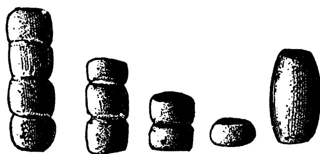
su jardín. Ciertas clases de hormigas muerden las flores y las hojas, y las acarrean á pedazos por lo que las llaman *arrieras*. Dichos insectos salen de noche, y pueden despojar de hojas y fruta á un árbol entero antes de que amanezca. Causaba admiración ver el oscuro tronco de un saúco vestido de verde por la multitud de briznas, como de media pulgada de grandes, que se llevaban los ejércitos de hormigas. Noche con noche tenía que salir un hombre á quemarlas con una raja de ocote.

Consintieron algunos indios tubares en ir á Morelos para dejarse medir y fotografiar por mí. Los pocos representantes de la tribu que vi, tenían buena figura y manos y pies pequeños. Mostrábanse vergonzosos, pero revelaban ser placenteros y de buen corazón, y se asemejaban en su aspecto á los tarahumares. Se les encuentra desde el pueblo de San Andrés, á tres millas de Morelos, hasta el de los tubares. Según la tradición, se extendía antiguamente su dominio mucho más arriba y sobre ambas márgenes del río, hasta donde está ahora Baborigame; pero se les redujo gradualmente á la localidad en que residen hoy los restos de la tribu. Dícese que eran valientes y que sostenían constantes luchas contra los tarahumares. No quedan ya arriba de dos docenas de tubares legítimos, y sólo cinco ó seis de ellos saben su propia lengua, que tiene relación con el náhuatl. El nombre de la tribu, según ellos lo pronuncian, es *tuhualim*.

La mayor parte de los tubares se encuentra en el pueblo de San Miguel, á diecisiete millas de Morelos, río abajo. Díjome una vieja que no sabía qué hubieran hecho los tubares para ir desapareciendo del mundo. Los pocos que quedan son parientes y los jóvenes se casan con mexicanas y viceversa. Sus costumbres evidentemente se parecían mucho á las de sus vecinos los tarahumares que, hasta época muy reciente, los invitaban á sus fiestas. Los tubares bailaban *yohe*, y acompañaban sus cantos al bailar

con golpes producidos con dos tabletas semejantes á machetes. No hacían uso del jículi. En la sacristía de la iglesia que está en el antiguo pueblo tubar de San Andrés, encontré una completa provisión de jarros, cucharas, etc., para tesgüino, vueltas las vasijas boca abajo y listas para el uso. Á los santos debe también dárseles tesgüino, porque son golosos y exigentes, y es fuerza tenerlos propicios. Se asegura que los tubares usaban fajas blancas.

Mr. Hartman, á quien dejé en San Miguel terminando algunas exploraciones, regresó pocas semanas después á los Estados Unidos. En las pequeñas mesas próximas á San Miguel, á doscientos pies ó más sobre el río, encontró interesantes sepulturas antiguas, conocidas por los habitantes con el nombre de *bóvedas*. Se reconocía la presencia de una tumba por un circuito de piedras de tres á cinco pies de diámetro colocado en la superficie, y había grupos de diez ó doce circuitos sobre sepulcros encontrados á cinco ó seis pies. Consistían en pequeñas cámaras cavadas en el suelo arcilloso, bastante bien conservadas á pesar de no tener obra de mampostería. Aun ocurrió una vez que se hundiera en la cavidad subterránea el yugo de unos bueyes que iban arando. La entrada se encuentra en uno de los costados, donde una gran losa, colocada al sesgo, resguarda el interior. Nada se descubrió en las cuatro tumbas que se abrieron, á no ser algunas cuentas de color de pizarra hechas de barro cocido. Sin embargo, la gente del lugar aseguraba haber encontrado en las bóvedas piezas de alfarería. La falta de esqueletos se debía, sin duda, únicamente al largo trascurso del tiempo, pues aun en el cementerio de la iglesia encontró Mr. Hartman sepulcros análogos con varios esqueletos. Asímismo estaban señala-



Cuentas de barro cocido, de tamaño natural, encontradas en sepulcros tubares.

das esas tumbas por cercos de piedra, como las otras, pero estaban nada más á unos tres pies en la arcilla endurecida y carecían de losas frente á la entrada. Mr. Hartman halló en una de ellas seis cuerpos más ó menos descompuestos, lo que revelaba que se había hecho uso del sepulcro durante largo tiempo. En el mismo cementerio enterraban los mexicanos á sus muertos.

Continué mi viaje río abajo á través de la región antiguamente ocupada por los tubares. Como era intenso el calor, viajaba de noche á la luz de la luna llena. De cuando en cuando tocaba el camino con el gran río, donde el estrépito de las ranas era extraordinariamente lúgubre y monótono, á la vez que tan fuerte que fácilmente se oía, las noches tranquilas, á dos millas de distancia.

El viento me abanicaba con sus cálidas ráfagas produciéndome sueño, y sólo cuando mi mula me hacía pasar junto de las ramas de algún espino, despertábame en medio de fantásticos bosques de cactos, apeñuscados y sin hojas, y recibiendo la claridad de la luna inmóviles, negros y silenciosos á manera de espectros con innumerables brazos levantados. El ensordecedor ruido de las ranas parecía servir de portavoz á los pensamientos de aquellos fantasmas que me intimaban á no seguir avanzando; pero la mula aceleraba su paso, y deslizábanse las sombras más y más rápidas arriba y abajo del pedregoso y resbaladizo sendero que culebreaba entre aquella selva poblada de apariciones.

De día soplaba un viento fuerte, ardoroso y desagradable que hacía difícil hasta el ensillar las mulas, pero las noches eran serenas. En el pueblo de San Ignacio, nadie habla la lengua tubar. Las grullas azules tienen allí un lugar permanente de propagación en una roca casi perpendicular, de cuatrocientos á seiscientos pies de alta, donde conté hasta veinte nidos.

Bajando hacia la tierra caliente, hay un punto donde es preciso dejar el río y ascender á la región de los pinos.

Dicho sitio se encuentra abajo del pueblo de Tubares. Estréchase allí el río formando rápidos, y se ha calculado que en las avenidas sube el agua sesenta y cinco pies. Los lagartos no pasan de esos rápidos. En dos días de camino se puede llegar de Morelos al ondulante suelo de Sinaloa, á *la costa*, que es aun más caliente que las barrancas.

En San Ignacio dejé el río y torcí al noreste en dirección á Batopilas. Después de pasar cinco agradables días en la hospitalaria casa de Mr. Shepherd, volví á subir á la sierra, y cuando hube visitado á los indios de Santa Ana y sus inmediaciones, llegué á Guachóchic. Dejadas mis mulas á cargo de Don Carlos García, pronto me dirigí de nuevo hacia el noreste para regresar á los Estados Unidos, pasando por varios ranchos de indios, y llegué por último á Carichic (en tarahumar *Garichi* significa "en donde hay casas" probablemente antiguas) el 31 de julio. Á menos de una hora de distancia del lugar, nos sorprendió la tormenta más fuerte que habíamos presenciado hasta entonces mis mexicanos y yo. Pocos minutos bastaron para que se inundaran les campos hasta donde podía alcanzar la vista y comenzó á correr una agua turbia por el camino que seguíamos. Á medida que avanzábamos, pisando sobre el lodo, iban llenándose rápidamente los arroyos, y como la lluvia no cejaba, crecía á toda prisa la fuerza de las corrientes. Cuando estuvimos apenas á trescientas varas de la ciudad, nos vimos á la orilla de un lodoso raudal que con tal arrebato se precipitaba, que iba arrancando pedazos del banco, y arrastrando consigo pinos pequeños y ramas de árboles. Ante la imposibilidad de cruzarlo, tuvimos que armarnos de paciencia y esperar á que disminuyese la lluvia para vadear el agua, y todo el siguiente día se empleó en secar mis objetos.

Un año más tarde, hallábame otra vez en Carichic, y de allí me encaminé á Guachóchic. Tuve que pasar una noche en la casa de un indio civilizado, pues llovía muchí-

simo para quedar fuera de techo. La casa era de piedra y lodo, carecía de ventanas y era necesario cerrar la puerta á causa de los perros, con lo cual no quedaba camino para el aire, á no ser por la chimenea. Había en el pequeño cuarto nueve personas y un niño, y ¡cosa increíble! dormí bien.

Mis bestias y avíos habían sido bien cuidados en Guachóchic, y arreglé con don Carlos García llevar la mayor parte de lo que mis objetos á Guanaseví, ciudad minera del vecino Estado de Durango, mientras con algunas de las mejores mulas cruzaba la barranca de San Carlos y proseguía mi camino por las regiones que habitaban los tarahumares y tepehuanes. Encontré un tarahumar tartamudo, el único indio con semejante defecto de que tuve noticia.

El camino que seguí de Guadalupe y Calvo á Guanaseví pasa por una parte de la Sierra Madre, que tiene de nueve á diez mil pies de altura y no está habitada, y durante dos días no encontramos á nadie. En invierno es aquella región muy inhospitalaria por las fuertes nevadas que caen, las que, según se cuenta, han hecho perecer á varios individuos. Se dice que un arriero perdió en una ocasión veintisiete mulas. En las aguas son tan abundantes los osos que, según informes fidedignos, han atacado y comídose á varios tarahumares.

Pasamos una noche en un sitio donde hacía algún tiempo habían matado los ladrones á un hombre. Uno de mis mozos mexicanos estaba temblando de miedo de que fuésemos á oír gritar al muerto, lo que provocó entre todos una discusión sobre si los muertos pueden gritar ó nó, quedando conformes en que los muertos gritan, pero no se aparecen. Tal es, por lo demás, la creencia general de los indios. Mi criado tepehuán manifestó vivísimo interés en los argumentos. Animósele prestamente la cara por el miedo, y la idea del muerto sacudió su indolencia y lo hizo que ayudara eficazmente á mi arriero principal en

la vigilancia de las mulas durante la noche. Tanto se le aguzaron los sentidos, que pudimos estar tranquilos respecto á los ladrones, y desde esa vez fue realmente un hombre útil, activo y listo.

Hay una pequeña agrupación de tarahumares que viven á pocas millas al norte de Guanaseví, cerca de San Pedro. Extraje de allí algunos cuerpos que habían sido enterrados varios años antes en un pequeño llano. Las fosas estaban á unos cuatro pies de profundidad. En Guanaseví estaba en auge la bonanza de la plata, lo que producía grande actividad.

Nos hallábamos por entonces fuera de la sierra propiamente dicha; pero en la ruta hacia el sur que seguí durante varios días, nunca estuve á más de treinta millas de la cordillera de montañas. En Zape, veinte millas al sur, hay algunas ruinas antiguas, respecto de las cuales no necesito detenerme, por haber sido descritas las principales de ellas por E. Guillemin Tarayre, que hizo exploraciones en México en tiempo de Maximiliano. Baste decir que frecuentemente se ven en las crestas de las bajas colinas, paredes construídas de piedras sueltas, atribuídas á los cocoyomes. Vense también piedras clavadas en el suelo, formando círculos y cuadrados, y frecuentemente se encuentran útiles de piedra hermosamente pulida.

Á un lado de Zape hay cierto número de antiguas grutas sepulcrales, registradas por los buscadores de tesoros. Mencionaré, como cosa curiosa, que un criado mexicano extrajo en una excavación un gran terrón de sal que dimos al ganado.

Una tarde pasó por mi campamento pequeña y alegre comitiva de hombres y mujeres, á caballo los unos y los otros á pie. Uno de los ginetes iba tocando el violín y otro un tambor. Cierta vieja que acababa de subir para vender algo, me explicó que llevaban á enterrar "un ángel," término con que se designa en México á los niños pequeños,

y alcancé á ver un bulto blanco, muy bien envuelto, que una mujer llevaba sobre una tabla. Díjome la que me informaba que cuando muere algún niño, sus padres se lo dan de buena voluntad al cielo, encienden cohetes y bailan alegremente, sin llorar por él, para que el chico pueda entrar en el paraíso y no se vuelva á recoger las lágrimas.

El camino del sur conduce á través de un terreno ondulado que carece de interés. Á juzgar por los grupos de ranchos, tan numerosos que llegan á formar pueblos, la tierra debe de ser fértil. Ya no se encontraban indios, sino sólo mexicanos. Por todo el camino fuimos observando cruces, erigidas en los sitios donde habían perecido algunas víctimas de los ladrones, ó donde éstos también habían sido muertos.

Aunque generalmente se lleva á enterrar al cementerio á los que mueren ya sea fusilados ó asesinados, se levanta una cruz en el sitio en donde caen. Las cruces, pues, son recuerdos del terror que prevaleció en México no ha mucho tiempo. La mayor parte de las víctimas fueron de los llamados *árabes*, ó vendedores ambulantes que por tales se hacen pasar, los cuales son algunas veces sirios ó italianos, pero por lo común mexicanos.

El punto más importante por donde pasé fue la ciudad de Santiago Papasquiaro, población de regular tamaño, situada en una rica región agrícola. El nombre del lugar significa probablemente "paz quiero," aludiendo quizas á la terrible derrota que causaron los españoles á los indios en el siglo XVII. Hay fundamento para creer que antes de 1593 había sido recorrida y poblada por blancos esa parte central y occidental de Durango, y que muchos españoles habían establecido haciendas en diversos puntos del valle. Hasta 1616 quedaron vencedores de los tepehuanes, cuando éstos, juntamente con los tarahumares y otras tribus, se rebelaron contra ellos. Todos los naturales se alzaron á la vez y mataron á los misioneros, quemaron

las iglesias y arrollaron á los españoles. Una fuerza de indios, cuyo número se calculó que era de 25,000 hombres, marchó contra la ciudad de Durango, sembrando el pánico por todas partes y amenazando exterminar á los *gachupines;* pero el gobernador de la provincia reunió á los blancos en número de 600 y "determinó mantener en paz la provincia que su Majestad Católica había puesto bajo su guarda." Derrotó al enemigo, dejando en el campo más de 15,000 muertos de los insurrectos, sin que por su parte sufriese grandes pérdidas. Los indios, entonces, pidieron paz, y después de castigar debidamente á los cabecillas, se los dispersó para que formasen varios pueblos. Duró la insurrección sobre un año, y en el curso de los siguientes siglos ocurrieron muchos otros sangrientos encuentros entre los nativos y sus nuevos amos, dando por resultado el que no hayan podido conservarse los indios en el Estado de Durango, fuera de los extremos del norte y del sur.

Había una epidemia de fiebre tifoidea en algunas de las rancherías, y vi en el camino dos perros colgados de un árbol que habían sido muertos porque los había atacado la rabia. Soplaba noche y día en los llanos que se extendían á lo largo del río, un fuerte viento que no dejaba de molestarnos bastante. Fue, pues, un verdadero descanso para nosotros volver á la sierra, como á catorce millas al sur de Papasquiaro, y encontrarnos una vez más entre pinos y madroños.

CAPÍTULO XXV

EL INVIERNO EN LA SIERRA—MINAS—PUEBLO NUEVO Y SU AMABLE "PADRE"—UN BAILE EN MI HONOR—SANCTA SIMPLICITAS—FATIGOSA EXCURSIÓN AL PUEBLO DE LAJAS Y ENTRE LOS TEPEHUANES DEL SUR—¡NO VIAJÉIS DE NOCHE!—CINCO DÍAS DEDICADOS Á PERSUASIONES—RÉGIMEN DE LOS ANTIGUOS MISIONEROS—CUIDADOSA EXCLUSIÓN DE LOS FORASTEROS—SE ENCARCELA Á TODO EL QUE TRATA DE CASARSE—CASTIGO Á LOS ENAMORADOS—MALOS EFECTOS DE LA SEVERIDAD DE LAS LEYES.

LA sierra, durante varios días de camino hacia el sur, continuó teniendo una altura de 9,000 pies, y sólo en ciertas estaciones está habitada por gentes que llevan su ganado á pastar. Aun dudo que haya nadie vivido allí permanentemente. Las extinguidas tribus á cuyo territorio pertenecía esa región, deben de haber habitado en los valles más bajos. La altiplanicie está llena de lomas, y aunque al principio es fácil caminar por ellas, vuélvese el terreno más y más accidentado conforme se acerca uno á la enorme y ancha barranca de Ventanas.

Después de pasar por varios días entre bosques callados, solitarios y fríos, interceptados de cuando en cuando por trechos cubiertos de nieve, causaba verdadero placer encontrar de repente, aunque sólo á principios de febrero, plantas en pleno florecimiento sobre la alta cresta que miraba hacia los ondulados bajíos de Sinaloa que se extendían velados por la bruma. El aire que asciende de la tierra caliente es el que produce tan notable cambio en la flora de las rápidas vertientes occidentales. Sentíase el ambiente impregnado de aroma, y era delicioso pasar por

aquellas altas cumbres bañadas de sol. Comenzaban á aparecer entre los pinos frondosos árboles, especialmente chopos, asoleándose al esplendor del astro del día. Vi también hermosos helechos que extendían sus graciosas hojas.

Algunas millas adelante y en sitio mucho más bajo, me detuve arriba del pueblo indio de San Pedro, que es, según pude corroborar, la parte oriental más distante á que se han extendido los aztecas del norte, llamados allí mexicanos ó *mexicaneros*. De ese lugar hacia el sur, los encontré mezclados con tepehuanes y coras, en los valles cálidos de la Sierra.

Hay un excelente camino que baja formando zigzags al mineral de Ventanas (nombre que se le ha dado por el aspecto que presenta la formación de una roca), pero se estrecha tanto en dos puntos, que los que van en direcciones opuestas no pueden cruzarse ni retroceder, lo cual es muy poco agradable por el abismo de 2,000 pies, cuando menos, que se abre á la orilla.

Hallábame ansioso de conseguir gente que quisiera volver á subir á la Sierra y acompañarme más al sur; pero todos temían el frío y no había quien conociera la región, á no ser el encargado de la oficina postal, que muy vagamente la conocía. Mazatlán se halla á no más de cien millas de distancia, y Durango á ciento veinticinco. Hay muchos paredones de pórfido, de diferentes épocas, pero no se encuentra en las cercanías pizarra ni granito, bien que un poco arriba del río hay alguno.

Entre los dueños de minas que viven en Ventanas, quedé sorprendido de encontrar un caballero sueco. Todos me recibieron hospitalariamente y aun me proporcionaron dos hombres que necesitaba muchísimo. Tuvimos que ascender sobre el otro lado de la barranca á una altura igual á la que habíamos alcanzado al norte de este lugar, y caminamos durante un día resistiendo la nieve y la lluvia.

Allí no se da el maíz. Hay un punto desde donde se alcanza á ver el Océano Pacífico. Bajamos de nuevo unos dos mil pies al pueblo de Chavarría, que es el único pueblo mexicano que he visto con casas techadas de tejamanil. Las paredes eran de adobe, pero me dijeron que la tierra no era á propósito para fabricar terrados.

Mientras me detuve allí, el 15 de febrero, pasó en la mañana una bandada de seis pitorreales gigantes. Dichas aves no se ven en ese número sino en la estación del celo. Se necesitan dos días para ir por la Sierra Madre á la villa mexicana de Pueblo Nuevo. El segundo, contemplé una hermosa vista al oriente y sudeste. El elevado pico, de forma cónica y muy ancho de base, es Cerro Gordo. Veíanse en él manchones de nieve, la que llenaba también las quiebras por donde viajábamos.

Bajé por entre magníficos bosquecillos de cedros á Pueblo Nuevo, y acampé en la cima de una colina desde donde dominaba la población y el valle que la anida. Como cada casa está rodeada de un pequeño huerto de naranjos, aguacates y guayabos, forma el conjunto una masa de verdura de diferentes matices, bajo la que desaparecían las feas y desmedradas casuchas. Los limoneros crecen silvestres, por lo que no son objeto de comercio. El jugo de limón con leche se considera en muchas partes de México un buen remedio para la disentería.

Un joven sacerdote, que ejercía suprema, pero juiciosa autoridad en aquel separado lugar, me trató con muchas consideraciones. Tomaba honrado empeño en el desarrollo del pueblecillo. Me llevó á ver las cosas notables, comenzando por la iglesia, que procuraba embellecer de muchos modos, y luego me mostró la fuente que suple de agua al lugar y donde se reunen las mujeres á lavar y charlar. Encontramos muchas graciosas muchachas con cántaros sobre el hombro, á la usanza antigua.

Para proporcionarme la oportunidad de ver á la gente,

les permitió el Señor Cura que fuesen á bailar frente á su casa. Su organista era un genio musical y compositor no menos hábil que tocaba no sólo himnos religiosos, sino también excelentes piezas en el órgano que el padre había llevado de Durango á lomo de mula.

El clima era delicioso, grande la fragancia de los azahares, y se experimentaba resistencia á dejar tan apacible sitio; pero pronto me hizo recordar que nada hay perfecto en el mundo, un ventarrón que arrebató una noche mi tienda de campaña, arrastrándola varias yardas y obligándome á dormir muy incómodo hasta que amaneció. El viento era tan fuerte que abatía los árboles.

Pueblo Nuevo estuvo habitado antiguamente por los aztecas. Sus actuales pobladores, aunque amables, son indolentes y perezosos, y hay un refrán que asegura que, en Durango, ni los burros trabajan. Érame, pues, bastante difícil encontrar guía, agravándose la dificultad con el hecho de que nadie parecía conocer el terreno en dirección á Lajas, el pueblo tepehuán á donde pretendía ir.

La sierra situada al sur de la región en que viven los tepehuanes no es frecuentada por la tribu que sostiene comunicación sólo por la parte oriental, principalmente con la ciudad de Durango, en donde realizan sus chiles y jitomates. Con todo, los pueblos tepehuanes pertenecen á la parroquia del cura, quien parecía ser el único que podía dar algunos informes precisos respecto del sur.

El camino que conduce al río de San Diego atraviesa un valle encantador, donde corren pintorescos arroyuelos, escurriéndose por los declives entre arboledas de vegetación semitropical. En una de las límpidas corrientes, estaban dos bonitas muchachas bañándose y lavando su ropa, según acostumbran los pobres de México, que rara vez poseen otras prendas que las que llevan puestas. Cuando aparecimos en escena, se deslizaron graciosamente á un hondable, no dejando fuera sino sus lindas caras,

semejantes á lirios que flotasen sobre el cristalino líquido, y así nos dirigieron un amistoso saludo con la cabeza.

No habríamos recorrido diez millas, cuando llegamos al río de San Diego que nace, según dicen, en la sierra, aparentemente al norte, y corre con dirección al sur. No era muy difícil pasarlo, pero en tiempo de lluvias debe de ser muy ancho. Su elevación en ese punto era como de 3,300 pies.

Allí comenzamos á ascender otra vez á la sierra. Aunque el primer día era muy bueno el camino, se necesitaban vencer grandes dificultades para trepar á la cima. Estábamos ansiando llegar ese mismo día, que era sábado, para alcanzar á los indios, que se reunían el domingo en el pueblo; por lo tanto, seguimos nuestro viaje después de oscurecer, por un camino mucho más largo de lo que me esperaba, á través de extensos pinares, cuya monotonía sólo una vez vi interrumpida por la aparición de un par de hermoses guacamayos.

Al salir la luna entramos en el "Espinazo del Coyote," como llaman los tepehuanes á una angosta cima, de seis á ocho varas de ancho con grandes abismos á uno y otro lado. Avanzamos por las faldas cubiertas de árboles y abundante yerba. ¡Qué magnífica vista debe de ser aquélla, á la luz del día, en región tan agreste! Hacia el sureste se podía distinguir con claridad una meseta inclinada entre los cerros; aun alcancé á ver algunas pequeñas casas en ella. Era Lajas. Parecía estar á sólo una legua, pero en realidad se hallaba á una distancia tres veces mayor.

Bajábamos en medio de encinos, cuando nos encontramos con que el camino descendía sobre roca volcánica por donde era enteramente impracticable que anduvieran las mulas. Evidentemente nos habíamos desviado, y mientras nosotros nos quedábamos cuidando las bestias, envié á un hombre á que buscara un buen camino, que por fortuna se encontró poco después. Lo peor de todo con-

sistió en que tuvimos que volver á los animales uno por uno por las orillas de un peligroso precipicio, siendo una maravilla que ninguno rodara al fondo. Sentí grande alegría cuando pudimos continuar nuestra marcha con seguridad.

Es desagradable viajar con mulas de carga durante la noche, aun habiendo luna como entonces, y más yendo sin guía y por camino desconocido. E viaje parece interminable. El temor de extraviarse, de que algo suceda á los animales ó que se caiga parte de la carga; la incertidumbre de encontrar buen sitio para campamento, y la ansiedad de que las bestias se enfermen, juntamente con el hambre y consiguiente malhumor que empieza á apoderarse de los criados y de uno, todo tiende á aconsejar á los caminantes que se detengan cuando el sol se halle todavía sobre el horizonte.

Otra consideración de viva importancia, no aplicable sin embargo á aquella parte de la región, es la posibilidad de despertar sospechas de que en la carga que transita de noche, se lleven tesoros.

Después de caminar sin interrupción por diez horas y media, llegamos sin nuevos contratiempos á Lajas á las 9.30 P.M., que, en aquella parte del mundo, se puede decir que es media noche. Uno de mis hombres que tenía el hábito de cantar no bien entraba en un pueblo, recibió la orden terminante de callarse para que la gente de aquel solitario lugar no se alarmase, como hubiera sucedido, con la repentina llegada de semejante comitiva.

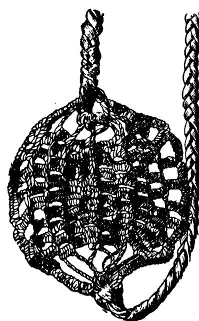
Alumbraba la luna algunas casas esparcidas aquí y allí, hacia las que me adelanté con mi arriero principal. "Ave María" dijo Catalino, llamando á la puerta de un jacal. "Dios les dé buenas noches" continuó, pero no obtuvo respuesta. Después de hacer lo mismo frente á otras chozas, logramos al fin que nos contestaran y saber en donde vivía Crescencio Ruiz, para quien me había dado una carta de introducción el padre de Pueblo Nuevo, y

que era una especie de secretario ó escribano de los indios. Dirigímonos entonces á su casa, lo despertamos y lo hicimos salir á la puerta después de cambiar algunas palabras. Era el mestizo de pequeña estatura y aspecto bondadoso, se mostró muy amigable y me enseñó un lugar cerca de su casa donde podía detenerme. Como era muy conversador, no me recogí sino hasta muy entrada la noche.

El nombre del pueblo es San Francisco de Lajas, debido á las muchas piedras de esa clase que abundan en las cercanías. Su nombre indio de "Eityam" tiene el mismo significado. El próximo día fueron á verme muchos indios con curiosidad y sin miedo. Iban vestidos como la gente de la clase trabajadora de México, á diferencia de que sus anchos sombreros de paja estaban ribeteados con cintas de lana negras y rojas, y algunos adornados con flores. Las mujeres llevaban hojas y flores en la cabeza é iban peinadas con dos trenzas al estilo de las mexicanas. Algunos de los hombres tenían recogido el cabello en una trenza, con una cinta en la extremidad; pero los más lo usaban corto. Me sorprendió ver muchos calvos, sin que tuviesen más de treinta años de edad. Indudablemente debe ser más saludable para el pelo usarlo largo.

Afortunadamente para mí, los indios habían bajado por una semana para reparar la vieja iglesia de adobe, obra en que mucho les ayudó Don Crescencio. Este hombre fue enviado hace nueve años al lugar, en calidad de maestro, por las autoridades mexicanas Encontróse á su llegada en un viejo curato, con 140 niños, ninguno de los cuales había visto hasta entonces á ningún mexicano, y que por supuesto no entendían una palabra de castellano. Pronto fueron retirándose á sus casas, y cinco días después no le quedaba al preceptor ningún discípulo. Suplicó á los padres que volviesen á enviar á sus hijos y asistieron nuevamente cuarenta y ocho, de los que cinco permanecieron con él durante seis meses. Al cabo de ese tiempo, podían leer

y escribir su nombre. En los últimos años, sin embargo, ha tenido que cesar la enseñanza. El hecho es que los indios no quieren escuelas, "porque," según me dijo después un inteligente huichol, "nuestros hijos olvidan su lengua nativa y sus antiguas creencias. Cuando vienen á la escuela ya no quiren adorar al Sol ni á la Luna." La tendencia de los maestros de la raza blanca debe dirigirse á despertar el deseo de instrucción más bien que obligar á sus alumnos á que escuchen su enseñanza; no deben destruír el mundo mental de los indios, sino alumbrarlos y elevarlos á la esfera de la civilización.



Honda tepehúana de fibra de maguey. Ancho, 10 cm.

Pero Don Crescencio se quedó entre los indios fungiendo de escribano, desempeñándoles su correspondencia con las autoridades y llegando, poco á poco, á ser el factótum y consejero de ellos, y como era un hombre honrado y recto, su influencia les fue realmente benéfica. Para aumentar sus mezquinos recursos, sostiene un pequeño comercio, yendo dos veces al año á surtirse en Durango, y tan útil á llegado á ser para los indios, que siempre envían con él algunos individuos encargados de acompañarlo y de que no lo dejen quedarse con los "vecinos." Ha aprendido la lengua de los indígenas bastante bien, y su importancia ha llegado á tal punto, que todas las mañanas, según yo mismo vi, lo visita el gobernador y le pregunta su parecer á cada momento.

Los indios no cesaron de estarme visitando á todas horas, en compañía de sus mujeres é hijos, sentándose sin recelo en frente de mi puerta ó fuera de mi tienda de campaña. Habiéndoles manifestado deseos de ver y comprar algunos artículos fabricados por ellos, estuvieron llevándome, durante mi corte permanencia en aquel lugar, fajas y cintas de lana ó de algodón, así como gran variedad de

bolsas de diversos tamaños, tejidas con torzales hechos de fibra de maguey.

Se funda aquella gente, para sus transacciones comerciales en base del todo diferente de la de los "vecinos," en cuanto á que cada cosa tiene su precio fijo. No hay, pues, que regatear con ellos: una vez que han dicho el valor en que estiman una cosa (y siempre lo fijan alto) se aferran á él, y como no les importa el dinero dificultan bastante el comercio. En las excursiones que hice, los encontré hospitalarios, pues siempre me invitaban con grandes atenciones á que entrase á sentarme.



Bolsa tepehuana de fibra de maguey. Ancho, como 16 cm.

Lo único que para ellos era motivo de seria oposición y aun de extraordinario miedo, era mi cámara, y para inducirlos á ponerse frente á ella tuvimos Don Crescencio y yo que unir nuestros esfuerzos durante cinco días. Cuando consintieron en hacerlo, parecían reos próximos á ser ejecutados. Creían que fotografiándolos, podría llevarme sus almas para comérmelas después, á mi sabor, si lo quería; que morirían al punto como sus retratos llegasen á mi país, ó que les sobrevendría, cuando menos, algún

mal. Las mujeres desaparecieron como codornices asustadas cuando me disponía á practicar aquella terrible operación con los hombres; pero volvieron á poco para ver como habían salido sus maridos de la difícil prueba. Cuando pedí que se pusieran algunas, volvieron á correr, á pesar de las reprensiones de los hombres, y sólo tres hembras robustas de "grande alma" consintieron en que las "tomaran," después de que el miedo las hubo "sacudido" lo bastante.

Los tepehuanes no se sienten á gusto sino en sus ranchos. Desmontan la tierra de las numerosas cañadas que forman su escabrosa región, y siembran maíz en sitios donde nunca hubiera podido servir el arado.

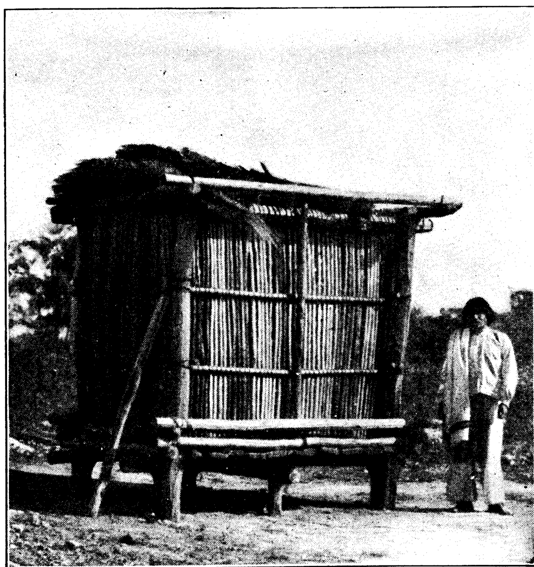
Tienen siempre el grano suficiente para sus necesidades. Sus trojes son una especie de jaulas cuadradas de varillas sujetas con mimbres en una armazón de zoquetes de pino. Á veces están á considerable distancia de las habitaciones. El piso se levanta como un pie arriba del suelo, y la entrada se pone por el techo. Pueden verse muy bien, entre las varillas, las mazorcas, las cuales se sacan en marzo para desgranarse, y se guarda entonces el maíz en costales que vuelven á encerrarse en la troje.

Los tepehuanes hacen pulque, pero no tesgüino, y cultivan en muy pequeña escala el algodón. Con fibra de maguey y otras plantas, fabrican sacos y cuerdas de excelente calidad para su uso y para venderlos en Durango, á donde llevan también toda la fruta que no consumen.

Su única diversión es beber mezcal y pulque. No acostumbran ningunos juegos, y les está prohibido apostar dinero ó cosa alguna de valor en los de sus "vecinos."

Es curioso que la enfermedad más común allí sea la malaria, á veces con fatales consecuencias. Lo primero que hace en la mañana un tepehuán, es lavarse la cabeza, la cara y las manos con agua fría, dejándoselas secar por sí solas. En seguida, se van á su trabajo escurriendo agua.

Los tepehuanes del sur ejecutan una danza religiosa, llamada por los mexicanos *mitote*, usada también por los aztecas, coras y huicholes. Hay cerca de Lajas un llano circular, rodeado de encinas, que es donde se reunen para bailar. En el lado que está al oriente, existe un jacal de techo de paja sostenido en desván sobre cuatro postes, y cuyos costados más angostos dan al este y al oeste. En su interior se halla un altar que consiste únicamente en



Troje tepehuana, cerca de Lajas.

un tendido de varas (*tapexte*) que descansa sobre un bastidor formado de cuatro palos horizontales, sostenidos á su vez por cuatro horquetas verticales. Sobre dicho altar se coloca la comida que se toma en las danzas, y otros muchos objetos para la ceremonia, que se cuelgan también del techo del jacal.

Con respecto á su religión nativa, son tan reticentes como sus hermanos del norte, si no más. "Antes me cuelgan, que contar nada," me dijo un curandero; pero

como con paciencia todo se logra, ese hombre tan trágico se hizo mi amigo, y cuando nos fuimos, me pidió que le escribiese mi nombre en un pedazo de papel para poder saludarme todas las mañanas. Consideran que el nombre es una cosa sagrada, razón por la cual nunca dicen los suyos verdaderos.

En ninguna parte de México se han conservado tan intactas, como en Lajas, las antiguas instituciones de los misioneros, y no sólo esto, sino que se extreman más de lo que los fundadores pudieron esperar, no obstante que los indios no han desechado su primitiva religión. Ningún sacerdote hay ahora allí, y sólo de cuando en cuando va el cura de Pueblo Nuevo á bautizar y casar.

Las autoridades civiles constan de catorce miembros, y las eclesiásticas de siete. El gobernador ejerce supremo poder sobre ambos cuerpos, y cuando ocurren asuntos importantes se convoca al pueblo para consultarle. Las órdenes ó resoluciones se dan á un llamado capitán quien cuida que se lleven á debido efecto. Los funcionarios son elegidos cada año y celebran juntas casi todos los días para arreglar los asuntos públicos y decretar castigos aun sobre los curanderos, si es necesario. Hace poco renovaron la prisión y pusieron una nueva serie de cepos; en cuanto al poste donde amarran á los reos para azotarlos, se halla en constante uso para suplir el rigor que hace falta á las leyes del gobierno mexicano, que consideran extremadamente suaves.

Los castigos que imponen son severos y bárbaros. Me han contado que algunos criminales mexicanos á quienes han aprehendido y castigado, han ido á quejarse de tan duro tratamiento ante las autoridades del gobierno, sin que éstas les muestren la menor simpatía, por considerar meritorio, sin duda, de parte de los indios, que mantengan el orden de una manera tan efectiva sin ayuda de nadie. El capitán de Lajas atiende día y noche á su deber, vigi-

lando á fin de que ningún daño se cause á las personas, á los animales ni á la propiedad. Pocos extraños llegan á ese remoto pueblo, pero ninguno puede pasar inadvertido, pues la única senda que atraviesa el lugar, se cubre todas las tardes con ramas que el capitán examina la mañana siguiente para ver si alguien ha transitado. Á los blancos les tienen prudentemente prohibido el establecerse allí, y cuando acierta á llegar algún "vecino," pregúntanle desde luego qué negocio le lleva, le conceden el tiempo suficiente, por lo común una noche y un día, para atender á él, y en seguida lo escoltan hasta afuera del pueblo.

Entre aquellos indios están á salvo, por lo mismo, la vida y la propiedad. "Le garantizo á usted que ningún animal se le perderá aquí," me dijo Crescencio la primera noche, y pronto me convencí de que tenía razón. El robo es desconocido en aquel pueblo, á no ser en el caso en que algún "vecino" seduzca á un indio prometiéndole parte del botín.

El asesinato sólo se comete por individuos en estado de embriaguez, y en tales casos encadenan al culpable en los cepos durante tres ó cuatro semanas y le aplican tundas de azotes á intervalos regulares. En seguida, lo mandan entregar á las autoridades de Durango para que lo castiguen conforme á la ley. Cuando los criminales han cumplido su condena y vuelven á Lajas, suelen los indios volverlos á enviar á Durango, diciendo que están mejor sin ellos. El suicidio es desconocido. Cuando se comete algún asesinato ó algún robo, no proceden desde luego á detener al individuo sospechoso, sino que llaman primeramente al curandero para descubrir al culpable por medio de la adivinación, colocando flechas, tabaco y plumas.

Contáronme que hacía tres años habían llegado allí dos baratilleros mexicanos que, después de hacer algunas ventas, se fueron sin dar aviso de su salida. Despertóse con esto la sospecha de los indios, y pusiéronse á buscar

qué les faltaba. Como echaran de menos dos vacas, dieron alcance á los dos días á los vendedores ambulantes, volvieron con ellos, pusiéronlos en los cepos y los tuvieron presos durante ocho días, flagelándolos tres veces diarias y dándoles muy poco que comer. Finalmente los llevaron á Durango.

Una vez que le robaron á Crescencio dos vacas y un buey, los indios siguieron las huellas de los ladrones, tocando frecuentemente la tierra con la mano, el que encabezaba la partida, para asegurarse por el olor si iban en buena dirección. Á poco andar, cogieron á dos tepehuanes acompañados de un "vecino," que era el cómplice que los había inducido á cometer el delito. El blanco recibió, al punto como hubo llegado al pueblo, veinticinco azotes, y fue sometido por dos horas á la torturadora agonía de tener al mismo tiempo, metidos en el cepo, la cabeza y los pies. Al otro día le aplicaron diez azotes; al siguiente, cinco, y ocho días más tarde lo llevaron á Durango. En cuanto á los dos indios sus cómplices, que eran padre é hijo, fueron asímismo puestos en cepos, y estuvieron dos semanas recibiendo, cada cual, cuatro azotes diarios y muy escaso alimento, además de lo cual los privaron de sus cobijas.

Aunque conservan los tepehuanes sus antiguos ritos y creencias juntamente con la nueva religión, cumplen estrictamente con el culto externo del cristianismo, tributando la debida atención á todas las fiestas y prácticas católicas. Diariamente se tocan las campanas de la vieja iglesia, y "se acuesta á los santos," según dicen los indios. Cuando Crescencio fue allí por primera vez, se encontró con que los naturales se reunían los domingos en el templo, sentándose los hombres en las bancas y las mujeres sobre el suelo. Tenían el hábito de juntarse de ese modo, sin que nadie, por lo demás, supiera rezar, y estábanse platicando y riendo continuamente. Á esto se reducía el culto

católico; pero Crescencio les ha enseñado ya algunas oraciones.

Han olvidado, sin embargo, la mayor parte de las enseñanzas cristianas, pues no les queda el menor rastro de esa religión de caridad, pero en cambio, ha sobrevivido entre ellos la severidad de los antiguos misioneros y sus castigos medioevales. Es indudable que siempre ha visto la tribu con rigor las relaciones entre los dos sexos, pues de otra manera no se hubieran embebido tanto en el espíritu de la nueva ley. "La más ligera falta de decoro ó la menor muestra de frivolidad bastan para que un marido deje á su mujer y para que las jóvenes no encuentran nunca con quien casarse," dice de los tepehuanes el Padre Juan Fonte, y no hay signo alguno de que se haya relajado tal austeridad ni de que se inclinen á adoptar ideas más modernas respecto á la mala conducta marital.

Las más de las veces viven felices marido y mujer "hasta que la muerte los divide." Si alguno de ellos comete una infidelidad, sepáranse al punto, quedándose los hijos con el marido, y yéndose la mujer con sus padres. El conyuge culpable y su cómplice son luego llevados al cepo, y los azotan públicamente por una ó dos semanas todos los días. Á ninguno de las consortes separados se le permite volver á casarse.

Si una mujer doncella ó viuda ha amado "imprudentemente," pero demasiado bien, no se la molesta sino hasta que le ha nacido su hijo; pero pasados uno ó dos días, la encarcelan con su criatura por ocho ó diez días, y la obligan á revelar el nombre del individuo con quien se unió. Arrestan inmediatamente á éste, y no sólo lo ponen en prisión, sino que también lo sujetan en el cepo. No hay cepos para las mujeres, sino dos maderos horizontales en que les amarran las manos, si se niegan á descubrir á sus amantes. Se mantiene separadamente á los dos culpables, á quienes sus familias llevan de comer. Dos veces diarias

se envían mensajeros á recorrer el pueblo anunciando que se va á ejecutar el castigo, para que asista mucha gente á presenciarlo. Los jueces y los padres de los delincuentes se ponen á reprender á los infortunados, y en seguida se aplican de dos á cuatro azotes, cada vez, á uno y otro, dándoselos primero al hombre y después á la mujer, en sitio desnudo que no puede nombrarse, mientras las pobres víctimas permanecen en pie, atadas de manos á un poste. Para que el verdugo pegue con fuerza, le dan á beber mezcal. La mujer tiene que estar mirando el castigo que se impone al hombre, y éste debe presenciar luego el que recibe su querida, y mientras están sufriendo la pena que se les inflige, abre ella los ojos "como vaca," según las propias palabras de quien me informó, y el hombre mira generalmente al suelo.

Muchas veces se avergüenzan los jueces de que se proceda á la ejecución de este castigo, indigno aun de las tribus primitivas; pero, por extraño que parezca, los padres mismos los obligan á que la ley siga su curso. Después entregan la mujer á su amante para que se casen por la iglesia la primera vez que vaya el padre, lo que puede tardar dos ó tres años, pero se les permite que vivan juntos entre tanto, yéndose la mujer á habitar la casa del hombre. Las infortunadas mujeres, para evitar toda la desgracia que las amenaza, se hacen remedios tomando secretamente un cocimiento de hojas de una especie de higuera, llamada chalate.

Algunas veces se castiga á los jóvenes á quienes se encuentra hablando juntos. Fuera de su casa, le está absolutamente prohibido á una mujer conversar con ningún hombre que no pertenezca á su más inmediata familia. Cuando va por agua ó sale con cualquier otro objeto no debe, en ningún caso, detenerse á tener palique con amigos, y ni durante las danzas es legítimo que se aparte para cambiar palabras con algún joven. Si se descubre á una pareja

en tan comprometedora situación, los arrestan inmediatamente y los castigan, por lo menos, con dos días de prisión. Si por el interrogatorio de los jueces se averigua que la conversación de los jóvenes versaba sobre el punto prohibido del amor, se les da una zurra y puede obligárseles á casarse.

Algunos de los muchachos y muchachas que han sido castigados por haberse hablado, cobran tal miedo que ya no quieren casarse en Lajas; pero los más resueltos se dejan deliberadamente sorprender para apresurar su unión y obligar á sus padres, pues estos indios no están, en modo alguno, libres de las flechas de Cupido, y sábese, tanto de hombres como de mujeres, que han encomendado al curandero influír en el objeto de sus tiernos pensamientos, pagándole por tales servicios. Las mujeres suelen dar al hechicero un copo de algodón para que busque la manera de ponerlo en manos de aquel á quien está destinado, logrado lo cual, guarda el augur el algodón y queda trasmitido el afecto.

Mas si, por el contrario, se proponen un hombre ó una mujer dominar sus naturales instintos, van al campo á tocar ciertas plantas sensitivas. Cuando cierran las hojas, imploran las muchachas que les sea concedido que se les cierren sus sentimientos. Se recurre con este fin á cualquiera de las dos clases de sensitivas que se producen en los alrededores de Lajas (*Mimosa floribunda*, var. *albida*, y *Mimosa invisa*). Muchos hombres emigran á otros pueblos, aunque algunos regresan con el tiempo. Otros permanecen célibes toda su vida, y en vano les ofrecen mujeres los jueces. "¿Para qué las queremos?" dicen; "ya nos pegaron ustedes una vez, y no estamos dispuestos á que nos vuelvan á pegar." El medio legítimo de contraer matrimonio es dejar que los padres lo arreglen. Cuando los viejos han llegado á convenirse, piden á los jueces que arresten al mancebo y á la joven de quienes se

trata, á lo que se procede desde luego, teniéndolos tres días en prisión. Los arreglos finales se efectúan ante las autoridades, y en seguida se va la joven á la casa del novio á esperar la llegada del sacerdote.

Cuando en Lajas aguardan al señor cura, arréstase á todas las personas unidas del modo que acaba de decirse y á todos los sospechosos de tendencias amorosas, ocurriendo por lo común que encuentre aquél presos á la mayor parte de los jóvenes del lugar. Cuesta la ceremonia $5, y tiene cada pareja que seguir pagando anualmente $1.50 para subsidios del padre. Ningún matrimonio se celebra fuera de la cárcel. Al mismo Crescencio le costó trabajo librarse del arresto cuando trató de casarse con una tepehuana, y sólo amenazando con irse, logró evadir el castigo, pero su novia tuvo que someterse á la costumbre de la tribu.

Al revés de lo que sería de suponer, son raras las uniones desgraciadas, probablemente porque los cónyuges se conforman con permanecer en el seguro puerto del matrimonio, por el conocimiento que han adquirido de que, tanto la entrada como la salida, están rodeadas de escollos y conducen irremisiblemente á las puertas de la prisión. Con todo, no parece á los entendimientos de los indios tan absurdo como á nosotros el que se les encarcele por motivos amorosos, y la tribu se ha acomodado á tal uso. Aun supe que hay jóvenes de uno y de otro sexo que después de recibir la azotaina, se retiran riendo á sus casas.

La obligación de denunciar á quienes se ha visto juntos, so pena de castigo por la omisión, no crea animosidades, tanto más cuanto que en este punto no se obedece ni se aplica la ley con demasiado rigor.

Según me dijo Crescencio, el censo tomado en 1894 contaba 900 almas pertenecientes á Lajas, y debe de haber en el sur unos 3,000 tepehuanes. Hasta donde

pude calcular, existen aun los siguientes pueblos tepehuanes:

1. San Francisco de Lajas.

2. Tascuaringa, como á quince leguas de Durango. Sus habitantes son poco inclinados á la civilización, no obstante que viven entre ellos algunos mexicanos.

3. Santiago Teneraca, situado en una profunda garganta. Sus pobladores son tan poco comunicativos como los de Lajas y no permiten en su recinto á ningún mexicano. Este pueblo y el anterior pertenecen al Mezquital, y los visita el mismo cura de allí.

4. Milpillas Chico, en donde los indios están muy mezclados con mexicanos.

5. Milpillas Grande. Su población se compone de tepehuanes, aztecas y mexicanos.

6. Santa María Ocotlán y

7. San Francisco, ambos poco afectos á la civilización.

8. Quiviquinta, como á quince leguas al suroeste de Lajas. Los últimos tres pueblos pertenecen al Estado de Jalisco.

En el camino de Durango á Mazatlán, pasando por Ventanas, no hay pueblos tepehuanes.

CAPÍTULO XXVI

PUEBLO VIEJO—LAS TRES LENGUAS QUE ALLÍ SE HABLAN—LOS AZTECAS—EL ARCO MUSICAL—TEORÍAS ACERCA DE SU ORIGEN—EL MITOTE—AYUNO Y ABSTINENCIA—AYUDANDO AL GENERAL DÍAZ—IMPORTANCIA DE LAS ABSTENCIONES DE LA TRÍBU—PRINCIPIOS DE MONOGAMIA—COLOCACIÓN DE LOS CADÁVERES.

HAY dos días de viaje, por terreno fragoso, para llegar á Pueblo Viejo, mi próximo punto objetivo. Volví á tener gran dificultad para encontrar guía, pues los dos pueblos están en rencilla con motivo de ciertas tierras. El guía que me proporcionaron las autoridades se escondió cuando estábamos á punto de partir. Todos los demás indios se habían vuelto á sus ranchos, con excepción de uno á quien persuadí al fin á que me enseñara el camino, por lo menos hasta el rancho del zahorí mi amigo, por cuya mediación esperaba poder obtener otro guía. Pasamos por Los Retablos, nombre bastante fantástico de un magnífico declive de roca rojiza por donde atravesaba el camino. Según la tradición, fue allí donde los tepehuanes de Lajas vencieron, en la guerra de independencia, á trescientos soldados españoles que partiendo de Acaponeta trataban de llegar á la ciudad de Durango. Los indios se habían ocultado al rededor y arriba de la pendiente, y desde sus escondites echaron á rodar piedras acabando con todos los españoles.

Después que pasaron mis mulas en salvo tan peligroso trayecto donde, si hubieran rodado, no habría sido posible recobrarlas, llegué al rato á casa del curandero junto á la cual acampé. Cuando subí á la casa, la encontré vacía,

y tuve apenas tiempo de ver una mujer con un niño escapando á todo correr. Comprendí qui si el curandero no volvía esa noche ó el día siguiente, á más tardar, me vería precisado á regresar á Lajas. No me distrajo de tan sombríos pensamientos el quejoso trompeteo que lanzaba, al ponerse el sol, un carpintero gigante, que era probablemente, hasta donde podía presumirse, el único sér viviente inmediato á nosotros.

Por fortuna mi amigo se presentó en mi tienda al amanecer, calmando con su presencia mi ansiedad; y aunque estaba, por entonces, dedicado á cortar árboles y matorrales para limpiar su campo, mandó á uno de sus ayudantes á que me enseñara el camino para Hormigas, cobrándome por ello sólo tres reales, y un real más que debería pagarle al hombre, si quería llevarlo más delante para que me mostrara el derrotero para Aguacates. Aproveché asímismo la oportunidad para que el indio me diera algunos informes etnológicos y un corto vocabulario tepehuán.

Entré, pues, animoso y alegre en un campo que, aunque no presentaba subidas y bajadas visiblemente serias, era muy áspero y fragoso. La sierra principal es allí muy estrecha y la gran masa orográfica se rompe en crestas irregulares y rápidas cañadas. Casi todo el día siguiente caminamos por una alta y rocallosa cuesta, cuyo punto más alto se llama Mojoneras. Parece que en ese punto, diez millas al norte de Pueblo Viejo, pasa la línea divisoria del territorio de Tepic. Durante varias millas del trayecto, y particularmente en algunos puntos de la cresta, se goza de magníficas vistas que presenta la selvática región septentrional, sobre la empinada pendiente hacia los cañones y gargantas de la parte occidental de la Sierra Madre. Sólo pudimos divisar tres ranchos tepehuanes.

Llegué sin ningún contratiempo á Pueblo Viejo, habitado principalmente por indios aztecas, que desde hace años se han mezclado mucho con los tepehuanes que han llegado

huyendo del avance de los blancos. Los indios así procedentes de otros pueblos son llamados *poblanos;* reciben tierras de la comunidad en cambio de los servicios que prestan, y se casan libremente unos con otros; pero á "los vecinos" no se les permite establecerse dentro de los confines del pueblo. Con todo, aquella gente, que se comunica mucho con Acaponeta, y que recorre ciertas distancias para ir á trabajar en las minas, habla bien el español que es, de las tres lenguas empleadas allí, la que más se oye. Varias palabras nahoas han caído en desuso, de suerte que al ir formando mis colecciones me costó muchísimo trabajo saber los nombres de algunos objetos, como, por ejemplo, el término correspondiente á "carcaj" y la denominación de los curiosos sonajeros que usan los danzantes. Unicamente los viejos hablan el náhuatl bien, y la influencia tepehuana se hace sentir hasta en la antigua religión del pueblo. Pude observar que, lo mismo que en Lajas, no come la gente carne de gallina ni de carnero, no obstante que toman ternera.

Son allí los indios más inteligentes y comunicativos que en Lajas. Las mujeres contestan cuando se les dirige la palabra, mientras que en Lajas los habitantes son reservados y suspicaces no sólo con los blancos, sino hasta con los demás indios. Otra diferencia que los distingue, es que muy pocos beben mezcal.

En una reunión que tuve con ellos llevado de mi deseo de agradarles, díjeles que el gobierno mexicano tenía mucho interés en saber si se desarrollaban en población ó estaban próximos á acabar, á lo que el más ladino repuso riendo: "Por supuesto que quieren saber cuando podrán acabar con nosotros!"

Allí también se resienten las usuales molestias de los "vecinos" ávidos de ensanchar sus tierras, y cierta ocasión este pueblo y los otros inmediatos enviaron una comisión á la ciudad de México á efecto de arreglar la cuestión de

tierras. Estuviéronse en la capital once días y fueron bien recibidos en el Ministerio de Fomento; pero se les acabó el dinero antes de terminarse los asuntos que les llevaban y tuvieron que regresar sin haber conseguido cosa alguna.

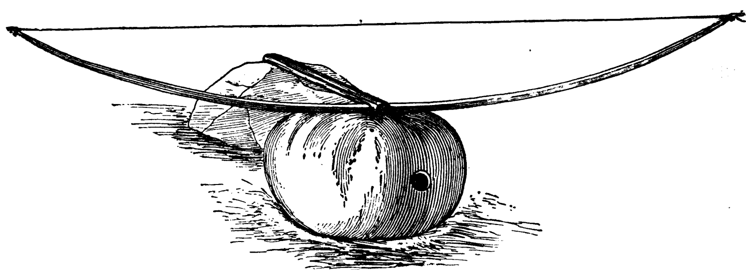
Pareciéronme estos indios órdenados y corteses, y no me fue muy difícil que me permitieran asistir á un mitote que iba á haber en un rancho inmediato. El 24 de marzo, poco antes de ponerse el sol, partimos á caballo hacia una alta mesa, empleando hora y media en recorrer una tortuosa vereda como de 3,000 pies de extensión. Cuando llegamos, la noche estaba hermosa y estrellada, pero no podía verse el magnífico paisaje que debía de dominarse desde aquel punto. Hay algunos ranchos pertenecientes á individuos del pueblo que los habitan á veces durante las aguas, y pasan el resto del año en la población. Al entrar en el llano, distinguí claramente el sonido del *tahuitol*, instrumento de los tepehuanes, que á distancia suena como tambora.

Pasamos más allá del rancho que daba el mitote, y como cien varas adelante, se nos presentó una pintoresca escena: los indios estaban agrupados en un prado en torno de muchas fogatas que flameaban entre los árboles. En aquel momento se había interrumpido la danza, que comenzó poco después de ponerse el sol. Advertí á un lado un pequeño claro dispuesto para bailar, en donde había, situado al este, un altar como los ya descritos, guarnecido en ambos lados de troncos de árboles, en los que se habían suspendido los atavíos, arcos, carcajes, etc., de los danzarines. En el centro había encendido un gran fuego, y al extremo occidental, hallábase sentado en un equipal el sacerdote. Atrás, en asientos semejantes, pero más pequeños, estaban el dueño del rancho y los individuos principales.

Me llamó la atención reconocer que el músico sagrado era tepehuán; pero después supe que los aztecas consideran

mejores á los de esa tribu que á los suyos. Vi frente al sacerdote el instrumento que había estado tocando, el cual consistía en una gran calabaza redonda y hueca, con un arco de inusitado tamaño puesto encima. El que lo toca lo detiene por medio de un barrote en que apoya el pie derecho y con dos palillos hiere la cuerda, siguiendo un ritmo compuesto de un toque largo y dos cortos. Oído de cerca, el sonido tiene sonoridad parecida á la del violoncelo.

Es el mismo arco musical americano, que fui á encontrar allí por primera vez. Tiene grande importancia en los ritos religiosos de la tribu, así como entre los coras y hui-



Arco musical de los tepehuanes del sur y de los aztecas. Longitud del arco, 1 m. 36.5 cm.

choles. Estos últimos lo tocan con dos flechas. Se ha asegurado que el arco musical no es originario del hemisferio occidental, sino que lo introdujeron los esclavos africanos. Sin dar más valor del que merece al hecho de que apenas se encuentran negros en el noroeste de México, parece enteramente fuera de lo posible que un instrumento extranjero haya alcanzado tan principal papel en el sistema religioso de varias tribus. Confirma, por lo demás, esta opinión, el descubrimiento hecho en 1900 por Mr. R. B. Dixson, de un arco musical entre los indios maidús de la falda occidental de la Sierra Nevada, al noroeste de San Francisco, California. El arco ocupa también importante

lugar en la religión de esa tribu, y se le rodea de mucho misterio.

El canto del sacerdote me parecía muy diferente de los que había oído entre los tarahumares. Como el asiento era alto, tenía que conservar una postura erguida mientras tocaba.

Los hombres y mujeres que bailaban, hacían mucho ruido al golpear el suelo con la planta de los pies, moviéndose en doble columna al rededor del fuego y del sacerdote, y avanzando en dirección opuesta al movimiento aparente del sol, los hombres delante y las mujeres en su seguimiento. Noté que el bailar de las mujeres era un poco diferente del de los hombres, en cuanto á que se levantaban sobre las puntas de los pies en cada paso. Á veces deteníanse repentinamente las columnas y ejecutaban los mismos movimientos hacia atrás por un momento, dando los mismos saltos, y á los pocos segundos proseguían adelante. Todos estos movimientos son dirigidos por el jefe, que es quien baila primero.

Los hombres y mujeres se adornan con flores, los unos colocándolas en sus sombreros de petate, y las otras en sus cabellos, con el tallo tras de la oreja. Escogen las flores, seguramente, según el gusto de cada cual, pero las que vi en mayor cantidad, eran unas blancas, llamadas *corpus*, cuya deliciosa fragancia me llegaba cada vez que pasaba bailando alguna mujer cerca de mí. Dos muchachos tenían asegurada á la cabeza, con pañuelos, unas flores llamadas *clavellinas*, que tienen una especie de cabello blanco y espeso. El músico tenía en la cabeza una cinta angosta, pero no flores. Al rededor de los tobillos llevaban atadas los hombres unas sartas de cápsulas secas de cierta palma, que suenan al bailar. Cinco veces durante la noche se alzaron del altar mazorcas y plumas, y los hombres se quitaban en cada ceremonia el sombrero. Las mujeres iban con rebozos, pero sin sandalias, por con-

siderarlas impropias en tales ocasiones, siendo los hombres los únicos que las llevan.

Cinco pausas se hicieron en el curso de la noche, las que anunciaba el sacerdote tocando cada vez más lentamente. Los bailadores proseguían hasta llegar frente al altar, en donde poníanse á saltar en el mismo sitio con increíble rapidez hasta que terminaba la música. Entonces se separaban y se tendían á descansar.



Sonaja de tobillo, hecha de cápsulas de palma.

Los que no tomaban parte en el baile, estaban tirados al rededor de las diversas hogueras. Varía el número de los que bailan de acuerdo con los sones y el entusiasmo de la gente. Muchos se entregan el sueño por un rato, pero esto no se considera muy cortés para el dueño del rancho, pues el efecto del baile es mayor ante los dioses, cuando todos toman parte en su ejecución. Me contaron que para que ninguno se duerma, anda á veces un individuo echando agua fría sobre la cabeza de los soñolientos.

Dio principio á la ceremonia el dueño del rancho con cinco vueltas al rededor del fuego, llevando consigo el instrumento musical y los dos palillos, y haciendo una reverencia al sol cada vez que pasaba frente al altar. Concluyó el mitote al amanecer, con una representación dramática de la muerte de un venado. Se tomaron, al efecto, del altar algunas pieles de dicho animal, sobre las que pusieron los indios sus arcos y aljabas, cada una de las cuales contenía veinticinco flechas y dos hondas; y cogien-

do las pieles dieron cinco vueltas bailando. Entraron luego en escena dos muchachos muy ligeros, con pieles en la espalda y cabezas de venado, á representar el papel de éstos. Presentaron alternativamente por cinco veces dichas cabezas frente al altar y ante el sacerdote que tocaba, y echáronse á correr perseguidos por los bailadores que disparaban flechas y lanzaban alaridos, tratando asímismo de lazar á la presa con cuerdas que tomaron del altar. Cuando se apartaban del lugar del baile, dábanles caza los mismos venados, pero volvían al fin. Capturaron á éstos al salir el sol y los acostaron sobre un petate tendido junto al altar, donde tomaron su puesto los cazadores. Partiendo de ese punto dieron otras cinco vueltas al rededor del patio, siguiendo el movimiento aparente del sol, y otras cinco en dirección opuesta. El sacerdote fue disminuyendo sus toques, y los danzantes haciendo más rápidos sus saltos, hasta que cesó la música y terminó la danza.

Comenzó en seguida el festín, á cuyo efecto tomóse el pinole y maíz tostado depositados en el altar, comiendo primeramente de ellos el anfitrión y su mujer. Quebrantado de esta manera el ayuno, sentáronse todos y á cada quien se le sirvió, en platos de barro ó en jícaras, una pequeña rebanada de carne de venado en barbacoa, con un puñado de maíz tostado (*esquite*); una gorda de pinole con frijoles; cuatro tamales y un almodrote de carne de venado y maíz molido, cocidos juntos, á lo que se llama sencillamente *chuina* (venado). Los muchachos que sirvieron esto, llevaban á la espalda tres envoltorios, cada uno de los cuales contenía tres tamales, que se comieron en seguida.

El huésped siempre pide á sus invitados que se sometan, durante cuatro días más, á las restricciones necesarias para asegurar la eficacia de la fiesta, entendiéndose principalmente con ello la abstinencia de mezcal y mujeres, de que se guardan, por espacio de cinco días antes y cinco después,

los miembros de la familia que organiza el baile. Como el sacerdote, cuya obligación en esta materia es mayor que la de los demás, tiene que ejercer sus oficios en otros mitotes antes de que haya espirado el plazo de rigor, pasa la mayor parte del tiempo sujeto á dichas privaciones.

Terminada la fiesta, se cuelga de un árbol, para usarse al año siguiente, el *tapexte* con que se ha erigido el altar, pero no se quitan los troncos que han servido para formar la enramada. En ellos se tienen suspendidos, por cuatro ó cinco días, los objetos ceremoniales que se cuelgan después, dentro de una canasta, á la pared de alguna cueva. En Pueblo Viejo ya no se celebran mitotes, y parece que ninguna familia los da en otros lugares más de una vez al año.

Cuando alguna pareja de recién casados da por primera vez un mitote, viven durante un mes fuera de su casa, bañándose ambos y lavándose su ropa, sujetos á las restricciones consabidas, y entregados al sueño la mayor parte del tiempo. Háblanse muy poco cuando no duermen, y piensan constantemente en los dioses. No hacen más trabajo que el indispensable; el hombre acarrea leña, y la mujer prepara la comida que consiste en tortillas, que se deben tostar hasta que pierden su color blanco. Toman también una papilla llamada atole, hecha de maíz molido; pero ni carne de venado ni más pescado que uno pequeño llamado *miche*. No les es lícito comer sal ni frijoles. Sus cobijas deben ser blancas. Durante todo este tiempo no deben cortar flores, bañarse, fumar ni enojarse uno con otro, y por la noche han de dormir separados por el fuego.

El ayuno y la abstinencia constituyen parte integrante de la religión de dicho pueblo. El individuo que desea ser sacerdote, se somete á una dieta rigurosa de tortillas y atole, durante cinco años. No bebe más que agua, y eso una vez al día, por la tarde. Aquella gente ayunó una vez durante dos meses, para ayudar á que el general Por-

firio Díaz saliera electo Presidente de la República, y me contaron que pronto iban á sujetarse á privaciones análogas para lograr que continuaran en sus puestos otros funcionarios que les eran benéficos.

También desempeña el ayuno, importante papel en la curación de las enfermedades. Suele el paciente irse con su médico á vivir en los bosques, y ayunar por muchos días, durante los cuales el doctor no cesa de fumar, pues por el color del humo puede augurar si el enfermo ha de vivir ó no. El humo amarillo presagia la muerte. Asímismo si el humo se conserva denso, vivirá el enfermo; pero si se dispersa, perece de seguro.

Con los niños se practica una ceremonia muy interesante, cuando cumplen un año. Sus padres se van con el curandero á ayunar en el campo, durante cinco días, antes del aniversario, y cinco días después.

Á la una ó dos horas de ponerse el sol, se enciende una gran lumbrada, al oriente de la cual se colocan cuatro flechas y el objeto llamado ojo de dios. Los padres del niño y todos los presentes permanecen vueltos hacia el oriente. El sacerdote comienza por dar cuatro vueltas rituales, y en seguida arroja bocanadas de humo sobre el ojo del dios y sobre el niño. Entona luego algunos cantos mágicos, da otras cuatro vueltas y sahuma de nuevo, hecho lo cual aplica la boca á la frente de la criatura para sacarle una cosa llamada el *cochiste* (el sueño ó los sueños), que se escupe en la mano. Al punto ejecuta un movimiento con su plumero, como para recoger lo que se ha escupido, y mantiene suspensas por un rato las plumas sobre el ojo del dios. Entonces pueden verse, adheridas á éstas, dos blancas pelotillas que muestra á todos los concurrentes, para probarles que no los ha engañado; las aplasta incontinenti con la mano izquierda, produciendo un ruido semejante al de un huevo que se rompe, y las arroja á un lado. En la mañana, se ofrece sal á los que han ayunado.

Á los niños se les saca el cochiste dos veces, y cuatro á las niñas. Los jóvenes no se pueden casar sin someterse á dicha operación. Cuando una muchacha llega á la edad de la pubertad, debe conservarse casta por un año y someterse, como si fuese una criatura, á la expresada ceremonia que se repite al año siguiente. Si en ese tiempo tuviese un desliz, morirían, según la creencia general, ella, sus padres ó su novio. Se observa estrictamente el principio de la monogamia; si alguna mujer lo quebranta, necesita que la cure el médico-sacerdote, para librarse de que la muerda alguna serpiente, que la despedace un jaguar, que le pique un alacrán, que la mate un rayo ó cosa semejante.

Al efecto, entrega un copo de algodón al curandero que lo coloca sobre el ojo del dios para recibir, por mediación de la fibra, fumando y dirigiendo la palabra al ojo sagrado, una revelación completa relativamente á si la mujer ha tenido más de un marido, y descubrir hasta el nombre del culpable. Amonéstala á que confiese la verdad, explicándole cuánto mejor será el resultado, puesto que de ese modo podrá curarla con mucha más firmeza; pero aun confesando, su apuro no cesa del todo, pues la curación no puede costarle menos de diez á veinte pesos. Si no puede pagarlos desde luego, lo hace en abonos mensuales, y aunque, por razón de derecho, el hombre es quien debería pagar por ella, á menudo la deja entregada á su propia suerte, lo que se ha hecho más frecuente desde que los indios han entrado en contacto con los blancos. Una vez acabada de cubrir la deuda, y que nada le queda que confesar á la mujer, no tiene el curandero otra cosa que hacer que dar cuenta de ello al ojo divino, y despachar absuelta á la culpable, que debe volver, pasado un año, para informar á aquél si no ha cometido una nueva falta que la obligue á pagar más. Con el algodón que recibe, fabrícase el médico ceñidores y cintas que vende en ocasiones.

La costumbre que acabo de referir es una prueba interesante de los medios empleados por la sociedad antigua para conservar intacta la familia. Evítase á la gente el entregarse con excesiva libertad á los impulsos de los sentidos, infundiéndoles miedo á los accidentes, á las enfermedades y á la muerte.

Las consideraciones que guardan estas tribus á los difuntos y sus ideas respecto de éstos son substancialmente análogas á las de las tribus que había yo visitado; pero tenían algunos rasgos propios, no exentos de interés. Por ejemplo, junto á la cabeza del muerto que tienden sobre el suelo dentro de la casa, coloca el curandero un ojo sagrado y tres flechas, y le pone otra flecha á los pies. Hecho esto, entona un canto mágico y arroja bocanadas de humo de tabaco, aunque no sobre el muerto, mientras la viuda se ocupa en hilar un poco de algodón que antes ha puesto en manos del mismo sacerdote. Cuando concluye su trabajo, entrega el cordón á éste, quien rompiéndolo en dos partes de igual longitud, lo sujeta á la flecha clavada á la derecha del cadáver. Frota con carbón la hebra que dedica al muerto, la amarra en la parte inferior de la flecha, y devanándola sin dejar más que la porción necesaria para que alcance desde el pie de la flecha hasta la mitad del cadáver tendido, deposita el ovillo bajo las ropas del muerto. En cuanto á la otra hebra, que conserva en la mano izquierda juntamente con su pipa y sus plumas, divídela después de los debidos hechizos en tantas partes de igual tamaño cuantos miembros tiene la familia, y da una porción á cada uno de ellos, quienes se la atan al rededor del cuello, conservándola por un año. Pasado ese tiempo emplean el cordón con otros materiales, para hacer cintas ó fajas.

Al quinto día, se despacha al muerto fuera del mundo. El curandero, provisto de sus plumas y pipa, y llevando un jarro de agua preparada con algunas yerbas medicinales,

dirige hacia el occidente la procesión, que sale muy de mañana, compuesta de hombres, mujeres y niños que llevan ramas de zapote. Se detienen, todavía oscura la mañana, y el sacerdote se adelanta un poco para despachar al difunto, y regresa luego para rociar con su agua al grupo de dolientes, haciendo también sus aspersorios hacia el oeste, dirección en que se ha ido el difunto.

CAPÍTULO XXVII

FLETEROS INEXPERTOS—CÓMO SE OBTIENEN RIQUEZAS DE LOS MONTES—LA SIERRA DEL NAYAR—LOS CORAS—SU AVERSIÓN Á LOS PERIÓDICOS—SU PARTICIPACIÓN EN LA POLÍTICA—UN "DEJEUNER À LA FOURCHETTE"—LA DANZA.

ES, de hecho, imposible viajar en México de tribu á tribu, sin cambiar de fleteros; no sólo porque éstos se resisten, por lo común, á alejarse mucho de sus casas, sino también porque no conviene valerse de gente que no conozca la región por donde se pasa. Siempre que me era posible encontrar indios algo aptos para cargar las mulas, los prefería á los mexicanos, por lo mucho que podían enseñarme mientras caminábamos, y para mis últimos viajes, sólo me he servido de indígenas.

La repugnancia que tienen para dejar su casa los individuos útiles, obliga á cambiarlos frecuentemente, lo cual es muy molesto y embarazoso. Era mi propósito ir de Pueblo Viejo á Santa Teresa, el pueblo cora situado más al norte, y á todo el mundo le parecía muy lejos. Me resolví, al cabo, á tomar los arrieros que hallé, á saber: un tepehuán civilizado, el único hombre en quien podía confiar, que era listo y sabía bien su oficio, pero que tenía inutilizado un brazo. Conseguí luego otro hombre, algo viejo, que también resultó repentinamente manco del brazo derecho, y sin fuerzas bastantes para levantar bultos pesados; y en cuanto á los dos arrieros restantes, en su vida habían cargado una mula. Los dos primeros dirigían á los otros dos, y tuve que presenciar el risible espectáculo de ver cuatro individuos ocupados en cargar una mula.

Naturalmente se pasó todo el día en echar la carga sobre mis diez animales, y cuando se hubo terminado de hacerlo, era ya demasiado tarde para salir, resultando que todo aquel trabajo había sólo servido de ejercicio en el noble arte de cargar bestias. Tuve yo mismo, por consiguiente, que ayudar á poner los aparejos, á herrar, curar las mataduras y todo lo demás del oficio en el que, por supuesto, la inhabilidad de mi gente sirvió para desarrollar mi destreza.

El segundo día, haciendo un estupendo esfuerzo, logramos salir, pero no recorrimos más que ocho millas por un hermoso llano rodeado de encinas y pinos. Sólo quedan allí algunos ranchos, en uno de los cuales vivía un cora rico casado con una tepehuana. Aseguran los indios de aquellos lugares, que los coras se hacen ricos porque son los que mejor saben granjear á los dioses. Se someten á ayunos y restricciones durante un mes y hasta por un año, y van en seguida "á la montaña más rica que conocieron los antiguos." El dueño del monte sale á recibir al cora, quien le ofrece pagarle, con los hombres que mate, todo el ganado, ciervos, grano y otros bienes que el primero le conceda. Hállase muy extendida en las tribus de la Sierra Madre la creencia de que en las montañas es donde se encuentra el dinero, reses, mulas, ovejas y aun pastores, en una palabra, toda clase de riquezas.

Cuando algún cora considera llegado el momento de cumplir su promesa matando á un hombre, fabrica una figurilla de la víctima con barro cocido, hilachas ú otra cosa, y haciendo encantamientos, le clava espinas en la cabeza ó en el estomago, para causar daño al individuo representado. Á veces pone al muñeco á caballo y cabeza abajo para hacerlo sufrir. Suelen los coras, cuando necesitan algún animal, hacer la figura del que desean, formándola de cera ó barro cocido ó esculpiéndola en piedra volcánica, y la depositan en alguna cueva de la montaña. Para

cada vaca, venado, perro ó gallina que necesiten, sacrifican la estatuilla correspondiente.

Al otro día, seguimos por algún tiempo el camino real que conduce de Acaponeta á las ciudades de Mezquital y Durango. Descendimos luego, sin dificultad, como hasta 3,000 pies hacia el cañón de Civacora, por donde corre el río del mismo nombre, que nace, según dicen, en el Estado de Zacatecas, y pasa cerca de Durango y Sombrerete, á un lado de Cerro Gordo. En esta cañada, que corre en dirección norte y sur, encontramos algunos tepehuanes del pueblo de San Francisco.

Los indios eran allí desconfiados y hoscos, y ni siquiera nos quisieron decir qué camino debíamos tomar. Tenían reputación de ser cuatreros y de matar á los viandantes para apoderarse del maíz que pudieran llevar Puse, por lo tanto, á dos hombres en guardia, autorizándolos para disparar un rifle, por vía de aviso, lo que mucho les complació. El disparo se propagó en el silencio de la noche con fuerza suficiente para atemorizar á todo un ejército de bandoleros. La mañana siguiente envié á buscar al indio tepehuán más caracterizado, para comunicarle el objeto de mi visita y preguntarle el camino que deberíamos seguir. Diome cuantos informes pudo, pero no logró conseguirme conductor por más tiempo que un día. Quedamos, pues, entregados á nuestra propia suerte, y en condiciones muy desventajosas. Dos veces nos perdimos: la primera pasamos por un patio, de los usados para bailar mitote, y fuimos á dar al pie del acantilado de la sierra, por donde únicamente hubieran podido transitar los ágiles indios; la segunda, nos encontramos al borde de una profunda barranca, sin que nos quedara otro recurso que regresar al rancho por donde poco antes habíamos pasado. Afortunadamente encontramos allí á un tepehuán con su mujer, quien nos aseguró que estábamos por fin sobre el verdadero camino. Con todo, no avanzamos sino hasta

la confluencia de los arroyos que el hombre nos había señalado sumergidos á lo lejos entre los matorrales. Al dejarnos, nos prometió que volvería por la mañana para mostrarnos el camino que conduce á las Botijas, pequeña agrupación de ranchos, situada en la cumbre. Habíamos caminado aquel día, en línea recta, únicamente tres millas.

Al pasar junto á uno de los ranchos de nuestro hombre, quien tenía tres al alcance de nuestra vista, advertí un pequeño jacal, como á cien yardas del camino. Díjome el guía que allí guardaba sus instrumentos músicales, arcos de ceremonia, etc., pues era sacerdote; pero no obstante su aspecto de ser joven franco, no pude inducirlo á que me mostrase su capilla privada, y tuvimos que proseguir nuestro camino. Separóse de nosotros en la cima, pero tan bien nos describió el camino que ninguna dificultad encontramos durante los dos siguientes días de nuestra marcha.

Gozábame de verme una vez más en las altiplanicies, tanto más cuanto que encontrábamos arroyos con agua y pasto. Al llegar á la cumbre del cordón por donde habíamos ido caminando, dimos con un camino real que corre entre los pueblos de San Francisco y Santa Teresa, y nos vimos en la Sierra del Nayar. No me causó poca sorpresa encontrar otra barranca próxima, paralela á la que acabábamos de dejar, y la cual, hasta donde pude ver, comienza cerca del pueblo de Santa María Ocotán, arriba de la sierra. Por lo menos, el viejo mexicano que me acompañaba me informó que el río que de allí sale, pasa por los pueblos coras de Guasamota y Jesús María. Caminamos siguiendo la orilla occidental de la barranca, dentro de la cual hay algunos pueblecillos aztecas, pero principalmente coras. Hay todavía otra barranca al oriente, paralela á la anterior, donde habitan huicholes.

Lo que se llama Sierra del Nayar comienza por ser un cordón de tierra parejo y á menudo angosto, cuya ruta del sur sigue, por diez ó doce millas, el borde de la barranca

de Jesús María. Apenas se ven por aquella cuesta otros árboles que el *Pinus Lumholtzii*. Al salir de Pueblo Nuevo, observé una variedad de pinos muy semejantes al anterior, pero mucho más grandes, que creo pudieran ser igualmente una especie nueva.

El cordón se va ensanchando gradualmente y aparecen claros cubiertos de yerba entre pinos, ya de la clase común, que en toda la Sierra del Nayar son altos, pero no anchos. Encontramos algunos coras que conducían mulas cargadas de panocha para cambiarla por mezcal en Santa María Ocotán.

Los más importantes de los útiles de viaje, para los coras, son su rifle y una ó dos bolsas que llevan colgadas del hombro. Tienen estos indios cierto aspecto varonil é independiente que impresiona desde luego y se ve confirmado por toda la historia de la tribu.

Pasamos junto á varios ranchos, hasta que llegamos al fin á la pequeña llanura donde se halla situada Santa Teresa. Siempre es desagradable acercarse á un pueblo indio desconocido, donde hay que acampar sabiendo cuán poco grato es uno para los habitantes, y allí me veía en el seno de una tribu que nada sabía de mí y que me miraba con mucha desconfianza cuando llegué.

Preparábase mucha gente para las festividades de la pascua, ensayando sus papeles para cierto entretenimiento usado en aquella estación. Hallé, al fin, un hombre que quiso enseñarme en donde podía encontrar agua. Llevóme fuera del pueblo á orilla de unas hondas y angostas grietas, abiertas en la tierra roja, de donde manaba un riachuelo. Escogí cerca, al pie de unas pequeñas colinas cubiertas de pinos, sitio á propósito para levantar mis tiendas y regresé al pueblo.

"¡Amigo!"—me gritó un hombre que de su casa salió corriendo á encontrarme. Era el alcalde, indio alto, esbelto, de poca barba y voz muy simpática. Díjele que

estábamos enteramente faltos de maíz, á lo que me contestó que sólo en los ranchos de las cercanías podríamos obtenerlo, pues en el pueblo no conseguiríamos un grano. Le pregunté si quería que muriésemos de hambre, y entonces otro hombre me ofreció una media fanega. Habiéndole dicho al juez si quería ver mis documentos, replicó: "No entendemos los papeles." Convinimos, con todo, en que los indios me verían en la mañana siguiente para que mi



Coras de Santa Teresa.

tepehuán les leyera las cartas que llevaba yo del gobierno, porque el preceptor del pueblo había ido á la ciudad de Tepic y no había quien supiese leer.

Santa Teresa se llama, en lengua cora, *Quemalusi*, nombre de uno de los cinco hombres míticos que vivieron en época remota en la Sierra del Nayar. Cuentan que fue hallado allí un ídolo que se ha perdido. Algunas millas al oriente de Santa Teresa, se encuentra un lago

volcánico de bastante profundidad, que según los coras, es lo único que queda del gran diluvio. Llámanle "madre" ó "hermano," haciendo referencia con el último nombre á su gran dios el Lucero de la Mañana, *Chulavete*. No hay pescados en él, pero sí tortugas y patos. Se atribuye á sus aguas la virtud de curar á los enfermos y fortificar á los sanos, y no hay ceremonia de la religión cora en que no se utilicen sus aguas. No es necesario usarlas puras; generalmente las mezclan con agua de fuente común y rocían con ella á los fieles, empleando como aspersorio alguna orquidea roja ó una cola de venado atada al extremo de una varilla.

Por la mañana temprano se me presentó un indio joven y de buen parecer, montado á caballo, que hablada muy bien español. Lo traté con consideración y le ofrecí algunas galletas que por casualidad me quedaban. En el curso de la conversación me prometió venderme una gallina, si mandaba á su rancho por ella, lo que hice por supuesto con todo gusto.

Al despedirse, le expresé mi admiración por el hermoso cabestro de su caballo. "¿Le gusta?" me preguntó, y quitándolo inmediatamente de la cabalgadura me lo puso en las manos. Como tratara yo de pagárselo, agregó: "Ahora somos amigos," y marchóse al punto. El ave que me mandó, era la más grande que tenía en su corral: un gallo viejo muy fuerte y muy duro. No creo que haya alimento peor que un gallo viejo criado por los indios, pues su caldo mismo es de un sabor más desagradable que si fuera de chivo.

La lectura de mis cartas oficiales fue escuchada en profundo silencio, pues todo lo que proviene de México impresiona hondamente á aquella gente. Sin embargo, con su desconfianza característica, los indios reclamaban que se repitiera la lectura, lo que fue preciso estar haciendo á la llegada de cualquier individuo de importancia que venía al pueblo.

El alcalde me presentó con la esposa del preceptor que era mexicana. Estaba, al parecer, contenta entre aquella gente "á quien nadie conoce nunca," según sus propias palabras. Le gustaba el clima y las seguridades que había para la vida y la propiedad. Su marido había estado trabajando allí durante cuatro años. Los alumnos, por supuesto, comienzan por aprender español, y se cierra la escuela desde junio á setiembre. Los chicos pareciéronme listos y dedicados, pero supe por los coras que aun no habían aprendido á leer.

La mayor parte de los indios coras tienen algunos pelos en la barba. No hay, con todo, uniformidad en esto, pues mientras algunos son enteramente lampiños, otros parecen mexicanos. Todos insisten, sin embargo, en que no se han mezclado con los mexicanos ni con los tepehuanes, y las mujeres coras manifiestan mucha resistencia á tales uniones. Debe recordarse, por otra parte, que durante la segunda mitad del siglo pasado, estuvo la tribu en gran desorden á causa de las rebeliones de Manuel Lozada, azteca civilizado de las cercanías de Tepic, que en tiempo de la intervención francesa estableció un Estado independente que comprendía el actual territorio de Tepic y la región de los coras. Tenía gran talento militar y se dice que, siempre que lo deseaba, reunía millares de soldados sin costo alguno. Mantuvo su gobierno por varios años, gracias principalmente á los coras, que eran sus principales sostenedores. Hubo vez que tuvieron que dejar su región y vivir durante cinco años en una parte inaccesible de la Sierra Madre, arriba de San Buena.

Los coras usan entre sí su propia lengua, pero la mayor parte de los hombres y de las mujeres hablan y entienden bastante el español. Aunque se visten como los "vecinos," son todavía completamente indígenas y se enorgullecen de serlo. Hay como dos mil quinientos de sangre indígena pura. Se dan el nombre de Nayari ó Nayar, y por la

lengua, religión y costumbres, son afines de los huicholes, quienes, por lo demás, no hacen mucho caso de sus parientes, á quienes llaman *hashi*, cocodrilos. Mantiénense, sin embargo, ciertas relaciones entre las dos tribus, siendo los coras quienes surten á los huicholes de pintura roja para la cara, cera y plumas de cola de cotorra, y los huicholes prestan á los primeros los inestimable servicios de sus curanderos. Una de las industrias nativas más interesantes, es el tejido de saquillos ó bolsas de lana y algodón, con hermosas labores.



Bolsa cora de estambre, de forma rara. El dechado representa aves en vuelo y una manada de venados. Longitud, como 25 cm.

Los coras no son buenos corredores, pues carecen de ligereza y de resistencia. Es sorprendente la pequeñez de sus huesos, con especialidad en las mujeres, bien que lo mismo sucede con los miembros de todos los indios que he visitado. Una mujer de la tribu me hizo una camisa para muestra etnológica; y como le dijese cuán pequeños me parecían los puños de las mangas, pues solo medían cuatro pulgadas y tres cuartos (apénas doce centímetros), me mostró cuán bien le venían á ella. Tienen, con todo, muy bien desarrolladas las caderas y mejor cara que las mexicanas comunes. Los dientes de los coras no siempre son perfectos, y vi á varios individuos á quienes les faltaban los delanteros.

Por extraño que parezca, dada aquella elevación, atacan allí las calenturas; el alcalde me dijo que le daban intermitentes cada tercer día.

Como la Pascua se aproximaba, se había reunido un concurso como de trescientos indios, que habían matado

algunas reses, comían y festejaban. Asistí á la fiesta general donde me fueron ofrecidos algunos platos. De acuerdo con la costumbre india de no comer mucho en el lugar del convite, encargué á mis sirvientes que llevasen la comida á nuestras tiendas como agradable complemento para variar la monotonía de nuestra alimentación y la escasez de nuestras provisiones. Encontramos que, además de los platos usuales entre los indígenas, había también pescado salado, plátanos, calabazas y miel.

Las autoridades recién electas para el año siguiente, dieron una comilona semejante en honor de sus antecesores. Fuera de la casa del "centurión," el principal funcionario en el festival de la Pascua de Resurrección, se dispuso una mesa rústica y las bancas necesarias. Invitáronme á sentarme entre las personas de calidad, y me pareció fenomenal asistir á un banquete de indios servido en una mesa, único caso semejante que hasta entonces había llegado á mi conocimiento. Como la mesa era pequeña, se sirvió de comer por turnos. Por cada invitado había un hombre para servirlo, pero no se veian manteles, cuchillos, tenedores, ni cucharas; era aquello, si ustedes quieren, un *dejeuner à la fourchette*, con la única excepción de que era preciso coger el alimento sólido con pedazos de tortilla que después de partirlos, enrollarlos y usarlos á manera de tenedor, ó más bien de cuchara, se comían á la vez que la carne. Después de haber terminado de comer ésta, había que beber la sopa en la propia taza ó plato que la contenía. En caso de no poder manejar bien la tortilla, era permitido hacer uso de los dedos. Cuando ponían frente á alguno de los comensales indios una taza ó un plato, pasábala inmediatamente á su mujer, parada detrás, que la vaciaba en los jarros que al efecto había llevado. Se sirvió carne con su caldo; carne molida en metate, hervida y mezclada con chile; y atole para beberlo con la comida, todo fresco y excelente. Como tenía ham-

bre, comencé á acometer, no obstante que al principio era el único que comía, lo que no dejaba de ser penoso; pero poco á poco se dieron también los otros á hacerlo, quizás por cortesía. Agradábales, sin embargo, que me gustara su comida, y por mi parte la tomé con apetito después de la dieta á que me había visto reducido. Por limitada que sea la variedad de manjares del hombre primitivo, prepara bien los que toma, y puedo decir que aquella comida fue la mejor que he probado entre los indios. La reunión era agradable y animada, y la sala del banquete se extendía hasta los pinares y montañas del alrededor, teniendo por techo la bóveda azulada.

Durante la noche se bailó en tarima, esto es, en un tablado sostenido por zoquetes, uso que parece general en toda la tierra caliente del noroeste. Bailan simultáneamente un hombre y una mujer, de frente una al otro y sin tocarse; saltando rítmicamente, arriba y abajo, sobre el mismo lugar. Este baile es conocido de todos los indios llamados cristianos que saben tocar el violín; pero sólo entre los coras lo he visto ejecutar sobre tarima. Llámanlo *la danza* aunque bien puede haber sido de origen primitivo. *La danza* es simplemente un desahogo de alegría á que se entregan los indios cuando se han achispado un poco, después de las festividades de la iglesia, y á veces la bailan en el templo mismo.

Poco á poco fueron consintiendo los indios y sus mujeres, en dejarme fotografiarlos. Una noche que estaba yo cambiando las placas en una vieja casa vacía, llamó á la puerta un grupo de curiosos que se había reunido con el deseo de presenciar los secretos ritos en que me ocupaba. Tras una deliberación de varios días, consintieron los indios en enseñarme el sitio dedicado á sus danzas, ó como ellos lo llaman, su *tunamoti* (el arco musical).

CAPÍTULO XXVIII

LA VISTA DEL PACÍFICO DESDE LO ALTO DE LA SIERRA—MÁGICO IDILIO—LOS CORAS NO CONOCEN EL MIEDO—UN INDIO QUE NO LO ES—EL PUEBLO DE JESÚS MARÍA—HERMOSO EJEMPLAR DE SACERDOTE CORA—UN PADRE ME DENUNCIA COMO MISIONERO PROTESTANTE.

DESPUÉS de una estancia de quince días, dije adiós á Santa Teresa. El alcalde, que se había vuelto muy amigable, me acompañó por el llano donde está situado el pueblo, el cual se extiende, interrumpido á veces por pinares, como tres millas al oeste. Me rogó que no me olvidase de los coras cuando viese á la primera autoridad de Tepic, y que consiguiera del Gobierno mexicano que los dejasen conservar sus antiguas costumbres que habían sabido les querían prohibir. Tal temor carecía de fundamento. También me suplicó que empleara mi influencia para impedir que en las cercanías se establezcan blancos ansiosos de apoderarse de las grandes selvas.

Encontré un amigo en un cora llamado *Nuberto*, hombre de sesenta años, de buen corazón y genio franco, que consintió en ser nuestro guía. La senda sigue por todo el flanco izquierdo de la Sierra Madre, y en ocasiones á sólo pocas varas abren paso repentinamente las montañas á los valles y cerros de las estribaciones. Al irse aproximando el término de aquella jornada, presentósenos una vista perfectamente abierta de la tierra caliente, que se dilataba á nuestros pies hasta el Océano Pacífico en una distancia que, yendo en mula, se requeriría una semana para recorrerla. La extensión que se ensanchaba ante nosotros ofrecía un panorama cubierto de colinas que parecían hundirse cada vez, más y más bajas, hacia el

oeste, donde las saladas lagunas de la costa podían distinguirse con claridad, como listas de plata entre la bruma de color gris rojizo de la tarde Acaponeta estaba sobre la misma línea que partía de nuestro punto hacia el sol poniente. En aquel sitio, á 8,000 pies sobre el nivel del mar, todo era plácido y tranquilo; no se escuchaba ni un soplo de viento. Al borde de la cima, hacia el mar, crecía un ciruelo en flor (*prunus*) y algunas encinas. En todas las demás direcciones, veíanse los inmensos y silenciosos pinares que cobijan á los coras, pero no se advertía el menor rastro de vida humana. Todo se antojaba sereno, pacífico, quieto y tranquilizador.

¡Cuan delicioso sería establecerse allí! ¡Mi vida pasaría tan descansada! Me ayudarían los indios á construírme una cabaña, donde unido á alguna de aquellas lindas coras, quien de seguro tendr a una vaca ó dos que me proveyeran de una bebida civilizada, viviría sin que llegasen hasta mi sosegado retiro las contiendas y agitaciones del mundo. Los días se sucederían en la misma imperturbable paz, sin que mi amada interrumpiese la serenidad de mi vida, porque sería como la laguna, exenta de la más leve oleada en su superficie. Alguna vez el espíritu de las fiestas la impulsaría á pronunciar alguna airada palabra, pero sin intención de decir mucho, y pronto volvería á asumir su plácido papel de siempre, entregándose á la ordenada regularidad de su existencia diaria. ¡Qué espléndida ocasión para estudiar á aquel pueblo, para conocerlo á fondo y familiarizarme con todas sus antiguas ideas y creencias! Quizás resolvería así alguno de los misterios que velan la actividad del entendimiento humano. Mas para conquistar esa gloria,—tendría que alcanzarla á costa de vivir de tortillas, frijoles y pinole!

"Vivir podré sin música, sin arte,
Sin poesía, emociones ni conciencia,
Sin amigos, sin libros; pero nunca
Sin tener una buena cocinera."

Conviniendo, pues, con la eminente autoridad citada, volví á la realidad y proseguí mi viaje.

Llegué á poco á una pequeña falda muy fértil, cubierta en parte de rastrojo. En el último extremo de la misma había un gran rancho llamado La Ciénega, frente al cual se erguían dos ó tres magníficas encinas de ramas bien revestidas de verdes hojas. La gente del lugar me mostró buena disposición para venderme algunas provisiones necesarias, por lo que me detuve un día.

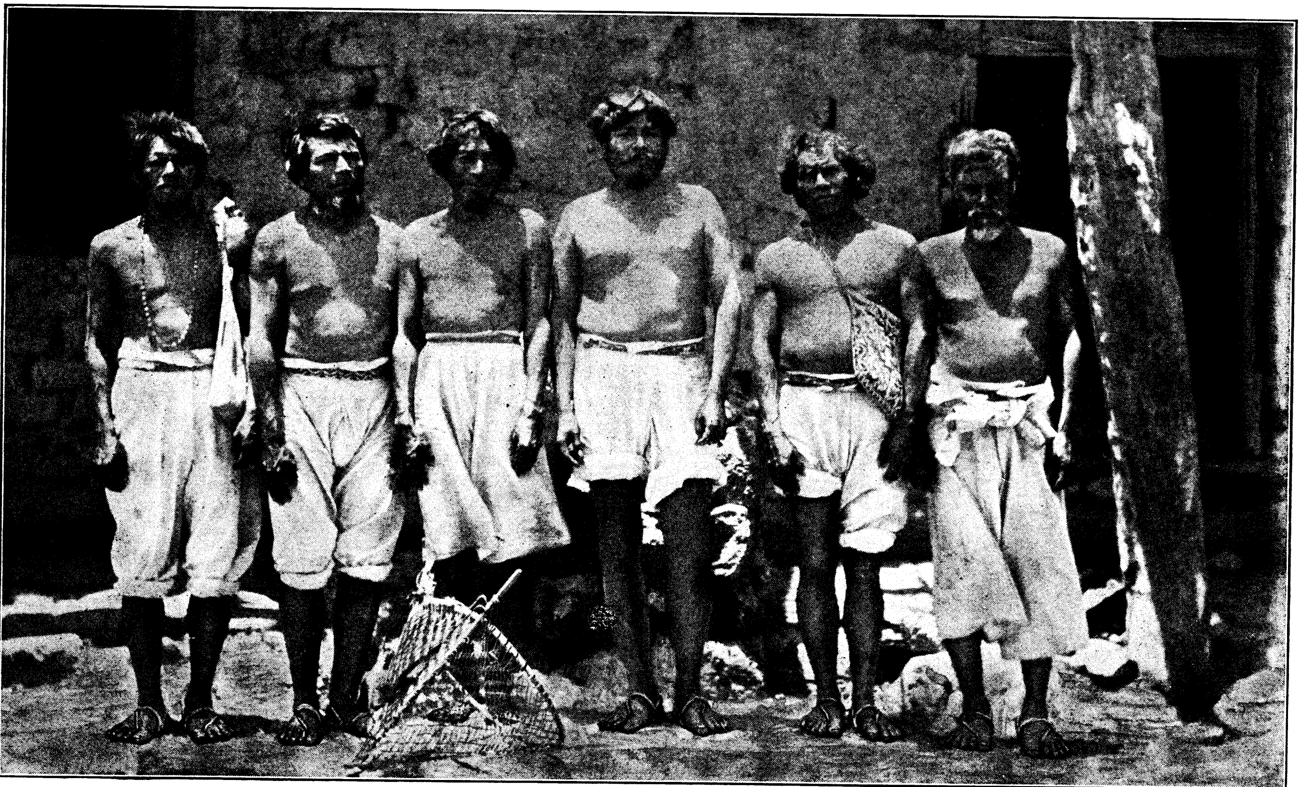
Al descender hacia el famoso pueblo Mesa del Nayar, se disfruta de una espléndida vista de las altas montañas que forman el límite occidental de la región de los huicholes, y avanzan hasta el frente del cañón de Jesús María como amurallado baluarte de un azul nebuloso. Descansa el pueblo en un llano de menos de una milla de extensión en todos sentidos, sobre la falda de la sierra, con horizonte descubierto únicamente por el este. Sobre la mesa que domina al pueblo, hay un ídolo del sol poniente "mirando á México," según dicen los indios. Esta mesa es la denominada Tonati por los cronistas; los coras la llaman Nayari, de donde se derivó el nombre de toda la sierra. Igual nombre se aplica á una cueva de la localidad donde depositan los coras, lo mismo que los huicholes, sus objetos ceremoniales y otras ofrendas. El sol poniente es motivo de culto para ambas tribus. Los indios vigilan celosamente la cueva y nunca la enseñan á los extraños. En ese lugar está realmente el término de la Sierra del Nayar, pues de allí sigue bajando gradualmente hasta el Río de Álica ó Río Grande de Santiago, punto en donde termina la Sierra Madre.

La gente de la localidad, aunque amigable, me mostró menos simpatía y mucha mayor reserva que la de Santa Teresa, y no pude hallar quien me revelase los secretos de la tribu, no obstante que sus hermanos de la otra tribu les habían mandado decir que no recelasen de mí. Con todo,

los coras no son asustadizos. Cualquier forastero puede entrar en una casa sin más ceremonia que el habitual saludo "¡Ajú!" Al acercarme una vez á una habitación, una pequeñuela muy bonita, escasamente de tres años de edad, se adelantó corriendo á mi encuentro, armada de un gran cuchillo que empuñaba animosamente con su manecita, y seguida por su madre que trataba de deternela. Los niños, lejos de huír de uno, se acercan con curiosidad. Habiendo entrado mis dos perros en una casa, fueron encontrados por una chicuela de unos cuatro años de edad que salía en ese momento. El perro de la casa, que estaba dentro, comenzó al punto á ladrar á los intrusos, pero la muchachita prosiguió su camino, sin que le cambiase en lo más mínimo la expresión de su rostro.

Aunque los coras de la localidad conserven más completamente que en otras partes sus tradiciones y costumbres, no vi que ninguno de los adultos llevara el traje nacional consistente en calzoneras de ante y un cotón muy corto que apenas llega abajo del pecho, tejido á domicilio, de lana teñida con añil. Sólo encontré un muchacho con dicho vestido, y, según me dijeron, su padre lo usaba también. Los coras, sin embargo, no admiten que se les confunda con sus "vecinos." Así pues, cuando algunos de los principales consintieron en dejarse fotografiar, les pedí, con el propósito de obtener imágenes directas de su físico, que se quitasen la camisa, á lo cual se negaron; pero hiciéronlo inmediatamente que les dije que con ellas parecerían "vecinos."

El gobernador era un hombre original y curioso. Pretendió primero que me alojara en la Comunidad, lo que no acepté; pero como se empeñara en tenerme al mayor alcance posible de su vigilancia, convine en acampar á media distancia del pueblo, de lo que al principio había pensado. No bien acabé de levantar mi tienda de campaña, vino acompañado de un amigo suyo. Era muy afi-



Coras de Mesa del Nayar.

cionado á la conversación, y á ella estuvo entregado durante dos horas, sin interrumpirla más que para escupir cada veinte minutos. Su compañero, envuelto en su cobija, cabeceaba entretanto, y siempre que su jefe se detenía para salivar, murmujeaba un "jé" en señal de asentimiento. La lengua cora es gutural, pero muy melodiosa, y oída á distancia me producía el efecto de estar oyendo la cadencia de uno de los dialectos del interior de Noruega. Sin embargo, el monólogo del gobernador pronto me pareció fatigoso, y acabé por arreglar mi cama y recostarme en ella. Retiráronse al rato, pero todas las noches, mientras estuve allí, volvía el buen hombre con su cargante charla, no quedándome más recurso que entregarlo á mis criados para que le dieran palique mientras el sueño no los vencía. Gustábale que le hablaran de otras tierras, de los osos que hubiéramos encontrado y de la gran guerra, pues suponía que por fuerza la habría en alguna parte; y no se retiraba sino hasta pasada la media noche, cuando ya todos estábamos dormidos. Era viudo, y de hecho fue él el indio menos indio que he conocido jamás.

Como cinco millas al este de la Mesa del Nayar, comienza la subida hacia el pueblo de Jesús María. El valle es ancho y está sembrado de cerros, y la vejetación parece de tierra caliente. Abundaban especialmente, aun en el borde de la mesa, los matorrales de espinos secos y macilentos llamados *huisaches*, palabra que en el lenguaje vulgar sirve para designar al tramposo, dándose, por ejemplo, el nombre de huisachero al abogado maula y chicanero. Dicho arbusto se puede equiparar á la palma jurista ("lawyer palm") de la Australia tropical.

Jesús María parece á distancia casi una ciudad, situada en una pequeña planicie sobre la margen del río. Son de grande efecto su antigua y majestuosa iglesia, de estilo morisco, con el ancho cementerio que la rodea y los abultados edificios que usualmente acompañan á los viejos tem-

plos españoles, todo ello en medio de cerros cubiertos de pitahayos. Las demás casas parecen bastante humildes. Avancé un poco más allá del pueblo, hasta la confluencia del arroyo del Fraile con el río de Jesús María. Como sopla todas las tardes un fuerte viento producido por el enfriamiento del aire caliente de la barranca, en lugar de levantar mi tienda de campaña, hice que me formasen un cobertizo abierto. Dura el viento hasta la media noche, pero las mañanas son serenas y frescas. Los coras consideran que ese aire es benéfico para que se desarrolle el maíz, y á efecto de que persista, le ofrecen el sacrificio de un tamal de ceniza, de dos pies de grande.

Son los coras del cañón, y probablemente los de toda la tierra caliente, de carácter más dulce que sus hermanos de la sierra, pero tan amantes de sus propias conveniencias unos como otros.

Las casas del pueblo se hacen de piedra y se techan con paja, mas como no tienen ventilación se calientan extraordinariamente. Frecuentemente vi en aquellas cabañas á muchos individuos resfriados, tendidos sobre el suelo. Durante el verano, prevalece también en el valle una enfermedad que enrojece é inflama los ojos; pero á pesar de lo malsano de la región, alcanzan los indios notable longevidad y sus mujeres se conservan admirablemente. Es característico de todas las indias el vivir largos años, ventaja que será perdonable que les envidien muchas mujeres blancas.

Viven allí veinte mexicanos, inclusos los niños, todos pobres, sin casa ni tierras propias; pero habitan en el convento y arriendan terrenos de los indios. Estos, por supuesto, son nominalmente católicos, y atiende á sus necesidades religiosas el padre de San Juan Peyotán. Supe que hará apenas unos cuarenta años, eran conducidos á la iglesia sólo á fuerza de latigazos. Quedan familias que llevan á sus muertos á cuevas de difícil acceso cuya entrada

cierran, sin enterrar á los cadáveres, y aun bailan mitote en ocasiones, más ó menos secretamente.

Los indios pescan cangrejos y pececillos con una especie de redes de mano, tejidas de hilo de algodón, que retienen extendidas con los codos mientras van arrastrándose entre las piedras del río; y se sumergen, llevando la red en igual disposición, en los lugares profundos.

Al siguiente día de mi llegada, pidiéronme que fuese á la comunidad para leer mis papeles al pueblo. Hecho esto, les expuse que necesitaba que me vendiesen algún maíz y frijol, un cotón azul de los que allí fabrican y otros objetos que me interesaban; pedíles que me proporcionasen dos hombres seguros á quienes poder enviar á la ciudad de Tepic por mi correspondencia y por dinero, y les manifesté que deseaba retratarlos, que me enseñasen sus cuevas sepulcrales y me enviasen un buen curandero y algunos intérpretes. Tuve los mensajeros que pedí, pero necesitaron dos días para preparar las tortillas que iban á llevar como provisiones. Mi deseo de ver los sepulcros fue mal recibido; pero pronto me enviaron el médico sacerdotal que llegó á poco á la casa de la comunidad, y sin haberme visto, dijo á las autoridades que "era muy conveniente contar á ese hombre todo lo relativo á las antiguas creencias, para que el Gobierno lo supiera." Cuando se me presentó, me besó la mano como si yo fuese un padre, y tuve una entrevista por todo extremo interesante con aquel leal y bondadoso viejo acerca de los mitos, tradiciones é historia de los coras. Deduje por lo que me dijo que debía de andar muy cerca de los cien años, y no obstante ello, no tenía una sola cana en la cabeza. Conservábase fuerte y en pleno goce de sus facultades, aunque un tanto sordo, y mientras me hablaba ocupábase en tejer una red para pescar.

Lo tuve conmigo todo un día y parte del siguiente, pero como se mostrase ya entonces muy fatigado mentalmente, lo dejé irse.

Había un indio, llamado Canuto, que sabía leer y escribir, quien, llevado de una grande afición á las cosas de iglesia, fungía como sacerdote. Supe que subía al púlpito á decir sermones en lengua cora, y hasta había pretendido bendecir el agua, lo que el padre le había prohibido hacer. Aquel indio suspicaz, intolerante y ferviente católico fue el primero en quien había yo visto perdida enteramente la primitiva fe. Era enemigo de que se danzara el mitote y no lo veían con buenos ojos los demás indios. Todo el tiempo que permanecí allí, no cesó de trabajar contra mí, porque el cura de San Juan Peyotán, según llegué á saber, me había denunciado ante el pueblo.

Dos comerciantes de la localidad, que me habían visto en Santa Teresa, hablaron al padre de la presencia de un misterioso *gringo*, provisto de muchos cajones y mulas de carga que daba á los coras "preciosas alhajas" para comprarles sus almas, y asistía á sus danzas. El padre, sin conocerme siquiera, sacó por consecuencia que era yo un misionero protestante de viaje, y un día, después de la misa, exitó á sus fieles contra el maligno protestante que andaba corrompiéndoles el corazón y perturbando aquel valle donde siempre había reinado la paz. "No aceptéis nada de ese hombre, les dijo; ni su dinero; no consintáis que éntre en la iglesia y no le deis ni un vaso de agua." Este padre, según me contaron personas fidedignas, hacía que los jueces de San Juan y de San Lucas castigasen á hombres y mujeres por ofensas que no caían bajo su jurisdicción. Á los hombres se les ponía presos, y á las mujeres les aseguraban á los tobillos una tabla redonda y pesada que tenían que arrastrar una ó dos semanas á donde quiera que fuesen, lo que, aparte de la gran dificultad que les daba para moverse, no las dejaba arrodillarse para moler en el metate.

Sus sermones contra mí causaron profunda impresión en ignorantes mexicanos de aquel remoto rincón del mundo,

quienes, por consiguiente, me miraban mal y procuraban evitarme. Á falta de otra cosa, inventaron todo género de extraños cargos respecto de mí: que andaba examinando las tierras para Porfirio Díaz, que queria vender el territorio de los coras á los americanos, que recurría únicamente á los indios porque eran más confiados y fáciles de descarriar, pues mi propósito era hacerlos masones. Un francmasón es lo único que produce en aquelles gentes miedo y horror supersticiosos. Aun mis cartas de recomendación eran reputadas dudosas y falsas. Con todo, un viejo á cuya mujer curé, me dijo que también los protestantes son cristianos, y que en su opinión yo era mejor que los protestantes. Por fortuna para mí, eran los indios poco impresionables, y como nada malo les habían dicho á mi respecto sus hermanos de la sierra, no les infundía ningún recelo un hombre que no los engañaba y que mostraba interés por sus antiguas creencias y costumbres, en tanto que los padres habían siempre dado buena cuenta de sus objetos sagrados, destruyéndolos y quemándolos.

Volvieron, al fin, mis mensajeros después de una ausencia de doce días, y me sorprendió verlos acompañados de dos gendarmes. El Jefe Político del Territorio de Tepic no sólo había tenido la bondad de hacer que me pagasen el cheque de unos $200 que había remitido, sino que consideró prudente enviarme el dinero protegido por una escolta, precaución que agradecí debidamente, y como lo único que esperaba era el regreso de dichos hombres, dispúseme á subir el río hacia el cercano pueblo de San Francisco, cuya población se halla más libre de la influencia mexicana.

Cuando derribaron mi barraca, encontré entre mis efectos diez alacranes, pues en aquel cañón abundan mucho. Dijéronme que había sido preciso abandonar un punto situado arriba de San Juan Peyotán, á causa de tales bichos. La picadura del escorpión es de lo que más se quejan en aquellos lugares, y frecuentemente mueren niños á conse-

cuencia de ella, aunque no todas las clases de escorpiones son peligrosas. Es opinión general que los alacranes pequeños y amarillentos son los más temibles, y el cura de Santa Magdalena, del Estado de Jalisco, me aseguró que había conocido personas adultas que muriesen de la picadura en el término de dos horas.

Parecen tener los escorpiones de México decidida preferencia por ciertas localidades, donde se les encuentra en gran número. En la ciudad de Durango, anuncian en los hoteles, como para atraer clientela, que no hay alacranes. Durante varios años, según estadísticas municipales, estuvieron matándose anualmente como 60,000 de dichos insectos, por cada uno de los cuales pagaba la autoridad un centavo, y había personas que ganaban un peso diario con esta industria. Con todo, mueren todos los años, víctimas de las picaduras, como cuarenta personas, en su mayor parte niños.

Supone el cura que acabo de citar que hay una zona propia para los escorpiones que se extiende desde el mineral de Bramador, cerca de Talpa, en el territorio de Tepic, hasta la ciudad de Durango, pero cuya amplitud lateral no podía él determinar. En Santa Magdalena los alacranes no son muy peligrosos.

CAPÍTULO XXIX

CORDIAL RECEPCIÓN EN SAN FRANCISCO—MEXICANOS AL SERVICIO DE LOS INDIOS—LA ESTRELLA DE LA MAÑANA, GRAN DIOS DE LOS CORAS—EL PRINCIPIO DEL MUNDO—COMO SE OBTUVIERON LAS PRIMERAS NUBES—EL CONEJO Y EL VENADO—AFORISMOS DE UN SACERDOTE CORA—UNA NOCHE EXTRAORDINARIA—Á CAZA DE CALAVERAS—LA INFLUENCIA DEL PADRE ME IMPIDE AVANZAR—MARCHO Á LA REGIÓN DE LOS HUICHOLES—UNA DESERCIÓN.

EN el pueblo de San Francisco, bellamente situado en una vuelta del río, fui muy bien recibido. La Casa Real, otro nombre del edificio generalmente designado con el de La Comunidad, se había barrido dejándola muy limpia y fresca, y acepté la invitación que me hicieron de alojarme en ella. Me fue proporcionado el inaudito lujo de una cama ó más bien de una armazón de cama, tejida de fuertes correas, que saqué al corredor, porque el cuarto era oscuro y me pareció preferible para guardar las sillas y aparejos que en el primero estaban. Encomendaron á dos indios que durmiesen cerca para cuidarme, y como hiciese reparos á esto, me informaron que dos individuos de Jesús María habían hablado de matarme como medio más sencillo de cumplir las órdenes del padre. Sintiéndome muy á mis anchas entre aquellas gentes afectuosas y bien intencionadas, pagué á mis sirvientes dejándolos que se volviesen á sus casas, pues suponía que cuando resolviera marcharme nuevamente, podría encontrar quienes me ayudaran á llegar al territorio de los huicholes. Á un curandero más entendido que todos los demás, se le comisionó para darme los informes que yo deseaba acerca de las antiguas creencias y tradiciones de los coras.

Los indios consintieron asímismo en permitirme asistir á su mitote, que en aquella época del año se celebra todos los miércoles, por cinco semanas consecutivas, á fin de atraer la estación de las aguas. La cuarta fiesta del año iba á efectuarse el 22 de mayo. En cuanto á las cuevas sepulcrales, negáronme al principio que hubiese cráneos en las cercanías, pero acabaron por consentir en enseñarme algunos. Más tarde, sin embargo, un importante curandero se opuso á ello, amonestando seriamente al pueblo, porque los muertos que ayudaban á hacer caer la lluvia podían, al menos, ser inducidos á no detener las nubes.

Había algunos coras de ambos sexos casados con personas de la raza criolla de México, y por primera y última vez en todos mis viajes tuve allí la complacencia de ver á mexicanos pobres de otras regiones del país, trabajando en los campos de los coras, que les pagaban el acostumbrado jornal de veinticinco centavos: una vez siquiera los verdaderos dueños del suelo mantenían sus propios derechos.

Vi cerca de algunas casas de San Francisco jículis cultivados, con hermosas y grandes flores blancas. La planta se usa en los mitotes, pero no de un modo general.

En ambos lados del escarpado arroyo próximo á San Francisco, había gran número de antiguas paredes de piedras sueltas, colocadas unas encima de otras, á manera de fortificación. En otras localidades, y á veces en lugares donde menos podía esperarse, hallaba numerosas figuras circulares formadas con piedras encajadas perpendicular y sólidamente en el suelo, á la manera de las descritas en las primeras páginas de esta narración.

Tenía el pueblo, *mirabile dictu!*, un profesor huichol á quien las autoridades consideraban, con justicia, preferible al común de los maestros mexicanos. Era uno de los nueve muchachos á quienes el Obispo de Zacatecas, durante una visita pastoral que hizo en 1879 por la región de los huicholes, había recogido con la mira de educarlos para

la profesión sacerdotal. Después de una vida aventurera fuera de su propia tierra, había vuelto á ésta con la resolución de quedarse. Aunque no había que dar crédito completo á sus palabras, me ayudó á conservarme en buena inteligencia con los coras y le debo, hasta cierto punto, agradecimiento.

Uno de los rasgos característicos en las complicadas ceremonias de la tribu, relacionado con las edades de los niños y niñas, son las libaciones del mezcal de fabricación indígena. También se practica, al menos entre los coras de la sierra, y siempre durante el plenilunio, la extracción del cochiste, como entre los aztecas.

Se comienzan á casar desde la edad de quince años y suelen vivir un siglo. Los padres del varón arreglan el matrimonio sin consultar la voluntad de su hijo, y se presentan cinco ocasiones, con intervalos de ocho días, á pedir la novia que han escogido. Si ella consiente, no hay más que decir. Conocí un hombre que no había visto nunca á su "prometida" cuando le dijeron sus padres que ya le habían hallado novia; tres semanas después se había casado, y la pareja, como en los cuentos de hadas, siguió viviendo muchos años feliz. Sus padres y abuelos habían cumplido con los ayunos previos á la boda. En San Francisco vi hombres y mujeres ya casados, ó comprometidos para casarse, bañándose juntos en el río.

El ayuno es también característico de la religión de los coras, y se considera condición esencial para tener lluvias y buenas cosechas. Á veces se observa la abstinencia de no beber agua durante dos días, cuando la sequía se prolonga. En tales ocasiones los indios principales deben ayunar por el resto del pueblo, y enciérranse para ello en la comunidad, donde se sientan á fumar con los ojos fijos en el suelo.

Los coras del cañón no están siempre, en verano, con-

formes con el Padre Sol, porque es feroz, produce enfermedades y mata hombres y animales. Chulavete, la Estrella de la Mañana, que es el genio protector de los coras, tiene constantemente que vigilar al Sol para que no los perjudique. Antiguamente, cuando apareció por primera vez el Sol, el Lucero de la Mañana, que es frío y, por lo mismo, enemigo del calor, disparó contra el primero, que había llegado á la mitad del cielo. Lo hirió en el pecho, y lo hizo caer sobre la tierra; pero un viejo lo volvió á la vida, y el Sol pudo levantarse y salir de nuevo.

La Estrella de la Mañana es el principal dios de los coras. Con frecuencia van al amanecer á lavarse en alguna fuente por ella. Creen que es un hermano, un joven indio armado de arco y flecha, que intercede con los demás dioses en favor del pueblo. Lo invocan á que se presente en sus danzas y le exponen lo que desean para que lo comunique al Sol, á la Luna y al resto de los dioses.

La patética leyenda de las modernas aventuras de este héroe-dios pinta de un modo gráfico la condición en que consideran los indios que se halla aquél después de la llegada de los blancos. Chulavete era pobre, y los ricos no lo querían; pero cuando vieron que era buen hombre, le cobraron afición y lo invitaban á comer. Asistía á los convites vestido como los "vecinos," pero una vez fue casi desnudo, como andan los indios. Cuando llegó á la casa, se detuvo á la puerta, y el dueño salió con un ocote para ver quien era No reconociéndolo, le gritó: "¡Vete de aquí, indio puerco! ¿Qué andas haciendo?" Y con la tea le quemó los brazos y las piernas al asustado Chulavete. Al día siguiente recibió otra invitación á comer con los "vecinos." Esa vez se trasformó en un individuo barbado, de color algo blanco, y se puso el vestido con que lo conocían. Llegó en un buen caballo, con fino zarape al hombro, sable al lado y sombrero ancho. Salieron á recibirlo en la puerta y lo introdujeron en la casa.

"Aquí estoy para ver en que puedo servir á ustedes," les dijo.

"¡Oh, no!" contestaron. "Lo hemos invitado porque lo queremos, no para que nos sirva. Siéntese á comer."

Se sentó á la mesa que estaba repleta de todas las buenas cosas que comen los ricos. Puso una pieza de pan en su plato, y en seguida comenzó á frotarse con él brazos y piernas.

"¿Por qué hace usté eso?" le preguntaron. "Lo hemos convidado á comer lo que comemos."

Chulavete respondió: "Ustedes no quieren que sea mi corazón el que coma, sino mi vestido. ¡Miren! Anoche era yo el que se acercó á la puerta. El hombre que salió á verme, me quemó con su ocote y me dijo: Indio puerco, ¿qué quieres aquí?"

"Pero, ¿era usté?" le preguntaron.

"Sí, señores, era yo. Como nada me dieron ayer, veo que no soy yo á quien ustedes quieren dar de comer, sino á mi vestido, y á mi vestido le daré todo." Y tomó el chocolate y el café, y se los vació encima como si fuesen agua; hizo pedazos el pan y se estregó con ellos la ropa. El arroz en leche, el arroz con pollo, el atole dulce, la carne con chile, el dulce de arroz, el caldo de vaca, todo se lo echó encima. Los ricos estaban asustados y le decían que no lo habían conocido.

"Ustedes me quemaron ayer porque era indio," les dijo. "Dios me ha hecho indio en el mundo. Pero ustedes no hacen caso de los indios porque andan desnudos y son feos." Tomó el resto de la comida para hecharla sobre el caballo y la silla, y se fue.

Los coras afirman que llegaron del oriente y que eran un gran pueblo de anchas y hermosas caras y de largos cabellos. Hablaban entonces otra lengua, y había "ve-

cinos." Según otra tradición, los hombres llegaron del oriente y las mujeres del poniente.

En el principio, la tierra era una llanura llena de agua, y por lo tanto se pudría el maíz. Los antiguos habitantes tuvieron que pensar, trabajar y ayunar mucho para conseguir un mundo en forma. Bajaron todos los pájaros á ver si podían poner en orden la tierra para que se sembrara el grano. Rogaron primeramente al zopilote de cabeza roja, la principal de todas las aves, que lo arreglara todo, pero dijo que no podía. Llamaron á todas las aves del mundo, una tras otra, para inducirlas á la obra, pero ninguna quiso emprenderla. Por último llegó el murciélago, muy viejo y muy arrugado. Tenía blancos los cabellos y la barba de tanto que había vivido, y llevaba la cara llena de polvo porque nunca se baña. Se apoyaba en un palo, porque era tan viejo que apenas podía andar. Él también dijo que no era competente para llevar á cabo tal tarea, pero consintió al fin en emprender lo que ejecutó. Esa misma noche se lanzó á volar precipitadamente, abriendo salidas para las aguas; pero tan profundos hizo los valles, que era imposible recorrerlos. Las personas principales se lo reprocharon y contestó: "Volveré, entonces, á ponerlo todo como estaba."

"¡No, no!" dijeron ellos. "Lo que queremos es que las laderas sean un poco más inclinadas, que nos quede alguna tierra pareja y no todo sean montañas."

El murciélago consintió en hacer lo que le pedían, y las personas principales le dieron las gracias. Así ha quedado el mundo hasta el presente.

Como no quería llover, las cinco personas principales enviaron al colibrí hacia el oriente al lugar donde habitan las nubes, para rogarles que vinieran. Las nubes llegaron muy rápidas, mataron al colibrí y luego se volvieron á su casa. Á poco resucitó el pájaro y contó á los principales

que las nubes se habían ido. Envióse entonces á la rana con sus cinco hijos, de los que fue dejando uno en cada montaña, al encaminarse al oriente. Llamó á las nubes para que bajaran, y ellas la siguieron y alcanzaron en el camino, pero se escondió debajo de una piedra, y las nubes pasaron adelante. Entonces el quinto hijo de la rana las llamó á su vez, y cuando lo alcanzaron se escondió también bajo una piedra. Entonces el cuarto hijo llamó á las nubes y se escondió. Hizo lo mismo el tercero, y luego el segundo, y finalmente el primero, que había sido colocado en una montaña desde donde se divisaba el mar, al poniente de la sierra. Cuando las nubes se volvieron á ir, las ranas comenzaron á cantar alegremente, como siguen haciéndolo después de que llueve, y todavía se esconden debajo de las piedras cuando cae el agua del cielo en la tierra de los coras.

El conejo tenía antiguamente pezuñas como los venados, y el venado tenía uñas. Se encontraron una vez en el camino y se saludaron como buenos amigos. Dijo el venado: "Oye, amigo, préstame tus cacles para ver como me quedan. Sólo por un momento." El conejo, que tenía miedo de que el venado se los cogiera, primero no quería, pero consintió al fin; y el venado, luego que se los puso, se paró y comenzó á bailar. "¡Oh, qué bonito suenan!" dijo. Dio cinco vueltas y se puso á bailar mitote y á cantar. El conejo estaba sentado mirándolo, muy afligido y temeroso de que el venado no le devolviera sus sandalias. El venado le pidió permiso de dar cinco grandes vueltas sobre las montañas. El conejo le dijo que no, pero el venado se fue prometiéndole que pronto volvería. Regresó cuatro veces, pero á la quinta vuelta ya no pareció. El conejo trepó á una montaña y vio al venado ya muy lejos; lo quiso seguir, pero no pudo, porque estaba con los pies descalzos. El venado nunca devolvió las pezuñas al conejo, quien sin ellas se ha quedado hasta ahora.

Tuve muchas interesantes entrevistas con el viejo adivino que me proporcionaron las autoridades. Me confió que durante muchos años había cumplido fielmente con su deber como principal cantor de la comunidad, pero que de repente lo habían acusado de que practicaba la hechicería y querían castigarlo. Como era muy inteligente y sincero, me fue de mucha utilidad, especialmente por el rencor que guardaba contra sus compatriotas por aquella acusación. Sin duda se había alegrado de mi llegada por la oportunidad que le ofreció de rehabilitarse, pues por primera vez desde hacía tres años, lo contrataron para cantar en una danza. Sea lo que fuere, lo cierto es que me proporcionó muy valiosos informes; elucidaba mejor que cualquiera otro adivino de los que hasta entonces había tratado, las tendencias del pensamiento indio, y su conversación estaba llena de aforismos y opiniones sobre las ideas que tienen los indígenas de la vida.

Refiriéndose á las reglas y observancias á que los indios se tienen que sujetar para asegurarse el alimento, la salud y la vida, me decía: "Un hombre tienen que trabajar mucho para vivir. Cada tortilla que comemos es resultado de nuestro trabajo. Si no trabajamos, no llueve." Aunque el "trabajo" consista en ayunar, implorar y bailar, no deja de ser pesado.

Recogí también las observaciones siguientes:

Nosotros no sabemos cuantos dioses hay.

La luna es hombre y mujer combinados; los hombres ven en ella una mujer, las mujeres un hombre.

Es mejor dar mujer al hijo antes de que abra mucho los ojos; sinó, no sabrá la que necesita.

La enfermedad es como una persona: oye.

Todo está vivo; no hay nada muerto en el mundo. La gente dice que los muertos están muertos; pero están mucho más vivos que antes.

Acompañóme por la tarde mi amigo al lugar donde se iba á celebrar el mitote, y fuime desde la víspera, porque los preparativos requieren dos días y tenía empeño en verlo todo. Estaba dicho punto á algunas millas de distancia en una remota localidad, sobre la cima de un cerro cuya parte superior se componía principalmente de piedras enormes, varias de las cuales eran de una forma tan regular que parecían labradas á cincel. Crecían aquí y allí, en los pocos espacios descubiertos, algunos arbustos. En medio de la gran masa de piedras, se había dispuesto un claro para que sirviese de patio de baile. Aquellas pesadas piedras, por muertas que parezcan, no lo están para los indios, y constituyen los antepasados ó *tácuats* de los coras. Una vez iban los antiguos á un mitote, tal como estaba ocurriendo con nosotros; pero habiendo salido la Estrella de la Mañana antes de que llegasen á su destino, todos quedaron convertidos en piedras, forma en que continúan apareciendo desde entonces. Mi compañero me señaló las varias figuras de hombres, mujeres y niños que simulan las rocas, con sus envoltorios y canastas, fajas, etc., y á la indecisa luz del crepúsculo no era difícil comprender de que manera han llegado los indios á la concepción de las formas fantásticas de que juzgan rodeado aquel paraje. Hasta una montaña puede ser un *tácuat*, y todos los *tácuats* son dioses á quienes veneran y ofrecen alimento los coras; pero es malo hablar acerca de ellos.

Siempre había sido un misterio para mí por qué se fabricaban los pueblos primitivos ídolos de piedra para adorarlos; pero lo que para nosotros es piedra, bien pudiera ser para los indios un hombre ó un dios de los antiguos tiempos, después petrificado. Al esculpir las facciones, la cabeza, el cuerpo ó los miembros sólo representan ante sus ojos físicos lo que ven con los del entendimiento. Á menos que desde la infancia se substraiga al indio del seno de su tribu, nunca podrá borrársele del corazón ese peculiar panteísmo.

En el centro del claro se erguía un magnífico árbol, todavía sin hojas, llamado *chócote*, y no faltaba alguna maleza al rededor del patio, que era muy viejo. Á sólo algunas varas más arriba, hay entre las rocas otro sitio semejante, con vestigios de mucha mayor antigüedad. Me habían prometido los indios que en aquella ocasión haría uno de los sacerdotes un ojo de dios para mí, y me enseñaron la piedra en que se sentaría á hacerlo, la cual se hallaba junto al árbol. Detrás había otras seis piedras semejantes colocadas en círculo al rededor del fuego, en lugar de los asientos que había visto en Pueblo Viejo. Las personas principales habían barrido el suelo por la mañana, y desde entonces se habían estado fumando sus pipas y platicando con los dioses.

Hallábase presente una mujer principal, ya vieja, acompañada de su nieta que representaba á la luna. Parecía que también tenían que atender á ciertos deberes religiosos que desempeñan por espacio de cinco años, comenzando á la inocente edad de tres la pequeña, quien, durante aquel término, vive con la anciana, sea ó no su pariente. La vieja tiene á su cargo la gran jícara sagrada de la tribu, empleo que sólo debe desempeñar una mujer de indudable castidad. Llámase á dicha vasija "Madre" y se le rinde culto. Consiste en la mitad de un gran bule redondo, adornada por dentro y por fuera con sartales de cuentas de colores y llena de copos de algodón que sirven para cubrir unas esculturas de piedra de grande antigüedad. Nadie más que la primera autoridad religiosa puede levantar aquel algodón que es símbolo de la salud y de la vida. El tecomate mismo se apoya sobre algodones. En las festividades, la mujer que lo cuida, llévalo al lugar de la danza y lo deposita en medio del altar. Tiene al rededor de todo el borde plumas de loro, y cada persona que llega va poniendo una flor sobre el algodón que hay dentro de la jícara. Tal vasija es realmente el santo



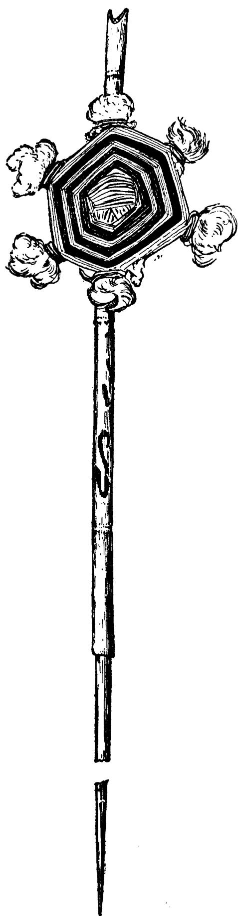
Patio sagrado de los coras, llamado *tauta*, supuesta residencia del gran Tácuat Oriental del mismo nombre. Fotografía tomada después del baile. El altar principal, á la derecha. El arco musical, retirado de su sitio, frente del banco.

patrono de la comunidad, una especie de madre de la tribu que no entiende, al decir de los indios, otra lengua que el cora. Los santos de los cristianos entienden el cora, el español y el francés; pero la Virgen María de Guadalupe entiende todas las lenguas indígenas.

Dejando á los principales preparándose para la danza, mi amigo y yo fuimos al día siguiente temprano á ver una cueva sagrada donde los huicholes celebran su culto, situada en el mismo cerro, fuera del territorio de la tribu. Había gran número de grutas y cavidades entre las piedras por donde caminábamos saltando de una en otra. Cerca de la orilla inferior de aquella acumulación de piedras, noté en el fondo de negros y profundos escondrijos saetas ceremoniales dejadas por los piadosos peregrinos de allende el límite oriental de la tierra cora. Llegamos á poco á una cueva donde para entrar había que descender, lo que era factible con ayuda de un palo ó de una cuerda. Me encontré dentro de uno de los antiguos adoratorios de los huicholes, en la cueva de su diosa de las Nubes Occidentales. La gruta no era grande, pero los muchos y singulares objetos rituales, de todas formas y colores, acumulados en ella, me produjeron una extraña impresión. Había gran número de flechas sagradas, muchas con diminutos lazos, á efecto de implorar buena suerte en la caza del venado; así como jícaras votivas, ojos de dioses y muchos otros objetos suplicatorios. En un rincón se veían cabezas de venado amontonadas con el mismo propósito. Al entar mi compañero, desapareció una rata en la sombra crepuscular de la cueva.

Pretendí tomar algunas muestras de tales artículos, pero me suplicó aquél que no lo hiciera para no impedir á las pobres gentes que habían llevado sus ofrendas, recibir los beneficios que esperaban. No se opuso, sin embargo, á que tomase yo un pequeño tejido rectangular adornado de figuras de hermosos colores. "Es una rodela, me

dijo;—los huicholes no hacen nada bueno con esas cosas, pues las colocan en los caminos que conducen fuera de su territorio, para impedir que nos venga la lluvia, y les pintan leones y otros animales feroces para asustar á la lluvia y hacerla que se devuelva."



Ojo sagrado cora, hecho en solicitud de salud y vida. Longitud, 80 cm.

Á nuestro regreso al patio de la danza, encontré al individuo que había recibido la comisión de hacer el ojo sagrado, tendido casi exhausto en una pequeña cueva, por haber ayunado muchos días. El amuleto ya casi estaba concluído después de varios encantamientos. Era muy bonito, de color blanco y azul, y tenía un copo de algodón sujeto en cada esquina; pero había perdido su eficacia respecto á mí por el hecho de no haber estado sentado junto al hombre que lo hacía, implorando lo que deseaba, condición necesaria si se pretende que la Estrella de la Mañana entienda claramente lo que el solicitante necesita.

En el altar junto al tecomate sagrado de la comunidad, se había puesto comida y muchos objetos rituales sin omitir las cinco mazorcas de siembra que se emplean á fin de que se logre cosechar el maíz requerido para las fiestas. Inmediatamente delante del altar, había en el suelo cuatro haces de hermosas plumas de cotorra.

Había enfrente, en el lado occidental del patio, otro altar más pequeño donde se había puesto, en vasijas de barro, pinole hervido, tortillas y una canasta de cerezas ó

capulines, todo para los muertos, pues si no se les satisfacía, perturbarían la fiesta. Después se tira el pinole, pero se come lo demás.

Llegó á poco el sacerdote ayunador y ocupó su puesto frente al altar principal, donde estuvo dirigiendo la palabra á los dioses durante media hora. Frente á él, se había clavado el ojo recientemente hecho; á su izquierda estaba en pie la muchachita, teniendo detrás á la vieja que la cuidaba y á un hombre que estaba fumando. Dos jóvenes, situados respectivamente á la derecha y á la izquierda, hallábanse provistos de palos para despertar á los que se durmieran en la noche mientras tenía lugar la danza.

El sacerdote imploró á la Estrella de la Mañana, le ofreció las mazorcas que iban á servir para la siembra y le suplicó que las hiciera buenas para la plantación, pues los dioses saben mejor que nadie hacer fructificar los granos porque les pertenecen. "Y en cuanto á este hombre, agregó refiriéndose á mí, todos vosotros lo conocíais antes de que saliera de su país. Á nosotros nos parece bueno, pero sólo vosotros conocéis su corazón. Vosotros le dais el ojo sagrado que ha pedido."

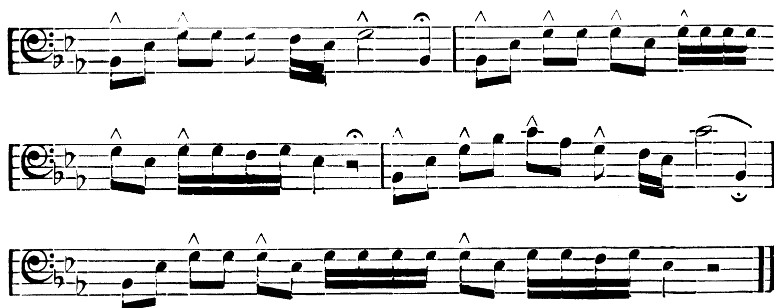
Poco después de oscurecer, comenzó el cantador á tocar un preludio en el arco musical que los coras siempre adhieren con pegadura en el bule, uniendo las dos partes para formar un instrumento. Colócase el guaje sobre una pequeña excavación hecha en el suelo para aumentar la resonancia. El cantor invoca á la Estrella Matutina para que baje acompañada de sus hermanos las demás estrellas, trayendo sus pipas y sus plumas, y bailando con las nubes que despiden al fumar. Ruégase también al Lucero de la Mañana que invite á los siete principales *tácuats* á que acudan con sus plumas y pipas.

Los coras bailan como los tepehuanes y los aztecas, pero con paso más veloz, y cada vez que pasan frente al altar, se vuelven con rapidez á él por dos veces. La vieja y la

pequeñuela bailaban á intervalos regulares, fumando la primera una pipa. La niña estaba adornada con plumas de loro en la frente y un penacho de plumas de urraca, que le salía por detrás de la cabeza. Á media noche dio cinco vueltas de danza, llevando una jícara de buen tamaño, con agua de un arroyo cercano que nace de la laguna santa.

Cantaba bien el sacerdote, pero el baile carecía de animación, pues eran pocos los que tomaban parte. Cuando la muchachita comenzó á bailar con su abuela, me senté en el pequeño reborde de una piedra, no lejos del músico. Al punto detúvose éste de tocar, cesó la danza, y con voz

Son de mitote cora, de Santa Teresa.



casi áspera y en extremo excitada, me gritó: "¡Venga á sentarse acá, señor!" Estaba evidentemente ansioso de que me quitara de aquel filo, y me ofreció mucho mejor acomodo en una de las piedras colocadas para las personas principales: ¡me había sentado inadvertidamente en un *tácuat!* Aquella roca sagrada tenía un hueco natural que, en opinión de los indios, es su tecomate votivo, y donde ponen pinole y otros comestibles. Mi amigo me dijo al otro día: "Nunca se había sentado nadie allí."

Más tarde, cuando hubo una pausa en la ceremonia, advertí que todos los hombres, en unión del sacerdote que cantaba, se reunían en una esquina del patio, sentándose en el suelo, donde se pusieron á deliberar acerca de los

cráneos que les había pedido. Uno de los principales les dijo que en un sueño le habían aconsejado la noche anterior, que no negara al "Señor" nada de lo que pidiera, porque necesitaba una "cabeza" y no quería irse sin ella. "Ustedes son ignorantes, y él viene aquí sabiendo mucho," le habían dicho en su sueño.

Todos se alarmaron, especialmente el que con más empeño se había opuesto á que se atendiera mi solicitud, y acabaron por convenir que lo mejor era darle al blanco lo que quería. Aun llegó el gobernador á interrogar á la asamblea si no sería lo mejor dejarme tomar las calaveras por la mañana temprano, juntamente con las demás cosas que deseaba, ó si habría que hacerlo á otra hora. Mi amigo el adivino propuso diplomáticamente que se me dejase á mí fijar el tiempo.

Obtuve por la mañana el ojo sagrado, así como una espléndida muestra de arco musical, provisto de su guaje, palillos, etc., todo lo cual fue sacado de una cueva cercana. Había otra próxima adonde acostumbran ir los hombres principales á pedir al Sol, á la Luna y á todos los demás *tácuats*, permiso para sus fiestas.

Concluyó la ceremonia del modo habitual aquella mañana; se sahumó con tabaco el grano para la siembra puesto sobre el altar, y se roció todo lo que en éste había, inclusos el arco sagrado y las flores, con agua lustral que regaban también, con una orquídea roja, sobre la cabeza de todos los presentes, para procurarles salud y felicidad. Esto se hace en nombre del Lucero de la Mañana, que esparce agua bendita sobre toda la tierra, y sobre el maíz y las frutas que comen los coras. Todos, hasta los niños, se llevan las flores á su casa, y las ponen en las grietas de la pared donde quedan hasta que la mano del tiempo las remueve.

La gente de Santa Teresa y de San Francisco, en ciertas fiestas pluviales, hacen con una pasta de maíz y frijoles

molidos una gran cigarra (*chicharra*), que ponen sobre el altar y reparten, cuando se ha acabado de bailar el mitote, entre los que han tomado parte en la ceremonia. Cada quien se come su parte, lo que se considera más eficaz que la danza misma.

Es evidente que las costumbres religiosas de los que habitan en el cañón de Jesús María van decayendo á causa, principalmente, de que cada día son más escasos los adívinos cantores, pero los curanderos tardarán todavía mucho tiempo en desaparecer. Como ahora tienen los indios que celebrar sus danzas secretamente, la nueva generación siente menos gusto por ellas y apenas se le presenta oportunidad de aprenderlas, con lo que se irán perdiendo poco á poco los cantos rituales y simbólicos de la tribu.

Mi amigo de San Francisco se quejaba conmigo de que los otros adivinos no supieran bastante bien las palabras de las canciones, y me decía que como Tayop (el Padre Sol) y los demás dioses no les entendían, nada podían conseguir de "los señores," pues era tanto como enviarles una carta mal escrita: "los señores" se la pasarían de mano en mano, y ninguno la podría leer.

Entretanto, mis esfuerzos por adquirir ejemplares antropológicos eran más laboriosos que fructíferos, porque no lograba encontrar quien me quisiera indicar donde podía hallarlos. Para colmo de males, hubo otro individuo que inoportunamente fue á soñar que ya tenía yo bastantes "cabezas," en virtud de lo cual no se me permitió buscar más; pero inconforme con las pocas reunidas, desde antes andaba en arreglos con un cora para que me condujera á un osario que él conocía, y después de muchas demoras que me dio, logré persuadirlo á que me acompañara.

Caminamos quince millas en dirección de Santa Teresa por una región abrupta y muy escasamente habitada. Bien á bien, sólo pasé por tres ranchos abandonados, y cerca

de uno de ellos maté un lagarto crustáceo (*Gila monster*),* que allí había hecho su guarida. Tenía aire de antigüedad el paisaje entero. Como media legua antes de llegar á las cuevas que buscábamos, di con una fortificación bastante extensa, advirtiendo de paso buen número de trincheras en un arroyo; y corría por la orilla de una alta meseta una pared de piedras sueltas. La mesa, cuyas dimensiones eran 300 por 200 pies, constituía una fortaleza natural de difícil acceso, á no ser por un punto de donde partía hacia ella un estrecho cordón, á manera de istmo. Sin embargo, no vi rastro de antiguas habitaciones.

En ese remoto valle á donde mi guía me llevó, había dos cuevas juntas, de poco fondo. En la mayor, de ocho pies de profundidad y doce de anchura, encontré nueve cráneos; en la otra sólo algunos huesos, y advertí señales de particiones, formadas con piedras verticales, entre los esqueletos. Los cuerpos debieron de ser enterrados en parte, con la cabeza levantada, en espacios de un pie cuadrado.

Iba á oscurecer, y necesitaba volver esa noche á mi campamento. Se me cansó la mula en el regreso, por lo que tuve que hacer á pie la última parte del camino. Me refresqué tomando unos zapotes, fruta nativa de México, que precisamente estaba entonces en sazón, cuyo aroma participa de los de la pera y la fresa, y cuyo sabor es delicioso, recién cortada, pues cuando se desprende de la rama y queda un rato en el suelo, no tardan en infestarla los insectos.

Contra lo que suponía, cuando estuve dispuesto á salir del pueblo me fue en extremo difícil conseguir mozos. Como los coras de la localidad no entienden de mulas,

* El *Gila monster* de que habla el autor es el *Holoderma suspectum;* pero entiendo que debe referirse aquí al *Holoderma horridum*, que es el que más bien parece existir en esas regiones. Por esto, pues, se ha traducido "lagarto crustáceo."—*Nota del Traductor.*

tuve que recurrir á los mexicanos del valle, pero éstos, mal prevenidos por las insinuaciones del padre, no querían tratos conmigo y aun evitaban todo roce con los individuos que habían visto en mi compañía. Un hombre que sostenía algún tráfico con los huicholes, más atrevido que los otros, declaró que le serviría al mismo diablo si le pagaba, y procuró reunir los hombres necesarios, pero sin éxito. Acabó por decirme que estaba arruinando su reputación, pues hasta su compadre (el padrino de su hijo) le huía desde que supo sus relaciones conmigo. Mi situación llegó á ser tan desesperada, que me vi obligado á escribir al Obispo de Tepic exponiéndole el caso. Le manifesté que el eclesiástico, sin haberme visto siquiera, me había puesto en desfavorable opinión entre los indios, marchándose en seguida, con lo que me había impedido toda oportunidad de convencerlo de lo erróneo de su juicio; y que á no ser por las importantes recomendaciones que llevaba del Gobierno y del Jefe Político del Territorio, me sería imposible continuar allí sin gran riesgo.

Esperar la respuesta me hubiera hecho perder demasiado tiempo. Afortunadamente di con tres temerarios, recién establecidos en el valle, que quisieron acompañarme, quienes, unidos al individuo ya mencionado y á un cora, me pusieron en posibilidad de partir. Salí, pues, del bonito pueblo de San Francisco y de entre aquellos buenos indios que habían creído en mí á pesar de todas las iniquidades que me habían estado atribuyendo los mexicanos de las cercanías. Los coras son la única raza primitiva que he visto haya adquirido las buenas cualidades de los blancos y ninguno de sus defectos.

La ardorosa mañana de junio en que hube finalmente de marcharme, fue acompañándome el alcalde como por espacio de dos millas. Comenzamos á ascender el declive de las montañas que forman el término occidental del territorio de los huicholes, que entre los mexicanos sólo

se reputa accesible por cuatro puntos. La mañana siguiente, al estar cargando las mulas, llegó corriendo el padre de uno de mis arrieros mexicanos con un recado que parecía muy alarmante: la víspera, inmediatamente que había salido de San Francisco, el agente de la autoridad mexicana de Jesús María había llegado á decirme que los huicholes se habían levantado en armas y estaban resueltos á no dejarme entrar en sus pueblos. El mensajero encareció á mis hombres la necesidad de que se volvieran, rogándoles que no fuesen á exponerse á peligros por acompañarme, y el fletero principal se me presentó luego con aquellas noticias que al momento declaré falsas. Los arrieros, no obstante mi dicho, dejaron de cargar y propusieron que nos volviésemos, alegando que los huicholes á más de ser malos y asesinos, eran muchos y nos matarían á todos.

¿Qué iba yo á hacer? Desistirme de visitar una tribu cuyo estudio constituía mi propósito principal, no había ni que pensarlo; aun retardar el viaje hubiera sido imposible, por estar ya muy cercanas las aguas, durante las cuales varios meses no se puede viajar. Me esforcé en hacer entrar en razón á mis hombres y tranquilizarlos hablándoles de la grande experiencia que había adquirido con todos los indios en general, y apelé asímismo á su valor y varonil orgullo, diciéndoles: "¿No tenemos cinco rifles? ¿No puede cada uno de ustedes hacer frente á cincuenta indios?" Aun se mostraban indecisos é inclinados á abandonarme, cuando exclamó el cocinero resueltamente: "¡Vamos, vamos!" Á esta voz, comenzaron á cargar de nuevo y logré conservar mi gente.

El verdadero peligro para mí estaba en los malos rumores esparcidos por los mexicanos, que tenían recelosos á los blancos; en cuanto á los indios, aunque no siguen los razonamientos de sus "vecinos," suponían, sin duda, que un blanco, tan temido aun de los mexicanos, debía de ser terrible. El motivo que me había inducido á escoger ese

camino, era que un amigo mío de Guadalajara me había dado una carta de recomendación para un mestizo, conocido suyo, que actuaba como escribano en el pueblo de San Andrés Coamiata. Me habían dicho que el mencionado individuo se hallaba temporalmente ausente, en cuyo caso quedaría yo á merced de indios desconocidos.

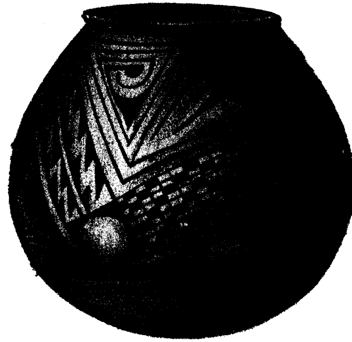
Lo aventurado del proyecto me hizo considerar que quizás sería preferible dar un gran rodeo por la ciudad de Mezquitic para pedir ayuda á las autoridades, y entrar en el territorio huichol por el oriente, pasando por Santa Catarina; pero á este plan se opusieron mis arrieros diciéndome que no podrían estar de regreso antes de las aguas para atender á sus siembras. Me arriesgué finalmente á dirigirme á San Andrés, con la intención de volverme por Mezquitic en caso de no encontrar á Don Zeferino. Dos días después, tras una laboriosa subida, mandé á mi fletero principal que se adelantara á San Andrés, todavía á ocho millas de distancia. ¡Cuán montañosa la región que nos rodeaba! Sobrábale razón al padre jesuíta Ortega, cuando dijo de la Sierra del Nayar: ". . . Es tan sañuda y horrorosa á la vista, que aun más que á las aljavas de sus defensores tan guerreros asustó á los principios los alientos de sus conquistadores; porque no solo parecen sus quiebras inaccesibles á los pasos, pero aun á los ojos embarazan su dilatada esfera los empinados cerros y picachos, que se encumbran de suerte, que no es posible andar por aquel terreno, sin que, ó lo quebrado del camino maltrate las caballerías, ó lo precipitado de las laderas asuste á los ginetes."

Volvió mi mensajero á los dos días, diciéndome que Don Zeferino estaba en su casa y se ponía á mi disposición. Entretanto había comenzado á llover; mis hombres se mostraban ansiosos por volverse á su valle, y yo me dirigí á San Andrés.

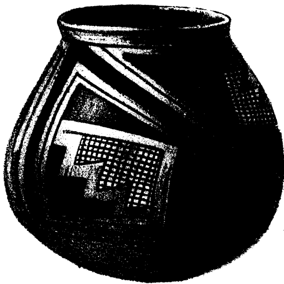
FIN DEL TOMO I.



a



d



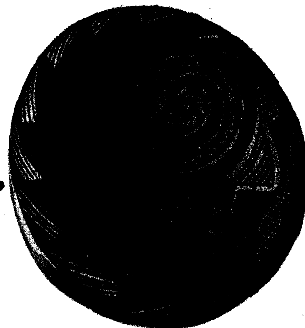
b



e



c



f



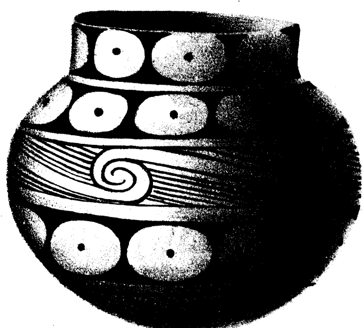
b



a



c


a


e

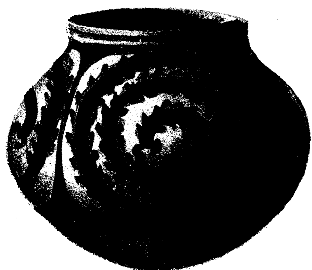

b

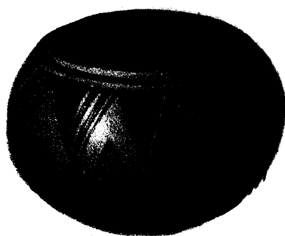

f

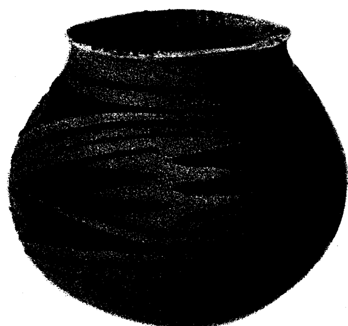

c


g


d


a


d


b


e


c

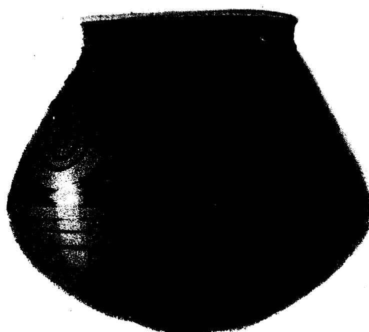

f



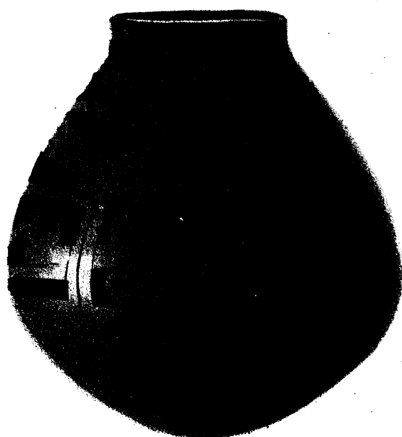
a



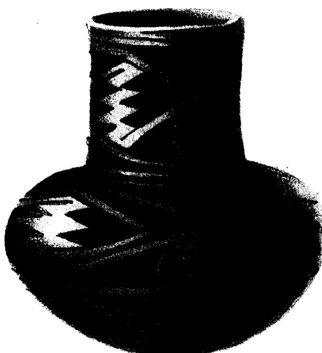
b



e



c



f



d



g

